

HISTORIA DEL TROTSKISMO EN ARGENTINA Y AMÉRICA LATINA

Osvaldo Coggiola

**HISTORIA DEL TROTSKISMO
EN ARGENTINA Y AMÉRICA LATINA**

Ediciones 

Coggiola, Osvaldo

Historia del trotskismo en Argentina y América Latina - 1a ed.

- Buenos Aires : RyR, 2006.

480 p. ; 14x20 cm.

ISBN 987-22816-4-5

1. Trotskismo-Historia Latinoamericana. 2. Trotskismo-
Historia Argentina. I. Título

CDD 320.532 30980

by Ediciones ryr, 2006, Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Printed in Argentina - Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Pavón 1625, C.P. 1870.

Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Primera edición: Centro Editor de América Latina S.A., 1985

Segunda edición: Ediciones ryr, Buenos Aires, diciembre de 2006

Responsable editorial: Juan Kornblihtt

Diseño de tapa: Sebastián Cominiello

Diseño de interior: Sebastián Cominiello

www.razonyrevolucion.org.ar

editorial@razonyrevolucion.org.ar

Índice

Huellas de un pasado necesario	9
--------------------------------	---

Prólogo	11
---------	----

Parte I Historia del trotskismo argentino

Capítulo I <i>Los orígenes de la “década infame”</i>	17
---	----

Capítulo II <i>La primera Sección Argentina de la Cuarta Internacional</i>	53
---	----

Capítulo III <i>Del golpe de junio a la Revolución Cubana (1943 - 1960)</i>	101
--	-----

Capítulo IV <i>Del frondicismo al onganiato (1960 - 1968)</i>	167
--	-----

Capítulo V <i>Del cordobazo al peronismo (1968 - 1973)</i>	213
---	-----

Capítulo VI <i>De las “AAA” a la “Guerra sucia” (1974 - 1981)</i>	257
--	-----

Capítulo VII <i>De las Malvinas al FMI (1982 - 2005)</i>	315
---	-----

Parte II

Historia del trotskismo en América Latina

Capítulo I	
<i>El trotskismo: origen e ideas</i>	395
Capítulo II	
<i>Surgimiento y crisis de los partidos trotskistas (1929 - 1945)</i>	403
Capítulo III	
<i>Trotsky en México y la dirección de la IV Internacional</i>	419
Capítulo IV	
<i>Bajo el signo de Bolivia (1945 - 1960)</i>	425
Capítulo V	
<i>Bajo el signo de la Revolución Cubana (1960 - 1970)</i>	435
Capítulo VI	
<i>Lucha de masas o lucha de aparatos (1971 - 1976)</i>	447
Capítulo VII	
<i>El trotskismo en América Latina, en la década de 1980 y después</i>	455
Epílogo	465
Apunte bibliográfico	473

Huellas de un pasado necesario

Eduardo Sartelli

El trotskismo tiene una larga historia en la Argentina, una historia en la que no falta nada: lucha de tendencias, producción teórica, intervención protagonista en la lucha de clases, héroes y mártires. Tampoco le faltan historiadores: varios estudios amplios sobre sus figuras y partidos más relevantes, se suman a los innumerables artículos sobre aspectos parciales, hechos y personajes. De ese corpus se destacan, junto con la obra que el lector tiene en sus manos, la colección editada por el MAS sobre la corriente morenista [Ernesto González (coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Antidoto. Bs. As., 1996] y el trabajo de Tarcus sobre Milcíades Peña y Silvio Frondizi [Tarcus, Horacio: *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Ediciones El cielo por asalto, Bs. As., 1996]. Entre las tres, desde posiciones políticas diferentes, conforman una historia casi completa del trotskismo argentino: si la de Tarcus es la mirada retrospectiva de un ex trotskista filo-mandeliano y la de González es la historia oficial del morenismo, la de Coggiola constituye una vasta lectura, no sólo del trotskismo sino, a través de la polémica con todas sus corrientes, de la historia argentina desde el punto de vista del Partido Obrero.

Escrito de manera militante pero con rigor académico, este texto une, a la precisión de toda investigación en regla, la disputa política directa, inmediata. Defecto para quiénes esconden la mano luego de tirar la piedra, es eso mismo lo que hace más valioso a un libro cuya reedición viene a cubrir una necesidad militante imperiosa: conocer,

con sus virtudes y defectos, los problemas que enfrentaron quienes nos precedieron en la lucha.

Poco conocido en nuestro país fuera de los círculos políticos afines, Osvaldo Coggiola es un militante notable y un autor prolífico. Distinción particular para un argentino, llegó a la vicepresidencia del sindicato nacional de los docentes universitarios de Brasil, el ANDES. Semejante esfuerzo no le impidió escribir en abundancia, sumando varias decenas los títulos que le pertenecen, ya sea en colaboración, de autoría propia o compilación. Doctorado en Francia, docente en varias universidades brasileñas, norteamericanas, europeas y hasta de la India, Osvaldo ofrece una apasionada mirada personal sobre una tradición política y un partido de indudable presencia en la Argentina actual.

Ediciones ryr se complace en acercar a los militantes revolucionarios un momento más de información valiosa, de reflexión polémica y de análisis riguroso sobre una historia que es la nuestra, adscribamos a la tradición política que sea: las huellas de nuestro propio camino al socialismo, a la libertad, las huellas de un pasado necesario.

Prólogo

Los dos libros que se encuentran reunidos en este volumen, publicado por *Ediciones ryr*, bajo el título común de *Historia del Trotskismo en Argentina y en América Latina*, fueron originalmente editados a mediados de la década de 1980. La *Historia del Trotskismo en Argentina* apareció en tres volúmenes, impresos entre 1984 y 1986, por el Centro Editor de América Latina, dentro de la colección “Biblioteca Política Argentina” -que, recordémoslo, tuvo un importante impacto político e intelectual- con los números 91, 133 y 135. Por esa misma época, en 1984, la Editora Brasiliense, iniciada por el recordado Caio Prado Júnior (y que era la principal editora de izquierda del Brasil) publicó *O Trotskismo na América Latina*, que fue el n° 94 de su popular colección “Tudo é História”. En esa época, el autor ya se desempeñaba como profesor de historia en la Universidad de San Pablo (Brasil). Dos años después, la efímera Editora Magenta publicó, en Argentina, una traducción castellana de ese texto. En sus versiones originales, a pesar de sus tirajes importantes (tanto en Argentina como en Brasil) se encuentran, hace ya mucho tiempo, agotados.

Los textos habían sido elaborados en las condiciones del exilio del autor (expulsado de la Universidad de Córdoba el 24 de marzo de 1976), en Francia, primero, y luego en Brasil. En Francia, ya había publicado una versión, mimeografiada, en 1979, titulado *La Oposición de Izquierda en Argentina 1930-1943*. Dividido en dos partes, ese trabajo apareció en la revista *Internacionalismo*, publicada clandestinamente en castellano por la organización argentina Política Obrera, y también en portugués, en 1981 y 1982, bajo la firma de

“Martín Valle”, uno de los varios seudónimos con los que firmaba en la época.

Está claro que, en esas condiciones, faltaban muchos materiales para elaborar un trabajo realmente satisfactorio. Nos basamos en los materiales que se encontraban en los archivos de organizaciones trotskistas francesas, primero, y también en bibliotecas universitarias de ese país. Después también tuvimos acceso a materiales del aún precario “Archivo Edgar Leuenroth”, AEL, que contribuimos a formar (transportando, por ejemplo, clandestinamente, los archivos personales de Liborio Justo a esa institución, en 1982), cuando nos desempeñamos, temporalmente, como investigadores de la Unicamp (Universidad Estadual de Campinas), en 1981 y 1982. Y nos fueron de ayuda los testimonios de diversos veteranos militantes trotskistas que también se encontraban exilados, y que no fueron identificados en el texto original, debido a las condiciones de inseguridad todavía existentes en la fase final de la dictadura militar argentina.

Con lo dicho quedan definidos las dos principales características de estos textos, muy citados desde entonces en los más diversos países (inclusive en la *Cambridge History of Latin America*), debido a su carácter pionero en relación a su tema (el trotskismo en nuestras latitudes): 1) El carácter precario de su elaboración, tomadas en cuenta las exigencias de una investigación científica; 2) Su carácter de textos políticos, de lucha militante, y no sólo de reconstrucción histórica. En eso se diferenciaban de los pocos textos existentes hasta ese momento sobre el asunto (en especial de *Trotskyism in Latin America*, de Robert J. Alexander, *scholar* norte-americano, de carácter marcadamente anticomunista). Faltaba, por lo tanto, una tradición historiográfica en la cual apoyarse y, si fuese necesario, superar a través de la crítica.

Los textos fueron objeto de diversas reseñas críticas, por ejemplo, de Marco Aurelio García (actual importante miembro del gobierno brasileño) en la conocida revista *IstoÉ*, o de Julio Magri, en la revista *Política Obrera*. Otras críticas hubo posteriormente, de mayor o menor valor (algunas, francamente, sin ningún valor).

Los hemos conservado, sin embargo, prácticamente sin ninguna corrección para la edición actual, por constituir, como ya hemos dicho, no sólo reconstrucciones históricas, sino también textos políticos, es decir, documentos históricos en sí. Las actualizaciones que hemos incluido en ambos textos no pretenden ser una reconstrucción historiográfica, sino apenas un *aggiornamento* de la situación de las ideas y corrientes políticas retratadas en los textos originales, hasta

el presente, en el que se mantienen como organizaciones políticas actuantes.

La republicación de los textos obedece, por lo tanto, a las mismas razones políticas e ideológicas (o “intelectuales”) de su publicación original. Después de esos textos, he publicado más de 40 libros y centenas de artículos, en las más diversas lenguas y países, poco o nada referidas directamente a estos asuntos, pero conservando su misma intencionalidad: el análisis militante de la realidad histórica con vistas a su transformación revolucionaria.

Nada queda por agregar, excepto el agradecimiento a la Editora, en especial a Eduardo Sartelli y Juan Kohrnbliitt, por su inquietud en rescatar estos textos para que, con sus virtudes y defectos, contribuyan para el desarrollo y la formación política de las nuevas generaciones de obreros y jóvenes de vanguardia.

Oswaldo Coggiola
Septiembre de 2006

Parte I

Historia del trotskismo argentino

Capítulo I

Los orígenes de la “década infame”

Surgido durante la década de 1930, el movimiento trotskista argentino recién conquistará alguna influencia en el movimiento obrero y estudiantil por los años 50, que aumentará durante los 60 y 70. Sus primeros 15 años de historia, sin embargo, lo marcarían de un modo singular, y alumbran muchas de sus vicisitudes posteriores.

En primer lugar, por su origen mismo. Como en otros países latinoamericanos (y europeos) surge de una escisión del PC, aunque sumamente minoritaria. Por añadidura, el PCA está lejos de gozar en ese momento (fines de los 20) de una gran influencia en el movimiento obrero, sindical o políticamente. Por un lado, las corrientes anarquistas y anarcosindicalistas poseen aún hegemonía dentro de un proletariado que continúa marcado por las tradiciones “anti-políticas” de sus orígenes, bajo la influencia de la inmigración europea. Para medir, aún deformadamente, la influencia política del PC, digamos que en las elecciones de 1928, obtiene 7.600 votos, contra 66.000 del PS, aunque a la deformación propia de un recuento electoral haya que sumar la circunstancia de que un gran porcentaje de los obreros son extranjeros. Añádase a aquello la presencia aplastante del radicalismo, que es literalmente plebiscitado en esas elecciones (838.000 votos). El PCA, que como Partido Socialista Internacionalista en su origen, había amenazado ser un competidor importante del PS, se ha visto además sumamente debilitado por una hemorragia de escisiones durante los años 20.

Minoritarios, los trotskistas se encuentran de entrada delante de un período de neta reacción política: escasos en número, sus

militantes son también perseguidos por el gobierno fascistizante de Uriburu. Las posibilidades de desarrollar una importante fracción dentro del PC (como en Chile y Brasil), se desvanecen. Paradójicamente, el primer pico de ascenso del movimiento obrero (1933-36) va a fortalecer sobre todo al PC, quien tendrá a partir de entonces una influencia determinante en el destino del proletariado organizado. Para ese momento, el núcleo opositor inicial ha literalmente desaparecido sin dejar rastros. El relevo ha sido tomado por militantes mucho más jóvenes y sin experiencia, aunque incluyendo a un ex sindicalista anarquista expulsado del PC. La debilidad de los trotskistas no impide que el PCA se sume entusiastamente a la campaña contra el “hitlerotrotskismo” lanzada por la IC y el PCUS, caza de brujas que agrava el sino de por sí reaccionario de la etapa, simbolizada por el *ministro* del Interior fascista Matías Sánchez Sorondo, quien propone que los obreros continúen vistiendo su uniforme de trabajo en su casa y en la calle, para “distinguirlos”.

Jóvenes y sin experiencia, numéricamente débiles, marginales de un movimiento obrero cuyas organizaciones se debilitan, los grupos trotskistas de la época son el teatro ideal para el florecimiento de disputas personales y de cliques. Pero realizan asimismo un notable esfuerzo por superar su handicap original, en el que se orientan a clarificar su programa de intervención. La polémica sobre el planteo de “liberación nacional” que se desarrolla en sus filas constituye, en su modalidad, una verdadera novedad en el movimiento de izquierda de la época. Veamos por qué.

La década del 30 se caracteriza mundialmente por los preparativos para una segunda conflagración interimperialista, sobre todo luego del ascenso del nazismo al poder en Alemania, que materializa la peor derrota del movimiento obrero durante el siglo XX. Este eje de la política mundial tiende a transformarse cada vez más en el eje de la situación política de cada país. Todo el esfuerzo de los revolucionarios internacionalistas con León Trotsky a su cabeza, se centra en dotar a la vanguardia obrera de un programa y de una organización para intervenir en la catástrofe que se avecina. La elaboración del Programa de Transición y la proclamación de la IV Internacional significan que se ha logrado preservar al bolchevismo contra la burguesía imperialista, que prepara una nueva guerra, y contra la burocracia stalinista, que procura un statu-quo con el imperialismo mundial. Un aspecto fundamental del programa revolucionario para la nueva situación, es el consagrado a la actitud de los pueblos coloniales y semicoloniales frente a la guerra imperialista: “el tronar del cañón en Europa suena la hora de su liberación” -afirmaba el Manifiesto

de la IV Internacional frente a la guerra, uno de los últimos escritos de Trotsky.

Es esta cuestión la que está en debate (para el 99 por ciento de ellos, de un modo inconsciente), entre los trotskistas argentinos durante los años 30, cuando en Argentina también el problema de la guerra comienza a dominar la situación política. En esa polémica, sin embargo, parece que se pasara al revés la película de la lucha ideológica del socialismo ruso previo a la Revolución de Octubre.

En la Rusia zarista, bolcheviques y mencheviques se encontraban de acuerdo sobre el carácter de las tareas inmediatas de la revolución, correspondientes a una revolución burguesa. La divergencia comenzaba al discutirse qué clase habría de dirigirla. La burguesía liberal, respondían los mencheviques. Los obreros y los campesinos, instaurando una dictadura democrática, respondían Lenin y los bolcheviques. La intervención de Trotsky rechazó la posición menchevique, que colocaba a la clase obrera a remolque de una burguesía que había hartado demostrado su incapacidad de llevar a cabo su propia revolución democrática; y corrigió la posición bolchevique, señalando que el alzamiento democrático de los campesinos habría de llevar al poder a la única clase revolucionaria de las ciudades: el proletariado. Este, una vez en el poder, no podría limitarse a ejecutar medidas democráticas, sino que se vería de inmediato obligado a atacar la propiedad privada burguesa, dando así inicio a la revolución socialista. Esta célebre formulación de la “revolución permanente” (que no se detiene ante los límites democráticos), fue un formidable anticipo de la dinámica de clases de la Revolución Rusa, y se incorporó desde entonces al arsenal teórico del marxismo. Su alcance programático universal consiste en que analiza la mecánica de clase de toda revolución que se plantea en su inicio resolver las tareas democráticas irresueltas por la burguesía.

Pues bien, entre los trotskistas argentinos un acuerdo formal existía sobre el carácter “permanente” de la revolución, es decir, sobre que ésta daría lugar a la toma del poder por el proletariado (de otro modo, desde luego, no hubiesen sido trotskistas). Pero este acuerdo carecía de importancia, pues lo que estaba en discusión era nada menos que el punto de partida, sobre el que no había habido desacuerdo entre los marxistas rusos: ¿qué carácter tienen las tareas inmediatas de la revolución? ¿Existen tareas democráticas incumplidas en Argentina? No, las tareas son puramente socialistas, respondía un sector que prácticamente identificaba a la Argentina con las metrópolis imperialistas. Sí, las tareas son agrarias, democráticas y antiimperialistas, respondió hasta el cansancio otro sector, sin ir mucho

más allá. Sin contar, como lo veremos, toda una serie de posiciones híbridas y ambiguas que, mediante el eclecticismo, pretendían eludir una respuesta tajante a la cuestión.

Se trata de una notable involución política, tanto más lamentable cuanto que prácticamente todas las energías de los trotskistas se dispersaron en este debate hasta 1945. En realidad, el atraso político de los trotskistas refleja una situación más general: mientras los marxistas rusos constituían corrientes reconocidas y dirigentes del movimiento obrero, los trotskistas argentinos no escapan a la escasa diferenciación política del proletariado. Las corrientes que gozan de un cierto predicamento, o bien están en vías de desaparición (anarquismo), o bien constituyen variantes contrarrevolucionarias cristalizadas (socialdemocracia y stalinismo). La nefasta política de estas corrientes, y la confusión política de los trotskistas, fue un factor decisivo para que esa indiferenciación se perpetuase con el surgimiento del peronismo, que colocará al movimiento obrero políticamente a la cola de la burguesía durante tres décadas. Ni que decir que esto también tendrá una influencia política fundamental sobre la evolución política ulterior del trotskismo argentino.

La influencia sobre los trotskistas del atraso político del movimiento obrero y del peso de los sectores contrarrevolucionarios dentro de la “izquierda” es visible de muchas formas: habrá quienes se opongan a la consigna de “liberación nacional” porque ésta es planteada por el stalinismo, que como parte del viraje hacia la política de “Frente Popular”, la convierte en una etapa previa y separada de la revolución proletaria; de hecho, en una capitulación permanente ante la burguesía. La confusión política de ciertos trotskistas, se refleja en que en lugar de rechazar el contenido reaccionario de esta política, rechazan sólo su forma (la consigna).

La cuestión de las consignas a plantear en Argentina frente a la guerra imperialista está estrechamente vinculada con este debate. Hay que hacer notar que, en este plano, el movimiento obrero argentino no carecía de tradiciones revolucionarias. La oposición a la dirección del PS, que planteó la participación argentina en la Primera Guerra Mundial, estuvo en el origen de la escisión que habría de dar lugar al Partido Comunista Argentino. En estas páginas veremos las dificultades del trotskismo para conservar y superar la tradición de los Socialistas Internacionalistas argentinos, abandonada por el PC, que planteó primero una neutralidad pro-nazi (mientras duró el pacto Hitler-Stalin), para luego transformarse en un agente del belicismo aliado.

El movimiento trotskista -la Oposición de Izquierda, la IV Internacional- es, además, un movimiento internacional. Los debates programáticos dentro del trotskismo argentino conciernen a toda la Internacional: la dirección de la IV tendrá un papel decisivo en la discusión y en la evolución de los grupos argentinos.

Por último, y una vez señaladas sus limitaciones, es preciso indicar que la lucha ideológica dentro del trotskismo argentino es la más rica del movimiento trotskista latinoamericano de los años 30, al cual influirá notablemente.

En Argentina, los trotskistas llegan al viraje político del 4 de junio de 1943 (que prepara el gran viraje de octubre de 1945 -nacimiento del peronismo) de un modo muy distinto al del burocratizado PC y el esclerosado PS. Cómo, es lo que vamos a ver, anticipando que hemos abusado concientemente del uso de las citas -dejar hablar a los actores- a sabiendas que los estudios sobre el trotskismo latinoamericano son casi inexistentes, y por lo tanto es conveniente no dar nada por obvio.

Es plenamente válida para la Argentina la reflexión de Guillermo Lora: "Una de las debilidades del trotskismo latinoamericano consiste en que ha perdido su propia tradición, no conoce su historia, lo que lo obliga muchas veces, a repetir viejos errores" (*Historia del POR*, Ed. Isla, La Paz, 1978, p. 55)

Los orígenes del trotskismo en la Argentina

Solo en un sentido limitado puede hablarse de una historia propia del movimiento trotskista argentino: la corriente política representada por el trotskismo se define como internacional por naturaleza, y exige ser juzgada en esa escala en cuanto a su programa, sus análisis y su actividad. Pero este internacionalismo no es una abstracción, opuesta a las especificidades nacionales sobre las que un movimiento político cobra forma. Antes bien, como lo dijera el propio Trotsky:

"lo más importante y lo más difícil en política es, en mi opinión, por una parte definir las leyes *generales* que determinan la lucha de vida o muerte de todos los países del mundo moderno; por otra descubrir la *especial combinación* de esas leyes que se da en cada país"¹.

La historia de los primeros años del trotskismo argentino (y de algún modo, toda su historia) está marcada por el combate por establecer esa correlación mencionada por Trotsky, y su traducción en una política precisa. Nuestro eje se sitúa pues, resueltamente, en el

¹ Trotsky, *Sobre la liberación nacional*, Ed. Pluma, 1976, p. 67

terreno de la lucha de ideas -tanto más cuanto que en el período concernido los grupos y personas que son sus actores distan mucho de ejercer una influencia importante en el movimiento de las masas. Es un hecho que la claridad en la formulación de sus ideas constituye una precondition para el enraizamiento en las masas de una vanguardia revolucionaria que (como la cuartainternacionalista) surge con un carácter muy minoritario. Y más aún para la conservación de ese enraizamiento una vez conquistado. La historia de la lucha por las ideas (el programa) quizá no tenga importancia para quienes se interesan en los movimientos políticos sólo en la medida que hayan recibido su “consagración histórica”. Por el contrario, es desde este punto de vista que presenta interés la historia de los primeros años del movimiento trotskista argentino, como lo demuestra la influencia que ella tuvo en otras organizaciones de la IV Internacional en América Latina.

Primer grupo sudamericano de la oposición de izquierda

En tales términos se refirió el órgano de la Oposición de Izquierda norteamericana al primer grupo opositor surgido en Argentina². Este estaba compuesto por tres obreros, los tres extranjeros: Roberto y M. Guinney (ingleses) y Camilo López (¿español?), que contaban con una nutrida experiencia en el movimiento obrero y revolucionario³. El grupo no surge del Partido Comunista “oficial”, sino de la última escisión que éste conoció antes de su total burocratización: el Partido Comunista de la Región Argentina (luego “de la República Argentina”, y finalmente “Concentración Obrera”) dirigido por José Penelón. Parece ser que es la indefinición de éste ante el surgimiento de la Oposición de Izquierda Internacional, su tentativa de preservar el carácter puramente “nacional” de la escisión, lo que mueve a los Guinney y a López (que ocupan cargos de responsabilidad en el PCRA, R. Guinney es administrador de “Adelante”, su semanario),

² *The Militant*, 21/12/1930.

³ Roberto Guinney había nacido en Inglaterra y se había educado en San Petesburgo -Rusia- en la época de Alejandro II. Vuelto a Inglaterra, conoció allí al líder del “new unionism”, Tom Mann. Emigró luego a Argentina donde ingresó al PC en 1923. Fue secretario de su sector de lengua rusa y ucraniana. Dirigente del PCRA (de Penelón). (Datos tomados de “*The Militant*”, op. cit). Los nombres de los militantes del CCOICA que hemos podido localizar son: R. y M. Guinney, Camilo López, “Juana”, Ostrovsky y Manulis.

defensores desde 1928 de las posiciones de Trotsky, a separarse desde 1929 para fundar el “Comité Comunista de Oposición”.

Roberto Guinney habría estado desde 1927 en correspondencia con James P. Cannon, delegado del PC yanqui al Congreso de la IC, del cual logró sacar clandestinamente las críticas de Trotsky -ya desterrado en Alma Ata- al proyecto de programa.

Se trata pues, del primer grupo sudamericano de la Oposición que hace su aparición pública, pero ni con mucho del más importante. Basta comparar su exiguo número con la Izquierda Comunista Chilena (escisión mayoritaria del PCCCh encabezada por su dirigente Hidalgo), o con la escisión surgida de la Juventud Comunista Brasileña (que durante los años 30 estará en paridad de fuerzas con los “oficiales”) para comprender que el título de “los primeros” tiene un valor relativo. El propio PC argentino estaba marcado por su relativa debilidad respecto a sus pares de los países vecinos, lo que no le impidió (y quizás favoreció) ser posteriormente el eje del aparato stalinista en Sudamérica: en 1929 la Conferencia Sudamericana de los PPCC tiene por sede Buenos Aires, y los Ghioldi y Codovilla serán principalmente actores de la “bolchevización” (stalinización) de los partidos sudamericanos. Síntoma de su debilidad, el PCA conoció cuatro escisiones durante los años 20: por lo menos en tres de ellas encontramos mezclados nombres luego vinculados al trotskismo argentino. Mateo Fossa, Héctor Raurich y Angélica Mendoza participan de la fracción “de izquierda” de los “chispistas” (del nombre de su periódico, “La Chispa”) que, enfrentada con un aparato dirigente que se intenta consolidar tempranamente, dio nacimiento en 1925 al efímero Partido Comunista Obrero⁴. La posterior escisión de los “frentistas” (postulantes del frente único con, o de la disolución en, el Partido Socialista) cuenta como dirigente, al lado de Alberto Palcos y Silvano Santander, a Luis Koiffman, fundador y dirigente del socialismo internacionalista y del PC, posteriormente militante trotskista en la década del 30⁵. Finalmente, la escisión “penelonista” (con la cual, según la historia “oficial” del PC, “se cierra el ciclo de las divergencias interiores”), cuenta en sus filas con los primeros

⁴ Mateo Fossa en *La Opinión*, “Mateo Fossa, el argentino que estuvo con Trotsky”, 9/1/72.

⁵ Robert J. Alexander, *Comunism in Latin America*, Rutgers University Press, New Jersey, 1957, p.160. También Emilio J. Corbiere, “La fundación del Partido Comunista” en *Todo es Historia* 105, marzo 1976, Buenos Aires.

oposicionistas de izquierda, que no lograrán, sin embargo, reagrupar a los arriba mencionados.

Nacimiento duro, entonces, que se endurecerá aún más de resultados de las condiciones políticas que pronto van a imperar en el país. A lo largo de la década del 30, sólo algunos de los divergentes con la línea oficial del PC y de IC irán llegando, y en orden disperso, al movimiento trotskista, el cual se encontrará, además, casi permanentemente dividido.

Pero no nos adelantemos. En marzo de 1930 el pequeño núcleo inicial publica el primer número del periódico "La Verdad" (del que sólo saldrán dos), en el cual figura el famoso "Testamento de Lenin". Luego "un grupito, en su mayoría del idioma israelita, nos salió al encuentro (...). Después que este grupo sacó a luz un periódico en idioma idish, titulado 'Tribuna Comunista', se disolvió."

"Llegó después la dictadura uriburista. Algunos de nuestros pocos militantes fueron encarcelados, mientras nuestra situación social y monetaria empeoraba, día a día"⁶.

Pese a ello, y con una actividad muy reducida, el grupo logra preservarse durante el reaccionario período uriburista y son ocho los militantes que lo rebautizan como "Izquierda Comunista Argentina" (ICA) en 1932, abriendo asimismo un pequeño local. Como toda la Oposición de Izquierda Internacional, se colocan sobre el terreno de la reforma del PC y de la IC. Estos los gratifican con el epíteto de "policías" desde las columnas de su órgano "La Internacional", mientras el partido vota "unánimemente" resoluciones de condena al "trotskismo". La ICA publica un "Boletín de Oposición, mimeografiado, donde expone con toda claridad las posiciones de la Oposición internacional (crítica del socialismo en un solo país, condena de la política del Comité Anglo-Ruso y del bloque de las cuatro clases en China, de la teoría del social fascismo, reivindicación del centralismo democrático contra el burocratismo stalinista, etc) y llega a plantear algunas críticas a la actividad del PCA: el divisionismo sindical practicado a través del Comité de Unidad Clasista al margen de los sindicatos y centrales existentes (CGT y FORA), el olvido de la cuestión agraria patentizado en la ausencia de tesis y programa sobre el problema... Las críticas al PCA no pasan de allí, no se critica, por ejemplo la posición reaccionaria y sectaria que este tuvo frente al golpe militar contra el gobierno de Irigoyen -gobierno calificado

⁶ Breve reseña del movimiento cuartainternacionalista argentino, Ed. Acción Obrera, Bs. As. 1941.

de “radical-fascista” y de mas peligroso que el propio Uriburu por las ramificaciones -de la UCR- en el movimiento de masas”⁷.

El grupo ingresa entonces al período conocido como la “década infame” con un bagaje político y organizativo escaso. Situación ideal para que, ante la segura afluencia de algunos militantes al movimiento dirigido a escala internacional por el prestigioso León Trotsky, florezcan las querellas de personas y de camarillas, justo en el momento en que aquel hace frente a la construcción de una nueva Internacional, luego del 4 de agosto del stalinismo que significa el triunfo de Hitler.

Dos grupos por un nuevo partido

Durante 1932 vuelven de España, luego de haber completado allí sus estudios dos jóvenes argentinos: el ya nombrado Héctor Raurich, y un joven ex militante del PS, Antonio Gallo. En España han estado en contacto con Andrés Nin y con la Izquierda Comunista Española. Estos, que los han ganado para sus ideas, escriben a la ICA anunciando su llegada. Al llegar a la Argentina, sin embargo, se ponen en contacto con algunos dispersos disidentes del PC y con un grupo de intelectuales, que proyectan sacar una revista (entre ellos se cuenta Elías Castelnuovo). El proyecto se va modificando sobre la marcha, y la revista que saldrá (“Actualidad”) será un vocero oficioso del PC. Es recién una vez fracasada su participación en el proyecto, que el ya constituido “grupo Gallo-Raurich” se pone en contacto con la ICA, a través del deportado militante español, J. Ramos Lopez.

“En vista de las escasas fuerzas con que contábamos, la ICA, procuramos conocer de cerca el pensamiento y la idea de estos dos camaradas llegados de España y que al parecer no habían sido ‘volteados’ por las ‘ofertas’ de los oficialistas (...). Para ellos, nosotros habíamos cometido un pecado grave: el de haber salido a la luz y en público, un pequeño grupo de obreros con poca fuerza y con una preparación -según ellos deficiente. Para lavarnos de este pecado, nos proponían como Jordán el ingreso a una ‘sinagoga’ que vendría a ser una gran revista teórica que pensaban ellos editar. Recién después fundaríamos en Argentina la verdadera oposición. A todo esto, sin asomo de amor propio de nuestra parte, les hemos contestado que nosotros habíamos organizado hace 4 años la Oposición Comunista de Izquierda

⁷ “Boletín de Oposición”, febrero de 1933, Bs. As. - y “Esbozo de historia del PC Argentino”; citado por J.A. Ramos en *Historia del stalinismo en Argentina*. Ed. Coyoacán, Bs. As. 1962, p.31.

en Argentina. Convencidos de la pedantería y el oportunismo del grupo Gallo-Raurich, salvando excepciones, no pudimos aceptar tan estúpidas imposiciones y tuvimos que retirarnos...”⁸.

Así presenta la ICA la primera división del trotskismo argentino. El precoz Gallo (tiene entonces 20 años) publicó a principios de 1933 un pequeño folleto titulado “Sobre el movimiento de Setiembre. Un ensayo de interpretación marxista”. Su grupo (del que ya Raurich se ha alejado como militante activo, cumpliendo al parecer un rol de “inspirador ideológico”) se organiza ese mismo año y publica a partir de agosto el periódico “Nueva Etapa”, órgano de la Liga Comunista.

La ICA logra unificarse, en cambio, con un grupo expulsado del PC a fines de 1932, y que tiene a su cabeza al conocido sindicalista Pedro Milessi (que responde por esos años a los seudónimos de Pedro Maciel o Eduardo Islas). Milessi era ya secretario general del sindicato de empleados municipales -su expulsión del PC y la de la decena de los militantes que lo siguen bajo la acusación de “trotskismo” se produce después y que él en un principio negó.

Pero a principios de 1933 se encuentra dentro de la ICA, y en superioridad numérica. Esto es importante, porque en la primera asamblea general del grupo se hará elegir secretario general del mismo, colocando a una mayoría de sus partidarios en los organismos dirigentes. Los viejos miembros de la ICA protestan vivamente, sostienen que el “Grupo Maciel” no ha publicado aún en “La Verdad” las razones de su conversión a la oposición, que ha aprovechado la superioridad numérica para aprobar la participación de la ICA en el Congreso contra la guerra organizado por el stalinismo en Uruguay (para el cual han designado como delegado al propio Milessi), etc. Pero la “vieja” ICA se encuentra sumamente debilitada: el 24 de febrero de 1933 ha muerto su líder, Roberto Guinney, de 64 años, víctima de una infección. Otros dos militantes se retiran al interior del país a ganarse la vida; Camilo López, elegido al CC de la “nueva” ICA cae gravemente enfermo. La protesta de los pocos que quedan da lugar, según ellos mismos a su expulsión (M, Guinney y “Juana”) o a su suspensión (el tesorero Ostrovsky). Agotados, en un último documento de diciembre de 1933, relatan amargamente su fracaso y luego se retiran de la vida política.⁹ Al mismo tiempo, la ICA tiene la dirección de “Liga Comunista Internacionalista”-“bolchevique-leninista, Sección Argentina (en conformidad con las decisiones del

⁸ Breve reseña..., op. cit.

⁹ Idem.

plano internacional de la Oposición de Izquierda, de agosto de 1933), y comienza a publicar el periódico impreso *Tribuna Leninista*".

Dos grupos, pues, con una decena de miembros cada uno, que se disputarán agriamente la representatividad del nuevo Partido Mundial de la Revolución Socialista que se comienza a construir.

"*Tribuna Leninista*" (que aparece con bastante regularidad durante 1933 y 1934) aparece como más activa en el campo sindical: sostiene que el 90 por ciento de sus miembros son obreros. En su primer número reconoce que "en nuestro país el nivel de capacitación política de los comunistas comprendidos los opositores, no es muy grande"¹⁰. Su preocupación esencial es la elaboración de consignas para el movimiento sindical, donde se nota la influencia de las publicaciones internacionales de la Oposición, sobre todo de la española (que vive en esos momentos los prolegómenos de la situación que conducirá a la guerra civil). "La Alianza Obrera contra el fascismo deviene una necesidad insoslayable, así como la creación de milicias obreras deviene una cuestión de vida o muerte para todas las organizaciones obreras"¹¹. En otra ocasión, al publicar la CGT un manifiesto donde apoya al gobierno del general Justo, llama a los sindicatos a dejar de cotizar mientras se mantenga su dirección.¹² La elaboración teórica y política (la única que podía despejar a este esfuerzo de su carácter empírico o de mera copia de consignas elaboradas para otros países y otras situaciones) quedaba a cargo de Milessi, quien en una pintoresca sección denominada "De punta y Hacha", comentaba las noticias de la prensa nacional o internacional...

"Nueva Etapa" (cuyo grupo está compuesto mayoritariamente por estudiantes o "intelectuales") busca, por el contrario, dar a sus ideas la forma de artículos de fondo o tesis. Su eje es la consigna de un "frente común de los trabajadores y de los partidos y organizaciones proletarias contra el fascismo". Pero se interroga asimismo sobre las causas del fracaso de la intentona fascista de Uriburu, que había sido reemplazado en el gobierno por el general Justo, quien gobernaba con los métodos seudodemocráticos del "fraude patriótico": "...un rasgo característico de la sociedad argentina: su retraso en todos los órdenes. De esta ley general, menos que nadie, se ha visto excluido el fascismo (...) en este país semicolonial, retardatario, sin industrias, no hay tradiciones históricas, culturales, sociales. No hay otras que las tradiciones liberales de la Revolución de mayo o

¹⁰ *Tribuna Leninista*, número 1, Bs. As., diciembre 1933.

¹¹ *Idem*, Número 7 octubre 1934.

¹² *Idem*, Número 1.

la llamada ‘generación del 90’, inconveniente a los fines fascistas”. Todo lo cual no impedía que el “conflicto político de la actualidad en el país no es de una manera inmediata entre la revolución proletaria y la burguesía. La amenaza del proletariado no revista caracteres de agudeza (...) la antítesis presente en el país es entre la democracia burguesa y el fascismo. Quien no ve esto, no ve nada, y si se quiere ver otra cosa, hay que rechazarla terminantemente (...). El peso propio del gobierno de Justo es poco menos que nulo. Se sustenta sobre el cruce de fuerzas políticas opuestas (...). Este equilibrio entre los fascistas y los radicales no puede durar. Es el preludio de una dictadura propia o el período de transición de una guerra civil y la dictadura fascista”. Pero “el fascismo no es un movimiento de masas. El radicalismo cuenta con la mayoría inmensa de la población; ¿cuál de ambos métodos ofrecerá en el porvenir inmediato a los ojos del imperialismo y de la burguesía agropecuaria perspectivas mayores de estabilidad? Una perspectiva o salida democrática no está excluida, sino que es muy probable.”¹³

El artículo que citamos pertenece a uno de los más capacitados militantes de la época, el estudiante rosarino David A. Siburu, quien fue dirigente estudiantil del PC en Rosario, para luego romper junto a un grupo de militantes de ese sector y pasarse al trotskismo (“Nueva Etapa” era editado en Rosario). En el análisis de las contradicciones políticas de la Argentina, tiende a asemejar a ésta a las condiciones prevalecientes en ese momento en las metrópolis imperialistas europeas (“democracia burguesa o fascismo). No se tiene en cuenta que las metrópolis que mantienen en su órbita a la Argentina (EE.UU. e Inglaterra) pertenecen al llamado “imperialismo democrático”. En general, la caracterización del país como “semicolonia”, sirve para presentar a la burguesía argentina un mero apéndice del imperialismo, sin ningún rol político propio: “no le concede éste (el imperialismo) al Estado argentino ni las fuerzas mínimas de vigilante de sus negocios (...). Un gobierno que no sea instrumento del capital financiero en las circunstancias presentes es, en general, imposible”.¹⁴ La

¹³ *Nueva Etapa*, número 1, Rosario, agosto de 1933.

¹⁴ En el número 6 de *N.E.*, David A. Siburu, quien era su principal redactor junto con Gallo (el grupo “N.E.” se asienta principalmente en Rosario), sostiene que “en los actuales momentos, vociferar sin ton ni son contra el radicalismo, es servir al fascismo y a la reacción que se han encumbrado sobre su derrota”, en alusión a *Tribuna Leninista*, citado por la LOR en “Análisis esquemático de las posiciones doctrinarias frente a los problemas nacionales sostenidas en su desarrollo por el movimiento

política argentina, así, sería una repetición, ex post, de la existente en los países imperialistas.

Se comete el error de sostener al fascismo como engendrado antagónicamente por la democracia burguesa, y no por la revolución proletaria. Si la clase obrera no es la amenaza, el fascismo no tiene lugar, como una alternativa de los métodos burgueses democráticos. Se evidencia, en esto, una ausencia de programa, pues se cae en el impresionismo al considerar a las escaramuzas entre las reducidas bandas del nacionalismo oligárquico y los radicales como un choque entre las superestructuras políticas del fascismo y la democracia. Son en realidad, un aspecto del Estado policial que acompañó a las restauración de la oligarquía vacuna concentrada en los invernaderos del “Chilled beef”.

En cuanto a los principios, ambos grupos se sitúan plenamente sobre los del movimiento internacional por la IV Internacional. Un gran espacio polémico era concedido al lanzamiento mutuo de invectivas personales. “NE” acusaba a los dirigentes de “TL” de “pensar antidialécticamente”, Milessi respondía calificando al “ciudadano Ontiveros” (A. Gallo) y a sus seguidores de “intelectualuchos”. La interpretación del centralismo democrático también es objeto de disputas. Alguna discusión se produce, aún en plano secundario, sobre el rol del radicalismo en la política argentina, de la cual lamentamos no poseer los materiales. A fines de 1934, E. Islas (Milessi), “secretario general de la LCI-BL”, firma una carta abierta proponiendo la unidad: “se argumenta en contrario que esa unificación no es posible ni deseable, sin una previa puesta de acuerdo en las cuestiones nacionales. En primer lugar, no existen tales cuestiones desligadas de los problemas internacionales; en segundo lugar, y aún suponiendo múltiples asuntos de origen secundario, su solución no puede ser fruto exclusivo de especulaciones filosóficas o... doctrinas, sino que debe marchar aconsonantada con las luchas cotidianas como determinantes y como fruto de un trabajo colectivo...”¹⁵

La LCI-BL había logrado reunir 17 militantes, y editaba un periódico sindical (“Resurgir bolchevique”) y otro juvenil (“Luchas Juveniles”); la LCI (“N.E.”) era algo más numeroso y había llegado a establecer núcleos en La Plata, Córdoba y Rosario (donde había reclutado al dirigente estudiantil del PC Daniel A. Siburu). Y la unidad se produjo... luego que la LCIBL expulsara previamente a

cuartainternacionalista argentino” (sic), 1ra. Parte en *Los Maestros*, Bs. As. agosto 1941.

¹⁵ T.L. número 7, op. cit.

Milessi, en un episodio que nos queda oscuro. Milessi continuará ligado al trotskismo y reaparecerá más tarde como dirigente.

Una unidad efímera

Los dos grupos se fusionan a principios de 1935. “Nueva Etapa” y “Tribuna Leninista” desaparecen para dar lugar a “IV Internacional”. Se trata probablemente de la única ocasión en que existió en Argentina un solo grupo trotskista.

Durante todo el período que consideramos la propia debilidad organizativa (y política) de los trotskistas les impone en general una división que, si muchas veces incluye factores personales, en otras hasta obedece simplemente a causas “regionales” (dispersión geográfica). Pero en general todos los grupos y personas se consideran parte del mismo “movimiento” al que así denominan, y que carece muchas veces de contornos precisos. Con ese carácter, el “movimiento” ha existido siempre desde la constitución del primer grupo. La afirmación de J. A. Ramos sobre “la prolongada campaña antitrotskista llevada a cabo durante más de 30 años por el grupo dirigente del PCA, tanto más meritoria y previsor por cuanto durante muchos años no existieron grupos o tendencias trotskistas en el país”¹⁶, no parece haber sido compartida como Ramos mismo lo indica, por el propio PC, del cual una circular interna de 1935 afirmaba “EL TROTSKISMO ES UN FILTRO DE PROVOCADORES (...) sobre las ligazones con los elementos trotskistas tanto Milossi como la Pino, como Spector y como Pereyra, buscan establecer la mayor cantidad posible de contactos y ligazones con compañeros del partido. ¿Por qué? Para servirse de nuestros compañeros más inexpertos, como conductos para enterarse de las cuestiones internas del partido y tratar de pasar por esos conductos su veneno contrarrevolucionario. Mantener ligazones con esa gente declaradamente contrarrevolucionaria y enemiga del Partido es prestarse a sus maniobras y no se concibe que compañeros lo hagan concientemente”.¹⁷

De no haber mantenido su existencia orgánica, no se explica que los grupos trotskistas hayan sido receptáculo de varias de las pequeñas escisiones recurrentes del PCA en los años 30 y 40. Ramos (que trata de borrar cualquier referencia respecto a su pasado trotskista) falsea concientemente la realidad y se contradice con lo anterior en

¹⁶ Ramos, op. cit. 85.

¹⁷ Carlos Silveyra, *El Comunismo en Argentina*, CPAACC, Bs. As. 936, p. 255.

el mismo volumen citado, afirmando despectivamente que durante los años 30 “sus adherentes (al trotskismo) no pasaban de 20 o 30 personas en toda la República y sus instrumentos de propaganda apenas consistían en una revista de aparición tan irregular como los modestos periódicos que la reemplazaban a través de sus largos silencios”¹⁸.

La unificación en la LCI significa un momentáneo incremento en la actividad de los trotskistas, pues no sólo une a los militantes de los grupos anteriores, sino también a otros que se habían mantenido independientes. Además de “IV Internacional” (cuyo primer número aparece en abril de 1935), en Córdoba el militante Aquiles Garmendia (que fallecerá pocos años más tarde) y el boliviano Tristán Maroff (que ha participado en el Congreso de fundación del POR boliviano en esa ciudad) comienzan a editar “América libre”, revista de la que cinco números aparecerán de junio a diciembre. Luis Koffman dirige la edición, a principios de 1936, de una revista cultural “trotskizante” llamada “Visión”; a fines de ese año ese mismo militante intenta crear, sin éxito, un agrupamiento “amplio” dirigido a intelectuales, llamado Agrupación de Propaganda Marxista. En fin, Antonio Gallo, líder del grupo, publicó en 1935 un folleto de 64 páginas -“¿A dónde va la Argentina?” (subtitulado “Frente Popular o lucha por el socialismo”), destinado a polemizar con la Izquierda del PS, que pronto se escindirá para formar el Partido Socialista Obrero.

Es interesante observar cómo en él cobran confusamente forma las ideas centrales que distinguirán a la corriente mayoritaria dentro del movimiento trotskista argentino hasta 1943 y cuya influencia se extenderá mucho más allá: “Marianetti (dirigente de la izquierda socialista, luego del PSO y del PC, NDA) admite que el único modo de liberar al país de la dominación del capitalismo monopolista es mediante la lucha revolucionaria del proletariado. Entonces, ¿qué significa la lucha por la liberación nacional? ¿Acaso el proletariado como tal no representa los intereses históricos de la Nación en el sentido que tiende a liberar a todas las clases sociales por su acción y a superarlas por su desaparición? Pero para ello necesita, precisamente, no confundirse con los intereses nacionales (que son los de la burguesía pues ésta es la clase dominante) que en el terreno interior y

¹⁸ Ramos, op. cit. p. 123. Sería un error deducir que Ramos considera entonces una organización política como existente cuando ésta supera los 30 militantes. Más bien debería pensarse que piensa tal cosa cuando su caja supera los 30 dineros.

exterior se contradicen agudamente. De manera que esa consigna es rotundamente falsa (...) afirmándose nuestro criterio de que solo la revolución socialista puede ser la etapa que corresponde -para hablar en esos antipáticos terminos de fichero que impiden a los obreros entender de qué se trata- a los países coloniales y semicoloniales”.

Políticamente, la alternativa seguía siendo “democracia o fascismo”: “realizar ahora una política contra el radicalismo, sería tan erróneo como aliarse con él (...). En las actuales circunstancias de defensiva en que se halla la clase obrera, hacer de ellos (el partido Demócrata Progresista, NDA) un enemigo inmediato, sería un error. Hay que mantener una alianza tácita, apoyarles en cuanto sea indispensable y bajo determinadas condiciones contra la reacción declarada, impulsándolos hacia adelante por nuestra acción”.¹⁹

Así, frente a la alianza con la burguesía y la teoría de la revolución por etapas de los partidarios del Frente Popular, la LCI propugnaba, no la independencia de clase en la lucha por la liberación nacional, sino la supresión lisa y llana de la liberación nacional del programa del proletariado. En los hechos, esto conducía a un abstencionismo frente a los problemas democráticos, y a dejarle la iniciativa en relación a ellos a los partidos de la burguesía “democrática” (a los que se pretendía radicalizar) -justo en el momento en que estos, mediante su integración creciente al sistema político de la “década infame”, demostraban hasta la saciedad su incapacidad para afrontarlos.

En el número 3 de “IV Internacional” (mayo 1936) se sacaban otras consecuencias de esta teoría (en un artículo programático titulado “¿Qué quieren los partidarios de la IV Internacional?”): (...) reconocimiento del carácter internacional y por lo tanto permanente de la revolución proletaria; rechazo de la teoría del ‘socialismo en un solo país’ así como de la política del nacional-comunismo que la completa (liberación nacional). (...) 5) contra el social-patriotismo y la defensa nacional. Por el derrotismo revolucionario ante la guerra y sus preparativos”.²⁰ La asimilación de la Argentina a una metrópoli imperialista es aquí completa. Un “nacional comunismo”, cubierto tras la consigna de “liberación nacional” y condenado por el bolchevismo, había existido en Alemania durante la revolución de 1923, pero se trataba en ese caso de un país imperialista. Al pronunciarse por principios contra la “defensa nacional” de la Argentina, a la que sin embargo se reconoce como una semicolonía, se coloca a los trotskistas en una posición de neutralidad proimperialista en caso de un

¹⁹ “Análisis esquemático..., op. cit.

²⁰ *Idem.*

conflicto político, o militar, de la Argentina con el imperialismo. Ese habría de ser justamente el caso en el período político posterior, y la perspectiva política de los trotskistas se encontraba falseada desde el inicio.

*El fracaso de la LCI y el
“entrismo” en el Partido Socialista Obrero*

A principios de 1936, la LCI cambió su nombre por el de Partido Obrero. Con esa denominación actuó seis meses. Quedó por dilucidar si se trató de un simple cambio de rótulo o del reflejo de un incremento real de su actividad. En cualquier caso, el pronto abandono del nombre parece indicar las grandes dificultades en estructurar un número creciente de militantes en una sólida organización marxista, capaz de no desplomarse ante los inevitables contratiempos. Los hechos posteriores confirmarían esta idea. En junio, el Partido Obrero se re-transformaba en la LCI. Su actividad comienza a experimentar un sistemático retroceso; con índices de disgregación. C. Liacho, a la sazón periodista en *La Razón*, se había alejado de la LCI con divergencias y acusando a Gallo de “haberlo plagiado” (!) en su folleto ya mencionado. Liacho era, según Liborio Justo, otro de los “discípulos” de Raurich. A fines de 1936 ingresó en el PS para trabajar en su ala izquierda, que pronto dio lugar al PS Obrero. Así comenzó el “entrismo”.

Toda profundización en este período del trotskismo argentino deberá tomar especialmente en cuenta esta experiencia entrista, sobre la cual no han faltado materiales: La LCI no había tenido éxito en poner en pie un “Partido Obrero”, se encontraba aislada del movimiento obrero, había tenido una actividad marginal durante las importantes huelgas de 1933/36. Mateo Fossa, que ha encabezado la huelga de la madera de 1934, ha tenido un rol importante en la de la construcción de 1936, y ha llegado a presidir el Congreso Constitutivo de la CGT ese mismo año, no es aún un militante del trotskismo teniendo sólo simpatía por sus ideas.²¹ Este aislamiento nacional se encuentra reforzado por el aislamiento respecto al movimiento internacional con el cual existen lazos muy débiles. El entrismo estaba indudablemente inspirado por el llamado “viraje francés”, que llevó sucesivamente a los trotskistas franceses y norteamericanos a entrar al PS con el fin de intervenir en la evolución de su ala izquierda y reforzar sus posibilidades de reclutamiento (los españoles

²¹ *La Opinión*, op. cit.

rehusaron mayoritariamente ponerlo en práctica). En esos casos fue el objeto de resoluciones específicas de parte de la dirección de la Liga Comunista Internacionalista (organización mundial de los Partidarios de Trotsky) y dio lugar a serias polémicas e incluso a escisiones con algunos que se opusieron por razones “de principio” (la fracción de Oheler en los EE.UU, por ejemplo). No fue este el caso de la Argentina.

La discusión sobre la conveniencia del entrismo dividió las filas de la LCI argentina (A. Gallo encabezó la oposición) y su efectivización se presentó más bien como un fenómeno de disgregación de ésta. Luego del ingreso de Liacho y la constitución de PSO, los sectores estudiantiles de La Plata (con “Jorge Lagos”, Reinaldo Frigerio) y Córdoba (con “Costa”, Esteban Rey) de la LCI, ingresaron a él. Los “antientristas” de la LCI comenzaron a disgregarse -el último boletín de ésta apareció en diciembre de 1937. Finalmente, también ellos intentaron ingresar al PSO (Gallo mismo trató de hacerlo, sin éxito).

Sobre el PSO, poco y nada hay escrito. La versión más corriente lo presenta como un mero apéndice del stalinismo. Ciertamente que postulaba un Frente Popular con la participación de socialistas y comunistas y que varios de sus dirigentes después lo serán del PC: Benito Marianetti, Ernesto Giudici. Pero muchos de sus militantes volverán a fines de los 30 al PS²² y algunos, como Joaquín Coca, que postula una especie de frente “anti Concordancia” (coalición conservadora que gobernaba mediante el “fraude patriótico”) entre radicales y socialistas evolucionarán hacia el nacionalismo: Coca militará en el Partido Laborista que sostuvo la candidatura de Perón. La prédica de los trotskistas alcanzó, además, cierta repercusión. Parece apresurado calificar al PSO como una fracción stalinista cristalizada.

Los trotskistas se van organizando en fracción (o fracciones) dentro del PSO. La dirigida por Liacho edita un periodico mimeografiado, “Frente Proletario”, “Boletín del Marxismo Revolucionario” (cinco números de agosto a diciembre de 1937). A principios de 1938 realizan en Córdoba una conferencia nacional, con militantes de esa ciudad, Buenos Aires y La Plata. En agosto de ese año (poco antes del fin del “entrismo”) editan una revista llamada “Marxismo”, “Órgano de la fracción marxista revolucionaria del Partido Socialista Obrero”.

Los ingresados posteriormente llegaron a controlar el centro del PSO en Liniers (Provincia de Buenos Aires), y editaron tres números de “Izquierda”, “Órgano de afiliados para afiliados”, de febrero a

²² Alexander, *Comunism...*, op. cit, p. 165.

agosto de 1938. La militancia en el PSO permitió sacar relativamente a los trotskistas de su aislamiento, ponerlos más en contacto con los problemas del movimiento obrero: Mateo Fossa se acerca definitivamente al “movimiento” a partir de esa militancia.²³ El propio Fossa y algunos otros militantes llegan a ser candidatos a diputados en las elecciones legislativas: entre ellos Hornero Cristalli (más adelante conocido como J. Posadas), quien había militado organizando el sindicato del calzado de Córdoba, que aprovecha su relativa notoriedad como futbolista en el equipo de Estudiantes de La Plata para presentar su candidatura en esa ciudad. Al PC llegó a preocuparle esta actividad dirigida esencialmente contra la alianza estratégica con la burguesía materializada en la política del Frente Popular. Bajo la pluma de Orestes Ghiodi sostuvo: “Entre los enemigos jurados de la Alianza democrática están los trotskistas. Su rol no proviene de su número, insignificante. Su rol proviene de su actividad de sabotaje, abastecen de argumentos contra el Frente Popular, tratan de ganar tribunas, se introducen en los otros partidos obreros para desarrollar su pertinaz acción anticomunista. (...) Cubriéndose con la consigna demagógica de la revolución proletaria en la situación y condiciones actuales, intentan aislar al PC, escindir al movimiento obrero, sabotear cualquier tentativa de unidad (...). Hay que luchar con la mayor intensidad contra la influencia ideológica del trotskismo”.²⁴

Veamos los fundamentos programáticos de la crítica de los trotskistas al Frente Popular. La fracción dirigida por Liacho afirmaba, en el primer número de “Frente Proletario” (artículo titulado “Nuestros Propósitos”): “Reivindicación del carácter socialista (democrático-socialista) y permanente de la revolución proletaria en el país. Reivindicación del internacionalismo proletario. La lucha antiimperialista es, en primer término, una lucha contra la burguesía nacional”.

La confusión teórica es total. Se enuncia una revolución que sería al mismo tiempo democrática y socialista, o sea, que poseería simultáneamente dos caracteres de clase diversos y opuestos. En realidad, se trata de un intento por superar mediante una fórmula ecléctica el problema del carácter de las tareas de la revolución. Además, hasta se pierde el sentido de las palabras: si la lucha antiimperialista es en

²³ *La Opinión*, op cit. Los editores de “Pluma” se equivocan cuando presentan a Fossa como “formando parte del primer grupo trotskista de la Argentina” (L.T. cit. P. 71). Fossa se incorpora en el período relatado.

²⁴ Arturo Jauretche, *FORJA y la década infame*, Ed. Mar Dulce 1969, Bs. As. p. 123.

primer término contra la burguesía nacional, ni siquiera se ve por qué llamarla así.

Poco después, en el Nro. 4: “La revolución rusa demuestra que son traidores al proletariado quienes sostienen la posibilidad de solucionar los problemas democráticos -la liberación nacional, cuestiones campesinas y pequeño burguesas- en el régimen burgués y que son peligrosos confucionistas quienes desligan la lucha por la liberación nacional y por las libertades democráticas de la revolución socialista”. En el único número de *Marxismo* se afirmaba: “En la lucha contra el imperialismo, el partido debe sostener la consigna siguiente en la República Argentina: de acuerdo a las condiciones objetivas, económicas y políticas, no hay lucha contra el imperialismo desligada de la lucha contra la burguesía nacional en su conjunto. La liberación nacional la realizará únicamente el proletariado tomando el poder político, y el peligro de una intervención imperialista terminará cuando sea derribado el capitalismo por la revolución proletaria internacional”.²⁵

La concesión al planteo de “liberación nacional” es aquí sólo verbal. La fórmula de la “revolución permanente” está planteada al revés. En su formulación original, la “revolución permante” explica la dinámica que permite al proletariado, apoyándose en la revolución democrática (liberación nacional, revolución agraria), conquistar el poder político e iniciar la revolución socialista, la que no puede detenerse en el marco nacional y se transforma en revolución internacional. Los trotskistas recorrían el camino inverso: partían de la conclusión (la toma del poder) para explicar el punto de partida (las tareas y la dinámica de clases de la revolución). La formulación se falseaba necesariamente: nuevamente se colocaba en el mismo plano la lucha contra el imperialismo y la lucha contra la burguesía nacional, y en lugar de establecer la correlación entre la lucha contra el imperialismo y contra la burguesía (la lucha nacional sólo puede ser consecuente por medio de la lucha de clase; en la lucha contra el imperialismo se agrava, y no debilita, el antagonismo con la burguesía nacional) se identifica a ambos. El rol nefasto de este esquema consiste en ocultar las tareas políticas de los revolucionarios: emancipar a las masas de la influencia política de la burguesía y sus partidos (UCR), demostrando su incapacidad de luchar contra el imperialismo e impulsando la movilización. En lugar de ello, se planteaba un esquema doctrinario que los reducía a condición de secta, mientras el socialismo reformista y el stalinismo desarrollaban una política

²⁵ *Análisis esquemático...*, op. cit.

que ataba indefinidamente a la clase obrera tras la burguesía. No sabemos del destino ulterior de Liacho: poco después, finalizado el “entrismo” por expulsión de los militantes trotskistas, abandonará toda actividad política.

El otro sector entrista, incurría más profundamente en el mismo error. Antonio Gallo escribía en el Nro. 1 de *Izquierda*.

“...basándonos en ellos y en el análisis de la realidad nacional, sostendremos, fundamentalmente, lo siguiente: el carácter de la evolución capitalista del país, según lo afirman incluso Justo y Del Valle Iberlucea y que ahora niegan algunos advenedizos; por consecuencia el carácter socialista de la revolución en nuestro país”.²⁶

Anotamos al margen que Gallo alcanza en ese momento cierta notoriedad gracias a una conferencia radiofónica que pronuncia sobre la historia del tango, en el marco del concurso “¿Cuál es el mejor tango?” organizado por la revista *El Suplemento*.

Fin del entrismo: nuevamente el problema de la unificación

Bajo el manto de una aparente calma chicha, la situación política argentina evolucionaba conforme el mundo se iba acercando a la Segunda Guerra Mundial. Para las elecciones presidenciales de 1937, el radicalismo levantó la “abstención revolucionaria” y presentó la candidatura de Alvear, representante del sector conciliador de la UCR. Será derrotado (fraudentemente, como era normal) por el candidato de la Concordancia, que no es ni un militar ni un conservador, sino el radical “antipersonalista” Roberto Ortiz, con buenos puentes hacia la UCR. El PSO (lo mismo que el PC) adhirió a la candidatura de Alvear. Los trotskistas en su seno (y los pocos de afuera también) sostienen en cambio las candidaturas del PS, negándose a apoyar a un candidato de un partido burgués. El proyecto de una “izquierda socialista” organizada en partido se va desvaneciendo. Muchos militantes del PSO vuelven al PS, otros emigran más tarde al PC (indudable inspirador del sostén a Alvear). El PSO conservará una existencia cada vez más languideciente hasta mediados de los años 40, cuando los cambios políticos lo barrerán de la escena.

Las exclusiones de los trotskistas serán pronunciadas en 1938. Mateo Fossa, que había ido a México representando varios sindicatos a un congreso sindical latinoamericano organizado por el stalinismo y sus aliados (todos ellos unidos) se enterará a su retorno de su exclusión. En México, Fossa se había entrevistado tres veces con

²⁶ *Idem*.

Trotsky -el texto de las entrevistas será rápidamente reproducido en folleto- y le había solicitado personalmente su adhesión a la Cuarta Internacional. Tanto el texto como las impresiones verbales de Fossa tendrán mucha repercusión no sólo entre quienes se consideraban como más o menos pertenecientes al “movimiento” sino también entre sectores obreros ligados a él. Para algunos, será la primera vez que el problema de la construcción de la Cuarta en Argentina estará planteado seriamente. Dedúzcase de ello la importancia de la autoridad personal de Trotsky, aún ejercida de manera indirecta. Como quiera que sea, con su exclusión del PSO se inicia para los trotskistas una etapa de desorganización.

Entretanto, el movimiento había reclutado un nuevo miembro, sobre cuyas características conviene detenerse. Liborio Justo era hijo del General Agustín P. Justo, presidente de la República de 1932 a 1938. Pero no sólo a ese hecho debía su notoriedad. Estudiante en el período del movimiento universitario de la Reforma, había jugado un papel dirigente en éste, y sido un miembro activo de los grupos culturales a los que influyó (Nueva Generación, Nueva Sensibilidad). Un libro sobre la Patagonia, editado varias veces, le había procurado un nombre literario. Viajero inquieto, había recorrido Europa, los EE.UU. y buena parte de América Latina cuando en 1933, “conversando con José Gabriel, a quien conocía y había descubierto mi condición de comunista y de trotskista, le dije: «si los stalinistas me admiten, pienso ingresar en sus filas y cumplir en ellas una trayectoria que tengo delineada, antes de aparecer públicamente como trotskista»”.²⁷

Como sea, en 1934 viaja a los EE.UU. vinculándose con los trotskistas de este país, e igualmente con la fracción “ultra izquierda” de Oehler, recientemente excluido. Es en 1935 que ingresará al PC (o que se transformará en un “compañero de ruta” como señala Alexander, lo cual es más probable). Por poco tiempo. En 1936, un hecho espectacular (de los que era afecto) lo hace entrar “en los murmullos del pueblo”²⁸: en ocasión de la recepción a Roosevelt se hace expulsar del recinto de la Cámara de Diputados luego de gritar “¡Abajo el imperialismo norteamericano!” -delante del presidente yanqui. Ese mismo año, en oportunidad de una encuesta sobre los medios para defender la cultura contra el avance del fascismo, recomendará secamente “el uso de una ametralladora”. Una ola de críticas se levanta en

²⁷ Quebracho, *Cómo salir del pantano*, Ed. Acción Obrera, Bs. As. 1939, p.8.

²⁸ Rogelio García Lupo, *Prólogo a Masas y balas*, de Lobodón Garra, Ed. de la Flor, Bs. As. 1974, p.7.

su contra, incluidas las de los propios stalinistas. Justo aprovecha la ocasión para romper con ellos, publicando una “Carta Abierta a los compañeros comunistas - Rompiendo con la Tercera Internacional”, en la que critica la política nacional e internacional del stalinismo, los procesos de Moscú contra los viejos bolcheviques, proclama su solidaridad con Trotsky y la necesidad de una nueva internacional. Si bien su ruptura tiene un carácter individual, no deja de tener cierta repercusión. La carta abierta fue publicada por la conocida revista *Claridad* e incluso reproducida por los trotskistas chilenos con fines de propaganda. De inmediato se lanzó a una actividad sobre la cuestión que en esos momentos conmovía al país todo, especialmente a la clase media intelectual: la guerra civil española. Publicó un periódico (“España Obrera”) en el cual, amén de las informaciones, se criticaba la política del Frente Popular, se denunciaba la represión contra el POUM de Nin y Maurin, y se defendían las posiciones de la IV Internacional. Liborio Justo no temía enfrentarse ni con su clase ni con sus amigos de ayer, pero probablemente su personalidad correspondiera más que ninguna otra en Argentina a la del “militante tipo” de la IV, descrito por Trotsky:

“...la IV ha reagrupado elementos valientes a quienes no les gusta ir a favor de la corriente.... gente inteligente que tiene mal carácter, siempre indisciplinados... pero siempre más o menos ‘outsiders’, separados de la corriente general del movimiento obrero. Su gran valor tiene evidentemente su lado negativo, porque quien nada contra la corriente no puede estar ligado a las masas”.²⁹

Su personalidad, sus antecedentes, su propia cultura política y hasta los recursos personales de que dispone dada su situación social³⁰ lo predisponen a jugar de entrada un rol dirigente en el movimiento trotskista argentino. El 7 de noviembre de 1937, con motivo de la recepción de una carta de Diego Rivera (famoso pintor mexicano, amigo de Trotsky y militante cuartista) sobre la Pre Conferencia Americana de la IV Internacional, Justo convoca a una reunión en su casa a la que asisten representantes de todas las “tendencias” del movimiento. Justo (en esa época “Bernal”) plantea la necesidad de una acción unificada, en primer lugar la edición de una revista “lo que se malogro -dice- por la actitud de los compañeros que habían ingresado dentro del PSO, representados por Liacho, quienes se presentaban como grupo, lo que resultaba inaceptable para nosotros

²⁹ Jean Jacques Marie, *Le Trotskisme*, Flammarion, París, 1977,93.

³⁰ *La Opinión*, op cit, y *Cómo salir...*, op cit, p.10.

que entendíamos deber tratarlos como individuos”³¹ -frase que retrata su caudillismo.

“Nosotros”, es decir, los “antientristas” (para Justo los entristas cometían el error de no publicar un órgano cuartista independiente), encabezados por Justo, Gallo, “J.P.” y Milessi (que en ese momento se desempeñaba en la dirección de la USA, central sindicalista formada luego de la división de la CGT en 1936) acordaron publicar unidos tal revista. El proyecto se demoró, según Justo, por las viejas desaveniencias personales entre Gallo y Milessi, que concluyeron apartándose este último. En julio de 1938 apareció el único número de *Nuevo Curso* que reproducía esencialmente artículos de la prensa trotskista internacional. Poco después, Milessi, “J.P.” y un grupo de seguidores comienzan a publicar *Inicial*, que continuará publicándose hasta 1941 y cumplirá un rol importante de agrupamiento. Por fin, Justo y Gallo también se separarán, asimismo por “motivos personales”. En ese momento de dispersión (el grupo del PSO viene de ser expulsado y se encuentra desorientado por el abandono de la actividad de su “Líder”, Carlos Liacho) Justo decide partir en cruzada contra los “males” del trotskismo argentino, publicando un folleto impreso *Como salir del pantano*. En él se acumulan invectivas personales (“Juana Palma es, según Gallo, la Rosa Luxemburgo argentina. Convengamos. Tiene cierto parecido físico... El Sr. de Peniale, revolucionario de volumen -físico- ...Milessi estará en su puesto haciendo de caudillo del Partido Radical... El punto fuerte de Gallo son sus estudios sobre el tango..., etc.) críticas políticas, críticas a opiniones vertidas en conversaciones de café, críticas a las concepciones filosóficas y hasta a los gustos artísticos de los “dirigentes”, en fin, propuestas respondiendo a la pregunta del título. Desde luego que los afectados tendieron a agruparse al margen y contra Justo, incluso Narvaja, el único por el que observó cierta piedad (“un capaz e inteligente compañero del litoral”). Pero muchas de sus críticas apuntaban justo a vicios evidentes de la militancia trotskista del país. En su entrevista con Trotsky, Fossa se había quejado de que buena parte de los bolcheviques leninistas de Argentina eran “onanistas de café”.³² Justo evidenciaba una voluntad de militar seriamente, lo que valió el apoyo de ciertos sectores (el grupo de “estudiantes de La Plata” de Jorge Lagos, un grupo de “estudiantes anarquistas” encabezado por Jorge Abelardo Ramos -“Sevignac”- “Irlan” el propio Mateo Fossa) con los cuales comenzó a publicar en abril de 1939 *La Internacional* (luego

³¹ *Cómo salir...*, op. cit, p. 11.

³² *La Opinión*, op. cit.

La Nueva Internacional) que será la base sobre la que se construirá el G.O.R. (Grupo Obrero Revolucionario).

El GOR se mostró muy activo, editando su prensa en gran tiraje -5.000 y hasta 10.000 ejemplares en ocasión del asesinato de Trotsky pese a su escaso número de militantes, unos 15.

Este esfuerzo de aparato, sin embargo, no ocultaba la impaciencia por montar un grupo político importante sin pasar por un paciente trabajo militante: la mayoría de los periódicos eran regalados en puertas de fábricas y plazas públicas.

Un obrero del transporte -yugoslavo- que participó del GOR, recuerda; “Quebracho (nuevo seudónimo de Justo, NDA) desplegaba una actividad extraordinaria en el movimiento, explicable por sus condiciones económicas, su voluntad de trabajo en un movimiento bajo su jefatura; su haber ideológico, además de cierta mayor seguridad en el trabajo ilegal del que pudiera gozar cualquier otro militante”.³³ Todo ello, no impidió que se retiraran del GOR, Lagos (Frigerio) primero, a fines de 1939, en desacuerdo con la consigna de “liberación nacional” (sobre lo que nos ocuparemos) para formar su propio grupo. Ramos, después (en una disputa mucho más oscura en la que pretendió expulsar a Justo), formó con sus seguidores (seis estudiantes, nos dice el obrero arriba citado) el grupo “Bolcheviques Leninistas” (B.L.)- a los que hay que agregar al propio Gallo, que había reiniciado la publicación de *Nueva Etapa* y reconstituído la LCI ya mencionada. El grupo “Inicial” hizo alguna tentativa unitaria que fracasó, a fines de 1939, pero que le atrajo algunos militantes dispersos. Poco después, le tocó a un grupo de “independientes”, probablemente una nueva escisión del PC³⁴ intentar formar una Comisión de Unificación, que fracasará en unir a todos los grupos, pero que permitirá el acercamiento de “Inicial”, “Nueva Etapa”, el “grupo de La Plata”, el “de Rosario” y aún el “de Córdoba” (animado por Posadas, y que pronto volverá a su aislamiento inicial). Es a este proceso al que se refiere Orza (el obrero transportista mencionado) quien se desprende en esa ocasión del GOR: “Al constituirse el grupo con el nombre de ‘Inicial’ enseguida empezaron a delimitarse dos posiciones: una cuya preocupación principal era la lucha antistalinista, llegada a expresarse como corriente antimarxista (...) Esta discrepancia ideológica nos llevó a formar otro grupo. La Liga Obrera

³³ Miguel Medunich Orza, *Los intelectuales de izquierda vistos por un obrero*, Ed. Astral, Bs. As. 1970, p.38.

³⁴ Robert J. Alexander, *Trotskyism in Latin America*, Hoover Institution, 1973..

Socialista, integrada por Ontiveros, Miguel, Mecha, Marga, Angélica, Fernández, el grupo de obreros tranviarios de los talleres ferroviarios de Liniers y de otros militantes, con la adhesión del grupo de La Plata -Lagos- y el de Rosario -Narvaja-. En realidad fue el único grupo trotskista que tuvo una cierta base obrera. El papel de cerebro teórico lo desempeñaba Ontiveros, Navaja, Lagos...”.³⁵ Estamos en marzo de 1940, y en julio, Ramos y su grupo adhieren a la LOS. En apariencia la inmensa mayoría de los cuartistas argentinos se han unificado. Pero la dispersión es el signo del momento: Lagos y Posadas vuelven a “abrirse” poco después, para volver a su “independencia regional”. La Conferencia Nacional de la LOS, prevista para fines de 1940, no se realiza. La LOS, que había escrito al Comité Ejecutivo de la IV Internacional -desplazado ya de París a Nueva York con motivo de la guerra- pidiendo su reconocimiento como sección, deberá reducir sus aspiraciones.

Entretanto el GOR, en el que había quedado Mateo Fossa, redobla sus esfuerzos gracias a la actividad de Quebracho, continúa publicando su prensa y se refuerza incorporando a algunos núcleos obreros en Resistencia y Mendoza. En mayo de 1941 estima que su crecimiento es suficiente como para transformarse en Liga Obrera Revolucionaria (LOR).

El problema de la liberación nacional

Si nos hemos detenido brevemente en la figura de Quebracho, es porque su presencia en el “movimiento” argentino obrará como un verdadero catalizador de las posiciones políticas en juego. Bien que el no fuera ajeno al clima de disputa y enconos personales existentes, se preocupó asimismo por dar un carácter político a las divergencias.

La polarización en torno a dos grupos principales (LOS y GOR) ayudó a la politización de las diferencias. Pero mucho más ayudó la propia evolución de la situación política. La abstracción y el personalismo de los planteos se fueron desdibujando frente a la necesidad de definiciones políticas precisas ante una situación cambiante. La exacerbación de la disputa interimperialista, que conducirá en

³⁵ Medunich Orza, op. cit, p. 41. Miguel es Oscar Posse, Mecha es Mecha Bacall, Marga es Margarita Gallo, hermana de Antonio Gallo, Angélica es probablemente Angélica Mendez, dirigente sindical docente mendocina, ex militante del PC escindida con los “chispistas”, ligada a Raurich y con seguridad al trotskismo, profesora universitaria (en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires), llamada “La Negra”.

breve plazo a la guerra, trastornaba todas las relaciones dentro de la burguesía argentina, y las de ésta con los distintos imperialismos. Dividir a la burguesía argentina entre aliadófilos y germanófilos sería un esquema demasiado simplista: a ello habría que agregar la disputa que en el campo aliadófilo libraban (con menos ruido) los sectores tradicionales proingleses y proyanquis. En fin, ninguna clasificación de este tipo podría rendir cuenta cabalmente de que no se trataba de una mera disputa entre agentes de imperialismos rivales, sino de una burguesía que discutía su reubicación frente a un sistema imperialista debilitado y en crisis, que amenazaba con transformarse radicalmente de resultados del conflicto mundial. La historia dijo que esta crisis podía llegar a refractarse de manera singular en la institución por excelencia del Estado -el Ejército- produciendo un resultado inesperado para todos los sectores en pugna, a través de crisis sucesivas y de una intervención de las masas. Por el momento los cambios se reflejaban en el deterioro del sistema político de la “década infame”: a la novedad de un presidente ex radical hubo que agregarle el contrasentido de que éste interviniera la provincia de Buenos Aires, en manos de un conservador (el filofascista Fresco) que era el símbolo mismo del “fraude patriótico”. Las viejas oposiciones políticas (conservadores/radicales/oficialistas, socialistas/comunistas, etc.) tendían a ceder espacio a otras nuevas: un aliento de Frente Popular había corrido las calles de Buenos Aires cuando la tribuna del 1º de Mayo de 1936 albergó un formidable anticipo de la Unión Democrática de 1945 -UCR, PDP, PC, y PS.

Dentro del movimiento trotskista, Quebracho ocupaba por su propia extracción familiar y experiencia, un lugar privilegiado para analizar los conflictos en el seno de la burguesía argentina. Lo hizo con agudeza en una serie de artículos y folletos donde trató asimismo de fijar los lineamientos de la conducta política a adoptar por los trotskistas. Fueron estas posiciones las que hicieron precipitar claramente las divergencias políticas. Transcribiremos algunas lo más brevemente posible.

“La Argentina es un país semicolonial sometido al imperialismo. Esta situación se deriva, en primer término, de su condición de país agropecuario que la coloca frente a los grandes países industriales, en una situación de dependencia análoga a la que se encuentra el campo respecto a la ciudad. La Argentina ha sido, durante largos años, una especie de apéndice económico de Europa y particularmente de Inglaterra, que absorbía buena parte de su producción. Esta situación deformó por completo el desarrollo armónico de las fuerzas productivas del país, paralizando su evolución industrial y

la consiguiente creación de un mercado interno, al mismo tiempo que permitiendo a la oligarquía ganadera argentina con intereses paralelos al imperialismo inglés eternizarse en el poder hasta llegar a constituir el principal freno al progreso de la República (...) Hipólito Yrigoyen, aunque no en la forma en que lo exigían los verdaderos intereses del país, significó una pequeña reacción contra este estado de cosas. Por eso mantuvo la neutralidad argentina durante la Primera Guerra Mundial, por eso pretendió nacionalizar el petróleo y por eso, también, la oligarquía y el imperialismo lo derribaron (...) el partido Radical no fue desalojado del poder por verdaderamente antioligárquico y antiimperialista, sino por mal servidor de la oligarquía y el imperialismo”.³⁶ Para reducirnos a lo esencial, títulos y subtítulos de otros artículos darán idea de su contenido: “Los socialistas de la Casa del Pueblo; vanguardia bélica del imperialismo anglo-francés. Los stalinistas mantienen una ‘neutralidad’ al servicio del nazismo (se vivía la momentánea vigencia del pacto Molotov-Ribbentrop, NDA) - El pueblo argentino no quiere ir a la matanza. El grito de neutralidad se extiende por todo el país - Mantengamos la neutralidad, no en nombre de Hipólito Yrigoyen, sino en nombre del internacionalismo obrero - Mientras Hitler ‘protege’ a Europa de Inglaterra, EE.UU. se apresta a ‘proteger’ la América Latina de la amenaza nazi - El país marcha hacia el establecimiento de un gobierno de fuerza, resultante de la lucha abierta entre los sectores oligárquicos vinculados a los bandos imperialistas en pugna - ¿Debemos someternos a ir a morir al servicio del imperialismo o luchar por la liberación nacional?”. Para redondear el pensamiento de Justo, veamos su respuesta a esta última pregunta: “Es preferible la tutoría yanqui a la miseria -se ha convertido hoy en la voz de orden de la burguesía ganadera argentina (...) Aprovechemos la declinación evidente y posible caída definitiva del imperialismo inglés, que tiene engrillado al país y paraliza su progreso, para alcanzar nuestra liberación económica. En ninguna forma es posible permanecer impasible ante la perspectiva de que esas compañías de servicios públicos, empresas industriales, sociedades agrícolas y Bancos ingleses cambien de dueños y vayan a parar, como herencia de guerra, a manos de los EE.UU., según todas las posibilidades parecen indicarlo. Lo mismo puede decirse de territorios que legítimamente pertenecen a la Argentina, como las Islas Malvinas. El pueblo argentino debe exigir y tomar medidas para que le sea restituido todo lo que le pertenece (...) El pueblo tiene ante sí un doble

³⁶ *La Argentina frente a la guerra mundial*, Ed. Acción Obrera Bs. As. 1940.

camino en que se abre esta doble perspectiva: luchar por la liberación nacional o someterse e ir a morir al servicio del imperialismo que lo oprime y explota. Su vanguardia el proletariado revolucionario, debe hacerle elegir su ruta”³⁷

Había acá una evidente preocupación por extenderle un “certificado de ciudadanía” a la IV Internacional en Argentina. Quebracho incursionaba en temas e incluso empleaba vocablos que hasta el momento habían sido el patrimonio de sectores nacionalistas (algunos grupos reformistas, FORJA)³⁸ y en menor medida del propio stalinismo. Pero la polémica que desataron los representantes del “viejo” movimiento trotskista no fue en absoluto terminológica. Bajo la pluma de Antonio Gallo *Inicial* publicó un artículo titulado “La posición de la IV Internacional - ¿Liberación nacional o Revolución Socialista?” en el que se leía: “Conquista teórica definitiva. Hace treinta años, el dirigente reformista Juan B. Justo afirmó lo que constituye una conquista teórica irrenunciable del proletariado argentino en su conjunto ratificada por centristas del tipo Del Valle Iberlucea, enriquecida y completada por los distintos movimientos marxistas habidos en el país y defendida sobre todo, por los dirigentes de la IV Internacional en Argentina: el carácter capitalista de la evolución del país y el carácter socialista de la revolución. Este principio es la piedra fundamental de la lucha de clases del proletariado argentino, su mejor conquista en el terreno teórico (...) El que niegue esto es un vulgar traidor al proletariado”.

“La burguesía argentina, a diferencia de la de los demás estados indoamericanos se basa en una economía de cierto grado propio, tiene una gran experiencia, cuenta con un Estado bien organizado y un aparato de represión formidable. Ya ha hecho su revolución y está dispuesta a gozar de sus beneficios. No tiene el menor propósito de lanzarse a ninguna revolución ‘antiimperialista’. (...) José Carlos Mariátegui, el gran marxista americano, hizo notar acertadamente esta diferencia existente entre la Argentina y los demás estados

³⁷ *Idem.*

³⁸ FORJA: Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina Grupo de jóvenes de la Unión Cívica Radical, que propugnan una orientación nacionalista que continúe y supere los límites del “yrigoyenismo” -Yrigoyen es el presidente radical tumbado por el golpe de 1930. Enfrentados al ala conciliadora de Alvear. Participan de FORJA Jauretche, Dellepiagne etc. Se inspiran en las obras del escritor nacionalista Raúl Scalabrini Ortiz. Algunos forjistas se integrarán posteriormente al peronismo. Fueron acusados de mantener relaciones con algunos sectores nazis.

americanos. El radicalismo y la oligarquía son cómplices por igual del capitalismo financiero internacional que domina económicamente a la Argentina (...) No hay más revoluciones democráticas, sino revoluciones socialistas. La IV Internacional no admite ninguna consigna de “liberación nacional” que tienda a subordinar al proletariado a las clases dominantes y, por el contrario, asegura que el primer paso de la liberación nacional proletaria es la lucha contra las mismas”.

“Hace poco el señor Marinetti reeditó esta consigna stalinista y últimamente la han hecho suya un señor Quebracho y los fascistas de la Alianza de la Juventud Nacionalista. Pero en las filas de la IV Internacional no se logrará introducir la menor confusión al respecto. En un artículo reciente de *La Nueva Internacional* (enero de 1940), el camarada J. Lagos califica de ‘Variante del Frente Popular’ a la consigna de ‘liberación nacional’, posición que es exactamente idéntica a la de los fascistas (...) La ‘liberación nacional’ no tiene nada que ver con nuestro movimiento. ¡Por la lucha de clases! ¡Por la revolución socialista!”.³⁹

Pocas veces se había hablado tan claro -el dedo estaba puesto en la llaga. Jorge Lagos había en efecto definido posiciones similares dentro del GOR (en el que las posiciones de Quebracho alcanzaron luego hegemonía), antes de separarse y pasar a engrosar la LOS. Para ésta escribió un folleto en octubre de 1940 -que jugó un importante rol en ese momento- en el que podía leerse: “Así como valoramos en su verdadera importancia el rol combativo de la clase media urbana y rural, nos negamos terminantemente a condicionar el carácter, la intensidad, la forma del movimiento social de la clase obrera a las veleidades, inconsecuencia y debilidad de la pequeño burguesía, tal como lo pretenden los panegiristas del antiimperialismo. Hay que tener la audacia del ignorante y el desparpajo del charlatán para referirse del modo general que lo hace el autor del folleto (Quebracho, NDA) a la paralización de la evolución industrial del país, como si el país no tuviera industrias e igualmente a la creación del mercado interno como si éste no existiera. Las características de nuestros países no denuncian deformación alguna de la economía capitalista -por el contrario, la suya es la forma natural de existencia del capitalismo en las semicolonias en la época del ‘capitalismo moribundo’ (...) El proletariado argentino, dos millones y medio de obreros industriales exclusivamente, explotado tan infame y violentamente... deberá disponerse a declarar la huelga y eventualmente apoderarse de las fábricas extranjeras, respetando las nacionales (...) La clase obrera

³⁹ Liborio Justo, *Estrategia Revolucionaria*, Ed Fragua, Bs. As. 1957, p. 77.

de nuestros países debe encarar la lucha que la burguesía es incapaz de intentar pero, lejos de plantearse tareas de Revolución Nacional, lejos de buscar los futuros amos nacionales, debe pensar, trabajar y luchar por su propio poder, por la Revolución proletaria.

En conclusión: existe en los teóricos apristas, stalinistas, nacional pequeños burgueses y fascistas la tendencia a disfrazar la explotación de la burguesía nacional con la que realiza el imperialismo en combinación con ella; en separarlas, en presentar supuestos e inexistentes grupos burgueses semicoloniales interesados en romper lanzas contra el imperialismo”.

Termina con un párrafo de tono profético: “Dentro de este gran movimiento social en que las ciudades industriales tendrán un rol director el movimiento nacional pasará a segundo lugar. Lo importante será la Revolución Social que, sin duda, tendrá consecuencias continentales. Nuestra revolución será proletario-socialista y no de Liberación Nacional burguesa”.⁴⁰

La discusión toma apoyo en características nacionales, incluso aceptando la existencia de “dos millones y medio de obreros industriales” en la Argentina de 1940, lo que constituye un exabrupto o una exageración. Pero la discusión tiene un alcance programático mundial, pues lo que se debate es la naturaleza misma del sistema imperialista. Nadie niega, formalmente, el carácter semicolonial de la Argentina, el problema es qué se entiende por ello y qué conclusiones es necesario sacar en relación al lugar ocupado por el proletariado nativo frente al imperialismo y la burguesía nacional.

El debate concierne, pues a la IV Internacional en su conjunto. La LOS intentó dar forma programática a sus ideas al respecto en las tesis que precedieron la ya citada (y fallida) “la Conferencia Nacional”, a fines de 1940, tesis que llevan por título “¿Revolución Socialista o liberación nacional?”: “El movimiento de la independencia fue en la Argentina una revolución burguesa, a diferencia de otros países del continente donde no tuvo características tan nítidas, como en Perú, por ejemplo. En la República Argentina hay proletariado y capitalismo, beneficio y plusvalía, y por lo tanto lucha de clases y la estrategia del proletariado debe ser la de la revolución socialista (...) Los formalistas pedantes y los oportunistas... reemplazan la dinámica de clases por nociones puramente nacionales. En consecuencia, si la Argentina es un país semicolonial por mucho que hace más de un siglo goce de una independencia política, se convierten en abanderados de la ‘liberación nacional. La teoría y la estrategia

⁴⁰ *Idem*, pp. 85 y 86.

marxistas rechazan terminantemente, en todos los casos, la estúpida idea de que el proletariado deba convertirse en abanderado de ideas y de movimientos burgueses de 'liberación nacional. (...) Como partido defiende siempre y en primer término la revolución socialista y la contraponen dialécticamente a la independencia nacional. Es una miserable concesión reaccionaria abandonar la lucha de clases y la revolución socialista para lanzarse a agitar una consigna que, aparte de ser ajena, es principal motivo de agitación demagógica de fascistas y stalinistas y que, por lo tanto es resistida por todos”.

“¿Que es la liberación nacional? ¿El pago de las expropiaciones, o sea el más pingüe negocio de sus agentes radicales y conservadores? En nuestro país la liberación nacional no es ni puede ser otra cosa que la coordinación monopolista de los transportes o la compra de los ferrocarriles propuesta por Pinedo. El ‘antiimperialismo’ que implica la liberación nacional de fascistas, stalinistas y quebrachistas es una superchería reaccionaria. El mundo debe regirse conforme al capital financiero internacional o conforme al régimen socialista internacional... El único antifascismo de buena ley es el socialismo. Que los advenedizos y aventureros como Quebracho funden la quinta internacional... 4) Las características de país semicolonial avanzado, la relativa evolución industrial, el alto porcentaje de obreros, las características de la explotación agraria, las tradiciones teóricas, políticas y organizativas del proletariado y, sobre todo, las condiciones de la actual época imperialista de madurez para una economía socialista mundial, determinan la estrategia de la vanguardia proletaria, sección argentina de la IV internacional en formación. Es decir, la estrategia de la lucha de clases y de la revolución socialista. La revolución no puede detenerse en las medidas democráticas ni en los límites nacionales. Se extenderá a los demás países americanos y buscará la solidaridad de los trabajadores estadounidenses. El problema así planteado elimina toda consideración oportunista y demagógica de ‘liberación nacional’”.⁴¹

La posición está formada con claridad, aunque no con seguridad: se afirman primero las características nacionales para fundar la estrategia de una revolución puramente socialista (es decir, que no recoge tareas democráticas y nacionales en su programa), para afirmar a continuación que aunque aquellas no existieran, serían las condiciones internacionales las que la justificarían. En cuanto a la conclusión política fundamental para el momento, la de la actitud frente a la guerra mundial, este grupo se inclinará -en consecuencia,

⁴¹ *Idem*, pp. 79 y 80.

hay que reconocerlo, con todo lo expuesto- por la clásica consigna del “derrotismo revolucionario” (en 1941, “Inicial” afirmará “En Argentina debe ser transformada la guerra imperialista en guerra civil”), sin preocuparse demasiado por el hecho de que Argentina no había entrado en la guerra. Sin embargo éste era motivo principal de conflicto entre la burguesía argentina y los yanquis, quienes en marzo de 1942 van a prohibir la exportación hacia Argentina de una serie de productos básicos, debido a la negativa del gobierno argentino a alinearse incondicionalmente detrás del belicismo norteamericano (en la Conferencia de Río de Janeiro de 1942).

El lector sabrá disculparnos la transcripción “in extenso” de las citas anteriores, lo cual tiene por objeto la cabal explicitación de las posiciones en presencia en este debate de gran importancia. Compartimos la apreciación de Guillermo Lora: “La discusión habida a partir de 1939 (en Argentina) siempre teniendo como eje el problema de la unificación, y que no tardó en centrarse alrededor del eje de la cuestión nacional tuvo en su tiempo y sigue teniendo aún, una importancia capital para la Cuarta Internacional en América, en Bolivia y en el mundo entero, pues planteó los puntos cruciales de la revolución de los países atrasados en nuestra época. Es una verdadera lástima que las historias de la Cuarta Internacional que circulan no se refieran para nada a este acontecimiento trascendental”.⁴²

⁴² Guillermo Lora, *Contribución a la historia política de Bolivia - Historia del POR*, Ed. Isla, La Paz, 1978, p. 304.

Capítulo II

La primera Sección Argentina de la Cuarta Internacional

Ni que decir tiene que no fue únicamente esta discusión (mencionada al final del capítulo anterior) lo que influyó en la vida de los grupos trotskistas de la época. Sabemos que los procesos de Moscú, con su secuela de infames acusaciones y asesinatos de los viejos líderes del bolchevismo, tuvieron un fuerte efecto desmoralizador sobre muchos cuadros del movimiento obrero y revolucionario, incluyendo militantes trotskistas. El asesinato de Trotsky (agosto de 1940) asimismo, no sólo privó a la Cuarta Internacional de un dirigente irremplazable sino que le quitó uno de sus emblemas como movimiento: el de tener a su cabeza a uno de los dirigentes de la Revolución de Octubre, expresión viva de la continuidad orgánica del bolchevismo. Se cifraba la esperanza en la rápida conversión de la Cuarta Internacional con Trotsky a su cabeza en una fuerza dirigente, al finalizar la Segunda Guerra Mundial y abrirse un período revolucionario. Es posible que, en Argentina, la deserción de Antonio Gallo del movimiento -en agosto de 1941- esté vinculada a estos episodios como la de algunos otros cuadros indecisos, o “gastados” por el aislamiento, por detrás de los “motivos personales” que frecuentemente se exhiben para justificar tales abandonos. La desvinculación del trotskismo del otro notable dirigente del debut de los años 30, Pedro Milessi, está ligado a la primera crisis internacional de la Cuarta luego de su proclamación: la discusión sobre la naturaleza del Estado Soviético, al que la fracción Schachtmann y Burnham en el SWP negaba su carácter de “Estado Obrero degenerado” para identificarlo con una nueva forma de opresión clasista. Estas posiciones “antidefensistas” (así fueron

llamadas, pues negaban el principio de la defensa incondicional de la URSS frente a una agresión capitalista) tuvieron alguna influencia en Argentina -por lo menos Milessi será expulsado a causa de ellas de la LOS en marzo de 1941. El único miembro del Comité Ejecutivo elegido por la Conferencia de Fundación de la IV que las sostuvo (el brasileño Lebrún -pseudónimo de Mario Pedrosa) viajó especialmente al Cono Sur para ganar adeptos. Sin mayor éxito, en Argentina (Liborio Justo sostiene que en 1940 se entrevistó con un enviado especial de la "minoría antidefensista" del SWP, quien no lo convenció, sin aclarar si se trata de Lebrún), con más éxito en Uruguay, donde la futura sección de la Internacional nace como grupo "Antidefensista" ligado a la corriente internacional liderada por Schachtmann, para modificar después esta posición y afiliarse a la Cuarta.

Estos hechos, sin embargo, parecen haber sólo influido el destino inmediato de algunos militantes, tomados individualmente. La discusión sobre la cuestión nacional en cambio, influyó decisivamente en la conformación, el agrupamiento o incluso la desaparición de las organizaciones. Ello porque desplazó decididamente el eje del debate de las cuestiones internacionales o doctrinarias (el stalinismo, la URSS, la guerra civil española) o de las cuestiones organizativas e incluso personales, hacia los problemas estratégicos inmediatos que debía afrontar el movimiento cuartainternacionalista en Argentina y Latinoamérica. Desde ese punto de vista no podía sino tener efectos saludables. Ya Trotsky había manifestado a Mateo Fossa que la prensa cuartista en Argentina se refería demasiado exclusivamente a problemas doctrinarios ("Están en Argentina, tienen una serie de problemas revolucionarios, hay que tratar esos problemas y resolverlos lo mejor posible. Y no hablar de Trotsky. Resolver los problemas del país, los problemas revolucionarios", así recuerda Mateo Fossa, 34 años después, las palabras de Trotsky en esa ocasión).¹

Para 1941, el Comité Ejecutivo de la IV Internacional se había trasladado de Europa (donde el desarrollo de la guerra, y la ocupación nazi de los principales países le impedía funcionar) a los EE.UU. De hecho su dirección recayó en 'los militantes más experimentados del SWP (Cannon, Dunne, Curtiss) y en algunos dirigentes europeos expatriados a Norteamérica con el fin de asegurar la continuidad de la actividad del centro internacional (Marc Loris, que había sido secretario de Trotsky, Fischer). El CEI se había dotado de un departamento latinoamericano que enviaba cartas a los grupos del continente que se reclamaban de la Cuarta y elaboraba informes sobre ellos para

¹ *La Opinión*, op.. cit.

la dirección internacional. Durante 1941, el CEI interviene abiertamente en la polémica entre los grupos argentinos. Esta polémica ya se había extendido a la mayoría de los grupos latinoamericanos de la Cuarta. Quebracho (que ya en ese momento se veía como cabeza de una tendencia internacional contra el “centrismo” de sus oponentes) escribe: “En contra (de la LOR y la “liberación nacional”) estaban los titulados ‘trotskistas’ del Uruguay, a través de la Liga Bolchevique Leninista, el Partido Obrero Revolucionario de Bolivia (el Centro Revolucionario de Bolivia, sin embargo escribía... que compartía nuestra posición y el Partido Obrero Revolucionario de Chile (...) también nos acompañaba en la defensa de la ‘liberación nacional’ el Partido Obrero Revolucionario de Cuba”.²

En efecto, Justo había sido activo en la difusión continental de sus posiciones. Diego Enriquez, máximo dirigente del POR chileno, llegará a representarse su lucha contra el POI como una batalla contra el “centrismo”, de naturaleza equivalente a la que libraba la LOR argentina contra la LOS, incluso haciendo suyas las críticas a la política “ambivalente” seguida frente a ella por el CEI y el DLA, que ya planteaba públicamente Quebracho.³

En cuanto al POR boliviano, Guillermo Lora admite que en ese período su dirección defendía la concepción de una revolución puramente socialista que ignoraba la cuestión nacional, lo que reflejaba la ausencia de claridad sobre el punto en el programa porista, aprobado en 1938.⁴

El único pronunciamiento oficial del CEI de la IV Internacional frente a la polémica será una breve tesis, redactada en mayo de 1941, referida a la cuestión que más lo preocupaba, a saber, la consigna de “neutralidad” levantada por la LOR, Reproduciremos de ella lo esencial, aclarando que en su introducción calificaba a la discusión de “muy seria” y concerniente al conjunto de países coloniales y semicoloniales.

“En casi todos los países del mundo, lo mismo que en los países semicoloniales, la burguesía está dividida en 3 sectores respecto a la cuestión de su participación en la guerra imperialista: 1) un sector de la burguesía que favorece al imperialismo anglo-americano; 2) un sector que favorece al imperialismo alemán; 3) una sección que desea ser neutral en la lucha entre estos imperialismos. Es sólo bajo

² *Estrategia*, pp. 83, 84.

³ *Estrategia*, pp. 79, 80. Diego Henriquez es el seudónimo del dirigente de izquierda chileno Adonis Sepúlveda.

⁴ Lora, op. cit., 244.

circunstancias muy especiales que la burguesía de un país pequeño o semicolonial puede efectivamente ser neutral.

“(...) Para el proletariado o para alguna sección del proletariado sostener la idea de la neutralidad y presentarla como un slogan solamente tendría éxito si él mismo se atara a esa sección de la burguesía esperando y rezando para que la guerra mundial la deje sola. Pese a cualquier intento que se haga” para dar a la idea de neutralidad algún contenido que la distinga en su uso por el proletariado del uso que le da algún sector de la burguesía, ello conduce inevitablemente al embotamiento de la distinción entre el partido revolucionario del proletariado y la sección de la burguesía que defiende la neutralidad. (...) El concepto de neutralidad tiende a devenir puramente legalista. Se adopta la idea que una nación neutral puede ser imparcial en una lucha entre dos poderes imperialistas. Imparcial significa que cualquier cosa que se permita a un poder será también permitido para el otro. Está completamente ausente el espíritu de lucha contra los dos campos imperialistas. En su aparente actitud de indiferencia a la victoria de ninguno de ambos campos, no puede ser detectada la actitud proletaria de que ambos campos son en realidad uno y el mismo y deben ser destruidos.

“Ni que decir tiene, por supuesto, que las fuerzas de la IV Internacional no pueden ser nunca neutrales en una lucha entre un pueblo colonial o semicolonial contra un poder imperialista. Entendemos perfectamente que los camaradas que utilizan el slogan de neutralidad no quieren dar a entender que serían neutrales en tal caso. (...) El slogan de neutralidad conduce en el mejor de los casos a un rol pasivo que no promueve la lucha contra el imperialismo. Un slogan de esa naturaleza, en consecuencia, no puede ser aceptado por la IV Internacional.

“Los partidos revolucionarios de los países sudamericanos, secciones sudamericanas de la IV Internacional deben utilizar slogans que movilicen a los obreros y campesinos de esos países contra todos los imperialismos (...) Atacando no mediante la neutralidad, sino mediante una activa lucha antiimperialista, al imperialismo en general, debe ser dirigido hacia el principal peligro imperialista del momento. En este caso el imperialismo yanqui está alineando a todo Latinoamérica detrás de sus propios fines. Debemos atacar sobre todo al imperialismo yanqui. El proletariado debe distinguirse claramente de su propia burguesía que juega la neutralidad sólo para ganar un lugar para negociar una parte mayor del botín de la explotación imperialista, o para venderse a sí misma por un precio más elevado a uno de los poderes. Hoy es el imperialismo americano quien está siendo ayudado por la

burguesía latinoamericana. La ayuda bajo el disfraz de la defensa de la democracia contra el fascismo, debe ser expuesta y atacada por nuestras fuerzas. Debe ser claro que sólo mediante la alianza de las masas latinoamericanas con el proletariado americano podrán ser derrotados tanto el imperialismo americano como las burguesías nativas en sus comunes maquinaciones para guardar a los pueblos latinoamericanos bajo su sujeción.

“Como sustitutos al slogan de neutralidad proponemos: ¡abajo la guerra imperialista! ¡abajo el imperialismo yanqui! ¡Contra todos los explotadores imperialistas! Por la unidad socialista de América Latina!”.⁵

La declaración está lejos de la consigna de “derrotismo revolucionario” (posición a la que sin embargo no critica). Se critica correctamente la consigna de “neutralidad”, como propia (un sector) de la burguesía nativa: en la Argentina, era defendida por los sectores oligárquicos más ligados al imperialismo inglés, para quien la entrada de nuestro país en la guerra aceleraba su pasaje a la órbita del imperialismo yanqui. Aún neutral, la Argentina se mantuvo durante el período bélico como la principal proveedora de carne a Inglaterra.

Justamente por ese carácter, la “neutralidad” no es una consigna susceptible de movilizar a las masas contra la guerra y el imperialismo. Puramente legalista, es una consigna burguesa que sólo se puede traducir en una actitud de presión hacia el gobierno; es decir, que coloca al proletariado a la rastra de la burguesía nacional. La LOR aceptó retirar la consigna. Es significativo que Quebracho, que se lanzará luego a una violentísima batalla contra el CEI de la IV Internacional, no se haya referido jamás, en los numerosos escritos que le consagra, a esta tesis del CEI, la única oficial sobre el problema.

¿Cuál era la orientación para preparar una movilización independiente de las masas, en esa situación? La del CEI se limita al nivel de generalidades (abajo la guerra, el imperialismo, los explotadores). En cambio, aún dentro de una perspectiva oportunista de presión sobre la burguesía (“neutralidad”), la LOR afirmaba que los trabajadores debían aprovechar la guerra para plantear la expropiación de las empresas y bancos imperialistas (la “liberación nacional”). La perspectiva de un movimiento antiimperialista de las masas, dentro del cual los trotskistas debían luchar para dotarlo de una dirección obrera independiente, era uno de los pronósticos básicos del análisis de la IV

⁵ *International Bulletin*, Comité Ejecutivo Internacional de la IV Internacional, volumen 1, n° 6, julio 1941.

Internacional referente a la guerra. En el “Manifiesto de Emergencia” frente a la 2da guerra -uno de los últimos escritos de Trotsky- se leía:

“Del hecho mismo de las dificultades y peligros enormes que crea la guerra en los centros metropolitanos imperialistas, ella abre también amplias posibilidades para los pueblos oprimidos. El sonido del cañón en Europa anuncia la hora de su liberación”.

La confusión política del CEI en ese aspecto, era evidente en un fragmento del informe de su delegado que en esos momentos recorría la Argentina (Sherry Mangan): “... el total rechazo de la neutralidad por la LOS, no sólo como slogan sino como tema de conversación (talking point), impresiona a este observador, pues contiene un gran sectarismo y ultraizquierdismo. (...) El deseo de neutralidad de parte del proletariado argentino, los trabajadores rurales y amplios sectores de la pequeña burguesía, es apasionado y profundo... ese sentimiento popular puede ser usado como punto de partida para una explicación efectiva a los trabajadores industriales y rurales de: a) por qué la burguesía nacional *no puede* por su propia naturaleza ser permanentemente central y guardar a la Argentina fuera de la guerra imperialista; b) por qué una actitud *pasiva* o meramente neutral de parte de los trabajadores implica que están ligados a la burguesía nacional es no sólo inefectiva, sino contraria a sus intereses y a aquellos de los trabajadores de los países beligerantes -que su natural deseo de no ser llevados a la sangría imperialista puede ser mejor expresado y servido tomando una posición activa contra *ambos* campos imperialistas”.⁶

¿Cómo tomar una posición “activa”? Es el problema que la declaración del CEI no resuelve. Su confusión se expresa también en la benevolencia de su crítica a la LOS, respecto a la dureza con la LOR: si la posición de esta última era equivocada (y la crítica del CEI parcialmente correcta), la de la LOS (“derrotismo revolucionario”) era directamente desastrosa; no tomaba en cuenta que la Argentina no participaba en la guerra, ni luchaba contra las presiones del imperialismo por embarcarla en ella.

El gobierno argentino, mantenía fricciones con los yanquis a ese respecto (no quería participar). Esta era la otra omisión del CEI: la de la posibilidad de fricciones entre el imperialismo y la burguesía nativa (la declaración sólo habla de las “comunes maquinaciones” de uno y otra). El caso se presentó de manera muy práctica en 1942 en Argentina y Chile, países que no habían entrado en la guerra, luego de la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro. La importancia de estas crisis en las relaciones entre el país oprimido y el imperialismo, es

⁶ *Idem.*

enorme, pues crea la posibilidad de un movimiento antiimperialista de las masas -del cual un sector de la burguesía tratará inevitablemente de tomar la dirección (3 años después -1945- el desarrollo de esa crisis llevó en Argentina al nacimiento del peronismo). La crisis ya era visible en el momento de la declaración del CEI. Luego de la Conferencia de 1942, el imperialismo yanqui amenazó con bloquear -incluso militarmente- a Chile, si éste no entraba en guerra. Frente a la capitulación a regañadientes de la burguesía chilena, el POR -sección de la IV en ese país- planteó:

“Este derecho a la autodeterminación nacional es esencialmente democrático burgués y no socialista. Pero la ruptura del frente imperialista mundial no es concebible más que abriendo ancha puerta a todos los pueblos sometidos de la tierra para que decidan su propio destino. La propia Carta del Atlántico, que ni Inglaterra ni los EE.UU. respetan, establece en uno de sus puntos este derecho fundamental. En Chile, la burguesía entreguista y dependiente del imperialismo es incapaz de levantar esta bandera democrática. (...) La política externa e interna de Chile DEBE DECIDIRSE EN CHILE y no en los Estados Unidos... en Chile la UNICA CLASE CAPAZ DE LLEVAR ADELANTE UNA POLITICA DE ESTA ESPECIE ES EL PROLETARIADO y no la burguesía gobernante”.⁷

Es visible aquí la influencia de las posiciones de la LOR. Pero la posibilidad de un debate al interior de la Cuarta que clarifique estas cuestiones se verá frustrada, porque en ese mismo momento, ya Quebracho está llevando resueltamente a la LOR a la ruptura con la IV Internacional.

Polémica entre Quebracho y Marc Loris

En el mismo *Boletín Internacional* en que se publican las tesis del CEI “Sobre el slogan de la neutralidad”, un miembro del CEI, Marc Loris publica una “Carta a los camaradas argentinos” destinada a criticar dos folletos que ya hemos citado: “La Argentina frente a la guerra mundial” del GOR, y “La IV Internacional y la lucha contra el imperialismo” de Jorge Lagos (LOS). Loris desarrolla claramente los aspectos confusos de la posición del CEI, bien que a título personal. De hecho, esto lo conduce a defender los planteos de la LOS contra el GOR.

⁷ Frente Proletario órgano del POR de Chile, nro. 12, octubre 1942, Santiago de Chile.

Plantea frente al párrafo del GOR: “Hagamos agitación en favor de la propia Argentina, para que pasen a poder de nuestro pueblo todas las grandes compañías de servicios públicos; empresas industriales, sociedades agrícolas y bancos extranjeros que actualmente nos esquilmán y dominan”. Loris no encontrará nada mejor que responder: “¿Y la burguesía nacional? ¿Qué se quiere decir con la fórmula que pasen a poder de nuestro pueblo? Esto es parte del arsenal fuera de época y superado de todos los demagogos pequeños burgueses”.

Un poco más adelante: “El panfleto (del GOR) habla asimismo de la economía argentina como “deformada” por la opresión imperialista. ¿Será cuestión de ‘restaurar’ la economía argentina, de hacerla ‘normal’? ¿En el cuadro del capitalismo imperialista, es posible esperar para ella que siga un curso armonioso de desarrollo?” Y luego compara al “autor del panfleto” con... Sismondi⁸, calificando su perspectiva de “reformista”. Frente a esta manifiesta incomprensión del rol del imperialismo en los países atrasados, del diferente lugar ocupado en el sistema imperialista por países opresores y oprimidos, Quebracho, lejos de polemizar para ponerla de relieve, se limitará a responder secamente: “no habíamos escrito para que nos leyera los imbéciles”.⁹

Luego de contar las veces que en el folleto del GOR aparece la palabra “socialismo”, Loris se escandaliza de que en aquel “la revolución proletaria es presentada como el instrumento, el medio de la emancipación nacional!” Loris salpica, finalmente, su “demolición” del GOR con observaciones como “No, todo esto está lejos, muy lejos del marxismo... No, no hay aquí ningún lenguaje revolucionario” (sic). Luego pasa a la crítica del “camarada Lagos” saludándolo previamente por haber “corregido” los errores del GOR, “aunque cayendo a veces en errores clasificables como sectarismo”. Frente a la afirmación de Lagos sobre la inexistencia de restos feudales en Argentina (que para él fundamentaba su estrategia de la revolución puramente socialista) Loris responde que tales restos existen en países como los EE.UU. o Inglaterra para luego comentar: “no es cuestión de replantear la revolución proletaria con la revolución burguesa. Pero es propio de la revolución proletaria resolver las tareas democráticas burguesas que las más avanzadas burguesías han sido y son incapaces de resolver”. Loris suscribe, pues, la tesis de la naturaleza similar de

⁸ Sismondi: economista socialista criticado por Marx por proponer eliminar los “lados malos” del capitalismo y no el modo de producción como tal.

⁹ LOR, *Boletín Interno*, n° 1, “Respuesta a Marc Loris”, agosto 1941.

la revolución en los países avanzados (aquellos que han cumplido su revolución democrático burguesa) y atrasados (los que no han pasado por dicha revolución). En nombre de que toda revolución -en la época imperialista- no puede concluir triunfalmente sino como revolución proletaria, se niega toda diferencia entre el programa de la revolución en un país metropolitano y en un país oprimido. Algo más, el único momento en que la opresión nacional aparece en Loris, es cuando se ve obligado a criticar la siguiente postura de Lagos: “La guerra entre uno de nuestros países y uno de los sectores imperialistas será una guerra imperialista”. En realidad aquí estaba encerrada toda la polémica entre los grupos argentinos: si la guerra entre un país semicolonial y un país imperialista es una guerra imperialista por ambos lados, ¿qué diablos es el imperialismo?

Loris recuerda a Lagos que una guerra entre una colonia y un país imperialista “puede ser” una guerra de defensa antiimperialista. Y nada más.¹⁰

Resulta evidente -en la medida que Loris es miembro del CEI de la IV- la confusión existente en esa dirección respecto a los países oprimidos. Se distingue -formalmente- entre países opresores y oprimidos, pero luego se lo concluye asimilando. Se niega la necesidad de que el proletariado de los países oprimidos luche por la liberación nacional.

En el movimiento revolucionario, esta posición tiene un antecedente: la planteada en un momento por Rosa Luxemburgo y Piatakov -criticada por Lenin en *Una caricatura del marxismo*- que negaba la lucha por la “autodeterminación nacional”, bajo el supuesto de que ésta sería irrealizable bajo el imperialismo, y de que la revolución socialista significa la destrucción de las fronteras nacionales (disolución de las naciones). Lenin respondió que no hay tal “irrealizabilidad” sino que “no solo el derecho de las naciones a la autodeterminación sino todas las reivindicaciones fundamentales de la democracia son ‘realizables’ bajo el imperialismo sólo en una forma incompleta, deformada y como rara excepción”. Concluía en que “sería por completo erróneo pensar que la lucha por la democracia pueda distraer al proletariado de la revolución socialista, o relegarla, posponerla, etc. Por el contrario, así como es imposible un socialismo victorioso que no realizara la democracia total, así no puede prepararse para la victoria sobre la burguesía un proletariado que no libre la lucha revolucionaria general y consecuente por la democracia” (1916, *Tesis sobre la revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación*). Esta cuestión

¹⁰ *Internacional...*, op. cit.

era particularmente importante en lo que se refiere al proletariado colonial y semicolonial pues -para Lenin- “es evidente que en las inminentes batallas decisivas de la revolución mundial, el movimiento de la mayoría de la población terrestre, orientado al principio hacia la *liberación nacional*, se volverá contra el capitalismo y el imperialismo, y jugará quizás un rol revolucionario mucho más importante que el que podamos pensar” (1921, III Congreso de la IC).

Si es correcto plantear que la burguesía de los países atrasados no puede, en la actual era imperialista, liberar a su país ni consumir la revolución democrática, esto no quiere decir que el proletariado no deba plantearse esas tareas. Antes bien, éstas pasan a ser parte del programa de emancipación social de la clase obrera. “Con respecto a los países de desarrollo burgués atrasado, y en particular de los coloniales y semicoloniales, la teoría de la revolución permanente significa que la resolución *íntegra y efectiva* de sus fines democráticos y de emancipación nacional tan sólo puede concebirse por medio de la dictadura del proletariado, empuñando éste el poder como caudillo de la nación oprimida” (Trotsky, tesis nro. 2 de *La revolución permanente*, subrayado nuestro). Se aprecia que el planteo de Trotsky y el de Loris se oponen por el vértice.

“Íntegra y efectivamente”, sólo la revolución proletaria puede consumir la liberación nacional, pero esto no quiere decir que otras clases no puedan enunciar esta tarea, o plantearse realizarla “en forma incompleta, deformada”. Así sucede en los momentos en que la burguesía nacional (o sectores pequeños burgueses, o militares) pretenden -y consiguen en mayor o menor grado- arrastrar a las masas obreras y explotadas tras su demagogia nacionalista. Como se vio, el único modo en que la clase obrera revolucionaria puede disputar a la burguesía la dirección de los explotados, no es negando la liberación nacional (“tal renuncia sería sólo ventajosa para la burguesía y la reacción”, señalaba Lenin), sino planteando consecuentemente -revolucionariamente- la cuestión nacional y democrática. La confusión que el planteo del CEI introdujo entre los trotskistas argentinos se mide en el hecho -que veremos más adelante- de que sus principales sostenedores (Ramos, Posadas), pasaron a adoptar posiciones pro-peronistas poco años después, cuando la emergencia de ese movimiento nacionalista.

Quebracho aprovechará de inmediato las debilidades evidentes del texto de Loris para escupir fuego contra él. En la “Respuesta a Marc Loris” de la LOR burlas e insultos harán pasar a segundo plano la respuesta propiamente política. Luego de tratarlo de “discípulo de Stalin” y de dar rienda suelta a su verborragia de polemista, culminará

con una “mojada de oreja”: “He vivido bastante en Union Square (sede del SWP, NDA) para que me asusten misivas como la suya y mi permanencia en aquel barrio de Nueva York me permitió, muy claramente, percibir el concepto despectivo que muchos pseudo-revolucionarios pequeño-burgueses tienen allí por nuestros países latinoamericanos, haciéndose cómplices del desprecio imperialista para los mismos. Usted, Marc Loris, es uno de ellos”.¹¹

Otro dirigente del SWP, Charles Curtiss, manifestará su buen instinto exponiendo su desacuerdo con la “Carta...” de Loris -aunque fuera con su tono y no con su contenido- en carta privada al delegado del CEI en Argentina, recomendándole la prudencia de que la “Carta...” “carecía”.¹²

En vano. Aunque el propio Lagos escribiera a Quebracho: “Créame que considero superficial, poco táctica y por ende contraproducente la carta de M. Loris en lo que se refiere a que realiza una crítica de su posición deformándola... Yo comprendo que la posición suya no es la que critica M. Loris”¹³, para Quebracho el problema ha dejado de ser los “centristas” argentinos e incluso latinoamericanos, desde ahora sus enemigos serán los “centristas” que dirigen la Internacional.

La creación del PORS

Por las cuestiones políticas y organizativas implicadas, el “caso” argentino significaba un verdadero “test” para el CEI en cuanto a su capacidad como dirección de la IV Internacional. El “movimiento” se había desarrollado en Argentina prácticamente sin contactos con la dirección internacional, guardando últimamente apenas un contacto epistolar con su Departamento Latinoamericano (DLA). En un informe de éste al CEI, de mayo 1940, se leía: “La Comisión América Latina (CAL) ha intentado unir a estos grupos (se refiere al GOR, a la LOS y a los “regionales”, NDA) en una sola organización, pero hasta ahora sus tentativas han fracasado. Al principio sus divergencias eran menores y sobre todo de orden personal (...) En el número 7 de *Inicial*, apareció un artículo de fondo sobre la naturaleza de la revolución en Argentina, que tiende a demostrar que será exclusivamente socialista. Recientemente el GOR ha enviado una carta a la CAL pidiendo ser reconocido como sección argentina de la IV Internacional (...) El

¹¹ *Estrategia*, op. cit, p. 158.

¹² Carta de Terence Phelan a Charles Curtiss, 28/10/41 en las Sierras de Córdoba.

¹³ *Estrategia*, op. cit, p 157.

grupo “Inicial” ha planteado la exclusión del camarada Quebracho como condición para la unificación con el GOR. La CAL le ha enviado un texto expresando su desaprobación de este ultimatum. (...) Las divergencias toman ahora un aspecto político, y por lo tanto nos será mucho más fácil decidir cuál de los grupos expresa las ideas de la IV Internacional”.¹⁴

Ya hemos visto los textos de la primera intervención del CEI en el debate. Hacia la misma época, éste decide enviar un delegado a los países del “cono sud” con el fin de propender a la unificación de los grupos allí existentes. Terence Phelan (seudónimo de Sherry Mangan) llega a la Argentina durante los primeros meses de 1941. Lo hace en calidad de corresponsal de las revistas *Time*, *Life*, y *Fortune*, trabajo que ha conseguido por indicación del CEI, con el objetivo de facilitarle sus desplazamientos por el mundo, para llevar adelante una tarea de contacto entre los diferentes grupos y el CEI. Mangan militaba en el trotskismo yanqui desde 1934.

Su primer contacto estable parece haber sido en Argentina con la LOS, y en particular con el joven responsable de su periódico (Jorge Abelardo Ramos, “Seignac”). En su primer informe al CEI constatará la impasse en que está metida la LOS en cuanto a sus consignas referidas a Argentina y la guerra mundial-impasse vinculada, digamos, a su política de “transformar la guerra imperialista en guerra civil” y “derrotismo revolucionario” en un país que no participa en la guerra: “¡Ni un kilo de carne, ni un gramo de trigo, para los poderes imperialistas!”- es la consigna del momento de la LOS- que propone aprovechar la guerra imperialista no para expropiar al imperialismo sino para suspender las exportaciones. Phelan se lamenta de la “pobreza” de este slogan, y se pregunta qué pensarían de él los obreros ingleses y franceses. Al mismo tiempo sostiene, sin embargo, que las diferencias entre la LOS y la LOR (ex GOR) no son programáticas, sino de “aplicación” (tácticas).¹⁵

En contacto asimismo con la LOR, sus relaciones con ésta van a tensarse rápidamente. En junio se produce el congreso de unificación del POR y el POI chilenos; que dará lugar al POR, sección chilena de la IV Internacional. Phelan concurre como delegado del CEI y Quebracho por su propia cuenta, por la LOR. En el curso del Congreso, Phelan da lectura a la “Carta” de Loris ya citada y transmite un saludo de la LOS, grabado en un disco. Justo reacciona ofendido,

¹⁴ *Les Congrès de la IVème Internationale*, Ed. La Breche, Patis, 1978, p. 402.

¹⁵ *Internacional...*, op. cit.

pero aprovecha para plantear sus posiciones sobre la “liberación nacional”, cosa que le es agradecida por el Congreso. Cada cual ve en el Congreso un triunfo: Phelan, porque cree haber demostrado que la unificación de los grupos es posible. Quebracho porque aduce que la unificación de Chile ha sido un triunfo de los “revolucionarios” -el POR- contra los “centristas” -el POI.

En Argentina, Phelan constata también la debilidad y dispersión de los grupos trotskistas. Desplegando gran energía, viaja por todo el país y convence a los grupos “regionales” -de La Plata, Santa Fe (animado por Narvaja), y Córdoba (donde están Esteban Rey y “Flores”, primitivo seudónimo de Posadas)- de participar en un proceso de unificación. En fin, logra reunirlos a todos en un Comité de Unificación al que propone a la LOR, en agosto, participar.

La LOR acepta, con reservas, pues considera que es preciso proceder previamente a una delimitación de posiciones. El Comité acepta el criterio y propone se presenten tesis por escrito por parte de cada grupo. Así lo hará la LOS. Así lo hará también la LOR, pero de una manera singular. Convencido Quebracho de que no se trata de “limar diferencias” sino de una batalla política en la que sus posiciones deben derrotar a las “centristas”, comienza la publicación de la serie “Documentos para la unificación del movimiento cuartainternacionalista argentino”, empezando por una “Breve reseña cronológica”. En ellos no sólo critica las posiciones, sino también la trayectoria de los grupos adversarios, intentando demostrar la existencia de una corriente centrista desde los inicios mismos del trotskismo en Argentina. Los “Documentos...” serán cinco y la LOR los difunde pública y continentalmente. Continuará su publicación imperturbablemente aún después que las tratativas de unificación se hayan roto. Esto, que le atraerá las simpatías de otros grupos latinoamericanos (el cubano y el chileno), le acarreará también las iras de los otros grupos argentinos, y las críticas de Phelan mismo, quien, descorazonado, constata que la LOR y la LOS ni siquiera se ponen de acuerdo sobre qué es lo que hay que discutir.

Es indiscutible que en su intervención en las tratativas (así puede llamárselas) Phelan le atribuyó mucho más importancia a las cuestiones organizativas que a las divergencias políticas, las que trató de minimizar. Su aporte al Comité de unificación consistió en un grueso “Proyecto de resolución organizativa sobre el partido”. Allí afirmaba, polemizando: “Nuestro camarada Quebracho ya ha citado varias veces muy justamente el dicho de nuestro gran teórico L. Trotsky: ‘Es la idea la que crea los cuadros y no los cuadros la idea’. Lo que se olvida de citar era el contexto de este dicho, que se refiere a que

ya tenemos la idea. Aquella ‘idea’ no es otra que el programa de la Cuarta”. Quebracho retrucó: “¿Basta, para llegar a la unidad, estar de acuerdo con el programa de la IV Internacional? No; no basta. Ese programa no resuelve todos los múltiples aspectos que se refieren a la estrategia revolucionaria en los países sometidos y toca muy ligeramente lo que se refiere al carácter de la revolución en los mismos.

De ahí la necesidad imperiosa de completarlo encarando y resolviendo multitud de puntos de fundamental importancia para los países coloniales y semicoloniales que hasta ahora no han sido aclarados en forma definitiva. Y como estos puntos son, precisamente, los que aquí están en discusión resulta, en consecuencia, que el programa de la IV Internacional en abstracto no es suficiente sino que hay que llegar a aclarar y ponerse de acuerdo en lo que se refiere a su aplicación en Argentina”.¹⁶

Phelan utiliza el programa para el objetivo contrario para el cual había sido escrito: no para abrir, sino para cerrar el debate. Poco después de la aprobación del Programa de Transición, Trotsky había saludado a los trotskistas de Nueva York, que en lugar de ponerse a repetirlo como locos, se habían puesto a estudiar cómo adoptarlo a la situación concreta de los EE.UU. y cómo explicarlo a las masas.

Independientemente de la dirección de la Cuarta, una de sus secciones latinoamericanas más importantes -el POR cubano- se interesó en el debate “argentino”, planteando un método más correcto y una posición más concreta sobre los problemas en disputa. Quizá su carta haya llegado demasiado tarde (febrero de 1942?): “...en el problema de los camaradas argentinos, hay dos puntos fundamentales que precisar... para una unificación de nuestras fuerzas en este país: la valoración particular del problema revolucionario argentino, partiendo de nuestros principios marxistas leninistas, para traducir una línea estratégica general en la aplicación de la táctica específica de lucha que corresponde a las condiciones del país y, en segundo lugar, planteamiento organizacional consecuente con el punto anterior. Estimamos que este modo de ver las cosas no ha sido debidamente interpretado por la mayoría de los camaradas, a pesar de la correctísima insistencia de la LOR sobre la necesidad de clarificar primero y unificar después.

“Para nosotros el problema de la liberación nacional, dada nuestra condición semicolonial, es decir, de país donde la mayor parte de las conquistas democráticas no se han alcanzado, es parte integrante del proceso general de la revolución permanente. Está claro que para

¹⁶ *Estrategia*, 104.

nosotros liberación nacional no significa en ningún caso el traspaso de las empresas imperialistas a manos de una burguesía nativa, sino la expropiación, por el estado cubano, sin indemnización, de tales empresas. Esto implica, como es natural, la conquista del poder por el proletariado cubano. Y esta conquista del poder no sería la revolución socialista, porque lo que haría sería combinar las tareas democráticas con las socialistas posibles. Sería positivamente la liberación nacional, pero no ejecutada bajo la hegemonía de una burguesía, sino de la clase obrera”.¹⁷

La posición posee la virtud de tratar de integrar los problemas nacionales y la “revolución permanente”. Se esboza sin embargo, una tendencia a separar -a “colocar una muralla”- entre la revolución democrática y la socialista cuando se plantea que la toma del poder por el proletariado no sería la revolución socialista. Justamente la toma del poder por el proletariado indica que la revolución democrática se ha transformado en socialista, la cual ejecutará “al pasar” (Lenin) las tareas democráticas incumplidas. Quebracho planteará una concepción similar.

Se trata, al menos, de una posición clara frente a los problemas. Veamos, en cambio, la de Phelan, que aún considerando la liberación nacional como un problema secundario, se refirió a ella en su texto al Comité de Unificación.

“La Argentina es un país semicolonial, determinante capitalista (sic) y relativamente avanzado. Este último es primario y fundamental, y el acuerdo sobre eso es decisivo. La revolución democrática, aunque muy avanzada, no se ha completado. Llegada demasiado tarde en esta época de imperialismo agonizante, la burguesía nacional es incapaz de cumplir las tareas restantes de la revolución democrática, incluso la de la ‘liberación nacional’ del yugo del imperialismo.

“(…) Indiscutiblemente existe en Argentina un anhelo, vago pero intenso, para la liberación nacional del yugo imperialista. Bajo pena de no sólo perder como aliados a los elementos pequeño burgueses urbanos y rurales y aún proletarios que sienten tal deseo antiimperialista confuso, sino también de echarlos en los brazos del sector demagógico nacional fascista de la burguesía nacional, no podemos arriesgarnos a descuidar ese anhelo que correctamente comprendido y evaluado puede servir como importante punto de partida para nuestra propaganda.

“Pero un punto de partida para la agitación no es la misma cosa que una consigna de ‘liberación nacional’, es la denominación de un

¹⁷ Idem, 102.

problema no su solución. Convencidos como estamos de que solamente la dictadura del proletariado puede cumplir no sólo ésta sino, todas las tareas de la revolución democrática tendremos que tomar el mayor cuidado en la selección de nuestras consignas: para evitar toda tendencia a embotar la naturaleza clasista de nuestra solución. Aún más, debemos saber la posición secundaria y transitoria que las consignas referidas a este problema deben jugar dentro de nuestro programa de acción. Sobre todo no debemos, por nuestro interés en este problema, aflojar ni una pulgada nuestra lucha contra la explotación capitalista criolla. En resumen, como principio determinante en todas las cuestiones semejantes, tenemos que subordinar siempre la ‘liberación nacional’ a la revolución mundial proletaria”.¹⁸

La liberación nacional para Phelan, no es un problema objetivo, planteado por la estructura del país y del Estado y su vinculación con el imperialismo mundial, sino subjetivo, un “vago anhelo” de las clases medias y algunos obreros. Su formulación por el partido revolucionario aparece sólo como una concesión a estos sectores, y no como el método para disputar la dirección de los explotados a la burguesía. Los sectores nacionalistas de ésta son identificados con el fascismo: Phelan adelanta así el argumento con el que casi toda la izquierda se embarcará, poco después, con la Unión Democrática.

Trotsky había partido de la economía mundial, definitivamente unificada bajo el capital por el imperialismo, para definir la pertenencia de todos los países a la economía capitalista. Phelan lo invierte, y parte de definir a la Argentina como país capitalista, y a postular el grado de desarrollo de ese capitalismo (“relativamente avanzado”) como un acuerdo de principios. La voluntad de “no embotar la naturaleza clasista de nuestra solución”, y de “subordinar la liberación nacional a la revolución mundial”, son correctas, pero ni Phelan ni el CEI entienden a esta última como Lenin:

“La revolución social no puede sobrevenir más que bajo la forma de un período en el cual la guerra civil del proletariado contra la burguesía en los países avanzados, se une a toda una serie de movimientos democráticos y revolucionarios, comprendido los movimientos de liberación nacional, en las naciones poco desarrolladas, atrasadas y oprimidas”¹⁹.

¹⁸ Nahuel Moreno: “Tesis: diferencias del movimiento trotskista argentino”, en *Revolución Permanente*, n° 2-3, Bs. As., octubre 1949. p. 15 y 16.

¹⁹ V.I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XX, p. 432, Ed. Cartago, Bs. As.

Todo el texto de Phelan aparece marcado por el eclecticismo, debido a la voluntad de conciliar y no de clarificar, las posiciones en disputa.

De todos modos, el Comité de Unificación estallará al menos en lo que concierne a la participación de la LOR, en una serie de episodios poco claros. En carta privada a Curtiss, Phelan señalará su convencimiento de que Quebracho esta “loco, sin la menor duda mentalmente desequilibrado”, lo que no le impide ver en él al “por lejos más dinámico talento político del socialismo argentino, temiendo que su pérdida no lo convierta en “un nuevo Mussolini, destinado al nacionalismo fascista al estilo Vargas” (alusión al reproche atribuido a Zinoviev contra los socialistas italianos, de haber perdido a Mussolini, “el más grande talento del socialismo italiano”). La correspondencia privada de Phelan revela hasta qué punto los problemas planteados por Justo lo obsesionaban en este sentido.²⁰ En octubre, disputas violentísimas se producen entre la LOR y Phelan sobre la ausencia de “tesis” por parte de la LOR o quizá por la forma que ha elegido la LOR para presentarlas. Como sea la LOR decide quedar en el Comité sólo en calidad de “observadora”, Phelan decide simultáneamente que ya ha hecho suficientes concesiones a la LOR. Lo urgente para Phelan es organizar “el partido”. Curtiss escribe a Phelan recomendándole prudencia para no excluir a Quebracho. Phelan responde pidiendo al CEI le otorgue su confianza “pues nuevas concesiones a Quebracho y los 27 que alega, pueden romper la unidad de los otros 75 que yo he contado”.²¹ Queda oscuro pues si la convocatoria para el primer Congreso del Partido Obrero de la Revolución Socialista fue aprobada por el CEI, o simplemente tomada, por el Comité de Unificación con Phelan, quienes la fijaron para el mes de diciembre. Para Phelan ya se había franqueado la etapa prevista en su “Proyecto...”: “espero haber explicado lo que quiero decir por la distinción entre puntos principales y puntos secundarios. Si nos encontramos de acuerdo sobre los primeros, es mi firme convicción que debemos proceder de inmediato a la unificación, a través de la discusión organizativa dejando los demás puntos políticos para la discusión en una serie de boletines internos de la nueva organización²².”

La LOR continuará publicando sus documentos bajo la divisa (primero de Plejanov y después de Lenin) “Antes de unirnos y con el

²⁰ Phelan a Curtiss, op. cit.

²¹ Idem.

²² Moreno, op. cit, p. 15.

fin de unirnos debemos delimitarnos previamente de un modo claro y decisivo.”

En diciembre de 1941, pues, el PORS realiza su Congreso en Punta Lara, cerca de La Plata. Los delegados no superan la treintena. Están presentes la vieja LOS (ya sin Gallo ni Milessi), los grupos de La Plata, Córdoba, Rosario y Santa Fe. También el grupo de obreros del transporte nucleado alrededor del yugoslavo Medunich Orza. Entre los delegados del grupo platense, el joven estudiante de física Ernesto Sábato, muy conocido más tarde como escritor.²³ Phelan interviene activamente durante el Congreso, sobre todo en las discusiones organizativas -la carencia de métodos adecuados es lo que ha impedido a su juicio a los trotskistas argentinos crecer. La resolución programática es confiada a Jorge Lagos, y es aprobada por el Congreso. Se elige un Comité Central, cuyo Secretario General es Carbajal (Narvaja). Se nombran dos funcionarios rentados, que deberán permanecer en la Capital: Posadas y Esteban Rey; aunque este último, presintiendo un futuro no muy claro, se niega a transportar su familia desde Córdoba. El secretario de Finanzas será el alemán Kurt Steinfeld exiliado austriaco que se encuentra a la cabeza de un grupo alemán que publica en Buenos Aires un periódico dirigido a los refugiados del régimen nazi. Steinfeld, empleado en la Agencia Overseas News, es práctico en el manejo del dinero y organiza desde hace tiempo en Argentina la huida de militantes (especialmente de origen judío) de la persecución nazi en Europa. La prensa, en fin, es confiada a la responsabilidad de Jorge Abelardo Ramos. El nuevo periódico se llamará *Frente Obrero. Organo del PORS*, aunque se presentará en su primer número como continuador de *Inicial*, retomando su numeración. En cuanto a la resolución programática, de la que es dable esperar que refleje el resultado de las discusiones pro-unificación que hemos venido relatando, citemos algunos párrafos: “Bien lo ha comprendido Westinghouse cuando se ha fusionado con Siam Di Tella para explotar el mercado latinoamericano de maquinaria eléctrica, bien lo comprenden la General Motors y la Ford que reabren sus talleres de montaje en el país y pagan tan vastas fábricas. La tan remanida consigna ‘liberación nacional’ que elementos tipo Marianetti presumen realizable por un gobierno popular de Liberación Nacional, se ha concretado por la oligarquía financiera con el apoyo directo del capital yanqui.”²⁴

²³ J.A. Ramos: *Crisis y resurrección en la literatura argentina*, Ed. Coyoacán, Bs. As., 1961, pp. 73-74.

²⁴ Moreno, op. cit., p. 18.

“La actual no es una ‘deformación’ de la economía capitalista nacional, sino su forma auténtica. La burguesía nacional argentina es incapaz de luchar o intentar luchar contra el imperialismo y por ello la lucha contra el imperialismo debe ser en primer término una lucha contra la burguesía nacional que detenta el poder político de los explotadores nacionales y extranjeros”.

“(…) Preciso es reconocer que la guerra de la República Argentina, cualquiera que sea el sector burgués que detente el poder y uno de los sectores imperialistas, sería una guerra imperialista”.²⁵

La resolución no sólo mantiene las posiciones anteriores a la discusión, sino que ignora olímpicamente el texto de Phelan. El eclecticismo de éste condujo a que su intervención careciera totalmente de influencia política. Poco después del Congreso, Phelan volverá a los EE.UU., donde pedirá el reconocimiento del PORS como sección oficial de la IV Internacional.

¿Qué clase de industrialización?

La intervención de la dirección cuartista no modificó en nada los planteos del sector trotskista argentino con el cual mantuvo relaciones privilegiadas. Para caracterizar al país, éste se basaba, sin embargo, no en Trotsky ni en la tradición bolchevique de la III Internacional, sino en el teórico socialista argentino que había formulado una caracterización más acabada: el reformista socialista doctor Juan B. Justo. Para Justo, la incorporación de la gran mayoría del territorio nacional a la producción (agraria) para el mercado mundial, era un ejemplo típico de “colonización capitalista”. No se le escapaba, sin embargo, el carácter atrasado de este capitalismo: ausencia de desarrollo industrial, atraso agrario, predominio de formas políticas antidemocráticas. El eje del desarrollo económico que permitiría superar esas tareas era, para él, el capital extranjero: “La entrada de grandes masas de capital extranjero es necesaria e inevitable... Las grandes empresas de construcción, que es necesario realizar para completar la evolución del país y del pueblo trabajador que lo habita, no pueden ser hechas por la clase rica criolla, disipada e inepta... El capital extranjero va a acelerar la evolución económica del país, y con mayor fuerza aún va a acelerar su evolución política y social”.²⁶

²⁵ *Estrategia*, 92.

²⁶ *Juan B. Justo y la cuestión nacional*. Ediciones Fundación Juan B. Justo. Buenos Aires, 1980. Prólogo de Gregorio Weinberg.

Este esquema, formulado a principios de siglo y según el cual los países atrasados recorrerían, por influencia del capital externo, un ciclo económico y político similar al de los avanzados, fue retornado literalmente por los trotskistas cuatro décadas más tarde. La diferencia consiste en que daban el proceso como concluido: industrialización del país, asociación del capital extranjero con el nacional, que había fortalecido a la burguesía argentina permitiéndole erigirse como clase plenamente dominante. Fue en ésto que se basaron para plantear la “revolución socialista” como la etapa futura del desarrollo. Es indudable que el salto en el crecimiento industrial argentino durante la década del 30 influyó para que sacasen esa conclusión.

Pero, ¿se había realmente industrializado el país?

La Argentina había ingresado plenamente al circuito capitalista internacional, a mediados del siglo pasado, como productora de materias primas (cuero, cereales, carne), para las naciones industrialmente avanzadas. Las primeras grandes industrias que se desarrollaron (frigoríficos y ferrocarriles) fueron un apéndice de la “Argentina pastoril”, es decir, consolidaron a la Argentina como apéndice agrario del desarrollo industrial en los centros capitalistas mundiales. El auge de la economía basada en la estancia y el capital comercial también dio pie para el surgimiento de ciertas industrias que producían para el mercado interno. Era una industria limitada a la rama alimenticia y a otras producciones imprescindibles, no competitivas por razones de costo y distancia con los centros manufactureros mundiales. No se trataba de una industrialización, pues su capacidad de expansión era ultralimitada, y “se produce sin que aparezca la industria pesada en gran escala, que a esa misma altura del siglo XIX iba a caracterizar el ordenamiento de otras sociedades totalmente diferentes entre sí: la estadounidense y la alemana. Argentina perderá sus estructuras locales y regionales de producción y consumo, sin transformarse en potencia industrial”.²⁷

El eje del desarrollo económico era, pues, la producción agraria en función de las necesidades de las potencias industriales, y el crecimiento de la industria se subordinaba a ello. El latifundio se consolidó como unidad productora y la oligarquía terrateniente como clase dominante. Esta conducirá a la economía argentina a subordinarse a la acumulación de capital con centro en las naciones industriales (Inglaterra, sobre todo). Pero éstas, debido a que la acumulación ya desbordaba sus fronteras nacionales, se lanzaban ya a penetrar en los

²⁷ Sergio Bagú: *Evolución histórica de la estratificación social en Argentina*. Ed. Esquema. Venezuela, 1969, p. 33.

países atrasados, procurando inversiones para sus capitales excedentes. Una inversión sumamente rentable eran los servicios y los títulos públicos de los países atrasados, cuyo desarrollo económico capitalista nacía, así, prisionero del capital financiero internacional. En nuestro país, en 1885, el 45 por ciento del capital de los ferrocarriles era argentino contra el 10 por ciento solamente en 1890; los intereses pagados por la Argentina al capital extranjero representaban el 20 por ciento del monto de las exportaciones en 1881, el 44 por ciento en 1884, el 66 por ciento en 1886. Este proceso, al tomar al país cada vez más dependiente de sus exportaciones primarias, liquidará toda base financiera propia para la industria; al propio tiempo, sentó las bases para la dependencia política del Estado. En 1890, en plena crisis financiera el gobierno vació de divisas al país para pagar la deuda externa: el capital extranjero se apropió de prácticamente la totalidad del excedente nacional. “El centro de poder pareció desplazarse de los productores a los representantes locales de los centros mundiales de decisión (abogados financistas, intermediarios)”.²⁸

El esquema lineal de J.B. Justo fallaba, al no tomar en cuenta que el capital, mundialmente considerado, había alcanzado ya su plena madurez. En los países avanzados manifestaba sin disimulo su hostilidad hacia los explotados, y se tornaba chovinista y reaccionario. A los países atrasados concurría en procura de super beneficios (superiores a la media mundial), para lo cual se aliaba con las clases más reaccionarias, consolidando las formas económicas, sociales y políticas del atraso, sobre las cuales asienta su dominación.

El crecimiento industrial a partir de 1930 fue limitado a reemplazar aquellos productos industriales que ya no podían ser comprados en el mercado mundial, como consecuencia de la caída del poder adquisitivo de las exportaciones primarias. Los precios internacionales de los productos argentinos cayeron un 40 por ciento entre 1926 y 1932, mientras que los bienes industriales mantenían su valor anterior. Las causas del desarrollo industrial no eran internas sino externas. “No hubo una voluntad deliberada de los gobernantes ni un desarrollo integrado de la industria como consecuencia del proceso natural de expansión, al estilo de lo ocurrido en las metrópolis. El mercado existía, había una demanda mensurable y conocida que se abasteció hasta ese momento de la exportación y que podía ser satisfecha a través de la producción local”.²⁹

²⁸ Alejandro B. Rofman y Luis A. Romero: *Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina*, Ed. Amorrortu, Bs. As. 1974, p. 111.

²⁹ Jorge Schvarzer, “1925-1955: auge, expansión y crisis”, en *Todo es*

El contenido económico de esta “industrialización” no fue el típico de su ocurrencia en los países avanzados: el desplazamiento relativo de la producción de bienes de consumo por la de bienes de producción (máquinas e insumos industriales). Antes bien, la producción de bienes de consumo siguió (y sigue) predominando en forma aplastante en la estructura industrial. Por su contenido social, la industrialización en los países avanzados significó, en el siglo pasado, una transformación de las relaciones de propiedad: la expropiación o transformación de las viejas clases feudales y el desplazamiento de estas del poder político (revolución democrático burguesa) que sentó las bases de la expansión del capital industrial. En Argentina (y en los países atrasados), la vieja oligarquía se asoció a este proceso de industrialización bastardo, cuyo factor dinámico fue el capital extranjero. La “industria argentina” consolidada en los 30, fue una consecuencia de la crisis industrial en los países avanzados y un apéndice de éstos: “La enorme masa de trabajadores condenados al ocio y el elevado porcentaje de equipos inactivos reclamaban la apertura de nuevos mercados para recuperar la estabilidad y el nivel de producción de los años anteriores... Así nace la “sustitución de exportaciones” en los centros. Puesto que no pueden enviar equipos completos a los países subdesarrollados porque éstos no tienen cómo pagarlos, les instalan plantas de armado final para enviarles luego partes en forma continua. La estrategia de combate (con otros países imperialistas) exige instalar empresas en otros países y generar clientes cautivos para las exportaciones posibles”.³⁰ La Argentina anticipó durante los años 30 un proceso que se expandiría mundialmente en las décadas posteriores.

Las características distintivas de esta “industrialización” son:

a) El estancamiento de la industria a un nivel primario de desarrollo: en 1937, los establecimientos con menos de 10 obreros eran el 85,5 por ciento del total (la proporción creció posteriormente). A esta base artesanal de la industria hay que agregar que continúan predominando las ramas primarias (aquellas que caracterizaron los albores de la producción industrial): en 1937, “alimentos, bebidas y tabaco” abarcaba el 40 por ciento de la producción, “textiles” cerca del 20 por ciento, mientras que “metales, vehículos y maquinaria” no llegaba al 15 por ciento.³¹

b) Como consecuencia de lo anterior: la baja productividad general de la industria. En 1937, la productividad por obrero en Argentina

Historia, Setiembre 1977, pp. 57 y 58.

³⁰ Idem.

³¹ Fichas de investigación económico y social, Nro. 1, abril 1964, p. 19.

era 4,5 veces menor que en los EE.UU. (proporción que, igualmente, no ha hecho sino crecer).³²

c) No desplaza el eje del desarrollo económico: la valorización de la tierra y la producción agropecuaria. Esto ya era notado, en 1933, por el consejero comercial de la embajada británica: “por rápido que haya sido el crecimiento de la industria manufacturera, subsiste una larga serie de requerimientos que sólo pueden ser satisfechos en el exterior. Casi todos los artículos de primera clase precisan, para su producción, de bienes de hierro y acero; la ausencia de una industria local de carbón y hierro ha impedido el desarrollo de una industria de producción de máquinas en una escala extensiva. El único medio para la Argentina de obtener los productos de ésta en el exterior es exportando sus excedentes de grano y carne”. Pero justamente, los precios de esas exportaciones habían caído vertiginosamente; a lo que hay que sumar la dependencia financiera del Estado. El mismo informe señala: “La Argentina poseía grandes reservas de oro. Aproximadamente, la mitad de ellas fueron embargadas en 1930 y 1931, principalmente para pagar los servicios de la deuda y para prevenir la depreciación del cambio”.³³ Al igual que en 1890 el capital financiero, con la complicidad del gobierno oligárquico, completaba el abrazo mortal contra el desarrollo industrial autónomo, liquidando su base financiera.

La consecuencia de todo el proceso es la postración política del Estado. La necesidad de preservar el mercado inglés para los productos primarios, lleva al gobierno argentino a firmar en 1933 el pacto Roca-Runciman, en el que a cambio el gobierno argentino hacía toda clase de concesiones a Inglaterra (concesiones aduaneras, monopolio del transporte en Buenos Aires, tipos de cambio preferenciales, cierre del mercado a los competidores de Inglaterra, etc.), es decir, renunciaba a determinar libremente la política del Estado.

La supuesta industrialización de la Argentina fue un ejemplo típico de *desarrollo combinado*, característico de los países atrasados, en los que se combina la última palabra de la técnica con el atraso agrario e industrial. El atraso industrial no impedía que, ya en 1936, 47 fábricas (0,1 por ciento del total) empleasen el 15 por ciento de los obreros, con lo que el grado de concentración superaba en más de 10 veces al

³² Idem, p. 35.

³³ Stanley G. Irving, *Economic conditions in the Argentine Republic*; informe del Consejo Comercial del Embajador de Gran Bretaña, Londres, 1933.

de la industria norteamericana.³⁴ Se trata de una industria que nació monopolizada, sin atravesar la etapa de la libre competencia (que fue el motor de su desarrollo en los países avanzados): el censo industrial de 1935 señala que 671 sociedades anónimas controlaban 2.300 establecimientos que arrojaban en su conjunto más del 50 por ciento de la producción total. Este pequeño grupo de monopolios obtiene enormes beneficios, basados en el atraso agrario e industrial: el primero produce un flujo constante de mano de obra barata del campo a la ciudad, el segundo hace que los precios de mercado sean fijados por el 90 por ciento de las empresas (de base artesanal): la enorme diferencia de costos entre éstas y la gran industria es embolsada por los monopolios. Se trata de una industria que parasita el atraso, exactamente lo contrario de la etapa juvenil del capital industrial en las metrópolis (cuando luchaba por destruir las formas atrasadas de producción industrial -gremios artesanales- y agraria -latifundios feudales).

La industria argentina se expandió dentro de los límites que le fijó el capital imperialista. Lejos de acentuar la independencia económica del país, aumentó su dependencia, agregando a las manufacturas los insumos industriales y bienes de producción que debían ser comprados al exterior. Lejos de afianzar a la burguesía argentina en el control del Estado, reforzó el peso político del capital extranjero, tanto por el peso decisivo de la participación de éste en la industria, como por el aumento de la dependencia del capital financiero internacional.

Todo esto escapó a la gran mayoría de los trotskistas argentinos de la década del 30, que creían exactamente lo contrario. De algún modo, se veían sometidos a la ideología y la propaganda de las clases dominantes (quienes señalaban en la asociación con el capital extranjero un triunfo de la “autodeterminación nacional”). Esta influencia era posible por la ausencia de un programa que caracterizase al país, a sus clases, e indicase las tareas objetivas de la revolución. La despreocupación con que manejaban ciertas cifras -2 millones y medio de obreros industriales, cuando el censo de 1935 indicaba la muy exacta cifra de 526.594 “empleados en la industria”- revela la ausencia de preocupación por el programa, lo cual los dejaba librados a toda suerte de impresionismos. A falta de un programa propio, adoptaron el único que había producido la izquierda argentina hasta ese momento (el del socialismo reformista) tratando de sacar de él conclusiones “revolucionarias”. En tal trabajo de adaptación, retrocedieron incluso respecto del programa de Juan B. Justo, pues éste señalaba la incapacidad de la clase dominante criolla para crear un país capitalista

³⁴ Felix J. Weil, *The argentine riddle*, New York, 1944, p. 260.

“moderno”, mientras los trotskistas la presentaron como una clase burguesa ejemplar, que había cumplido plenamente los objetivos de la liberación nacional y la revolución democrática.

La muerte de la LOR

Luego de creado el PORS, la alternativa política para la LOR es la de continuar el combate por sus ideas, a escala nacional e internacional, con la perspectiva de constituir una tendencia dentro de la IV Internacional. Justo presenta retrospectivamente las cosas como si una tal tendencia hubiera existido “de hecho”, lo cual quizá no está lejos de la verdad (cf. supra las citas de los POR chileno y cubano). Pero las circunstancias no han permitido que la LOR sea otra cosa que un pequeño grupo vaciado en el molde personal de Quebracho. Y la personalidad de éste -que ya había mostrado sus tendencias megalómanas³⁵ no lo predisponían en absoluto a iniciar una lucha de largo aliento desde una posición minoritaria.

Refiriéndose, en febrero de 1942, al recién nacido PORS, la LOR opinará que es más “digno de lástima que de crítica”. Lo cual no le impedirá sistematizar sus divergencias con él, de las cuales queremos citar algunos puntos: “4) ...ante el avance cada día mayor y más exigente del imperialismo en los países sometidos, algunos sectores burgueses de los mismos, para evitar ser aplastados por el imperialismo y luchando por su propia existencia, pueden levantarse contra él, iniciando una acción que nunca llevarán hasta el fin, pero que el proletariado revolucionario, sin abandonar la más intransigente lucha de clase, y sin dejar de señalar que la burguesía tarde o temprano traicionará esta acción, puede acompañar mientras dure, tratando de ganar la dirección de la misma para completarla”.

“(...) 6) ...la vanguardia proletaria de los países coloniales y semi-coloniales debe plantearse, en primer término, la revolución agraria y antiimperialista, realizada a través de la conquista del poder por la clase obrera y el establecimiento de la dictadura del proletariado”.

“7) Que el proletariado en el poder, realizando la revolución agraria y antiimperialista, no podrá detenerse en ella y, de acuerdo con los principios de la revolución permanente, según las condiciones económicas del país y siempre que cuente con suficiente fuerza o con la

³⁵ Entre otras actitudes extemporáneas, Liborio Justo había considerado importante publicar su autobiografía, en 1940, bajo el título de “prontuario”.

ayuda adecuada del proletariado mundial, pasará de inmediato a las tareas socialistas”.³⁶

Conviene detenerse en este texto, que significó el punto máximo (y final) de elaboración, por la LOR, de los problemas del programa revolucionario en nuestro país. La concepción de una revolución “agraria antiimperialista”, o sea, democrática, está tomada literalmente del arsenal teórico del stalinismo del 3º periodo (1929-34). La Ira. Conferencia Latinoamericana de la IC (junio de 1929) señalaba: “toda tendencia a crear una economía nacional independiente dentro de los cuadros de la legalidad burguesa, está llamada al fracaso. Unicamente una revolución democrática burguesa dirigida contra el imperialismo y los grandes terratenientes, puede crear las condiciones para ese desarrollo independiente. (...) la verdadera lucha por la independencia nacional debe realizarse contra la gran burguesía nacional y el imperialismo, de lo que se desprende que el carácter de la revolución en A. Latina, es el de una revolución democrático burguesa. (...) Esa revolución deberá poner en primer plano: la lucha contra los grandes terratenientes; por la entrega de la tierra a quienes la trabajan; lucha contra los gobiernos nacionales agentes del imperialismo y por el gobierno obrero y campesino” (Actas del Secretariado Sudamericano de la IC, editado por *La Correspondencia Internacional*, Buenos Aires, 1929).

Por debajo de las concesiones verbales al febril ultraizquierdismo del “tercer periodo” stalinista, se advierte la pata de la sota. Se desprecia la “legalidad burguesa” para postular... una revolución que se detiene ante la democracia burguesa. El gobierno obrero y campesino no es, como lo fue para los primeros congresos de la IC, una versión popular de la “dictadura del proletariado” (de ser así se trataría de la revolución proletaria): su contenido está dado por el carácter de la revolución (democrática). El mismo texto agrega: “sería un grave error el sobreestimar el rol de la pequeña burguesía y de la burguesía industrial naciente, como posible aliada de la revolución antimperialista. En algunos casos podrán ser aliados momentáneos; pero la fuerza motriz de la revolución deben ser los obreros y campesinos”. El destino ulterior de esta concepción es conocido: el aliado “momentáneo” se transformó en “permanente”, y el stalinismo en un aliado permanente de la burguesía nativa. La alianza entre los obreros y los campesinos no debía salir de los marcos de la revolución democrático burguesa.

³⁶ *Estrategia...*, op. cit., p. 95.

La crítica trotskista retornó y enriqueció las tesis de la IC: la época histórica en que la burguesía podía dirigir una lucha consecuente por la democracia ha concluido, la lucha antiimperialista de los países atrasados y oprimidos se integra así al proceso de la revolución proletaria mundial. Y precisó: en la medida en que la clase obrera toma la dirección de la lucha antiimperialista, en que realiza la alianza obrero-campesina “luchando irreconciliablemente contra la influencia de la burguesía liberal nacional”, transforma directamente a la revolución democrática en socialista, convirtiéndola por ello en *permanente*. Algo más: sólo la revolución proletaria puede hacer triunfar los objetivos de la democracia, pues la burguesía nacional, por su temor a la movilización del proletariado (que también va dirigida contra ella), concluye aliándose con el imperialismo contra las masas.

El programa de la LOR resulta una mezcla de las ideas trotskistas y de la concepción stalinista. Desde el punto de vista trotskista, la vanguardia proletaria no debe plantearse, “en primer término, la revolución agraria y antiimperialista” (burguesa) como un proceso independiente de la revolución socialista, es decir de cualquier revolución efectivamente dirigida por el proletariado. Otra imprecisión de Justo es no caracterizar a las clases dominantes argentinas (sus divisiones, la naturaleza de sus relaciones con el imperialismo, su actitud frente a los problemas nacionales), limitándose a señalar “algunos sectores burgueses pueden levantarse contra el imperialismo”, ¿Cuáles? El gran problema político planteado por esa cuestión -la actitud del proletariado frente a los movimientos nacionalistas burgueses- no está siquiera esbozado. La oportunidad que la emergencia de estos movimientos dan a la vanguardia obrera de plantear un programa de lucha consecuente contra el imperialismo (y, por lo tanto, de disputar la dirección de la nación a la burguesía) es reemplazada por un “acompañarlo mientras dure”, que se desliza hacia la teoría del bloque estratégico con la burguesía nacional.

Justo, posteriormente, evolucionó hacia posiciones nacionalistas: llegó a postular que la emancipación latinoamericana debía dar lugar a una nueva nación que bautizó “Andesia”. Lógicamente, rompió con el trotskismo, lo que ya estaba anunciado en el final del artículo mencionado: “La III Internacional se formó, más bien, de arriba para abajo (...) La IV Internacional, en contradicción dialéctica con la III, se construirá de abajo para arriba, no a la sombra del prestigio de la revolución rusa, sino sobre la base de los principios marxistas, del estudio de la experiencia de aquella revolución y del fracaso de la III Internacional. Por eso damos mucho más importancia a nuestro propio programa que a cualquier reconocimiento del exterior”.

Pura demagogia. Ningún partido revolucionario (ningún partido en general), mucho menos una Internacional, se construye de abajo para arriba. Como el propio Justo gustaba citar: “no son los cuadros los que crean el programa sino el programa los cuadros”. El programa, al principio, es preservado por una vanguardia revolucionaria, que es la que crea la organización a partir de él. De otro modo, habría que esperar que los explotados vuelvan a realizar toda la experiencia anterior, para volver a llegar a las conclusiones revolucionarias del programa (a las que llegará, además, sólo una vanguardia). En realidad, cuando Quebracho escribía “de abajo hacia arriba”, debía leerse “de mi hacia abajo”, como lo revela que, cuatro meses después, esta curiosa concepción de la dialéctica aplicada a la construcción de Internacionales se transformará en la dantesca consigna: “¡Ni Moscú ni Nueva York! ¡Cuarta Internacional Revolucionaria!, que culmina una carta dirigida por Quebracho a los militantes de la LOR y a sus simpatizantes en el exterior. En ella se dirigía al Comité Ejecutivo Internacional; “Todos los integrantes del tal PORS han demostrado una flexibilidad de columna vertebral muy apta para actuar entre nosotros como representantes de ustedes. Esa es la ‘sección argentina’ que uds. merecen y necesitan”.

Aún si fuera así, lo fundamental es que había habido una convergencia política entre la dirección internacional y los militantes argentinos que ignoraban la cuestión nacional. Pero Justo se negaba a combatirla dentro de la cuarta. Afirmó, dirigiéndose a sus compañeros: “Nuestra lucha contra el centrismo en este país :y en América Latina nos lleva, en consecuencia, a emprender la lucha contra el centrismo en su propio reducto actual, el SWP de los EE.UU.”.³⁷

El delirio del planteo se evidenció rápido. La lucha contra el “centrismo” que debía culminar en Nueva York luego de haber atravesado todo Latinoamérica, no superó en realidad los límites del Gran Buenos Aires. La mayoría de los militantes de la LOR, identificada con Quebracho, la abandonaron. Mateo Fossa hizo explícito que lo hacía “en contra de la ruptura con Nueva York” (con la IV Internacional). Justo intentó una pelea de aparato contra la dirección cuartista. El, que había combatido a los “centristas” y por la “liberación nacional” en Argentina pretendió aliarse con los centristas norteamericanos que habían roto hacía tiempo con la Internacional: Oehler, Starnm y Weibord (el primero rompió con Trotsky oponiéndose a la consigna de la “independencia nacional” de Ucrania socialista!). Fracaso total, pues las fracciones mencionadas desaparecieron al poco tiempo.

³⁷ Idem, 117.

Lo poco que quedó de la LOR comenzó a editar un Boletín Sudamericano (5 números aparecieron en un año) destinado a organizar la ruptura de los grupos del continente con los “centristas”, quienes se irán transformando paulatinamente en “los agentes de Wall Street”. Lo único que recogerán es una exigua y efímera “Liga Obrera Marxista” de Oruro (escindida de la juventud del Partido Socialista Obrero Boliviano del ex porista Tristán Maroff) que se disolverá al desaparecer la LOR, integrándose al POR, sección boliviana de la IV Internacional. Los POR de Chile y Cuba enviarán, vanamente, cartas a la LOR pidiéndole que reconsidere la actitud adoptada. El periódico de gran tiraje de la LOR *-Lucha Obrera-* será suprimido. Los escasos militantes de la LOR van desertando. En el momento del golpe del 4 de junio de 1943 (frente al cual la LOR produce su última declaración) sólo quedan dos; Quebracho y Santiago Escobar (seudónimo del trabajador gastronómico Enrique Carmona). Este último también se separa para retornar a su provincia natal del Chaco. Liborio Justo, abrumado, también se retira a las islas del Ibicuy, en las que permanecerá durante varios años. Así murió la LOR.³⁸

En un lapso muy breve, Quebracho había logrado borrar con el codo lo mejor que había salido de su mano. Sus posiciones habían politizado en un grado no conocido al movimiento cuartainternacionalista argentino, sacándolo en buena medida del terreno de disputas personales en que se desenvolvía. Podemos afirmar, con G. Lora; “tiene el gran mérito de haber señalado que el trotskismo de su época cometía el error de asimilar a la Argentina a las metrópolis imperialistas e ignorar la cuestión nacional. Se debe a él el retorno, al menos en Argentina, a los aportes de Lenin y Trotsky al respecto”.³⁹ Luego, ante el primer contratiempo, declaró muerto al movimiento fundado a iniciativa de León Trotsky tres años antes, y pretendió reproducir en escala planetaria el clima que él mismo había repudiado en Argentina poco tiempo atrás. En lugar de confrontar el movimiento (la IV Internacional) con las tareas que se proponía (el programa), ignoró a ambos y se limitó a extender el certificado de “burócratas” a sus dirigentes.

³⁸ Enrique Carmona se suicidó en Buenos Aires, bajo las ruedas de un tren, en 1945, a los 25 años. Miguel Medunich Orza con quién estuvo enfrentado a veces, no tiene más que palabras de elogio para la personalidad de este joven trabajador y sindicalista, y sostiene que su decepción política intervino para precipitar su decisión de quitarse la vida.

³⁹ Lora, op. cit. 299.

En cuanto al programa y después de varios años de lucha programática- le bastó lanzar el anatema de “cosmopolitismo”. Ignorando el sentido de las proporciones, se vio como el dirigente de un nuevo movimiento mundial, y cuando todo eso fracasó, se consoló con la idea de que era un profeta adelantado a su tiempo. Sigamos a Lora: “en su momento Quebracho se lanzó a luchar contra los molinos de viento. Tomó la opinión de algunos dirigentes como el pensamiento de los diversos partidos, como si éstos hubiesen agotado la discusión de los problemas planteados en la Argentina”.⁴⁰

Así es. Como el Quijote que quiso superar las hazañas de Amadis de Gaula, Justo quiso superar las de Trotsky sin el talento ni los sacrificios de éste. El último paso lo franqueó, cuando en 1959, en su empecinamiento por “superar” a Trotsky, publicó un libro acusándolo de “haberse puesto al servicio de Wall Street”. La infamia y la patología se mezclan en esta retornada de las viejas calumnias stalinistas. Lo curioso es el argumento político (el único) que Quebracho usó para fundamentar su peregrina teoría: el que Trotsky hubiese defendido -contra el imperialismo- la nacionalización del petróleo mexicano ejecutada por el gobierno del Gral. Cárdenas. Trotsky también tuvo que explicar para un grupo ultraizquierdista -aplaudido por Quebracho- el carácter nacionalista de la medida (el grupo en cuestión sostenía que se trataba de una “maniobra de un sector imperialista contra otro”), a la par que defendía un programa de independencia de clase frente al cardenismo, y por “la administración obrera de la industria nacionalizada”. Podemos compartir, frente a la acusación descabellada, la indignación de Medunich Orza: “Es sabido que toda la reacción imperialista, sea pro inglesa o pro yanqui, acusó a Cárdenas de expropiar las empresas petroleras escuchando los ‘consejos de Trotsky’ (...) y en definitiva, con errores o sin ellos (Trotsky) quemó toda su vida en la lucha por la emancipación de la clase explotada, que no era lo mismo que el solaz espiritual de un Quebracho”.⁴¹

Al salir de su “exilio interior”, Justo se entusiasmó con el rol jugado por el POR en la revolución boliviana, a la que consagró un libro. Vinculado al POR, intentó convencerlo de su postura por una nueva Internacional, contraria a la Cuarta: en esa época publicó “Estrategia Revolucionaria”, en la cual recapitula la lucha que hemos venido relatando, y elimina “sagazmente” una referencia crítica a G. Lora (dirigente porista) contenida en un documento original de la época reproducida en el volumen nombrado. Cuando el POR le reprochó

⁴⁰ Idem, 303.

⁴¹ Orza, op. cit., pp. 52-53.

su increíble libro “León Trotsky y Wall Street”, Justo lo volvió a declarar su enemigo a muerte.

Guillermo Lora, que lo conoció en su período de entusiasmo por Bolivia, dijo de él: “El Hijo del Presidente Justo preocupado en hacer escándalos en su país y fuera de él con el premeditado objetivo de que la prensa se ocupara de su persona, podía tener algún porvenir (...) Pero Liborio Justo se acabó para la política revolucionaria cuando pretende señalar derroteros a la actividad marxista continental desde su cómodo gabinete. (...) El que voluntariamente escapa de la realidad del medio en que vive, el que hace escapismo en todos sus actos, es un cobarde que está impedido de imprimir sus huellas en los acontecimientos (...). El Justo que conocimos fue el batallador de ayer en total decadencia”.⁴²

El luchador trotskista se acabó en 1943: su trotskismo fue apenas más que un episodio de juventud. La Quinta Internacional que propuso fundar después no llegó a ser siquiera una curiosidad, salvo para los que se interesen en megalomanías. Pero, como “lo que escribe la pluma no lo puede borrar el hacha”, es justo señalar junto a su desbarraque posterior, que el Quebracho caído en 1943 es, aún sin saberlo, el que mejores servicios le rindió al movimiento trotskista en Argentina.

La muerte del PORS

Robert Alexander afirma⁴³ que el PORS fue reconocido como sección argentina de la IV Internacional, bajo recomendación de Terence Phelan. El estudio de la correspondencia entre éste y su “hombre de confianza” en Argentina, Kurt Steinfeld, no permite confirmar esa aseveración: sin duda Phelan propuso tal reconocimiento, pero chocó con las reservas del CEI.

Este fue tanto más remiso a conferirle ese carácter, cuanto que desde el inicio mismo de las actividades del PORS, éste comenzó a presentar signos de descomposición. *Frente Obrero*, anunciado semanal, luego quincenal, luego mensual, finalmente vio la luz apenas dos veces durante los primeros seis meses. La primera deserción de importancia es la del propio Secretario General, Narvajas, quien se retira a Rosario diciendo que su cargo puede ser mejor cubierto por Cristalli (Posadas). Si hay que creer a Steinfeld, Narvajas habría esperado un rápido crecimiento, y habría sostenido en discusiones que

⁴² Lora, op. cit. 302, 303.

⁴³ Alexander, *Trotskyism...*, p. 57.

la inevitable derrota de la URSS frente a la invasión alemana iba a favorecer el reclutamiento de los militantes stalinistas. Como sea, desde su reducho natal adoptará una posición escéptica, aún manteniéndose ligado, que lo conducirá poco después al abandono de la militancia. Ramos, quien es acusado de un manejo personalista e incontrolado de la prensa, también renuncia a su cargo. En fin, numerosas querellas estallan alrededor de cuestiones organizativas: convocatoria del CC y del CN, cifras infladas de militantes (acusaciones al CC de considerar en tal calidad a meros simpatizantes), no pago de las cotizaciones por los grupos del interior, lo que impide financiar el periódico, no preparación del siguiente Congreso en los plazos previstos, acusaciones a Steinfeld de manejar el dinero y las rentas como un medio de chantaje y presión, confusiones al respecto de la “doble militancia” de los alemanes (en el grupo alemán -IKD- y en el PORS), en fin, expulsiones. Se van produciendo deserciones: “Carlos”, Margarita Gallo, Angélica. El joven Hugo Bressano es separado, y se afilia a la LOR. Para ella escribe un folleto: “Tres meses de vida en el confusionismo. Sobre mi separación del PORS” (15 de mayo de 1942). Dos meses después es también expulsado de la LOR, no sin que antes Quebracho le sugiera el seudónimo de Nahuel Moreno con el que será conocido posteriormente. Todo esto acontece durante los primeros seis meses de vida del PORS.

Phelan sigue la crisis por correspondencia. Ante el carácter aparentemente organizativo de ésta, no cesa de recomendar remedios organizativos, aconsejando a Steinfeld no “argentinizarse”, es decir, no embarcarse en las querellas de camarillas que tipifican la irresponsabilidad organizativa de los militantes nativos de ese país. Le informa acerca del descorazonamiento existente en el CEI acerca del desenvolvimiento de la “sección” argentina. En otra carta a la sección chilena vuelve a quejarse amargamente de esta característica “humana” de los argentinos. Steinfeld informa al CEI (en junio de 1942) que el PORS está dividido en cuatro “campos”: 1) Cristalli, “Lavalle”, “Irlan”, “Lisardi”, “Victor”, que sostiene que graves errores han sido cometidos durante la unificación, en la que se admitieron a conocidos centristas y reformistas, 2) “Carbajal” - Narvajas- y el grupo de Rosario, que se mantiene a la expectativa 3) “Frigorini” (Reinaldo Frigerio o “Jorge Lagos”), “Quarrucci” (Esteban Rey), “Sevignac” (Ramos), Steinfeld, Barto y los demás miembros del “grupo alemán”, quienes se colocan en una posición de “resistencia pasiva” a la mayoría del CC (campo 1), contra sus violaciones de la Revolución Organizativa (Ramos redacta un documento solicitando que se convoque al Congreso) y se autotitulan “legalistas”, y 4) Miguel (Oscar Posse), Hugo Spaghetti

(Guevara), Margarita Gallo, Medunich Orza, Krause y el grupo de obreros yugoeslavos, Alberti, quienes sostienen que la dirección viola los estatutos y las bases problemáticas del PORS, y que es irrecuperable. Phelan manifiesta su simpatía por el “campo 3” y recomienda trabajar con los dos militantes más promisorios: Ramos y Posadas, este último porque es el único que se esfuerza en hacer penetrar al PORS en los medios sindicales. Sostiene que el “campo 4” está demasiado impregnado por las viejas ideas sectarias de Gallo.⁴⁴

Esta situación de inacción se prolonga durante algunos meses. Cuando la LOR comunica su ruptura, el CEI pide se hagan todos los esfuerzos por “recuperar” a Mateo Fossa, quien parece no estar decidido a seguir a Quebracho (cuyo nombre clave en la correspondencia es “Juana la Loca”). Steinfeld provoca asimismo un escándalo proponiendo que las páginas de *Frente Obrero* se abran a militantes de otras tendencias: por su “trabajo alemán” se encuentra vinculado a partidarios de Brandier, Verdecken, Broodway, Marceau Pivert y otros. Es el CEI el que está más cerca de dar en el clavo cuando se dirige formalmente al PORS pidiéndole que proceda a realizar la suspendida discusión sobre la “liberación nacional” y le remita tesis al respecto (en julio de 1942). La dirección de la Internacional está probablemente impresionada por el tamaño de las acusaciones hechas por la LOR al PORS -los documentos de la LOR llegan regularmente al CEI, no así los del PORS.

Porque es en torno a esta cuestión mayor, por encima de los problemas organizativos, que estallará el PORS. Una primera división provisoria se consagra en 1943, cuando dos “FO” son editados paralelamente: se distinguen mutuamente como “FO grande” y “FO chico”. A la cabeza de este último se encuentran aquellos que en el futuro revisarán radicalmente la concepción de la revolución puramente socialista, que había prevalecido en el PORS: Ramos, Posadas, Niceto Andrés. En el primero se agrupan los que la siguen defendiendo: Posse, Guevara, M. Orza y, pese a las recomendaciones de Phelan, el grupo alemán. Hay notar que es este sector el que “recupera” a Fossa para la IV Internacional.

La división se ha producido, pues, siguiendo las posiciones políticas más radicales, y no en base a los criterios organizativos defendidos por cada cual. El golpe del 4 de junio de 1943, y la ilegalidad en que coloca a las actividades de izquierda van a terminar de completar la dispersión. Ramos y Andrés evolucionarán por su propia cuenta

⁴⁴ Correspondencia Terence Phelan-Kurt Steinfeld, 1942-43. Michigan University, EE.UU.

hasta formar la “Liga Comunista Revolucionaria” primero y el grupo “Octubre” después, el que adoptará posiciones nacionalistas al punto de permitir la colaboración de Ramos con el gobierno peronista (camino en el que no lo acompañará Andrés). En plena lógica con esta evolución, “Octubre” romperá en 1947 con la IV Internacional. Jorge Lagos ingresará al... Partido Comunista, del que saldrá formando parte de la fracción pro-peronista de Rodolfo Puiggrós (*Clase Obrera*), Esteban Rey volverá al Norte, donde desarrollará por su propia cuenta una labor “entrista” en el Partido Socialista. También en 1943, Posadas ingresa, en la Capital, al PS, del que saldrá, con un pequeño grupo que formará el “Grupo Cuarta Internacional” (GCI), futura sección argentina, a partir del III Congreso Mundial de la IV en 1951. Moreno, estudiante de derecho, tratará de resumir su experiencia en un folleto, publicado en 1943, titulado “El Partido”, en el que la cuestión será analizada en base a “categorías hegelianas”, y reagrupará a un pequeño núcleo de jóvenes con los que formará el “Grupo Obrero Marxista” (GOM). Alexander señala que Narvajas seguirá manteniendo un “PORS” hasta 1948, cosa bastante improbable. Probablemente se refiera a un grupo “autónomo” rosarino, compuesto por militantes estudiantiles y que también se mantiene ligado al viejo trotskista David Siburu, quien vive retirado en Rafaela. Guevara, militante sindical, volverá a su “autonomía regional” y formará un grupo sindical trotskista conocido simplemente como “Zona Sud” (de Buenos Aires), que seguramente no fue el único en su género. El único sector que mantendrá las viejas posiciones, en base a las cuales fue fundado el PORS, será la “Unión Obrera Revolucionaria”(UOR), animada por Oscar Posse, de la que participará por algún tiempo Mateo Fossa.

El desenlace parcial de la crisis política argentina que fue el golpe juniano, le pegó el golpe de gracia al PORS, que vivió penosamente menos de un año. A fines de 1943, “Owen” (Phelan) preguntaba desesperanzado a un corresponsal argentino si era cierto que del PORS... diez grupos! habían surgido.

¿Terence Phelan, agente del imperialismo?

Sherry Mangan (“Phelan”, “Owen”, “Pilan”) fue un valeroso militante de la Cuarta Internacional. Grueso, algo bohemio, bebedor, se especializó en contactos (clandestinos o no) con los grupos extranjeros cuando el CEI funcionaba en los EE.UU. de resultados de la guerra. Así, no sólo recorrió América Latina, sino que hacia el final de la guerra, aprovechando su calidad de corresponsal, logró restablecer el

contacto con los grupos trotskistas de los países europeos ocupados por los nazis (Bélgica, Austria) a riesgo a veces de su propio pellejo. Luego también estuvo en Bolivia, logrando acercarse a los militantes del POR encarcelados durante el “sexenio” (1946-1952). Trasladado el CEI a Europa, trabajó junto a éste. Más adelante, volvió a Bolivia, estableciéndose en Cochabamba. Allí trabajó en una novela sobre los mineros de Catavi y allí murió su compañera Margarita. El macarthysmo en los EE.UU. le impidió publicar su novela. Murió en Suiza, en 1961, a los 57 años.

Participando en Argentina en las gestiones de unificación, en 1941, un artículo bajo su firma apareció en la revista *Fortune* cuyo eje eran los consejos que daba a los EE.UU, para mejorar su penetración política en Argentina. El artículo despertó una ola de críticas por su intromisión en la vida del país. Entre los críticos se encontró Quebracho, quien, como bien lo hace notar Medunich Orza, no lo hizo público en aquel momento, y si bastante después, para endilgar a Phelan el sanbenito de “agente del imperialismo”, con el que apostrofará después a la IV Internacional en su conjunto, y finalmente al propio Trotsky. Phelan protestó contra la acusación, sosteniendo que se habían deformado sus palabras. Una versión del artículo, corregida por él mismo, apareció en diciembre de 1941 en la revista “Claridad” -en él las frases no admiten un doble sentido: “La continuación de la guerra en Europa sumada a nuestra posición respecto al Japón en el Asia, nos hace necesitar de la América del Sur al mismo tiempo que nos da la oportunidad de desplazar de ella a otras potencias, especialmente Inglaterra, que están ahora demasiado gravemente ocupadas en otras partes para prestar plena atención a su defensa”.⁴⁵ Y así por el estilo, Alexander constata sorprendido que el “Militant” del SWP comentó el artículo de “Fortune” como una muestra de la política imperialista del Tío Sam, sin hacer ningún comentario sobre el hecho de que su autor es un dirigente del SWP mismo. En su comentario al libro de Alexander, Joseph Hansen, máximo dirigente del SWP durante muchos años, no comentó nada al respecto.⁴⁶

La cosa no terminó allí, pues la acusación fue retomada más adelante por otro grupo en ruptura con la Cuarta (“Octubre” de Ramos), lo que llevó a Kurt Steinfeld a escribir a la sección brasileña, el 12 de mayo de 1947:

⁴⁵ *Estrategia*, p. 106.

⁴⁶ Alexander, *Trotskyism...*, 56. Joseph Hansen, “El trotskismo en América Latina” en *Perspectiva Mundial*, Vol. 1 n° 21 y ss., New York, noviembre-diciembre 1977 (e artículos).

“Una publicación trotskista argentina nos denuncia a Terence Phelan y a mí como agentes del imperialismo. Hasta tanto la IV Internacional no haya tomado posición sobre el asunto, sírvanse considerarme como muerto”.⁴⁷

¿Qué había pasado? La única defensa de Mangan hecha por un dirigente “trotskista” que conozcamos, es la de Livio Maitán: “Puesto que se han hecho sobre el mismo graves insinuaciones (5) en el curso de polémicas fraccionistas, sobre todo en la Argentina, quien escribe puede testimoniar que Sherry Mangan transcurrió todos los últimos años de su vida en condiciones financieras muy precarias, cuando no de miseria”.⁴⁸

Hay defensas que matan. ¿Por qué un “agente del imperialismo” (¡qué “insinuación”!) no puede “haber muerto en la miseria”? Mangan merecía una mejor defensa.

Combinar la tarea de delegado de la IV Internacional con la de corresponsal de la prensa imperialista era una tarea complicada. La escasez de la IV la obliga a utilizar tal clase de métodos. En sí mismo, este no tiene nada de deshonorado. Una dirección revolucionaria debe, además, ser capaz de salir en defensa de tales métodos cuando los calumniadores lo denuncian para destruirla. Incluso en el caso límite en que el militante en cuestión haya “metido la pata”, como fue seguramente el caso de Mangan. Si durante la vida o la actividad de éste, era imposible hacer tal cosa públicamente, no existen tales justificativos después. Lo contrario es dejar la puerta abierta a las calumnias que mancillan no sólo la memoria de un militante, sino (lo que es peor) la bandera de una organización. Si no sabe hacerlo, tal dirección está condenada.

Balances del PORS

Con la disolución del PORS y de la LOR se cierra una etapa de la vida del movimiento trotskista argentino, que no por azar, coincide con el fin de una etapa de la vida del país. Para los trotskistas la etapa se cierra, qué duda cabe, con un fracaso pues deben recomenzar, organizativamente, prácticamente desde cero. Pero políticamente no, si son capaces de aprovechar las lecciones del período que finaliza. Esta es, sin duda, una tarea que concierne no sólo a los militantes

⁴⁷ Carta Kurt Steinfeld, 12/5/47, archivos Secretariado Unificado de la IV Internacional.

⁴⁸ *Apuntes sobre una historia del trotskismo en América Latina*, Livio Maitán, Ed. José Carlos Mariátegui, París 1978.

argentinos, sino a la Internacional en su conjunto (en primer lugar a su dirección) pues la construcción del partido revolucionario en un país, para los trotskistas, no es más que la expresión “nacional” de una lucha mundial por su esencia.

Resulta interesante, pues, repasar las opiniones, fragmentarias y dispersas, que existen sobre lo que fue -de hecho o por derecho- la primera sección argentina de la IV Internacional.

Liborio Justo, en medio de la retahíla de epítetos con que obsequia al PORS y a cada uno de sus miembros, deja pasar una idea interesante: en lugar de arrancar (el PORS) su trayectoria del punto de degeneración en la espiral del desarrollo de la III Internacional, fue a entroncar su línea de partida en las posiciones de la democracia burguesa y la II Internacional, las que estaban en contraposición o habían sido superadas por la Tercera”.⁴⁹ Recordemos que A. Gallo, inspirador ideológico de las posiciones sobre la cuestión nacional, no sólo reducía su experiencia política anterior a la del socialismo reformista (que se caracterizó, en Argentina y en el mundo, por ignorar la distinción entre naciones opresoras y oprimidas), sino que buscó explícitamente apoyo en sus teóricos nativos para justificar la perspectiva de una revolución puramente socialista. Gallo marcó con sus ideas todo un sector y toda una etapa del movimiento trotskista argentino. Quebracho, en cambio, poseía la experiencia de haber participado en un movimiento de contenido democrático y antiimperialista: el de la Reforma Universitaria. En definitiva, ninguna corriente política de izquierda en Argentina dejó de estar recorrida por estas dos opciones (las numerosas escisiones del PS y luego del PC se reconocen en problemas como el de la neutralidad en la primera guerra, el antiimperialismo, la actitud frente al gobierno de Perón, etc.); el trotskismo no fue la excepción. Una neutralidad “internacionalista” frente a los problemas nacionales no puede ser mantenida: de no ser superada, ella conduce o al proimperialismo o al nacionalismo. Lamentablemente, la historia ulterior del movimiento trotskista lo confirmará hasta la saciedad.

Miguel Medunich Orza, obrero que participó del PORS sacó muy rápido su balance: “Después de un mes de fundarse el partido, escribimos una carta destinada al CEI de la IV Internacional, en la cual denunciábamos la conducta de Phelan y la orientación errónea que seguía el partido. Afirmábamos en la carta que, si no había posibilidad de rectificar esta orientación y anular las intrigas internas, el partido desaparecería en un futuro cercano. A pedido del compañero

⁴⁹ “Estrategia...”, 99.

Oscar (M.P.) desistimos de mandarla. (...) El fracaso del PORS, a la par de las malas condiciones objetivas y subjetivas de adentro y la derrota de la clase obrera en otros países, tuvo por causas fundamentales la inconsistencia ideológica de la clase media, su vacilación constante entre las posiciones revolucionarias y las reformistas... su apego a chismorreos e intrigas personales, como arma en la lucha por el predominio directivo, su desconocimiento increíble de las necesidades elementales de las masas obreras y de la teoría socialista, su desprecio hacia las opiniones obreras... su cinismo, deslealtad, rencor personal y la pretensión de la obediencia incondicional a su mando, la falta de personalidad propia en la mayoría para oponerse a la orientación impresa al movimiento por el bonzo o los bonzos de turno, aunque la sepan errónea”.⁵⁰ Este reproche a las características de un movimiento compuesto mayoritariamente por intelectuales, está lejos de ser el único. Por el contrario, la experiencia del PORS alimentará un “anti-intelectualismo” en la posterior etapa del trotskismo argentino, que lo llevará a veces a un franco desprecio de la lucha por las ideas.

Emparentada con la anterior, veamos la conclusión de Posadas, cuando se dirige en 1946 al Secretariado Internacional informando la existencia de su grupo: “...debido a la disolución del PORS y sobre la experiencia que él arrojaba, de pretender crear un movimiento y un partido sobre, a espaldas y por encima del proletariado, dirigimos nuestra actividad íntegramente a unirnos al proceso diario y permanente del proletariado en la fábrica, talleres, sindicatos, etc. para sacar de allí, en la lucha viva, nuestros militantes y educarlos para crear nuestros cuadros”.⁵¹

El planteo evade totalmente los problemas teóricos y políticos y trata de resolverlos empíricamente (“ir a las fábricas”). Tiene importancia que los formule quien luego será, no sólo uno de los máximos dirigentes argentinos, sino latinoamericanos y mundiales, de la IV Internacional. Ir a las fábricas, sí... pero ¿con qué programa? Para Posadas eso carecía de importancia.

De Jorge Abelardo Ramos no se podría pedir un balance, en la medida en que rápido abandonó toda referencia, hasta formal, al trotskismo y la IV Internacional, aunque lo traicione su recuerdo del Congreso del PORS:

“Se trataba de organizar un partido revolucionario, ese partido ideal, intransigente e inquebrantable que templó las aspiraciones

⁵⁰ Orza, op. cit, p. 49.

⁵¹ José Posadas al Secretariado Internacional de la IV Internacional, 1/6/46, Archivos Secretariado Unificado.

de nuestra adolescencia y que hoy todavía constituye el objetivo de nuestra lucha. Al fundarse el pequeño partido, el eje de su actuación pública fue su oposición a la guerra imperialista y a la participación argentina en ella”.⁵² Hemos visto reiteradamente que ese no fue el “eje” del PORS, aunque Ramos especule con la mala memoria para lavar este pecado de juventud. Ramos sacó su balance de manera muy práctica: rompió con la IV Internacional y se convirtió en el suministrador a sueldo de argumentos de “izquierda” al peronismo -y no contra el imperialismo (a cuyo presidente Eisenhower saludó) sino contra la izquierda (contra la clase obrera). Realista, transigente, maduro; y sobre todo quebrantable, Ramos se debió acordar con sorna de ese PORS “ideal, intransigente y adolescente”. Los “adolescentes” del futuro recogieron la bandera que él se limitó a abandonar.

Constatando cambios como el de Ramos, Oscar Posse -el único que fue consecuente con el programa del PORS- dio en el clavo a pesar de ello: “Hasta el 4 de junio de 1943, la idea de que el proletariado debía llegar al poder sobre la base de un programa eminentemente socialista sólo había sido discutida por uno de los grupos que defendía el programa de la IV Internacional en este país, el encabezado por Quebracho. (...) El movimiento militar del 4 de junio tuvo un efecto sorprendente sobre el pensamiento político de muchos trotskistas argentinos. (...) La Argentina dejó de ser para ellos un país de rasgos pronunciadamente capitalistas donde el proletariado debía tomar el poder luchando principalmente contra la burguesía, para convertirse en una nación atrasada en la que aún quedaba por completar o terminar la revolución democrática burguesa. Es evidente que este cambio de posiciones estaba estrechamente vinculado al carácter profundamente nacionalista del movimiento militar. “Por primera vez surgía en Argentina, al calor de acontecimientos mundiales, un movimiento burgués con pretensiones de convertir a este país en una potencia de primer orden, rompiendo los lazos que lo ataban al imperialismo (...). Aquellos que habían combatido las posiciones de Quebracho por oportunistas, sin asimilarse por eso a las más correctas, se dejaron llevar por la corriente y se lanzaron a una furiosa revisión de nuestras posiciones”.⁵³

Ciertamente que el surgimiento del peronismo había conmovido la idea de que la Argentina era un país “capitalista desarrollado e independiente”. Ese esquema excluía un movimiento nacionalista con apoyo de masas, pues en tales países el nacionalismo asume formas

⁵² *Crisis y resurrección...*, op. cit., p. 73.

⁵³ UOR, *Boletín teórico*, n° 1, Bs. As. octubre 1948.

netamente reaccionarias y antiobreras. Posse se limitó a aferrarse al esquema anterior, incurriendo en la misma sobreestimación de la burguesía argentina, la cual no sólo rompía lanzas contra toda dominación imperialista, sino que le aprestaba a transformarse en “gran potencia”. Posse pasó por encima del conflicto con el imperialismo que había suscitado la más grande movilización de masas del siglo. Los otros trotskistas, para sobrevivir, se habían puesto a “revisar furiosamente”. La UOR, dirigida por Posse, será la primera en desaparecer de las corrientes trotskistas.

Comentando en 1947 los aportes de Phelan al trotskismo argentino, *Nahuel Moreno* nos regaló una frase al estilo de las que nos va a acostumbrar su pluma: “Así como la mayoría de las veces la mediocre mercancía imperialista es superior a la mejor mercancía colonial, Phelan, a pesar de sus graves errores organizativos y tácticos, ha sido el único que basándose en los elementos teóricos y en los pocos materiales de los grupos argentinos, sentó los cimientos programáticos generales del movimiento trotskista argentino”. Quiriendo quedar bien con Dios y con el Diablo, Moreno sólo consigue tratar de idiota a todo el mundo. Luego de citar los “aportes” de Phelan sobre la liberación nacional -“cuestión secundaria”- que ya hemos visto, Moreno lo critica: “La liberación nacional es la más colosal tarea revolucionaria en los países atrasados y no está subordinada, sino indiscutiblemente relacionada a la revolución socialista mundial. Sin la revolución mundial no es posible la colosal tarea de liberar a los países atrasados del imperialismo. Por eso, el arma de la liberación nacional es la lucha de clases más intransigente internacional y nacional”. Entonces ¿cuál fue el aporte de Phelan a los “cimientos programáticos”? ¿Y el de PORS? Según Moreno:

“...su posición justa sobre el país y la burguesía nacional (...) Señalaron la dependencia de la industria y la burguesía nacional del capital extranjero. La burguesía nacional no puede ni quiere trastocar este estado de cosas”.

Moreno tergiversaba. Como hemos visto, el PORS se caracterizaba por presentar a la burguesía argentina como una clase plenamente dominante, que se asociaba libremente con el capital imperialista (por eso no planteaban la “liberación nacional”). Se trata de una ceguera deliberada, pues el propio Moreno cita al PORS:

“A través del proceso de hipotecamiento y endeudamiento de la tierra, de la capitalización de la renta del suelo, del rol cada vez más decisivo que los bancos y las S.A. juegan en la vida del país, los diversos grandes burgueses agropecuarios y urbanos y el capital imperialista se han ensamblado en una ‘oligarquía financiera’ que

tiene como órgano económico al Banco Central y como gerencia general al Estado Nacional”.

En consecuencia con ello, el PORS veía en la neutralidad argentina durante la 2da. Guerra un movimiento independiente de su burguesía. La crítica de Moreno consistirá en señalar que detrás de ello estaban los capitales europeos e ingleses:

“No se tiene en cuenta que si quien domina el mercado consumidor y los capitales es el capital imperialista y concretamente los yanquis e ingleses, el gobierno no puede llevar a cabo una política independiente de los imperialismos dominantes. (...) Si Norteamérica dentro del país se fortalece, como asegura el PORS, ¿cómo no se manifiesta ello en la política del gobierno argentino? (Perón, NDA)”.⁵⁴

La crítica critica lo que el PORS nunca dijo. Toda la operación de Moreno se redujo a presentar -al igual que el PORS- al imperialismo y todas las fracciones de la burguesía nativa como formando un bloque homogéneo, sólo que con hegemonía imperialista, la que es aceptada con gusto por la burguesía argentina. De este “esquema” -al igual que del PORS- están excluidos todo conflicto nacional o crisis en el Estado debido a la opresión imperialista. El problema del peronismo Moreno lo resolvió diciendo que Perón era, al igual que cualquier otro burgués, un “agente inglés”, sólo que representando al ejército, la burocracia y la policía. En las enormes movilizaciones contra el imperialismo yanqui en medio de las cuales surgió el peronismo “los obreros más atrasados se limitaron a sostener un ala del régimen capitalista contra otro” (“Movilización antimperialista y movilización clasista”, julio de 1949). Con esta concepción, Moreno se alineó con el gorilismo, pues señaló al peronismo como la “vanguardia de la ofensiva burguesa” (la Unión Democrática, apoyada por el imperialismo, era “menos totalitaria”). No había ni la sombra de un conflicto, siquiera deformado, entre la nación y el imperialismo. Luego de introducir a la “liberación nacional” por la puerta, Moreno la sacó por la ventana. La miopía política del PORS pasó entera a Moreno, con ligeros retoques. Moreno llevó a la práctica lo que el PORS esbozó: el sectarismo atroz frente a los movimientos nacionalistas; el morenismo se convirtió en una secta insignificante durante una década.

Si a la ceguera deliberada se la puede llamar balance, podemos admitir ese nombre para el de *Terence Phelan*. El 1 de noviembre de 1944, en Francia, Phelan presenta un informe ante el 1º Congreso del Partido Comunista Internacionalista (que él ha contribuido a organizar), sobre la situación de la IV Internacional fuera de Europa.

⁵⁴ *Tesis: diferencias...*, op. cit., 1920.

Para dar una idea del optimismo exagerado del informe, citamos sus escasas líneas sobre la Argentina (recordemos que Phelan ya sabe que en 1943 el PORS está disuelto): “En Argentina, en 1941 y después de largas negaciones, una fusión se pudo realizar entre cuatro grupos trotskistas diferentes. Ella condujo a la creación del PORS y terminó de desenmascarar al aventurero Quebracho, quien la última vez que hemos oído hablar de él, estaba por formar una Quinta Internacional de su creación”.⁵⁵

Los militantes europeos hubieran tenido más intereses en oír hablar del PORS que de las desventuras de Quebracho, que aquí sirvió de taparrabos a un fracaso político.

Desde luego que una tal consideración no puede ser repetida a los grupos argentinos, que el *Secretariado Internacional de la IV Internacional* trata, una vez más, de unir en 1947: “Parece que muchos camaradas argentinos consideran que la concepción misma del PORS era defectuosa. La concepción fundamental del PORS fue la de unir todos los camaradas que sería y sinceramente aceptaban el programa internacional de la IV (...) El defecto del PORS estribó no en su concepción del partido sino en el hecho de que esa discusión, condición sine qua non para hacer homogéneo el partido y armarlo ideológicamente NO SE HIZO. El partido no supo darse, por ausencia de tal discusión, un análisis claro de la naturaleza de la Argentina, ni supo forjarse una línea de acción que fuera comprendida y aceptada por la gran mayoría de los militantes. No vale la pena a esta fecha tardía intentar determinar sobre quiénes en Argentina o en otra parte, recae la responsabilidad por la quiebra del PORS (...) en cierto sentido, es la experiencia del PORS la que hay que hacer de nuevo”.⁵⁶ El progreso aquí consiste en aceptar que la indispensable discusión previa delimitadora no tuvo lugar, pero... resulta significativo ver a una dirección de la Cuarta que se rehúsa a sacar un balance de su propia actividad (borrón y cuenta nueva -no discutamos el pasado). Esto alimentará una desconfianza que será norma en los grupos argentinos, hacia la dirección (o direcciones) de la Cuarta Internacional. La “concepción del Partido” era correcta, el problema es que el PORS carecía de programa, dice el

⁵⁵ *Bulletin du Secrétariat Européen de la IVème Internationale*, n°. 1, noviembre 1944.

⁵⁶ “S.I. de la IV Internacional la Liga Comunista Revolucionaria de la Argentina, 5/6/47. Archivos SU Ejemplares prácticamente iguales de esta carta fueron dirigidos a los otros grupos trotskistas de la época (UOR, GCI, GOM, MOR de Jujuy y Tucumán, animados por Esteban Rey, etc.).

SI. Ahora bien, para Trotsky, el partido es el programa.⁵⁷ La “concepción del partido” separada del programa aparece como un criterio de aparato. El mismo que, habiendo presidido la formación del PORS se utiliza en 1947 para proponer a los grupos argentinos unirse... y discutir. Mal podrían sacar los militantes argentinos las lecciones de su propia historia, si la dirección internacional no los impulsa en ese sentido, dando el ejemplo.

A modo de conclusión

¿Qué puede agregar el autor, la mayoría de cuyas opiniones han ido siendo vertidas como comentarios a las de los actores mismos?

La IV Internacional hizo durante este período en Argentina -y no será la única vez- la experiencia de que no es el camino más corto el que lleva más lejos, y que la línea de la menor resistencia puede provocar alguna satisfacción inmediata, pero también una amargura mucho más larga.

Durante estos primeros tres lustros, son los problemas del *programa* (la idea) los que están en primer plano -y en ese carácter los trata este trabajo. El trotskismo logró, es cierto, atraer a algunos obreros, entre ellos a sindicalistas de primer nivel (como pocas o ninguna vez después), pero una “fracción trotskista” en el movimiento obrero estuvo lejos de existir. Por eso los problemas de la intervención en el movimiento obrero prácticamente no se plantearon; el movimiento no se alzó a una altura suficiente como para plantearse los. No es el caso en todas partes: en Chile en la misma época las sucesivas organizaciones trotskistas fueron uno de los factores más dinámicos en el movimiento sindical. No es que en Chile los problemas programáticos

⁵⁷ En las “Discusiones sobre el programa de Transición”, notas tomadas sobre intervenciones orales de León Trotsky, éste afirma: “La importancia del partido. (...) Ahora bien, ¿qué es el partido? ¿En qué consiste su cohesión? Esta cohesión es un entendimiento en común de los hechos, de las tareas y este entendimiento en común es el programa del partido. Así como los trabajadores modernos, al igual que los bárbaros no pueden trabajar sin herramientas, del mismo modo el programa es el instrumento del partido. Sin el problema cada trabajador debe improvisar su herramienta, debe encontrar herramientas improvisadas y lo uno contradice lo otro. Sólo cuando contamos con una vanguardia organizada sobre la base de concepciones comunes podemos actuar.” Ver, L. Trotsky, *El Programa de Transición para la Revolución Socialista*. Ed. Avanzada. Caracas. 1975, pp. 55 y 56.

estuvieran resueltos de una vez por todas -las dispersiones consecutivas del trotskismo chileno demuestran lo contrario...

Dos factores objetivos contribuirán a la debilidad de la inserción obrera en esta etapa; 1) el nacimiento mismo del trotskismo argentino como una fracción ultraminoritaria del ya minoritario (en 1929) stalinismo argentino y 2) la situación general del movimiento obrero que conoce en este período el reflujo más largo de toda su historia, con escasos picos de ascenso (1933-36). Ello favorecerá indudablemente -por el escaso número y la composición social- el clima de camarillas y querellas personales, pero no al punto de sacar la conclusión (de Quebracho, Moreno y Posadas) de que éste era el único rasgo del movimiento.

Porque al mismo tiempo el trotskismo acercó a sus filas a varios de los mejores militantes e intelectuales de su generación. A los ya nombrados habría que agregar, por ejemplo, a José Boglich, que militó en el PSO y murió en 1943 ó 44, autor de uno de los primeros (y casi únicos) estudios serios de la cuestión agraria en Argentina, desde una perspectiva marxista⁹⁹. El problema consistía en armonizar todos esos elementos en una fuerza política, lo que no se consiguió. Lo primero era resolver las cuestiones de principio: carácter de la revolución en los países atrasados, lugar de éstos en el sistema imperialista mundial. La fracción mayoritaria de los militantes de la época, que luego consiguió el apoyo de la dirección internacional, liquidó ambos problemas con la aseveración: "Ya no hay más revoluciones democráticas, sino revoluciones socialistas". Se trataba de un escamoteo, pues a la cuestión concreta del carácter de la revolución en los países atrasados, se respondía con una afirmación sobre el carácter de la época para el capitalismo considerado mundialmente. La revolución socialista es la única posible, pero las hay que surgen del antagonismo maduro entre el capital y el trabajo (en los países imperialistas), y las que surgen de la lucha en los países atrasados contra la opresión nacional. Al negarse a considerar los problemas de la opresión nacional y el atraso se ignoraba también la lucha de clases que los subyace, y que hace que las propias clases dominantes se los planteen (éstas eran presentadas formando un solo bloque con el imperialismo). Lo más importante es que se niega a discutir el problema central de la revolución en los países oprimidos: cuál debe ser la actitud del proletariado frente a los problemas nacionales, es decir, los derivados del incumplimiento de la revolución democrática. Como quiera que estos problemas son los que están en primer plano en la política en los países atrasados (los movimientos nacionalistas no hacen sino expresarlos), su ignorancia coloca a los trotskistas en un sectarismo fuera de la realidad en el

mejor de los casos, o alineados con el bando proimperialista, en el peor. Trotsky, al sistematizar la teoría de la revolución socialista, no había ignorado las tareas incumplidas de la revolución democrática: "... la revolución democrática sólo puede triunfar a través de la dictadura del proletariado, apoyada sobre la alianza con los campesinos y dirigida en primer término hacia la realización de los objetivos de la revolución democrática. (...) La dictadura del proletariado, que sube al poder en calidad de jefe de la revolución democrática, se encuentra de manera inevitable y repentina al triunfar delante de objetivos vinculados a transformaciones profundas del derecho de propiedad burgués. La revolución democrática se transforma directamente en socialista, transformándose por ello en revolución *permanente*". A la confusión respecto a la teoría revolucionaria hay que sumar la desorientación para caracterizar el país. En este punto, ciertas características del desarrollo capitalista argentino (por referencia al resto de Latinoamérica) ayudan a confundir. G. Lora las aprecia de este modo: "En Argentina, donde el trotskismo hizo las primeras tentativas de estructuración como programa siguiendo las agudas polémicas alrededor de las tesis de la revolución puramente socialista y de la liberación nacional (en esa época esta última posición sufrió la deformación stalinista que la considera como una finalidad estratégica), la formación de la vanguardia revolucionaria necesita partir (...) del análisis de una realidad que no corresponde, precisamente, a la de una semicolonía clásica y donde la presencia de una importante burguesía industrial induce a ver fantasmas de todo tipo" (100). Sumados a un antistalinismo primario, que pretende polemizar hasta con los términos que éste utiliza (y sobre todo con ellos, más que con sus ideas) que muchas veces es el primer paso hacia el trotskismo, terminan provocando catastrófica confusión.

Sería falso adjudicársela únicamente a los "argentinos"; ella existe, como hemos visto en otros grupos latinoamericanos. Pero sobretodo, ella existe también en la dirección de la Internacional, novel (luego de la barrida por el stalinismo y el nazismo de la dirección de la Oposición de Izquierda) y formada sobre todo por referencia a los problemas de la URSS y de la lucha de clases en Europa y los EE.UU. Su confusión frente a los problemas de los países oprimidos se hizo evidente en el caso argentino, donde sostuvo las peores posiciones. Lamentablemente, esta confusión no será superada en los años por venir, y la dirección cuartista oscilará entre posiciones sectarias y de capitulaciones ante el nacionalismo.

La unificación de los grupos argentinos sin discusión previa fue directamente impulsada por el CEL, quien consideró que no existían

diferencias programáticas. “No parece haber una sola diferencia de tal naturaleza como para impedir la unificación de todos los grupos”, insistían en abril de 1941 por carta de JSB, Stuard.¹⁰¹ Revelando su falta de voluntad para considerar los problemas, el CEI trató despectivamente las “querellas” entre los argentinos, su delegado trató de cerrar el debate más que de abrirlo, cubrió con su autoridad una unificación apresurada y con alfileres, presentó tal cosa como una victoria política, y el engendro que resultó confirmó aquel dicho de que “el pez se pudre por la cabeza”. El PORS se vino abajo primero en su dirección, y casi de inmediato. La dirección de la IV de 1941 debía ser consciente de que no contaba con la misma autoridad que aquella con Trotsky a la cabeza. Y aunque la hubiera tenido, la IV Internacional, que *existía y luchaba*, todavía debía *construirse*. Y no simplemente mediante la acumulación de militantes, sino mediante la delimitación y clarificación políticas. Lo peor es que, cinco años después, se propondrá, explícitamente, “repetir la experiencia del PORS”.

Porque “si se tiene en cuenta que la lucha revolucionaria desgasta y destruye permanentemente los cuadros”¹⁰² se comprenderá que la ausencia de claridad política conduce a la hemorragia de militantes, aunque éstos estén armados de la mejor “Resolución Organizativa”. Como una evidencia del fracaso de esta primera etapa de la IV Internacional en Argentina, la mayoría de los que durante ella han jugado un rol dirigente abandonaron la militancia y estarán ausentes en la etapa siguiente: Gallo, Milessi, Justo, Lagos, Narvajas, cuando no presentes en la trinchera opuesta: Ramos.

El primer viraje político importante barrió con la artificial construcción del CEI. Con la consecuencia de que la intervención de las masas que, en octubre de 1945, produjo la más grande crisis política argentina de la primera mitad del siglo, y que abrió la situación más favorable hasta entonces para el enraizamiento del trotskismo, encontró a los trotskistas más dispersos y desorientados que nunca desde su nacimiento en el país.

La actividad que desplegaron a partir de entonces, con todos sus errores y limitaciones, confirmó la vigencia del programa trotskista y de la IV Internacional, pese al handicap suplementario de no poseer un balance de los primeros quince años de su historia y de su primera gran crisis. Todo lo cual los exponía y los expuso a repetir los mismos errores, junto con otros nuevos.

Capítulo III

*Del golpe de junio
a la Revolución Cubana
(1943 - 1960)*

La evolución de los grupos y organizaciones trotskistas durante este período está signada, evidentemente, por el surgimiento, gobierno y caída del peronismo. La historia del peronismo no es, con todo, el objetivo de este trabajo; nos referimos a ella sólo tangencialmente en la medida que sea necesario para aclarar cuestiones relativas a la historia del trotskismo. Como veremos, el peronismo no es un “factor externo” a esta última: un movimiento que penetró todos los poros de la vida del país, no podía dejar de “penetrar” en las pequeñas organizaciones de la IV Internacional, si es que éstas hacían un esfuerzo por vincularse a las masas.

La reorganización de los grupos trotskistas

El PORS estalló antes del golpe del 4 de junio de 1943. El periodo de ilegalidad y represión de las actividades de izquierda que éste inaugura, sin embargo, contribuye a dispersar a los grupos trotskistas. La LOR de Liborio Justo produjo frente al golpe su última declaración pública, para luego desaparecer definitivamente. Los otros grupos comienzan a reorganizarse, y al mismo tiempo a delimitarse: ya no son “corrientes” del mismo partido.

¿Qué grupos son éstos? Existen por lo menos una decena. He aquí una enumeración de los que hemos podido detectar: a) Homero Cristalli (“J. Posadas”) desarrolla a partir de 1943 su propio “entrismo” en el Partido Socialista. El ex-responsable sindical del PORS sale del PS en 1945 con un grupo de militantes con los

que constituirá el GCI (Grupo Cuarta Internacional), que edita en 1945-46 el boletín mimeografiado *Proletarios del mundo, unidos*. A partir de junio de 1947, el GCI edita el periódico impreso *Voz Proletaria*, que llega hasta nuestros días con esa denominación. b) a partir de un grupo barrial, situado en Villa Crespo, Nahuel Moreno constituye en 1944 (junio) el GOM (Grupo Obrero Marxista). Luego de publicar algunos documentos, el GOM edita a partir de noviembre de 1946 *Frente Proletario*, primero impreso, luego mimeografiado. A partir de julio de 1949 también publicará, irregularmente, una revista teórica: *Revolución Permanente* c) “Oscar” (M. Posse), junto con los obreros yugoslavos, el alemán “Krause” y otros, impulsa primero una edición de *Frente Obrero* (periódico del PORS). Luego constituye la UOR (Unión Obrero Revolucionaria), donde militará durante varios años el sindicalista Mateo Fossa. La UOR publica 17 números del boletín *El Militante*, mimeografiados, entre 1943 y 1945. En 1946, “EM” se transforma en periódico impreso, regularizando su numeración a partir de noviembre. La UOR parece haber sido el grupo más numeroso, al menos entre 1943 y 1946. d) Enrique Rivera y “Carbajal” (Aurelio Narvajas) impulsan otra edición de *Frente Obrero*. En la primavera de 1945, esta publicación seguirá de cerca los acontecimientos que dan nacimiento al peronismo. Robert J. Alexander (*Trotskyism in Latin America*) sostiene que Rivera y Narvaja mantienen organizado un “PORS” hasta 1948, por lo menos. e) Jorge Abelardo Ramos anima un grupo, que publica desde noviembre de 1945 la revista *Octubre*. Su número 2 (noviembre 1946) la anuncia como órgano de la “Liga Comunista Revolucionaria”, cuyos dirigentes son el propio Ramos (“Victor Guerrero”) y un ex-militante del PORS, Niceto Andrés (“Jacinto Almada”). f) “Guevara”, un sindicalista que ha militado en el PORS, anima un grupo llamado simplemente “Zona Sud” (de Buenos Aires, donde actúa), el que edita el periódico *Bandera Roja*. g) En Rosario existe un grupo llamado “Spartacus”, donde ejerce influencia ideológica el viejo militante Daniel A. Siburu quien, enfermo, vive retirado en su ciudad natal de Rafaela. Siburu está muy decepcionado por el asesinato de Trotsky, responsabilizando en parte al SWP americano, encargado de su protección¹ h) En el norte (Jujuy, Tucumán) Esteban Rey animaba un grupo que desarrollaba un “entrismo” por su propia cuenta en el Partido Socialista, llegando a ocupar posiciones importantes en las direcciones regionales del PS. Rey mantiene correspondencia con el Secretariado Internacional de

¹ Testimonio oral de veteranos militantes, en parte también en lo referido a los diversos grupos.

la IV Internacional, reorganizado en Europa. A este grupo estuvo probablemente ligado José Boglich, estudioso marxista de la cuestión agraria argentina (*La cuestión agraria*, de su autoría, fue publicado en 1937 por Editorial Claridad). El grupo de Rey fue expulsado en 1947 del PS, pasando a constituir el “Movimiento Obrero Marxista”. En fin, existieron otros grupos aislados, en Córdoba, por ejemplo.

Todos los grupos son numéricamente muy débiles, en todo caso lo suficiente como para impedirles una actuación organizativamente relevante durante el periodo de crisis y movilizaciones que da lugar al peronismo. La exagerada proliferación de grupos indica la debilidad política del movimiento trotskista: la desconfianza personal ocupa un lugar tanto más grande en esa división que las divergencias políticas, escasamente explicitadas. La dispersión también ejemplifica el carácter desastroso de la experiencia del PORS. Detrás de las disidencias personales, sin embargo, se esconden a veces divergencias políticas mal planteadas, las que se irán haciendo explícitas con el correr del tiempo.

Durante esta etapa, los diversos grupos se consideran como formando parte de un solo “movimiento” (trotskista). La razón es simple: existe una sola IV Internacional, la que en 1943-1946 reorganiza su dirección mundial con la puesta en pie del Secretariado Europeo, en lo que colabora el SWP de los EE.UU. (responsable de hecho de la dirección durante el período de la II Guerra). El grupo de Ramos, para romper definitivamente con los otros grupos (1948), deberá romper previamente con la IV Internacional. Otra será la situación a partir de 1953, cuando se consuma la división de la IV Internacional.

Los trotskistas frente al nacimiento del peronismo

Como todo movimiento nacionalista de masas, el peronismo dividió al país en dos. El nuevo movimiento no sólo arrastró a la gran mayoría de la clase obrera, sino también a sectores de los viejos partidos (radical y conservador), de la burocracia estatal, de las Fuerzas Armadas, e incluso algunos terratenientes. La “oposición” reunió a los representantes de los viejos partidos bajo la batuta del embajador del imperialismo en ascenso.

(Braden), con el apoyo de la burguesía industrial (UIA), de los terratenientes y de los partidos que se reclamaban de la clase obrera (PC y PS). Las posibilidades de intervención de los trotskistas dependían de: 1) una correcta caracterización de los campos en pugna, determinando, si fuera el caso, cuál era el progresista, y

cuál el reaccionario (en otras palabras, donde se situaba el enemigo principal de la clase obrera), para lo cual es necesario: 2) un análisis independiente, que posibilite una intervención independiente, o sea capaz de sobrellevar con éxito las presiones de la “opinión pública”, avasalladora en los momentos de polarización política de la vida de un país. Dos factores que son uno solo. Veamos cómo fueron los esfuerzos de los trotskistas en ese sentido, y cuáles sus primeros resultados.

En setiembre de 1945, desde *Frente Obrero*, Rivera “Carbajal” y Perelman afirman:

“El cnel. Perón ha dictado una serie de decretos sobre jubilaciones, despidos, pagos de feriados, etc. Sabe muy bien que los mismos serán declarados ilegales o inconstitucionales, como dicen los burgueses, y llama al proletariado a defenderlos. Ligando esta defensa al triunfo político de esta camarilla. La clase trabajadora debe hacerlo caer en sus propias redes: aceptar los decretos, agitar en torno a ellos, denunciar la maniobra de Perón y llamar al proletariado a luchar por ellos con sus propios métodos de clase”.²

Una vez producida la movilización del 17 de octubre, el mismo periódico sostiene:

“La verdad es que Perón, al igual que antes Yrigoyen, da una expresión débil, inestable y en el fondo traicionera, pero expresión al fin, a los intereses nacionales del pueblo argentino. Al gritar ¡Viva Perón! el proletariado expresa su repudio a los partidos pseudo obreros, cuyos principales esfuerzos en los últimos años estuvieron orientados en el sentido de empujar al país a la carnicería imperialista”.

(...) “Al proletariado argentino, la política peronista en los sindicatos, le ofreció un inesperado apoyo para librarse en parte, del abrazo asfixiante de los partidos socialistas y comunistas que querían utilizar las fuerzas de la clase obrera para remachar las cadenas de la explotación imperialista.

“Sólo un cretino sin remedio puede creer que el proletariado se deja engañar totalmente con las promesas de Perón o se deslumbre con los adornos de su gorra militar. Sólo quien desconoce en absoluto la situación del proletariado en la sociedad capitalista puede pretender que un movimiento que surge desde lo profundo de las capas más explotadas, tenga, desde el principio, una expresión de clase correcta. Los dirigentes amarillos encubren habitualmente su política entregadora con una atrayente fraseología proletaria; a la inversa, la clase obrera puede tener manifestaciones de neto carácter

² *Frente Obrero*, 2da. época, septiembre 1945.

clasista encubiertas con consignas aparentemente reaccionarias. La historia nos lo muestra acabadamente. Tenemos un solo ejemplo: la revolución de 1905, en Rusia, fue liderada en sus primeras etapas por un cura, el pope Gapón; pocos meses después, el mismo proletariado que había marchado detrás de los íconos, entonando cánticos religiosos, designaba a León Trotsky presidente del Soviet de San Petersburgo. De nosotros depende que el proletariado argentino que marchó el 17 y 18 de octubre por las calles entonando el Himno Nacional y la Marcha de San Lorenzo y aclamando a un miembro de la clase explotadora, encuentre las consignas que correspondan al contenido revolucionario de su lucha”.

“Aquellos que desconocen el sentido y la importancia de las tareas nacionales en nuestra Revolución están incapacitados para comprender estos acontecimientos en general, están incapacitados para comprender nada. Los que se engañaron tomando la movilización de estudiantes burgueses y damas perfumadas, por los preludios de la revolución, juzgan a la huelga general del 17 y 18 de octubre como una especie de aberración, que echa al suelo todas sus teorías. La aberración estaría, en todo caso, en que individuos que se denominan a sí mismos marxistas, se pongan del lado del imperialismo, en sus escaramuzas con algunos sectores de nuestra burguesía semicolonial”.

Estas posiciones poseen el indudable mérito de, a contramano de la casi totalidad de la “izquierda” de la época, situar el papel del imperialismo como orquestador de la oposición “democrática” al gobierno juniano, y el carácter progresivo de las movilizaciones contra el semigolpe de estado que derribó a Perón el 10 de octubre de ese año. Puede señalarse que al mismo tiempo no indican el peligro de la enajenación de la clase obrera a una política dictada desde el Estado (“la política peronista en los sindicatos” consistió, entre otras cosas, en intervenir “manu militari” aquellos que no se plegaban a la política dictada desde la Secretaría de Trabajo y Previsión). Aun más, ese peligro es desdeñado (“sólo un cretino sin remedio...”). Años más tarde, Ramos presentará las posiciones de *Frente Obrero* en setiembre-octubre de 1945 como antecedentes de su propia corriente política: *Octubre* llega a reproducir literalmente los editoriales de FO. Todo lo cual será negado por el propio E. Rivera, quien acusó a Ramos de “deformadas y adaptadas” a las necesidades de sus maridajes circunstanciales (con la alta cúpula peronista o radical) y de “compartirlas en muy pequeña proporción”.³ Lo que sí es cierto es que el grupo de

³ Enrique Rivera, “Un caso de ubicuidad política” en *Cuadernos de Indoamérica*, julio 1955.

Rivera-Perelman llegó a realizar una alianza con el de Ramos, años más adelante. Veamos las posiciones de este último.

En noviembre de 1945 (después del 17/10) Ramos calificaba al gobierno de “dictadura militar” y condenaba las “aventuras demagógicas del coronel Perón”, las cuales no eran seguidas sino por “los obreros más atrasados”. ¿El 17 de octubre? Pues bien, “Perón moviliza a esos sectores obreros, incluidos los trabajadores de la carne (que dan la espalda al stalinismo por sus reiteradas traiciones) y con la ayuda de la burocracia estatal y la policía, los lanza a la calle en una demostración de fuerza. El ejército, impresionado por el gabinete oligárquico proyectado por el Dr. Álvarez y por las demostraciones peronistas, teme represalias y un regreso directo al 3 de junio. Entonces se plantea una transacción entre las distintas tendencias militares y se forma un gobierno “neutral”: manos libres a Perón para presentar su candidatura con la benevolencia del aparato oficial y garantía de Comicios libres que presuntamente devolverán al ejército el prestigio perdido. Mientras las fracciones se tiran el poder entre ellas como una pelota, el proletariado permanece quieto y callado y como quería el coronel, va del trabajo a casa”.⁴

Y en un alarde de optimismo, se terminaba diciendo que “la revolución del 4 de junio está terminada”. Hay que decir que Ramos se adaptaba simplemente a las ilusiones de la “Unión Democrática”, la que en ese momento consideraba que en las elecciones de febrero de 1946 barrería al peronismo, el que se transformaría en un mal recuerdo pasajero, junto con el 17 de octubre.

Ramos no hacía sino dar continuidad a las posiciones anti-“liberación nacional” que había defendido en el PORS, las que sostenían que la revolución en Argentina carecía de tareas democráticas (el único grupo del PORS que revisó esta posición antes del ascenso del peronismo fue el de Rivera-Narvaja). Es sólo en noviembre de 1946 que Ramos y *Octubre* comienzan a acercarse a las posiciones que los caracterizarían posteriormente, es decir, luego de la aplastante victoria electoral de Perón y de su unción como presidente. Aún así, con algunas reticencias: “este apoyo condicional (a Perón) no significa en modo alguno sembrar ilusiones sobre el ‘antiimperialismo’ de Perón...”⁵ Perón era reconocido como el representante de la burguesía nacional; para Ramos, “la burguesía nacional representada por Perón no está para nada dispuesta a llevar adelante una lucha revolucionaria contra el imperialismo. La movilización de las masas

⁴ “*Octubre*” n° 1, noviembre 1945.

⁵ “*Octubre*” n° 2, noviembre 1946

por un nuevo 17 de octubre, más profundo y conciente pondría en peligro la dominación burguesa. El gobierno de Perón es incapaz de ir más lejos que la Unión Aduanera con Chile, si ésta se realiza... Su tentativa de formar un bloque latinoamericano frente a las potencias imperialistas va a fracasar sin pena ni gloria”.⁶

En Niceto Andrés, el otro animador de *Octubre* (quien más adelante romperá con Ramos, tachándolo de “deshonesto”) esa consideración de Perón está más matizada:

“Perón es históricamente el representante de la burguesía local, en lo que ésta tiene de nacional; pero políticamente es su representante bonapartista es decir que goza frente a ella de independencia”.⁷

Valgan las extensas transcripciones para medirlas con la mitología política de Ramos y su “izquierda nacional”, que pretende haber sido la única corriente de izquierda que no se ubicó en el campo de la Unión Democrática en 1945, y también el primero a calificar a Perón de “bonapartista”. También para el famoso “apoyo crítico” al peronismo, pues, como veremos más adelante, a partir del n° 3 de *Octubre*, Ramos se desprende de toda inhibición y de toda “crítica”, llegando a calificar al golpe del 4 de junio de 1943 -la “dictadura”- como... el inicio de la revolución democrático burguesa en Argentina”⁸, además de que tal “apoyo político”, de haber existido, fue posterior al enfrentamiento abierto entre Perón y la coalición yanqui-oligárquica y burguesía industrial (octubre 1945-febrero 1946).

Ahora bien, en materia de entroncar con el antiperonismo liso y llano, ningún grupo trotskista superó al GOM, liderado por Nahuel Moreno. Según éste, la oleada de huelgas que produjo la crisis política de la que habría de emerger el peronismo se reducía a: “los militares... incitaban al proletariado a ir contra la burguesía. Se produjo al calor de tal demagogia todo un movimiento obrero artificial que alentado y apoyado por funcionarios estatales y policiales. Al decir artificial queremos decir que no fue consecuencia de la situación desesperada del proletariado o de su experiencia política.”⁹

En cuanto al 17 de octubre, “El 17 de octubre es uno de los tantos golpes de cuartel ocurridos dentro de los gobiernos que surgieron después del 4 de junio.”¹⁰

⁶ “*La cuestión argentina y el imperialismo yanqui*”, carta de Víctor Guerrero al SI de la IV Internacional, 1947

⁷ *Nuestras Tareas. Tesis sobre el problema nacional*, N. Andrés, 1946.

⁸ “*Octubre*” n° 3.

⁹ “*Frente Proletario*” n° 7, agosto 1947.

¹⁰ “*Frente Proletario*” n° 20, 20/8/48.

La naturaleza de las relaciones entre el gobierno peronista y el movimiento obrero era así definida: “los sindicatos oficialistas son una repartición más del gobierno... En cuanto a su esencia son sindicatos estatizados, es decir, los sindicatos oficialistas son sindicatos fascistas o semifascistas”.¹¹

Contra toda evidencia, el GOM presentaba al peronismo como el fruto exclusivo de una imposición de la alta cúpula militar al movimiento obrero. Esto había sido posible porque se trataba de un movimiento obrero “castrado y sin ímpetu”, “narcotizado por el Estado” (sic). Las razones del apoyo del movimiento obrero a Perón no tenían, para el GOM, nada de misterioso: “la razón del uso de una demagogia desaforada en todas esas movilizaciones, es de naturaleza económica, se basa en los beneficios enormes extraídos del mercado mundial por los productos agropecuarios argentinos.”¹²

El GOM suscribía sin cortapisas, pues, la “teoría de la sidra y el pan dulce”, usada por la oposición oligárquica para explicar el arrastre popular del peronismo. Como lógica consecuencia de ello, el GOM explicaba que, “como organización nunca hemos intervenido en las movilizaciones peronistas porque no las creímos fundamentalmente obreras, sino burocráticas...”¹³

Contradictoriamente con esta última explicación, el GOM aconsejaba a los sindicatos controlados por los “partidos obreros”: “en estos momentos en los cuales muchos sindicatos controlados por elementos contrarios al gobierno, especialmente socialistas y sindicalistas, ponen 10.000 trabas para el llamado a asamblea, *por temor a que los peronistas ganen la mayoría*, debemos explicar y aconsejar que para evitar el divisionismo es preferible dar ejemplo de democracia sindical y llamar a asamblea.”¹⁴

Lo transcrito indica que el GOM tendía a una alianza con las corrientes ligadas a la Unión Democrática contra el peronismo, considerado como el “enemigo principal”. Los otros grupos trotskistas acusaron al GOM de haber sostenido directamente a la UD, acusación de la que éste se defiende retrospectivamente, diciendo que en febrero de 1946 llamó, al igual que los otros grupos, al “voto programático” (voto “por la revolución socialista” con papeleta ilegal, de

¹¹ *Idem*, n° 7.

¹² N. Moreno, “Movilización antimperialista o movilización clasista?” en *Revolución Permanente*, n° 1, 21/7/49.

¹³ N. Moreno, “El GCI agente ideológico del peronismo” en *Revolución Permanente*, n° 7-8, noviembre 1951.

¹⁴ *Frente Proletario* n° 7, agosto 1947.

hecho un voto anulado)¹⁵, Lo cual no impide que efectivamente que el GOM considerase efectivamente a la UD como más progresiva, puesto que definía al peronismo como “la vanguardia de la ofensiva capitalista contra las conquistas obreras”.¹⁶ El GOM no percibía ni un atisbo de nacionalismo o de resistencia limitada al imperialismo en el ascenso del peronismo, al que definía pintorescamente como, “(un) movimiento dirigido y formado por militares y marinos, curas y profesores, conservadores y sindicalistas a granel, ex-socialistas y radicales, matones y cafishos, industriales y comerciantes ganaderos y terratenientes, curas y artistas de varieté o radioteatro, agentes del imperialismo y nacionalistas trasnochados.”¹⁷

Peor aún, la presencia del embajador yanqui en la barricada opuesta no era más que distraccionismo, pues Argentina estaba dominada por el imperialismo inglés; el peronismo “ha tenido y ha logrado hacer controlar serios roces con el imperialismo yanqui, por seguir siendo Argentina el tradicional baluarte del imperialismo europeo, específicamente del inglés, y no por ser antimperialista o reflejar un sector burgués nacional antimperialista.”¹⁸

En síntesis, el peronismo era el enemigo reaccionario n° 1. Según Moreno: “es el más grande defensor de las relaciones burguesas tradicionales del país; dominio de los exportadores, sobre todo de los ganaderos y frigoríficos, y estrechas relaciones con el imperialismo inglés”¹⁹

Esto último debido a que, por una suerte de “determinismo económico”, “esta dependencia de la burguesía nacional, su falta de ‘nacionalismo’, su rol antinacional y reaccionario (hace que) todo gobierno burgués argentino será el agente de Inglaterra.”²⁰

Ahora bien, ¿cómo explicar que los sectores económicos más poderosos, “ligados al imperialismo inglés” hayan formado parte de la UD contra Perón? En ese punto, Moreno y el GOM abandonaban el método de Marx para pasar a utilizar el de Kafka:

“El imperialismo inglés, sin dejar de tener muchos de sus servidores y, agentes nacionales en la oposición al gobierno (de Perón), tantos que hacen mayoría, apoya decididamente a este último, como

¹⁵ Ver “Contribution” de “Andrés Delgado” en *Correspondence Internationale*, París, enero 1980.

¹⁶ N. Moreno, *Movilización antiimperialista...*, op. cit.

¹⁷ “Frente Proletario” n° 20, 20/8/48.

¹⁸ N. Moreno, *El GCI, agente ideológico del peronismo*.

¹⁹ Ibid

²⁰ N. Moreno, *Movilización antiimperialista...*

mejor forma de defenderse de la penetración del imperialismo rival”²¹

Perón es, pues, un agente inglés combatido por los agentes ingleses en la Argentina, y ya es difícil saber en que mundo vivimos. Al negar al peronismo todo carácter nacionalista, el GOM dejó pasar por delante de sus narices el movimiento nacionalista latinoamericano más importante de posguerra. Si se considera al imperialismo no como un conjunto de inversiones económicas sino fundamentalmente como un sistema de dominación política de las regiones atrasadas por las potencias capitalistas centrales, se comprenderá (y no pocos lo comprendieron, aun empíricamente, en ese momento) que el primer resultado de la II Guerra era adjudicar a los EE.UU. la primacía en el campo imperialista y en primer, lugar, en su “patio trasero” latinoamericano, con cierta independencia del porcentaje de inversiones que correspondiesen a los EE.UU. y Gran Bretaña en cada país (resultado que, por otra parte, los documentos de la IV Internacional previeron aún antes de iniciada la guerra). Es bajo ese ángulo que cobra sentido la famosa amenaza del PC, expresada en el discurso de Codovilla durante la campaña electoral de la UD, de apelar a las fuerzas del Consejo de Seguridad de la ONU en caso de victoria electoral del peronismo.²² Amenazas que no eran meras bravatas, como lo prueba la edición, en la misma época, del Libro Azul del Departamento de Estado, tendiente a probar el “nazismo” de Perón, lo que equivalía a una amenaza de guerra apenas velada, o aun las palabras del influyente *New York Herald Tribune* en medio de la campaña electoral: “el problema argentino se ha vuelto tan peligroso para el mundo que exige una acción efectiva”.²³

Bien entendido, no se trata de negar que existiesen roces entre Inglaterra y los EE.UU. en Argentina, ni que Perón coquetease con Inglaterra. Un mejor conocimiento de la teoría marxista al respecto, o de la propia experiencia histórica, hubiera alertado al GOM-Moreno de que es propio de todo movimiento nacionalista (burgués) el tentar apoyarse en una potencia imperialista contra otra (hasta el nacionalismo radical de Sun-Yat-Sen no escapó a esta regla).

Como sea, el GOM adoptó una posición de sectarismo visceral frente a las movilizaciones obreras que, junto al ascenso del peronismo, habrían de modificar para siempre la vida del país. Sectarismo

²¹ *Frente Proletario*, n° 20, op. cit.

²² V. Codovilla, *Batir al Naziperonismo para abrir una era de libertad y progreso*, Ed. Anteo, diciembre 1945.

²³ Citado por Milciades Peña, *Masas, caudillos y elites*, Ed., Fichas, 1973.

que tenía su compensación, pues no se hacía extensivo a las corrientes participantes del frente anti-peronista.

Dentro del mismo orden se movió el grupo que practicaba el “enrismo” en el PS tucumano y jujeño, liderado por Esteban Rey. Este llegó a ser agredido por un grupo de obreros tucumanos a los que dirigía una vigorosa arenga antiperonista. Rey, sin embargo, modificó rápidamente sus posiciones. Meses más tarde, en momentos de dirigirse a una audiencia de militantes socialistas, a los que llamaba a “comprender” el peronismo, tal episodio le fue recordado. La respuesta de Rey fue rápida: “¿Sabe una cosa? ¡Tenían razón!”.²⁴ También en un sentido semejante al del GOM, aunque con diferentes fundamentos, se orientó la UOR de Posse-Fossa. Esta mantenía la vieja concepción del PORS, a saber, que la Argentina no era un país semicolonial o atrasado-dependiente, sino capitalista pleno. La “década infame” -según la UOR- había sido testigo del desplazamiento económico de la oligarquía agraria por la burguesía industrial (dentro del PNB, la industria había desplazado al agro en términos porcentuales). Esto entró en contradicción con la hegemonía oligárquica en el Estado. Los militares tomaron el poder en 1943 a cuenta de una burguesía industrial incapaz de engendrar una expresión política propia, y en tanto que árbitros del conflicto industriales vs. agrarios. Para resolverlo en favor de los industriales, los militares llamaron a las masas. Y éstas últimas intervinieron “por su propia iniciativa” cuando se trató de salvar al gobierno (que les había otorgado numerosas concesiones) contra el complot de los agrarios y el gran capital:

“La contradicción entre los orígenes históricos del peronismo y sus objetivos fundamentales determinó que éste último se encontrase frente a un conflicto con la propia burguesía, conflicto en el que la clase obrera intervino como árbitro”.²⁵

Lo que no impide que, “si la actitud de las masas otorga a esa lucha un contenido de clase, eso no quiere decir que el peronismo sea el representante natural del proletariado. El peronismo fue y sigue siendo un movimiento burgués creado y mantenido en beneficio de un grupo de militares, abogados y arribistas sin principios, quienes supieron aprovechar la traición de los partidos obreros para afirmarse en el seno del proletariado.”²⁶

Si el peronismo no es un movimiento obrero, es un movimiento burgués, punto y a otra cosa. Incapaz de definir la naturaleza política

²⁴ Testimonio oral.

²⁵ *El Militante*, n° 8, enero 1948.

²⁶ *El Militante*, n° 9, abril 1948.

específica del peronismo, la UOR apelaba a la “lista de beneficiarios” que ya vimos usar al GOM (“abogados, militares, arribistas”, “curas, artistas, caficios”). La dimensión internacional del conflicto argentino del que emergió el peronismo no ingresaba en el análisis de la UOR; de ahí que se recusase a caracterizarlo como un movimiento nacionalista, “que las masas no se movilizaron porque hubiesen despertado a la ‘conciencia nacional’ -conciencia que el GCI cree posible poder conciliar con la conciencia anticapitalista- sino que lo hicieron porque un demagogo en el poder se mostró agitando la bandera de la lucha de clases, es un hecho que no precisa ser demostrado porque está aun fresco en el espíritu de la gente.”²⁷

Claro como el agua, pero simplista y contradictorio. Puesto que el conflicto con la embajada yanqui no “encaja” en el esquema, se lo elimina y punto. En cuanto a las masas, “que intervinieron por su propia cuenta”, en realidad lo hicieron manipuladas por un demagogo. El gobierno peronista no es fascista, ni nacionalista, sino simplemente “burgués”; la CGT (peronista) también lo es, aunque los obreros, momentáneamente enceguecidos, crean lo contrario, Conclusión fundamental: hay que luchar contra la CGT (no olvidemos que socialistas y anarquistas, y al principio también el PC, sostenían igual política).

Para el GCI (Posadas), en cambio, “la Argentina, a pesar del desarrollo de la economía y de la industria es aun una semicolonias, porque depende en su base económica de la producción agrícola-ganadera y de la exportación de materias primas, y porque está sometida a la gran industria y finanza del mercado mundial imperialista.”²⁸

Lo que no impedía que el golpe del 4 de junio fuese el de la “burguesía industrial nacionalista”: “La burguesía industrial nacionalista con su golpe del 4 de junio cambió el aspecto y el proceso del movimiento sindical.”

“(…) El desarrollo económico y las enormes ganancias de la burguesía le permitían hacer el juego de mejoras... atraía y recogía el impulso histórico revolucionario de las masas y canalizaba su confianza en su dirección política. Hubo momentos -antes de las elecciones del 24 de febrero- que tuvo que permitir algunas actitudes revolucionarias de las masas como las ocupaciones de fábricas, y que señalaban el sentido revolucionario que le daban los obreros a su apoyo a Perón. (...) El (proletariado)

²⁷ Boletín Teórico de la UOR, 1947, n° 1. p. 29

²⁸ Voz Proletaria n° 1, junio de 1947.

luchó y dio su apoyo revolucionario a sus sindicatos y a la CGT para que el desarrollo económico lo liberara de la explotación.”²⁹

O sea que estábamos frente a nada menos que una revolución social (aunque el GCI no lo afirmara explícitamente): sustitución de una clase por otra en el poder (la oligarquía por la burguesía industrial) canalizando el impulso revolucionario de las masas. Polémicamente el GCI lo reafirmaría, algunos años más adelante: “el GCI considera que el gobierno peronista, representante de la burguesía industrial nacionalista, canalizó en su provecho el movimiento de las masas. Estas actuaron, apoyaron a Perón y reforzaron a la CGT, llevadas por su instinto de clase anticapitalista y antiimperialista. El gobierno se apoya, para su política de oposición al imperialismo, sobre ese movimiento de masas y no sobre la policía y el Ejército”.³⁰

Lo que equivale a decir -sin decirlo- que Perón se apoya en la policía y el Ejército para su política contra los obreros, cuando le es necesario. Pero no es sólo allí que el análisis del GCI es visiblemente débil y defectuoso. ¿Cómo explicar, por ejemplo, que la burguesía industrial (que Posadas considera representada orgánicamente por Perón) se haya enrolado masivamente en el frente antiperonista en 1945-46? El GOM reprochará esto, con justicia, al GCI. La explicación del GCI no cae en el sectarismo atroz del GOM o la DOR en relación a las movilizaciones peronistas, pero sí en la perogrullada: los obreros obrarían “llevados por su instinto anticapitalista”. El peronismo sería la “expresión instintiva” de los obreros (y conciente de la burguesía industrial). Ahora bien contra los instintos, poco se puede. La cristalización de un movimiento político contrario a la independencia de clase del proletariado, y que justamente recibe el apoyo ultramayoritario de éste, no le dice nada al GCI. Este propugna, es cierto (trotskismo obliga), la “independencia del movimiento obrero frente al Estado y la burguesía”, aunque no sepamos muy bien porqué.

En realidad, el GCI repite un poco más burdamente los análisis de “Frente Obrero” (Posadas confió haberse inspirado en los artículos de Aurelio Narvajas)³¹ y de *Octubre*. En el n° 1 de *Voz Proletaria* se califica a las posiciones de éste último como correctas, criticándosele sólo su “falta de espíritu militante”.

Como hemos visto, las posiciones de los diversos grupos trotskistas en el momento del surgimiento del peronismo no se

²⁹ Idem.

³⁰ Carta del GCI al SI. de la IV Internacional, julio 1950.

³¹ Testimonio oral

diferenciaban claramente de las dos corrientes fundamentales en que se había dividido la sociedad argentina: peronismo y antiperonismo. Al contrario, directa o indirectamente, empalmaban con una u otra.

Implantación social y relaciones con el movimiento obrero

Los efectivos son escasos: algunas decenas (a veces menos) de militantes en cada grupo, casi todos de origen pequeño-burgués intelectual. El propio Posadas, de origen obrero, ya ha pasado hace tiempo a la categoría de “intelectual revolucionario”. En medio de la profunda ola huelguística y de la crisis política de 1944-1946, ello mide la extensión de las secuelas del fracaso del PORS (para empeorar las cosas, los escasos militantes están divididos en 10 grupos).

El único grupo que parece haber tenido una implantación de relativa importancia en el movimiento obrero, durante ese período, es el que edita *Frente Obrero*. Según Norberto Galasso: “Adolfo Perelman que ha llegado a la cuestión nacional después de militar en el P. Comunista, en el Partido Socialista Obrero y luego en el GOR de Liborio Justo, mantiene estrechas vinculaciones con obreros textiles y a través de su hermano Ángel, con trabajadores metalúrgicos. (...) Disuelto el PORS, a poco más de un año de su fundación, la fracción Carbajal-Perelman mantiene, sin embargo, la publicación de *Frente Obrero* hasta mediados de 1943. Y lo que es más importante, desempeña un papel importantísimo en la fundación de la “Unión Obrera Metalúrgica”, en abril de 1943, resultando designados: Ángel Perelman, como Secretario General, Adolfo Perelman, como gerente administrativo y Hugo Sylvester, como asesor gremial, con la intervención decisiva de Carbajal en el periódico sindical *Nuestra Palabra*, que aparece al poco tiempo. Actúan allí, en tareas gremiales, otros hombres de la misma formación ideológica como Cleve, Víctor Gozzi y Manuel Fernando Carpio. Así, después de largos años de labor teórica y de discusión entre pequeñas sectas sin participación obrera, se produce ahora la primera vinculación de importancia, de estos militantes de extracción trotskista, con los trabajadores y sus problemas concretos. La gran huelga metalúrgica de junio de 1942 -donde la dirección del Partido Comunista lleva al total desprestigio a sus dirigentes gremiales al frenar el movimiento en razón de la Guerra Mundial- (del mismo modo como se hundiría el prestigio del “negro” Peter en los frigoríficos dando paso a Cipriano Reyes, por idéntica razón), genera la reorganización de los trabajadores

metalúrgicos y en la cresta de la ola aparecen allí, por unos meses, los hombres de *Frente Obrero*.³²

Según el propio Galasso, “el crecimiento de la figura del cnel. Perón” entre 1943 y 1945 los barrería “de la cresta”, y de la propia dirección sindical. Sabemos asimismo que se trata de un grupo que no adoptó en absoluto una posición antiperonista. Debemos suponer que perdieron sus posiciones gracias a la campaña “antiizquierdista” de Perón en los sindicatos, lo que torna incomprensible el desprecio de *Frente Obrero* por este aspecto del peronismo (la liquidación de la independencia del movimiento obrero), y más incomprensible aún la posición francamente pro-peronista que el grupo adoptará ulteriormente. Por otro lado, este grupo confluye posteriormente con *Octubre*, de J. A. Ramos, el cual, en virtud de sus posiciones políticas, no realiza ningún trabajo de penetración y organización en las bases obreras.

Para los otros grupos, no queda sino una salida: la “proletarización”, es decir, la transformación de sus militantes, cualquiera sea su origen social, en trabajadores de fábrica. Según testimonios recogidos, este proceso se vio facilitado por el pleno empleo reinante bajo el gobierno peronista (los estudiantes no calificados manualmente podían ingresar con más facilidad al trabajo fabril y aprender un oficio). Con esto se asegura la difusión de las posiciones y de la prensa al interior de las fábricas, y la participación directa en las luchas sindicales. Para los obreros que se van acercando a las organizaciones se preparan cursos sobre los fundamentos del socialismo científico.

La UOR como parte de su “lucha contra la CGT”, se niega a militar dentro de los sindicatos peronistas. Llama a los sindicatos integrados en la CGT a romper con ésta. En 1946, Mateo Fossa lleva adelante una campaña para que el sindicato de la madera (del que ha sido secretario general durante los años 30) no sea integrado a la CGT por su dirección comunista.³³ La campaña de Fossa era saludada por “La Vanguardia”, periódico del Partido Socialista. Pero el PC, a fines de 1946, decide integrar sus fuerzas sindicales a la CGT (Fossa llega entonces a reclamar que los adherentes al sindicato dejen de cotizar). Sin éxito, el sindicato se integrará a la CGT, siendo su dirección comunista rápidamente desplazada por otra peronista.

Esta “táctica sindical” lleva a la UOR a perder terreno. Hacia 1948 decide cambiarla, optando por la militancia dentro de los sindicatos integrados en la CGT. Pero el terreno perdido ya es grande, e

³² N. Galasso, *El FIP y la izquierda nacional*, CEAL, 1983, p.41.

³³ *El Militante*, 1946-47. 35 “A. Delgado”, op. cit.

incluso una fracción de militantes abandonará la UOR en 1949 para integrarse al POR (nueva denominación del GOM morenista). La UOR se auto disolverá en 1951, con la resolución del III Congreso Mundial de la IV Internacional sobre la sección argentina.

El GOM se jacta de haber abandonado rápidamente su etapa puramente propagandista, para intervenir desde 1944 en las huelgas de los frigoríficos de Anglo y Ciabasa. Según “Andrés Delgado” toda la comisión interna de esos sindicatos de empresa fue ganada para el GOM, pese a que la huelga, aislada, fue derrotada.³⁴ Sin duda el GOM pudo progresar durante este período pues, si bien planteaba “la lucha contra la CGT”, no se negaba a militar dentro de los sindicatos “creados por Perón”. Por otro lado, el PC y el PS, que planteaban la intervención argentina en la II Guerra junto a los aliados, actuaban como verdaderos rompehuelgas (las huelgas comprometerían el abastecimiento de los ejércitos aliados). El GOM penetra en el sindicato del cuero, en el de caños de cemento, y llega a controlar la comisión interna de la fábrica Alpargatas, continuando también presente en el sindicato de la carne.³⁵ Es importante notar que, en plena oleada peronista, el GOM consigue acercar a sus filas varios cuadros sindicales socialistas y anarquistas, con los que tenía un lenguaje común para referirse al peronismo.³⁶ Pero la cantera principal de reclutamiento continúa siendo la juventud de izquierda. Hacia 1947 el GOM incorpora una fracción de la Juventud Socialista de Avellaneda, dentro de la que se encuentra quien será uno de los principales dirigentes de la corriente “morenista”: Ángel Bengoechea.

Sin duda, el GOM crece durante esos años. La decena de militantes de 1945 se transforma en 110 militantes organizados en células en 1948 (cifra indicada por los documentos internos de la época). Lo que no impide al GOM calificar a ésta época de “retroceso permanente del movimiento obrero”. Esta progresión será el argumento que la Dirección utilizará para proponer que el GOM se transforme, en 1948, en POR (Partido Obrero Revolucionario). Según “Andrés Delgado”: habíamos superado nuestro propagandismo, pero nos emborrachábamos de sindicalismo.”³⁷

Se refiere al hecho de que la conquista de algunas posiciones sindicales no va acompañada por un progreso equivalente de la influencia política, lo que no es percibido de inmediato llevando al

³⁴ “A. delgado”, op. cit.

³⁵ *Frente Proletario* 1947-48 y testimonio oral.

³⁶ “A. delgado”, op. cit.

³⁷ “A. Delgado”, *Contribution*, op. cit.

POR a magnificar sus perspectivas políticas (documentos internos posteriores del POR están llenos de críticas a este hecho). Cuando el “delegado” del GOM-POR es despedido, pocas veces deja una influencia política implantada dentro del lugar de trabajo. Como sea, en 1948 el POR será el único grupo trotskista que intentará legalizarse en tanto que fuerza electoral: pide a la Justicia la homologación de las listas del “Frente Único Proletario” (el pedido fue rechazado y el POR llamó a votar por el PC y el PS).

Más politizado parece el “trabajo sindical” del GCI, que intenta organizar “fracciones trotskistas” en los sindicatos donde milita. Las “fracciones” comportan la edición de publicaciones especiales (*Voz Proletaria textil*, *Voz Proletaria del Pan*, *Voz Proletaria metalúrgica*, etc.). Posadas, que ha sido dirigente sindical del cuero durante los años 30, posee una buena experiencia en la materia. Sus principales posiciones sindicales parecen situarse entre los textiles y los metalúrgicos, donde llegan a controlar la “comisión interna” de una de las principales fábricas: Siam. Cuando, en 1949, la burocracia sindical peronista intenta una maniobra para remover de la CIR a dos miembros del GCI (acusándolos de “comunistas”), éstos se defienden con un volante:

“Cuando el 24 de febrero el Partido Comunista, junto a la burguesía oligárquica y el imperialismo, insultaba y despreciaba a los obreros peronistas, calificándolos de ‘obrerros nazi-fascistas’, mientras los obreros peronistas expresaban así su deseo de luchar contra la burguesía y el imperialismo, los compañeros recuerdan cómo nosotros defendimos el derecho del proletariado de elegir y votar a quien se quisiera... Del mismo modo que hemos defendido el derecho de los obreros de elegir a Perón el 24 de febrero, el derecho de imponer y de hacer respetar su decisión, debemos también defender el derecho de todo obrero de exponer su pensamiento. Firmado: R.M. y D.M.”

Como se ve, las divergencias políticas llevaban a métodos de trabajo sindical radicalmente diferentes. El GCI crece más lentamente que el GOM-POR. Durante las tratativas de unificación de 1949, éste señala que el GCI no cuenta más que con una treintena de militantes. El GCI, sin embargo, se reforzará poco después con una fracción salida del MOM de Esteban Rey y con otra del... POR (encabezada por “Fidel”).

El MOM (Movimiento Obrero Marxista) animado por Esteban Rey, pide su admisión al S.I. de la IV Internacional inmediatamente después de ser expulsado del PS. En una carta posterior, critica los documentos del II Congreso Mundial de la IV (1948) por considerarlos demasiado críticos hacia los movimientos nacionalistas

latinoamericanos, en particular el peronismo. El MOM cuenta con núcleos en Jujuy, Tucumán y en la Capital. En 1948 ejercen una real influencia sobre la dirección de la huelga azucarera de Tucumán, al punto que Perón denunció por radio la “mano del trotskista Esteban Rey” en la organización del movimiento (el que, como se sabe, fue duramente reprimido). Las posiciones políticas del MOM son menos acabadas que las del POR o del GCI, para los que pierde dos fracciones hacia el final de los años 40 e inicios de los 50 (el futuro responsable de *Voz Proletaria*, “Heredia”, proviene del MOM). El MOM terminará disolviéndose, sin que Esteban Rey abandone la actividad política (también es abogado sindical).

Algunos “outsiders” permanecen cercanos al movimiento trotskista, o ligados a su dirección internacional. Ya hemos hablado de José Boglich, quien muere en 1944. Pedro Milessi, ya jubilado y “sin partido” desde la disolución del Partido Laborista (al que se había integrado), escribe artículos sobre Argentina para el “Labor Action”, publicación de la corriente dirigida por el norteamericano Schachtmann, la que participa del II Congreso Mundial de la IV Internacional (en el que afirmará “los trotskistas argentinos -Octubre y el GCI- se han vuelto más peronistas que Perón”). Silvio Frondizi ha sido despedido de su cátedra universitaria en Tucumán por el gobierno juniano, lo que no le impide escribir, a principios de 1946, un libro donde critica a la Unión Democrática y prevé su derrota frente al peronismo. Contra el PC, S. Frondizi defiende las ideas de Trotsky, constituyendo, por esa época, una efímera “Acción Democrática Independiente”. En 1946 también, publica la “Teoría de la integración mundial del capitalismo”, en la que señala como la consecuencia más importante de la posguerra la integración armónica, por primera vez, del imperialismo mundial, contra la URSS y los países atrasados. Casi una década transcurrirá hasta que logre constituir una organización más sólida. Luis Franco, en fin, es un poeta e historiador bastante conocido, que escribe una “Oda a Leon Trotsky”, luego de que un poeta ligado al PC -Raúl González Tuñón- escribiese sobre el asesinato del viejo revolucionario un poema titulado “Muerte de un traidor”.

A diferencia del periodo anterior, cuando los trotskistas se limitaron a esperar que las “masas” acudieran al PORs (“El proletariado argentino ya tiene su partido”, se titulaba el primer manifiesto de éste), ahora iban al encuentro de la clase obrera para construir una organización en su seno. Se trataba de un progreso sensible. En el ejemplo revolucionario clásico (la revolución rusa), los bolcheviques frecuentemente “sacaban” a los obreros más avanzados de las fábricas

para transformarlos en “revolucionarios profesionales”. Al revés, los trotskistas se veían obligados a introducir a los intelectuales en las fábricas, lo cual da una medida de su aislamiento, del que seguramente no comprendían todo el significado; del mismo modo que los bolcheviques pertenecían a una Internacional (la Segunda) de masas y a un partido (el Socialdemócrata) más amplio, mientras que la IV Internacional no había superado su debilidad a escala mundial.

Octubre y Jorge Abelardo Ramos

De todos los dirigentes trotskistas de ese momento, J. A. Ramos es el más proclive a dejarse “influir” (en más de un sentido) por el rumbo de los acontecimientos políticos. En *Octubre* n° 3 el entusiasmo por el movimiento desencadenado por la “burguesía industrial argentina” -el peronismo- dejaba atrás todas las limitaciones críticas anteriores, y se cargaba incluso de una proyección para toda América Latina, para la cual era planteada la consigna de “Asamblea Constituyente Latinoamericana”. El peronismo no sólo había iniciado la revolución democrático burguesa en nuestro país, sino en el continente entero... En el n° 5 se va más lejos todavía: “El triunfo de Estados Unidos sobre Inglaterra en su lucha coincide con otro acontecimiento no menos notable: el nacimiento de la burguesía industrial argentina. Cuando Wall Strett se disponía a tomar posesión de la herencia colonial inglesa en el continente, la nueva burguesía argentina se cruzó en su camino, levantando a su paso un vasto movimiento nacional en América Latina. Aunque su política es una amalgama de atrevimiento, doblez y cobardía, propios de la burguesía colonial contemporánea, conmovió a millones de hombres, despertándolos a una nueva vida política”.

“La crisis del imperialismo creó para la Argentina la posibilidad de la industrialización. Las oleadas revolucionarias de la posguerra transformaron a nuestro proletariado, por la inexistencia de un poderoso partido obrero, en la fuerza combatiente del movimiento nacional conducido por la burguesía. Esos dos hechos ofrecieron a la burguesía argentina el singular privilegio de iniciar los primeros pasos de la unificación nacional, es decir, de liquidar el yugo imperialista mediante la fusión económica y política de los veinte Estados actuales en una gran nación. Los distintos convenios firmados con países latinoamericanos, los más importantes de los cuales son la Unión Aduanera con Chile y el tratado con Bolivia, fueron la manifestación más clara de su política continental.”

Al mismo tiempo, Niceto Andrés advertía sobre una “amenaza de gangrena en el trotskismo yanqui”: el SWP había calificado al gobierno de Perón como una “dictadura”. Poco después, Ramos dará su saludo final a la IV Internacional, afirmando que una nueva Internacional sólo podría surgir de la lucha de los pueblos de América Latina, Asia y África. La “gangrena” había sido fulminante.

Ramos, que mientras tanto rompe con N. Andrés, lleva entonces su apología de la burguesía argentina hasta el delirio: “para la industria, oponerse al imperialismo es una cuestión de vida o muerte”.³⁸ “Cada paso dado por la burguesía argentina en la vía de su desarrollo económico y de su política de industrialización quema los puentes para un retroceso considerable frente al imperialismo; esos pasos son impulsos hacia su aspiración nacional más profunda”.³⁹

En 1949, Ramos publica un libro-panfleto, *América Latina: un país*, que da forma “acabada” a esta evolución: “La unificación política de América Latina, dejada en pie por Bolívar, ha sido puesta hoy en el juego de la historia por una nueva clase, surgida de las convulsiones financieras y militares del imperialismo: la burguesía industrial latinoamericana y sobre todo argentina” (p. 10). “Cuando fue detenido el coronel, la burguesía industrial no comprendía aún su verdadero rol. Se replegó sin lucha, implorando al cielo una buena solución aduanera.” (p. 176). “La era de las inversiones imperialistas está acabada (sic)... La burguesía industrial en el poder reorganizó el país según moldes capitalistas. Redujo la vieja dependencia del imperialismo en el orden interno hasta su más infima expresión” (p. 194). “Para los obreros Perón significó el sacudimiento del yugo ‘democrático’ representado por los sindicatos amarillos de ‘socialistas’ y ‘comunistas’ al servicio del imperialismo. Lo reemplazó por otros sindicatos estatales y por otra burocracia que, sin la aureola socialista-comunista, dará más viabilidad a la lucha irrenunciable por la independencia. (...) La burguesía industrial argentina, ligada afectiva e intelectualmente con las descriptas burguesías de las grandes potencias que definitivamente caducan, ven en el proletariado a su sepulturero histórico, abriga hacia los obreros nativos, tradicionalmente super explotados, los mismos temores seniles que aquellas y en sus más modestas reivindicaciones ve de inmediato flamear el estandarte rojo del comunismo”.⁴⁰

³⁸ Octubre n° 4.

³⁹ Octubre n° 5.

⁴⁰ “J. R. Peñaloza (A. Narvajas y A. Perelman), *Trotsky ante la revolución nacional latinoamericana*, Bs. As., 1953.

Anotemos que, curiosamente, el mismo ángulo, pero bajo presupuestos distintos, fue explotado por José Carlos Mariátegui en su *Punto de vista antimperialista* (1929). Para el marxista peruano, la burguesía argentina era la única capaz de una actitud nacionalista dado la unidad de raza que mantenía con sus clases explotadas.⁴¹ De donde concluye el relativismo extremo de éste ángulo para explicar la conducta de la burguesía argentina, o latinoamericana en general.

Ambos grupos (Ramos y Rivera) tendrán la oportunidad de coexistir en una misma organización hacia los finales del gobierno peronista, ocasión en la que Ramos tendrá una nueva chance de ejercer su mejor talento: el de periodista.

La Unión Obrera Revolucionaria

Para la UOR, Perón no era un “agente inglés” o “imperialista” por una razón muy sencilla: la Argentina no era un país semicolonial u oprimido políticamente por el imperialismo. Para criticarlo, era suficiente caracterizarlo de “agente de la burguesía”.

Un ejemplo: para criticar la estatización del comercio exterior (encarada por Perón a través del IAPI) la UOR se limitaba a señalar que aquel había pasado de manos de los monopolios a las del Estado. Siendo éste un estado burgués, nada había cambiado. Es cierto que en el fondo (la estructura básica de la sociedad capitalista) nada cambia, pero su forma cambiaba mucho, y era justamente el problema de la forma el que determinaba el apoyo político de los trabajadores al peronismo. Ahora bien, de la premisa *histórica* de la continuidad del capitalismo, la UOR deducía inmediatamente la conclusión *política* de que los obreros no debían adoptar frente al peronismo ninguna actitud diferente a la adoptada frente a los gobiernos anteriores (y si lo hacían era por pura confusión).

Aceptado el punto de partida, todo era muy lógico. La UOR reclamaba que, en nombre del “sindicalismo sano”, fuese declarada la incompatibilidad entre las funciones sindicales y las políticas, en momentos en que prácticamente toda la dirección sindical ocupaba responsabilidades estatales. La burocracia sindical, por el contrario, se jactaba de la conquista que ello significaba para el movimiento obrero. A este argumento político la UOR respondía con un principio abstracto, correcto en nombre de la independencia de clase pero carente de toda mediación política.

⁴¹ El movimiento revolucionario sudamericano, actas de la I Conferencia del Secretariado Sudamericano de la IC.

No sólo la UOR planteó esta consigna. El GOM-POR también lo hizo, con un poco más de éxito. La razón es simple: la virulencia antiperonista de éste último empalmaba directamente con el antiperonismo liberal de gran parte de la “clase media”, los estudiantes en particular (no eran raras las críticas en la gran prensa opositora a los “sindicalistas que se dedican a la política”). De parte de ésta última, la crítica tenía un objetivo directo: satisfacer la rabia de la clase media que veía invadido uno de sus mecanismos principales de “movilidad social”. Es sabido que, en particular desde el gobierno radical, los puestos estatales constituyen un medio privilegiado de ascenso social para la pequeño burguesía citadina, profesionales, peritos mercantiles, etc. La oligarquía no dejaba de entibiar esa rabia, para utilizarla en su debido momento contra el régimen de los “arribistas.”

Lo mejor que se puede decir de la UOR es que, planteando sus consignas honestamente, caerá en el más inocuo agitacionismo, languideciendo hasta desaparecer a principios de los años 50.

Nahuel Moreno y el POR

Las posiciones de esta corriente presentan un doble interés: en sí mismas, y por el hecho de que jamás fueron objeto de un balance crítico por parte de las sucesivas organizaciones en que se estructuró, que llegan hasta el presente (PST-MAS). Si se analiza más profundamente se verá que las posiciones del GOM-POR del período 1944-1954 se mantienen, aun implícitamente, como presupuestos de las organizaciones ulteriores, con independencia de los bruscos virajes políticos.

Las críticas del POR a las movilizaciones peronistas superaban ampliamente en sectarismo y falta de respeto las ya famosas impresiones del PC contra el 17 de octubre (que el diario del PC habla calificado de Jornada lumpen-proletaria”). Para el POR-Moreno, “los obreros drogados por el Estado”, protagonizaban “candombes antiimperialistas” (sic). Al menos, para el PC, no se trataba de los obreros. Para el POR, eran efectivamente los obreros los que se habían movilizado el 17/10, pero ello no había constituido una movilización obrera. Dejémosle la palabra: “17 de octubre de 1945: movilización fabricada por la policía, los militares, y nada más. El 17/10 el movimiento obrero fue movilizad no sobre consignas antiimperialistas o anticapitalistas sino para asegurar el orden burgués representado por la policía y el ejército y para liberar a Perón (poco importan los gritos: ¡Viva Perón, muera Braden!)... No se trató por lo tanto de una movilización de clase ni de una movilización antimperialista sino de

una movilización fabricada y dirigida por la policía y los militares, y nada más... No hubo iniciativa del proletariado ni oposición al régimen capitalista, ni lucha o conflicto con éste. No fue por lo tanto una movilización obrera.”⁴²

¡Estas palabras fueron escritas en 1949! Hoy en día sabemos que ni el propio Perón ni sus partidarios esperaban que una movilización multitudinaria derrotara al golpe de estado proyanqui que lo había confinado a la isla de Martín García (en sus cartas a Evita, en esos días, Perón daba por cerrada su carrera política). Ni que hablar de las fuerzas que habían apoyado y celebrado el semigolpe del 9 de octubre: la embajada americana, el Jockey Club, los partidos tradicionales, el PC y el PS. Pero lo que sí era evidente en esos momentos es que los obreros en la calle habían vapuleado a la coalición de los partidos de la “década infame” encabezados por el representante del imperialismo. Que los organismos represivos la hubieran “dejado correr” -incluso con algunos sectores simpatizando con la movilización- indica hasta qué punto la clase obrera captó la profundidad de la crisis política, la parálisis que ésta introducía en todo el aparato del Estado, y la oportunidad que se le brindaba para movilizarse y derrotar al bloque reaccionario proyanqui. Pero todo esto no convencía a Moreno de que se tratase de una movilización obrera, e incluso había pergeñado una teoría para fundamentar lo contrario: “Ni la presencia de trabajadores en una movilización, ni los objetivos aparentes de ésta ni la organización que convoca, son datos suficientes para calificar a una movilización de obrera y popular”.⁴³

Se podría calificar a la teoría de caprichosa, pero en realidad dice más de lo que piensa su autor: el “affaire” de policías y militares fue en realidad una movilización multitudinaria (“presencia de trabajadores”), de objetivos legítimos (“aparentes”), y que se adelantó a una convocatoria de la CGT, para el 18 de octubre (“la organización que convoca”). Pero la teoría no acaba ahí:

“La unidad obrera como producto de la iniciativa de la clase obrera es otra característica esencial de toda movilización de ese género”.⁴⁴

En tal caso nunca habrá movilizaciones obreras, pues la clase está dividida en fracciones (sociales y políticas), y las orientaciones políticas contradictorias de las direcciones obreras impedirán siempre una movilización absolutamente unitaria. Lo peor es que Moreno -que,

⁴² N. Moreno: *Movilización antiimperialista o movilización de clase*, op. cit.

⁴³ Idem.

⁴⁴ Idem.

como trotskista, calificaba al PC y al PS de “contrarrevolucionarios” - ni se detuvo a pensar en la significación del hecho de que los obreros le volvieran la espalda a sus direcciones políticas tradicionales por estar éstas embocadas en un bloque político reaccionario. Pero hay más todavía: “Una movilización proletaria de clase está caracterizada con toda evidencia por una unidad total o semi total del régimen burgués que se opone con un extraordinario instinto de clase capitalista a toda verdadera movilización obrera”.⁴⁵

Aquí sí vale lo del “instinto de clase” de Posadas: para Moreno, tal instinto sería propiedad exclusiva de los capitalistas. Todo está patas arriba: lo que “legitimaría” el carácter clasista de una movilización obrera no sería la actitud de los obreros sino la de la burguesía. Pero no sólo la teoría revolucionaria sino también la experiencia muestran que justamente las movilizaciones obreras revolucionarias coinciden con divisiones profundas del régimen existente y de las clases explotadoras. Es lo que Lenin señalaba cuando apuntaba que “los de arriba no pueden seguir gobernando como lo venían haciendo”, como rasgo de una situación revolucionaria. Para el POR, sin embargo, no había dudas: “La burocracia y los coroneles saben que éste proletariado no tiene confianza en sus propias fuerzas y que no se movilizará para llevar una batalla a la burguesía... La demagogia peronista podría expresarse por medio de una ley matemática: todas las promesas ‘anti’ del peronismo, que sean anticapitalistas o antiimperialistas, están en razón directa de la apatía obrera y en razón inversa a la conciencia del proletariado”.⁴⁶

Las conquistas obreras de esa época fueron como el maná, cayeron del cielo. La oleada huelguística de 1945-47, que había pasado por delante de las narices del POR, nada tenía que ver con ello. Si bien dentro de las conquistas organizativas (sindicatos masivos, comisiones internas, cuerpos de delegados) y sociales (aguinaldo, jubilación, convenciones colectivas, estatuto del peón, etc.) de la época, algunas parecían fruto de la generosidad espontánea de Perón, no cabía duda, para quien las analizara desde el punto de vista de la lucha de clases, que aun en esos casos Perón se adelantaba a un movimiento reivindicatorio más amplio, que hubiera comprometido la estabilidad de su gobierno. Sobre éste último (crisis política, resistencia de algunos sectores a disolver el Partido Laborista) ni una línea en los análisis del POR, el que, con las posiciones que venimos exponiendo, no tuvo la más mínima intervención en los sucesos que habrían

⁴⁵ *Idem*

⁴⁶ *Idem*.

de configurar políticamente a la clase obrera argentina durante décadas. Al contrario, cuando el GOM-POR calificaba los movimientos reivindicativos como “movimiento obrero artificial, no provocado por una situación desesperada” (ver ítem 2 de este capítulo), Moreno pasaba de la teoría a la práctica, situándose en la vereda de enfrente: utilizaba los mismos argumentos que la patronal usaba para negar las reivindicaciones. El primitivismo político de este grupo se evidencia en el juicio de que los obreros sólo reivindicaban cuando llegan a una situación “desesperada”.

El peronismo era, visiblemente, una pesadilla para el POR. Si sus posiciones tuvieron algún eco fue, justamente, entre los sectores que experimentaban la misma “sensación” (sectores de los que estaba excluida la inmensa mayoría de la clase obrera). Entre estos sectores, fundamentalmente estudiantiles, el POR ofrecía una suerte de “antiperonismo revolucionario” (o sea, una fraseología revolucionaria para una política antiperonista, que difería en ello -la fraseología- de la “oposición democrática”). La ventaja de esta posición es que alimentaba las ilusiones del antiperonismo “de izquierda” con ideas como la siguiente:

“El proletariado ya ha dejado de ser peronista”. Escrita, créase o no, ¡en 1948!⁴⁷ Todavía, tres años más tarde, se afirmaba: “Sin lugar a dudas, la situación del proletariado es de repudio hacia la CGT. Este repudio no es activo precisamente por la falta de conciencia del mismo... La tendencia se manifiesta con claridad: la CGT tiene los días contados y CAERA FRENTE A LA CLASE OBRERA ORGANIZADA EN MOVIMIENTOS CONTRA LA ESTATIZACION SINDICAL”.⁴⁸

“Sin lugar a dudas”: si sacamos la frase en mayúsculas nos queda un manifiesto de la Revolución Libertadora. Digamos, no ya en defensa del marxismo sino del mínimo sentido común, que un “repudio” que no es “activo” porque no es “consciente”, es porque no existe (no existe la cosa ni la idea de ella. Parafraseando a Kant: es la nada). Pues, para el POR, si las movilizaciones obreras no eran obreras, la CGT tampoco lo era. ¿Qué organización le quedaba, pues, a la clase obrera? Los pequeños núcleos anarquistas (FACA) ya en total decadencia, y los socialistas y comunistas, a quienes el POR reprocha amargamente haber entrado en la CGT. A ellos, el POR dirige la que será su consigna central desde 1945 hasta 1953: “¡Frente Único

⁴⁷ *Posición sindical del GOM, 1948.*

⁴⁸ *Frente Proletario*, n° 61, 25/8/51.

contra la CGT!". Los documentos sindicales del POR están llenos de especulaciones sobre este hipotético "frente único".

Retrospectivamente, Moreno se defiende afirmando que, desde el inicio, el POR se planteó la militancia en los sindicatos peronistas. Se "olvida" el decir que era con la línea de "destruirlos". Para el POR, la burocracia sindical peronista y la CGT eran una "agencia del Estado", en lo que veía una particularidad argentina: "En la mayoría de los países -Francia, Italia, EE.UU., etc. tal problema no existe. La burocracia sindical depende ideológicamente del Kremlin o del imperialismo, sufre y transmite en una cierta medida la presión obrera y en ninguno de estos casos se le puede calificar de agentes a sueldo del Estado, aunque alguno de sus elementos -sin ser mayoría o cosa similar- empero, reciba un sueldo de este o de la patronal por su 'trabajo' en las filas proletarias... La vinculación íntima (de la burocracia estatal) con el Estado los pone a cubierto de toda presión e influencia del proletariado... En cambio la burocracia reformista contrariamente a la anterior depende fundamentalmente de los obreros. Refleja en cierta medida su presión y diferentes estados de ánimo por los que atraviesan aquellos. Su rol es el de agentes indirectos de los intereses de la burguesía como clase y difícilmente de algún sector de ella aisladamente. Como correa de transmisión -únicamente ideológica- de estos intereses, frena, paraliza o desvía la combatividad proletaria. Su sumisión ideológica a la burguesía, que no la exime de roces con ella, sobre todo en las cuestiones tácticas a adoptar frente al movimiento obrero no indica para nada sumisión a los gobiernos y a los sectores o partidos dominantes".⁴⁹

Que estas líneas sobre los Samuel Gompers, Jouhaux, André Bergeron, CGT francesa que apoya la intervención de las tropas colonialistas en Argelia, etc., fuesen escritas por un trotskista argentino, nos lleva a pensar en la vasta literatura sociológica sobre el "complejo de inferioridad argentino" debido a nuestra situación marginal en el sistema político mundial. La "pasión por lo importado" no parece haber dejado de lado ni a los trotskistas. Pero nuestro tema es otro: se impone otra reflexión. Ahí va: en el párrafo transcrito no hay ni un gramo de trotskismo. Es falso que el stalinismo o la socialdemocracia "dependen fundamentalmente de los obreros", o "reflejan en cierta medida su presión" y "diferentes estados de ánimo que atraviesan" (si fuera así, en 1945 el PC y el PS deberían haber adoptado una actitud favorable a Perón). Si la reflexión del POR fuese válida, el stalinismo y la socialdemocracia no serían aparatos contrarrevolucionarios sino

⁴⁹ Ignacio Ríos, *El GCI y el problema sindical*, pp.50-55.

un reflejo de la clase: sus traiciones no serían tales sino una resultante objetiva de los estados de ánimo del proletariado y la clase tendría en todo momento la dirección que se merece. Liberalismo puro.

No es cierto que los burócratas sindicales peronistas hayan sido simples “funcionarios estatales”. Perón reclutó a su burocracia sindical en las filas del “sindicalismo”, del stalinismo y del socialismo. Cuando entró en conflicto (¡si!) con su primera dirección sindical adicta (Reyes-Gay) a causa del P. Laborista y del “status” de la CGT, su hombre de confianza para “verticalizarla” fue un ex-sindicalista del PC (Aurelio Hernández, que profesaba hacia Perón una devoción tan fuerte como la que había profesado hacia Stalin, al punto que debió ser finalmente separado de la secretaría general de la CGT porque irritaba a la alta cúpula sindical). Sin el consenso de esta burocracia, Perón no hubiera podido ni siquiera proponerse la tarea de regimentación del movimiento obrero. La burocracia del PC entró en 1946 en los sindicatos “peronistas” y apuntaló los esfuerzos de Perón contra la independencia sindical. La burocracia sindical, y éste es un fenómeno universal, no una particularidad “argentina”, come de las migajas del Estado, de la monopolización del capitalismo. Por eso es falso que la burocracia reformista de los países adelantados no sea agente del Estado: viven del presupuesto estatal, están integrados y participan de la gestión de numerosas empresas monopolistas y nacionalizadas, apoyan las intervenciones militares en los países coloniales y semicoloniales. Hubiera bastado leer a Trotsky, en un texto que ya era de sobra conocido en esa época: “Los sindicatos en Francia están siendo transformados en una burocracia oficial de Estado... La razón por la cual existe esta tendencia a la estatización es que el capitalismo no puede tolerar sindicatos independientes... Vimos en España cómo los dirigentes de los sindicatos más anarquistas se convirtieron en ministros burgueses durante la guerra. En Alemania e Italia esto se garantiza de manera totalitaria. Los sindicatos han sido incorporados al Estado, junto con los dueños capitalistas. Es sólo una diferencia de *grado*, no una diferencia de *esencia*”.⁵⁰ (subrayado en el original)

Pero no hacía falta ir tan lejos. ¿Se puede saber qué “estado de ánimo de los obreros” reflejó al PC cuando reclamó la intervención de los marines en caso de victoria electoral del peronismo?

Además, los obreros utilizaban los sindicatos “estatales” para luchar por sus objetivos, lo que llevaba a) a conflictos con las direcciones

⁵⁰ L. Trotsky: “Discusión sobre América Latina” en *Sobre la liberación nacional*, Bs. As., Ed. Pluma, 1973.

sindicales, b) a conflictos de estas direcciones con el propio gobierno (fue el caso de la huelga azucarera de FOTIA, en 1948, cuando la dirección sindical peronista fue descabezada por el propio Perón). Aún aislado o desestructurado, existía un movimiento obrero por modificar el rumbo de la CGT. ¿Qué opinaba el POR?

“Querer que proceda de otra forma (la CGT) es utópico. Lo reprobable no es que la CGT actúe de tal o cual forma, pues ello está consustanciado con su naturaleza misma: lo realmente peligroso es que compañeros que se dicen marxistas reprobren dicha actividad, con la ilusoria esperanza de que se puede modificar y entrar por el buen camino. La CGT como agente estatal está en todo su derecho de actuar así o peor si ello es posible; en cambio nosotros no tenemos el mismo derecho al lloriqueo blandengue o al reproche ofendido. Nuestra obligación es combatirla”.⁵¹

Así, se “legitimaba” el matonismo de la burocracia y se condenaba la lucha obrera contra la regimentación de los sindicatos y por la democracia sindical. Un ejemplo: la ya mencionada huelga de la FOTIA. Los obreros habían conseguido imponer la huelga a todo el sindicato, y se esforzaban por extenderla a toda la región. Propuesta del POR: que la FOTIA se desafilie de la CGT. ¡Para salvar a la “teoría” frente a los hechos, se proponía a los obreros azucareros que se aislasen del resto de la clase! Con esta política, el POR queda configurado como un grupo al margen del movimiento de la clase obrera. Lo que no dejó de tener consecuencias sobre el propio POR. Su segundo congreso (1949) reconoce que su efectivo militante ha caído de 110 (1948) a 85. Se forma una fracción (incluyendo a dos miembros del “Comité Central”) que cuestiona la caracterización de las movilizaciones peronistas, de la CGT, y acaba incorporándose al GCI de Posadas.

Los hechos tenían la cabeza dura. Cuando el POR se convenza de que el peronismo no es un episodio pasajero, operará un espectacular viraje político.

Posadas y el GCI

Para el GCI, el POR era incapaz de “comprender” a los obreros peronistas, los que habían apoyado a Perón con un “sentimiento antiimperialista y anticapitalista”. El GCI recusaba, por lo tanto, la táctica de “oposiciones sindicales” (con los socialistas y comunistas) y, desde luego, la propuesta de “destrucción de la CGT”. Proponía

⁵¹ I. Ríos, “El GCI y el...”, op. cit

una suerte de “superación” del peronismo a través de la revolución permanente (“Plan Quinquenal o Revolución Permanente?”), titulaba el n° 1 de *Voz Proletaria*: la transformación de las medidas antiimperialistas en anticapitalistas. El peronismo le parecía al GCI un frente único entre la burguesía industrial y la clase obrera, dirigido por la primera.

El POR podía reprochar, con toda justicia, al GCI, que el peronismo era cualquier cosa menos un gobierno orgánico de la burguesía industrial. Esta se había opuesto con todas sus fuerzas al nacimiento del peronismo. Su acercamiento ulterior al régimen de Perón no la distinguía de la oligarquía terrateniente, que también había reconocido la necesidad de un paso atrás tras el 24/2/46 (ver discurso de la Sociedad Rural durante la Exposición de ese año). La creación de la CGE materializaba un rasgo bonapartista del régimen, categoría que no entraba en el análisis del GCI.

Ahora bien, la estrategia de la “revolución permanente” implica que el proletariado debe transformarse en jefe de la nación oprimida, para lo que debe conquistar previamente su independencia política. Esta implica, por parte de los revolucionarios, una lucha contra el nacionalismo, que no consiste en afirmar que éste es incapaz de conducir una revolución socialista (cosa que ni siquiera enuncia), sino que lleva a los trabajadores a una derrota en la lucha antiimperialista, en la cual el nacionalismo se volverá contra las propias masas que lo llevaron al poder. El GCI estaba lejos de un tal planteo: “El gobierno se apoya, para su política de oposición al imperialismo, sobre el movimiento de las masas y no sobre la policía y el ejército. Hay que estar en la CGT y ayudar a las masas a hacer su experiencia, penetrando entre ellas y educando su vanguardia con el programa de la revolución permanente, en la combinación dialéctica de la lucha por las tareas democráticas burguesas y socialistas”.⁵²

El peronismo se apoya, pues, sobre las masas y no sobre los organismos represivos (¿para siempre?). Ningún pronóstico sobre la evolución probable del peronismo, ninguna mención al hecho de que cuando las masas escapaban a su control, el peronismo no vacilaba en cambiar de apoyatura. El GCI parecía cautivado por el “*sentimiento* anticapitalista” de los obreros, sin percibir que en el terreno de la *política*, era justamente la independencia de clase lo que se perdía en el apoyo al peronismo. “¡Que la CGT organice las luchas!”, fue, durante los primeros años, la consigna central del GCI.

⁵² Carta del GCI al SI, julio 1950.

Pero los problemas políticos no podían dejar de plantearse. El GCI sostiene, desde 1950, la consigna de “Partido Obrero basado en los sindicatos”, la que no podía ser interpretada sino como la ruptura de la dirección sindical con el Partido Peronista, para hacer de la CGT su propio partido. Cabía al menos explicar que esa dirección había surgido justamente de la lucha *contra* esa perspectiva: era la que se había alineado en 1946 contra la independencia del P. Laborista. “Ayudar a las masas”, “comprender a los obreros”, toda la lucha política del GCI se diluía en medio de esas declaraciones de intención:

“Nosotros nos fusionamos con las masas que se sublevaron para seguir a Perón, ello porque comprendimos y sentimos sus deseos, lo que ellas querían... Sin cuadros y adquiriendo experiencia, tratamos de ayudar a los obreros a comprender el rol que juegan y cómo realizar sus deseos”.⁵³

Y así de seguido. Sin olvidar que los artículos del GCI estaban en lucha constante contra el poder de síntesis: ya estaban marcados por esa longitud interminable y repetitiva que hará posteriormente famosos en el mundo entero a los discursos de J. Posadas...

Además, con el tiempo, lo que pudo ser una confusión política se transformó en toda una concepción. Así, en diciembre de 1950, el GCI afirmaba que, “el gran triunfo obtenido por Vargas en las últimas elecciones del Brasil, indica el grado de desarrollo de la conciencia política del proletariado brasileño, conciencia política que el proletariado latinoamericano está demostrando los últimos tiempos, sobre todo después del final de la Segunda Guerra Mundial.”⁵⁴

Así, la conciencia de clase comenzaba a medirse no por el desarrollo autónomo de las organizaciones obreras, sino por la fuerza de los movimientos de la fracción nacionalista de la burguesía. Y si éstos son los portadores de la conciencia política de la clase obrera, no se ve porqué luchar por la independencia de ésta. Valga la última cita también para mostrar que la polémica entre los trotskistas argentinos tenía un alcance latinoamericano, no sólo teórico sino también práctico: los grupos trotskistas argentinos, como veremos, serán la cabeza de las diversas tendencias del movimiento trotskista latinoamericano.

Si el GCI marcó algunos puntos en la lucha política de esos años ello se debió a la corrección de algunas de sus críticas a los otros grupos. Acusó a *Octubre* de no ser una organización militante en la clase obrera (ya hemos visto que militaba en otra clase). Y a los sindicatos

⁵³ Idem.

⁵⁴ *Voz Proletaria*, n° 23, 23/12/1950.

“independientes” con los que el POR se aliaba, de ser “independientes de los obreros”, pero no del imperialismo (tanto es así que ni aun el apoyo oficial que les dio la Revolución Libertadora logró darles una nueva vigencia). El GCL, al menos, no consideraba al peronismo como una pesadilla pasajera, sino como factor que había transformado las relaciones políticas del país.

Algunas consecuencias políticas

Los planteos generales que acabamos de esbozar no dejaron de tener consecuencias en las posiciones que los diversos grupos adoptaron frente a algunos episodios políticos de importancia. Veamos,

a) *El golpe de 1951*. En el conflicto entre el gobierno nacionalista y la oposición, el POR-Moreno afirmaba ser “neutral”, planteando la apertura de un “tercer frente” de lucha... contra el peronismo. Se reconocía así, implícitamente, al campo opositor como más progresivo, porque era “democrático”, sin que pesase el que se tratara de los partidos y círculos más vinculados al imperialismo. Más, los “partidos burgueses de oposición” eran acusados de “no luchar realmente contra el peronismo”. Luchaban, claro, pero a su modo. En 1951 se desarrolla la primera tentativa golpista contra Perón, encabezada por el Gral. Menéndez y con la presencia del entonces teniente Lanusse. La vinculación entre el conato y algunas figuras “opositoras” (A. Ghioldi, entre otros) fue rápidamente descubierta: la participación de prominentes dirigentes del PS en la asonada militar fue ulteriormente invocada por la fracción que creó el PS-Revolución Nacional (Dickmann). La investigación no llegó hasta el fondo en este plano, y mucho menos en el ejército. La puesta al descubierto de las conexiones -sin duda numerosas- de los golpistas hubiera malquistado a Perón con el alto mando militar, en momentos en que también se avecinaba una crisis en otros frentes.

Pues bien, la política del POR frente al golpe queda ejemplificada en el titular de su periódico en la ocasión:

“Contra el peronismo, el putsch, la oposición burguesa”.⁵⁵ Colocar en el mismo plano al gobierno nacionalista y al golpe proimperialista que intentaba voltearlo (incluido su sostén “civil”) hubiera sido ya una manifestación de profundo sectarismo. Pero el POR iba más lejos: aun en las condiciones del golpe, el peronismo seguía siendo el “enemigo fundamental”. El golpe era el “mal menor”.

⁵⁵ *Frente Proletario*, n° 66 (8/10/1951).

b) *El caso La Prensa*. Algo previo al episodio anterior (febrero 1951). Perón cerró “La Prensa” en momentos en que el tono de ésta era el de un llamado semiabierto a voltear al gobierno (el conato golpista habría de esclarecer cómo). Hay que considerar asimismo que el cierre se producía en momentos de una ofensiva de Perón contra toda la prensa opositora, de la que fueron víctimas también *La Vanguardia* (PS) y los propios diarios trotskistas (*Voz Proletaria*, *Frente Proletario*, que pasaron a ser mimeografiados). Una política frente a la cuestión debía distinguir cuidadosamente los dos aspectos implicados: 1) la lucha general por la libertad de expresión. 2) el conflicto del gobierno nacionalista frente a los sectores proimperialistas que detentaban una importante fracción de la gran prensa.

El POR apoyó “incondicionalmente” (sic) los planteos de la oposición por la devolución de *La Prensa* a los Gainza Paz. En su agitación confundió la defensa de los periódicos trotskistas junto a la de *La Prensa*: la legalidad de ésta y la de F.P. eran reclamadas en la misma consigna. La cosa llegó al punto que los boletines internos del POR registran quejas de militantes de base, que reclamaban que al menos se señalase que *La Prensa* era un órgano proimperialista. Lo que fue hecho, sin que la línea esencial se modificase un ápice. Hay que hacer notar que, hasta donde sabemos, la campaña de Perón contra *La Prensa* obtuvo un eco real al interior del movimiento obrero.

Otra fue la posición del GCI: *Voz Proletaria* apoyó el cierre de *La Prensa*, reclamando que fuese expropiada y puesta bajo control obrero. En cambio, no denunció la tendencia hacia la totalitarización del régimen peronista que se insinuaba a través de la ofensiva contra toda prensa opositora. La política del GCI también llegó a un impasse, pues *La Prensa* fue “expropiada” y puesta “bajo control obrero” (se transformó en el órgano de la burocracia cegetista).

e) *El Frente Único y las elecciones*. La cuestión teórico-estratégica del Frente Único estaba directamente ligada a la orientación política adoptada. Los trotskistas se encuadran dentro de la tradición del bolchevismo y la III Internacional. Para los países atrasados, ésta planteaba el “Frente Antiimperialista Único”, táctica destinada a suscitar la movilización unida de los explotados (entre los que la clase obrera no posee mayoría) contra el imperialismo, al par que el des-enmascaramiento del carácter no consecuentemente antiimperialista de las direcciones nacionalistas burguesas.⁵⁶ La cuestión del “FAU” se planteaba a los trotskistas argentinos directamente vinculada a la emergencia de un movimiento nacionalista de masas, el peronismo.

⁵⁶ Ver *Tesis de Oriente*, resolución del IV Congreso de la IC.

Los trotskistas, sin embargo, optaron por la fórmula del “Frente Único Proletario”, expresamente recomendada por la Internacional Comunista para los países europeos y adelantados-imperialistas- donde el proletariado constituye la mayoría de la población explotada, y el nacionalismo juega un rol exclusivamente reaccionario.

Ya hemos visto al POR intentando legalizar un “FUP” para las elecciones de 1948. No consiguiéndolo, planteó el apoyo al PC en esas y en las siguientes elecciones, en términos que constituyen una verdadera apología de la actuación de los stalinistas:

“El PC levanta un programa que, exceptuando su concepción oportunista, plantea una solución a los problemas del momento. Desde este punto de vista, en sus principales formulaciones coincide con el del POR... La lucha antiimperialista, la lucha por las libertades y contra la carestía están contenidas en su programa... El stalinismo es, de todos los partidos legales en la actualidad, el único partido obrero que se opone al imperialismo, que agita un programa que encare las soluciones del momento y el único que reflejando las necesidades de la clase obrera significa una garantía aunque momentánea”.⁵⁷

El programa del PC incluyó siempre esos “puntos”: inclusive cuando apoyó a la Unión Democrática. Cuando los trotskistas europeos, en los años 30, daban su apoyo electoral al PC y al PS, lo hacían *contra* el programa de esos partidos (pues un programa no es una sumatoria de reivindicaciones sino un planteo estratégico) y exclusivamente en función de su calidad de centralizadores del voto obrero en un determinado episodio electoral. El PC argentino no centralizaba nada, y el POR lo apoyaba *a favor* de su programa: exactamente al revés. Toda la concepción de considerar al nacionalismo peronista como el enemigo principal llevaba inevitablemente al POR a buscar virtudes en el programa stalinista.

El GCI no se orientaba en ese sentido, ni dio su apoyo electoral al PC. Su eje era “acercarse al sentimiento antimperialista de los obreros peronistas”. Igualmente optó por el Frente Único Proletario, lo que sólo demuestra en cuán poco temía a la teoría.

Sólo *Octubre* planteó un Frente Único Antiimperialista, que consistía -a su juicio- en el frente único de Perón, Ibáñez en Chile y otros gobiernos nacionalistas latinoamericanos, desde luego sin ninguna intención de “desenmascararlos.”

d) *Algunas cuestiones teóricas.* Hay que decir en favor del POR que fue seguramente el primer grupo que analizó la estructura socio-económica argentina en base a la categoría de “desarrollo combinado”.

⁵⁷ *Frente Proletario*, n° 67, 15/10/1951.

Para los otros grupos, por ejemplo, no cabía duda que la estructura agraria argentina era simplemente capitalista. Por diferentes motivos: para la UOR porque Argentina era un país capitalista ejemplar, para *Octubre* porque Perón, revolucionario burgués, había liquidado los vestigios feudales en el campo a través del “Estatuto del Peón”. Cupo al POR demostrar, estadísticas en mano, que en el campo argentino predominaba socialmente la producción familiar (aunque económicamente dominase la gran estancia). Si bien aquella es producción mercantil, no es necesariamente capitalista (ambas no son sinónimos: la segunda se caracteriza por la explotación del trabajo asalariado lo cual demostraba, para el POR, que la combinación de diversas etapas del desarrollo económico estaba en la base del atraso agrario argentino, el que quedaba graficado en su escasa productividad en relación a los países adelantados. También en relación a la industria, la opinión del GCI, *Octubre* y UOR era unánime: la Argentina era un país industrializado (que los primeros lo consideraran semicolonial y la UOR independiente, es otra cuestión). El gobierno peronista no era sino la expresión de esa industrialización. Valiéndose de la misma metodología del caso anterior, el POR demostró que la industria argentina se caracterizaba por la coexistencia de reducidos sectores avanzados y concentrados (económicamente dominantes) con una enorme base artesanal (socialmente dominante). (Ver ítem 11 del capítulo anterior). Esta polémica se materializa a través de una serie de documentos aparecidos entre 1947 y 1951: en los del POR ya es visible la mano del joven militante Milciades Peña (que retomará los mismos temas 15 años más tarde, en la revista *Fichas*), quien responde entonces al seudónimo de “Hermes Radio”

Otra polémica tuvo su eje alrededor de la consigna de Estados Unidos Socialistas de América Latina”. Esta había sido lanzada por la IV Internacional desde su fundación, aunque ya había sido planteada -en relación a Centroamérica- por algunos documentos de la II. Respondía a la necesidad de dar una orientación estratégica al conjunto de los explotados del continente para su lucha contra el opresor común. Se diferenciaba, en este sentido, de los “Estados Unidos Socialistas de Europa”, que respondía a la necesidad de reorganizar la economía europea, debido a “que las fuerzas productivas habían ya excedido largamente el marco de los Estados nacionales (proceso que se encuentra en la base de las dos guerras mundiales). Ahora bien; la IV Internacional planteó que sólo la clase obrera en el poder podía unificar Latinoamérica, cosa que la burguesía, por su debilidad social y su entrelazamiento con el imperialismo, era incapaz de hacer. El GCI, en cambio, planteó desde su inicio una interpretación

puramente democrática de la consigna (“Asamblea Constituyente Latinoamericana”), mientras Ramos y *Octubre*, apologistas de la burguesía argentina y del peronismo, le daban una interpretación “prusiana” (con Argentina en lugar de Prusia y Perón en el de Bismarck) expresamente dirigida, como hemos visto, contra la toma del poder por la clase obrera en cualquier país: ésta debía esperar la “unificación”. Frente a ello, el POR defendió la interpretación original de la consigna, formulándola como “Federación de Estados Obreros de América Latina”, y denunciando en el planteo de *Octubre* de construcción de un “gran Estado nacional” una variante de opresión de los pueblos menores por parte de la burguesía argentina.

Discusión sobre la unificación y crisis de la IV Internacional

El problema de la unificación de los grupos se vuelve a plantear desde 1946, cuando se constituye un “Comité de Coordinación” que agrupa al GCI, al GOM (luego POR), la LOR (luego “*Octubre*”) y otros grupos (“Zona Sud”, “Spartacus” de Rosario). La iniciativa corresponde a la Liga Obrera Revolucionaria del Uruguay, la que actuaba por mandato del SI de la IV Internacional. Este envía en 1947 una carta a los grupos argentinos pidiéndoles que se unifiquen, sin dejar de discutir sus divergencias.

La unificación tropieza con el sectarismo infantil de los grupos. El GCI no desea unificarse porque se considera la única tendencia “proletaria”, no sólo en Argentina, sino de todo el movimiento trotskista latinoamericano.

Califica al POR argentino de “pequeño burgués ideológicamente influido por el imperialismo”, al POR boliviano de “vegetar dando la espalda a las masas”, etc. El mesianismo de Posadas es de vieja data. Todo ello no impide al GCI de participar de los sucesivos “Comités”, incluido el “Inter-grupos” de 1949.

Los partidarios de Moreno no le iban en zaga. En 1948 convocan al congreso que habría de transformarlos en POR, congreso al que invitan a participar a los otros grupos -lo denominan “congreso de unificación de los trotskistas argentinos”- puesto que los “morenistas” han decidido que de él saldrá “el partido”. Naturalmente, los otros grupos no se inclinaron frente a este “diktat”.

Todo ésto sólo sirvió para que los grupos más fuertes absorbiesen a buena parte de los menores: El GCI incorporó a la mayoría de los militantes del MOM (E. Rey), y el POR hizo lo propio con los de la UOR. *Octubre* rompe con la IV por motivos que ya hemos analizado, aunque invocando la confusión política del SWP (que es calificada

de “proimperialismo”) para tal gesto: el SWP considera al gobierno peronista como una “dictadura” y se pronuncia por los “Estados Unidos Socialistas de América” (incluyendo a América Latina y los EE.UU.). Posadas y Moreno no sólo se perfilan como hegemónicos en Argentina: envían también delegados a los otros partidos trotskistas latinoamericanos a fin de ganarlos para sus posiciones (Posadas pone más enjundia en la tarea; el POR apenas alcanza a seguirlo).

Moreno y Posadas son los dos únicos argentinos presentes en el II Congreso de la IV (1948), Ambos defienden sus respectivas posiciones, sin que el Congreso se pronuncie sobre ellas, ni sobre quién representará a la Internacional en Argentina. Se establecen lazos sólidos entre Posadas y el Secretario General de la IV, el griego Michel Raptis (M. Pablo): el primero escribe a sus compañeros en Argentina “aquí encontré gente como nosotros”.⁵⁸ El Congreso adopta la decisión de organizar un “Sub-Bureau Latino-americano” compuesto de las “secciones” del continente (Uruguay, Bolivia, Chile, Brasil, Perú). La responsabilidad material de su funcionamiento recae sobre los grupos argentinos. Durante esa época éstos realizan una contribución financiera de alguna importancia a los partidos europeos, aprovechando la bonanza económica argentina. El GCI organiza, por ejemplo, campañas financieras públicas en favor del PCI francés.

El Sub-Bureau se revela un fracaso organizativo: prácticamente no funciona. Posadas lo atribuye al carácter “pequeño burgués” de sus miembros. En realidad, deben haber pesado las divergencias políticas internas. El POR-Moreno constituye una efímera tendencia, basada en documentos comunes, con el POR boliviano y el PSR brasileño, con quienes lo une una común hostilidad a los movimientos nacionalistas de los respectivos países (MNR boliviano, varguismo, peronismo). La alianza no dura mucho tiempo. Posadas, en cambio, gana a los uruguayos, chilenos y peruanos, envía delegados a esos y los otros países. Finalmente, el Sub-Bureau acaba funcionando gracias a sus esfuerzos, que comienzan a transformarlo en un dirigente internacional. El POR, con muchos problemas internos, no logra realizar un esfuerzo equivalente. La balanza empieza a inclinarse en favor del GCI en la disputa por la “representación.”

No sin problemas, pues el SI publica (1950) en “Quatriéme Internationale” un artículo titulado “Crepúsculo del peronismo” que es contraria a sus posiciones.

El SI afirma en ese artículo que Perón había concitado al principio el apoyo de las masas, pero ya lo había perdido, no quedándole

⁵⁸ Testimonio oral.

otro sostén que el típico de los dictadores latinoamericanos: el ejército. Pero la fidelidad de este último no estaba garantizada, lo que indicaba, para el SI, que estábamos en pleno “crepúsculo”. El régimen de Perón no era caracterizado desde el punto de vista de sus relaciones con el imperialismo ni con las clases sociales argentinas: el artículo era más bien un ejercicio periodístico.

El POR encuentra en el artículo un espaldarazo a sus posiciones, y lo saluda. Posadas, en cambio, lo critica con violencia, afirmando que Perón no ha perdido el apoyo de las masas, y que el artículo no ha hecho sino favorecer las “tendencias oportunistas” del movimiento trotskista. Reprocha asimismo al SI el que no se pronuncie claramente sobre los problemas políticos discutidos por los argentinos.⁵⁹ El SI responde defendiendo su artículo y acusando a los grupos argentinos de haber sido incapaces de exponer sus divergencias políticas. Acusación no sólo falsa (los grupos argentinos han producido decenas de periódicos y documentos al respecto) sino también improcedente: aun de ser cierta, ello no es obstáculo para que una “dirección internacional” sea capaz de plantear su propio análisis. Del lado del POR y del GCI, hay que señalar que no discuten las orientaciones internacionales del SI, sino que se disputan acerca de quien las comparte más, visiblemente para obtener la “representación”. En vísperas del III Congreso Mundial de la IV (1951), arrecian las acusaciones mutuas entre el POR y el GCI (Moreno publica un larguísimo folleto titulado “El GCI agente ideológico del peronismo”).

Pero algo está cambiando dentro de la Internacional. La víspera del III Congreso está marcada por la toma del poder por los PCs de Europa Oriental y por la revolución china. En ambos episodios, el trotskismo carece de participación; en ninguna parte, por otro lado se ha transformado en “partido de masas” (salvo quizás en Ceylán). La “guerra fría” completa el ambiente. Michel Pablo propone una nueva orientación para la etapa mundial abierta. Su planteo reposa sobre el pronóstico de una nueva guerra mundial a corto plazo, afrontando al imperialismo yanqui y a los “Estados Obreros” encabezados por la URSS. Para Pablo los sucesos mencionados prueban que la burocracia soviética está obligada a jugar, quiéralo o no, un papel revolucionario. Así, afirma “la realidad social objetiva para nuestro movimiento está compuesta esencialmente del régimen capitalista y del mundo stalinista. Quiérase o no, esos dos elementos constituyen la realidad objetiva en su totalidad, pues la aplastante mayoría de las fuerzas opuestas al capitalismo se encuentran dirigidas o influidas por

⁵⁹ “Lettre du Gel au SI”, en *Bulletin, Intérieur-International*, sept. 1950.

la burocracia soviética. (...) El empuje revolucionario de las masas levantadas contra el imperialismo se agrega como una fuerza suplementaria a las fuerzas materiales y técnicas que combaten al imperialismo. (...) La transformación de la sociedad capitalista en socialismo ocupará probablemente un período histórico y entero de varios siglos, que será caracterizado por formas y regímenes transitorios entre el capitalismo y el socialismo, necesariamente alejados de las formas puras y de las normas”.⁶⁰

El carácter apocalíptico de este análisis no debe ocultar que se trata de una revisión en toda la línea -no confesa- del programa marxista sostenido hasta entonces por los trotskistas. Se adjudica a la burocracia un rol histórico propio, independiente del capitalismo (imperialismo) y de la clase obrera. La principal contradicción del mundo deja de ser la existente entre explotadores y explotados para transformarse en burocracia vs. imperialismo. Los explotados son presentados como un “suplemento” de las “fuerzas materiales y técnicas” de la burocracia. Más adelante, esta concepción será calificada de “revisionismo pablista”. En 1950-51 es la única orientación que se propone al interior de la IV Internacional para enfrentar la nueva situación. Sólo un militante francés, Bleibtreu-Favre, intentará criticarla sistemáticamente en 17 documentos (“¿Adonde va el camarada Pablo?”) que permanecerán desconocidos para prácticamente toda la Internacional, la que acepta el programa “pablista” (el POR argentino, por ejemplo, se proclama “pablista de la primera hora”). La tarea práctica que se desprendía de ese programa fue bautizada de “integración en el movimiento real de las masas”. Significado: “entrismo sui generis” (a largo plazo) en los partidos obreros -PC y PS- allí donde éstos controlan a las masas, trabajo conjunto o entrismo, si esto es posible, en los movimientos nacionalistas de los países atrasados.

El GCI y el POR votan favorablemente tal programa, pero el III Congreso acuerda sólo al GCI el carácter de “sección argentina”, zanjando la disputa sobre la “representación”, y resolviendo que los otros grupos se integrasen al de Posadas. La razón es evidente: el programa pablista coincide esencialmente, al menos en lo referente a A. Latina, con las posiciones del GCI. El III Congreso resuelve expresamente: “Esta concepción amplia del programa debe manifestarse por una participación y una actividad exentas de todo sectarismo en todo movimiento de masas que exprese, aun de manera confusa, sus aspiraciones, ya se trate de los sindicatos peronistas, del MNR boliviano,

⁶⁰ M. Pablo, “Où allons nous? », *BI IV Internacional*, enero 1951.

del APRA en el Perú, del movimiento “trabalhista” de Vargas, o de la Acción Democrática en Venezuela”.⁶¹

Para conformar a griegos y troyanos, el mismo documento califica al peronista de “gobierno reaccionario (concesión al POR) que resiste a la presión del imperialismo (al GCI)”, y a otra cosa. De la lectura del documento se desprende que el peronismo es un “movimiento que expresa confusamente a las masas, reaccionario, y resistente al imperialismo”. Como se ve, no era la preocupación por la coherencia o por la claridad teórica la que caracterizaba a la IV Internacional en ese Congreso.

Moreno (que está de nuevo presente, junto a Posadas) vota favorablemente, aunque a regañadientes, la resolución sobre la sección argentina. A la vuelta de ambos (los Congresos se celebran en Francia) la UOR -o lo que queda de ella- se incorpora disciplinadamente al GCI. “Frente Proletario” (POR) saluda encomiásticamente la resolución del Congreso, y anuncia su disolución. ¡Al fin, la unidad!

Moreno seguramente “olió” algo raro en el III Congreso (la sección francesa -PCI- fue impedida de exponer su posición “anti-pablista”), y en 10 años ha acumulado un apreciable “know-how” en materia de maniobras. Así es que el POR, al discutir su ingreso al GCI, descubre un “probable provocador” entre los militantes de la UOR que ya ingresaron (se trata de un militante sindical de origen chileno). POR: no entramos si ese hombre está ahí. GCI: nos hacemos responsables por él. POR: nada de eso, queremos una investigación. GCI: muy bien, entren y las realizamos conjuntamente. POR: nada de eso, entrar nos coloca en peligro. Los meses pasan y *Frente Proletario* vuelve a ser publicado.⁶²

Lo que Moreno espera se produce en julio de 1952. La mayoría del PCI francés recusa el “entrismo sui generis” y deja de acatar la disciplina de la IV Internacional. Retrospectivamente, sus dirigentes recuerdan: “en ese momento no encontramos apoyo sino en ciertas secciones sudamericanas; la Argentina con Valdés, parte de la boliviana, con Lora, y la de Suiza”.⁶³ “Valdés” no es otro que Luis Vitale a quien la militancia llevará luego a Chile (es militante del POR-Moreno), donde se transformará en uno de sus principales historiadores (además de participar de la fundación del MIR). El POR toma a su

⁶¹ “*Tareas del movimiento marxista en A. Latina*”, resolución III Congreso de la IV Internacional.

⁶² Testimonio oral

⁶³ *Quelques enseignements de notre histoire*, París, mayo 1970.

cargo de inmediato la organización de la escisión en América Latina enviando delegados a varios países.

En 1953, una “Carta a los trotskistas del mundo entero” enviada por el SWP sancionaba y ampliaba la escisión. El partido norteamericano tomaba posición contra Pablo. Se organiza un “Comité Internacional de la IV Internacional” con la participación central del PCI el SWP y la sección inglesa, al que el POR presta su concurso.

En octubre de 1954, el POR argentino, una pequeña organización chilena organizada por “Valdés” y el grupo Revolución permanente del Perú, constituían el “Secretariado Latinoamericano del Trotskismo Ortodoxo” (la “ortodoxia” era la bandera que el SWP levantó para la lucha política contra Pablo y el SI). El SLATO consagra la división del movimiento trotskista latinoamericano, y alcanza a crear “secciones” en Uruguay y Brasil. Si bien el SLATO es parte del CI de la IV Int., sus fundadores reprochan a este último el no haber constituido nunca una verdadera dirección alternativa.⁶⁴

En fin, Posadas también ha sido encargado por el III Congreso de organizar el “Bureau Latinoamericano”. El BLA se transformará en su propio feudo, pese a que algunos dirigentes del SI (Pierre Frank, Sal Santen) viajan a estas latitudes para “ver qué pasa” (vuelven quejándose del “autoritarismo de Posadas”, que los dejaba al margen de las decisiones políticas). Si bien adscriptos a organismos internacionales (SI y CI) “posadistas” y “morenistas” constituyen ya corrientes independientes. La IV Internacional se ha dividido primero políticamente, luego organizativamente y por último geográficamente: pablistas y antipablistas, CI y SI, europeos y latinoamericanos. La IV ha dejado de existir en cuanto organización.

Un test: la revolución boliviana

La revolución iniciada en Bolivia el 9 de abril de 1952 fue un acontecimiento político mayor para toda Latinoamérica. Para los trotskistas del mundo entero tuvo la especial importancia de que por primera vez un partido trotskista -el POR boliviano- ejerció una influencia real sobre una revolución. Conviene situar esa influencia en su debido contexto: el POR ejercía una influencia desde 1946, cuando el Congreso minero de Pulacayo había aprobado las “Tesis” presentadas por el militante porista Guillermo Lora, “tesis” que eran una versión adaptada a Bolivia de las conocidas “Tesis de la Revolución Permanente” de Trotsky. La coyuntura política de fines

⁶⁴ “A. Delgado”, op. cit.

de 1946 favoreció el progreso espectacular del POR que, fundado en 1934 en Córdoba, se había mantenido hasta entonces relativamente al margen del movimiento obrero. El gobierno nacionalista del mayor Villarroel, apoyado por el MNR, había caído víctima de una ofensiva orquestada desde la embajada yanqui, pero que había suscitado un importante movimiento popular (en cierta medida, una versión boliviana de la Unión Democrática), movimiento del que había participado el PC boliviano (PIR), y al que había apoyado la dirección del POR. “*Octubre*” y el GCI habían caracterizado esa movilización como proimperialista, mientras el POR-Moreno había visto en ella “la única movilización revolucionaria de pos-guerra en A. Latina”.

Los mineros se habían mantenido al margen del “movimiento del 21 de julio” (habían intentado incluso defender a Villarroel). Los militantes poristas ligados a las minas (G. Lora entre ellos) comenzaron a trabajar siguiendo una línea distinta de la de su dirección. Su éxito fue rotundo: el congreso minero de noviembre 1946 se realiza en momentos en que éstos están en pie de lucha contra el gobierno de la “rosca” (oligarquía del estaño), al mismo tiempo que el prestigio del nacionalismo ha caído debido a su incapacidad de defenderse de la reacción “gorila”. Toda la situación los llevaba hacia posiciones independientes, que serán materializadas en las Tesis de Pulcayo (lugar donde se realiza el Congreso). Cuatro foristas fueron luego elegidos parlamentarios por el “Bloque Minero”. La represión del “sexenio” (1946-52) -que llevó a G. Lora a un campo de concentración- impidió que el POR consolidase organizativamente la influencia política adquirida. Cuando estalla la revolución de 1952, en respuesta a un golpe militar que pretendía anular las elecciones ganadas, por el MNR, el POR se encuentra muy debilitado, lo que no impide a M. Alandía Pantoja -porista- ser uno de los dos principales dirigentes de la Central Obrera Boliviana que es puesta en pie (el otro es Juan Lechín).

El MNR asume el poder en medio de una revolución obrera que diezma el Ejército. Al POR se le plantea el problema fundamental de toda revolución: el del poder. La respuesta del POR a este problema, al inicio de la revolución, fue el apoyo al ala izquierda del MNR (Lechín). Esta política fue compartida por todas las fracciones trotskistas del movimiento internacional (el Secretariado Internacional, el BLA de Posadas, el POR de Moreno). Como tal política fue ulteriormente responsabilizada por el fracaso del POR en la revolución -y por el propio fracaso de la revolución- conviene seguirla más de cerca.

Un ala del POR, encabezada por Edwin Moller, la consideró insuficiente, y se planteó la entrada lisa y llana en el MNR. Fue lo que finalmente hizo, tras escindirse del POR. Los “teóricos” de esta política fueron J. A. Ramos, E. Rivera, y los hombres de “Octubre”. Uno de sus miembros (Perelman) se estableció en Bolivia, y el grupo tomó bajo su responsabilidad la edición de la revista de la “fracción Moller (*Revolución*), la que continuaba a reclamándose del trotskismo. La “teoría” de esta política está resumida en este párrafo de Perelman y Narvajas (que escribían bajo el seudónimo común de “Juan Ramón Peñaloza”):

“En un país como Bolivia, víctima hasta hace poco de la explotación imperialista, la sola instauración de un ‘orden burgués’ en substitución del orden feudal-imperialista constituye en sí un enorme progreso histórico. Trotsky sostendría en ese caso y sostuvo de hecho la consigna de la república democrática y no la toma del poder para realizar la revolución socialista”.⁶⁵

La explotación imperialista es dada por acabada, cuando los Patiño y demás “barones”, junto a las grandes compañías, continuará detentando la comercialización del estado. Y en nombre de Trotsky se presentaba una versión indisimulada de la “teoría de la revolución por etapas” del stalinismo. Moller fue el director del diario de la COB durante la revolución (*Rebelión*) y la historia ulterior de su fracción se confunde con la del MNR, perdiendo toda relación con el trotskismo e incluso con la “izquierda nacional” de Ramos y Cia. El libro de “Peñaloza” citado fue ampliamente difundido en Bolivia por el propio MNR.

Oigamos ahora la reconstitución de los hechos por un dirigente “morenista”:

“El Secretariado Internacional -SI- se dejó impresionar por los eventos de la revolución y terminó por sostener al MNR, un movimiento burgués que se encargaba de representar a la burguesía en el gobierno. Cuando el MNR mostró abiertamente que no quería profundizar el proceso de revolución permanente, el SI apoyó a su ala izquierda, pero ya era tarde, la revolución boliviana había sido derrotada y la sombra de la burguesía había nuevamente consolidado su poder”.⁶⁶

La reconstrucción de los hechos es por lo menos caprichosa. En realidad, el “pablismo” -el SI y el BLA de Posadas- apoyaron al ala izquierda del MNR desde el principio. La contradicción entre esta

⁶⁵ León Trotsky y la revolución nacional latinoamericana. p. 21.

⁶⁶ “A. Delgado”, op. cit.

política y la lucha por la revolución obrera no estalló en el POR hasta 1954, cuando los enviados del BLA (argentinos y uruguayos) propusieron su fusión con el “ala izquierda”. La fracción “leninista” del POR, encabezada por G. Lora, se opuso a esa disolución en el nacionalismo, y postuló entonces un balance crítico de la política seguida. Lora señala⁶⁷ que la fracción “pablista” del POR fue reclutada entre los dirigentes que habían apoyado el movimiento de 1946 contra Villarroel. La continuidad del POR trotskista fue asegurada por la fracción de Lora, que, denunció los métodos “de aparato” usados por el BLA y el SI para inclinar al POR hacia su postura (chantaje financiero, promesas de viajes a París y Buenos Aires). Pero continuemos con la versión “morenista”: “Gracias a la actividad del SLATO, nuestra consigna ‘Todo el poder a la Cob’ fue conocida en Bolivia, en oposición a la política capituladora frente al MNR del SI”.⁶⁸

Si tal consigna fue conocida en Bolivia no fue gracias al SLATO, sino a los “pablistas”, quienes la plantearon en 1956-57, una vez pasado su entusiasmo por el ala izquierda del MNR. El POR la criticó por aventurera y tardía: la situación de doble poder entre la COB y el gobierno -que existía en 1952-53 se había ya extinguido. La reconstrucción caprichosa del “morenismo” se debe quizás a que fue la única tendencia trotskista latinoamericana que no ejerció ninguna influencia organizativa durante la revolución boliviana (ya hemos visto la de Ramos, Posadas, Lora). Lo que no es sin duda ajeno al hecho de que fue la corriente que más fervorosamente sostuvo el *putsch* pro-yanqui de 1946, contra cuyos continuadores estalló la revolución de 1952.

Si el debut de la revolución fue un motivo de entusiasmo para los trotskistas de todas las latitudes, su retroceso fue un factor de desmoralización. La actividad del “SI de la IV Internacional” y del BLA llevó a G. Lora a la conclusión de que la Internacional fundada en 1940 estaba destruida.⁶⁹

Los trotskistas y el PSRN

Entretanto, el gobierno peronista entraba en su fase crítica. La crisis económica y la escalada de las huelgas lo minaban desde el interior; la presión redoblada de los EE.UU., desde el exterior. Perón comienza a maniobrar para ampliar las bases políticas de su gobierno,

⁶⁷ G. Lora *Contribución a la historia política de Bolivia*.

⁶⁸ “A. Delgado”, op. cit.

⁶⁹ G. Lora, *La revolución boliviana*, Difusión S’ R’ L’, La Paz, 1963.

toda vez que la existencia de una corriente (en el ejército, en la burguesía, en la “oposición”) dispuesta a derribarlo sea como sea, es un secreto a voces desde el conato golpista de 1951.

Entre otras cosas, Perón comenzó a buscar puntos de apoyo “a su izquierda”, que al mismo tiempo debilitasen la “izquierda” del frente adversario (PS). La creación del Partido Socialista de la Revolución Nacional fue un episodio mayor de esas maniobras. Su nacimiento es consecutivo a una serie de entrevistas entre Perón y el viejo dirigente socialista Enrique Dickmann (a quien sus futuros ex-compañeros acusan de vender sus convicciones socialistas al gobierno, a cambio de que éste salvase a su hijo de un escándalo financiero). Es imposible negar que el PSRN es una escisión política del PS; Dickmann -ya expulsado- critica así la orientación de éste: “... se publican artículos contra la nacionalización de los servicios públicos, contra el crédito bancario del Estado, contra el Estado comercializador de las cosechas, contra la elevación de la clase trabajadora; se defiende el capitalismo privado, se llora por la expropiación legal de ‘La Prensa’, se defiende el latifundio y para qué seguir. Se escribe en conservador y se hace socialismo... han hecho de aquel glorioso partido la punta de lanza del Partido Conservador”.⁷⁰

Tampoco es posible presentar al PSRN como una iniciativa independiente de la política de Perón: el PSRN fue beneficiado por un veredicto de la Justicia que le otorgaba buena parte de los bienes del PS y el derecho de utilizar la etiqueta “socialista”; pese a que pocas decenas de militantes siguieron a Dickmann; Carlos María Bravo y los otros escisionistas. La expulsión se produjo en el verano de 1952 y la creación del nuevo partido en 1953. ¿Quién componía sus cuadros, fuera de los ya nombrados? Casi todas figuras provenientes del trotskismo. Dejemos la palabra a “Enrique Fernández” (Enrique Rivera) que se incorpora al PSRN: “Los elementos más lúcidos del Socialismo Obrero: Carlos María Bravo, Dionisio Losada, Juliá, Colevatti, entre muchos otros; ex-militantes del PORS -Esteban Rey, Carlos Etkin, Jorge Abelardo Ramos, Mario Sández, etc.; intelectuales de izquierda independiente, como Nahuel Moreno, Saul Hecker, Enrique Fernández, se incorporaron al Partido Socialista de la Revolución Nacional”.⁷¹

La presencia del grupo de Ramos se explica por toda su trayectoria anterior. También la de Rivera y la de E. Rey, que había sufrido

⁷⁰ E. Dickmann, *La conducción política del PS*, Bs. As., 1953, p. 30.

⁷¹ E. Fernández, *El socialismo y la revolución nacional* (1969), Ed. Patria Grande Córdoba 1971, p. 6.

una evolución, favorable al peronismo. Lo que merece un análisis es la presencia del furibundo antiperonista Nahuel Moreno, cuyo “POR” se disuelve en el PSRN, sin ocultarse de que éste último es “una tendencia del movimiento peronista”.⁷² ¿Cómo se explica este viraje de 180 grados? Retrospectivamente, Moreno lo explica por un “descubrimiento” realizado recién entonces por la dirección del POR (o por él mismo, poco importa): “Los planes yanquis para controlar y colonizar el mundo tuvieron comienzo en 1939 en nuestro continente. Este hecho decisivo no fue comprendido en toda su amplitud por ninguna corriente del movimiento obrero... De hecho, este plan yanqui (...) no fue denunciado ni comprendido en toda su magnitud e importancia por ninguna corriente social o política y menos que menos por el PC, que durante años sirvió como correa de transmisión en el movimiento obrero de esos planes de colonización. Nosotros no somos una excepción: no hemos sabido hacer un análisis exhaustivo de ese plan y no lo hemos sabido denunciar con toda la precisión y magnitud que eran necesarias.”

Decir ésto luego de que “Braden o Perón” fue el grito de guerra del más importante movimiento de masas en Latinoamérica de la inmediata posguerra, revela elevada dosis de estupidez o de caradurismo (esto último es lo más probable). El PC no es aquí sino el chivo emisario de la propia miseria. Así pues, fue el descubrimiento de esa especie de “sinarquía yanqui” lo que lleva al POR a incorporarse al peronista PSRN. O, como lo afirma, Ernesto González, otro dirigente del “morenismo”: “A partir de 1952, al determinar que el principal enemigo ya no era el imperialismo inglés sino el yanqui, nos consideramos parte de hecho del frente único antiyanqui que fue el peronismo”.⁷³

¿En qué quedamos, 1939 o 1952? Como descubrimiento, es un poco tardío. Y en lugar de echar una ojeada sobre todo el sectarismo antiperonista (¿proyanqui?) del pasado, se cambiaba de “enemigo fundamental” -en la cabeza de algunas decenas de “trotskistas”- y punto (notemos que Perón no deja de ser considerado un “agente del imperialismo inglés”, sólo que éste ha dejado de ser el enemigo fundamental: la concepción política de fondo no cambia). Agréguese a esto que el peronismo, de “movimiento reaccionario de derecha” (N. Moreno, *El GCI, agente ideológico del peronismo*) se transforma, por arte de magia, en un *frente único*, o sea, una entidad de varios componentes, y listo: la doctrina ya está retocada para dar el gran paso. Si

⁷² N. Moreno, 1954, *año clave del peronismo* p. 35.

⁷³ E. González, *Qué es y qué fue el peronismo*, p. 45.

la palabra oportunismo tiene algún significado político, he aquí un ejemplo acabado.

Pero el viraje no acaba ahí. ¿Se trata, en fin de cuentas, de una nueva táctica para luchar por los viejos objetivos? Nada de eso: el objetivo de la entrada en el PSRN no es construir el partido revolucionario, sino un “partido centrista de izquierda legal”.⁷⁴ No sólo cambian los amigos y los enemigos, sino también los objetivos.

Todo esto es cualquier cosa menos una explicación. La única explicación posible es que Moreno ha comprendido, con casi diez años de retraso, que el peronismo no es un fenómeno pasajero. Comprobada la solidez del peronismo, el “morenismo” se enrola en él con la misma soltura de cuerpo con que antes en el frente antiperonista. Pero la misma superficialidad que lo llevó a no captar la profundidad del “fenómeno” peronista, juega aquí en sentido inverso. El ingreso en el peronismo se da objetivos a largo plazo (un partido centrista de izquierda bajo el régimen peronista): no se advierte la crisis del gobierno peronista, ni la violencia de la ola que habrá de voltearlo poco después. Decididamente, a Moreno no le gustaba remar contra la corriente, pero aun para remar a favor con algún éxito hace falta cierta profundidad de miras.

Como sea, el ex-POR, con sus bastiones en la provincia de Buenos Aires (Avellaneda, Florencio Varela) toma el control de la Federación Bonaerense del PSRN, editando su periódico *La Verdad*. El Comité Capital, en cambio, está dirigido por la fracción de Esteban Rey y Saul Hecker. En ese comité también milita el grupo de J.A. Ramos que, a poco, editará su propia revista, *Izquierda*. El grupo trotskista rosarino (Narvajas) hacia lo propio en su ciudad. Demás está decir que el PSRN era más una federación de grupos que un partido. La presencia de los “viejos socialistas” era más decorativa, pero daba una proyección nacional al partido. Para los trotskistas, se trata de su primera oportunidad de militar en una organización política con tal proyección.

En marzo de 1954, el PSRN se presenta a elecciones legislativas en cinco distritos: Capital, Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Santiago del Estero. Según Rivera, obtiene casi 100.000 votos. María D. Bajar le adjudica 22.516 votos en un artículo de *Todo es Historia* (“La entrevista Dickmann-Perón”). Quizás sea en la Capital. Lo cierto es que la presentación electoral del PRSN ha recibido el espaldarazo del propio Perón, en un artículo escrito en *Democracia*. El GCI-Posadas se ha

⁷⁴ N. Moreno, *El Golpe gorila de 1955*, p. 65

transformado entretanto en... POR (Partido Obrero Revolucionario, no confundir con los otros), pero no obtiene legalidad electoral.

El aspecto más interesante del PSRN, sin embargo, es la atracción indudable que ejerció sobre cientos de activistas sindicales. Como único partido de izquierda legal y anti-gorila, sus locales eran espontáneamente visitados por militantes obreros, con más frecuencia a medida que el clima político se enrarecía: el 16 de junio y la Libertadora estaban cerca.⁷⁵

Los trotskistas, el PSRN y la Revolución Libertadora

Como era de esperar, el PSRN fue incapaz de actuar como partido frente a la Libertadora. Cada grupo o fracción tuvo su propia política: el PSRN careció de una orientación unificada y hasta de un órgano de prensa único.

La fracción de Rey-Hecker planteó la “defensa del gobierno peronista” sin más, tachando de sectario todo lo que tuviera un viso de independencia frente al peronismo. Tal vez a ello se refiera Ramos cuando dice del PSRN que estaba “trabado por el burocratismo y la dependencia del borlenghismo” (Borlenghi era el Ministro del Interior de Perón).⁷⁶

La política seguida por Ramos y Cia. tampoco fue un ejemplo de independencia. Escribía en *Democracia*, luego de la tentativa abortada del 16 de junio:

“El ejército fundado por San Martín, templado en las guerras gauchas, organizado por Roca y Ricchieri, cumplió su deber el final, sosteniendo con su acción las conquistas del proceso revolucionario. La aristocracia vacuna, desplazada del poder político, los pelucones de la oligarquía sobreviviente y las cohortes de las sectas antinacionales crearon la atmósfera política del golpe”.⁷⁷

Así, el ejército nada tiene que ver con el golpe ni con la oligarquía, ésta apenas “sobrevive”, y la atmósfera golpista es responsabilidad de un par de sectas. Ramos ni siquiera llamaba a defender al gobierno de Perón, porque éste no estaba en peligro (en el mismo número de “Izquierda” se afirmaba que “el gobierno peronista está más fuerte que antes”) (Sic.). Un día antes del golpe definitivo, el 15 de octubre, “Izquierda” se adjudicaba un trofeo en el torneo de la anti-profecía: “La contraofensiva política de Perón llevó a destacar de una

⁷⁵ Testimonio Alberto Vellón, militante del PSRN.

⁷⁶ J.A. Ramos et al. *El revisionismo histórico socialista*, p. 294.

⁷⁷ *Democracia*, 17/6/1955.

manera inequívoca el papel preeminente que la CGT desempeña en la estabilidad y consolidación de las conquistas revolucionarias. (...) Los estadistas sin empleo manipulaban incansablemente el rumor en la misma medida que renunciaban a comprender la lógica interna del desarrollo. Los desplazamientos administrativos del aparato estatal eran objeto de hondas cavilaciones. Perón “estaba en manos de los militares”; la marina “seguía sublevada”; el ejército “imponía condiciones”; la era de la CGT, “había concluido”; la revolución se deslizaba hacia su ocaso por la vía fría; al traducir sus deseos por realidades, el imperialismo y sus agentes nativos no cometían ni el primero ni el último de sus errores fatales”.⁷⁸

Al día siguiente, los “agentes” hacían “realidad” sus “deseos”, con el apoyo de todos los supuestos sostenes de Perón. Ese número de *Izquierda* portaba un título equívoco, “Las milicias obreras armadas, baluarte de la revolución popular argentina”, “milicias” que no guardaban ningún parecido con las de la revolución boliviana, púes como explicaba el propio Ramos: “La reciente proposición de la CGT de ofrecer al Ejército las reservas obreras para defender la Constitución y las autoridades constituidas, son el primer paso hacia la organización de las milicias obreras armadas que habrán de constituir el inmovible bastión de la Revolución Popular argentina.”⁷⁹

Desde luego, el ejército rechazó gentilmente la oferta; días después, perseguía a sus autores y, sobre todo, a los hipotéticos miembros de las “milicias”. Ramos sostiene haber combatido a la Libertadora desde una posición independiente del peronismo. Puede ser; lo evidente es que no era independiente del Ejército (o sea, que no hubo tal combate).

Años después, Ramos explicó así las causas de la reacción oligárquica:

“La presencia de una dirección capaz y experimentada al frente del Partido Peronista llevó al paroxismo de su furor a las fuerzas antinacionales”.

Lo que no le impide afirmar, en la página siguiente: “el 16 de septiembre no se produce como resultado de las fuerzas que lo promovieron, sino que es el fruto de la descomposición general del régimen. El gobierno peronista no combatió porque estaba vencido: el gigantismo burocrático, la soledad y fatiga de su jefe, el aniquilamiento de las fuerzas revolucionarias de su movimiento que podían haber resistido, la ausencia de una ideología, la crisis del partido Peronista,

⁷⁸ *Izquierda*, n° 2, sept. 1955.

⁷⁹ Ídem.

la parálisis de la CGT, el desconcierto y la desmoralización de grandes sectores de las Fuerzas Armadas, tales fueron las circunstancias que posibilitaron el 16 de septiembre.”⁸⁰

Decididamente, la coherencia consigo mismo no es la mayor de las pasiones de Ramos.

La corriente de Moreno se auto glorifica de haber sido la única que luchó contra la Libertadora desde una posición independiente. Moreno consagró un libro entero a la cuestión, que en gran parte es dedicado a criticar las posiciones de Ramos. Retrospectivamente, se afirma que *La Verdad* (órgano morenista en el PSRN) “no depositó la más mínima confianza en el gobierno” para luchar contra la reacción, pero esto sería, a lo sumo, un secreto para los iniciados. En la práctica, plantear una “política independiente” como “tendencia del peronismo” se reveló un problema tan arduo como la cuadratura del círculo, como lo revelan estas líneas de Moreno “1954, año clave (...) No podemos creer seriamente que la CGT pueda tomar el poder porque es parte de él (y no precisamente porque participe en él, sino porque es controlada por el gobierno). Es decir, no hay ninguna posibilidad de que la CGT tome íntegramente el gobierno. Por eso, si bien podemos insistir en que representantes cegetistas vayan a ministerios, o tomen todo el gobierno en beneficio único y exclusivo de la clase trabajadora, debemos ser concientes de que eso es imposible por el carácter de la CGT y que, por consiguiente, corresponde agregar a las consignas tácticas la descripción de la verdadera democracia e independencia del movimiento obrero...”

Quien tenga la paciencia de llegar al final de este trabalenguas, concluirá en que “debemos pedir algo que es imposible, aunque no sirva para nada, porque, en otras condiciones, tal vez, etc. (al menos, ya no era cuestión de destruir la CGT). Cuando la caída de Perón se hizo inminente, la política de, *La Verdad* se tornó, parafraseando a Moreno, “más clara aunque no menos oscura.” Así, en agosto de 1955, cuando Perón ofrece su renuncia a la CGT, *La Verdad* afirma: “... hay una sola forma de impedir desde ya que la presidencia caiga en manos de la reacción, y ésta es nombrar ya a un senador de la CGT para la vicepresidencia 1ra. del Senado, que en caso de renuncia de presidente y vicepresidente, pase a regir los destinos del país y a cumplir el programa que la clase obrera democráticamente elabore.

(...) Si los trabajadores resuelven aceptarle la renuncia, el gobierno debe pasar a manos de la clase obrera a través de uno de los senadores

⁸⁰ J. A. Ramos: “Proletariado y bonapartismo” en *Revisionismo histórico socialista*, pp 299-300.

de la CGT (...) Por la elección de un senador de la CGT para el cargo de presidente en caso de aceptarse la renuncia de Perón.

Federación Socialista Bonaerense R.N. 31/8/55".

"Si...", "en caso de..." Resulta que la CGT está controlada por el gobierno (burgués), pero si un senador de la CGT ocupa la vicepresidencia 1ra. de su cámara para "en caso de," etc., el gobierno pasa a manos de la clase obrera. Todo esto carece de la más mínima lógica, es perfectamente ridículo (lo que hicieran o no los senadores peronistas dependía muy poco de la voluntad, desorganizada, de los obreros, y mucho menos de la Fed. Socialista B.A.), "renuncia" a caracterizar lo que estaba en juego, a saber, la incapacidad de Perón para pasar de las amenazas y movilizar a las masas contra la reacción golpista, no es una consigna de movilización (independiente o no) de la clase obrera, queda como una variante extrema de las composiciones políticas internas del peronismo. Cuando la CGT rechaza la renuncia, *La Verdad* (5/9/55) "acepta el veredicto popular", como si todas estas maniobras y contramaniobras tuvieran algo que ver con la movilización contra el golpe.

Pero ya en pleno golpe, el 17 de septiembre, la Fed. Socialista B.A. insiste en ir a la cola de los pronunciamientos, como lo prueba este fragmento de su volante de esa fecha: "... hay que apoyar la acción de la CGT contra el golpe. Esto no impide que alertemos fraternalmente sobre los siguientes peligros: -si no se moviliza a la clase obrera,- si no se pone en práctica la resolución de la CGT sobre milicias obreras... -se puede perder TODO."

La "acción" de la CGT -no de algunos sindicatos aislados- contra el golpe, se redujo a nada, por lo que era difícil apoyarla. En cuanto a las milicias obreras, no "se" las puso en práctica, por la sencilla razón de que quien las había propuesto (la burocracia cegetista) y quien había recibido la propuesta (el Ejército, ¡que ya estaba en la calle masacrando obreros!) no tenían la menor intención de ponerlas en práctica. Es increíble, pero en el mismo libro en que se reproduce elogiosamente este volante ("El golpe gorila de 1955"), Milciades Peña caracteriza las "milicias obreras" de maniobra diversionista, y acusa a Ramos de haberse dejado entusiasmar por ellas... Ciertamente, fue diversionismo. Peña debió haber agregado que hasta su propia corriente se dejó llevar por él. Resulta osado calificar a todo este intríngulis de "lucha contra la Libertadora desde una posición independiente."

En cuanto al POR-Posadas ya se nota su tendencia a dejar de ser una corriente política para transformarse en una especie de grupo de reflexión y consejo. La Libertadora lo encuentra siguiendo atentamente

las posiciones del representante argentino de las “fuerzas materiales y técnicas opuestas al imperialismo” (el PC) y especulando sobre su eventual participación en un Partido obrero de masas, igualmente hipotético. También apoyó fervorosamente las “milicias” de la CGT.

Es de notar que toda la polémica sobre “quién tuvo una posición independiente del peronismo frente a la Libertadora”, es posterior a la caída de aquel. Antes, como hemos visto, la política de los grupos no se caracterizó por las veleidades independientes. Ya se dijo que “del árbol caído todos hacen leña”.

La resistencia a la Libertadora y el crecimiento de los grupos trotskistas

La resistencia obrera contra la Libertadora abre un período de gran crecimiento de los grupos trotskistas. Hacia esto convergen tres factores que ya hemos visto en acción, cuando nos referimos a las razones del crecimiento del POR boliviano luego del golpe de 1946: 1) la crisis y divisiones del campo golpista, 2) la disposición de los trabajadores a luchar contra el gobierno gorila, 3) la crisis en el campo nacionalista, que ha caído sin combate frente a la reacción proimperialista.

El PSRN no fue ilegalizado. Su Comité Ejecutivo (Secretario General: Carlos Maria Bravo) comienza a editar, inmediatamente después del golpe septembrino, el semanario *Lucha Obrera*, que obtiene un vasto eco: llega a tirar 150 mil ejemplares, siendo distribuido en las principales ciudades del país. *Lucha Obrera*, dirigido por Esteban Rey, sintetiza así sus objetivos: “estructurar desde abajo organismos de resistencia que agrupen a todos los que aceptan los postulados de octubre del 45 ...centralizar con métodos revolucionarios al conjunto del pueblo”.⁸¹

El POR-Posadas obtuvo, con el nuevo gobierno, la legalidad que el peronismo le recusaba. El “Partido Obrero-trotskista” (la palabra “revolucionario” fue suprimida por pedido de la Justicia) pudo proyectar entonces su agitación sobre una escala más vasta y participar de las elecciones (de las que sólo quedó proscrito el peronismo).

El morenismo plantea la creación de “agrupaciones sindicales” de resistencia y crea el “Movimiento de Agrupaciones Obreras”, con el que obtiene un progreso significativo en el movimiento sindical. Un informe del SALTO así lo testimonia, aunque conteniendo seguramente algunas exageraciones: “A partir de la caída del peronismo,

⁸¹ *Lucha obrera*, nº 7, 18 de enero de 1956.

el trotskysmo ortodoxo ha experimentado un crecimiento considerable. Actualmente, el POR argentino (denominación que “para iniciados” guardaba la fracción morenista, NDA) disputa centímetro por centímetro la dirección de los sindicatos a los peronistas. En las últimas elecciones sindicales (septiembre 1956) el POR ganó en 20 grandes fábricas, y perdió por un margen estrecho en otras tantas. Su peso en las fábricas textiles, metalúrgicas, y frigoríficas del Gran Buenos Aires, es superior al de los socialistas y stalinistas. Por ejemplo, en las fábricas metalúrgicas en que trabajan aproximadamente 200 mil obreros, el POR controla un cuarto del total. El POR cuenta con 25 metalúrgicos, la mitad de los cuales son importantes dirigentes de fábrica. En la rama textil hay 20 militantes, los que controlan una tercera parte de los 150 mil trabajadores, la mayoría en las grandes fábricas. En la rama frigoríficos, hay 15 militantes que controlan o influyen algunas de las más importantes empresas de envasamiento y exportación. El POR tiene fuerza también entre los ferroviarios, los aceiteros, los petroleros, los gráficos, los obreros del vidrio, los estudiantes. Tiene en total 100 militantes, de los que 80 % son obreros”.⁸²

Según “Andrés Delgado”, el MAO y la JP fueron los únicos sectores que llamaron a la (exitosa) huelga general del 17 de octubre de 1955. Sostiene también que el MAO estuvo a la cabeza de la huelga metalúrgica de 1956. Durante las elecciones metalúrgicas de 1957: “las listas trotskistas y las que controlábamos con los mejores militantes peronistas llegaron en segunda posición en las federaciones más importantes del país: Buenos Aires, Avellaneda, Vicente López... nos dividíamos el sindicato con los burócratas peronistas”.⁸³

La nueva situación en la que se encontraba el movimiento obrero favorecía, por los factores antedichos corroborados por los testimonios, su pasaje hacia posiciones independientes, y ofrecía la más importante oportunidad hasta entonces ávida de avanzar en la construcción de un partido revolucionario. La pregunta fue: ¿serían los trotskistas argentinos capaces -como en gran medida lo fueron sus camaradas los trotskistas bolivianos en situación semejante- de cristalizar políticamente lo adquirido en el terreno de la lucha?

Los futuros virajes políticos suministrarían la respuesta. Para comenzar en febrero de 1956 el PSRN es disuelto por decreto del ministro Busso. Evidentemente es necesario más que un decreto para

⁸² *Summary of the report of latin-american conference of orthodox trotskysm*, sep. 1956.

⁸³ A. Delgado, *Contribution...*, op. cit.

suprimir a un partido revolucionario, pero el PSRN no es siquiera un partido, y no sobrevive a su disolución. Su fracción dirigente (Rey-Hecker) consume entonces un paso ya insinuado en *Lucha Obrera*: “El peronismo se ha llenado de un nuevo contenido... es hoy la bandera de millones de trabajadores, hombres y mujeres del país que quieren, a través de esta definición, oponerse a la colonización nacional y a la sobre-explotación social.”⁸⁴

De esta definición al peronismo liso y llano, hay sólo un paso: E. Rey y S. Hecker lo dieron. Luego del decreto, Esteban Rey fue encarcelado durante 7 meses. Otra fracción, con E. Rivera, C. M. Bravo, Bartolo Collovatti, Hugo Sylvester, Dionisio Lozada, Pedro Juliá, Carlos Etkin y Osvaldo Herranz, entre otros, procurará infructuosamente durante largos años que sea devuelta la legalidad a la sigla PSRN. Su concepción del partido explica este procedimiento:

“... la burocracia diluía en expedientes el apoyo técnico y financiero que el partido precisaba para expresarse. Porque así como en el plano económico toda edificación nacional necesita la protección del estado para subsistir contra las grandes fuerzas internacionales, en el plano político ocurre algo parecido”.⁸⁵

Nada de acción política, pues, fuera de la legalidad y los subsidios del Estado. Finalmente este grupo obtendrá en 1964, bajo el gobierno Illia, la legalidad para el PSRN. Pero éste no es ya sino una secta, que desaparecerá definitivamente con el golpe de junio del 66. Veamos el destino de los otros grupos.

Ramos y la Izquierda Nacional

Más duradera en el tiempo y con una fisonomía propia fue la acción emprendida por el núcleo encabezado por J. A. Ramos, tal vez porque su evolución, pese a no dejar de citar a Trotsky, careció de todo prejuicio ideológico. Luego de la disolución del PSRN, el grupo, del que ya forma parte J.E. Spilimbergo, demora un tiempo, para comenzar a publicar la revista *Política* (1958j). A diferencia de Rey, Hecker y Cia. este grupo no es peronista, lo que le deja las manos libres para apoyar cualquier cosa, por ejemplo, el voto a la política de Frondizi (cuestión que al interior del peronismo suscitó graves divergencias internas). Al respecto de la entrega de los contratos petroleros a los yanquis practicada por el presidente de la UCRL, *Política* afirma: “Perón apoyó a Frondizi en la aplicación de la política

⁸⁴ “*Lucha obrera*” n° 7 18/1/56

⁸⁵ *El socialismo y la revolución nacional*, op cit, p. 10

petrolera que es la culminación de la iniciada por el gobierno peronista en 1955. Para los EE.UU. era forzoso coincidir con los intereses argentinos para que surja el petróleo en las: tierras australes... Argentina tendrá el petróleo para exportar y esto romperá el clásico cerco británico.”⁸⁶

Como se ve, cuando Ramos apoya al peronismo no es -como lo afirma- por los aspectos nacionalistas de éste, sino por lo contrario (los contratos con la Californian de 1955 habían tenido la oposición de la bancada obrera peronista y de J .W.Cooke). *Política* muestra la otra cara de su apoyo a Frondizi en ocasión de la huelga petrolera (que, recordémoslo, se produjo entre otras cosas contra los contratos petroleros): “La huelga petrolera era y es un movimiento sin salida. Para formular la última exhortación, Arturo Frondizi en la noche del 9 se dirigió a los petroleros y al país. Fue un mensaje valiente y sobre todo claro”.⁸⁷

“Claro”, como los tanques que aplastaron la huelga. Ramos no vaciló en identificarse con todos los aspectos del rumbo pro-yanqui de la política frondicista. Así, en ocasión de la visita del presidente Dwight Eisenhower, Ramos le dirigió una carta abierta, publicada en el semanario nacionalista *Santo y Seña* “me dirijo a Ud. para darle la bienvenida como argentino... Sr. Presidente, de los EE.UU., llega Ud. al país entre el aplauso amplio y sincero del pueblo. (...) Trae Ud. el mensaje de un pueblo hermano que ya nos hizo llegar iguales sentimientos de amistad continental a través de las inolvidables visitas de los ex-presidentes estadounidenses Hoover y Roosevelt”.

Este es el hombre que rompió con la IV Internacional afirmando que el SWP capitulaba ante el imperialismo. Recordemos que la visita de Eisenhower tenía, entre otros motivos, el de usar a la Argentina contra las ínfulas nacionalistas del régimen brasileño, que había llegado a mandar a su canciller a la Argentina para proponer la formación de un bloque latinoamericano, proyecto contra el cual Frondizi jugó un papel clave (ver Vivian Trias, *Geopolítica del imperialismo*, Jorge Álvarez, 1969, pp. 127 y ss.) Todo lo que no impidió a Ramos presentarse nada menos que como el profeta de la unidad latinoamericana.

Pese a su envidiable currículum derechista y antinacional, el grupo de Ramos se estructuró (¿por antifrased?) como “izquierda nacional”. Pero esto será en 1962, luego de un acuerdo entre el grupo y el Centro Caseros del viejo “socialismo cipayo” (PS), del que surgirá

⁸⁶ *Política*, 7/11/58.

⁸⁷ *Política*, (21/9/58).

el PSIN (Partido Socialista de la Izquierda Nacional), transformado en 1973 en FIP (Frente de Izquierda Popular). Más conocida es la actividad editorial del grupo, que imprimirá las obras de Ramos y Spilimbergo sobre la historia argentina, diversas obras de pensadores nacionalistas latinoamericanos y hasta libros de Trotsky, hacia el que siguió manteniendo una referencia platónica. Es en referencia a este grupo que el trotskista boliviano G. Lora afirmó, en 1963, que “encarnan en la Argentina el cinismo político junto al arribismo sin paralelo. Se trata de un minúsculo grupo de desclasados. Observando lo que hacen estos sujetos se llega a la conclusión de que en sus manos hasta el trotskismo se convierte en mercancía que es vendida a vil precio a los enemigos de clase”.⁸⁸

“Palabra Obrera”

Durante 1956 el MAO (ex-GOM, ex-POR, ex-Federación Socialista de B.A.) publica *Unidad Socialista*. Es en el año siguiente en que deciden consolidar la influencia adquirida entre los obreros peronistas, practicando el “entrismo orgánico” al interior del peronismo. El nuevo nombre de la organización se confundirá con el de su periódico: “Palabra Obrera”, subtítulo “órgano del peronismo obrero revolucionario”. Según Ernesto González, se trataba de algunas “concesiones formales”, para ganar el derecho de “influir directamente la masa peronista”.⁸⁹ Para N. Moreno, es un “acuerdo técnico” con el peronismo (para los no iniciados: acuerdo técnico significa que, como antes, no hay acuerdo político con el peronismo).⁹⁰ Las concesiones no parecen haber sido tan formales ni el acuerdo tan técnico, si se tiene en cuenta que PO se titulará, más adelante “bajo la disciplina del Gral. Perón y del Consejo Superior Justicialista”, profesión de fe exagerada (las otras corrientes peronistas no la realizaban) destinada a espantar cualquier sospecha de “infiltración”.

Pero no se trata tanto de una tina cuestión de títulos o de formalidades. La política de PO era “la unidad de todos los antigorilas”: “En nombre del pueblo proscripto, reivindicamos la unidad de los antigorilas en el Congreso (de la CGT)”. (PO. 2/9/57)

Era una política destinada a promover, no la diferenciación de los sectores obreros peronistas más radicalizados que se enfrentaban con

⁸⁸ G. Lora, *La revolución boliviana*, op cit, p. 368.

⁸⁹ E. González, *Qué es...*, op cit.

⁹⁰ N. Moreno, *El golpe gorila de 1955*, op cit.

su dirección, sino la unidad “de todos los peronistas”. En consecuencia, la propaganda de PO era más papista que el papa:

“¡Por la unidad de las masas peronistas contra la reacción, los amarillos, los ‘libres’ y sus aliados comunistas!” (15/5/1958).

“No al balbinismo, ni al frondizismo, ni al pseudoperonismo!” (20/1/58)

“Perón está de acuerdo: el peronismo será dirigido por los obreros” (22/5/58)

“Comunicado del Comando Táctico. Orden general *Jefe*” (3/2/58)

“Gran fervor peronista en nuestra casa” (8/5/58) (Se trata de la celebración de la libertad de Ángel Bengoechea, director de PO, que estaba detenido en Ushuaia). Pero todo esto también significaba una orientación política. El peronismo había votado en blanco en las elecciones constituyentes de 1957, (voto que resultó - mayoritario). Cuando las presidenciales de 1958 se acercaron; la dirección política del peronismo (Alejandro Leloir) tentó alguna forma de composición con el régimen y de semi-legalización, lo que provocó un enfrentamiento con las agrupaciones peronistas combativas. PO aprovechó la ocasión... para jugar el papel de árbitro: “La acción decidida de *Palabra Obrera* ha permitido de dar el primer paso hacia la unidad del movimiento... Logramos el acercamiento de Leloir y el Bloque Obrero”. (8/1/58).

Ciertamente, la influencia de PO había crecido, pues se mostraba como una de las “agrupaciones peronistas” más activas. El periódico (legal) tenía un gran tiraje. PO abrió numerosos locales, y trabajaba estrechamente ligado a algunos futuros dirigentes sindicales peronistas (Loholaberry, Zakour, Marturana). Pero difícilmente PO lograría hacerse admitir en la mesa de negociaciones de la dirección peronista, aunque era su aspiración. “¡Organicemos un Congreso del peronismo!”, era su consigna preferida, “congreso” en el que PO aspiraba a consolidar la influencia conquistada. La pregunta es ¿para qué? La respuesta la daría la actitud de PO frente a la orden de Perón de votar a Frondizi en 1958, que contrarió a numerosos sectores combativos que habían luchado contra la Libertadora; y no querían apoyar a un gorila caracterizado. PO comenzó el año 58 llamando, como otras agrupaciones, a votar en blanco. Cuando llegó la orden, no pocas agrupaciones llamaron a desobedecerla; no fue el caso de PO: “salvemos la unidad de la masa proscripta llamando a aceptar de manera disciplinada la *orden del Jefe*” (Carta Abierta de *Palabra Obrera* a “Línea Dura”, una agrupación peronista combativa que llamaba a votar en blanco, en PO, 27/3/1958).

El triunfo electoral de Frondizi es saludado por PO como una “prueba de la unidad y de la disciplina del movimiento.” Las cifras electorales desmienten esa aseveración:

	1957			1958		
UCRI	1	847	603	3	299	765
UCR	2	106	524	1	998	756
En Blanco	2	115	861		620	0

Fraudes al margen, 30% de los electores peronistas dieron la espalda a “la orden del Jefe”, porcentaje mucho más alto en las circunscripciones obreras. Lo cierto es que difícilmente PO podía esperar, a partir de la opción adoptada, poder ejercer una influencia sobre los “sectores” obreros combativos del peronismo. “Andrés Delgado” constata que a partir de 1959 la influencia de PO comienza a decaer, pero lo atribuye al “reflujo obrero” y no a las posiciones sustentadas. Lo cierto es que, en su afán de ser más peronista que Perón, PO llegó a extremos ridículos o trágicos: “lo único que suavizó un poco el trago fueron dos hechos no decisivos pero sí interesantes: el fracaso del gorila Fidel Castro en lograr la huelga general en Cuba, y la resolución de Trujillo de conceder permiso permanente de residencia al Líder”. (PO, 17/4/58). Se explica; Batista y Trujillo eran los “Perón” del Caribe. PO fue más lejos: editó *Los vendepatria* de Perón, donde éste atribuía su caída al “comunismo internacional”. Pero ni las reiteradas profesiones de fe anticomunistas, anti-castristas y peronistas salvaron a PO de la acusación de “infiltrados”. En 1959, ésta es llevada adelante por ‘*El Nacional*’, *órgano del frondi-frigerismo* al que PO distinguió con su voto. En respuesta, los dirigentes de PO sostienen en un volante que sólo tienen con Perón divergencias de orden ... filosófico: “Los que firmamos este volante y que coincidimos por haber tenido una formación filosófica teórico-práctica marxista, como otros son católicos, protestantes, liberales nacionalistas, ateos, masones, agustinianos, etc., tenemos una trayectoria tan clara en defensa de los intereses del movimiento obrero, el pueblo y el país, que no tenemos ningún inconveniente en exponerla públicamente, pero eso sí, sin falsear ni confundir los hechos, como lo hacen los agentes de la reacción a tanto la línea.

...Que hubo infiltrados dentro del gobierno peronista, es claro que sí, pero esos infiltrados no son los que hoy buscan, los que contribuyeron a la caída del primer gobierno elegido por la amplia mayoría del pueblo argentino... el gobierno elegido por los descamisados.

...Así como *Línea Dura*, *Voz Peronista*, *Palabra Argentina*, *El Soberano*, *El Guerrillero*, *Norte* y otros seminarios expresaban o expresan corrientes de opinión dentro de nuestro movimiento, *Palabra Obrera*, también.

Alrededor de *Palabra Obrera* se nuclean los compañeros peronistas que tienen una concepción revolucionaria del justicialismo... tanto los que teníamos una formación teórico-práctica marxista-trotskista, como los compañeros que se formaron teórica y prácticamente, única y exclusivamente, durante el período del año 1943 en adelante. Pero tanto, unos como otros coincidimos con Perón y con el compañero Cooke en que el Justicialismo es el único Movimiento Nacional donde están representados todos los sectores sociales y en donde la clase trabajadora debe tener un rol acorde con su propio peso.

...Quedan muchas otras cosas que aclarar... pero nos remitimos a la colección de *Palabra Obrera*... Allí se podrá ver cómo independientemente de nuestras discrepancias con las otras corrientes de opinión, o simplemente opiniones que se dan dentro de nuestro Movimiento Justicialista, hemos sido soldados disciplinados de nuestros organismos partidarios..." (Hugo Bressano, Daniel Pereyra, Ángel Bengoechea, Ernesto González).⁹¹

A falta de una política alternativa, buena es una filosofía. Pero ni el anticomunismo ni las disquisiciones filosóficas salvaron a PO de la decadencia. En 1964, los 4 firmantes y unos pocos más hubieron de dar por terminado el "entrismo orgánico". Lo que el "morenismo" se llevó del peronismo fue aún menos que lo que dejó: la costumbre de la dirección peronista (comenzando por el propio Perón) de acusar de "infiltrados trotskistas" a cualquier sector combativo o disidente.

En el mejor teórico de esta corriente -Milcíades Peña- esta evolución cobró una forma paradójica. En 1958 "Hermes Radio" teorizaba en la revista *Estrategia* el "entrismo orgánico" de PO: "la lucha democrática por la legalidad del partido y del líder que agrupan a la clase obrera conduce directamente a la lucha socialista por el armamento del proletariado y la expropiación de la oligarquía", Si esto fuese cierto, se podía ahorrar la lucha por la organización y politización independiente del proletariado (o sea, el programa del trotskismo). Seis años después -1964- "Radio" Peña volvía de su ilusión, atribuyéndole la culpa a la clase obrera: "desde 1945 la clase obrera argentina, a nivel de actitudes y conducta, sobre todo de conducta, acepta el sistema social imperante... del conjunto de características que presenta la conducta de la clase obrera predominan, sobresalen,

⁹¹ J.E. Spilimbergo, "El socialismo en Argentina", vol. II

el quietismo, el conservadorismo... si en la Argentina la clase obrera desplegara una alta combatividad en procura de un objetivo puramente conservador, como sería la legalidad electoral para Perón, es probable que la clase se viera enfrentada a todo el sistema social.” Lo ilusorio no era, pues, el raciocinio político, sino creer que la clase obrera argentina es revolucionaria. ¿Las causas? Peña recurrió allí a las viejas teorías de Moreno: “El 17 de octubre de 1945 constituye la ‘justificación histórica’ del quietismo y del conservadurismo de la clase obrera argentina y, desde luego, de la burocracia sindical... Los trabajadores consiguieron alcanzar sus objetivos del momento sin movilizarse como clase sin emplear métodos revolucionarios”. A lo que agregó su propia cosecha sociológica: “Para la masa de trabajadores que llegaron a la industria de Capital Federal y Gran Buenos Aires provenientes del interior del país, incluso para aquellos que acamparon permanentemente en las villas miseria, el acceso a la industria implica un sustancial incremento en su nivel de ingresos y apreciable mejoría en sus condiciones de vida... Todo lo cual otorgó base material a una ideología conservadora.” De todo lo cual resulta “una clase obrera confiada en que ‘Dios es criollo’”.⁹² Donde el “análisis sociológico” sirve de sucedáneo del balance de la propia política. En términos políticos, el análisis del notariado teórico se reduce a un banal subjetivismo “puesto que la clase obrera no ha hecho lo que nosotros pensamos que debió hacer, ella no es lo que debería.”

Posadas y el Partido Obrero

El PO (T) se presentó a todas las elecciones después de la Libertadora, esfuerzo considerable para un pequeño grupo que lo hizo retroceder en el plano sindical. Los éxitos parciales obtenidos en el plano electoral alimentarán las ilusiones de Posadas de transformarse en un gran líder político internacional. En las presidenciales de 1958, el PO (T) obtuvo 15.424 votos, lo que ya era un progreso en relación a 1957. En las primeras legislativas bajo Frondizi, “El PO (T) propuso la formación de un frente único obrero electoral, englobando los sindicatos (las 62 peronistas, el MOU, el PC, el PS de izquierda), lo que fue rechazado por esas tendencias. El PO (T) obtuvo... 37.742 votos. En Buenos Aires (donde el PO (T) obtuvo 27.800 votos (el partido había obtenido, en 1958, 11.700. Pero el aumento de votos es más marcado en las zonas de mayor concentración

⁹² M. Peña, “Quietismo y conservadurismo en la clase obrera argentina”, en *Fichas de investigación económica y social* n° 3, septiembre 1964

proletaria. En el cinturón obrero de Buenos Aires, el PO (T) pasó de 5.294 votos en 1958 a 19.342 en 1960, un aumento del 265 %.

En algunos lugares de mayor influencia trotskista la cifra es más elevada: 471%. En Avellaneda, 641% en la Matanza, 556% en Quilmes, 459% en Berisso, 520% en La Plata. En Tucumán, donde los trotskistas se presentaban por la primera vez, obtuvieron 1.602 votos, contra 4.275 del PS y 3.300 votos del PC. En Córdoba, donde también intervinieron por la primera vez, obtuvieron 8.640 votos, contra 9.235 al PS y 7.736 al PC.”⁹³

Posadas ya se imaginaba como “gran potencia política” (la comparación de sus votos con los relativamente insignificantes del PC está destinada a impresionar al SI de la IV Internacional, cuya línea era el trabajo en dirección al PC). Mas para ello hacía falta un atajo en el camino de la construcción del partido (y no era en el PC donde se habría de encontrarlo, como en Europa). Posadas, al igual que Moreno, lo encontró en el peronismo, esto es, en el programa que los sindicatos peronistas combativos habían aprobado en Córdoba en noviembre de 1957. El PO (T) hizo de este programa, en el que el nacionalismo antiimperialista era llevado a formulaciones extremas, un “programa de clase independiente”, lo que tenía la ventaja de ahorrar a los trotskistas la lucha por imponer el suyo: “para que el proletariado pueda avanzar en la vida revolucionaria, tiene una necesidad imperiosa de un partido independiente de clase. Tiene ya un programa adoptado democráticamente por un congreso que será histórico pues ha marcado una nueva etapa en el progreso y la maduración ideológica de la clase obrera. Con el Programa de Córdoba debe participar en todas las luchas sobre los problemas concernientes a la vida del país”.⁹⁴

Para el PO (T), transformado en consejero de la dirección sindical peronista, ya no se trata sino de esperar que ésta se decida a poner en pie el “Partido Obrero basado en los sindicatos” con el programa aprobado. Lamentablemente para Posadas, tal dirección no se proponía tal cosa. Y el “Programa de Córdoba” no fue sino uno en medio de otros (los de “La Falda”, “Huerta Grande”, etc.) que Posadas agregaba imperturbablemente a la lista del futuro “POBS”. Así pasó el tiempo, hasta que en 1962 un congreso del Bureau Latino-americano (BLA) decide proclamar la “IV Internacional posadista”, que ya existía de hecho, pues el BLA poco caso hacía del SI. Posadas seguirá “aportando” al marxismo diversos comentarios sobre platos voladores,

⁹³ J. Posadas in “*Quatrieme Internationale*”, 1960.

⁹⁴ *Voz Proletaria*, 20/2/58.

elefantes, y hasta sobre circulación sanguínea (la que, según Posadas, desaparecerá bajo el comunismo), además de dirigir solemnes cartas al Bureau Político del PCUS (debido a que la burocracia soviética se ha “regenerado parcialmente”), sin olvidarse de calificar de “agentes de la CIA” a las tendencias políticas adversas (Moreno, Política Obrera, y hasta los Tupamaros). Desde entonces, el destino de esta tendencia se aparta de la política para ubicarse sobre el terreno, firme, de la psicopatología.

Surgimiento de nuevos grupos (Praxis, El Proletario)

Al menos en el plano ideológico, el trotskismo es un movimiento más amplio que las estrictas organizaciones que de él se reclaman. Por otro lado, toda esta situación de bandazos entre el sectarismo y el oportunismo, provocó serias crisis en el interior de los grupos trotskistas. No es de extrañar que durante la segunda mitad de los años 50 surjan grupos que intentan replantear el programa trotskista frente a la realidad argentina.

Se puede ubicar dentro de esta categoría al MIR-Praxis, fundado en 1956 por Silvio Frondizi. Aunque rechaza la etiqueta “trotskista”, reivindica la teoría de la “revolución permanente”, tal como la formulara en forma acabada Trotsky. Su periódico “Revolución” es dirigido por Marcos Kaplan. Este escribe: “las virtudes y limitaciones del trotskismo surgen de las condiciones históricas de la época en que se desarrolla y de su lucha contra el stalinismo... (que) le impuso el carácter de mera antítesis simétrica y no de síntesis superadora del stalinismo”.⁹⁵

Para Kaplan, esta es la raíz de la “predisposición a ceder ante la burguesía, sectarismo, atraso teórico” de los grupos trotskistas. Argumentos similares son desarrollados por la misma época por Liborio Justo, en “León Trotsky y Wall Street”. Se trata de una manifestación de “atraso teórico” más grande aun que la de los propios trotskistas. En efecto: el trotskismo se reivindica como continuación (y no superación) del leninismo, y como antítesis del stalinismo, al cual denuncia como la negación del bolchevismo, y al que no pretende integrar en ninguna “síntesis superadora (lo que supone reconocerle aspectos progresivos). Se critica al “trotskismo” sin entenderlo, atribuyéndole objetivos que nunca se propuso.

En *Revolución*, Marcelo Torrens critica en una serie de artículos (“Significado de la línea nacional y popular”) el oportunismo ante

⁹⁵ *Revolución*, n° 27, set. 1959.

el peronismo de diversos grupos de izquierda, incluyendo los trotskistas. Se intenta fundamentar una política revolucionaria que no caiga en el sectarismo antiperonista. Silvio Frondizi rechazaba el adjetivo “fascista” aplicado al peronismo por la izquierda gorila, pero lo descartaba como una dirección capaz de llevar a buen término la lucha antiimperialista, agregando, “el MIR, frente a ese problema, plantea como solución la formación de cuadros medios obreros manuales e intelectuales, que puedan llegar a ser grandes constructores sociales.”⁹⁶

O sea, más bien un “movimiento cultural” que un partido político revolucionario. Aquí están retratadas las limitaciones de Praxis, que acabará durante los años 60 transformado en una especie de grupo cultural, sin voluntad ni aspiraciones políticas.

De menos repercusión pero más importancia en el plano político parece haber sido el grupo *El Proletario*, encabezado por, José Murat (“Lima”). Este, un obrero ferroviario, nos informa: “*El Proletario* surgió por los comienzos del año 59, luego de una primera etapa de “activismo obrero” que le llevó todo su primer año de vida, y como consecuencia de la derrota de la huelga general de enero de 1959 efectuó un replanteo de su política convenciéndose de la necesidad de iniciar una etapa de reivindicación del programa revolucionario y de lucha ideológica abierta contra las tendencias oportunistas”.⁹⁷

El Proletario publicó, en 1959, 8 números de la revista *Nueva Izquierda*. Lima publica 4 folletos de crítica a los grupos trotskistas existentes (Posadas, Moreno, Ramos, MIRA). En el de crítica a *Palabra Obrera* (“Oportunismo y centrismo en la política obrera”) “Lima” responde a las teorías desarrolladas por “Hermes Radio” en *Estrategia*, fundamentando el “entrismo”: ¿provocará Perón una insurrección para volver o volverá para frenarla con su conocida posición de evitar derramar sangre argentina?... Sea valiente, diga que tiene razón contra el leninismo, no mienta en nombre de él. Siga, si quiere, luchando, por la vuelta de Perón, pero no lo haga en nombre del trotskismo”.

El Proletario criticaba el apoyo a Frondizi del PC de Moreno y Ramos, y pronosticaba que aquel llevaría adelante una política represiva contra el movimiento obrero y de entrega al imperialismo. En las “tesis sobre la revolución latinoamericana”, Murat-“Lima” defiende la utilización frente al peronismo de la táctica leninista del Frente Único Antiimperialista. En *Principios de un pequeño grupo político*, R.

⁹⁶ S. Frondizi en *Las izquierdas en el proceso político argentino*, p. 46.

⁹⁷ José Murat, “Lima”, *Contestando a la tendencia*, Ed. Baluarte, 1964.

Delgado define que el estallido organizativo de la IV Internacional está en la base de la dispersión y crisis de los grupos trotskistas argentinos. Todas estas manifestaciones que probaban que una renovación y un replanteo estaban en ciernes dentro del movimiento trotskista argentino.

Epílogo provisorio

El lector habrá advertido que nos hemos referido exclusivamente a la historia política del trotskismo argentino, dejando de lado aspectos como la difusión de sus principios políticos o sus contribuciones a la comprensión del desarrollo histórico y social de nuestro país, que sólo hemos mencionado de pasada. Tuvimos que ir a lo esencial, y en el caso del trotskismo, tendencia marxista, la teoría está al servicio directo de la práctica: es en la unidad de ambas que su programa se realiza. Lo que no impide reconocer un valor “en sí” a ciertas contribuciones teóricas, por ejemplo, la de Milcíades Peña, que se ha convertido en una referencia indispensable para el pensamiento histórico argentino, cualquiera sea su orientación. Pero no era este nuestro objetivo.

El balance del trotskismo argentino durante el período 1943-1960 combina dos aspectos: a) una historia de sucesivos éxitos pasajeros y fracasos duraderos, en la que el trotskismo se revela políticamente, débil y poco capacitado para “luchar contra la corriente” con su propia fisonomía. Así es como pasa del “Partido Obrero de la Revolución Socialista” de 1942, al “Partido Socialista de la Revolución Nacional”, de 1953, sustentando concepciones políticas opuestas, según la situación política imperante en el país en cada momento. Como hemos visto, éste no es un problema del “trotskismo argentino”: la(s) IV(s) Internacional(es) se encuentran ligadas a cada desarrollo y ruptura del trotskismo argentino, en el que se reflejan las crisis y reorientaciones políticas de su organización internacional. A su vez, la relativa independencia (nos referimos a la organizativa y no a la de criterio) que los trotskistas argentinos ganan en relación a los “centros internacionales” ya que estos se manifiestan incapaces de obrar como “partido mundial de la revolución socialista” los proyecta sobre el ámbito latinoamericano, donde su influencia será decisiva en el movimiento trotskista. b) La vitalidad programática, que permite a los militantes no confundir la crisis de las organizaciones con la crisis del programa, la que le asegura una continuidad y presencia constante, a través de la cual el trotskista se expresa en diversas formulaciones, que a su vez intentan someter su propia pasada a la crítica.

Una derrota y un triunfo. El triunfo es lo decisivo, pues la propia historia argentina de este período es una confirmación de la tesis fundamental del trotskismo para los países atrasados. A saber, que la burguesía no puede consumir la liberación nacional por su temor al proletariado y su dependencia del imperialismo, aunque queda protagonizar movimientos nacionalistas condenados de antemano al fracaso. La conclusión es que sólo la revolución obrera, dirigiendo y transformando el carácter de la revolución nacional, podrá consumir ese objetivo. Pero si esta conclusión sólo se expresa de modo negativo (la derrota a la que es conducido el proletariado por la carencia de una dirección revolucionaria) lo mismo ocurre con el trotskismo: su incapacidad para defender su propio programa lo llevan a la crisis en tanto que organización. Pero también por debajo de esta derrota continúa trabajando el “viejo topo”. En lo inmediato, es el balance de un fracaso lo que se plantea. La cuesta es difícil de remontar, pero la tentativa será hecha.

Capítulo IV

Del frondicismo al onganiato
(1960 - 1968)

La primera generación de los trotskistas argentinos, la que organizó los primeros grupos en la década del 30, fue constituida por militantes provenientes del Partido Comunista que adhirieron a la Oposición de Izquierda o a la IV Internacional. Fueron los Roberto y M. Guinney, los Pedro Milessi, Camilo López, Ostrovski, Héctor Raurich, Liborio Justo, Reynaldo Frigerio, Mateo Fossa. Eventualmente, algunos llegaron al trotskismo luego de un breve paso por el viejo tronco socialista, como Antonio Gallo, Esteban Rey; el propio Mateo Fossa pidió a Trotsky (en 1937) su afiliación a la IV, siendo militante del Partido Socialista Obrero. En esta generación encontramos a no pocos extranjeros.

Una segunda generación fue la que participó de la frustrada experiencia del Partido Obrero de la Revolución Socialista (1941), primera sección argentina de la IV Internacional, que duró poco más de seis meses. Agotada políticamente o desaparecida físicamente la primera generación, el rol dirigente va a ser asumido por militantes sindicales o estudiantiles sin pasado político remarcable: J. Posadas, Jorge A. Ramos, Nahuel Moreno, Miguel Posse, Aurelio Narvajas. Estos militantes reorganizan los grupos trotskistas cuando se produce el surgimiento del peronismo. Si no fueron capaces de constituir una organización unificada, ello no sólo se debió a sus grandes divergencias (que iban desde la caracterización del país hasta el análisis y la política a adoptar frente al peronismo), sino también al debilitamiento político y organizativo de la IV Internacional consecutivo al fin de la Segunda Guerra, que la llevará a una dispersión irreversible a

partir de 1952-53. Esta generación manifestó un gran dinamismo político: llegó a constituir organizaciones de cierta relevancia, y fue cabecera de las diversas tendencias trotskistas latinoamericanas, estructuradas de acuerdo con las divergencias de los grupos argentinos. En la evolución de sus posiciones políticas, sin embargo, se manifestó también toda la debilidad del marxismo argentino (y continental), el cual, a su vez, refleja la escasa diferenciación independiente del movimiento obrero, hegemonizado salvo casos excepcionales por el nacionalismo o el stalinismo. Aislados políticamente, los dirigentes trotskistas argentinos acabaron en apologistas de una u otra dominación política (en los casos de Moreno y Posadas, de ambas). Ramos, luego de romper con la IV Internacional y con el trotskismo, acabó como abogado político de la derecha peronista y del ejército. Posadas tuvo el dudoso privilegio de convertirse en un ejemplo mundial de la megalomanía política, llegando a bautizar su movimiento y sus ideas como “posadismo”. Moreno, sin llegar a abjurar totalmente de su etiqueta original, protagonizó una trayectoria política que simbolizó (incluso internacionalmente) el gangsterismo y la duplicidad políticas.

Una tercera generación surgió y se desarrolló, durante la “década peronista”, en el interior de las organizaciones creadas por la generación anterior. Los Adolfo Gilly, A. Heredia, Daniel Pereyra, Milcíades Peña, Jorge E. Spilimbergo, pertenecen a ella. Si un grado mínimo de honestidad política (y, a veces, hasta de equilibrio mental) los llevó finalmente a romper con sus “maestros”, esta generación no dejó de resentirse por las taras políticas de la anterior. Hay que señalar que la dispersión creciente del movimiento trotskista mundial no los ayudó en nada. Pero también realizaron, con mayor o menor conciencia, un esfuerzo por superar algunos aspectos aberrantes de las formulaciones teóricas y políticas de los dirigentes formados en los años 40.

Milcíades Peña

Peña fue un precoz militante trotskista. En el primer congreso del POR (Partido Obrero Revolucionario, liderado por N. Moreno) de diciembre de 1948, ya encontramos a “Radio” (pseudónimo de Peña) como delegado, cuando debía contar entre 16 y 17 años. Ciertas actas de enero de 1949 lo muestran como miembro del Comité Central del POR. Sin duda es ya desde esa época uno de los principales (si no el principal) teórico. En 1956 teoriza, desde las páginas de *Estrategia*, el “entrismo orgánico” en el peronismo de la corriente morenista, de la que se desvincula orgánicamente hacia 1957, manteniéndose políticamente solidario con ella (Nahuel Moreno, con su habitual

grandilocuencia vacua, lo definía al parecer como “el primer filósofo marxista de Iberoamérica”¹. Peña sólo criticaría públicamente al morenismo en un artículo póstumo, publicado cuando ya se había suicidado, a los 32 años de edad.

Poco se sabe sobre el suicidio de Peña: algunos testimonios indican su desilusión política, otros insinúan un chantaje psíquico de su “maestro” (N. Moreno). J. E. Spilimbergo llega a citar “el ala protectora -pero letal- de su increíble maestro.”²

El país carecía de una historiografía marxista, fuera de los cortos y fragmentados intentos de algunos militantes e investigadores. Algunos trabajos de Juan B. Justo no carecen de interés, sobre todo porque el dirigente socialista no acostumbraba arrodillarse ante los mitos de la historia oficial (ver, por ej., sus análisis sobre la Revolución de Mayo en *Teoría científica de la historia argentina*), pero no estaban inspirados en el marxismo -en el análisis de la formación y la lucha de las clases sociales- sino en la “ciencia positiva de la Historia”. Este positivismo de raíz idealista acabó fundamentando el liberalismo burgués del Partido Socialista. Aun así, las tentativas historiográficas del stalinismo (Partido Comunista) fueron un retroceso en relación a Justo: una caricatura de marxismo servía de fachada a la repetición aburrida y mojigata de los más viejos mitos de la historiografía liberal-mitrista.

Con el surgimiento del peronismo, algunos intelectuales marxistas, ya sea de origen stalinista (R. Puiggrós) o trotskista (Jorge A. Ramos), que adoptaron una posición favorable a aquél, tentaron darle un fundamento teórico, a través de una contraversión de la historiografía liberal, que alcanzó gran difusión a pesar de no pasar de eso: una versión al revés del liberalismo; tan idealista como éste, limitándose a colocar como sujetos históricos a las “fuerzas nacionales” y a la “anti-patria” allí donde aquel hablaba de “democracia y progreso” y de “reacción”, respectivamente. El marbete marxista sirvió aquí para barnizar temas que ya habían sido desarrollados por el revisionismo histórico de derecha (Irazusta), o por los publicistas nacionalistas de FORJA (Jauretche, Scalabrini Ortiz) en la década del ‘30.

Fue mérito del POR, a diferencia de las otras corrientes de izquierda, el tentar fundamentar su actividad en un análisis relativamente elaborado de la realidad argentina, de su formación histórica a

¹ J.E. Spilimbergo, *De la izquierda cipaya a la izquierda nacional*, Ed. Octubre, 1974, p.162.

² *Idem* p.163.

través de las formas de producción de la vida social, del surgimiento, desarrollo y lucha de las clases sociales. *Frente Proletario y Revolución Permanente* dieron cuenta, en forma de artículos y tesis, de ese esfuerzo. Contra los mitos liberales, se apeló al análisis de clase, y contra los mitos nacionalistas, se mostró la continuidad del dominio oligárquico (e imperialista) de la Argentina, aun bajo los gobiernos que eran aparentemente su negación. Pero en sus conclusiones históricas (y políticas) los análisis del POR pagaron tributo al liberalismo al que el “morenismo” se acercaba para combatir al peronismo. En el mejor estilo del viejo socialismo, se puso un signo igual entre el dominio directo de la oligarquía, y los movimientos que la enfrentaban enarbolando banderas democráticas o nacionalistas. Ahora bien, estos movimientos (radicalismo, peronismo) aun no siendo consecuentemente democráticos y antiimperialistas, aun concluyendo postrados ante la oligarquía y la opresión foránea, no dejaban de expresar convulsivamente, en la movilización de las clases explotadas que los sostenían, la rebelión de las fuerzas productivas nacionales contra el atraso oligárquico y la opresión imperial.

Así, en “La Argentina actual, económica y social” (*Frente Proletario*, n° 20, 20/8/1948), luego de un análisis bastante circunstanciado de la formación socio-económica argentina, se partía contra los mitos del peronismo (y de las corrientes de izquierda que lo apoyaban) con afirmaciones como éstas: “la UCR (de 1890 a 1916, NDA) tiene mayor masa electoral, pero eso es debido no al programa, sino al fenómeno accidental que el PDN (conservadores) fue partido gobernante y atraía el odio popular y de muchos descontentos... este partido es la negación del otro, pero la negación inconstructiva. Por eso bajo sus pilares se agrupan los descontentos del otro gobierno y partido. Y agrupa tanta gente porque su bandera, su programa, no es más que la negación del otro (...) El 17 de octubre es uno de los tantos golpes de cuartel ocurrido dentro de los gobiernos que surgieron después del 4 de junio... el gobierno de Perón no es producto de los cambios económicos que se produjeron o de los cambios de las relaciones de clases, por el contrario, surgido de los cuarteles, ha tenido que ir actuando al son de las necesidades de los explotadores del país, que son los mismos de siempre.”

Así, la lucha por la vigencia del sufragio universal, la movilización multitudinaria contra la intervención directa del imperialismo yanqui en la política argentina, no pasan de detalles. Por mucho empeño que se ponga, esto no pasa de sectarismo elevado a la categoría de análisis histórico. Por esos días, Angel Bengoechea, dirigente del POR, intervenía en un acto donde, en el mejor estilo

juanbejustiano del PS al que había pertenecido hasta poco tiempo atrás, “denunció cuál había sido la política del estado argentino en sus diferentes etapas, caracterizándolo como de exclusivo beneficio de los terratenientes y los imperialistas ligados a ellos... lo mismo Urquiza, que Yrigoyen, que Castillo y que Perón” (*Frente Proletario*, n° 21, 15/9/48). El mismo estado, todos lo mismo... ¿Y la lucha de clases? Según *Frente Proletario* (n° 20) “la vida social siguió su curso por arriba y a través de los partidos tradicionales”. O sea, estaba situada en otra parte, “por arriba” (tal vez en el cielo), y nada tenía que ver con los acontecimientos políticos. Corno se ve, este “purismo” que no ve lucha política de clases sino allí donde éstas se presentan claramente diferenciadas y con sus propios partidos, concluye negando la lucha de clases, enviándola al limbo.

Toda la fuerza y la debilidad del Milcíades Peña teórico e historiador consiste en haber defendido inteligente y consecuentemente estas posiciones (incluso cuando sus formuladores originales, entregados a fantásticos malabarismos en el interior del peronismo, procuraban enterrarlas en el rincón más oscuro del desván de los recuerdos). Fuerza, porque al sustentar la continuidad del dominio oligárquico-imperialista y la complicidad de la burguesía nativa con él, demolió los mitos de la izquierda liberal y nacionalista, que por todas partes encontraba míticos enfrentamientos a muerte entre “la burguesía industrial contra la oligarquía y el imperialismo”, o “revoluciones democráticas contra el feudalismo”. Debilidad, porque al no conseguir articular teóricamente las luchas de clases y las convulsiones políticas, no pudo caracterizar históricamente a unas ni a otras (cuestión esencial para un programa revolucionario), acabó rotulando a todas las direcciones políticas (desde Perón hasta la Libertadora) como “agentes del imperialismo” -sólo variando el imperialismo representado en cada ocasión- y, en su espera desesperanzada de ver manifestarse una clase obrera química (política)mente pura, concluyó, como veremos, negando su potencial revolucionario, y menospreciando sus luchas concretas.

Aun defendiendo posiciones semejantes a las expuestas, los artículos de “Hermes Radio” (Peña) en *Frente Proletario* se distinguen por la aguda penetración de los fenómenos, la sólida base empírica del análisis y la sobriedad de la exposición. En “El empréstito de 125 millones de dólares o ¡Braden o Perón!” (*F.P.*, n° 35, noviembre de 1950, se analizan las múltiples concesiones hechas por la misión Cereijo (ministro de Perón) al imperialismo yanqui, a cambio del reconocimiento diplomático de éste, concesiones que en sus aspectos financieros (pago de intereses exorbitantes y rescate de viejos

préstamos en condiciones dictadas por los EE.UU.) liquidaban la posibilidad de avanzar en la industrialización del país, a través del uso de las divisas acumuladas durante la Guerra. “Balance del IAPI” (*P.P.*, n° 37, enero de 1951) es un excepcional artículo, en el que se destroza contundentemente el mito de que ese organismo estatal de comercio exterior fuese un arma contra la oligarquía terrateniente o protegiese al país contra la voracidad de los pulpos comerciales extranjeros. El primer balance del IAPI arrojaba una ganancia de mil millones de pesos (que el artículo demuestra muy inferior a la ganancia real) y, luego de varios años sin balance, el segundo arrojaba una pérdida de 149 millones, con lo que el gobierno comenzó a vocinglear acerca de su sacrificio en favor de los productores agrarios. Peña respondía: “(EE.UU.) dispone de miles de millones de dólares anuales con el único fin de sostener los precios, o sea que existe con el único y exclusivo fin de perder dinero para evitar la ruina de los chacareros, mientras el IAPI existe con el fin no menos exclusivo de ganar todo el dinero posible para arruinar a los chacareros. El Instituto Australiano paga 4 veces más que el IAPI, así y todo obtiene ganancia y la reparte entre los chacareros”. Luego de desmentir, cifras en mano, las pérdidas del IAPI, y de mostrar la expoliación de los chacareros (pagados a precios bajísimos en comparación con los del mercado mundial) el artículo muestra cómo, a través de maniobras cambiarias y de la preservación de la propiedad terrateniente, la oligarquía sacaba la tajada del león: “El IAPI en realidad no realiza ninguna operación. Todo lo hacen los intermediarios por cuenta de éste. De tal manera el IAPI compró todos los cueros; quiere decir que cuando los adquirió lo único que ocurrió es que pagó al contado, corriendo luego los riesgos del negocio. Como los cueros pertenecían al IAPI, al conseguir venderlos, aunque sea con pérdidas, no lo hacía directamente sino que los exportaban los comerciantes, y así los mismos señores que se terminaban de salvar de un clavo, volvían a ganar suculentas sumas como comisión. En cuanto al tanino, no fue el IAPI quien resolvió, sino las compañías imperialistas, quienes resolvieron que el IAPI comprara porque ellos aumentarían la bicoca de 100 dólares la tonelada. Había peligro de que el producto no saliera y había que asegurarse. Luego, con la venta a precio de pérdida, la misma historia: La Forestal y cía. volvieron a ganar en concepto de comisión”. A través de mecanismos similares, el negociado se repetía con la carne, alcanzando cifras fabulosas. El prejuicio, en última instancia, corría por cuenta de los trabajadores argentinos, quienes pagaban por la carne argentina más que el consumidor inglés. Conclusión: “El gobierno declaró infinidad de veces haber terminado

con los consorcios imperialistas en el campo. Con lo único que terminó fue con sus riesgos y con la publicidad de balances, ya que aquellos no existen y éstos son demasiados jugosos. Los 600 millones de gastos comerciales son precisamente la parte de Bunge y Born, Dreyfus y Cía. Si los consorcios no se quejan no es porque no existen más, sino porque no tienen motivo de queja". ¡Brillante radiografía de la naturaleza de clase del nacionalismo peronista y de las raíces profundas del dominio oligárquico-imperialista, que se acomodaba y llegaba a sacar partido de las nacionalizaciones aisladas!

Cuestiones semejantes eran analizadas en otros artículos ("Las carnes", "Perón y SOFINA", "La próxima entrega"). En "La Argentina y el imperialismo" (*F.P.*, n° 48, 1/5/51) se muestra cómo el convenio de carnes con Inglaterra, junto a la devaluación de la libra, amenazó con llevar al país a la bancarrota, lo que motivó la protesta de la propia Sociedad Rural, y que Perón suspendiera los embarques de carne. La guerra de Corea abrió el mercado yanqui y la posibilidad de negociar en mejores términos con el imperialismo. Pero en el nuevo convenio con Inglaterra, Argentina "estipula su producción con vistas a colocarla en el mercado inglés casi totalmente, es decir, se reabre la puerta por donde pasan los lazos más tradicionales de la dependencia argentina: el monopolio inglés de la compra de la mayor parte de la producción ganadera argentina de alta calidad. Esto asesta un serio golpe a la posibilidad de liberar a la ganadería -y a toda la economía argentina- del yugo del mercado único imperialista, buscando otros lugares de colocación, produciendo para el mercado interno, etc. Quedan anulados los intentos de preparar una 'revolución ganadera' con vistas a colocar su producción en el mercado yanqui". El armamentismo imperialista, impulsado por la guerra de Corea, aumenta la demanda y precios de los productos primarios de los países atrasados, pero encarece y dificulta la importación de maquinaria e insumos industriales: "el gobierno 'industrialista' de Perón frenó el reequipamiento en la posguerra. Espera a la Argentina una época de debilitamiento de su estructura industrial, y la 'prosperidad' que pueda traer el aumento de las compras por el imperialismo consistirá en cuentas a nombre del país que el imperialismo liquidará cuando le convenga y en las condiciones que mejor le resulten". La crisis del gobierno peronista está aquí pronosticada, lo mismo que la futura decadencia industrial argentina. En 1957, Peña impulsó la publicación de *Estrategia*, revista abierta a todos los que se reclamasen del marxismo.

En *Estrategia*, Peña publicó por primera vez su trabajo "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina". Polemizando

contra los autores marxistas que habían descubierto el “nacionalismo revolucionario” de nuestra burguesía (Ramos, Puiggrós, Astesano), Peña va mucho más allá. A través de una documentada investigación, muestra: 1) la profunda integración económica y social entre la oligarquía terrateniente y la burguesía industrial, y entre éstas y el capital imperialista, 2) el carácter mezquino de los reclamos de la burguesía argentina al imperialismo, y su carácter de aliada de la penetración del capital extranjero. Conclusión: desde el punto de vista de la misión histórica de la nación (expulsar al imperialismo y conquistar la independencia nacional, expropiar a la oligarquía -reforma agraria) la burguesía nacional es una clase *contrarrevolucionaria* y *antinacional*. Lo cual “no significa que no tenga roces y encontronazos con el imperialismo, llegando incluso a buscar el apoyo de las masas trabajadoras. Pero en estos casos la burguesía no se propone liquidar al imperialismo, sino llegar a un acuerdo más provechoso con él”. Peña, sin embargo, no se explaya sobre lo que esos “choques” en que se movilizan las masas trabajadoras bajo direcciones burguesas, significan para el *conjunto* de las clases sociales, o sea, sobre la naturaleza *política* de los movimientos nacionalistas.

El artículo fue retomado en el n° 1 de *Fichas* (abril 1964), acompañado de otros que demostraban, mediante sofisticadas estadísticas, la farsa de la supuesta “industrialización” efectuada por Perón. Nunca la investigación científica sobre la naturaleza de la burguesía argentina había llegado tan alto. Jorge A. Ramos, con el estilo superficial y fraseador que le es característico, se erigió en defensor de la burguesía argentina en una crítica a *Fichas*. El resultado fue la demolición definitiva de Ramos como “teórico marxista” a través de una serie de artículos de Peña (“Una crítica a *Fichas* y una respuesta con fines educativos”) que marcaron el punto más alto de *Fichas* y de Peña como teórico revolucionario. Los artículos avanzan en una serie de cuestiones (naturaleza de la pseudo-industrialización en los países atrasados, atraso y desarrollo combinado en el campo argentino, la política económica del peronismo, tareas de la revolución latinoamericana) en relación a escritos anteriores de Peña. Sobre el “teórico del disparate” (Ramos) Peña dio la definición esencial: “El singular talento de este escritor consiste en escribir con especial desembarazo sobre cosas de que no sabe nada... es un impostor político que obviamente no cree ni una palabra de lo que escribe”. Invitado a responder en las propias páginas de *Fichas*, Ramos jamás respondió, ni en ellas ni en ninguna otra.

El punto débil de la crítica de Peña a Ramos es el de la crítica al nacionalismo peronista. Peña seguía atado a los esquemas elaborados

por su “maestro” Moreno casi dos décadas atrás. Para Moreno, el de Perón era un gobierno continuador de la “década infame”, con el agravante de que había estatizado las organizaciones obreras: era, por lo tanto, el gobierno más reaccionario de la historia argentina (con lo cual quedaba santificada la oposición gorila como el “mal menor”). No advirtió ningún carácter antiimperialista en las movilizaciones contra el contubernio bradenista: un enfrentamiento nacional contra el imperialismo yanqui, en el que los trabajadores habían intervenido, bien que bajo una dirección pro-burguesa, le pasó delante de las narices sin moverle un músculo. Peña definió entonces a los “movimientos nacionales” como siendo “en esencia la explotación política del proletariado por la burguesía nacional”, lo cual es cierto pero también unilateral si no se señala que reciben el apoyo obrero justamente porque constituyen un progreso histórico *objetivo* (o sea, independiente de la vocación capituladora de sus dirigentes) en relación al dominio incontrolado del imperialismo. Como a Peña no se le escapaba que ciertos movimientos nacionalistas llegaban a un alto grado de enfrentamiento, hasta militar, con el imperialismo (¡Egipto!), y que en esos casos el simple adjetivo de “reaccionario” era ridículo, decidió salir del atolladero mediante una pase de magia, afirmando que el nasserismo estaba llevando adelante una... revolución socialista.

Su caracterización histórica de la burguesía nacional fue unilateral (incompleta). Esto porque no sacó todas las conclusiones del hecho de que la imperialista es una opresión *nacional*, esto es, ejercida sobre todas las clases sociales del país oprimido. En palabras de Trotsky, la burguesía nacional de esos países es una clase “semi-dirigente y semi-oprimida”. En sus “choques” con el imperialismo llega a suceder que “la burguesía se une al campo de los revolucionarios, no por azar, ni por ligereza de espíritu, sino porque experimenta la presión de sus intereses de clase”. De este hecho objetivo, Trotsky no deducía que la burguesía poseyese insospechadas virtudes revolucionarias, ya que agrega inmediatamente que “por temor a las masas, abandona inmediatamente la revolución o manifiesta abiertamente en su contra un odio que hasta entonces había disimulado”. Pero aun así no consigue asociarse definitivamente al imperialismo en la explotación del país (lo que significaría que el imperialismo ha logrado superar su principal contradicción, la existente entre naciones opresoras y oprimidas), pues “tampoco puede pasarse definitivamente al campo de la contrarrevolución, es decir liberarse de cualquier nueva obligación de apoyar la revolución o al menos coquetear con ella, más que

cuando mediante métodos revolucionarios u otros (los de Bismarck, por ej.) consigue satisfacer sus aspiraciones fundamentales de clase".

En definitiva, "la cuestión de la naturaleza y de la política de la burguesía está resuelta por toda la estructura interna de clases en la nación que efectúa la lucha revolucionaria, por la época en que se desarrolla esta lucha, por el grado de dependencia económica, política y militar que une a la burguesía indígena con el imperialismo mundial y, finalmente -y esto es lo preponderante- por el grado de actividad de clase del proletariado indígena y por el estado de su unión con el movimiento revolucionario internacional."³ A Peña no se le ocurrió que las diferencias entre el nacionalismo peronista y el nasserista dependiesen de esos factores, en particular del último (el grado relativamente más alto de diferenciación social y actividad política del proletariado argentino), y no de una distinta naturaleza histórica de ambos. Vale decir que si la crítica de Peña era válida -y hasta brillante- contra los apologistas de la burguesía nativa, ella era insuficiente para caracterizarla históricamente y, sobre todo, para definir la política revolucionaria de la clase obrera en nuestro país.

Algunos trabajos históricos de Peña publicados en *Fichas*, y otros inéditos, fueron reunidos póstumamente en 6 volúmenes relativamente pequeños, bajo el título de *Historia del pueblo argentino*. Se trata de una obra de carácter altamente polémico, en la que Peña parte, en primer lugar, en cruzada contra los mitos corrientes de la historiografía oficial y de su contraversión nacionalista, desde la colonización española hasta la caída de Perón. Se trata de eso más que de una reconstrucción histórica profunda, basada en una amplia bibliografía y documentación. En realidad, como lo aclaran los propios editores, eran trabajos que Peña venía realizando como prolegómeno a una obra más vasta (como todo investigador riguroso, Peña había comenzado por la crítica de las teorías existentes sobre su objeto de estudio). En varios aspectos, Peña se limita a aprobar tesis ya expuestas por otros autores (por ej. Luis Franco, o el propio Nahuel Moreno, que había escrito un pequeño trabajo sobre el carácter capitalista de la colonización española). La obra de Peña no deja de tener, por un lado, una riqueza que le permite establecer las bases de una teoría marxista de la historia argentina, y por otro, un vigor y una vitalidad hasta entonces inéditos en la historiografía marxista, de la cual permanece como un modelo hasta hoy insuperado, y como la base de cualquier elaboración futura. Razón por la que Peña ganó, sólo con

³ L. Trotsky, Stalin. *El gran organizador de derrotas*, Ed. El Yunque, pp. 232-233 y 236-237.

esa obra un lugar de primer relieve en el marxismo argentino. Basta comparar su vivaz estilo con la aridez de la historiografía stalinista, para comprobar que aquí también la forma expresa el contenido: en un caso el marxismo sirve para hacer trabajar la propia cabeza, en el otro la fatigosa repetición de esquemas sustituye la ausencia deliberada de ideas propias.

El último volumen (*Masas, caudillos y élites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*) es el que más se resiente de las limitaciones políticas de Peña. Discutiendo contra los apologistas de la burguesía, Peña demuestra: a) que los gobiernos radical y peronista dejaron intactas las bases del poder oligárquico e imperialista b) que esos gobiernos estuvieron lejos de constituir la expresión orgánica de la burguesía nacional (o industrial), ya que esta no paró de conspirar contra ellos rechazando en especial las concesiones a las masas. La tesis, correcta en sí, es llevada adelante unilateralmente al punto en que se pierde toda diferencia con la oligarquía (Peña llega a definir a Perón como “agente del imperialismo inglés”). ¿Cuál es la razón del apoyo que, al menos inicialmente, les dispensaron las masas? Respuesta: la demagogia (verbal y material). Como en los viejos análisis del morenismo, se llega a las mismas conclusiones del liberalismo (Peña retorna incluso la vieja idea que su ex “maestro” ya había abandonado con vergüenza, de que los obreros luchaban para destruir la CGT, a pesar de reconocer al peronismo la “democratización de las relaciones obrero-patronales en los sitios de trabajo y en las tratativas ante el Estado”, lo cual, bien pensado, no es una pavada). El marxismo, la lucha de clases, la lucha antiimperialista, desaparecen: todo se reduce a un conflicto de camarillas que manipulan a las masas. Una vieja letanía de Moreno reaparece: el 17 de octubre de 1945 fue orquestado por la policía, no fue una movilización obrera. Como, aun así, es necesario explicar en qué diablos el peronismo se diferenciaba de los gobiernos anteriores, Peña apela a la noción de “bonapartismo” (gobierno que se eleva por encima de las clases, apoyándose ora en unas, ora en otras, para mantener el equilibrio general del sistema capitalista). Ahora bien, el bonapartismo es un *método de gobierno* -según Marx, correspondiente al equilibrio inestable entre las clases, característico de situaciones prerrevolucionarias- o sea, una forma en que se *manifiesta* su naturaleza histórica, no su naturaleza misma. Trotsky (en “Los sindicatos en la época de la decadencia imperialista”) constata que en América Latina, *todos* los gobiernos tienden a adoptar formas bonapartistas o semi-bonapartistas, dada la debilidad social de la burguesía indígena, comprimida entre las dos fuerzas decisivas de la sociedad (el imperialismo y la clase obrera), lo cual le impide (a

diferencia de los países imperialistas, donde el capitalismo se desarrolló sobre la base de sus fuerzas internas) ejercer el gobierno de manera directa y orgánica, debiendo relegarlo a burocracias civiles o militares, que pueden llegar a ejercitarlo con un grado relativamente alto de independencia en relación a la clase que las sustenta. Trotsky diferenciaba, en los gobiernos bonapartistas y semi-bonapartistas, aquéllos que tendían a apoyarse en el imperialismo contra las masas oprimidas, de aquéllos que hacían lo contrario para mejor negociar con el capital financiero, cuya dominación, no obstante, no pretendían destruir. A Peña no se le podía escapar la tipicidad de los gobiernos “populistas” en América Latina, pero estaba empeñado en demostrar que el peronismo en nada importante se diferenciaba de los gobiernos oligárquicos. Para ello apeló a la “excepcionalidad nacional”: Argentina era el país del “como si”. “El peronismo fue en todo y por todo el gobierno del ‘como si’. Un gobierno conservador que aparecía como si fuera revolucionario... una política de esencial sumisión al capital extranjero que se presentaba como si fuera a independizar a la Nación, y así hasta el infinito.”⁴ Perón es asimilado al conservadorismo; además, en lo que esto tiene de cierto (el antiimperialismo peronista concluyó en la postración frente al capital extranjero), ¿en qué se diferencia de gobiernos semejantes en otros países (MNR, varguismo, etc.)? Cuando la “excepcionalidad” (no la *especificidad* nacional) entra por la puerta, el marxismo sale por la ventana.

En la cuestión del peronismo se manifiesta claramente la insuficiencia del análisis de Peña sobre la burguesía. En los “choques” de ésta con el imperialismo, Peña se excusó de considerar la emergencia del *nacionalismo burgués*, que para él no existe como categoría política. Ahora bien, analizar y alertar para la impotencia histórica del nacionalismo burgués es el punto clave en la lucha por la Independencia política del movimiento obrero argentino (y latinoamericano). Asimilarlo pura y simplemente a la oligarquía y al imperialismo sólo podía conducir a los obreros peronistas, en el mejor de los casos, a encogerse de hombros. Combatido en nombre de la “democracia”, como hicieron el PC y el PS (o en defensa de los sindicatos dirigidos por éstos, como hizo el morenismo), conduce a prestar un servicio al imperialismo, que financia su propia “democracia” mediante la explotación colonial.

El marxismo de Peña, en cambio, sale por la puerta en un artículo, “El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo de

⁴ M. Peña, *Masas, caudillos y élites*, Ed. Fichas 1973 p.84.

la clase obrera argentina" (*Fichas*, n° 3, setiembre de 1964), destinado a polemizar, secundariamente con los apologistas "de izquierda" del peronismo, y principalmente (por primera vez) con los grupos trotskistas que dicen combatir al peronismo y a la burocracia sindical desde el punto de vista de la independencia de clase (son citados explícitamente el morenismo y el grupo *Política Obrera*, recién formado). Estos no habrían advertido que las luchas antiburocráticas, "transcurren dentro del marco de conservatismo y quietismo que es común a toda la clase. Los diversos antagonismos, conflictos y rupturas en el seno de la clase y de la dirección, nunca hasta ahora han derivado en ruptura del consenso conservador y quietista". En síntesis: desde la emergencia del peronismo, la clase obrera se ha vuelto conservadora (pues apoya, no a un partido de clase, sino a un movimiento burgués) y quietista (pues raramente utiliza métodos combativos y de clase para defender sus reivindicaciones).

En el estilo de la sociología académica, el artículo comienza por un "esquema referencial". En medio de éste, Peña declara que no cree en la supuesta "imparcialidad científica" de los sociólogos profesionales, para lo cual incluye la siguiente "referencia": "Nos gustaría (!) que el proletariado argentino, o al menos algún sector constituido en vanguardia, fuera conciente de (sus) intereses históricos y evidenciara disposición para luchar por ellos". Si se trata de una cuestión de inclinaciones, entramos en el dominio de lo arbitrario (al fin y al cabo, ya se ha dicho que sobre gustos no hay nada escrito). El marxismo (comunismo) no fue el producto de las inclinaciones personales de Marx, sino que se constituyó como la expresión teórica del movimiento real de la clase obrera. Marx rompió con la "izquierda hegeliana" declarando que no serían los filósofos quienes transformarían el mundo, sino "los obreros de Manchester y Lyon y las asociaciones por ellos creadas".

Peña escribe, y esto es lo fundamental, desde fuera del movimiento real de la clase obrera. Y ensaya algunas "definiciones": "si la clase obrera rechaza el sistema imperante, puede ser considerada como agente del cambio histórico... en el caso contrario, la clase obrera se comporta (funciona) como agente de conservación del sistema. Desde 1945 la clase obrera argentina, a nivel de actitudes y de conducta, pero sobre todo a nivel de conducta, acepta el sistema social imperante. Esto halla su expresión más visible en el apoyo de la clase obrera al peronismo...". La clase obrera es, pues, un "agente social" con "funciones" predeterminadas, fijadas de acuerdo con los "gustos" del autor. Demás está decir que este planteo ahistórico nada tiene que ver con el marxismo: es funcionalismo puro. Un apriori idealista

preside el análisis de la “conducta” y “actitudes” de una clase, como si se tratara de un juego de ajedrez. Si el apriori (el “gusto”) del autor fuera otro, otro sería el análisis, lo que prueba que los resultados de este método pertenecen al orden del subjetivismo (aunque el “gusto” declarado sea nada menos que el socialismo revolucionario).

Para demostrar que el apoyo al peronismo es un rasgo conservador, Peña recurre a las ideas ya expuestas sobre el origen histórico y naturaleza de aquél, sin dejar de embellecer previamente al stalinismo: para Peña la clase obrera francesa no sería conservadora porque vota al PC, que era en la época un “agente del orden” en Francia, tanto o más que el peronismo, a la sazón proscripto, lo era en Argentina. Debe hacerse notar que llega al punto de afirmar que “la movilización del 17 de octubre de 1945 fue espontánea, en el sentido de que los obreros salieron a la calle por su propia voluntad, sin que se ejerciera coerción sobre ellos; con tanta espontaneidad, en fin, como salen para ir a la cancha de fútbol o al cine”. El hecho de que la clase obrera saliera a la calle por un objetivo político, aunque no fuera un objetivo de clase, contra los representantes tradicionales de la oligarquía y el imperialismo yanqui, dejaba a Peña impávido.

El ejemplo relativo al “quietismo” es aún más ilustrativo: “si en la Argentina la clase obrera desplegara una alta combatividad en procura de un objetivo puramente conservador como sería la legalidad electoral para Perón (el texto es de 1964, NDA) es probable que la clase se viera enfrentada a todo el sistema social imperante y, llevada por la marcha de la lucha, se convirtiera en agente del cambio histórico”. Aquí el apriorismo idealista, que fija una conducta predeterminada a las clases (en política eso se llama manipulación) se mezcla con las propias ilusiones políticas de Peña. No se le ocurre pensar que, si la clase ha constatado la retirada sin gloria de Perón, y si su dirección peronista (con la que el morenismo, en el que Peña había militado, se hallaba altamente comprometido) no la organizaba para luchar contra los regímenes gorilas, que reservara entonces sus energías para luchar por causas más útiles, o sea, que tuviera del “conservatismo” peronista una idea mucho más profunda y precisa que la del propio Peña. Que la idea de Moreno de manipular a los “conservadores” obreros peronistas, disfrazándose de peronista, había calado hondo en el propio Peña, lo muestra otro párrafo: “independientemente de su contenido real, la jornada del 17 de octubre puede ser elevada por las alternativas de la lucha de clases a la categoría de símbolo y como tal inspirar en las masas un alto grado de combatividad y aun de enfrentamiento con el orden imperante”. Como para Peña el “contenido” del 17 de octubre fue el de un golpe militar-policial,

lo mismo valdría incitar a los obreros a la huelga en nombre de la Virgen María, ya que la mayoría de los obreros son católicos. “Pero” -constata Peña decepcionado- “hasta hoy el símbolo no ha logrado movilizar a nadie”. Y Peña, que repudia el “contenido” del “símbolo”, se lamenta de que los obreros no se movilicen por él. ¿Puede imaginarse desorientación más grande?

Peña no podía dejar de constatar que la clase obrera había protagonizado formidables combates contra los regímenes gorilas -incluso apoyados por Perón- como el de Frondizi. Así, “en 1959, cuando la policía de Frondizi entró a viva fuerza en el Frigorífico Nacional, la indignación corrió por los barrios obreros, una fábrica paró y arrastró a la fábrica vecina, los barrios obreros se convulsionaron y los trabajadores se volcaron a la calle”. A su manera, también constató el rol nefasto de la burocracia, que hizo abortar esas luchas: “en enero de 1959, la actuación de la burocracia sindical, mezcla de ineptitud y de perfidia, fue decisiva para extirpar esos brotes y lograr que la clase retornara al quietismo”. Lo sorprendente es que, en el mismo artículo, afirme que “no se ajusta a la realidad la descripción izquierdista de la burocracia sindical argentina como freno permanente a los impulsos de la clase obrera. Dado el quietismo y conservadurismo, la burocracia no tiene nada que frenar”. Sólo mediante la completa falta de lógica se podía extender un certificado de inocencia a la burocracia sindical.

Para Peña, la resistencia obrera en nada era responsable por la crisis política permanente instalada luego de la caída de Perón (ningún gobierno completó su mandato). Lo del “conservadurismo” y “quietismo” no designaba una *etapa* de reflujo en las luchas obreras (en ese caso, no hubiera sido necesario acuñar esos términos) sino una característica *histórica* de la clase. ¿Sus causas? Las mismas apuntadas por los sociólogos de la “modernización”: el nivel de vida relativamente más alto obtenido por los trabajadores rurales proletarizados durante las décadas del 30 y 40. Con el agregado de que esas mejoras fueron otorgadas “desde arriba” por un Estado paternalista (el peronismo). Con esto, Peña ignoró, al igual que las luchas obreras contra el gorilato, el importante período de huelgas (registradas por las estadísticas oficiales) que precedió al ascenso peronista (1944-45). Y también las luchas desarrolladas bajo el gobierno peronista para preservar las conquistas alcanzadas, y transformar a los sindicatos en canales de movilización, de las que las huelgas azucarera y metalúrgica son los ejemplos más conocidos. Para Peña esto no contaba: la argentina es “una clase obrera confiada en que Dios es criollo”, y

llega a compararla -políticamente- con el estado de las masas rusas en el siglo XIX.

Otra cosa es que las luchas obreras no hubieran dado lugar a una expresión política independiente (un partido obrero). Para comprender esto era necesario analizar la política de las direcciones obreras (reales y alternativas). Pero para Peña esto era perfectamente inútil, pues la clase obrera debía redimirse previamente de su “pecado original”: el peronismo. Con este expediente, se evitaba analizar a la burocracia, a los partidos de izquierda, y en particular a los fantásticos consejos que su corriente política había dado a los obreros azucareros en huelga: “romper con la CGT” (pocos años después; y bajo el mismo gobierno, pedía un “gobierno obrero de la CGT”). ¿Qué importan los errores de las direcciones, si la clase es culpable en su conjunto? Los errores de la izquierda son irrelevantes, pues sus esfuerzos estaban condenados al fracaso de antemano (y esta sí es una conclusión “conservadora” y “quietista”). Y a la espera de que la clase obrera se “comportara” de manera combativa y revolucionaria (según los moldes creados por su imaginación), Peña se evitaba pedirle a su corriente que se redimiera de sus pecados sectarios y oportunistas.

El mérito de este artículo póstumo de Peña es su consecuencia: lleva hasta el final los presupuestos teóricos y políticos del morenismo, y muestra donde conducen (hacia la ruptura con el marxismo y con la clase obrera). El suicidio de Peña, en la medida en que tuvo motivaciones políticas, resumió el drama de una generación de revolucionarios argentinos.

Silvio Frondizi

El hermano del presidente Arturo Frondizi tuvo una formación y trayectoria completamente diferentes. Formado abogado, fue profesor universitario (destituido por el golpe de junio de 1943) y, desde los años 30, considerado una de las mayores promesas de la intelectualidad argentina. Aun ingresado al movimiento revolucionario, nunca rompió con esos orígenes, lo que lo llevó a crear “sus” organizaciones en un molde extremadamente personalista: sus compañeros eran tratados como “discípulos” o “colaboradores”. Desde los años 40 produjo una importante obra sociológica y política; a pesar de inspirarse ampliamente, en sus análisis, en Trotsky, rechazó el adjetivo trotskista. Consideraba que cualquier camiseta le quedaba chica, y para justificarlo se creyó en el deber de enmendarle la plana a Marx, Engels, Lenin y Trotsky, llegando al ridículo de decir que el autor de la monumental *Historia de la Revolución Rusa*, “carecía de

jerarquía científica” y “jamás hubiera podido escribir obras científicas”.⁵ En sus libros abusó, además, de la primera persona del singular, rasgos individualistas mezquinos que empuqueñecen su obra y su trayectoria, a la par de dejar un amplio flanco para el ataque de sus adversarios (Liborio Justo lo llamaba el “Profesor Plon Plon”); Milcíades Peña lo explotó en su folleto “Profesores y revolucionarios: un trostkista ortodoxo responde al Prof. Silvio Frondizi” -en el que lo llama “el Guillermo Stábile de la revolución”-.

El mérito indiscutido de Frondizi es el de haber tentado definir (principalmente en sus dos volúmenes *La realidad argentina*) un programa revolucionario *acabado* para nuestro país, estudiando las tareas *objetivas* (agrarias, industriales, nacionales y democráticas) de la revolución *proletaria*, en un determinado estadio del desarrollo (y descomposición) del capitalismo mundial y nacional. La propia obra de M. Peña (que colaboró en algunos capítulos del volumen mencionado) debe mucho a esa tentativa, realizada por primera vez de manera completa y orgánica. Silvio Frondizi evolucionó de su liberalismo original (*El Estado moderno. Ensayo de crítica constructiva*, 1945) hacia un análisis marxista de la totalidad de la evolución económico-social. En función de ese vasto objetivo, sometió a crítica la trayectoria teórica y política de la izquierda marxista argentina (stalinista, neo-stalinista -Puiggrós, Real- diversas variantes del trotskismo) poniendo de relieve su carácter reformista (anti-marxista) en el caso del stalinismo, y sus incoherencias y empirismos (trotskistas). Con independencia de sus conclusiones, esta crítica significó un momento decisivo en el balance y superación del trotskismo argentino (“la verdad es la verdad así la diga Agamenón o su porquero”). La crítica era certera: Peña, en el folleto mencionado, para defender al morenismo se vio obligado a deformar su historia (por ej. afirmando haber planteado “la ruptura de la CGT” y no, como fue realmente, “ruptura *con*” o “*destrucción de*” la CGT) además de dejar sin respuesta varias críticas (el apoyo al golpe proimperialista de 1946, en Bolivia, que no era más que la versión internacional de su política “nacional” frente al peronismo).

La contribución de Frondizi a la formulación de un programa revolucionario -para lo que sintetizó críticamente la literatura marxista existente- y a la superación del empirismo y los errores de la actividad revolucionaria es, por lo tanto, indiscutible. Una serie de características la debilitaron:

⁵ S. Frondizi, *La realidad argentina*, tomo II, “La revolución socialista”, Ed. Praxis, 1956.

a)- Para definir al capitalismo mundial de posguerra creó una “teoría de la integración mundial capitalista”, “etapa cualitativamente diferente del imperialismo” -“superando” a Lenin- caracterizada por el mando único de los EE.UU., y por la inversión industrial en los países atrasados (la etapa “imperialista”, dominada por Inglaterra -propietaria de colonias- se habría caracterizado por la inversión de capital-dinero, empréstitos). Teoría débil: en Lenin, la teoría del imperialismo no se define por la exportación de capital-dinero, sino de *capital* (dominio mundial del capital *financiero*); Argentina era justamente un caso en que la penetración temprana del capital financiero se había asociado al desarrollo industrial (ver volumen anterior). Además, Lenin sacaba las conclusiones *políticas* de su teoría (opresión nacional de la mayor parte de los países por un puñado de naciones imperialistas, tendencia mundial a la supresión de la libertad), Frondizi no. En suma, una teoría que impedía comprender la situación precisa de Argentina en un estadio determinado del sistema imperialista.

b)- Analizaba, correctamente, la incapacidad *histórica* de la burguesía nacional y de la pequeño burguesía para encabezar la lucha por la liberación nacional y la revolución democrática; pero *no* el balance *político* de esa incapacidad (o sea, de la *evolución política* -lucha de clases- en Argentina). Definía al peronismo como “la última tentativa de revolución democrático-burguesa” -lo que supone atribuirle la representación orgánica de una burguesía interesada en tal revolución-. En desmedro de la tentativa de salvataje del sistema capitalista en su conjunto (*imperialismo* incluido) que el peronismo representaba, materializada en sus métodos bonapartistas, y de la *crisis* que eso significaba para el *Estado* argentino (dependencia del movimiento obrero, sobre cuya trayectoria en función de las tareas históricas de la revolución tampoco se sacaba un balance, limitándose a definirlo como “la única clase revolucionaria”).

c)- En consecuencia de ello, perspectivas políticas muy limitadas. Silvio Frondizi proponía “una fuerza que agrupe a todos los elementos progresistas de los actuales partidos y que canalice las fuerzas obreras, particularmente la peronista”.⁶ No superaba el empañamiento político de toda la izquierda (incluidos los trotskistas) en la noción de “heredar al peronismo”, noción oportunista (aprovechemos que el jefe no está para robarle las tropas) y capituladora, pues no luchaba contra la influencia política del *nacionalismo burgués* en

⁶ S. Frondizi en *Revolución* (órgano del MIR), 1/8/ 1958.

el movimiento obrero para construir, en su seno, el *partido obrero independiente*.

d)- La limitación política estrechaba el horizonte *social* de la revolución, mezquinamente democrático: “la corriente popular puede luchar basada en los principios fundamentales de nuestra Constitución... de tipo burgués liberal (pues, en aquel sistema el pueblo es el soberano y titular del poder constituyente de la Nación)”.⁷ Acababa presentando la revolución socialista como compatible con la democracia burguesa, ignorando la revolución *proletaria* (destrucción del Estado burgués).

e)- Incomprensión del marxismo como *unidad* de teoría y *práctica* revolucionarias. Frondizi se oponía a un partido de *combate* (de “tribunos del pueblo” en la definición de Lenin en *¿Qué hacer?*): “hemos buscado solucionar estos problemas, más que en la agitación incontrolada de masas, de corta duración y poco efecto, en la formación de cuadros medios obreros e intelectuales que puedan llegar a ser grandes constructores sociales del mañana”.⁸ Una organización “cultural” de intelectuales y obreros asimilados a ellos, y no una organización de lucha de obreros e intelectuales asimilados al proletariado.

f)- Lógicamente, crítica absurda y reaccionaria de la corriente revolucionaria -el trotskismo- a la cual, no pudiendo criticar su programa (en el que Frondizi se basaba) acusó de haber heredado los rasgos personales (negativos) de su fundador. S. Frondizi creía probar la “mezquindad” de Trotsky en la biografía, poco elogiosa por cierto, de Stalin escrita por aquél. Peña respondió correctamente: “Lamentablemente para el prof. Silvio Frondizi su obra aparece en días en que la propia casta privilegiada que elevó a Stalin trata de salvarse hundiendo al inefable de ayer. Krushev revela veinte años después la mezquindad de Stalin, que Trotsky ya había puesto en evidencia, documentos en mano, en su biografía del gran organizador de derrotas y de crímenes. No hay en el *Stalin* de Trotsky ni una sola línea de ataque personal, ni un solo adjetivo que no esté respaldado por hechos... tenebrosa psicología que Trotsky descubre iluminando sus raíces históricas y sociales y que Krushev pone ahora en evidencia con revelaciones... Después del XX Congreso del PCUS esperamos que Silvio Frondizi nos explique si el pronóstico central del *Stalin* de Trotski -‘el gobierno monolítico stalinista es un mito’-

⁷ S. Frondizi, Argentina. *La autodeterminación de su pueblo*, Ed. Ciencias Políticas, 1973, p.161.

⁸ S. Frondizi, *La realidad argentina*, t.II, pp. 226-227.

prueba también la pequeñez de Trotsky”.⁹ S. Frondizi proponía la “superación del stalinismo y del trotskismo”... en él mismo.

Su obra es tan contradictoria como su trayectoria política. Su grupo *Praxis* acabó disolviéndose: algunos de sus miembros pasaron a traducir la obra del “maestro” al lenguaje académico de las ciencias sociales (Marcos Kaplan), otros aprovecharon sus elementos revolucionarios para un balance y reagrupamiento del trotskismo argentino (Marcelo Torrens, Jorge Altamira, Roberto Gramar). Silvio Frondizi se convirtió en un francotirador de trayectoria política más incoherente que las por él criticadas: en 1973 fue candidato a senador por el FIP de J. A. Ramos (cuya “izquierda nacional” había definido como “grupo a sueldo de la burguesía nacional”). Paralelamente, como abogado, asumió la defensa legal de sindicatos y perseguidos políticos. El intelectual heredero de la tradición de la Reforma Universitaria no se transformó en el dirigente revolucionario, pero, como dijo G. Lora, “era todo un hombre, sus equívocos los subrayó con su sangre”.¹⁰ En 1975, las AAA del gobierno peronista montaron un vasto operativo, rodearon una manzana entera, para asesinarlo salvajemente.

El Partido Comunista Argentino y el trotskismo

La burocracia de la URSS produce periódicamente libros-panfleto contra el trotskismo, soportables sólo por lectores provistos de máscaras contra gases letales. En todos ellos se insiste en que el trotskismo “no representa nada” en ningún lugar, que no tiene pasado, presente ni futuro, para, acto seguido, atribuirle “conspiraciones contrarrevolucionarias” en todos los puntos del planeta. Los dirigentes rusos otorgan así al trotskismo ese don de ubicuidad que la burguesía suele atribuir al comunismo (“Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo”, comenzaba el *Manifiesto* de Marx y Engels).

El libro de M. Basmánov (*La esencia antirrevolucionaria del trotskismo contemporáneo*, Moscú, Ed. Progreso 1973), “candidato a Doctor en Ciencias Históricas” (!), resume la metodología de esas obras. Después de quejarse de que “el estudiantado no posee la inmunidad contra el trotskismo que tiene la generación mayor”, acusa a los trotskistas de “haber saboteado la lucha antifascista”, sostiene que Trotsky “consideraba que en las condiciones del imperialismo era imposible

⁹ M. Peña (“Hermes Radio”), *Profesores y revolucionarios: un trotskista ortodoxo responde al Prof. Silvio Frondizi*, 1956, mim., p.5.

¹⁰ G. Lora, *Contribución a la historia de Bolivia (Historia del POR)*, La Paz, Ed. Isala, 1978, p.302.

en general un serio movimiento de liberación nacional” y concluye en que “los trotskistas tratan de inculcar a los trabajadores la idea de que la lucha por el mejoramiento de la situación material es vana” (págs. 9, 131 y 150). Todo, desde luego, sin la menor prueba, contra la realidad (ver nuestro volumen anterior, n° 91, y los numerosos escritos de Trotsky con respecto a esos temas), un enhebrado de calumnias tan vulgares que ponen en evidencia que, para la burocracia, el movimiento obrero mundial está compuesto por retardados mentales. Ni una palabra sobre el “método” de lucha contra el trotskismo preferido por los dirigentes de la URSS: el asesinato (decenas de miles de trotskistas fueron masacrados en los campos de concentración siberianos, en la década de 1930, y en la guerra civil española), incluyendo el del propio Trotsky, sobre el que el libro tiende un manto de silencio (quien calla, otorga).

Los stalinistas criollos también ensayaron, obsecuencia obliga, este tipo de “literatura”. *¿Qué es la izquierda?* (Cuadernos de Cultura, n° 50), volumen publicado en 1961, reunió para ese fin las firmas, entre otros, de Ernesto Giudice, Juan C. Portantiero y Héctor P. Agosti.

Giudice sólo se refiere a los trotskistas como “provocadores”. Contra uno de ellos -Silvio Frondizi, quien afirmara que “las concesiones demagógicas del gobierno de Perón dislocaban al sistema capitalista”, por lo que “el peronismo se tornaba totalitario cuando debía readaptar a los obreros a un trabajo intensivo”- responde: “(según Frondizi) el peronismo habría abierto en el país el camino de la revolución proletaria, socialista, inmediata, integral. Y esto no es poco reconocimiento al peronismo... el peronismo aparece como el propulsor de la revolución proletaria. Poco costaría asignar al Partido Peronista, apenas se depurara de (su) error, el liderazgo revolucionario, marxista, en la Argentina”. Luego de esta respuesta digna de una antología del disparate, Giudice advertía contra “los trotskistas convictos y confesos”, junto a los cuales “nunca debe marcharse juntos”.

Tiempo después (31/7/1962), V. Codovilla saludaba al PSAV (Partido Socialista Argentino de Vanguardia) “que ha expulsado a los trotskistas y va a formar un partido único con el PC”. En el PSAV existía una corriente “trotskista” liderada por Miguel Posse (“Oscar”); ex-dirigente del PORS (1941) y de la UOR-*El Militante* (1945-1953). (“Oscar” había llegado a apoyar el retiro electoral de las listas del PSAV en favor de los peronistas).

Frondizi, además, era culpado de haber visitado Yugoslavia por invitación del gobierno de Tito: el PC no sólo pretendía el monopolio

del “marxismo”, sino principalmente el de las agencias de viajes a Europa del este.

Portantiero ya era más dado a la sutileza: “el trotskismo de las bases -y a esta particularidad me refería cuando decía que no todos los trotskistas son provocadores- es un estado emocional de excitación verbalista, propio de la rebeldía de la juventud pequeño-burguesa en los momentos de crisis histórica. Muchos se llaman trotskistas sin serlo en realidad: son meramente extremistas infantiles, con un fondo de honestidad primaria, de la que se aprovechan los dirigentes de esos movimientos para lanzarlos contra el PC y la URSS”.

La trayectoria ulterior de Giudice y Portantiero confirmaría que también existen los que se dicen comunistas sin serlo. En esa época, un punto de choque entre socialistas y trotskistas era que éstos postulaban la “defensa incondicional de la URSS” contra cualquier ataque exterior (imperialista): Portantiero calumniaba concientemente. El hecho de que estos “intelectuales” pasaran, tiempo después, a criticar al PC desde el campo del peronismo, y a la URSS desde el de la “democracia” a secas (posición del imperialismo), sólo ilustra las oscilaciones en el mercado de los plumíferos de la teoría política, amén de la propia crisis del stalinismo. El stalinismo no es sólo una corriente contrarrevolucionaria: es también una escuela de la infamia. Pero no escapa a las leyes de la vida: “cra cuervos que te sacarán los ojos”.

El posadismo como ejemplo

J. Posadas murió en mayo de 1981 en Italia. La dirección de la “IV Internacional posadista” dijo que “con su muerte se interrumpe la conciencia más elevada de la inteligencia humana, que concentraba en su pensamiento y en el ejemplo de su vida la continuación de Marx, Engels, Lenin, Trotsky y los bolcheviques. Se extingue la fuente de elaboración de las ideas científicas y de la conducta humana comunista más pura y completa. Deja un vacío en la Historia”.¹¹ Posadas era el profeta, no ya de la revolución, sino también de la conquista del espacio y de la “integración del hombre en el cosmos”. Para ese entonces, ya hacía tiempo que el humor popular argentino había rendido cuenta del patológico mesianismo de Posadas, rebautizando *Voz Planetaria* su periódico (*Voz Proletaria*). Veamos el camino de esta locura.

¹¹ Comunicado del SI de la IV Internacional Posadista, *Frente Operária*, Sao Paulo, n° 396, 29/7/1981.

En 1959 Posadas se proclamó candidato a la secretaria general de la IV Internacional, siendo derrotado por Livio Maitán. En 1962 rompió con el SI de la IV y, sobre la base del Buró Latinoamericano, proclamó “su” IV Internacional. Acusó a los dirigentes europeos de “intelectuales incapaces de una intervención dirigente en la lucha de clases” (el SI se guiaba por la teoría pablista, que proclamaba la imposibilidad histórica de tal cosa). Posadas estaba impresionado por sus propios éxitos en América Latina: progreso electoral en Argentina, escisión mayoritaria del prestigioso POR boliviano, intervención en la Revolución Cubana, acercamiento de la guerrilla guatemalteca del teniente Marco Antonio Yon Sosa a la IV Internacional. Éxitos pasajeros: los votos en Argentina cayeron hasta que Onganía suprimió las elecciones; en Bolivia, el POR (Vargas) fue puesto en la clandestinidad por la dictadura de Barrientos (1964), y también fue derrotado políticamente por el crecimiento de la fracción trotskista (POR) de Lora; en Cuba, una provocación stalinista puso al POR en la ilegalidad y a sus dirigentes en la cárcel; en Guatemala, la guerrilla (MR 13) acabó acusando a los trotskistas de robo (recordar los discursos de Fidel Castro contra el trotskismo en la Intercontinental).

Frente a estos fracasos, el refugio en la ficción: en 1967, un congreso mundial de la IV de Posadas (Montevideo) proclamó el “posadismo”, nueva etapa histórica del marxismo. De ahí en más -crisis de los misiles cubanos mediante- las “cartas abiertas” a las direcciones de los PPCC de la URSS y China, los consejos a éstas de declarar una “guerra atómica preventiva”, los consejos a los militantes para plantar lechuga y conectarse rápidamente con el profeta en caso de guerra, las divagaciones sobre elefantes, la locura galopante. Cuyo fondo racional no es otro que la vulgarísima idea del anacronismo de la revolución proletaria en la época de las bombas atómicas y de los viajes espaciales (y de los platos voladores) que ya había sido teorizada por M. Pablo (ex secretario general de la IV) en 1952. Posadas la llevó hasta el final pasándola por el filtro de su portentosa incultura. Y con iguales conclusiones: como la humanidad ha de seguir adelante, la burocracia soviética es encargada de realizar, a su modo, la “transformación socialista”, los trotskistas serían la “conciencia” del proceso -una especie de Espíritu Absoluto-, los consejeros de la burocracia. El “posadismo” consistió en bautizar esto como “teoría de la regeneración parcial de la burocracia”.

En América Latina, la burocracia (los PPCC) son una fuerza secundaria. ¿Quién hará la revolución, entonces? Según Posadas, los propios estados existentes, los que se caracterizarían por una “dualidad interna de poderes” (!). Estados revolucionarios, en los que

“una burguesía que ya no sólo es antiimperialista, sino que ya no cree demasiado en el funcionamiento del capitalismo, al no ser antisocialista, es arrastrada objetivamente a establecer nuevas situaciones revolucionarias”. La burguesía, convencida de que no puede realizar la revolución democrática, optaría por... el socialismo. “Son *estados revolucionarios*, no gobiernos revolucionarios. Los gobiernos pueden cambiar. Los estados no cambian, porque han alcanzado una estructura de propiedad... proponiéndose conservar en el terreno de la ganancia, de la acumulación del capital concentrado sino mínimamente... tiene que tomar como ejemplo a los estados obreros... ya atentan contra el sistema capitalista, y en un cotejo entre medidas económicas capitalistas y de estado obrero, ganan las del estado obrero”.¹² Ejemplos: Bolivia y Perú. Hasta Lenin y Trotsky, sabíamos que el proletariado puede reemplazar a la burguesía en la dirección de la revolución burguesa (democrática); a partir de Posadas, ¡la burguesía reemplaza al proletariado en la dirección de la revolución proletaria! Las medidas nacionalizantes de los gobiernos militares peruano y boliviano, aisladas, no garantizaron la independencia nacional (véase el fabuloso endeudamiento externo e intervención del FMI), la reproducción del capital no sólo se adaptó a ellas sino que impuso serios retrocesos al proceso nacionalista. El Estado, eso sí, no cambió, pues la burguesía (que sigue creyendo a pies juntillas en el funcionamiento del capitalismo) se sirvió magníficamente de la estatización del movimiento obrero realizada por los “revolucionarios”, para garantizar la continuidad de ese Estado, “más obrero que burgués”, a través de alevosas masacres de obreros (recuérdese la seguidilla de golpes militares en Bolivia). Posadas, que empezó haciendo la apología de la burocracia, concluyó haciendo la de la burguesía.

En Argentina, algunas consignas del PO (T) posadista, progresivas en relación al desfarrapado oportunismo morenista (por ej. *Partido Obrero basado en los sindicatos*), quedaban desvirtuadas por el sectarismo del grupo, que en la práctica actuaba como si ya fuera el partido obrero. El posadismo fue así perdiendo la influencia sindical (metalúrgicos, ferroviarios) conquistada en su auge. Su mesianismo solipsista lo llevó a calificar de “agentes de la CIA” a todas las organizaciones que tentasen una actividad revolucionaria fuera de los aparatos burocráticos: Política Obrera, los Tupamaros, el PRT y muchos otros fueron gratificados con el epíteto.

¹² J. Posadas, “El Estado Revolucionario”, en A.J. Pla, *La burguesía nacional en América Latina*, CEAL, 1971, pp.90-94.

Algunas organizaciones autocalificadas trotskistas creen que basta citar los aspectos demenciales del posadismo para liquidar el asunto. Se equivocan: *de te fabula narratur*. En 1981, el “lambertismo” francés (actual PCI) y el morenismo convergieron en un efímero “Comité Internacional de la IV”. Los primeros se distinguían por haber caracterizado de “agentes de la CIA”, “del KGB” y “del fascismo” a sus adversarios políticos. El PST argentino había recusado una lista electoral clasista única con Política Obrera insinuando calumniosamente una vinculación de ésta con el Departamento de Estado. El Comité Internacional adoptó unas larguísimas tesis cuyo eje eran la esencia del pensamiento pablista-posadista: la imposibilidad de construir partidos revolucionarios antes de la revolución, por lo que ésta deberá ser ejecutada necesariamente por el stalinismo y el nacionalismo. Ello no impidió que, al mejor estilo Posadas, el dirigente Lambert calificara ese documento (rápidamente olvidado, pues el Comité se dividió a los 9 meses) como “el más importante del marxismo en medio siglo”. El documento era una versión levemente corregida de las “Tesis para la actualización del Programa de Transición” de Nahuel Moreno, que concluían planteando: “Ya no es barbarie o socialismo, sino holocausto o trotskismo... cambia la dialéctica tradicional del marxismo entre libertad y necesidad... el agotamiento de la energía terrestre y el crecimiento de la humanidad, plantean imperiosamente la conquista de nuevas fuentes de energía... Sólo el trotskismo dirigiendo al proletariado podrá hacer que la humanidad entre en la etapa de la conquista del cosmos, de la creación de satélites artificiales con una vida tan buena o mejor que la de la tierra, que captarán la energía solar y por microondas la enviarán al globo terráqueo”. Además de sostener la reaccionaria teoría malthusiano-imperialista del agotamiento de los recursos naturales (ya pulverizada por centenas de científicos), aquí también se buscaba en los viajes estelares el consuelo para la muy terrena impotencia política. El posadismo no fue un accidente, sino un *modelo político* que combina esa impotencia con el mesianismo y la calumnia, al que se acerca toda organización que se desplaza de la revolución al oportunismo.

Al margen de la evolución política concreta de la clase obrera, el pensamiento que se reclama del trotskismo entra en el plano de la especulación aberrante porque es arrastrado por la presión de los partidos pequeño-burgueses y pretende conservar su fisonomía defendiendo una independencia que no tiene, desvinculado de su clase social. Para hacer esta obra de seguidismo a esa presión sin integrarse por completo a ella, se ve obligado a armar formidables castillos teóricos de arena que se desploman a la primer brisa. En estas condiciones

una corriente no puede existir más que como expresión vergonzante de otras.¹³ Vergonzante y fantasiosa.

El Secretariado Unificado de la IV Internacional

La IV Internacional se dividió en 1953 (III Congreso Mundial) de resultas de la adopción del programa “pablista”, cuyo pronóstico central era el de la inminencia de una tercera guerra mundial (EE. UU. vs. URSS) en la que la burocracia soviética se vería obligada a destruir al imperialismo mundial. La destrucción del capitalismo no sería, pues, resultado de la revolución proletaria, dado que esta noción de “guerra-revolución” eliminaba como factores decisivos de la transformación de la sociedad la conciencia y organización de la clase obrera, a las que sustituye: la burocracia stalinista como dirección revolucionaria de facto. Este programa era la *revisión*, no sólo del programa trotskista original, sino también de las tesis centrales del marxismo (años después el propio Pablo, consecuente, declararía terminada la “era del bolchevismo”). El Secretariado Internacional (SI) defendió las tesis de Pablo, mientras otras organizaciones trotskistas (SWP yanqui, SLL inglesa, PCI francés, el “morenismo” argentino) constituyeron, contra ese programa y sobre todo contra los métodos burocráticos de Pablo, el Comité Internacional de la IV.

Diez años después, era evidente la aberración del revisionismo pablista. Sus defensores a ultranza habían roto con el SI (Posadas) o eran extremadamente minoritarios (el propio Pablo). En esas condiciones, el SI propuso al CI discutir la reunificación, propuesta aceptada por algunas organizaciones del CI (el SWP, grupos latinoamericanos, Canadá), creándose un Comité Paritario de preparación del Congreso de Reunificación (VII de la IV Internacional). Quienes se negaron a participar (SLL, OCI -ex PCI- francés) señalaron correctamente que toda unificación debía estar precedida de un balance de las causas de la división. El SI había invertido la divisa leninista (“antes de unirnos, y con el fin de unirnos, discutamos nuestras divergencias”) como lo reconoce, involuntariamente, uno de sus dirigentes: “Si había en la división un problema de principios, éste no dejaría de manifestarse de una forma u otra... si era debida a problemas coyunturales u organizativos, como pensábamos, no debía constituir un obstáculo a la reunificación y que sería estudiada en una época ulterior”.¹⁴ En nombre de esta aberración -unirse sin saber

¹³ J. N. Magri, *El revisionismo en el trotskismo*, Ed. PO, 1973, p. 10.

¹⁴ Pierre Frank, *La Quatrième Internationale*, Paris, Ed. François Maspéro,

si existen principios comunes- la mayoría de las organizaciones trotskistas se reunificaron en 1963, creando el Secretariado Unificado de la IV Internacional (SU), y probando el bajo nivel político en que había caído el trotskismo internacional.

Si la operación tuvo éxito, fue porque el CI “antipablista” compartía ese bajo nivel. Así, mientras su sección argentina (*Palabra Obrera*) se entregaba a la apología de Perón, la inglesa (SLL) afirmaba que “el régimen de Fidel Castro no ha creado un nuevo estado... ha habido una revolución política que entregó el poder a otro sector de la misma clase burguesa... ese bonapartismo reaccionario es semejante (en Kemal Atatürk, Chang-Kai-Shek, Nasser, Nehru, Cárdenas, Perón, Ben Bella y Castro”. El nacionalismo era considerado como absolutamente reaccionario, y Castro equiparado -poco después del rechazo a la invasión de Playa Girón- a masacradores de la clase obrera (Healy, dirigente de la SLL, calificó a Castro de “semi-fascista”, argumento similar al empleado por el imperialismo).

Las tesis adoptadas por el SU (“La dialéctica actual de la revolución mundial” y la “Carta de reunificación” en 16 puntos) no superaban al pablismo: se limitaban a abandonar sus conclusiones más aberrantes. En lugar de partir (como Trotsky en *La Revolución Permanente*) de la economía y la política mundiales como realidades dominantes de nuestra época, planteaban la existencia de “tres sectores de la revolución mundial” (revolución colonial en los países atrasados, revolución proletaria en los países imperialistas, revolución política en los países dominados por la burocracia soviética) los cuales, claro, eran “interdependientes” (así como la Tierra lo es respecto del movimiento de otros astros). De esta manera quedaba abierta la puerta para plantear cualquier cosa para cada país, en nombre de la especificidad de su “sector”. En Europa, por ejemplo, se mantenía la táctica del período pablista (“entrismo sui generis” en los partidos comunistas y socialistas). En relación al “sector” de la burocracia, y como ya lo había hecho Pablo, se abría un crédito de confianza a la dirección de Yugoslavia (Tito), “donde la orientación es más correcta que en los otros Estados Obreros”.

Sobre el balance de la debilidad organizativa del trotskismo, el talismán para explicarla era el mismo con el que Pablo había teorizado su impotencia política: la fuerza del stalinismo. “Para comprender (esa debilidad) es necesario volver al hecho más importante de la II Guerra, la victoria de la URSS. Ella desencadenó una reacción en cadena cuyo fin aún no se avizora. Los pueblos oprimidos se volvie-

ron hacia el primer Estado Obrero para que los inspirase y los guiase. Pero el poder de la URSS está en manos de la burocracia stalinista. Fue ella y no el trotskismo quien se reforzó.”¹⁵ Años después, el dirigente P. Frank insistía en que “la crisis del stalinismo no comenzó a manifestarse sino después de la guerra fría, ya durante el período de prosperidad, durante el cual imperó la apatía en las masas”.¹⁶ Todo esto es una gran mistificación, aunque esté basada -superficialmente- en el hecho de que los PC tomaron el poder en Europa Oriental (apoyados por el Ejército soviético) y se transformaron en grandes partidos en algunos países de Europa Occidental (Francia, Italia). La expropiación del capital en Europa del Este no estaba en los planes de Stalin (fue realizada ante la doble presión del imperialismo y las masas, como último recurso para crear un poder bonapartista estable en las áreas ocupadas) y allí donde fue realizada de modo independiente -Yugoeslavia- ello condujo rápido (1948) a una ruptura con la URSS. En Italia, Francia y Grecia, el desarme de las guerrillas de resistencia -acordada entre Stalin y el imperialismo e impuesta a los PC que las dirigían- provocó una seria crisis entre los obreros y la dirección stalinista (no por casualidad los trotskistas europeos, especialmente franceses e italianos, nunca fueron tan fuertes en el interior del movimiento obrero como en la inmediata posguerra). En cuanto al principal pueblo oprimido -China- tuvo que hacer oídos sordos a la URSS, que apoyaba la reunificación nacional bajo Chiang-Kai-Shek, para liberarse del imperialismo. Toda la política stalinista estaba en crisis mucho antes de la guerra fría. El interés del SU en presentar las cosas al revés es el de encontrar un “factor objetivo” que explicase su debilidad, sin sacar un balance de la política seguida por los trotskistas en esa ocasión (incluidos los trotskistas chinos, que habían llegado a tener bastante influencia), ni posteriormente (1953-63). En 1963 ya la crisis del stalinismo era evidente, pero se seguía invocando el período anterior -debidamente deformado- para sostener que “el trotskismo no podía beneficiarse (de ello) más que en última instancia y a largo plazo”.¹⁷ Era el mismo esquema pablista, sin “guerra-revolución”.

En ese momento, el índice más importante de crisis del stalinismo y de todas las direcciones tradicionales de las masas era la Revolución Cubana. Como ella no entraba en el esquema mencionado, el SU

¹⁵ Resoluciones del VII Congreso Mundial de la IV Internacional, “La dialectique actuelle de la révolution mondiale”.

¹⁶ P. Frank, *op. cit.*, p. 106.

¹⁷ *La dialectique...*, *op. cit.*

tentó explicarla, no a partir de la crisis de dirección del proletariado sino de la insuficiencia del marxismo: “Bajo la forma de las guerrillas, el campesinado ha jugado un rol más radical y decisivo en la revolución colonial que el previsto en la teoría marxista”¹⁸ (es increíble que digan esto quienes se dicen discípulos de Lenin y Trotsky, quienes analizaron exhaustivamente la cuestión en las revoluciones rusa y china). “La organización de las guerrillas de los campesinos y los semi-proletarios bajo una dirección comprometida a proseguir la revolución hasta el final, puede jugar un papel decisivo para minar y destruir el poder colonial o semicolonial. Es una de las lecciones principales de la posguerra, y debe ser concientemente incorporada a la *estrategia* de construcción de partidos marxistas revolucionarios en los países coloniales.”¹⁹ Así, se elevaba un *método de lucha* a la categoría de *programa*, o se rebajaba éste a un método de lucha. El SU se embarcaba teóricamente en el camino que sus secciones latinoamericanas emprenderían prácticamente poco después (con los resultados catastróficos conocidos). Las campañas político-ideológicas en favor de la “revolución colonial” pasaron a ser el eje de la actividad de las secciones europeas y yanqui del SU: sus dirigentes pretendían superar así su propia impasse, mandando a sus reclutas latinoamericanos a arriesgar el pellejo en lugar de ellos (la única propuesta de iniciar una guerrilla en Francia, realizada por un sector de la LCR en 1968, fue rápidamente desdeñada).

La única afirmación cierta del historiador “oficial” del SU (P. Frank) es que “nadie tentó criticar, aun parcialmente, ese documento (“La dialéctica actual de la revolución mundial”)”.²⁰ SLL y OCI, que mantuvieron el CI, gastaron ríos de tinta contra el SU y el “pablismo” sin criticar su programa. El CI fue una parodia de alternativa de dirección para la IV: apenas realizó una reunión internacional (Londres 1970) en la década siguiente, y continuó insistiendo que en Cuba no había habido revolución social. Su dirigente S. Just afirmaba todavía en 1978 que “las direcciones pequeño-burguesas como la de Castro, permanecen mundialmente dependientes del mantenimiento del orden imperialista”.²¹

Es claro que el SU fue producto de un acomodamiento oportunista, y no de una base principista. Esto acarrearía inevitablemente

¹⁸ *Idem.*

¹⁹ “Bases théoriques et politiques de la réunification” en P. Frank, *op. cit.*, p. 163.

²⁰ *Idem.*, p. 106.

²¹ *La Verité*, n° 583, setiembre de 1978, p. 296.

nuevas fracciones y divisiones. Uno de los principales protagonistas de éstas sería la corriente morenista argentina. Cómo llegó ésta al SU, merece entrar en una antología del oportunismo: “a pesar de que la mayoría de las fuerzas que nos agrupábamos en el CI rechazamos la convocatoria que hizo el SWP y no concurrimos a la reunión, el Congreso de Reunificación se realizó... posteriormente Hansen (dirigente del SWP) nos informó que él mismo -por su cuenta y riesgo- había dado nuestro voto a favor de la reunificación (a la cual) una vez consumada, nuestra tendencia la caracterizó como positiva... porque alrededor del SU tendían a agruparse todas las corrientes trotskistas que defendían a Cuba como Estado Obrero”.²² Lo primero dispensa comentarios; respecto a Cuba, Moreno “olvida” que el mismo Congreso atribuyó el carácter de Estado Obrero también a Argelia, Guinea y Mali (otros países fueron declarados “en transición”): en alguno la tenía que pegar...

De Palabra Obrera al PRT

En 1959, *Palabra Obrera* sostenía que “Castro es abiertamente proimperialista, apoyado por las compañías yanquis que tenían roces con Batista”. Un año después, “la revolución agraria y la lucha armada pasan a convertirse en esta etapa en los motores esenciales de la lucha... ha surgido en el castrismo un nuevo movimiento nacionalista revolucionario de carácter latinoamericano que desarrolla una nueva vanguardia y provoca la crisis de los viejos movimientos reformistas; la construcción de partidos trotskistas debe hacerse alrededor del frente único con las nuevas tendencias, mediante la construcción de partidos únicos revolucionarios se hace necesario incorporar al Programa de Transición las nuevas experiencias de la revolución latinoamericana (guerra de guerrillas)”. El morenismo recorrió, pues, su propio camino para llegar a las posiciones del SU: lo que va de una posición a otra es la crisis del “entrismo orgánico en el peronismo”, y la aparición de sectores estudiantiles impactados por la Revolución Cubana a los que Moreno se dispuso a seguir con el mismo entusiasmo empleado hasta ahí para seguir a la dirección peronista.

En 1960 *Palabra Obrera* afirmaba que “sólo un loco puede discutir el formidable rol que Perón juega dentro de nuestro movimiento.

²² “Resolución del SALTO sobre la Conferencia Mundial del CI” (enero 1959) y “Proyecto de crítica de Palabra Obrera al Informe del I Congreso del TOLA” en M. P., *Apuntes para la historia del trotskismo*, octubre 1980, p. 37.

Cuando PO asegura estar bajo la disciplina del Gral. Perón y del Consejo Superior Peronista no hace más que constatar ese hecho histórico: la dirección indiscutida, el líder *inefable* del peronismo es el Gral. Perón. De toda la historia argentina es el caso más acusado de personalismo: un movimiento con el nombre de su líder y un líder con una influencia total sobre su movimiento”.²³ ¿Cómo dejar de ser peronista? Del mismo modo usado para serlo: diciendo que la realidad (y no la orientación política propia) había cambiado: “la crisis del peronismo consiste... en haberse transformado en la oposición burguesa al régimen y no, como era antes, su oposición de clase revolucionaria”.²⁴ Esto dicho por quienes habían llamado a votar a Frondizi (1958) y criticado al peronismo combativo por haber defendido el voto en blanco (1/3 del electorado peronista) sonaba medio a broma.

El “entrismo” fue una historia de crisis y virajes. En 1960, una fracción liderada por Hugo Speroni (organizador del sindicato de publicidad, representante de PO ante las 62, posteriormente director de *Ámbito Financiero*, muerto en accidente de tránsito) y Arrans (metalúrgico de La Plata) rompió con PO, pretendiendo llevar a fondo la integración con el peronismo. En 1964, ante el “Operativo Retorno”, PO pidió “que el General regrese sin condiciones, para impulsar la reorganización sindical por abajo, así como hace 20 años impulsó el surgimiento de un nuevo movimiento obrero”.²⁵ En otro momento, la esperanza eran Framini y Borro: “hay activistas sindicales, sobre todo textiles, que nos plantean que Framini no es trigo limpio y que fue cómplice de la dirección vandorista. Esto no debe impedir comprender que en la crisis de las 62, Framini se ha colocado objetivamente en la posición de representante de los sectores más populares del peronismo, que están a favor de la lucha contra toda conducción patronal... eso es suficiente para que lo apoyemos”.²⁶ El problema es que la conducción patronal era el propio Perón: si PO hubiera escuchado a los activistas textiles, se hubiera evitado andar a la cola de todo aquel que agitara un poco el ambiente.

El viraje “cubanista” trajo más problemas. Sucede que había militantes que tienen la costumbre de tomarse en serio las orientaciones. Angel Bengoechea, director de PO durante varios años, hizo público en agosto de 1963 que “difiero fundamentalmente (con PO) en los

²³ Declaración de Palabra Obrera, 28/6/1960.

²⁴ *Palabra Obrera*, n° 388, 1/6/1965

²⁵ *Palabra Obrera*, n° 368, 31/8/1964.

²⁶ *Palabra Obrera*, n° 367, 10/8/1964.

medios tácticos para desarrollar la lucha de masas y su ascenso al poder” (PO, n° 345). Con otros militantes (Lázaro Feldman, Hugo Santilli, Raúl Reig, Carlos Schiavello, etc.) fueron a recibir entrenamiento militar a Cuba. Vueltos a la Argentina, intentaron preparar la lucha armada, con final trágico: en julio de 1964, una explosión de su arsenal, situado en un departamento de la calle Posadas, mató a todos los nombrados y a otros 6 militantes, hiriendo a varios más. La policía procuró ligar el affaire con la guerrilla salteña (EGP), el asalto al Policlínico Bancario, y con PO: hubo una orden de captura contra Moreno, E. González, A. Dabat, T. McAllister.

La práctica de Moreno se situaba ya en las antípodas del marxismo: el nuevo viraje político llevó a la expresión teórica de ello. En *La revolución latinoamericana* (1962) el revisionismo es febril: “La vida ha puesto en evidencia las lagunas, omisiones y errores del programa de la Revolución Permanente... El dogma de que la única clase que puede cumplir las tareas democráticas es la clase obrera, es falso. Sectores de la clase media urbana y el campesinado son en ocasiones los caudillos revolucionarios... así como hemos descubierto que no solamente la clase obrera puede acaudillar la revolución, lo mismo podemos decir de los movimientos políticos; no sólo los obreros pueden organizar y dirigir las primeras etapas revolucionarias, pueden hacerlo los movimientos políticos; no sólo los obreros pueden organizar y dirigir las primeras etapas revolucionarias, pueden hacerlo los movimientos democráticos o agrarios (...) el Programa de Transición resume hasta el último detalle la experiencia revolucionaria europea y es un modelo de las concreciones del marxismo clásico... pero con sólo señalar que tiene una precisión milimétrica para las consignas obreras, no menciona la guerra de guerrillas y habla apenas de pasada de las consignas agrarias, está todo dicho... el maotsetunismo o teoría de la actual etapa de la revolución mundial... el marxismo occidental se olvidó de la lucha armada, *método permanente de las masas* (que) incorpora a la lucha de clases un factor nuevo, que le es específicamente original: la geografía (que) barre la clasificación de las regiones maduras e inmaduras. Cualquier país, cualquier región, son aptos para la revolución permanente... Las revoluciones cubana y china comenzaron en circunstancias que los clásicos marxistas caracterizan como objetivas desfavorables: no hay grandes luchas sociales, y un puñado de hombres inicia una lucha armada. Sin embargo ese grupo transforma las condiciones en favorables. Debemos ampliar el concepto clásico de situación objetiva revolucionaria: es suficiente que haya una serie de alienaciones sociales insufribles y grupos sociales

dispuestos a combatir las apoyándose en las masas que las sufren”.²⁷ Quien escribió esto es, créase o no, el mismo teórico cazavotos del PST y del MAS.

Ni más ni menos que la teoría del foquismo: la revolución no depende de factores sociales o políticos, “sino de la voluntad de un “puñado” o de un “grupo”.

La única “novedad”, que no era una novedad real, consistía en pretender teorizarlo desde el marxismo y de la experiencia revolucionaria, debidamente deformados: el Programa de Transición es “europeo” (cuando se basaba principalmente en las revoluciones rusa y china), “no menciona las guerrillas” (tampoco las ocupaciones de fábrica. Un programa es una *estrategia*: los métodos de lucha varían con las etapas políticas), en Cuba y China un “puñado” hizo la revolución (la de China dispensa comentarios; en Cuba el castrismo estaba profundamente enraizado en la población; la guerrilla no hubiera triunfado sin las huelgas generales que, en su momento, Moreno calificaba de “gorilas”). Trotsky despreciaba al campesinado (vieja calumnia stalinista), el marxismo es un “dogma”. Moreno llegaba a sostener que “hay que sintetizar la teoría y el programa general correcto (trotskista) con la teoría y programa particular correcto (maotsetunista o castrista)”²⁸. Esta barbaridad de que un programa es genéricamente correcto y particularmente falso, y otro genéricamente falso y particularmente correcto, sirve para abandonar las “generalidades” en el desván, y elevar las “particularidades” a la categoría de programa (cosa que Moreno ya había hecho con el peronismo). El punto teórico común entre el “entrismo” y el delirio foquista es que “en determinados países y circunstancias el principal lugar de trabajo es el movimiento nacional o agrario... es una obligación estar allí y dar(le) una tónica conciente”.²⁹ La tarea no es ya organizar revolucionariamente a la clase obrera para dirigir al campesinado y encabezar la nación oprimida, sino diluirse en el nacionalismo (o en el movimiento mayoritario del momento) para “aconsejarlo” (darle conciencia): “pablismo” puro. Las volteretas posteriores de Moreno serán solo la aplicación de este principio oportunista.

Como lógica consecuencia, se revisaba la teoría marxista del Estado, que “conserva relativa autonomía y puede jugar entre distintas clases sociales. Es un producto directo de la sociedad en su

²⁷ N. Moreno, *La revolución latinoamericana*, Lima, Ed. Chaupimayo, 1962. Reeditado en 1971 por el PRT, pp. 53, 55, 69, 70-76.

²⁸ *Idem*, p. 70.

²⁹ *Idem*, p. 77.

conjunto y sólo en circunstancias especiales actúa como dictadura de clase”.³⁰ Todo Marx y Engels tirado a la basura para formular el principio que permitió, a las reformistas de todas las épocas, la adaptación sin límites al Estado burgués. Ya Engels había informado a los Moreno de su tiempo que el Estado es un producto de la sociedad, cuando ésta se divide en clases irreconciliables, por lo que se hace necesario un aparato de coerción de las clases dominantes sobre las oprimidas.

Lo más importante es que Moreno no se tomaba en serio ni una palabra de lo que decía, a pesar de que algunos discípulos intentaran llevarlas a la práctica. En 1956 un militante peruano de PO-Hugo Blanco- volvió a su país. Desde 1958 se encontró a la cabeza de un proceso de sindicalización campesina y ocupación de tierras en la región de Cuzco. La organización latinoamericana de Moreno (SLATO) decidió apoyarlo enviando varios militantes argentinos (Daniel Pereyra, R. Kreus, J. Martorell). Se comenzó a preparar una instrucción campesina, para la cual se buscaron fondos en “expropiaciones” de bancos (dirigidos por Pereyra), en 1962. Los asaltos se debían a que Moreno, ya en el Perú, no había cumplido con una promesa de apoyo financiero de Argentina (prometió primero una *donación* de 3 millones de soles, luego un *préstamo* de medio millón, y luego desapareció, ante lo que fue conminado por la sección peruana). Vuelto Moreno al Perú, el dinero de los asaltos desapareció en manos de un cierto Boggio, quien se entregó a la policía. Se decidió, con los pocos fondos restantes, iniciar la insurrección. Moreno, imponiendo la autoridad que le confería el SLATO y oponiéndose a los otros dirigentes, envió a Pereyra y su equipo, de Lima a Cuzco en solo camión (9 personas). La entrada de la ciudad estaba custodiada: el equipo fue detenido y salvajemente torturado. Sus miembros no dieron informaciones que sirviesen a la represión; afirmaron más tarde que la policía ya estaba enterada de su llegada. Mientras tanto, Moreno, que había prometido viajar en avión al Cuzco al día siguiente de la partida del camión (24/4), viajó en avión sí... a la Argentina (*tres días antes* de la detención de Pereyra y su equipo, realizada el 28/4).

Según la retrospectiva versión morenista, “Moreno polemizó duramente con los putschistas, encabezados por el argentino Pereyra, detenido en 1962, brutalmente torturado y varios años preso”.³¹ Parte

³⁰ *Idem*, p.74.

³¹ M.P., *Apuntes para la historia ...*, p. 25. En este texto se dice (p.28) que “tuvimos que combatir la desviación militarista en el Perú, que llevó a

de la “polémica” deben haber sido las declaraciones de Moreno a *La Prensa* de Lima, en Bolivia (un mes después de la detención): “Pereyra es un loco y un aventurero... Fue Pereyra, quien coordinó el asalto y los planes revolucionarios” (29/5/1962). Pereyra, con largos años de militancia revolucionaria, había sido dirigente sindical y delegado de PO ante el SLATO.

Hugo Blanco también fue capturado, en mayo de 1963 (pasaría 8 años en la cárcel). Previamente había sido expulsado del SLATO -sin que él lo supiera- “por putschismo”. V. Villanueva se refiere al aislamiento y estado de abandono en que se dejó a Blanco a partir de abril de 1962” (detención del equipo de Pereyra).³² Blanco describe brevemente el episodio: “Perú, 1961: gran ascenso del movimiento campesino. Nuestro grupo está a su cabeza y aprende a construirse a través de sus errores. Llega la ‘ayuda’ de la corriente (morenista), con una línea, cuadros dirigentes, medios materiales. Entre esa ‘ayuda’ y su retiro posterior, destruyeron la organización. Encontraron chivos expiatorios, y entre ellos, por pedido de N. Moreno, soy expulsado de la organización”.³³

Las sospechas levantadas contra Moreno no paran ahí. La investigación militante sobre la entregada de Boggio fue frenada por la dirección del SLATO, “pues dicho organismo se encargaría del asunto”. Según Villanueva “se dice que por orden de Bressano (Moreno), Boggio invirtió el dinero en acciones comerciales a fin de tener el capital seguro y ganando intereses, pero se habría producido una quiebra de la empresa perdiéndose todo el dinero... Una de las formas de evitar que se llevara a la práctica la tesis guerrillera era la de suprimir toda ayuda de tipo pecuniario y la mejor manera de hacerlo era sacar

un grupo de compañeros del FIR a realizar expropiaciones bancarias, contrarias a la orientación dada por el SLATO”. Ya vimos cómo fue tal “combate”.

³² Víctor Villanueva, *Hugo Blanco y la rebelión campesina*, Lima, Ed. Juan Mejía Baca, 1967, p. 117.

³³ “Une lettre de Hugo Blanco”, París, 14/7/78, *SU Bulletin Interne*, n° 25, Nouvelle Série. La lucha de Blanco en el Valle de la Concepción, de gran magnitud, creó toda una tradición. El 16/22 de 1962 reunió 15 mil campesinos en Quillabamba y expulsó a las autoridades de la ciudad. El valle fue, durante cierto tiempo, inexpugnable. Ver Joao Batista Berardo, *Guerrilhas e guerrilheiros no drama da América Latina*, Sao Paulo, Ed. Populares, 1981.

el dinero del país, de manos de los revolucionarios peruanos”.³⁴ Esta interpretación coincide con la arriba relacionada, de Hugo Blanco.

A Villanueva lo sorprenden los “epítetos” y “adjetivos peyorativos” empleados por Moreno contra Pereyra y Blanco (a la sazón en la cárcel, sin posibilidades de defensa), al fin y al cabo compañeros suyos que intentaron llevar a cabo sus propias teorías. Moreno había cambiado de política sobre la marcha, pasando a plantear “intervenir en el proceso electoral peruano sin perturbarlo, por ser parte de una etapa democrática progresiva”, y “defender a esos gobiernos (democráticos) contra la presión o ataque de las FFAA” (fue en esas condiciones que Boggio se entregó a la policía, luego que esta prometiera un “interrogatorio no severo” y “pena leve”, públicamente). Villanueva concluye: “si las actividades, cambios conceptuales y de actitudes de los distintos miembros de la organización subversiva han quedado al descubierto, no sucede lo mismo con la personalidad de Hugo Bressano (Moreno) cuya trayectoria poco clara y sinuosa se presta a muchas interpretaciones antagónicas y contradictorias”.³⁵

Poco de esto se sabía en Argentina cuando PO, abandonando el “entrismo” inició un proceso de fusión con el FRIP (Frente Revolucionario Indoamericano Popular) organización tucumana liderada por Mario R. Santucho. “Para fines de los años 50, los nombres del Vasco Bengoechea, el Pelado Santilli y Quinteritos se hacen conocer entre los obreros azucareros... En 1962, Santilli, médico de FOTIA, es detenido junto con Leandro Fote, activista del Ingenio San José... en ese momento hacen su aparición algunos activistas provenientes del estudiantado, que eran del FRIP, fundado en Santiago del Estero, cuya caracterización era que el detonante de la revolución es el proletariado del norte del país y su vanguardia el sector azucarero del mismo... se ponen en contacto con FOTIA y la CGT, se ligan a los conflictos y movilizaciones... y allí encuentran a los activistas de PO... En 1964 se realizan contactos a nivel de dirección de los dos grupos... el FRIP, de trayectoria más breve, participó en su comienzo en La Banda (Santiago) de la huelga ferroviaria de 40 días contra el gobierno de Frondizi... La unidad entre estas fuerzas revolucionarias se realizará en 1965”.³⁶ De esa unidad resultó el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores); Santucho, de

³⁴ V. Villanueva, *op. cit.*, pp. 100-101. Ver también, Oscar Poma, “Notas sobre la historia de la lucha por el trotskismo en América latina”, *Clave*, n° 1, Lima, diciembre 1981.

³⁵ *Idem*, p. 124.

³⁶ *El Combatiente*, n° 87, 24/8/1973.

formación contador, es miembro de su dirección. Su primer documento para el PRT, “4 tesis sobre el Norte argentino”, no plantean ninguna perspectiva de lucha armada (*Estrategia*, n° 5, 1965). Esa perspectiva debe haberse inspirado en los textos mencionados de Moreno. Si la orientación de “guerra-revolucionaria” de Santucho no chocó más rápidamente con la práctica de Moreno, fue porque aquel se limitó a mantener al principio la dirección de su regional: “Tucumán juega dentro del PRT un papel decisivo, siendo durante varios años la regional con mayor composición obrera e impulsora de la próxima etapa de lucha armada y creación del ERP”.³⁷ Antes de eso, Moreno tendrá ocasión de suministrar más argumentos para la brutal aventura foquista que llevará a Santucho y miles de militantes a la muerte.

Política Obrera

Una nueva generación revolucionaria entró en escena en los años 60, determinada por dos procesos políticos; en el plano nacional, la crisis del frondicismo (y del movimiento juvenil-pequeño burgués que intentó explotarlo, la “intransigencia radical”); en el plano internacional, el auge de la revolución cubana (y, con menor impacto, de la vertiente maoísta a partir del conflicto chino-soviético). Políticamente, lo que entra en crisis es el proyecto de una alianza oportunista con el peronismo, con la “intransigencia” como variante democrática, y con numerosas variantes de izquierda (entre las cuales Palabra Obrera era la versión “trotskista”). La mayoría de esta generación se plantea una salida a la crisis a través de la “vía cubana”: Santucho fue su representante más célebre. Un sector minoritario alcanzará, sin embargo, a plantearse críticamente la cuestión del partido revolucionario de la clase obrera y, sobre esa base, a replantear la actividad trotskista en el país.

“Política Obrera -dice uno de sus fundadores- nació en 1964 (como) resultado de una escisión en grupos existentes con anterioridad. Estábamos en el período de auge del maoísmo y aún de la revolución cubana. A raíz de una discusión de carácter estratégico quedaron definidas dos tendencias: una maoísta y pro-foquista, y la otra que hacía, por primera vez, un planteo basado en la tesis del trotskismo y en la necesidad de un trabajo estructural dentro del proletariado y de sus organizaciones”.³⁸ En los años previos, la izquierda

³⁷ *Idem.*

³⁸ “El proletariado debe conducir la lucha de los oprimidos”, reportaje a

vivió un proceso de crecimiento, basado en la juventud estudiantil y de crisis y divisiones, en las cuales trataremos de seguir la segunda tendencia.

En 1961, un grupo de militantes -Jorge Altamira, Marcelo Torrens, Roberto Gramar y otros- rompe con Praxis, (Silvio Frondizi), criticando el planteo de “Movimiento de Liberación Nacional”, sin base de clase, realizado por su dirigente. Junto con otro sector rupturista de La Plata crean MIRA (Movimiento de Izquierda Revolucionaria Argentino), y editan *El Militante*. Pronto se suman los dos responsables sindicales que habían roto con Moreno (Speroni y Arrans). El grupo ha recibido la influencia “trotskizante” de Silvio Frondizi (y de la crítica a los planteos estratégicos de los grupos trotskistas realizada por éste). En 1962 (golpe militar) realizan un frente único con el grupo trotskista *El Proletario* (José Murat, “Lima”), quien había realizado una crítica completa (ver volumen anterior) de la actividad pro-peronista de Moreno, Posadas y Ramos, ilustrada con abundantes citas de obras de Trotsky entonces semidesconocidas. En 1965 este grupo -muy escaso- adoptaría una posición foquista, lo que no impidió a Política Obrera (PO) reconocer en su trabajo anterior a esos “camaradas que asumieron la defensa del trotskismo frente a la prostitución en que estaba inmerso el morenismo”.³⁹ La ruptura del MIRA (1962) da lugar a Reagrupar en la que la influencia del marxismo revolucionario, fruto de la experiencia anterior, se combina con la del foquismo en auge (Ricardo Napurí, exilado peruano ligado al grupo, también ex militante de Praxis, se había entrevistado con el Che Guevara y vuelto a Perú para participar de la guerrilla de Luis de la Puente Uceda; ulteriormente evolucionará hacia el trotskismo). Es en 1963 que, Reagrupar se rompe sobre una base programática trotskista, a partir de la reivindicación, por Altamira, del partido obrero revolucionario contra el foco guerrillero. La mayoría de aquellos con los que se va rompiendo en esta trayectoria evolucionan hacia el guerrillerismo (un grupo ex Praxis, por ejemplo, está en el origen de las FAL, activas desde 1969). Este proceso de delimitación va creando un grupo, la edad de cuyos miembros variaba entre 18 y 22 años a la fecha de fundación de PO (1964), que habían militado con anterioridad, en su extrema adolescencia (1959-1963) en grupos centristas

Jorge Altamira, *Nueva Presencia*, diciembre de 1982.

³⁹ PO (Comité Ejecutivo Nacional), *Respuesta política a la campaña provocadora de la dirección del PST*, julio de 1973, p. 11.

(Praxis, MIRA, Reagrupar), y dentro de los cuales era una tendencia trotskista definida”.⁴⁰

“La fundación de PO tiene lugar en una etapa de extraordinaria crisis de los partidos que se reclaman de izquierda y de los grupos y sub-grupos que se escinden (que) indica el final de todo un período político: el intento de toda la izquierda oportunista de arribar a una alianza privilegiada con Perón y la burocracia sindical, que canalice la proscripción del peronismo. El PC propone en 1962 la formación de un partido único con el PSAV y el peronismo. El PSAV evoluciona hasta convertirse en apéndice del peronismo. Palabra Obrera hace entrismo en el peronismo sobre la base del programa y banderas de éste. La crisis total de esta capitulación política se produce cuando el gobierno frondicista anula las elecciones de marzo de 1962, ganadas por el peronismo, y éste abandona la partida sin luchar, pero tampoco provoca ninguna reacción en las masas. La apatía estaba determinada por 7 años de traiciones y derrotas a que había llevado la dirección sindical y política del peronismo. La izquierda había entrado en el callejón sin salida de su oportunismo y se tenía que re definir... PO surge concientemente en oposición a las ilusiones abiertas hacia el maoísmo y el foquismo, y en oposición y crítica a todo el proceso de capitulación ante el peronismo, en especial el ‘entrismo’ del morenismo. El núcleo fundador establece que su incapacidad para desarrollarse como vanguardia marxista revolucionaria en el pasado se debía a su indefinición frente al trotskismo, del cual había tomado abstractamente algunas ideas pero sin transformarlas en bandera y en programa, en el eje de estructuración de sus cuadros y del partido que se trataba de construir”.⁴¹

El n° 1 de PO es de marzo 1964. En el n° 2/3 (setiembre) se reivindica al trotskismo. En el n° 4 (noviembre) se plantea que el punto de partida de la teoría y del programa es la “Continuidad y vigencia históricas del leninismo-trotskismo” (artículo) y que se deben establecer las características de la etapa para construir la Internacional (plantea la necesidad de un balance político internacional desde la muerte de Trotsky), pero afirma que desconoce los agrupamientos internacionales trotskistas; define al trotskismo como “la ideología de nuestra generación”. A fines de 1964, un folleto sobre el retorno de Perón lo coloca en oposición a toda la izquierda, pues si bien

⁴⁰ Rafael Santos, *Destrocemos la provocación de Just y de Lambert*, Ed. PO, 1979, p. 7.

⁴¹ I Congreso de Política Obrera, 1975, *Bases para un balance político-organizativo*, pp. 3-4.

defiende ese derecho democrático, sostiene que toda la campaña es un engaño a las masas, y no la apoya. De ahí en más, toda una serie de folletos sobre los problemas políticos del momento analizan críticamente las posiciones de la izquierda, una tarea de delimitación ideológica inédita en la época, que permite a PO ganar una parte de Vanguardia Revolucionaria (fracción salida del PC con posiciones foquistas), militantes estudiantiles del PSAV y un importante núcleo de militantes católicos de Bahía Blanca (Marcelo Martín, J.C. Rath) que extienden geográficamente la organización. La tarea incluye el balance crítico de las propias posiciones de PO (que se autocritica de haber llamado a votar a la Unión Popular en marzo de 1965). Posadas y Moreno son objeto privilegiado de la crítica -por espontaneísmo, empirismo y oportunismo- pues se reivindicaban trotskistas.

A inicios de 1964, vía “Lima”, había existido un contacto con Livio Maitán, secretario general del SU de la IV (de paso por Argentina para tramitar la incorporación del morenismo al SU). La impresión fue pésima, pues Maitán fue incapaz de rebatir las críticas de Lima, quien poseía bastante información sobre la trayectoria internacional del trotskismo. En 1965, ya creado el PRT, Santucho contacta a PO proponiendo el ingreso (y una alianza contra Moreno). La perspectiva ya foquista de Santucho impide ese paso; *La Verdad* (periódico del PRT) proponía la organización de la guerrilla en Tucumán (Moreno teorizaba la guerrilla, pero quería tenerla lejos), lo que fue criticado por PO. El PRT propuso la fusión, o mejor, el ingreso de PO al PRT -hubo intercambio de cartas- PO respondió que el partido revolucionario sería el resultado de la lucha contra el oportunismo del PRT.

La crítica al foquismo no significaba aislarse de la revolución cubana. “En 1967, cuando la dirección castrista afirma su intención de constituir una organización revolucionaria latinoamericana (OLAS) instrumento de la extensión de la revolución cubana, nuestro partido se apoyó sobre la necesidad objetiva de la revolución, sobre la reacción del castrismo a las traiciones del stalinismo, sobre las posiciones internacionalistas de la dirección cubana, para actuar en vista de la construcción de una organización internacionalista de los que combaten por la revolución”.⁴² PO apoyó la OLAS criticando el foquismo, pues ya en sus inicios (1964) señaló la incompatibilidad del castrismo, como programa y método, con la IV Internacional, lo que no significa dejar de reconocer en él, en esos años, una corriente revolucionaria, punto de vista que años más tarde defenderá contra

⁴² *Política Obrera*, 5/7/1971.

sectarios trotskistas europeos. En 1967-68, su consigna es: “por una OLAS de la vanguardia obrera y campesina”.

Aún así, “PO surge al margen del movimiento real de la IV Internacional -cuyas luchas internas desconoce-, al margen de la experiencia y lucha concretas del trotskismo desde la muerte de Trotsky... El alcance de la lucha ideológica es, entonces, hartó limitado, no trasciende algunas de las tesis generales del trotskismo y de los problemas relativos a la política nacional del momento, pero abstraídas del combate por construir la IV Internacional”.⁴³

PO despliega una actividad sistemática en dirección de la clase obrera: venta de sus materiales en puertas de fábrica, largos análisis de los conflictos fabriles en su prensa, intervención en los procesos de lucha antiburocráticos (algunos errores ultraizquierdistas, que concluyen en el despido de un militante del caucho, llevan a una reflexión sobre el sindicato como *frente único* elemental del proletariado, y a la necesidad de un *trabajo sindical*). En 1966 participa en la larga huelga portuaria, asumiendo por vez primera un papel responsable de dirección, a partir de los comités de villa y de intervillas, organización de los obreros en sus lugares de morada mientras duró la huelga.

Con toda esta actividad, PO crece, pero en medios intelectuales. Se ganan pocos obreros, que duran poco en su organización. Esto lleva (abril de 1967, después del golpe de Onganía) a las “Tesis sobre proletarianización”: PO no se puede desarrollar fuera del movimiento obrero pero, a diferencia de otras épocas y países (el bolchevismo ruso, la II Internacional) existe, peronismo y stalinismo mediante, una escisión entre intelectualidad revolucionaria y movimiento obrero. Conclusión: los intelectuales deben proletarianizarse. PO controla que todos sus miembros estudiantiles entren a trabajar en fábrica (por esa época PO gana a varias decenas de militantes, varios de nivel dirigente, del PRT *El Combatiente* de Santucho, que en su mayoría se proletarianizan). PO se inserta en la clase obrera, aunque esta actividad fuera posteriormente -al igual que la lucha ideológica- objeto de un balance crítico: “fue una extraordinaria conquista. La organización se estructuró sobre la base del revolucionarismo profesional, se ligó a la lucha del proletariado, intervino en los sindicatos, hizo colosal aprendizaje en la participación directa en la lucha de masas (pero) puede dar lugar a la formación de dirigentes obreros y a la conquista y asimilación de cuadros de origen obrero, si no está encuadrada por una formación basada en el programa y en la lucha por la reconstrucción de la IV Internacional (...) el programa estructura los

⁴³ *Bases para ...*, op. cit. pp. 4-5.

cuadros... si el combate no es un claro combate por el programa, la proletarianización se desvía hacia el sindicalismo... no es una panacea, sino un instrumento para la penetración del programa entre las masas como manera de construir el partido”.⁴⁴ A partir de 1967, PO impulsó la TERS (Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista) que suministraba los cuadros para la proletarianización.

La actividad fabril se potenció con el pronóstico de PO sobre la evolución del proletariado bajo el onganato: “decíamos que la participación de la burocracia sindical en el golpe, así como la complicidad de Perón -acontecimientos que remataban toda una evolución política desde la Libertadora- iría abriendo una crisis de fondo en los sindicatos que se expresaría en el nacimiento y desarrollo de un nuevo movimiento sindical. La proletarianización quedó ligada a un definido trabajo a nivel de organizaciones de fábrica, por la organización de ese movimiento... se fija la tarea de formar agrupaciones sindicales; en 1967 y 1968 nacen Vanguardia Metalúrgica y Trincheras Textil, en 1969 el comité de Córdoba impulsa la formación de Vanguardia Obrera Mecánica; no puede dejar de señalarse la importante agrupación del gremio de la construcción de Bahía, y el ingreso en la agrupación Avanzada de Telefónicos”. El comité regional Bahía Blanca desarrolló una importante campaña por un Plenario de Bases de la CGT regional. “Fuimos la única organización que trabajó en forma continua por la formación de agrupaciones sindicales... que en oportunidades se constituyeron en verdaderos centros de los activistas en huelga (Ultra, Citroën, Lynsa, Good Year, GM San Martín, Atlanta, Fibrocemento, Argelite) en un período difícil, de retroceso de los trabajadores... que se expresaba en un contacto molecular de activistas que concluían rápidamente despedidos de las fábricas. (Las agrupaciones) no estaban apoyadas en la formación y entrenamiento de fracciones sindicales de militantes partidarios, capaces de mantener la continuidad y sistematicidad del trabajo en los sindicatos, centralizando y dando respuesta a todos y cada uno de los problemas; (estos errores) fueron superados por el acierto político de llamar a la construcción de agrupaciones *clasistas* (partidarias de la lucha de clases) en abierta contraposición y lucha contra la burocracia sindical, lo que era una necesidad objetiva y profunda de la vanguardia obrera”.⁴⁵

Así estaban las cosas en 1968, cuando PO (nº 32, 1/7/68) llamaba a “parar el malón policial-militar” luchando por un “frente

⁴⁴ *Idem*, pp. 6-7.

⁴⁵ *Idem*, pp. 9-10.

obrero-estudiantil” y un “gobierno obrero y popular”, al tiempo que caracterizaba la situación mundial abierta por la huelga general francesa como de ascenso revolucionario del proletariado. “Lo que va a constituir la base granítica de PO es su formulación de que las bases de un programa deben estar vinculadas al movimiento histórico de la IV Internacional... sin esa base fundacional, nuestra organización no habría llegado, no ya a cumplir una década de existencia, sino siquiera 10 meses. De la infinidad de grupos que existían en 1964, PO es uno de los pocos que supera los obstáculos de un importante período político y adquiere una fisonomía propia en el movimiento obrero y revolucionario en este país”.⁴⁶ El núcleo original, inferior a una decena, había partido a contramano de la orientación de casi toda la izquierda, llegando al punto de viraje de nuestra historia inserto en los principales centros obreros del país, y con una organización de algunas centenas de militantes.

⁴⁶ *Idem*, p. 4.

Capítulo V

*Del cordobazo al peronismo
(1968 - 1973)*

*Crisis del SU: PRT (La Verdad)
y PRT (El Combatiente)*

El PRT (fusión Palabra Obrera-FRIP) no significó, como pudiera suponerse, el fin de la pasión de Moreno por la burocracia peronista. El órgano del nuevo partido (*La Verdad*, n° 4) llamó a que “la CGT se convierta en el partido político de los trabajadores... este nuevo partido no va a ser burgués nacionalista como el peronismo -no existe la menor posibilidad de que ello ocurra- sino un partido de nuevo tipo”. ¿Quién lo organizaría? Si ayer (1964) la esperanza era la burocracia disidente de Framini, ahora (1965) la esperanza era... el propio Vandor. La relativa autonomía respecto a Perón formulada por el “Lobo” -un planteo a través del cual la burocracia vandorista se ligaba al golpe de Onganía- fue caracterizado por el PRT como un paso hacia el partido obrero, del que quiso ser la “tónica conciente” (se lanzó una “Carta Abierta al compañero Vandor”).

Santucho, en Tucumán, obraba por cuenta propia. “Ya hacia el fin de 1966, luego de una experiencia de luchas pacíficas, sobre todo sindicales, que fracasaron, la regional Tucumán (así llamada desde el Congreso de 1965) afirmaba la necesidad de comenzar la lucha armada en Argentina”.¹ Durante las huelgas azucareras de 1967, el PRT brinda “apoyo técnico” (bombas, sabotajes) a los sindicatos, sin

¹ PRT, *La guerre populaire en Argentine*. Textes et documents du PRT-ERP, París, 1975, pp. 16-17.

discutir su orientación. Para Moreno, mientras eso se mantenga lejos, no hay problema. Al contrario, el III Congreso del PRT (1967) encuentra en él a un verdadero teórico del foquismo. El Congreso fue consecutivo al fracaso del paro del 1 de marzo de 1967, que fortaleció brevemente al totalitarismo de Onganía. Llamó a construir “los brazos armados de la OLAS”; calificó las críticas de Política Obrera al foquismo de la OLAS como “pedantes”; afirmó que los “sindicatos están superados” (sic) y que “el intento del Partido del Trabajo (maoísta) y de Política Obrera (de construir el partido obrero revolucionario) es una utopía”. De esa fecha y de esa línea data la formación de las primeras “unidades combatientes” del PRT. El SU de la IV Internacional santificó esa línea, proponiendo “una reorientación urgente de una parte de nuestro movimiento sobre todo en África y América Latina hacia la preparación de la lucha armada como única salida de una situación objetivamente prerrevolucionaria, pero subjetivamente bloqueada por una represión feroz de tipo fascista”. Señalemos el contrasentido -típico del “tercer período” stalinista- de presentar a la revolución y al fascismo fortaleciéndose paralelamente. El mismo documento² a apuntaba un “acuerdo general con el castrismo acerca de la estrategia a seguir en América Latina y en la mayoría de los países de revolución colonial”, que no impedía un desacuerdo sobre la burocracia soviética (maravillas de los “tres sectores”).

A la hora de poner en práctica la guerrilla rural, el morenismo, tal cual sucedió en Perú, se echó atrás, en nombre de ciertas salvedades a la línea foquista. A principios de 1968, los 2/3 del Comité Central votaron en favor de Santucho, el tercio restante votó en contra, es decir, a favor del propio pellejo. Con ellos rompió Moreno el PRT, quedándose con el periódico, por lo que el suyo fue conocido como PRT (*La Verdad*). Las huestes de Santucho sacaron uno nuevo, que los hizo conocer como PRT (*El Combatiente*).

El IV Congreso del PRT (C), en 1968, rectificó la línea guerrillera, sobre la base de la aplicación consecuente de las teorías de Moreno: “Nuestro partido debe pronunciarse claramente a favor de la estrategia de revolución mundial formulada por el castrismo... la tarea teórica principal de los marxistas revolucionarios es fusionar los aportes del trotskismo y del maoísmo en una unidad superior que significará un retorno pleno al leninismo. El desarrollo de la revolución mundial

² E. Germain (E. Mandel), “La IV Internationale: situation actuelle, problèmes et perspectives immédiates”, Quatrième Internationale-Secrétariat Unifié, *Bulletin Intérieur*, n° 7, noviembre 1968.

lleva inevitablemente a ese logro, como lo indican los avances del maoísmo hacia la asimilación del trotskismo (ruptura con la burocracia soviética, revolución cultural); teoría de la guerra revolucionaria y sobre todo los esfuerzos de la dirección cubana por llegar a esa unidad superior... en el marco de la IV Internacional, tenemos importantes aportes que realizar, pero para ello debemos definir nuestra propia estrategia ante la etapa que vive la revolución mundial. Estamos por pronunciarnos por la estrategia y táctica castristas para la revolución mundial y continental”.³ Combinando los “aportes” del SU y de Moreno, Santucho-Gorriarán Merlo llegaban a la conclusión lógica de que el castrismo era la alternativa superadora del trotskismo. Livio Maitán sólo lamentó la división del PRT: “Ya antes de la escisión de 1968 el partido había llegado a la conclusión -aparentemente unánime- de que era necesario poner a la orden del día la lucha armada. El análisis de la situación de la época era de estancamiento relativo del movimiento obrero: agudos conflictos sociales en Tucumán, existencia de un embrión de guerrilla en Bolivia- habían sugerido la perspectiva de una lucha armada bajo la forma de guerrilla cuyo eje estaría en el N... el (IV) Congreso indicó la prioridad de la guerrilla rural”.⁴ Claramente, la guerrilla era un *substituto* del movimiento obrero “estancado”. El PRT (C) adoptó una organización adecuada a ese fin (el documento citado fue el “bati-documento”, los militantes militarizados eran “bati-fulano”, o “bati-mengano”).

La Verdad y El Combatiente no representaban líneas antitéticas. Moreno no dejará nunca de cubrirse por la izquierda con referencias elogiosas al foquismo (lo que no le impedirá, como veremos, alentar la represión estatal contra los guerrilleros). “El Comba”, por su lado, rescató las esperanzas morenistas en el peronismo y la burocracia, transformándolas luego, consecuentemente, en una línea de “frente patriótico” (popular). El 22/3/68 saludó la división de la CGT como un fenómeno progresivo, “expresión de la oposición de la clase en su conjunto a la dictadura (que) se expresa hoy preferentemente a través de los gremios estatales y de FOTIA... las direcciones de estos gremios no pueden ser sino opositoras”. *Política Obrera* le respondió que “la división de la CGT no es más que una fase del proceso de descomposición histórica de la burocracia peronista (entregada de las

³ *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo*, Ed. Combate, 1968, pp. 21 y 41.

⁴ Livio Maitán, “La crisis política y las perspectivas de la lucha revolucionaria en Argentina”, en *Boletín de Informaciones Internacionales*, n° 2, setiembre 1973, p. 85.

luchas de 1955-57, capitulación del 28/6/66). La inexistencia de una alternativa revolucionaria durante toda esa época determinó que la descomposición arrastrara a las propias organizaciones sindicales de los trabajadores... Tomada en su conjunto, la división de la CGT es una fase de un proceso reaccionario (lo que) no excluye, de principio, el reconocimiento de una de las 2 CGT, del mismo modo que el carácter reaccionario de la CGT unificada no determinó que nadie se colocara al margen de ella. Nuestro reconocimiento de la CGT burocrática de Ongaro es condicionado a una razón que la diferencia clasistamente de la otra (la) de su reconocimiento de las organizaciones intervenidas, fundamental en la lucha contra la dictadura; (reconocimiento que) en el ongarismo no pasa nunca al terreno de la recuperación de esos sindicatos por medio de la organización de la resistencia clandestina". PO concluía que "la concepción armada del PRT unificado, y luego de *El Combatiente*, consistió en una concepción del foco armado sin concepción sobre la insurrección; y de la lucha armada como extensión y apéndice de la *actual* lucha sindical: 'el reformismo y los fusiles' "(PO, n° 32, 1/7/68).

En el n° 7 (21/5/68) *El Combatiente* planteaba su solidaridad con el "frente opositor" (pacto Illia-Perón): "Es progresivo todo enfrentamiento opositor a la dictadura militar... no nos lavamos las manos ante el probable golpe de estado, levantando el principio de que éste no es nuestro golpe". A esta combinación foco-golpista, PO respondió: "El frente opositor es un parásito que vive a expensas del odio popular a la dictadura, y gracias a la ausencia de cohesión revolucionaria de los trabajadores de vanguardia... el frente opositor no se propone gestar un gran movimiento popular contra Onganía, sino acaparar los dividendos que ese movimiento produzca". De hecho, el frente opositor esperó más de un año después del Cordobazo para formalizarse (La Hora del Pueblo), y en la línea de la "institucionalización" de la dictadura. PO remataba afirmando que "*El Combatiente* estudia las relaciones que el proletariado debe tener con la burguesía en el aire, sin diferenciación revolucionaria de la clase y haciendo caso omiso del proceso de los procesos: la ruptura política de los activistas con la burocracia. Para *El Combatiente* todo se mueve, menos el proletariado. Refleja cómo recoge el impresionismo pequeño-burgués la ausencia de luchas independientes y fundamentales de los antimorenistas de *El Combatiente*".⁵ PO pronosticaba, sobre la base del análisis del proceso interno y molecular de la clase, la ruptura

⁵ "El *Combatiente* se pasó. Apoya el golpe de Alsogaray", *Política Obrera*, n° 32,1/7/1968

antiburocrática que tomaría forma abierta con el Cordobazo: su crítica al PRT le valió ganarse varios militantes de éste.

El IX Congreso del SU de la IV (1969) reconoció al PRT (C) como sección oficial, rebajando a los morenistas a simpatizantes. J. Hansen, dirigente del SWP, dice que la decisión se tomó “sobre la base de una íntima mayoría en el CC del PRT antes de la escisión”.⁶ Con este motivo formal, oculta el real: el guerrillerismo febril de las tesis adoptadas por ese Congreso. Se afirmaba que la burguesía nacional latinoamericana “es intrínsecamente incapaz de la más mínima acción independiente tanto en el campo económico como en el político”, con lo que se descartaban todo tipo de procesos nacionalistas o democráticos que pudiesen despertar ilusiones en los trabajadores. Conclusión: “Aún en el caso de países donde pudieran ocurrir primero grandes *movilizaciones y conflictos de clase urbanos*, la guerra civil tomará formas variadas de lucha armada, en las, cuales el eje principal por todo un período será la *guerrilla rural*, término cuyo significado primordial es geográfico militar, y que no implica una composición exclusivamente (ni siquiera preponderantemente) campesina. La lucha armada en América Latina significa guerra de guerrillas”. La guerrilla rural también era válida en el caso de grandes movilizaciones obreras; se trata de un certificado de defunción al proletariado como clase revolucionaria, sustituyéndolo, no por el campesinado, sino por la *pequeña burguesía*. Para sustentar esa conclusión preconcebida, se forzaba la realidad: “En un sentido directo e inmediato, América Latina ha entrado en un período de explosiones y conflictos revolucionarios de lucha armada en diferentes niveles contra las clases dominantes nativas y de guerra civil prolongada a escala continental... la polémica entre los defensores de una vía pacífica y democrática, y los defensores de la vía revolucionaria ha sido totalmente superada... la única perspectiva realista para A. Latina es la de una lucha armada que puede durar largos años. No puede concebirse la preparación técnica meramente como uno de los aspectos del trabajo, sino como el aspecto fundamental a escala internacional y uno de los aspectos fundamentales en los países donde las condiciones mínimas aún no existen”. La Internacional sería construida “alrededor de Bolivia y Argentina”; en todo el continente, las clases dominantes “no pueden seriamente resolver sus problemas a través de regímenes reaccionarios de tipo popular según el modelo fascista, los regímenes militares siguen siendo el recurso más probable”. El

⁶ Joseph Hansen, “El trotskismo en América Latina”, *Perspectiva Mundial*, 5/12/1977, p. 547.

foquismo no sólo era delirante, sino también tardío. Las guerrillas ya habían sufrido derrotas catastróficas en Bolivia, Brasil y... Perú; para el SU, este fracaso se había producido “más por errores en el análisis de la situación y las relaciones de fuerzas entre las masas que por errores en la concepción”.⁷

Todas estas barbaridades descansaban en una violenta ruptura con el marxismo, con la clase obrera y con la lógica. ¿Hay explosiones revolucionarias? Guerrilla rural. ¿No las hay? También. ¿Los regímenes reaccionarios se consolidan? Guerrilla rural. ¿No? También. Sólo una dirección políticamente degenerada podía enviar así sus tropas a la masacre.

¿Por qué razones? G. Novack, del SWP, habla de “las extrañas razones dadas por su arquitecto original, L. Maitán, para la adopción de este vuelco. La IV, discutió en forma escrita y oral, necesitaba adquirir *poder* de alguna manera bajo su estandarte para poder contratacar los vituperios de los kruschevistas, maoístas y castristas, de que los trotskistas eran meros teóricos impotentes y críticos incidentales. Esa era la manera de sobrellevar el escepticismo de los veletas y de ser tomados en serio como alternativa por los militantes de izquierda”.⁸ Razones *burocráticas*, pues, de una dirección dispuesta a basar su éxito propio en la sangre ajena. Novack oculta la responsabilidad de su propia corriente, que expresó una tímida resistencia a la línea foquista, al hablar de “vuelco”. En efecto, ¿no estaba desde la reunificación de 1963 la guerrilla incluida en el *programa* del SU, por sugestión del propio SWP? Los que se opusieron a la resolución delirante del IX Congreso (básicamente Moreno y el SWP) tardaron 3 años en constituir una tendencia contra la dirección, y se atreven a decir que la línea foquista “sólo fue *esbozada* en el IX Congreso Mundial. En esa época era muy difícil para muchos compañeros ver que estaba en la balanza algo de mucho más importancia que una simple *táctica*”.⁹ Sólo un analfabeto deliberado podía interpretar como el *esbozo* de una *táctica* las líneas citadas (sin mencionar que el propio Moreno fue uno de los teóricos de la *estrategia* guerrillera, “método permanente de las masas”). Los “opositores” informan que “no fue informado en el IX Congreso que el PRT (C) había favorecido públicamente la adopción

⁷ IX Congreso de la IV Internacional, “Resolution on Latin America”, *Intercontinental Press*, 14/7/1969, pp. 716-718.

⁸ George Novack, “Dos líneas, dos métodos”, *Boletín de Informaciones Internacionales* n° 2, setiembre 1973, p. 158.

⁹ H. Blanco, P. Camejo, J. Hansen, A. Lorenzo, N. Moreno, “Argentina y Bolivia: un balance”, *idem*, p. 63.

de la estrategia castrista ya en 1968”, por lo que consideran visionario a Peng Shu-tse (trotskista chino, a la sazón en el SWP) que afirmara: “La adopción de la estrategia guerrillera por secciones latinoamericanas y aun por la dirección internacional es un reflejo directo de la influencia castrista sobre la Internacional”...¹⁰ ¡cuando el propio Mandel (dirigente y teórico n° 1 del SU) hizo público, un año antes del IX Congreso, el “acuerdo general” del SU con el castrismo en la revolución colonial!

En Argentina, el PRT (IV) continuaba su rastrerismo frente a la burocracia. La derrota de la huelga de Citröen (enero de 1969) fue testigo de un abrazo histórico entre uno de sus máximos responsables (dirigente de la huelga y despedido por causa de ella) y el burócrata Kloosterman (más tarde responsabilizado por la derrota). *El Combatiente* (21/5/69, una semana antes del Cordobazo) decía: “La vanguardia obrera y revolucionaria va comprendiendo que es suicida enfrentar a los policías y demás organismos de la represión con las manos vacías (lo que) llevó a un aparente triunfo del gobierno, ya que se realizaron algunos pocos actos relámpago. Los actos públicos y concentraciones masivas deberán realizarse allí donde tengamos la fuerza militar capaz de resistir a las fuerzas de represión. Mientras tanto, debemos fortalecer en miles de escaramuzas y acciones clandestinas”. Por la misma fecha, *Política Obrera*, analizando el reguero de conflictos fabriles en el interior, titulaba: “¡Esto sí que tiene futuro!”.

La era del Cordobazo

...Y en vez de “miles de escaramuzas”, las movilizaciones de los obreros y estudiantes del interior desembocaron en la más poderosa irrupción *masiva* del proletariado argentino en toda su historia. El 29/5/69 los obreros cordobeses ocuparon la ciudad, hicieron retroceder a la policía, realizaron el “frente obrero-estudiantil” en las calles, impusieron a la burocracia cegetista el mayor paro nacional (30/5) ya realizado. Evidentemente, no porque hubiesen obtenido alguna suerte de “superioridad militar” sobre el régimen, sino porque paralizaron *políticamente* a los organismos de represión, a través de una *acción directa masiva y unitaria*. Quebraron el espinazo de la dictadura, sumiéndola en una crisis (o mejor, llevando la crisis ya existente a las calles) que la llevaría a dos golpes militares (Levingston y Lanusse) y a la búsqueda desesperada de una salida política con

¹⁰ *Idem*, p. 7.

los partidos que había despreciado, y con el líder político que había proscripto durante 15 años.

Las características del periodo revolucionario abierto por el Cordobazo (y continuado por la serie de Tucumanazos, Rosariazos, Mendocinazos, Rocazos, que ocuparon el centro de la escena hasta fines de 1972) se derivan de los problemas que salió a enfrentar: a) fue una rebelión contra la miseria originada en el estancamiento crónico de la economía argentina, o sea, una expresión subjetiva de la *rebelión de las fuerzas productivas* contra el atrasado capitalismo semicolonial; b) fue un levantamiento contra la entrega del país llevada adelante por los Krieger Vasena, esto es, un *alzamiento antiimperialista* liderado por la clase obrera; c) fue la expresión abierta del combate contra la integración de los sindicatos al Estado, cuyo punto máximo fue la integración vanderista al onganiato, por lo que abrió un vasto periodo de *luchas antiburocráticas*, cuyos puntos máximos fueron la recuperación clasista del SITRAC/SITRAM (1970), el Plenario Nacional Clasista por ellos convocado (agosto 1971), la recuperación del SMATA Córdoba por la Lista Marrón antiburocrática encabezada por Salamanca (1972). Pese a ello, la ausencia de estructuración política independiente del proletariado no fue resuelta: no hubo, por lo tanto, Argentinazo; el periodo no concluyó en una victoria revolucionaria. Analicemos el papel de los trotskistas en ese “proceso”.

Política Obrera caracterizó como “ascenso obrero revolucionario” el periodo abierto por el Cordobazo e intervino decididamente en él. La masiva consigna de *gobierno obrero y popular* cantada por los manifestantes cordobeses fue decisivamente impulsada por los militantes mecánicos (entre los que se destacó el dirigente nacional Marcelo Martín, muerto pocos días después del Cordobazo en un accidente no esclarecido). Las agrupaciones sindicales clasistas de PO experimentaron un gran crecimiento en todo el país: en Córdoba, J. C. Rath (dirigente de PO y de Vanguardia Obrera Mecánica) fue uno de los principales dirigentes del Comité de Huelga del SMATA en 1970. Militantes de PO pasaron a controlar varias Comisiones Internas en Buenos Aires, Rosario y Córdoba (BTB, Argelite, EMA, Thompson-Ramco, Lesa, etc.). En la juventud estudiantil, también la TERS experimentaba un gran crecimiento. El PRT (La Verdad), en cambio, mantuvo sus posiciones anteriores (Chrysler-Banco Nación) careciendo totalmente de fuerzas en el epicentro del ascenso obrero (Córdoba). Su intervención sindical llegó a acentuar su rastrearismo, desprestigiándolo ante la nueva vanguardia obrera: en noviembre de 1969, en la huelga de General Motors, fue por su cuenta a la *embajada yanqui* a solicitarle su mediación en el conflicto. Las fuerzas sin-

dicales de ambas corrientes se equilibraron, siendo, que la primera contaba con 5 años de existencia, la segunda con 25.

En cuanto a la orientación política, las divergencias pueden sintetizarse así: PO destinaba sus consignas (Congreso de Bases de la CGT, Milicias Obreras, Asamblea Constituyente Revolucionaria, Gobierno obrero y popular) a organizar a las masas para derribar a la dictadura; PRT (V) las destinaba a la dictadura para que abriera un espacio político: “¡Que se concreten las promesas de democracia que la Junta Militar ha venido haciendo!”.¹¹ Cuando el sindicalismo clasista y el movimiento estudiantil votaban unánimemente el repudio a la dictadura y a los frentes burgueses pro-“institucionalización”, PRT (V) calificaba de “progresista” a la Hora del Pueblo: el morenismo se situó a contramano del movimiento del Cordobazo.

En abril de 1971, la intervención de PO se perfeccionó con la adopción de la táctica del *Frente Unico Antiimperialista* (FUA), planteada ya por Lenin para los países oprimidos, donde las masas son hegemonizadas por el nacionalismo, a diferencia del Frente Unico Proletario, válido para los países imperialistas en que predominan las direcciones reformistas. “La oportunidad de la táctica del FUA está dada por la apertura, desde mayo 1969, de un período militante de luchas antiimperialistas de las masas, por la acumulación de fuerzas que se opera en todos los sectores de trabajadores (organización, surgimiento de nuevas direcciones, irrupción en el combate de mayor número de militantes y sectores de base) y por la radicalización política de los oprimidos y su diferenciación creciente de los partidos burgueses. El proletariado no puede elevarse hacia una política y organización independiente de clase si no supera a la burocracia sindical, al peronismo y a los grupos del nacionalismo burgués, pasando a dirigir la lucha antiimperialista. La independencia política del proletariado no puede alcanzarse si no es por referencia a su labor de construcción del frente único antiimperialista. Lo dicho define el papel del partido revolucionario: no puede colocarse a la vanguardia de proletariado, colocarlo en un plano independiente si no lidera la construcción del frente único antiimperialista... El Congreso de Bases de la CGT, cuya necesidad inmediata surge de la lucha y democracia sindicales de la clase obrera, debe proyectarse como FUA”.¹² Contra esta línea de combate, que parte de las luchas inmediatas (contra la miseria provocada por el dominio imperialista, por la democracia sindical)

¹¹ La Verdad, 16/6/1970.

¹² *Organizar el Frente Unico Antiimperialista*, resolución del CC de PO, 9/4/71.

para proyectarlas al plano de la lucha por la revolución obrera, PRT (V) planteaba: “En la Argentina no podrá hablarse seriamente ni de revolución ni de socialismo mientras los trabajadores permanezcan bajo la influencia política de líderes y partidos burgueses, en especial de Perón y del peronismo”.¹³ El carro delante de los caballos: un planteo puramente ideológico para justificar la pasividad (capitulación) política. Los trabajadores no romperían con la burguesía a partir de sus luchas y experiencias sino convencidos ideológicamente de las ventajas de la revolución socialista: radicalismo verbal para condenar la lucha real (el Cordobazo, el clasismo) por “falta de seriedad”. Con perfecta lógica, caracterizó el golpe de Lanusse como “progresivo” (para LV los impulsos progresivos provenían de la dictadura, las luchas obreras eran una comparsa con un papel auxiliar). PO afirmó que “el golpe fue lanzado para evitar el avance político de los trabajadores a costa del tambaleante gobierno anterior. El propósito político de los golpistas es asegurar la continuidad del ordenamiento jurídico policial perfeccionado por Onganía, regimentar el continuismo de la dictadura, forzar un acuerdo reaccionario entre los partidos burgueses y las FFAA”.¹⁴

La intervención de PO en el Plenario Clasista del SITRAC/M ya estaba contenida en la línea propuesta para el FUA: “En el plano del activismo sindical debemos postular la centralización nacional orgánica de todas las agrupaciones clasistas”.¹⁵ PO propuso la creación de una Tendencia Nacional Clasista, frente único de todos los sectores presentes en el plenario. Criticó el programa del SITRAC/M en cuanto significaba una línea de subordinación a la burguesía (planteaba un “gobierno popular”; la ultraizquierdista consigna “ni golpe ni elección: revolución”, sustituía a la delimitación política respecto de los frentes burgueses), pero su numerosa delegación sindical al plenario defendió la constitución de la Tendencia *aun* con ese programa (“un paso adelante del movimiento real vale más que una decena de programas”), lo que no se concretó debido a la oposición del “peronismo combativo” y del foquismo, que sólo admitían para el clasismo un papel auxiliar en sus perspectivas populistas. En ese apasionado, y violento, debate, PO estuvo solo, junto a sectores clasistas independientes, ya que LV se adaptó totalmente a la presión de las corrientes anti-clasistas, para luego deshauciar rápidamente la perspectiva abierta por el SITRAC/M (cuyos dirigentes fueron

¹³ *La Verdad*, n° 299, 1/11/1971.

¹⁴ *Organizar el...* op.cit.

¹⁵ *Idem.*

violentamente despedidos, y los sindicatos intervenidos, en octubre de 1971). LV había comenzado elogiando demagógicamente el programa de SITRAC/M (calificó la crítica de PO de “pedante pequeño burguesa”), lo que revelaba su desinterés de fondo por el asunto, pues simultáneamente afirmaba que la perspectiva obrera estaba en “las posiciones nacionalistas y de tipo independiente” de Roqué, Castillo Izetta la burocracia participacionista.¹⁶

PO balanceó críticamente su intervención en esta etapa: “(un) aspecto del proceso político 1969-72 es la ausencia de una consigna de organización política para las tendencias sindicales que rompen con la burocracia peronista o que surgen como expresión de la evolución de la clase obrera hacia su independencia. Nos referimos... al planteo de construir el Partido Obrero Independiente dirigido a las direcciones, sindicatos y tendencias que rompen con el colaboracionismo de estado de la burocracia peronista. Esto se expresa en el Congreso del SITRAC/M, donde no abrimos la perspectiva del POI que luego hubiera entroncado con una participación electoral independiente... La batalla por esta perspectiva abierta con el Cordobazo (y señalada por nosotros sólo en un terreno sindical lo que dejaba un abismo entre ésto y la intervención política de construcción del partido) hubiera permitido aglutinar a los cuadros sindicales en una lista electoral independiente, paso hacia el partido obrero”¹⁷ De hecho, la polémica contra la utilización oportunista, por el morenismo, de la consigna de Partido Laborista Independiente (con la burocracia) había llevado a PO, en 1971, a sostener la concepción opuesta: “La consigna de Labour Party hoy, prepara la entrega del movimiento obrero a un nuevo bonapartismo, infinitamente más a la derecha que el peronismo. Los levantamientos obreros en los últimos dos años, la intensa diferenciación de la vanguardia... hacen más vigente que nunca la consigna: construir el partido obrero revolucionario”.¹⁸ Este y el POI eran opuestos abstractamente.

El caso es que la política de PO en este período, revolucionaria, presentaba fuertes rasgos abstractos. El surgimiento de direcciones independientes de masas (Tosco, El Chocón, SITRAC/M) era mecánicamente identificado con el agotamiento *político* del peronismo. “PO entendió al Cordobazo como una expresión de agotamiento final de la experiencia de las masas en el peronismo, no previó la

¹⁶ *La Verdad*, 13/4/1971.

¹⁷ I Congreso de Política Obrera, *Bases para un balance político-organizativo*, 1975, pp. 8-10.

¹⁸ *Política Obrera*, n° 93, 20/7/1971.

apertura de una etapa de ilusiones democráticas, tampoco caracterizó correctamente el desvío democrático del acuerdo entre Lanusse y Perón ni la emergencia de un florecimiento de las ilusiones en el peronismo. Quedamos al margen de un eje de intervención fundamental: sólo sobre la base de las consignas democráticas y la lucha por la intervención electoral se podía estructurar una alternativa políticamente independiente del proletariado”. Estos errores se manifestarían vivamente a partir del reflujo relativo inaugurado por la derrota del polo clasista (SITRAC/M), que produjo “la crisis de nuestro eje de intervención en la etapa de disgregación de la dictadura militar”.¹⁹

Estos problemas tácticos remiten a una deficiencia programática fundamental: ausencia de un balance del nacionalismo burgués como aspecto central del desarrollo social y político argentino. Yendo a fondo, se dijo en 1975: “PO no tiene aún un programa, una caracterización acabada del estadio del desarrollo de la sociedad argentina y de las tareas objetivas que se desprenden de sus contradicciones, en el cuadro de la etapa actual del capitalismo mundial. No tenemos una definición de la formación histórica de las clases en el país, un balance de su rol político, la estructuración del Estado Nacional en relación al capitalismo mundial y el carácter del programa revolucionario de proletariado victorioso”.²⁰ Ya a partir de 1973, el esfuerzo teórico de PO está centrado en esa dirección.

Las virtudes “realistas” de los planteos oportunistas del morenismo le brindarán un eje de intervención más claro en el período electoral (aquí sí pesaba la experiencia de 25 años), en lo que no hizo más que beneficiarse de la ventaja general de los partidos burgueses frente a los revolucionarios, y por las mismas causas. Esto le permitirá recuperar ampliamente el terreno perdido durante el período revolucionario. Los principales aciertos políticos de PO, en especial la creación de una juventud socialista de masas (la UJS, creada en 1971 y cuyo 1º Congreso, en diciembre de 1972, reunió 1200 militantes) contribuirán a limitar ese proceso.

Ascenso obrero y guerrilla urbana

El Cordobazo tomó desprevenido al PRT (C), que se encontraba preparando la guerrilla rural. Su reacción inmediata mide el tamaño de su confusión política. El primer número de *El Combatiente* después

¹⁹ *Bases para...*, pp. 8 y 10.

²⁰ *Idem*, p. 5.

de los hechos, lo caracterizaba de “explosión popular espontánea con un carácter defensivo desde el punto de vista estratégico, bien que empleando medios tácticos ofensivos”. Para el PRT, el Cordobazo era defensivo (!) porque toda acción de masas estaba condenada a serlo (la ofensiva está reservada a la élite de los “combatientes”). Y en lugar de analizar políticamente la movilización, el PRT detallaba los “medios tácticos ofensivos” (miguelitos, adoquines, fusiles 22 mm.): en lugar de aprender del mentís rotundo que las masas le habían dado a la “guerrilla rural”, el PRT las descalificaba como sujetos revolucionarios. Así, “solo un ejército popular, que lamentablemente no existía en Córdoba, tornará posible la toma del poder”. “Es más fácil comprender la necesidad de un partido y de un ejército popular partiendo del nivel alcanzado por una movilización y de la técnica aprendida por un destacamento armado, que de periódicos y volantes revolucionarios de propaganda, por más bien escritos que estén”. Armas, violencia: para algunos esto significa que el PRT (C) no pensaba ni hacía política.²¹

Se olvidaba que la política, como la naturaleza, no tolera el vacío. Así, Santucho admitía “luchar junto a los radicales o al PC. Lo esencial, sin embargo, no es diferenciarse verbalmente de esas fuerzas a través de declaraciones de principio abstractas sobre objetivos diferentes de la lucha de clases. Hay que mostrar esas diferencias en la acción, en los métodos de lucha”. El PRT (C) no se delimitaba en los principios de la oposición burguesa, de la cual constituía el “ala violenta” (de ahí la tolerancia para con el ERP, en esta etapa, de los que ulteriormente aplaudirán la “guerra antisubversiva”). Que ello fuera una perspectiva revolucionaria estaba basado en un brutal e ingenuo impresionismo: “El golpe de estado es considerado una táctica suicida por sus posibles dirigentes. Solo un militar aventurero arriesgaría poner los tanques en las calles, los que podrían ser requisados para su propio uso por insospechados manifestantes” La perspectiva “revolucionaria” era puro *voluntarismo*: “Ni golpe de estado, ni farsa electoral! ¡Gobierno revolucionario de los obreros y el pueblo!”.²²

El horizonte político del PRT estaba delimitado por la política burguesa, en condiciones en que ésta pasaba a segundo plano frente a las movilizaciones obreras. La tentativa de presentar al Ejército Revolucionario del Pueblo como un producto y un elemento de

²¹ Ver por ejemplo C. Hilb y D. Lutzky, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*, CEAL, 1984.

²² Todas las citas son de *El Combatiente*, n° 11, junio 1969, reproducido por *Quatrième Internationale*, París, setiembre 1969.

la lucha de clases del proletariado no resiste el menor análisis: la decisión de crear el ERP fue tomada por el V Congreso del PRT (1970), en virtud de que “el PRT tenía un considerable retraso, pues ya se encontraban actuando por lo menos 5 organizaciones armadas (FAR, FAP, Montoneros, FAL, MRA) que estaban capitalizando el prestigio de haber comenzado la lucha armada”.²³ El ERP fue, pues, producto de la crisis de la partidocracia burguesa, la que, en condiciones de dictadura militar y ascenso de masas, habla determinado la aparición de fracciones armadas en el principal partido burgués (peronismo), con vistas a imponer su retorno al poder a través de la presión armada sobre el Ejército (el asesinato de Aramburu tuvo ese objetivo declarado).

Tal estrechez de horizonte provocó crisis en el PRT (al fin y al cabo, un partido de origen marxista): las fracciones resultantes no superaron la perspectiva foquista (Milicia Obrera), o desarrollaron la desviación diametralmente opuesta (la Tendencia Comunista, de tan marcado carácter teorícista que su principal dirigente, luego de años dedicados a la organización de círculos de estudio, acabó proponiendo el abandono de la actividad política para estudiar matemáticas, sin las cuales sería imposible entender *El Capital*...). Doscientos veinte sobre trescientos cincuenta militantes del PRT apoyaron la creación del ERP, a pesar de que poco antes toda la estructura de la “guerrilla rural” en el Nordeste había sido desmantelada por la policía. Para Santucho, es el triunfo de la “línea proletaria” la cual, con el ERP, va a corregir al propio proletariado, cuyos “sectores más avanzados (están afectados) por desviaciones de tipo nacionalista y sindicalista”.²⁴ El ERP sustituirá a ese proletariado lleno de desviaciones que, como lo demostraba el Cordobazo, sólo era capaz de acciones defensivas...

Las resoluciones del V Congreso contenían una advertencia al SU de la IV Internacional: el PRT luchaba por una nueva Internacional, con los PPCC cubano, vietnamita, chino, coreano, el PRT y (alivio)... la LCR trotskista francesa. “No creemos en la posibilidad de que la IV Internacional se transforme en el partido revolucionario mundial”, se decía. El SU se hará el desentendido...

²³ “Documentos del fraccionamiento del PRT”, *Cuarta Internacional*, julio 1973, p. 36.

²⁴ “Resolución sobre el trabajo dentro del movimiento de masas y sindical”. Partido Revolucionario de los Trabajadores, *Resoluciones del V Congreso y de los CC y CE posteriores* Ed. El Combatiente, 1973. P. 70.

De ahí en más mientras la actividad política (interna y externa) del PRT se reduce casi a cero; la actividad militar del ERP se tornó febril: de marzo a junio de 1971, sobre 316 acciones guerrilleras, 120 (38 %) son firmadas por el ERP. La justificación es que “la Argentina en su conjunto está en una situación pre-revolucionaria... la guerra civil ha comenzado”.²⁵ O sea que, caso inédito, en Argentina la guerra civil precede a la revolución: el PRT no se preocupaba en explicar cómo ese proletariado lleno de manías y “defensivo” había comenzado nada menos que una guerra civil, o sea, no se preocupaba en saber qué estaba haciendo (en política y en la vida eso se llama *irresponsabilidad*).

El contenido político de esta disolución del PRT en el ERP está dado por la diferente naturaleza adjudicada a ambas organizaciones: el PRT era depositario del “programa máximo” (socialista), mientras el ERP compuesto de gente de las más diversas ideologías postulaba un “programa democrático”: la sección argentina de la IV Internacional rompía pues con el Programa de Transición (superación de los programas máximo y mínimo a través de las reivindicaciones *transitorias*) para guiarse por un programa *democrático burgués*. Esto determinaba el oportunismo político del PRT-ERP, que retomaba la vieja noción de “heredar al peronismo”: “En Argentina, la revolución se hará con los obreros peronistas, pero sus líderes no serán peronistas, sino socialistas”.²⁶ Este planteo manipulador está en las antípodas de la actividad revolucionaria en la que “se trata de que la propia clase obrera revolucione sus condiciones, métodos y objetivos de lucha, lo que habrá de lograrse a partir de su propia experiencia política. El partido revolucionario, que debe ser la expresión organizada y consciente de la vanguardia del proletariado, es un factor insustituible en el proceso de esta revolución”.²⁷

El PRT-ERP teorizaba así sus acciones: “La guerrilla no aleja a las masas de sus objetivos, sino que les muestra un método de lucha que eleva su nivel de conciencia más eficazmente que las distribuciones de panfletos. La guerrilla no es un sustituto sino un *estimulante*. La clase obrera siente que la guerrilla apoya su acción”.²⁸ La teoría del

²⁵ “Resoluciones sobre dinámica y relaciones de nuestra guerra revolucionaria”, *Idem*, p. 78.

²⁶ “Entrevista a un militante del PRT-ERP”, *Les Temps Modernes*, n° 309, París, abril 1972.

²⁷ Jorge Altamira, “El proletariado debe conducir la lucha de los oprimidos”, *Nueva Presencia*, diciembre 1982.

²⁸ “Entrevista...”, *op.cit.*

“estímulo” (o “ejemplo”) dado a los obreros, junto con la de la construcción del “ejército” como primer tarea de los revolucionarios, aun antes de conquistar la dirección de las masas (y mucho antes del asalto al poder) eran presentadas como la quintaesencia del leninismo.

Hubiera bastado leer a Lenin -que nada tenía de pacifista- para convencerse de lo contrario: “Pensamos que sólo merecen el nombre de actos verdaderamente revolucionarios y capaces de infundir aliento a cuantos luchan por la revolución, los movimientos de masas en los cuales el ascenso de la conciencia política y de la actividad revolucionaria de la clase obrera resulta patente para todos... Vemos la auténtica resistencia de las masas, y el grado de desorganización y de improvisación, su carácter espontáneo, que nos recuerdan cuan poco juicioso es empeñarse en *exagerar* las propias fuerzas revolucionarias, cuán criminal el *menospreciar* la tarea de mejorar cada vez más la organización y preparación de esa masa que realmente está luchando ante nuestros propios ojos. La única tarea digna de un revolucionario es aprender a elaborar, utilizar, tomar en sus manos el material que brinda sobradamente la realidad... en lugar de disparar unos cuantos tiros para crear pretextos que *estimulen* a las masas y motivos para la agitación y la reflexión políticas... sólo consideramos capaces de ejercer una acción real y seriamente agitativa (estimulante), y no solo estimulante sino también (mucho más importante) educativa, los acontecimientos que protagoniza la propia masa, que nacen de los sentimientos y estados de ánimo de ésta; y no son *puestos en escena* con una finalidad especial por tal o cual organización... lo que verdaderamente desorganiza al gobierno son sólo aquellos casos en que las amplias masas organizadas por la misma lucha hacen que el gobierno se desconcierte, en que la gente de la calle comprende la legitimidad de las reivindicaciones presentadas por la vanguardia obrera, y en que comienza a comprenderlas inclusive una parte las tropas llamadas a ‘pacificar’ a los revolucionarios; en que las acciones militares contra decenas de miles de hombres del pueblo van precedidas por vacilaciones de las autoridades, quienes carecen de posibilidades de saber a donde conducirán esas acciones... Suministrar (a la masa) no dos, sino docenas de *oradores de calle* y dirigentes, crear una auténtica organización de combate capaz de orientar a las masas, y no una supuesta ‘organización de combate’ que oriente a las individualidades inaprehensibles”.²⁹ “Precisamente porque un paso como el de lanzarse a la lucha armada en la calle es ‘duro’ y porque tarde

²⁹ V.I. Lenin, “Nuevos acontecimientos y viejos problemas” 1/12/1902), *Obras Completas*, tomo VI, pp. 307-310.

o temprano resulta inevitable, sólo podrá y deberá darlo una sólida organización revolucionaria, que se halle *directamente* al frente del movimiento de las masas”.³⁰ Las palabras de Lenin parecen dirigidas al PRT con 70 años de antecedencia.

La actividad del PRT-ERP era un compendio de los errores señalados por Lenin. Un aspecto central es que en lugar de *desconcertar* a los militares, les dirigía ridículos llamados a la desertión que sólo podían solidificarlos detrás de sus altos mandos: “Todos los militares y funcionarios del régimen que realmente deseen servir al pueblo... deben abandonar las filas del enemigo. En el Ejército del Pueblo es el único lugar donde podrán poner todo su patriotismo y energía al servicio de los trabajadores y del pueblo”.³¹ Si las masas hubieran llegado al punto de que parte de la oficialidad hubiese desertado, lo habría hecho para “corregir”, con el ERP, las “desviaciones espontaneístas” del proletariado, sobre todo si tentaba superar el “programa democrático”.

Ciertamente que no pocas acciones del ERP contaron con la simpatía de los oprimidos; en el caso de las primeras “expropiaciones” y reparto de alimentos en villas de emergencia, la propia miseria existente lo explica. Lo importante es que esa “simpatía” indicaba la *insuficiencia* (no la desviación) del ascenso clasista iniciado en el 69: el nivel de organización y conciencia del proletariado no llegó, entre otras cosas, a permitirle una clara delimitación del foquismo aventurero. El ejemplo máximo citado por el ERP es el más claro: el secuestro (30/5/71) de Stanley Silvester, ejecutivo del Swift La Plata, liberado a cambio de una suma de dinero y de una serie de concesiones a los trabajadores del frigorífico. Poco tiempo después, y a pesar del largo trabajo del clasismo en esa planta, la burocracia ganaba las elecciones de Comisión Interna; las concesiones otorgadas fueron suprimidas sin mayores protestas.

Lo que el PRT jamás entendió es que sus relativos éxitos iniciales se debían a la *fuerza* y a la *ofensividad* del ascenso obrero del Cordobazo: los organismos represivos estaban paralizados y desconcertados, divididos y en crisis debido a las acciones de masas. En julio de 1971, con el asesinato de los esposos Verd y de Juan P. Maestre (responsable de las FAR), el Ejército comienza a testear los métodos de la “guerra sucia”. Cuando el ascenso obrero diese síntomas de declinación, el Ejército lanzaría un desafío a los grupos armados: el asesinato de 16 guerrilleros presos en la masacre de Trelew (22/8/72).

³⁰ V.I. Lenin, “Sobre las manifestaciones”, *Idem.*, p. 289-290.

³¹ “Sobre las fuerzas armadas”, *Estrella Roja*, n° 7, octubre 1971.

El ERP entró de lleno en la provocación, transformando su actividad en una *guerra de aparatos* con las FFAA, de resultados previsibles. Tres años después, la “Compañía del Monte” en Tucumán, volverá a confirmar el desafío, invitando a los oficiales a “pelear solos” (sin los conscriptos) contra el ERP. El camino de la muerte fue trazado por los militares y aceptado por el ERP.

A pesar de que el foquismo del ERP tendía explícitamente a alejar al PRT de su disciplina, el SU cubrió y alentó toda su actividad. En 1971, Maitán se vanagloriaba: “Las organizaciones que se dedican a la lucha armada han ganado bastante influencia y han llevado a cabo acciones espectaculares; las lecciones de mayo del 69 y de la represión han dejado claro ante decenas de miles de trabajadores que la lucha de clases en Argentina ha llegado al nivel del enfrentamiento armado y que la dictadura militar sólo se puede combatir mediante la violencia revolucionaria”.³² La autosatisfacción de estos teóricos sin tropas de la violencia ajena debe haber llegado al orgasmo cuando la Fiat italiana los buscó para que mediasen en el secuestro de su directivo argentino Oberdan Sallustro (muerto el 10/4/72). Si para Mandel, esa muerte indicaba que la Argentina era “un país al borde de a guerra civil”³³, “por lo menos una guerra civil parcial” será la opinión del inefable Maitán, quien siempre provoca la sensación de que estamos en un circo.

El morenismo, a pesar de jurar lo contrario y de participar posteriormente de una tendencia opositora en el SU, fue cómplice de esta evolución, al reconocer la progresividad de la guerrilla foquista: “Era una nota que acompañaba al coro de los Cordobazos”³⁴, posición que repetirá cada vez que le convenga: “En buena medida pega en el blanco: bien puede enorgullecerse la guerrilla de que con el módico asesinato de dos sindicalistas ha puesto al borde de la intervención la provincia de Santa Fe, ha promovido una guerra entre la UOM y el Ministerio del Interior”.³⁵ La “nota” foquista siempre acompaña la sinfonía del inmenso oportunismo de Moreno.

Sólo Política Obrera adoptó una posición principista frente al foquismo. En 1971: “La IV Internacional se ha convertido en

³² L. Maitán, “Political Crisis and Revolutionary Struggle in Argentina”, *Intercontinental Press*, New York, 26/4/1971, p. 388.

³³ *La Gauche*, Bruselas, 21/4/1972, y declaración de los “Gruppi Comunisti Rivoluzionari”, Sección Italiana de la IV Internacional, frente al secuestro de Sallustro, 14/4/1972.

³⁴ *Avanzada Socialista*, n° 137, 5/3/1975.

³⁵ *Idem*.

tribuna de las posiciones del foco guerrillero, contra la construcción del partido proletario revolucionario, y a favor de la concepción pequeñoburguesa de la revolución democrática... Las lecciones del mayo cordobés y la etapa prerrevolucionaria abierta destacaron esencialmente las manifestaciones callejeras y la huelga política de masas como las formas de la acción directa del proletariado. (Este) pugna en estos momentos por romper el cerco que la burocracia le impone para centralizar su lucha política a escala nacional... en la etapa actual hay que luchar contra la guerra civil que prepara el capitalismo, porque no es para nosotros el momento oportuno. Los obreros deben ir comprendiendo la necesidad de armarse, de formar destacamentos para defenderse de los intentos burgueses, lo que les permitirá pasar, mediante la extensión del armamento, a la ofensiva; éste es el abc del programa de transición. Para el ERP no; dicen que sus asaltos demuestran a los trabajadores que la lucha armada puede hacerse con poca gente”.³⁶ Y en 1972, frente a las muertes del Gral. Sánchez y de Sallustro: “El ERP planteó el secuestro de Sallustro a cambio de la reincorporación de los despedidos de Fiat, en un ingenuo intento por darle a su actividad una proyección de masas. Olvidaron que, frente al Estado, las masas sólo pueden imponerse por ellas mismas, con sus propios métodos y con una dirección política fiel. Poco a poco el ERP fue abandonando el primer reclamo para reducir todo al millón de dólares... provocación, la liquidación de Sánchez fue el elemento decisivo de reagrupamiento que utilizó Lanusse ante los golpes que le propinara el Mendozazo. La represión instrumentada por el atentado logró detener la agitación que empujaba hacia un paro nacional activo en solidaridad con Cuyo... Denunciamos al llamado SU de la IV Internacional y a todas sus fracciones internas por la política criminal que propugnan para el porvenir de las organizaciones de izquierda, y porque tienen la audacia canallesca de enlodar la figura y obra de Trotsky. Es menester distinguir a los militantes caídos de la mafiaseudotrotskista que en nuestro país, en Europa y en los EE.UU usufructúa cómodos sillones de politiquería electorera para denigrar la perspectiva histórica del Programa de Transición y de la IV Internacional, que hay que reconstruir”.³⁷

³⁶ “4° Internacional. De cómo abjurar del trotskismo y adherir al foquismo urbano”, *Política Obrera*, n° 90, 26/5/1971, p. 16.

³⁷ “El descalabro del ERP”, *Política Obrera*, n° 106, 19/4/1972, p. 5.

La Asamblea Popular boliviana y el trotskismo

Si en nuestro país la guerrilla urbana culminó en catástrofe, en Bolivia el “Ejército” del SU fue la parodia bufá de la tragedia de Nancahuazu. En 1968, Moreno proclamaba “¡Todo el poder al ELN (Ejército de liberación Nacional)!” (*Estrategia*, n° 7, set. 1968). Entre agosto y octubre de 1970, el foco del ELN en Teoponte perdió 70 de sus 75 miembros, incluyendo a su jefe “Chato” Peredo. Al mismo tiempo, el proletariado en la calle impedía el golpe fascista del Gral. Miranda, el Congreso Minero aprobaba un programa de revolución socialista (Tesis de Siglo XX), y el reciente formado Comando Político de la COB evitaba que la clase obrera fuese llevada al co-gobierno con el Gral. Torres, convocando a la formación de la *Asamblea Popular* sobre bases soviéticas (representación directa y revocable elegida en los lugares de trabajo). El grupo pablista del SU, dirigido por González Moscoso, estuvo al margen de todo este proceso, pues estaba reorganizando la guerrilla rural y al ELN, junto a otras corrientes. En abril de 1971 frente al pujante desarrollo de la Asamblea, González declaraba que “la Asamblea Popular debe ser un organismo que discuta los problemas nacionales y las soluciones para ellos, pero que deje el poder en manos de las organizaciones de masas (sindicatos o milicias populares o el Ejército Popular)”.³⁸ Frente a la irrupción revolucionaria de los obreros, se les pedía que renunciasen al poder en favor de un “Ejército” inexistente, llegando a reivindicar a los sindicatos contra la organización soviética. Esta concepción antiobrera era patrimonio de todos los grupos del ELN “reorganizado”, que poco después se proclamaba “vigilante” de la Asamblea, amenazando de muerte a los representantes de los obreros y campesinos que no actuaran según el criterio revolucionario... del ELN. El SU de la IV apañó todo esto, probando ser una organización *antiobrera*. La “guerra del ELN” no pasó, esta vez, del asalto a un puesto de gasolina...

El gran impulsor de la movilización revolucionaria había sido el POR (Partido Obrero Revolucionario) trotskista, dirigido por Guillermo Lora, por entonces ligado al CI de la IV Internacional. Redactor de las Tesis de Siglo XX, el POR fue figura central del Comando Político de la COB, al punto de que este encargó a Lora la redacción de las “Bases Constitutivas” de la Asamblea Popular.

³⁸ Rouge, París, 17/5/1971.

El POR era en ese momento miembro del alicaído CI de la IV Internacional, junto a la OCI francesa, la SLL inglesa, la LOM de México.

La Asamblea Popular se definió como “órgano de poder obrero” y “frente único antiimperialista dirigido por el proletariado”. Fue la primera experiencia soviética de masas en América Latina. Durante su breve existencia -fines de 1970 hasta agosto de 1971- se esforzó por agrupar a todos los explotados en torno a la clase obrera. El proletariado boliviano tiene un peso numérico muchas veces inferior a su peso político: la Asamblea le otorgó una representación proporcionalmente privilegiada para asegurar su hegemonía en el frente único de las masas. Incorporando, gradualmente a los sectores oprimidos, la Asamblea definió puntos estratégicos del programa de la revolución boliviana: *control obrero de la COMIBOL* (ente estatal que agrupa al corazón económico de Bolivia: las explotaciones mineras, nacionalizadas desde 1952), *universidad única bajo dirección hegemónica de la clase obrera*. Los proyectos respectivos fueron impulsados por el POR, quien además luchó para mantener la independencia política de la Asamblea, contra quienes querían transformarla en una especie de Parlamento al servicio del bonapartismo militar de Torres (posición similar a la sustentada por los mencheviques en los soviets rusos de la revolución de 1917). La cuestión del armamento de los explotados y de la ofensiva política sobre las tropas estaban en la agenda de la Asamblea.

Fue para cortar esa evolución, que ganaba cada vez más amplios sectores populares y amenazaba extenderse al propio Ejército, que el alto mando dirigido por el Gral. Banzer desató el golpe del 21 de agosto de 1971. La victoria del golpe “demostró la lenta evolución de los soldados y suboficiales y su acatamiento a los altos mandos, principalmente por temor a que una insurrección victoriosa los llevara al estado de degradación a que los condujo la revolución de 1952 (nos referimos a los suboficiales)”. La Asamblea luchó contra el golpe armas en mano (varios militantes del POR fueron muertos en la batalla) tentando la unidad de las filas castrenses. Posteriormente replegó en orden sus filas, evitando una derrota catastrófica (pinochetista) del proletariado. Esta extraordinaria experiencia se incorporó al acervo de los explotados bolivianos y está presente en sus luchas actuales. “El triunfo de Banzer no puede minimizar este hecho fundamental: en mayor medida que los soviets rusos de 1905, la Asamblea Popular

tuvo una dimensión nacional, y a diferencia de los de 1917, desde su inicio se estructuró sobre la base de un programa que planteaba el poder obrero”.³⁹

La fantástica miseria política en que se encontraban las diversas fracciones internacionales que se reclamaban del trotskismo se manifestó en que éstas aprovecharon el golpe militar, no para organizar la solidaridad política con los explotados bolivianos y con el POR, sino para atacar calumniosamente a éste, que venía de cumplir el papel político más importante del trotskismo mundial desde el fin de la Segunda Guerra. Los ataques tuvieron algunos puntos centrales en común: la Asamblea no habría querido tomar el poder (sería por lo tanto responsable por el golpe), la culpa sería del POR, que no lo planteó. Las críticas no valían nada, pues se basaban en el presupuesto de que las masas están en todo momento dispuestas a tomar el poder, lo que revela que los acusadores nada tenían que ver con el proceso boliviano, ni con proceso alguno. Provieniendo del SU pablista, la crítica probaba que la principal virtud desarrollada por este organismo era la del caradurismo, pues su línea había sido contraria a la de la propia creación de la Asamblea (a la que sus escasos partidarios bolivianos llegaron a hostilizar militarmente).

Guillermo Lora, dirigente del POR, manifestó frente a estos críticos: “Los pablistas están interesados en hacer creer que la asamblea fue nada menos que el escenario de la polémica entre los trotskistas (el POR) y ellos. La verdad es muy diferente. Los seguidores de Mandel y Frank fueron el personaje ausente de los grandes acontecimientos, nadie sabe donde estuvieron, tal vez tomando café en algún local de París... no se sentaron en la Asamblea porque no tuvieron ningún rol el derecho a participar en ella, pese a quien pese, se conquista en las calles”.⁴⁰

Nahuel Moreno, que durante la creación de la Asamblea (movilizaciones obreras contra el golpismo) reivindicaba todavía la guerrilla rural,⁴¹ se quedó mudo durante el periodo de la Asamblea, para luego del golpe, en su mejor estilo (por ejemplo, los grupos ultraizquierdistas

³⁹ Julio N. Magri, *El revisionismo en el trotskismo*, Ed. PO, 1972, pp. 21 y 24.

⁴⁰ Guillermo Lora, “Una crítica revisionista al POR”, *América India*, n° 1, enero 1972, p. 54.

⁴¹ “El resurgimiento de la guerrilla, encabezada por el Chato Peredo es una nueva manifestación de la continuidad del ascenso revolucionario en Bolivia y un factor de crisis para el régimen”, sostenía *La Verdad*, agosto 1970.

europeos que celebraron la caída de Allende en Chile) pasar a acusar al POR de no haber dividido al Ejército y de no haber tomado el poder con un programa salarial y contra la desocupación.⁴² “La cuestión salarial y la desocupación son dos consignas sindicalistas, infinitamente por debajo del gran problema político del control de la COMIBOL. El morenismo cae en el economicismo más vulgar cuando de hostilizar el partido revolucionario se trata... no señala cuáles eran las consignas para atraer (a los soldados y suboficiales) a la Asamblea; no basta con invitarlos, tienen que ser impulsados a ingresar en su seno. Solo una profunda movilización nacional motorizada por el control obrero de COMIBOL podía llevar a sectores atrasados a tomar parte del proceso revolucionario” -respondió un dirigente de Política Obrera.⁴³

La novedad consistió en que la Asamblea hizo estallar la ficción del CI de la IV. La SLL (*Socialist Labour League*) inglesa, de Gerry Healy, la que, a falta de mejores argumentos, venía autopromoviéndose en su país como representante del futuro gobierno trotskista de Bolivia, decidió culpar al POR, con argumentos semejantes a los mencionados, por el fracaso de su campaña publicitaria. El ataque fue primero lanzado a través de interpósitas personas: Tim Wohlfort, dirigente de un fantasmagórico grupo “healyista” de los EE.UU.,⁴⁴ al que Lora respondió aplastantemente⁴⁵ pese a encontrarse militando clandestinamente en Bolivia. La segunda sesión de la Conferencia Mundial del CI (la primera se había realizado en Londres, en junio 1970) quedó comprometida por la ruptura con la SLL. La crisis del CI abrió espacio para un nuevo reagrupamiento internacional, pues Política Obrera (hasta entonces sin afiliación internacional, a pesar de estar en contacto con el POR desde 1969) y el POMR (Partido Obrero Marxista Revolucionario) del Perú, una escisión de la castrista Vanguardia Revolucionaria, dirigida por R. Napurí (ex Praxis) fueron invitados a participar de esa Conferencia a realizarse en París, garantizada por la OCI (Organización Comunista Internacionalista) de Francia. Como primer paso, PO, el POR

⁴² Revista de América, n° 6-7.

⁴³ Julio N. Magri, *op. cit.*, pp. 23-24.

⁴⁴ Este Tim, que en la época escribía artículos contra el “pablismo” con espuma en la boca, poco después se incorporó al SWP pablista, donde rápidamente llegó a la dirección nacional: véase el valor de la lucha ideológica para ciertos “trotskistas”.

⁴⁵ Guillermo Lora, “La contrarrevolución disfrazada de trotskismo”, *Política Obrera*, n° 97, 15/9/1971.

y el POMR convocaron a una *Conferencia Latinoamericana por la Reconstrucción de la IV Internacional* (marzo de 1972) la que ratificó la solidaridad con el POR y con su conducta en la Asamblea Popular. La OCI, presente en esa Conferencia invitó a PO a incorporarse al CI, a lo que PO respondió planteando la necesidad de un balance previo del CI desde la ruptura de la IV Internacional (1953), imprescindible ante su sinuosa trayectoria y las posiciones sectarias adoptadas por algunos de sus miembros.

El CORCI: debate sobre la burguesía nacional

En julio de 1972 se reunió, en París, la 2^o sesión de la Conferencia del CI de la IV Internacional. La ruptura con la SLL estaba consumada. Política Obrera se hizo presente como observador. El POR no pudo asistir. En la reunión había 14 organizaciones, de las que sólo 2 poseían una implantación real en la lucha de clases de sus países: PO y la OCI francesa (el grupo Vanguardia de Israel había tenido alguna importancia, mucho menor, en el movimiento estudiantil).

La reunión no pudo menos que constatar la destrucción del CI como supuesta dirección de alternativa (al SU) de la IV. La OCI presentó, en el curso mismo de la reunión (es decir, sin discusión previa) dos textos. Sobre la base del primero de ellos, votado conjuntamente por la OCI y PO, quedó constituido el *Comité de Organización por la Reconstrucción de la IV Internacional* (CORCI). “El revisionismo pablista destruyó organizativamente la Internacional fundada en la Conferencia de 1938, destruyó la IV Internacional como centro dirigente, pero no como programa; (no tenemos) la intención de ocultar a la vanguardia del proletariado mundial que la presión de la burguesía y del stalinismo destruyó la organización de la IV Internacional... El CI fue fundado en 1953 sobre un equívoco, (fue constituido) para oponer un centro dirigente de la IV al centro dirigente pablista, el SI. Pero el SWP se rehusaba a cumplir las tareas internacionales e impedía al CI llevar adelante las tareas de reconstrucción de la IV, lo que lo condujo a desembocar en una política de reunificación con el SI (el SU)... a partir de 1966, la SLL seguía el mismo camino que el SWP. Para ella, el CI debía funcionar como centro dirigente, pero, si la SLL recusaba las tareas referidas al trabajo internacional, el CI funcionaba sobre principios federalistas -impuestos por la SLL- que nada tenían que ver con los del centralismo democrático... Los hechos han dado el desmentido, más rotundo, al equívoco que presidió la constitución del CI, que pretendía representar el centro dirigente de la Internacional, pero que se alineó tras

una política de reunificación con el liquidacionismo pablista. El CI representó la continuidad de la IV Internacional en el sentido de que defendió su programa (pero) rehusando sacar todas las conclusiones de la crisis pablista y luchar por la reconstrucción de la IV Internacional, el CI no aseguró su continuidad(...) no hay centro dirigente, hay que reconstruirlo sobre las bases del centralismo democrático: tal es el contenido de la lucha por la reconstrucción de la IV Internacional".⁴⁶ La conclusión, positiva y de combate, se apoyaba sobre una tentativa de balance del CI: el texto fue votado casi unánimemente.

La *resolución política* (segundo texto), en cambio, mostró la heterogeneidad política existente y, sobre todo, los desacuerdos entre PO y la OCI sobre puntos cruciales. Sobre algunas cuestiones (nacionalizaciones en los países atrasados, naturaleza del castrismo) el texto simplemente constataba las divergencias. Largos fragmentos del texto fueron objeto de un voto aparte. PO votó contra un trecho que afirmaba: "No se puede afirmar que exista una diferencia de naturaleza entre la 'burguesía nacional' y la burguesía imperialista, como lo define el POR en su informe a la Conferencia Latinoamericana de 1972... la burguesía nacional (de los países atrasados) sólo puede dirigir el país como burguesía compradora del imperialismo... hay contradicciones entre las burguesías compradoras y el imperialismo, que pueden ser utilizadas por el proletariado para acuerdos precisos y circunstanciales con las burguesías nacionales, las que capitularán, en la realización de las tareas de la revolución democrático burguesa, frente al imperialismo". PO también defendió la táctica de Frente Unico Antiimperialista del POR, puesta en cuestión así: "Para el POR, el Frente Revolucionario Antiimperialista, continuador de la Asamblea Popular, donde la 'burguesía nacional relativamente progresista' está representada, se fija como tarea la lucha por el socialismo.. que el proletariado participe en un pretendido poder antiimperialista con la burguesía nacional, aun bautizada 'socialista' y 'progresista' nada cambia al hecho de que es un poder burgués".⁴⁷ Para PO "la presencia (del Gral.) Torres en el FRA la entendemos como una concesión del POR para no dar un argumento a los stalinianos y lechínistas para romper el FRA y formar un frente nacional y popular (concesión admisible) sobre la base del compromiso de todos los partidos integrantes del FRA con el programa de la Asamblea

⁴⁶ "Résolution sur les tâches de reconstruction de la IVe Internationale", *Correspondance Internationale*, n° 6, París, octubre 1972, pp. 4-5.

⁴⁷ "Résolution politique générale", *Idem*, pp. 14-15.

Popular y la lucha política real, en el movimiento de masas, contra Banzer. Constituido para la lucha inmediata para las libertades democráticas y sindicales, levantó como programa de acuerdo el restablecimiento de la Asamblea y su programa, el gobierno obrero y el socialismo. Por lo tanto, el FRA se ubicó fuera del respeto a la propiedad privada”.⁴⁸

Amén de las divergencias, había en algunas organizaciones un decidido primitivismo teórico. Vanguardia (Israel) afirmaba correctamente que “la OCI tiende a ignorar la opresión nacional en los países atrasados”, para embarrarla sosteniendo que “es absurdo pretender que los países de América Latina sufren una opresión nacional” (una falsedad total deducida de una verdad parcial).⁴⁹ La OCI se limitó a afirmar que “un proceso que tiende a la homogenización política se desarrolla en el cuadro de una inevitable heterogeneidad”.⁵⁰ Como a pesar de las enormes divergencias de la resolución política, el texto recibió un voto favorable “de conjunto”, se eligió un Buró del CORCI (compuesto por la OCI, PO, el POR y los minúsculos grupos de Hungría, España, Alemania, Israel, México e Irlanda).

Años más tarde, PO diría que “la OCI presentó un texto en la misma reunión, no hubo discusión previa, que rechazamos en la mayoría de los puntos. Luego se trató la crisis del CI y fue allí donde salió sorpresivamente la propuesta de fundar el CORCI. Esto revela desde el vamos el carácter de instrumento de manipulación que sería el CORCI. Nosotros no lo vimos entonces, en parte por la presencia poderosa del POR en el CORCI, pero ocurre que aquél no concurrió a esa reunión ni a las siguientes... No bastaba constituir un bloque sobre la base de que quienes lo componían se reclamaran por la reconstrucción de la IV Internacional y por la defensa del Programa de Transición. Era necesario definir una plataforma en relación a las otras tendencias que se reclamaban trotskistas”.⁵¹ En ese momento, eso no se comprendió; de cualquier modo, PO aprovechó la mayor experiencia de la OCI en el trabajo de masas para perfeccionar su intervención en Argentina, creando la Unión de Juventudes por el

⁴⁸ Política Obrera (CEN), *Respuesta política a la campaña provocadora de la dirección del PST*, julio 1973, p. 16.

⁴⁹ “Commentaires du groupe Avant-Garde (Israel)”, *Correspondance Internationale*, op. cit., p. 30.

⁵⁰ “Un premier bilan”, *idem*, p. 23.

⁵¹ Rafael Santos, *Destrocemos la provocación de Just y de Lambert*, Ed. PO, p. 56.

Socialismo (inspirada en la AJS francesa) e interviniendo en fábricas y sindicatos a través de “Comités unitarios de base”.

El único punto en que el documentó básico del CORCI se diferenciaba del pablismo (SU) era el rechazo a la noción de “tres sectores de la revolución mundial”. “La unidad de la lucha de clases mundial significaba que no hay, en la época del imperialismo, ‘revolución colonial’, sino revolución proletaria en los países coloniales y semicoloniales, que se encarga de la solución de las tareas de la revolución burguesa. Distinguir la revolución colonial de la revolución proletaria implica que la fuerza motriz de la revolución en las colonias no es el proletariado. (También) se expresa en la unidad orgánica de la revolución social en los países capitalistas con la revolución política en los países en que el capital fue expropiado y donde una burocracia parasitaria y contrarrevolucionaria usurpó el poder político destruyendo las instituciones de la dictadura del proletariado”.⁵² La posterior evolución del CORCI pondría en cuestión estos precarios acuerdos teóricos.

El debate sobre las relaciones entre burguesía nacional e imperialismo fue una de las cuestiones clave del marxismo desde la III Internacional, y muy especialmente desde el fin de la II Guerra. No por casualidad uno de los mejores teóricos del marxismo argentino, Milcíades Peña, le consagró su trabajo más elaborado (“La clase dirigente argentina frente al imperialismo”). Así como en el debate sobre la burocracia soviética que dividió a la IV en 1953 (pablismo) no estaba en juego una simple cuestión táctica referida a la URSS, sino la caracterización de la capacidad revolucionaria *mundial* del proletariado, la discusión sobre la burguesía nacional (o sea, sobre las relaciones entre las metrópolis y los países oprimidos) no ponía en cuestión sólo la táctica revolucionaria en las semicoloniales, sino la naturaleza misma del sistema imperialista, la dinámica *mundial* de la revolución.

El punto de partida de la OCI -identificación entre la burguesía nacional y el imperialismo- era el mismo con que el SU fundamentaba la “revolución colonial” separada de la revolución mundial y su táctica de “guerra civil permanente”, con conclusiones *simétricamente* opuestas. La OCI se apartaba de la caracterización de Trotsky sobre el tema (ver ítem 1, capítulo anterior). El POR respondió; “Los que comienzan a razonar sosteniendo que la burguesía nacional es parte de la internacional, no sólo dicen una perogrullada, sino que están

⁵² “Résolution politique générale”, *Correspondance Internationale*, op. cit. pp. 10-12.

denunciando una seria concesión a los que basan su política en la identificación de los países atrasados e imperialistas. El comienzo del planteamiento debe ser otro: distinguir a los países atrasados de las metrópolis y a las burguesías nacionales de las imperialistas... La opresión imperialista es nacional y no estrictamente clasista. Este fenómeno junto al atraso del país (no cumplimiento de las tareas democráticas) motivan que las clases sociales jueguen un papel peculiar (que de ningún modo es un calco del rol de las clases en las metrópolis) y se establezca entre ellas una no menos peculiar mecánica... el atraso del país y la opresión imperialista abren la posibilidad de que la burguesía nacional plantee el cumplimiento de las tareas democráticas y de liberación nacional, otra cosa es que esté orgánicamente imposibilitada de cumplir tales propósitos... Una nacionalización de los recursos naturales que fueron entregados al imperialismo, decretada por el gobierno nacionalista burgués, es progresista por referencia a la conducta de los gobiernos que resuelven sus problemas recurriendo al despilfarro de las riquezas naturales, no lo es ya si la referimos a la perspectiva de que el gobierno obrero estatice los medios de producción... Las actitudes revolucionarias y antiimperialistas asumidas por los partidos más radicalizados de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía se agotan rápidamente y son reemplazados por una incondicional entrega al enemigo foráneo, en cuya decisiva ayuda confían para poder aplastar a los aliados de ayer, el proletariado y las masas explotadas en general... El nacionalismo burgués, la movilización de las masas por la burguesía nacional o la pequeña burguesía alrededor de las tareas democráticas es un fenómeno particular de los países atrasados, que constituye la respuesta burguesa a los problemas que crea el no cumplimiento de esas tareas y la opresión nacional por el imperialismo; (la burguesía) para fortalecerse políticamente en su país y presionar sobre el imperialismo, a fin de arrancarle concesiones y componendas favorables a ella, se ve obligada a movilizar y presionar a las masas, entre ellas el proletariado... los movimientos nacionalistas que organizan al proletariado lo que hacen es poner en pie a su propio sepulturero, pues no bien este cobre su propia fisonomía tenderá a sobrepasar políticamente a las direcciones que le son extrañas, a ir más allá de los límites del capitalismo y la democracia (por eso) la dirección burguesa es conservadora en todo momento: se trata de una movilización controlada, que busca impedir que los explotados rompan el marco de la dirección burguesa”.⁵³

⁵³ Guillermo Lora “Acerca de la burguesía nacional” Estudios históricos políticos - sobre Bolivia, La Paz, Ed. El Amauta, pp. 10-23-28-31-33-38.

La respuesta del POR se refería sobre todo a la caracterización y la táctica revolucionaria en los países atrasados (Frente Único Antiimperialista); el POR hacía el balance de su lucha contra el nacionalismo boliviano (MNR), y recordaba a los trotskistas europeos sus obligaciones: “Hay una diferencia de matiz entre la actitud del movimiento revolucionario cuando se trata de salir en defensa de los gobiernos nacionalistas acosados por el imperialismo. El proletariado internacional, particularmente el de la metrópoli, tiene que poner mayor énfasis en la defensa, porque así fortalece su propio movimiento revolucionario; el nacional acentuará su crítica a las limitaciones nacionalistas”.⁵⁴

Fue PO que mostró las implicaciones mundiales del análisis de la OCI, su similitud metodológica con el pablismo: “La llamada burguesía compradora se caracteriza por su rol intermediario entre el imperialismo y el interior pre-capitalista. Esta forma del capital predomina en una fase del desarrollo de los países atrasados: las colonias, es la forma específica del capitalismo colonial... Reducir la burguesía nacional a una burguesía compradora es una mutilación de la definición marxista de las clases bajo el capitalismo, pues el marxismo considera la primera fase del capital, la comercial, como una forma bastarda de capital. No reconocer más que una burguesía compradora implica considerar el desarrollo del imperialismo como lineal, sin crisis, sin luchas internas y sin guerras: la posibilidad de un super-imperialismo... El stalinismo y la ‘izquierda nacional’ separaron rigurosamente la lucha nacional de la lucha de clases, fundamentando su teoría de la revolución por etapas y su capitulación frente a la burguesía y el imperialismo. La OCI hace lo mismo al revés. Niega la lucha nacional como una expresión de la lucha de clases que, además, la radicaliza a un punto que torna posible la toma del poder primero en los países atrasados. Las dos abstracciones conducen a lo mismo: negar la revolución proletaria. La primera recusando su posibilidad (madurez); la segunda haciéndola una abstracción, porque sin tareas democráticas no cumplidas por la burguesía (lucha nacional), el proletariado no podría tomar el poder en los países atrasados hasta que la revolución no se realice en los países avanzados... Lo que ni Mandel ni la OCI reconocen es que la revolución proletaria en las colonias no se concibe sino como movimiento revolucionario de liberación nacional (insurrección agraria y nacional) liderado por el proletariado apoyado por los campesinos; es la única posibilidad para los movimientos nacionales en la época del imperialismo y de la

⁵⁴ Guillermo Lora, *Idem*, p. 55.

revolución proletaria mundial, la única manera en que el proletariado puede llegar al poder en los países atrasados... Declarando que no existe 'revolución colonial' sino revolución proletaria en las colonias, la OCI rompe la unidad real de la lucha de clase mundial, la unidad de la revolución colonial con la revolución socialista mundial, para reemplazarla por un esquema que no es más que la suma de las revoluciones proletarias... ¿De donde resulta esta combinación que constituye la dialéctica de la revolución mundial? Del hecho de que la revolución colonial no se desarrolla en el período histórico de la formación de los Estados Nacionales, sino en el del imperialismo, en el de la revolución socialista mundial. La revolución colonial cambia así de proyección internacional, porque su característica es la de minar al imperialismo mundial, ayudando así a la revolución socialista del proletariado de los países avanzados... (En el caso de Mandel) dividir la revolución mundial en sectores conduce a dividir la revolución mundial en etapas: la revolución colonial propiamente dicha, y luego la revolución proletaria en las colonias".⁵⁵

Cuestión capital, PO subrayaba que el análisis unilateral y abstracto de la OCI, que lo conducía en ese momento a una conclusión sectaria (colocar a los movimientos nacionalistas del mundo colonial en el mismo plano que el imperialismo) tenía también una conclusión oportunista: la de plantear la posibilidad de acuerdo con la burguesía nacional, sin fundamento en la progresividad histórica de los movimientos nacionalistas. Con la misma lógica se podrían plantear acuerdos con el imperialismo: los "acuerdos" de la OCI no tenían otra base que el arbitrio o el capricho, dejando así abierta la puerta para una política de capitulación permanente frente a la burguesía nacional.

La OCI no dio respuesta alguna a los aplastantes y extensos documentos del POR y PO (de los que sólo extractamos algunas conclusiones fundamentales). Esta confesión no explicitada de derrota política mantuvo una aparente unidad en el CORCI. En realidad, con esta polémica, desarrollada en los años 1972 y 1973, el CORCI dejaba de tener cualquier fundamento programático (el POR y PO habían criticado por entero la "Resolución política general" que lo constituyó) para pasar a basarse en un acuerdo que era más una constatación que una caracterización: que la IV Internacional estaba organizativamente destruida y que era necesario reconstruirla.

⁵⁵ Política Obrera (CEN), Discusión sobre la burguesía nacional, noviembre 1973.

Las elecciones de 1973 y el retorno de Perón

Hacia fines de 1971, La Verdad planteó un frente único por la legalidad de la izquierda “para intervenir en el proceso electoral”. El carácter capitulador del planteo (se encuadraba en la institucionalización propuesta por la dictadura) y la trayectoria capituladora de la corriente que lo formulaba, llevaron a que la propuesta fuera desechada, no sólo por las corrientes ultraizquierdistas que planteaban “ni golpe ni elección: revolución”, sino también por corrientes clasistas, incluido PO. Paralelamente, el morenismo ejecutaba una maniobra de disolución-copamiento en una de las múltiples ramas en que se encontraba dividida la cadavérica social-democracia argentina. Sus militantes reflataron al Plenario de Centros Socialistas (31/10/71), postulando un “polo socialista electoral” sobre la base del PSA (Partido Socialista Argentino) de Juan C. Coral. En marzo 1972 comenzó a publicarse *Avanzada Socialista* (Semanario del PSA, Secretaría Coral). Se trataba del reflatamiento de una corriente política casi olvidada sobre la base de la fuerza militante del morenismo, como éste lo reconoce: “En un congreso del PSA que se celebró 6 meses después del acuerdo, quedó asegurada la mayoría para la tendencia del PRT (V). El CC se organizó sobre la base de una mayoría de 2/3 para el PRT (V). La relación de fuerzas en las bases es de 10 a 1 en su favor. La tendencia trotskista no sólo controla el semanario, sino también los 50 locales abiertos por el partido”.⁵⁶ Lo anterior era dicho para “consumo externo”; para “consumo interno” el PSA aparecía como una revigorización del viejo socialismo amarillo, o sea, lo contrario a la estructuración del clasismo en partido político independiente.

En las elecciones, esto se manifestará en que la candidatura principal no será ocupada por ninguno de los grandes dirigentes proyectados por el Cordobazo, sino por la patética reedición de Alfredo Palacios que ocupaba la Secretaría del PSA. No era una concesión formal pues en su n° 6 (5/4/72) *Avanzada* reivindicaba, bajo la pluma del morenismo, los “80 años de tradición del socialismo argentino”, tradición que, como se sabe, incluye el apoyo al golpe uriburista contra Yrigoyen, la complicidad con la proscripción de la “década infame”, la alianza con Braden contra el movimiento obrero en 1945, el apoyo a la Libertadora y a la proscripción del peronismo, sólo para anotar los hitos más notables. Formulada por una corriente marxista,

⁵⁶ N. Moreno y otros, “Argentina y Bolivia: un balance”, *Boletín de Informaciones Internacionales*, op. cit., p. 52.

el aval a esa tradición era un insulto al movimiento obrero argentino, que ya había superado al socialismo reformista pro imperialista en 1919 (creación del Partido Socialista Internacional, futuro PC).

La clave del relativo éxito del PSA (posteriormente PST) consistió en que empalmó con la tendencia de toda la burguesía a agruparse detrás de Perón, ante el fracaso del ciclo militar (“gorilización” del peronismo). La misma tendencia que llevó a *La Nación* a celebrar la “vuelta del Líder”, fue la que hizo que todas las tendencias socialdemócratas se reorganizaran como laderas del peronismo, ingresando incluso al FREJULI (Jorge Selser, Simón Lázara, etc.). El PST fue parte de esa tendencia (el acuerdo Moreno-Coral, este último tal vez la expresión más deshauciada de la socialdemocracia, fue realizado luego del fracaso de las negociaciones Moreno-Selser). Frente a la vuelta de Perón -noviembre de 1972- que materializaba el punto central de la convergencia histórica peronista-gorilismo, en el marco del GAN lanussista, el PST planteó: “Perón debe volver a encabezar la lucha por su legalidad” (AS, n° 29, 13/8/72), “La legalidad para Perón y su derecho a ser candidato puede ser la prenda de unidad de los trabajadores argentinos y su vanguardia revolucionaria” (declaración de J.C. Coral, ídem). “¿Para qué viene Perón? Ojalá que sea para imponer candidatos obreros y luchadores” (AS, n° 37, 8/11/72), “General Perón: proponga un Plan de Lucha y 80 % de candidatos obreros” (AS, n° 38, 15/11/72) y, lo peor de todo, luego del pronunciamiento inequívoco de Perón en favor de la tregua social (con la dictadura) y contra el clasismo: “Perón debe discutir con los mejores compañeros un Plan de Lucha y candidatos obreros” (AS, n° 39, 22/11/72). Un planteo de disolución de la vanguardia obrera en el peronismo vía socialdemocracia, broche de oro de la trayectoria oportunista del morenismo.

Pese al carácter acuerdista que tenía el retorno, una corriente revolucionaria, sin dejar de denunciarlo, no podía dejar de tomar en cuenta las ilusiones que despertaba en toda la clase obrera y en su vanguardia. Fue lo que hizo PO: “Desde el mismo mes de setiembre de 1955, cuando el golpe gorila se impuso contra una clase obrera cuya dirección sindical y Perón se negaron a armar y movilizar, los trotskistas pronosticamos que el retorno de Perón sólo habría de ser posible como resultado de una victoria de las masas por medio de sus combates contra el régimen gorila, y también que, frente a tales circunstancias, Perón regresaría al país para impedir que las masas concreten su victoria en un nuevo régimen gubernamental, el gobierno obrero... Si la dictadura militar, expresión del régimen que viene proscribiendo al peronismo desde hace 17 años,

se vio obligada a admitir e incluso reclamar el retorno de Perón, ello se debe a los formidables levantamientos de masas que comenzaron con el Cordobazo y que liquidaron al máximo exponente del ciclo gorila, Onganía... La estrategia de la integración paulatina y sin sobresaltos del peronismo fue un completo fracaso: la lucha de masas ha obligado a la clase capitalista a plantearse el retorno de Perón, no en un clima de armonía, sino en el marco de una colosal crisis política. Se trata del fracaso conjunto de la represión gorila y del conciliacionismo peronista... Perón va a tener que tomar partido abierto y directo en forma inmediata, provocando la mayor clarificación política sobre su rol en 20 años de historia del movimiento obrero. (Esto) y la experiencia de las masas con el retorno habrán de ser el factor fundamental del proceso de radicalización clasista de millones de explotados argentinos. El retorno de Perón es una victoria en toda la línea de la lucha de clases del proletariado contra el gorilismo y la dirección peronista... Todas las clases sociales, todos los partidos políticos, asumirán una actitud activa para canalizar la polarización y la experiencia políticas que causará el acontecimiento, en función de sus propios intereses y estrategias. Para las masas obreras, para sus intereses históricos, el derecho a intervenir con una política propia ante el retorno. ¿Qué planteamos? Asambleas en todas las fábricas, sindicatos, para discutir la intervención de la clase obrera, y sus aliados como clase, no desperdigados, oponiendo a todo tipo de ‘unión nacional’ el frente revolucionario de los explotados dirigidos por la clase obrera, y la unidad e independencia de ésta. Agruparse detrás de las CI, sindicatos, centros de estudiantes, para marchar unitariamente a Ezeiza, mediante un paro activo nacional, levantando un programa concreto: Plan de Lucha de la CGT, elaborado en un Congreso de Bases” (Declaración del CEN de PO, 10/11/72, una semana antes del retorno).

He aquí cómo se podía plantear una política independiente acompañando la experiencia de las masas. Sin embargo, esta brillante intervención precedería un periodo de relativo aislamiento de PO.

En el período electoral, PO, que no tomó recaudos para legalizar una lista independiente, planteó un “bloque obrero independiente” y un “frente de partidos y organizaciones anticolaboracionistas”, que rompiera con la subordinación a Perón y con los frentes burgueses. La mayoría de las corrientes de izquierda optaron por la abstención o por el voto a Perón (algunas corrientes, como los “socialistas puros” del interior, el PRT-ERP y el PCR combinaron ambas posiciones, la primera el 11/3/73 - Campora- y la segunda el 23/9 -Perón- demostrando que el ultraizquierdismo inicial encubría una capitulación

frente al peronismo). Un amplio *frente electoral clasista* se frustró así; quedaba la posibilidad de un frente limitado PST-PO. Para evitarla, el PST echó mano de una vieja provocación: la acusación a un dirigente de PO de haber participado, cuando estudiante, de una investigación financiada por la Fundación Ford, lo que los transformaría, a él y a su organización, en “agentes del imperialismo”, pidiendo un tribunal que juzgase el hecho (Moreno invertía el principio de toda justicia -“toda persona es inocente hasta prueba de lo contrario”- y emitía sentencia antes del juicio). “En 1968, un compañero de PO, junto a probados militantes castristas, trabajó en una investigación sociológica, financiada por la Ford. Esta investigación fue pública y bajo ninguna circunstancia vulneraba la moral revolucionaria del compañero. Por este motivo (su carácter público) la Ford decidió no continuar la investigación... es falso que nos negamos a constituir un tribunal. Lo que dijimos fue: que ante la campaña pública que (el morenismo) lanzó contra nuestro partido, acusándolo de agente de la CIA, sin pruebas, en plena época de Onganía, era previo a la constitución del tribunal la sanción provocadora. Con provocadores no hay tribunal. Nuestro partido acepta todo tipo de tribunal para juzgar su conducta... que los militantes del morenismo sancionen a esa dirección provocadora y haremos conjuntamente un tribunal para juzgar nuestro Partido”⁵⁷, fue la respuesta de PO. Pero la provocación cumplió su objetivo (la dilación) y el frente no se concretó (nótese que PO no planteaba la condena a la provocación como condición para un frente).

El PST pretendía impedir la presencia de cualquier corriente que objetase su política de disolución de la vanguardia clasista. Esto porque aun después del lanzamiento de las “candidaturas obreras independientes” (planteo que le valió el apoyo de algunos dirigentes clasistas, como José Páez, del SITRAC/M) aquella política fue abandonada. “Hacemos un llamado a los partidos que se reivindican como una alternativa para la clase trabajadora y que cuentan con personería jurídica, en especial al Partido Justicialista, a que ofrezcan su legalidad y apoyen las listas obreras que surjan en el país y se concreten en el Plenario Nacional Clasista” (convocado por el PST) (AS, n° 40,29/11/72).

Es que, con independencia de que se concretase orgánicamente, la subordinación política a la burguesía era parte del programa “socialista”: “Retiro de las FF AA del poder y convocatoria, bajo control de la CGT y los partidos obreros y populares, de una Asamblea

⁵⁷ Política Obrera (CEN), *Respuesta...*, op. cit., p. 19.

Constituyente (que) designe un gobierno provisional obrero y popular, que eche las bases para una Argentina socialista". Este "socialismo" sería el producto del parlamentarismo burgués (Constituyente) y de la colaboración con los partidos "populares" (burgueses). Que no se trataba de un desliz, lo prueba otro punto: "Supresión del rol represivo de las FFAA", lo que, para el marxismo, equivale a plantear la supresión del rol represivo del estado o de carácter explotador del trabajo asalariado. Hacer compatible al socialismo con las instituciones burguesas equivale a plantear la eternidad de éstas (o sea, la imposibilidad del socialismo, de la supresión de las clases explotadoras), lo que no es lo mismo que omitir "oficialmente" algún planteo en función de la legalidad electoral. "Es un programa centrista, oscilante, entre los planteos de la revolución democrático burguesa y la proletaria, que recoge los vicios fundamentales de los programas capituladores ante el Frente Popular, frente de colaboración de clases con la burguesía".⁵⁸

La candidatura Coral-Ciapponi (PST) fue la caricatura de una fórmula clasista. PO proclamó el voto en blanco "contra el frondizazo de Cámpora y Perón". El PST obtuvo 73.796 votos, 0,5 % (lo que no expresaba ni de cerca la fuerza del movimiento obrero independiente surgido del Cordobazo), porcentaje que fue bastante mayor en Córdoba, por el solo hecho de llevar all  a José Paez como candidato a gobernador. El PST se sumó a toda la izquierda que comenzó a elogiar al gobierno de coalición Cámpora-López Rega como "reformista" o "limitadamente antiimperialista": definió al 11/3 como "una victoria popular". PO definió de inmediato al nuevo gobierno como contrarrevolucionario.

La crisis del gobierno Cámpora, incapaz de frenar el ascenso obrero, llevó a su caída a los 45 días, y a la emergencia de una nueva situación electoral. PO tomó en cuenta los dos aspectos (crisis y elecciones) y formuló una política revolucionaria: Asamblea Constituyente, Congreso de bases de la CGT para discutir una salida a la crisis contra el avance de la derecha, Frente Electoral Clasista. El PST se limitó a prepararse para las elecciones. La gran alternativa clasista para las elecciones - plebiscito en favor de Perón del 23/9- fue la posibilidad de la candidatura Agustín Tosco-Armando Jaime (dirigente de la CGT Salta). PO realizó una gran campaña por un Plenario Obrero Nacional que lanzase esa fórmula. Cuando la presión del PC lo impidió, quedó nuevamente la perspectiva de un Frente Clasista que

⁵⁸ "PSA (Coral): programa de Frente Popular", *Política Obrera*, n  131, 16/10/72.

incluyese a los sectores sindicales que se habían movilizado en favor de Tosco-Jaime. El PST lo evitó esgrimiendo la misma provocación anterior (la Fundación Ford...) al precio incluso de marginarse de la dirección clasista del Sindicato de Perkins (Córdoba) que había sido el eje de aquella movilización (convocó incluso a un plenario obrero, 11/8/73, al que sólo una organización nacional, PO, concurrió). La dirección de Perkins participó del Plenario Nacional por un Frente Clasista impulsado por PO (18/8), el mismo día que el PST lanzó la fórmula Coral-Paez, la que debido a la presencia de Paez y a la polarización electoral (hubo sólo 4 candidaturas) más que duplicó la votación anterior del PST (PO llamó a un voto de ruptura con Perón: en blanco o por el PST). El Frente Antiimperialista por el Socialismo, impulsado por el PRT-ERP, dio “libertad de voto” (o sea, votar a Perón, que obtuvo el 62%) luego de haber boicoteado la fórmula Tosco-Jaime. El PST también contribuyó a su fracaso, ya que proclamó su fórmula el 27/7, mucho antes de que la cuestión Tosco-Jaime estuviese cerrada (los plenarios del FAS en Tucumán y el de Perkins en Córdoba estaban convocados para el mes de agosto).

Pese a que el Plenario Clasista convocado por PO fue un éxito (1800 concurrentes), el PST, debido a su legalidad electoral, capitalizó en este período un sector mas amplio del activismo clasista, sobre todo entre los sectores más recientemente movilizados (desconocedores, por tanto, de toda la trayectoria relatada). A PO no se le escapó la significación de ello: “Una fase del aglutinamiento de la vanguardia obrera quedó en manos de una corriente revisionista, que evoluciona hacia el centrismo, es decir contra la IV Internacional, y que es partidaria del Frente Popular”.⁵⁹ El error político de no haber buscado antes un eje de intervención electoral, incluyendo la legalización de una lista, se debía a un error teórico en la manera (abstracta) de plantear el Frente Unico Antiimperialista: “Todo el proceso político actual debe estar referido a la construcción del partido revolucionario: la independencia política de la clase obrera respecto a su dirección burguesa capacitará al partido para jugar un rol líder, no dentro de un otro partido (obrero) independiente, sino en el FUA dirigido por la clase obrera”⁶⁰, se decía en 1972, oponiendo el FUA al partido obrero. Sucede que para plantearse el FUA, la vanguardia obrera debe contar con una organización propia que, de acuerdo con la evolución de esa vanguardia, no necesariamente será revolucionaria (cuartainternacionalista).

⁵⁹ Bases para... , p. 8.

⁶⁰ Julio N. Magri, *op.cit.*, p. 28.

La cuestión de la centralización política independiente de la clase obrera no había sido resuelta en nuestro país por el anarquismo, el socialismo o el PC, cuando el peronismo subordinó políticamente la clase obrera a una dirección burguesa durante un largo período. El *Partido Obrero Independiente* es portaestandarte de una tarea histórica planteada para el proletariado argentino. PO lo planteará a partir de 1973, como una de las lecciones del balance del período anterior. El error de no haberlo planteado en el período de las grandes movilizaciones antidictatoriales (que se tradujo en la falta de un eje más concreto de intervención electoral) tuvo su correlato en la falta de consignas que tomasen en consideración el carácter democrático general de esas movilizaciones, para plantear el “método proletario de resolver la cuestión democrática: los soviets” (Trotsky). El morenismo estuvo directamente contra esa perspectiva, pues apuntó desde mucho antes a su disolución en la socialdemocracia. “Nosotros, PO, partido trotskista, fuimos incapaces de combatir hasta el fondo esa disolución, porque la subvaloración que hicimos de las ilusiones democráticas y electorales de las masas nos impidió tomar un eje fundamental de reagrupamiento *para sacarlas de la institucionalización, sacarlas del parlamentarismo vulgar y llevarlas al terreno de la acción directa, de los soviets*”.⁶¹ El período electoral hizo visibles los grandes errores de la intervención revolucionaria, y su detección ayudó a superarlos.

PO atravesó un momentáneo aislamiento en su sector anteriormente más fuerte: el estudiantado universitario, donde las ilusiones en el peronismo, gracias a la JP, fueron más fuertes que en ningún lado (invirtiéndose la situación de 1955). La UJS había conquistado (1972) un puesto en la Junta Ejecutiva de la FUA (ocupado por su dirigente Pablo Rieznik). En 1973 concurrió con una delegación muy reducida al Congreso de la FUA en Córdoba, donde la nota fue el apoyo al gobierno peronista. La dirigente de la UJS, Graciela Molle, denunció el rumbo antiobrero y de capitulación ante el imperialismo del gobierno (que habría de desembocar en la pesadilla lopezreguista) siendo recibida por una estruendosa silbatina.

La política principista de PO frente al peronismo no lo sectarizó de las movilizaciones de los trabajadores y la juventud peronista, del mismo modo que la capitulación del PST ante Cámpora-Perón (“gobierno antiimperialista”) no lo acercó a ellas: PO participó activamente de la movilización que el 25/5/73 (asunción de Cámpora) liberó, a través de masivas marchas a Villa Devoto y a las principales cárceles del país, a los presos políticos de la dictadura. El PST, en

⁶¹ Política Obrera (CEN), *Respuesta...*, op. cit., p. 18.

cambio, “rechazamos el 25/5 hacer de comparsa de la JP mientras todas las demás corrientes de izquierda cayeron en la trampa”. (AS, n° 63, 13/6/73). ¡Una trampa, la lucha de masas por la libertad de los presos! Como en 1958 (voto a Frondizi), el morenismo se aliaba al aparato burocrático del peronismo, contra los trabajadores y el peronismo combativos, contra los trabajadores en general.

Ruptura del PRT-ERP con la IV Internacional

La formación, en marzo de 1973 (Santiago de Chile), de una “Tendencia Lenin Trotsky” (TLT) contra la orientación foquista de la dirección del SU, fue una reacción puramente defensiva de sus componentes: el SWP, el PST argentino, y algunos pequeños grupos influidos por ellos. Su documento constitutivo, “Argentina y Bolivia: un balance”⁶² es cualquier cosa menos eso: un balance. Se enumeran las consecuencias nefastas ya por demás evidentes, del guerrillerismo urbano, *no se hace un balance* de la evolución de esa política desde la creación del SU (1963), al contrario, se propone una “vuelta al programa anterior” que, como ya se mostró, incluía el foquismo al considerar que la “guerrilla” era parte del programa de la IV. A pesar de la mezquindad de esta crítica que llevaría a al estallido del SU (respondiendo así a la duda de P. Frank sobre si la unificación de 1963 había sido principista). Lo que preocupaba al SWP era la posibilidad de un viraje foquista mundial: el documento se preguntaba si, con la misma lógica con que se la había impulsado en América Latina, no se debería iniciar la guerrilla en Europa, en la URSS y estados satélites, y hasta en los EE.UU.. Se comentaba, con alarma, que el dirigente inglés del SU, Tariq Ali, elogiaba el terrorismo nacionalista en Quebec (Canadá), y que un sector joven de la dirección de la LCR francesa (Anthony, Arthur, Stéphane, Lebrac) proponía el inicio de la guerrilla campesina en... Francia.⁶³ Peter Camejo, dirigente del SWP, afirmaba en un folleto de la época que, si se debe emplear la guerrilla cuando el Estado actúa con violencia, “en los EE.UU. quizás haya habido más muertos, heridos y detenidos en los años ‘60, que en la mayoría de los países latinoamericanos”⁶⁴, lo que debería llevar al SWP a actuar conjuntamente con los Panteras Negras. En cuanto a Moreno, teórico y apologista del foquismo

⁶² Boletín de Informaciones Internacionales, n° 2, setiembre 1973.

⁶³ *Idem*, pp. 67 y 69.

⁶⁴ Pedro Miguel Camejo, *La guerrilla. Por qué fracasó como estrategia*, New York, Pathfinder Press. 1974, p. 33.

(lejano), se pondrá a cubierto de esa posibilidad apoyando la represión del gobierno (y no de cualquier gobierno: del gobierno de las AAA, Damasco y Numa Laplane) contra la guerrilla cuando, en 1975, *se negó* a levantar la libertad de todos los presos políticos (sólo pedía la de los que no hubiesen sido condenados), convalidando así la monstruosidad jurídica y anticonstitucional de los tribunales especiales (militares), comportamiento que también fue el de los partidos burgueses argentinos.

El oportunismo de la crítica de la FLT al PRT-ERP se verifica en que su actividad sólo era considerada “terrorista” a partir del secuestro de Silvester y de las muertes de Sallustro y el Gral. Sánchez (o sea, a partir de mediados de 1971).⁶⁵ Un “foquismo a medias”, por lo tanto, era admisible. En los años siguientes, el PST enviará telegramas de condolencia a las familias de los oficiales muertos, los mismos que ya empleaban contra la guerrilla (y contra los activistas obreros) métodos de barbarie (la “guerra sucia” no comenzó en 1976), mostrando que en su anti-foquismo había una solidaridad *de principios* con el Estado burgués.

En julio de 1973, el PRT-ERP formalizaría lo que en los hechos ya era realidad: su ruptura con el SU de la IV. Después que éste se transformara en el vocero mundial de sus acciones, y en el teórico internacional de la “guerrilla permanente”, la acusación será de... “carecer de orientaciones correctas relacionadas con la lucha armada”. “El movimiento trotskista agrupa desde aventureros contrarrevolucionarios que se sirven de su bandera prostituyéndola, hasta consecuentes revolucionarios. La IV Internacional tiene enormes limitaciones y una tradición escasamente reivindicable... Trotsky no comprendió que el eje de la revolución se había desplazado a los países coloniales y dependientes. Mientras en Europa la revolución se estancaba y retrocedía, en Asia continuaba en vigoroso ascenso, dirigida por partidos y hombres que a pesar de militar en la Internacional stalinista supieron mantener viva la teoría y la práctica del marxismo-leninismo. Trotsky esperaba todo de los obreros urbanos y desconfiaba de los ejércitos campesinos dirigidos por el PC chino. Los trotskistas vietnamitas llegaron a enfrentarse abiertamente con el partido de Ho-Chi-Minh, justamente cuando éste comienza a desarrollar la guerrilla... Las esperanzas que poníamos en la proletarianización y renovación del trotskismo se han visto frustradas... La vinculación (del SWP) a la clase obrera es escasa y nula, su principal actividad se desarrolla en los círculos intelectuales y en los movimientos marginales, como el

⁶⁵ “Argentina y Bolivia...”, *Idem*, p. 56.

de liberación femenina; es el ala derecha de la IV. El partido más fuerte de la IV se ha desarrollado en el país más reaccionario del mundo, mientras que sus fuerzas son insignificantes en los países coloniales y semi-coloniales... Mao, Ho-Chi-Minh, Giap, Le Duan, Kim-Il-Sung, Fidel Castro y el Che han realizado aportes grandes al marxismo-leninismo, sobre todo en lo que hace a la teoría de la guerra revolucionaria y a la construcción del socialismo... La IV, al sostener que el trotskismo es el leninismo de nuestro tiempo, desvaloriza los aportes de otros revolucionarios y maneja el pensamiento de Trotsky en bloque, negando sus errores... niega el carácter de verdaderos y completos partidos marxistas-leninistas a los compañeros vietnamitas y cubanos”.⁶⁶

Si todo esto fuera cierto, ¿se puede saber qué diablos hacia el PRT sentado, durante 8 años, en la misma mesa que esos contrarrevolucionarios, dueños de teoría plagada de errores, sin fuerzas ni raíces en la clase obrera, mientras revolucionarios ejemplares, provistos de una teoría “verdadera y completa” (como Kim-Il-Sung, cuyo “aporte a la construcción del socialismo” consiste en nombrar heredero del Estado y del PC coreano... a su hijo) y, para completar, a la cabeza de grandes masas, dirigían revoluciones por el mundo entero? El raciocinio muestra las enormes limitaciones políticas de Santucho.

La tesis de que estar a la cabeza de revoluciones equivale a un certificado de “marxismo-leninismo” es demostrada con el PC chino, porque el ejemplo más cercano (¡Cuba!) desmentía ese absurdo (Fidel Castro sólo se proclamó marxista más de dos años después de la toma del poder). Respecto de Vietnam, Santucho se olvidaba que el PC había resuelto sus divergencias con los trotskistas (que eran hegemónicos en varias regiones) fusilando a sus dirigentes. La verdad es que el PRT se pasaba con armas y bagajes al stalinismo: dos años después, ya China no sería el ejemplo, papel que sería reservado a la URSS, “faro luminoso de la humanidad”. El PRT pasará a sustentar el “frente democrático y patriótico”, la alianza estratégica con la burguesía: será una variante “violenta” del PC, organizando actos públicos para el mismo candidato que éste había sustentado en 1973, Oscar Alende (lo que no impedirá a éste “comprender” la “lucha antisubversiva...”). Lo importante es que el PRT partía de las mismas premisas usadas por el SU para “corregir” el programa trotskista (los “aportes programáticos” de la guerrilla), para condenarlo con los peores argumentos stalinistas, esto es, aplicando consecuentemente

⁶⁶ “¿Por qué nos separamos de la IV Internacional?”, *El Combatiente* n° 86, 17/8/1973.

la teoría del SU (teoría que lo mantuvo unido a éste durante 8 años) concluía en la liquidación del trotskismo: el liquidacionismo del SU no podía pretender mejor prueba.

La fracción pro-SU que se formó en el PRT llegó a formular la complacencia de aquel con su evolución: “La dirección de la IV Internacional tuvo una tardía participación en todo este proceso. Después de años de una muy deficiente relación política con la sección argentina, dirigentes de la mayoría de la IV decidieron comenzar el necesario debate político con los compañeros del PRT”.⁶⁷ Los que, desde luego, ni respondieron. Digamos que, para una dirección de una Internacional que pretendía construirse alrededor de la guerrilla argentina y boliviana, esta es una acusación de irresponsabilidad mayúscula. La propia “Fracción Roja” testimonia en sus documentos el método aventurero-suicida que presidía la construcción del PRT: “La situación general del partido después del V Congreso, donde la iniciativa directa de los máximos cuadros dirigentes se hacía necesaria para llevar adelante las tareas, principalmente las militares (eso explica el alto índice de miembros de la dirección que cayeron)... El partido funcionaba como una federación de regionales. El CC se reunía cada 6 meses... Después de una serie de caídas fatales de compañeros del CE y del CC (Bs.As., Córdoba) recién se forma el Buró Político”.⁶⁸ ¿Qué es una organización que no se reúne para discutir, que carece de orientación política nacional, y que pese a ello protagoniza espectaculares acciones militares, sino una banda de aventureros? En vez de sacar las conclusiones que se imponían, la Fracción Roja expulsada del PRT se lanzó a una competencia militarista con el ERP: su periódico era una colección de comunicados militares, llegando a disputar con el ERP la autoría de operativos realizados (copamiento de la vigilancia de Petroquímica Sudamericana). Y con una perspectiva igualmente reformista: “El gobierno (de Cámpora) si bien representa la voluntad popular, no representa *verdaderamente* los intereses de la clase obrera y del pueblo”.⁶⁹ La aventura de la Fracción Roja del PRT -ERP culminó en una masacre equivalente a la de su organización madre, en la que fueron arrastrados algunos pequeños grupos simpatizantes del SU (Espartaco, GOR). Si sus escasos sobrevivientes aislados son incapaces de un balance el balance de esta

⁶⁷ “Documentos del fraccionamiento del PRT”, *Cuarta Internacional*, julio 1973, p. 35.

⁶⁸ “Fracción Roja: el marco político de la lucha interna” (5/11/1972), *Idem*, pp. 37-38.

⁶⁹ *Combate* (Órgano de la Fracción Roja del PRT), n° 1, 15/8/1973.

experiencia todavía no fue verdaderamente hecho a nivel latinoamericano. Está enterrado por los destrozos de la derrota, por el peso de los fantasmas y de los muertos, por el horror de los torturados, por la laxitud de los vencidos. También fue dejado de lado debido a las nuevas necesidades, por la urgencia de las tareas que reflejan las nuevas esperanzas”⁷⁰ -de sus razones no valen para sus inspiradores teóricos y políticos. Las vidas segadas por la masacre pertenecen al dominio de lo irrecuperable; las responsabilidades políticas del SU de la IV Internacional siguen en pie.

En setiembre de 1973, el PRT-ERP, que había evitado toda definición de clase del gobierno peronista (“gobierno popular” lo había llamado cuando decretara la “tregua” en mayo), decidió proseguir su guerra privada con el Ejército (que el SU calificaba pomposamente de “guerra civil”) atacando el Comando de Sanidad. “La presencia (de la guerrilla) será un factor que obligará al gobierno peronista y al ejército a una definición, a adelantar su opción entre ceder momentáneamente o reprimir”, dijo el PRT (*El Combatiente*, n° 98, 21/11/73). El ejército atenderá su pedido, e invocando la misma “guerra civil” inexistente dará comienzo a la peor masacre de la historia argentina.

⁷⁰ Flavio Koutzii, *Pedaços de morte no coração* (O depoimento de um brasileiro que passou quatro anos no inferno das prisões políticas da Argentina), Porto Alegre, L&PM, 1984, p. 15.

Capítulo VI

*De las “AAA” a la
“Guerra sucia” (1974 - 1981)*

El curso político inmediatamente posterior a la elección de Perón (septiembre de 1973) con 62 % de los votos confirmó, contra lo que pensaba la JP, que estábamos lejos de una profundización democrática o antiimperialista (o aun de una repetición de la década del 45-55). Antes bien, la destitución de Cámpora era una tentativa de cerrar el proceso democrático. Ya en *octubre de 1973* comienza a actuar la AAA de López Rega. Pero el reacomodamiento de la reacción venía de mucho antes. Ya en marzo, poco después de la victoria de Cámpora, *Política Obrera* constataba: “Debacle gorila. El gobierno del FREJULI es una salida de crisis de la burguesía”, pero al mismo tiempo “los altos mandos decidieron dejar de lado la política de hostilidad hacia el Justicialismo y comenzaron un proceso de infiltración con vistas a intervenir en la selección del gabinete” (PO, n° 146, 19/3/73). La preeminencia de la tendencia reaccionaria en el retorno del peronismo al poder (denunciada *antes* del ascenso de Cámpora), debido a que volvía como un recurso de toda la burguesía contra el ascenso revolucionario iniciado en 1969, fue un pronóstico trotskista soberanamente confirmado por los hechos.

En junio, el retorno definitivo de Perón fue testigo de la primera gran acción para-policial del peronismo: la masacre de Ezeiza, con centenares de asesinatos aún no esclarecidos. Como la JP, que había movilizado centenas de miles de militantes en la ocasión, y aun vastos sectores de trabajadores peronistas, se negasen a creer en la complicidad de Perón con la patota de la burocracia sindical (autores de la masacre), PO, al mismo tiempo que denunció esa complicidad,

se pronunció “por una Comisión Investigadora de Perón, la JP y la CGT Regional Córdoba. Reclamamos el castigo a los asesinos de Ezeiza” (29/6/73). Para el trotskismo, no se trataba de asistir desde un balcón a los acontecimientos, criticando las ilusiones de las masas peronistas, sino de intervenir activamente en la experiencia y evolución política de ellas frente al peronismo.

El curso derechista prosiguió sin pausas. En noviembre, Perón impulsó las reformas a la Ley de Asociaciones Profesionales, para garantizar la estabilidad de la amenazada burocracia sindical (se le ampliaba el mandato, amén de otras cláusulas antidemocráticas), antes de hacer lo propio con el Código Penal. La ofensiva “institucional” acompañaba y complementaba a la parapolicial, que en febrero de 1974 se abatió sobre Córdoba con el golpe del jefe de policía (Navarro) contra el gobierno de Obregón Cano y Atilio López. El “navarrazo” fue “el anti-Cordobazo de Perón” (PO, n° 186, 4/3/74). En la ocasión, el PST reclamó la devolución del gobierno a Cano y López, proclamando “defendemos la institucionalidad burguesa” (contra los parapoliciales). Amén del error político de no ver que se trataba de corrientes complementarias, y no contradictorias (las “instituciones” -el Parlamento- acabaron legalizando el golpe, decretando la intervención de Córdoba, sin mencionar la frondosa legislación represiva votada en ese período), el PST se deslizaba hacia la solidaridad de principios con el régimen burgués, identificado abusivamente sólo con el Parlamento (el ejército y la policía son de palo). Parlamento que, digamos de paso, está siempre “en peligro” en un país semicolonial sin democracia estable, lo que obligaría a una defensa eterna de las “instituciones burguesas”.

El desliz era confirmado poco tiempo después, cuando Coral (dirigente del PST) concurría, junto a otros siete partidos, a una reunión con Perón, de la que saldría un documento común cuyo eje era la “defensa de la institucionalización”. Este “bloque de los 8” fue un verdadero “contrapeso democrático” de la ofensiva derechista del gobierno, que se caracterizaba justamente por la utilización sistemática de las “instituciones” contra el movimiento obrero. 1974 es el año del reforzamiento de la legislación sindical antidemocrática y de las intervenciones contra los sindicatos clasistas y combativos (SMATA y Luz y Fuerza Córdoba, Gráficos, etc.). El PST se pasaba a las posiciones del *Frente Popular* (frente de partidos obreros y burgueses, basado en la defensa de principios del régimen burgués), históricamente combatidas por el trotskismo, como “último recurso de la burguesía contra la revolución proletaria” (Programa de Fundación de la IV Internacional). PO así lo

denunció: “Defender la institucionalización es entregar las libertades democráticas”, combatiendo la identificación entre ambas realizada por el PST. La denuncia estaba lejos de ser sectaria o mezquina, pues no se ocultaba que “el ingreso del PST en el Frente Popular es un retroceso de la lucha por la independencia obrera” (PO, n° 189, 30/3/74). El PST llegó a solidarizarse con la “lucha antisubversiva” “institucional”, justificándola -al igual que la reacción- en nombre del combate a la guerrilla. La denuncia del PST del foquismo montonero tuvo, pues, un carácter reaccionario y al mismo tiempo oportunista (pues era realizada en nombre del socialismo). Cuando la JP se pasó al “montonismo” y a la clandestinidad, PO denunció en ello, si, “una guerrilla al servicio de la burguesía” (debido al programa burgués que planteaba), pero sin dejar de señalar que “el pasaje de la JP al foquismo sería una derrota del movimiento obrero y una victoria burguesa, porque volvería a apartar a la JP del proletariado, destruyendo el porvenir de sus cuadros reclutados en la clase obrera” (PO, n° 206, 1/9/74).

El pasaje del PST al frentepopulismo era más grave aún por dos circunstancias : a) pocos, meses antes, el Frente Popular chileno (Unidad Popular) había llevado a una derrota catastrófica al proletariado trasandino frente al fascismo militar (el que había jurado mil veces su respeto a las instituciones, a las que llegó a invocar, en su primer. comunicado, para justificar su alzamiento); b) porque, pese a la ofensiva derechista, proseguía la diferenciación clasista del proletariado argentino. En marzo de 1974, una nueva dirección clasista surgía en el fundamental bastión metalúrgico de Villa Constitución, derrotando a la burocracia sindical. En abril la UOM clasista de Villa convocaba a un Plenario Antiburocrático Nacional, de gran repercusión, donde la propuesta de una Coordinadora Nacional fue derrotada justamente por la influencia ejercida por los sectores partidarios del Frente Popular (Tosco y el ERP).

PO combatió también la versión “radicalizada” del Frente Popular, organizada en el FAS (Frente Antiimperialista por el Socialismo), un frente que no se pronunciaba por la independencia ni por el gobierno obrero, “para no sectarizarse”, pero que no veía obstáculo en realizar la unidad alrededor del “socialismo” (una etapa histórica superior al gobierno obrero). La palabra mal encubría la búsqueda de un acuerdo estratégico con la burguesía, claro en Santucho, dirigente de la fuerza decisiva del FAS (el PRT-ERP): “A partir (del FAS) las fuerzas populares podemos darnos una política de Frente Popular más amplio y dirigido a neutralizar y después a ganar a sectores de

la burguesía media o nacional uniéndolos al pueblo”.¹ En nombre del anti-sectarismo el FAS se negaba a pronunciarse sobre el papel político de Perón.

Contra ello, PO respondió que “lo que caracteriza la situación política del país no es el terrorismo fascista sino los planes para la derrota pacífica, legal, policial, del movimiento obrero a través del pacto social, la ley de asociaciones profesionales, la de prescindibilidad y la recomposición de la policía y del ejército. Esta política aglutina el conjunto de la burguesía contra las masas, y está dirigida por el gobierno y Perón. El terrorismo parapolicial y de la burocracia es un instrumento complementario de la política de derrota pacífica, para amedrentar y desorganizar la resistencia contra la política oficial. La contrarrevolución está agrupada hoy alrededor del gobierno y subordinada a su política. Perón es el centro político, el único real con que la burguesía puede contar hoy contra los trabajadores. Al lado del terrorismo, el complemento infinitamente más importante de la política gubernamental es la capitulación en toda la línea de la JP y el PC y su labor por condicionar la resistencia de las masas al apoyo al gobierno” (PO, n° 179, 11/12/73, “El Congreso del FAS”).

Con la muerte de Perón (julio de 1974), el “bloque de los 8” volvió a reunirse (PST incluido) para pronunciarse “en defensa de las instituciones”. El gobierno de Isabel-López Rega no tardó en hacer buen uso de ellas contra el movimiento obrero. La ofensiva general contra el salario y los sindicatos combativos culminó en la provocación montada por el tándem gobierno (instituciones)-burocracia-ejército-parapoliciales contra la UOM clasista de Villa Constitución, acusados en marzo de 1975 de “complot subversivo”: el sindicato fue intervenido y la ciudad ocupada militarmente. El tiro salió por la culata, pues la derrota y prisión de la dirección clasista fue obtenida sólo luego de dos meses de heroica resistencia huelguística, que desnudó a todo el país el carácter antiobrero del gobierno peronista. Pero esta resistencia nada debió a las “instituciones” (que la atacaron), ni a los partidos “democráticos” (que fueron solidarios con el gobierno), ni a la burocracia (que el PST presentaba como ajena y enfrentada al terrorismo de las AAA).

En los meses precedentes, el terrorismo gubernamental abrió un abismo de sangre con el trotskismo. El “Negro” Robles, dirigente nacional del PST, fue asesinado por la AAA. El 15 de diciembre de 1974 fueron asesinados los dirigentes de PO Jorge Fischer (miembro

¹ Mario Santucho, *Las definiciones del peronismo y las tareas de los revolucionarios*, agosto de 1973.

del Comité Central) y Miguel Angel Bufano (autor del “himno” de Política Obrera), miembros de la Comisión Interna de la fábrica de pinturas Miluz y dirigentes clasistas del gremio. La burocracia sindical y el terrorismo fascista del “Brujo” seleccionaban sus objetivos en el clasismo y el trotskismo. La escalada comenzó con Inocencio Fernández, metalúrgico militante del PST, asesinado por la AAA el 7 de mayo de 1974.

En este período, la política de las organizaciones argentinas que se reclamaban del trotskismo fue objeto de un debate nacional e internacional.

El Secretariado Unificado y el CORCI

El SU de la IV Internacional realizó su X Congreso Mundial en febrero de 1974. El título de la resolución aprobada sobre nuestro continente ya lo dice todo: “Lucha armada en América Latina”. Todos los problemas de la lucha de clases y de la estrategia revolucionaria eran reducidas a esa categoría: “Sin una preparación sistemática de las masas al armamento, todo proyecto de lucha por el poder frente al partido-ejército de la burguesía latinoamericana es irresponsable y se transforma en una trampa sangrienta”.² El único partido de la burguesía es el ejército, que a su vez forma un bloque sólido con el imperialismo: esta consideración superficial de la política burguesa latinoamericana (que ignoraba fenómenos como la vuelta del peronismo al poder o el proceso nacionalista encabezado por los militares peruanos) no es inocente, pues está al servicio de la reafirmación de una estrategia de sustitución del proletariado como caudillo revolucionario: “Iniciar, en relación con un trabajo de construcción de los partidos revolucionarios de masas, las primeras experiencias de valor ejemplar”.³ El SU no desconocía que “las primeras experiencias” ya habían sido puestas en práctica, 5 años atrás, por la ex-sección argentina, el PRT-ERP, que había abandonado la IV calificándola de contra-revolucionaria, aliándose al castrismo. No se hacía ningún balance de ese desastre político, al contrario, el grupo del SU en Argentina continuaba considerándose “fracción” del PRT. Reafirmando la “táctica unitaria con el castrismo” (que ya había repudiado varias veces al trotskismo), el SU ignoraba la ya consumada evolución política de

² “Lucha armada en América Latina”, resolución X Congreso Mundial de la IV Internacional, *Cuadernos Rojos*, Revolutionära Marxisters Förbund, Suecia, s/d, p.6.

³ *Idem, ibidem*, p. 4.

éste hacia las posiciones de la burocracia rusa, aspirando a conquistar la simpatía de la corriente foquista (ERP-Tupamaros-MIR): un método indoloro (para los europeos) de construir el partido revolucionario mundial sin pasar por el calvario de la lucha política.

Todo el problema consiste en que este “atajo” colocaba al SU fuera del proletariado, y en el campo de la pequeña burguesía radicalizada (base social del guerrillerismo latinoamericano) a escala mundial. La resolución sobre Europa cifraba todas sus esperanzas en las “nuevas vanguardias” entendidas no en sentido político, sino social, pues se refería al movimiento estudiantil, que habría “arrastrado” (sic) al movimiento obrero en el ascenso revolucionario iniciado en 1968 (huelga general en Francia). Una estrategia mundial de sustitución del proletariado. La Fracción Lenin-Trotsky del SU (SWP norteamericano, PST argentino) votó contra la resolución sobre América Latina, la que fue aprobada por 143 votos contra 118.

En mayo de 1973, el CORCI (Comité de Organización por la Reconstrucción de la IV Internacional), del que participaba Política Obrera, se dirigió al SU reclamando su participación en la discusión previa al X Congreso, esto es, la apertura de una discusión internacional sobre la crisis de la IV, pues entendía que la formación de fracciones en el SU colocaba en debate los problemas de principio envueltos en la división de la IV (las fracciones del SU reconocían tener divergencias de principio). A pesar de algunos contactos entre el SWP y el CORCI (representado por la OCI francesa) la iniciativa no prosperó, pues el SU reclamaba que se aceptase su disciplina como condición para participar del debate, o sea (como en 1963) la unificación antes de la discusión.

El buró del CORCI se reunió en noviembre de 1973 aprobando dos resoluciones (sobre Chile y sobre Medio Oriente) situadas sobre los principios trotskistas. El trabajo de organización del CORCI, sin embargo, era extremadamente lento y empírico, reflejando las amplias divergencias existentes entre sus miembros (principalmente PO y el POR frente a la OCI). La II Conferencia Latinoamericana del CORCI fue convocada solo para 1975, 3 años después de la I, y consistió en una reunión de 6 días (1-6/11/1975) realizada inmediatamente después de una conferencia del POMR peruano, con la participación de representantes de Argentina, Bolivia Perú México Venezuela, Brasil y de la OCI. Fue aprobado un amplio documento programático presentado por G. Lora (“La Revolución Latinoamericana”), que saldaba en favor de PO y del POR el debate sobre la burguesía nacional y el nacionalismo emprendido contra la OCI en ocasión de la fundación del CORCI (1972). “Constituye un

error ultraizquierdista la cómoda e infantil actitud de confundir a todo movimiento antiimperialista con las posturas de cualquier satrapía tropical entreguista y vendepatria. El aspecto indiscutiblemente progresista del nacionalismo burgués radica en la movilización que genera, no ciertamente con miras a libertar a los explotados, sino apoyándose en ellos para potenciarse frente al imperialismo... Hay que distinguir entre la posibilidad de planteamiento de las tareas democráticas dentro del capitalismo, que lleva implícita la movilización antiimperialista de las masas de la nación oprimida, y la inevitabilidad de su frustración". El tercer gobierno peronista era ejemplo de esto último: "El peronismo no tiene más destino que degenerarse y desaparecer, reflejando así la definitiva frustración de la burguesía nacional en su intento de una tercera vía para efectivizar la liberación nacional.

El peronismo auténtico, la JP, los montoneros, son agrupamientos sin porvenir porque se empeñan en revivir un movimiento superado por la historia. En su período de decrepitud, el osado gobierno nacionalista de ayer utiliza la violencia contra el movimiento obrero y revolucionario y no atina a desarrollar un programa reformista".⁴

La OCI no defendió sus viejas posiciones, con lo que la polémica pareció cancelada. Sólo intervino para postular una curiosa teoría: los sindicatos dirigidos por el nacionalismo burgués (por ej. la CGT argentina) no eran obreros, sino burgueses, debiendo ser destruidos. PO rechazó esa postura, que la llevaría a protagonizar un paralelismo sindical aislado de las masas. La propia resolución de la Conferencia se contraponía a esa teoría al defender la unidad sindical. La OCI, por el momento, no fue más lejos en ese camino, defendido verbalmente por su dirigente Pierre Lambert.

"La Conferencia decidió tomar las disposiciones para materializar el combate político con el objetivo de convocar a una conferencia a todas las organizaciones, tendencias y corrientes que en América Latina se pronuncian: 1) por la organización de la unidad antiimperialista, 2) por la independencia de clase de las masas trabajadoras y de las organizaciones obreras, 3) por la organización de luchas antiimperialistas y anticapitalistas en acuerdo con la divisa de la Internacional Obrera: la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores." Las "disposiciones" consistieron en una gira del

⁴ "La Revolución Latinoamericana", *Documentos*, n° 27, Revista teórica del CC del POR, octubre de 1975, pp.13,15 y 24.

⁵ "Comunicado de la II Conferencia Latinoamericana del CORCI", *Correo Internacional*, n° 6, diciembre de 1975, pp. 6-7.

dirigente peruano Ricardo Napurí, que sólo obtuvo algún fruto en Venezuela (algunos dirigentes del MIR aceptaron esa conferencia). La gira fue patrocinada por la OCI, que “hizo recorrer a Napurí A. Latina para invitar a diferentes organizaciones a una Conferencia Antiimperialista que luego la OCI sin ninguna explicación decidió levantar.”⁶ Ya era visible que la OCI, que poca importancia concedía al debate principista en el CORCI, lo usaba como instrumento de maniobras políticas de corto alcance. En realidad, la OCI concedía poca importancia a los principios: de oponerse (en 1972) al Frente Unico Antiimperialista, había pasado, sin autocritica, a defenderlo postulando un “gobierno antiimperialista”, posición que, adoptada por el POMR peruano, condujo a ese partido a una seria crisis (hubo quienes identificaron tal gobierno con Velazco Alvarado).

Luego del X Congreso, el SU abrió una polémica contra la participación del PST en el “bloqueo de los 8” orquestado por Perón-Balbin. “(El PST) olvida la diferencia fundamental que existe entre los derechos democráticos exigidos por el movimiento obrero y las estructuras de la democracia burguesa. Al firmar un documento que llama a la institucionalización del país y al presentarse al lado de los partidos burgueses como parte del proceso de institucionalización, contribuyen a mantener la principal mistificación de Perón, la farsa pseudo democrática que la burguesía argentina viene representando desde hace 3 años, y caen en la maniobra que trata de presentar a Perón como el garante de una democracia que abarca a todo el mundo”.⁷ De una premisa teórica correcta (primera frase) se deducía una crítica política falsa: el PST no contribuía a una “mistificación”, sino a un *frente político* de reaseguro del Estado burgués, un Frente Popular. En la misma época, la sección francesa del SU (la LCR) capitulaba frente a “su” Frente Popular, la Unión de Izquierda, negando que fuera un Frente Popular, y calificándolo de “alternativa reformista global” (llegó a darle apoyo electoral). Era una crítica al servicio del foquismo: la política argentina era una “pseudo democracia” (¿y la francesa, entonces?), una “farsa”, que debía ser desdenada en beneficio de lo único que valía la pena: los fierros. Y el SU criticaba públicamente al PST, sin hacerlo con el PRT, que ya los había mandado a la m...

⁶ Rafael Santos, *Destrocemos la provocación de Just-Lambert*, Ed. Política Obrera, 1979, p. 9.

⁷ “¿A dónde va el PST?”, Resolución SU de la IV Internacional, *Rouge*, París, 26/7/1974.

La respuesta del PST unió el ridículo al oportunismo. No era cierto que el PST hubiese firmado un documento con los partidos burgueses. Si *Avanzada Socialista* (órgano del PST) informó lo contrario fue culpa de un novel y confundido redactor (!). Y si el PST demoró más de 50 días en desmentirlo fue porque prefirió que lo hiciera Coral por televisión (!). Y, al fin y al cabo, la “institucionalización” habría que discutirla porque “la situación de la constitución argentina es muy poco clara” (sic).⁸ Y, sobre todo, la cuestión esencial era “guerrillerismo (del SU) vs. trotskismo”. Mayoría y minoría del SU se echaban en cara sus respectivas miserias: el debate en el SU era faccional y oponía a partidarios de la solidaridad con el régimen burgués contra partidarios del foquismo aventurero.

El debate PST-PO

El oportunismo del PST rayaba en lo ridículo debido a que consistía en apoyar una política frentepopulista criticando teóricamente (*trotskisme oblige*) al Frente Popular, a diferencia del PC, que planteaba el Frente Popular por principio. Así, se afirmaba que “desde el Cordobazo desató la lucha contra el régimen de Onganía, la palabra ‘institucionalización’ ha adquirido en la política argentina un sentido diferente del que le da el diccionario. Se ha convertido en sinónimo de lucha para defender u obtener derechos democráticos” (*Avanzada Socialista*, 4/7/74). Notable descubrimiento lingüístico: pobres los partidos burgueses a quienes pasó inadvertido. Luego de declararse incapaz de interpretar la Constitución Argentina, el PST pasaba a tergiversar con el diccionario: ¡pobre marxismo!

Totalmente diferente de la del SU fue la crítica de PO: “Toda vuestra línea de argumentaciones se reduce a una cosa: no hemos firmado ningún documento. Pero el argumento no es argumento, sino ocultamiento: si el acuerdo de los 8 no sirvió para movilizar a nadie contra nada, era el deber de ustedes no integrarlo, y denunciarlo como una gran cobertura democratoide de la represión efectiva del gobierno peronista por parte de los llamados partidos de oposición. Un ‘acuerdo circunstancial’ que no reviste ningún carácter práctico de lucha no es otra cosa que un pacto con la burguesía, no en el terreno de la lucha de clases, sino en el cuadro del estado burgués... La independencia del partido revolucionario en los acuerdos con la burguesía no consiste ni remotamente en el hecho de no firmar

⁸ “En defensa del PST y la verdad”, declaración del Comité Ejecutivo del PST, *Intercontinental Press*, 16/9/1974.

documentos, consiste en oponer la exigencia de la movilización de masas a las maniobras verborrágicas, criticando a muerte el doble juego de los partidos burgueses y stalinista. Lo contrario es alinearse con el frente burgués”.

¿En qué consistía la confusión entre “instituciones” y “conquistas” democráticas?

“Para ustedes, compañeros de la dirección del PST, el parlamento es una ‘conquista democrática’ mientras que la ley de seguridad, por ejemplo, es un avance reaccionario. Nosotros preguntamos: ¿no fue el parlamento el que dictó esa ley? Hacer una separación metafísica entre el GAN y las ‘instituciones burguesas que creemos necesario defender’ (como dicen ustedes), es olvidar simplemente que el GAN se vale de esas ‘instituciones’ para sus golpes represivos contra los trabajadores. La ‘institucionalización’ es el conjunto de los instrumentos constitucionales, parlamentarios y policiales, de que se sirve la burguesía para derrotar a los trabajadores. Esta es la plataforma común del bloque de los 8. No es cierto que ustedes entiendan mal la ‘institucionalización’; esta última es exactamente el pasaje del régimen de la dictadura militar al de la Constitución de 1853. El error de principios de ustedes es hacer la apología de este cambio de dominación política, y no denunciarlo como un intento de recomposición del estado burgués para la derrota de las masas. Sin golpe militar, por medio de los procedimientos constitucionales, el gobierno y sus aliados han logrado ya arrebatar la mayor parte de las conquistas democráticas de aquéllas.”

¿Cuáles son los problemas prácticos planteados por estas caracterizaciones?

“El problema práctico y político es que toda la agitación del partido revolucionario debe dirigirse al FRENTE UNICO con el Partido Comunista y la JP, como única forma de romper el frente burgués de la ‘institucionalización’, desenmascarar al stalinismo y a la izquierda nacionalista, y hacer posible el combate contra la represión y por el partido obrero. El PST no tiene una agitación política sistemática centrada en la consigna del Frente Unico, y no puede tenerla porque ello exige primero la ruptura con los 8, la aceptación de acuerdos que signifiquen siempre un campo de movilización práctica, y el reclamo al PC y a la JP para que rompan con la burguesía proponiéndoles acuerdos prácticos de lucha contra la represión. No se trata de pedir episódicamente un ‘acto público’, ni de denunciar propagandísticamente los compromisos del PC y la JP con el GAN. Se trata de marcar el camino rompiendo con el bloque de los 8 y haciendo una

agitación política sistemática por el Frente Unico. Es la política del Frente Unico la que desarrolla el choque práctico con el GAN ...

“El partido revolucionario está obligado a pronunciarse contra un golpe de estado reaccionario, pero sin asumir ningún compromiso en defender al gobierno que, por vía no golpista, ensangrenta a la vanguardia obrera. Los revolucionarios debemos declarar que nuestra lucha contra el golpe forma parte de nuestra lucha por llevar a las masas la convicción de que éste es un gobierno antiobrero y contrarrevolucionario. Todo en vuestros planteos es una capitulación ante el frente burgués, el nacionalismo y el gobierno. Lo que hay que hacer es decir que el gobierno, el peronismo son los principales responsables: con el apoyo de 7 millones de votos, con el alza obrera, con el retroceso militar, ellos han sido los que han vuelto a fortalecer a las FF.AA., los que golpean a los trabajadores, los que preparan una dictadura militar aliada a la camarilla derechista.”⁹

Las líneas precedentes son extraídas de un intercambio de cartas PST-PO (que sólo PO hizo públicas) referidas a un debate político planteado por PO, con vistas a llegar a un acuerdo de principios (unificación), que fue respondido por el PST con una propuesta de unificación sin discusión, que consistía... en el ingreso de PO al PST (la propuesta llegó al detallismo de garantizar a los dirigentes de PO 4 años de estabilidad en la dirección del PST, en una proporción de 1 x 10 en relación a los dirigentes de PST). La cuestión no tendría importancia más que como una de las tantas maniobras divisionistas, ejecutadas en nombre de la unidad, y confusionistas, en nombre de la discusión, del morenismo, si no fuera por dos aspectos.

1) En ese debate, el PST reconoció la crisis de toda su orientación de “defensa de la institucionalización”: “Esta palabra ha creado gran confusión. Nosotros la entendemos como el proceso de conquista de libertades democráticas abierto a partir del Cordobazo... Las críticas del SU y de PO se basan en que la entienden como la forma que adopta el GAN en este momento, lo que incluye también a las instituciones burguesas cuya implementación no es un avance sino una derrota para el movimiento obrero (reforma del Código Penal). Como decimos en nuestra respuesta al SU, estamos estudiando el problema”.¹⁰

⁹ Comité ejecutivo nacional de PO, *Respuesta de Política Obrera al PST*, 8/11/74, pp. 55 a 72.

¹⁰ Comité Ejecutivo del PST, “Carta abierta a los compañeros de PO”, 6/9/74, *idem*, p.15.

2) Las cartas de PO marcaron un punto muy alto de la elaboración del programa revolucionario para la Argentina. Amén del debate político sobre la actitud revolucionaria frente a los procesos de “constitucionalización” (de vital importancia en países en los que el golpe militar es tradición). PO distinguió tajantemente los movimientos nacionalistas de los Frentes Populares (que el PST identificaba). Los primeros son relativamente progresivos, al politizar a masas que aún no han conquistado su independencia política, llevándolas a un enfrentamiento limitado contra el imperialismo. Los segundos son absolutamente reaccionarios pues significan la enajenación de una independencia política ya conquistada a un frente de salvataje del Estado burgués. A medida que las masas avanzan hacia su independencia política, el nacionalismo puede transformarse en un recurso del imperialismo contra la revolución proletaria” (lo que era el caso del tercer gobierno peronista), por lo que se hacía necesario analizar cada aspecto de la política nacionalista de acuerdo con la situación de las masas:

“Las nacionalizaciones (burguesas) -cuyo contenido histórico general en los países atrasados es democrático, es decir, progresivo, vinculado a la necesidad de superar el pre-capitalismo de esos países, que está fortalecido por el imperialismo- pues bien, esas nacionalizaciones tiene un distinto carácter político, es decir, concreto, según la relación que guarden con el desarrollo del movimiento de las masas de esos países. Las nacionalizaciones que ejecutan los gobiernos burgueses cumplen una función política progresiva cuando el movimiento obrero y campesino se encuentra aún en una fase política embrionaria, o aún no ha alcanzado un plano dirigente en la vida nacional; estas nacionalizaciones forman un todo con las medidas de organización de masas de las burguesías nacionalistas. Pero cuando el movimiento obrero y de los explotados ha roto los diques de control de la burguesía, cuando su desarrollo se desenvuelve masivamente en el cuadro de los partidos obreros, cuando su movilización apunta al doble poder; en una palabra, cuando por la madurez alcanzada por el proletariado y sus luchas, no se trata de una ampliación del desenvolvimiento capitalista, sino del gobierno obrero y el anti-capitalismo, esto como única vía para salir de la impasse del atraso y la opresión nacionales, pues bien, en estas condiciones, las nacionalizaciones burguesas se encuadran dentro de los recursos políticos para frenar a las masas, para desviarlas y, por lo tanto, para aplastarlas. El capitalismo de estado que había en los proyectos allendistas estaba vinculado a todo el objetivo de arrebatarse las libertades de movilización de las masas y marchar, contra ellas, hacia un bonapartismo

cívico-militar. Pero el mejor ejemplo de todo esto lo tenemos en la revolución boliviana de 1952: las nacionalizaciones de las minas, finalmente resueltas por el MNR, fueron el resultado de una brutal disputa con el movimiento obrero, que las quería sin pago y bajo control obrero. Las nacionalizaciones pagas del MNR, con su control burocrático, fueron el punto de partida de la depresión del movimiento revolucionario”.¹¹

El programa (teoría) avanzaba como consecuencia de la intervención política (práctica) revolucionaria y, al perfeccionarla, abría el horizonte a nuevos problemas teóricos.

La huelga general de 1975 y la debacle del peronismo

Desde el ataque del gobierno a Villa Constitución, PO denunció, a diferencia de todos los otros partidos que denunciaban un fantasmagórico “golpe reaccionario” ajeno al gobierno” (como argumento para defenderlo), la preparación de un “auto golpe” gubernamental. “Por exigencia del imperialismo yanqui y de la patronal argentina, Isabel y el Ejército preparan un autogolpe. El plan en marcha es: 1) entrega del país: nueva devaluación, acuerdos con el FMI y los bancos extranjeros; 2) suspensión de las paritarias y de la discusión salarial; 3) un anti-Villa nacional contra todos los activistas independientes y combativos”, titulaba *Política Obrera* (n° 225, 9/4/75), Exactamente lo que sería el “rodrigazo” dos meses después. Rara vez la izquierda argentina formuló un pronóstico tan preciso. Contra ese plan, dos consignas: “Comités Unitarios de base” y “Paritarias con mandato obrero” (PO, n° 223. 5/3/75). Se planteaba así que una cuestión económico-sindical (los convenios colectivos de trabajo) se convertiría en el futuro eje político, como efectivamente sucedió. “Cuando se firmaron las paritarias, mientras corrientes como el PST decían que éstas se habían cerrado, nuestro partido realizó plenarios obreros de los comités unitarios y analizó en su prensa que la crisis recién comenzaba y caracterizaba a la situación como en el límite de una situación revolucionaria”¹², recordó la dirección de PO.

La situación revolucionaria explotó con la reacción obrera a la puesta en práctica del “plan” arriba denunciado (“rodrigazo”) a inicios de junio de 1975: anulación de las paritarias, violenta devaluación y carestía, ofensiva intimidatoria contra el movimiento obrero. El proceso huelguístico iniciado en el interior (Córdoba y Santa Fe)

¹¹ CEN de PO, *Respuesta...*, op. cit. p. 42.

¹² *Boletín Interno de PO*, Respuesta al documento de M., 1977, p.6.

ganó la Capital, imponiendo un severo retroceso al gobierno: homologación de las paritarias, destitución de la camarilla de López Rega-Rodrigo; imponiendo incluso a la burocracia sindical la convocatoria a una huelga general tardía (27/6) y traidora (pues la convocó en apoyo al gobierno). Las masas que ocuparon la Plaza de Mayo, sin embargo, tenían otra cosa en la cabeza: pidieron la caída del gobierno y la cabeza de la camarilla derechista. Una huelga general por tiempo indeterminado, no declarada, siguió a esos hechos hasta que la burocracia cegetista se decidió a declararla (8/7) cuando el gobierno de Isabel se aprontaba para retirarse totalmente, reconociendo que estaba herido de muerte.

Crisis mortal del gobierno, dislocamiento de la burocracia sindical: era esa la situación emergente de las huelgas de junio-julio. Los partidos, las FFAA, la burocracia, sostuvieron en lo inmediato a Isabel, para evitar un triunfo *político* de la huelga. Al mismo tiempo se preparaban las soluciones de recambio pero el propio desarrollo revolucionario las colocaba en crisis: así fracasaron el interinato de Italo A. Luder (tentativa "institucional") y el golpe del brigadier Cappellini (tentativa golpista). Es falso decir que el golpe militar salió como por un tubo de la crisis del gobierno provocada por las huelgas. En un primer momento, cuando "las masas están im-ba-ti-bles" (*Política Obrera* 27/6/75), las FFAA, las mismas que invocarán la "politización de la CGT" para el golpe, plantean que "el problema debe ser abordado por las fuerzas que tradicionalmente se expresan en, el país, especialmente los políticos y los gremialistas (30/7/75). La táctica es "hacer que la situación se pudra", pero el reagrupamiento golpista (que alcanzara una expresión clara con el desplazamiento del tandem Numa Laplane-Damasco por Videla en las FFAA, el nuevo reagrupamiento en la APEGE, y el pasaje al golpismo de sectores de la burocracia: Calabró) se procesa en medio de crisis, marchas y contramarchas. La agonía del gobierno peronista se prolonga 9 meses, durante los cuales el círculo lopezreguista nunca desaparece del "entorno" gubernamental, y todas las recomposiciones que se producen (planes Cafiero y Mondelli) intentan por distintas vías la aplicación del plan Rodrigo. Una carrera contra el tiempo, para dotarse de una nueva dirección, es protagonizada por la burguesía y el proletariado: éste conoce un desarrollo revolucionario sin precedentes, tentando nacionalmente, a través de las Coordinadoras interfabriles y regionales, darse una dirección independiente y encabezar la lucha contra el gobierno. El reagrupamiento burgués se operó más rápidamente, pero su precariedad todo el mando fue delegado a la dirección

golpista de las FFAA, suprimiendo toda institución representativa se explica por el ascenso revolucionario de la clase obrera.

Desde el inicio de las huelgas, PO defendió un programa de centralización de las luchas y combate contra el gobierno: "Fuera el gabinete reaccionario. Por el frente único de los partidos obreros y combativos" (11/6/75), "Por un plan económico y político de lucha de la CGT, los sindicatos y los cuerpos de delegados" (27/6/75), "Con la huelga fraccionada y discontinua la burocracia nos quiere llevar a un desgaste. Por la huelga general centralizada con ocupación de fábricas. Comités interfabriles y Congreso de bases de la CGT" (4/7/75).

Frente al retroceso y la debacle gubernamental, PO planteó "Por un gobierno obrero de la CGT. Congreso de bases de la CGT", como consigna transitoria hacia la gestación de una alternativa obrera independiente: en diciembre de 1975, PO realizó su I Congreso, definiendo que "las huelgas de junio y julio han creado una nueva situación política: a) se ha roto de un modo definitivo el equilibrio entre las clases en que se sustentaba el gobierno peronista; b) como un aspecto de lo anterior se ha desencadenado una brutal pauperización de todas las capas de trabajadores y una crisis en la producción económica; c) se ha iniciado un movimiento de huelgas políticas por parte del proletariado, alentado por la crisis gubernamental, y un nuevo ascenso de las capas trabajadoras no obreras. Estos 3 elementos tipifican la formación de una *situación revolucionaria*".¹³ El Congreso autocriticó la consigna "gobierno de la CGT" porque la CGT y los sindicatos no son hoy la organización de las masas revolucionarias y porque su dirección forma parte del aparato gubernamental que lucha por estrangular el ascenso obrero. 'Gobierno de la CGT' es una fantasía y un fraude: fantasía porque no es un canal de la movilización revolucionaria y no representa la organización de combate de los obreros por el poder; fraude porque engaña a las masas ilusionándolas con la CGT actual, burocrática"¹⁴. En sustitución, el Congreso planteó: "Abajo el gobierno. ¡Elecciones libres inmediatas!".

Tanto la consigna de "gobierno de la CGT" como la de elecciones fueron objeto de nuevos balances críticos en documentos posteriores al golpe. 'Gobierno de la CGT' tenía el enorme defecto de esconder la cuestión del poder que no había llegado a plantearse aún bajo una

¹³ "Resoluciones del I Congreso Nacional Fischer-Bufano de la organización Política Obrera", *Revista Política Obrera*, n° 1, 2da época, enero de 1976, p.17.

¹⁴ *Idem*, p. 45.

forma específica, positiva del gobierno obrero, sino que el eje de movilización de las masas tenía la forma negativa concreta y particular de 'fuera el gobierno terrorista de Isabel, López Rega y Rodrigo'. La emergencia de un gobierno terrorista de Isabel, como resultado de la caída del gobierno, era inevitable y un factor de desarrollo de la situación siempre y cuando nosotros no lo propugnáramos y apoyáramos. La otra cuestión que quedaba oculta era la lucha por la construcción de organizaciones de doble poder: asamblea de fábrica, para elegir delegados con mandato de base, por coordinadoras regionales y congresos de base de los sindicatos y la CGT es decir, por aproximación de planteos de organización soviética. Las coordinadoras que se formaron durante la huelga fueron expresión de esta tendencia, debilitadas por su dirección foquista y de colaboración con la burguesía."¹⁵ "En junio-julio la CGT va transformándose por presión de las masas en centro de reagrupamiento, pero la burocracia sigue siendo el centro político que se impone sobre ese proceso y transforma a la CGT en factor de disgregación del movimiento obrero. El problema no era el *desenlace* de la situación revolucionaria, sino su *desarrollo*, el de cómo se concretaba la organización revolucionaria independiente del proletariado: los soviets."¹⁶ El centro de nuestro planteamiento democrático era la caída de Isabel, ésta era la consigna de orden de las masas, debía abrir el camino hacia el gobierno obrero y campesino. El añadido de una convocatoria a elecciones constituyó una anticipación política exacta que se crearía con una caída del gobierno, y por lo tanto si en esa situación desconocida un planteo de convocar a elecciones era correcto o desviacionista... El planteamiento gubernamental correcto es uno sólo, gobierno obrero y campesino, aunque tenga un carácter general, cosa que no es culpa nuestra sino reflejo del estado de la clase para una lucha directa por el poder... Abajo el nuevo plan y abajo el golpe: organicémonos en coordinadoras, elijamos delegados auténticos y comisiones internas, por un congreso de bases, por una nueva dirección para el movimiento obrero. Así, aproximadamente, debió haber sido el planteo."¹⁷

Debe señalarse que estos vaivenes se produjeron: a) en medio de una intervención sin precedentes de PO en el movimiento obrero, a la cabeza en diversas regiones en la formación de las coordinadoras

¹⁵ II Congreso Nacional de PO, Lineamientos para un balance de la huelga general y de la caída del gobierno peronista, 1977, p.7.

¹⁶ II Congreso Nacional de PO, Respuesta del CC al documento del equipo de estatales, 1977, p. 12.

¹⁷ Idem, Lineamientos ... , op. cit., p.11.

interfabriles: PO fue fundamental en la organización del Plenario de Coordinadoras del Gran Buenos Aires, con 110 fábricas presentes (julio de 1975), las intervenciones de sus militantes de las CI o delegados (en particular de la intersindical de Editorial Abril: periodistas, gráficos y publicidad) se orientó hacia impulsar la lucha por el gobierno obrero, alcanzando gran repercusión; b) que los zig-zags eran producto de la búsqueda de una política que tradujera concretamente, en una situación revolucionaria con características particulares, el programa del gobierno obrero y campesino, sin que se formulase ningún planteo *contradictorio* con éste.

Los problemas de la intervención del PST, en cambio, estuvieron determinados por otro programa: el de la preservación de la “institucionalidad” (burguesa). Una intervención conservadora es siempre más simple que una revolucionaria, por eso la línea del PST fue en apariencia menos contradictoria. Ya desde antes de la oleada huelguística, afirmaba que “la Rama Gremial peronista se ha pronunciado correctamente contra los golpes y por el mantenimiento de la legalidad institucional. Es una obligación principista de toda corriente que se reclama de la clase obrera” (*Avanzada Socialista*, n° 140, 29/3/75, ¡en pleno ataque gubernamental-burocrático a Villa Constitución!). Ya en medio de la huelga, la línea fue “que renuncien la presidente y los ministros. Que el Congreso convoque una constituyente. Un gremialista (del Partido Justicialista, NDA) para la presidencia interina” (AS, n° 155, 24/7/75). Una línea de recambio institucional, situada en el mismo terreno que los partidos burgueses, con los que sólo tenía una diferencia de grado (pues designaron a Luder y no a un sindicalista-senador para la presidencia del Senado y el interinato), una línea, por lo tanto, tan antigolpista (nada) como la de aquellos. El seguidismo a la burocracia y los partidos era profundo, pues se saludaba “el programa político-económico de la CGT”, y se proponía que “la CGT y los partidos políticos deben acordar medidas mínimas de gobierno hasta que la Constituyente resuelva... un Pacto de Garantías Nacional Obrero y Popular hasta la realización de la Constituyente” (idem). Por supuesto, la “salida de fondo” era el socialismo. La “Constituyente” y el “fondo” eran para las calendas griegas (el PST “prometía” luchar por el gobierno obrero... en la Constituyente), en lo concreto, el PST se ubicaba en el “golpe institucional” (derrocamiento de Isabel-Damasco-Numa Laplane por Videla y cía. reemplazados por el presidente del Senado, cosa que, cuando realizada, fue un paso adelante en la militarización: ¡hoy los comandantes juzgados se escudan en la carta blanca que les dio Luder para “aniquilar la subversión”!).

El 29/5/75, tres militantes del PST fueron masacrados en Pacheco. En setiembre, el terror paramilitar fue más lejos, fusilando 8 militantes del PST en La Plata. A pesar de ello, el PST estuvo paralizado frente al primer golpista (Capellini, 28/12); su única alusión al mismo fue un breve comunicado firmado “Comité de Redacción” (en *Avanzada Socialista*) donde se llamaba a “tomar las medidas necesarias” (sic), PO, en cambio, llamó a la huelga general contra el golpe, la cual amenazó concretarse (por eso el golpe fue parado por los propios golpistas de marzo).

La consecuencia práctica fue la complicidad del PST con los esfuerzos gubernamental-parlamentarios para desmovilizar a las masas. En enero de 1976, el “Comando Libertadores de América” (Menéndez) lanzó su “guerra sucia” en Córdoba a través de una oleada de secuestros y asesinatos. Al repudio popular se sumó la convocatoria a una movilización. El gobierno provincial (la intervención que sucedió al “navarrazo”) prohibió la movilización, y convocó a una reunión multisectorial. *Avanzada Socialista* afirmó que “sólo el hecho de realizarse la reunión era un paso muy importante, en la lucha contra los secuestros. Si bien no se tomó ninguna resolución la reunión fue muy útil porque permitió expresar el repudio generalizado a las bandas armadas y sentó un precedente para encarar futuras acciones comunes” (9/2/75). PO respondió (n° 256, 19/2/75): “Al revés, lo que permitió fue enganchar al PC, a los foquistas y al PST para frenar la movilización”. El PST no repudió la prohibición de la movilización y saludó al gobierno que la dictó. Los secuestros continuaron, alcanzando escala increíble, incluyendo varios militantes del PST.

A fines de 1975, el combate de PO por el frente único resultó en la conformación de las “Listas Socialistas” (o UJS-JS) para las elecciones universitarias en Buenos Aires. Las listas tuvieron gran éxito, convirtiéndose en la tercera fuerza electoral, quebrando al aplastante monopolio hasta allí ejercido por la JP. En el interior, el PST se negó a conformar listas únicas, lo que no impidió una excelente intervención de la UJS, que no se concretó debido a que las elecciones fueron suspendidas (Córdoba) ante su prohibición por las autoridades y la represión subsecuente.

Pese a ese avance unitario, o quizás debido a él, el PST entró en una gran maniobra provocadora contra PO, negándose a pagar 50 mil libros comprados a la editorial de PO (El Yunque). Mezquindad y provocación se unieron nuevamente en el morenismo: los libros no han sido pagados hasta el día de hoy (diversas organizaciones obreras y revolucionarias de América Latina y del mundo repudiaron la

actitud del PST) a pesar de haber sido vendidos, con gran margen de lucro, en los más diversos países.

El golpe militar de marzo de 1976

El deterioro creciente del gobierno isabelino y la aproximación de un desenlace llevaron a PO a precisar su intervención: “El centro del poder real se desplaza del gobierno a las FFAA y a los representantes directos del gran capital. Es el pasaje de la opresión política constitucional de las masas hacia el golpe militar... La condición para derrotar la alianza antiobrera de los golpistas y de los partidarios de una solución institucional respaldada por los militares (Isabel, Calabró, Miguel, Balbín) lo que significa que en realidad estos últimos son cobertura del golpe, es una y sólo una: ninguna ilusión fuera de la movilización obrera, ninguna confianza en los partidos patronales, ni en la burocracia, ni en las multisectoriales burguesas que propugnan foquistas y reformistas... La preparación golpista, que amenaza arrancar de raíz las conquistas obreras y democráticas, debe ser la oportunidad para reconstruir el frente unido de toda la clase obrera, roto por la burocracia al verticalizar los sindicatos respecto al Estado” (PO, n° 256, 18/2/76).

El PST, en cambio, era prisionero de su propia política: al plantear un recambio institucional no vio el golpe en ciernes. “La crisis política todavía sigue, pero las fuerzas patronales han sellado con el Plan Robledo un acuerdo, fijando el nuevo terreno para enfrentar al movimiento obrero: el de las elecciones... ahora la lucha contra el gobierno, contra sus variantes y contra las distintas alternativas patronales se va a trasladar al terreno de las elecciones. Para la lucha en ese campo debemos prepararnos activamente”, decía el 5/12/75 (*Avanzada Socialista*). “Preparándose”, el PST desertó de los frentes de lucha contra el golpe. Tres días antes del golpe (!), el más publicitado del mundo, insistía: “el peronismo ya no es más útil. ¿Se lo liquidará ahora mediante un golpe de estado, como es vox populi mientras escribimos esta nota, o se esperará unos meses para lograrlo electoralmente como quiere Balbín?”¹⁸. “Vox populi”, pero el PST todavía no creía.

Ceguera deliberada y criminal, porque el PST se niega a creer en un golpe reaccionario *aun cuando éste ya se consumó*. Un mes después

¹⁸ Pablo Ramírez, “La irresistible decadencia del peronismo”, 21/3/76, *Movimiento obrero argentino. Un siglo de luchas*, Bogotá, 1980, p. 48

del golpe, el PST intentaba poner en circulación una revista legal, afirmando:

“Aguardar otros 9 meses de pesadilla y crisis hasta unas elecciones azarosas resultó imposible... Más allá de las razones principistas que llevan a toda opinión sanamente democrática a oponerse a los golpes de estado o del juicio concreto que puedan merecer las medidas del actual gobierno, la destitución del peronismo fue un hecho que los militares cumplieron a su manera, después que la marea popular no alcanzó a hacerlo por la defección de sus dirigentes” (*Cambio* n° 1, 1° quincena de mayo 1976). Ni el PC, que ya antes del golpe reclamaba la “convergencia cívico-militar” se atrevió a hacer una apología del golpe en estos términos.

En cuanto al movimiento obrero, se decía que “en líneas generales, se ha respetado a los delegados obreros. Pero algunas detenciones, algunos despidos, ciertas amenazas y la persistencia de un terrorismo de ultraderecha, cuya autoría sigue sin establecerse, dejan en pie la posibilidad de una persecución generalizada contra el activismo obrero” (idem). Como ya se sabía, la “autoría” continuó sin establecerse, (pues los autores estaban en el gobierno), y la “posibilidad” se concretó a escala monumental, golpeando duramente, entre otros, a decenas de activistas del PST, varios de los cuales, fichados, no se exilaron a tiempo debido a la orientación de su dirección. En *La Yesca* (2° quincena de mayo de 1976), también del PST, se ponía en boca de las “autoridades”, en un “diálogo imaginario” con un militante del PST, lo siguiente: “Tiempo al tiempo. Por el momento escuchamos y permitimos la cuota de libertad como para que distintas opiniones, entre otras la suya, se expresen”. En ese momento, en especial en el interior, centenas de activistas “desaparecían”. Para la dirección del PST poco importaba, “*La Yesca* va a seguir ejerciendo su derecho a la libertad. Su permanencia será una prueba de que la brecha democrática se amplíe y que la libertad que le hizo decir al general Videla que no aspiraba a una prensa complaciente, se fortalezca”. Se decía que la argentina era “la dictadura más democrática de América Latina” (una “dictablanda”). Se trata de un caso en que el retinismo equivale a una traición.

Por más buena letra que hicieran, la dictadura prohibió las revistas del PST. El propio PST fue disuelto oficialmente (junto a PO, PCR y VC), a diferencia de los partidos burgueses y el PC, sólo suspendidos. La capitulación del PST lo llevó a adaptarse totalmente a ese cuadro: no publicó nada más durante todo el año 1976. Cuando lo hizo (enero de 1977), en nombre del “Ateneo de Estudios Sociales”, fue para decir: “Aún hoy los militares afirman, y con razón,

que no querían el golpe. Que se vieron obligados a darlo... La patronal y las FFAA se opusieron al lopezrreguismo. Desconfiaban de él y no creían que sus métodos fueran los mejores para enfrentar al movimiento obrero. De todos modos quienes lograron la semi derrota del lopezrreguismo fueron la clase obrera -incluida la burocracia sindical y los sectores populares".¹⁹ La burocracia sostuvo al lopezrreguismo hasta el final, y en cuanto a las FF AA y la patronal, su divergencia con los métodos de la AAA era la escala reducida en que se aplicaba el terrorismo de Estado, error corregido por la "dictablanda". Sólo la ignorancia de su trayectoria puede llevar a jóvenes militantes a considerar al PST-MAS como un partido de lucha contra la dictadura. Esto a pesar de que la represión lo golpeó duramente: denunció tener 55 desaparecidos, entre ellos Arturo Apaza (delegado de De Carlo), Charles Grossi (delegado sindical), Federico Alvarez Rojas (científico) y su mujer Hilda Leikis, Eduardo Villabrille (miembro del Comité Nacional del PST), etc.

Las ilusiones en el carácter "democratizante" de la dictadura fueron sistemáticas. A fines de 1977, Nahuel Moreno veía en las importantes huelgas de ferroviarios y subtes "el fantasma del Cordobazo", para trazar la siguiente perspectiva: "los militares y los partidos burgueses no tienen solución: ¿quién es el Suárez (primer ministro español, NDA) argentino? Los candidatos no faltan. El almirante Massera quiere aparecer como 'presidenciable' buscando los favores de los políticos y los sindicalistas. El jefe de la burguesía agraria, José Aguado, lanzó un 'movimiento de opinión' que se autodefine como liberal y conforme a los principios del 24 de marzo; Videla, con sus planes de convergencia cívico-militar, ¿será candidato?²⁰ Un verdadero profeta. Dentro de esa inminente "salida a la española", las esperanzas del PST iban para "la burocracia sindical, rama específica del peronismo, (que) constituye un partido en el partido. No está excluido que se decida a organizarse en cuanto tal, en un partido laborista, (lo que) sería progresista y un paso adelante hacia la independencia de clase".²¹ Para el morenismo, las esperanzas de la democracia estaban en la dictadura y la oligarquía, y las de la clase obrera en la burocracia sindical. Nunca en Argentina (y seguramente en el mundo) una corriente "trotskista" tuvo una política tan derechista.

¹⁹ *Boletín mensual* del PST, enero de 1977, reproducido en Francia, p. 1.

²⁰ Nahuel Moreno, "Le spectre du Cordobazo", *Imprecor*, París, 20/1/1978.

²¹ Irene Rodríguez, *Imprecor*, n°3 París, 31/3/1977.

Inmediatamente después del golpe, PO reorganizó su actividad, preservando su intervención en los sectores más importantes del movimiento obrero y estudiantil. A partir de abril, publicó ininterrumpidamente su órgano de expresión y combate, *¡Adelante!*, *Tribuna*, y nuevamente *Política Obrera*, de circulación clandestina, completados posteriormente por un periódico sindical (*Qué pasa en los sindicatos*) y otro juvenil (*Nueva Generación*). Desde el inicio, denunció las atrocidades de la dictadura, y planteó un combate unitario por las libertades democráticas. “Masacre de 30 personas en Pilar; decenas de secuestros por mes; allanamientos saqueando casas; torturas; centenas de familiares que recorren dependencias oficiales y eclesiásticas, embajadas y domicilios de dirigentes de los partidos tratando de ubicar a desaparecidos en los últimos 5 meses. El país vive bajo estado de sitio; hay permanentes controles policiales en las calles, barrios y rutas; las fuerzas armadas están en operaciones en todo el territorio. Los extremos más atroces definen las características del brutal régimen de represión instaurado el 24 de marzo” (*¡Adelante!*, n° 6, agosto de 1976). Junto a la actividad por recomponer las organizaciones de masas, PO fue la primera organización *política* que dio su apoyo incondicional y su colaboración orgánica a los movimientos de familiares de desaparecidos y presos.

Si bien sus caracterizaciones y métodos le preservaron excepcionalmente de la represión, su intensa actividad militante (en un momento en que toda la partidocracia, inclusive de izquierda, estaba “borrada”) cobró su precio en sangre. Fernando Sánchez (miembro del Comité Ejecutivo), Marcelo Arias (dirigente obrero de Deutz), Gustavo Grassi (obrero textil), Cristóbal Russo (estudiante), Susana Huerta (estudiante de medicina en Córdoba), fueron secuestrados y permanecen desaparecidos hasta hoy. Claudio Zorrilla (detenido a disposición del PEN que había solicitado su ingreso a PO) fue asesinado. Paralelamente, la campaña nacional e internacional contra la represión, que PO impulsó junto a organizaciones democráticas, obtuvo victorias importantes: la totalidad de los presos políticos de PO detenidos antes del golpe (H. Correa, E. Bilsky, J. Gelman, J. Perretti, B. Gallitelli, D. Quatrocchi, etc.) fueron liberados; Pablo Rieznik, dirigente de la UJS secuestrado a inicios de 1977, brutalmente torturado, fue liberado cuando ya se encontraba en un centro de exterminio de la dictadura.

En medio a esa actividad, PO realizó su II Congreso en 1977, aprobando varios documentos que planteaban todo un balance de la etapa política pasada, y trazaban la perspectiva futura. “El golpe militar del 24/3 constituye un movimiento de reacción política, pues su

función es liquidar el ascenso revolucionario iniciado en 1969 y cuyo pico más alto tuvo lugar en junio-julio de 1975. Este movimiento fue activamente impulsado por la inmensa mayoría de los explotadores nacionales y extranjeros bajo la dirección del imperialismo norteamericano, a partir del momento en que se hizo manifiesta la imposibilidad de operar un viraje abierto hacia el campo imperialista en el cuadro del gobierno peronista y del régimen constitucional... La victoria del golpe significó una importante derrota política de la clase obrera, pues ha alterado su ascenso político y provocado la pérdida de grandes conquistas y del derecho de organización. No ha sido, sin embargo, una derrota decisiva, pues no quebró su resistencia por un período prolongado. El factor fundamental que impidió que hubiera una derrota decisiva fue la ruptura del proletariado con el gobierno peronista, pues ésto evitó que cayera en una desmoralización aplastante (...) Las reiteradas alusiones de Videla y los altos mandos a un retorno a la democracia representativa, no expresan una vocación democrática de la Junta por referencia a regímenes como los de Chile y Uruguay. Expresan el cuadro de crisis (ausencia de derrota decisiva de la clase, desagregación imperialista, crisis gubernamental) en que se desenvuelve la dictadura, que la lleva a apelar una y otra vez a los partidos burgueses, al stalinismo y a la burocracia como factores de desarticulación de la resistencia obrera y democrática (...) El plan Martínez de Hoz debe ser entendido en su función política reaccionaria de reestructuración de la plena dominación de la clase capitalista... es un plan al servicio de los acreedores extranjeros y de todos los acreedores del estado, (plan) clásico de crisis, que consiste en recuperar a niveles elevados la tasa de beneficio, mediante el abaratamiento de la fuerza de trabajo y del costo de la inversión en bienes de capital, mientras se encarecen los bienes de consumo personal. El abaratamiento de los bienes de capital significa la quiebra de la industria instalada... la concentración industrial que resulta de este proceso de expropiación será enteramente capitalizada por el capital extranjero... aunque el plan desarrolló una colosal transferencia de ingresos a la oligarquía agraria, ello no significa que haya golpeado a otros sectores de la gran burguesía, pues éstos recibieron la garantía de fabulosos beneficios en inversiones de bonos y acciones... El fabuloso crecimiento del capital ficticio, generado por las operaciones especulativas, es una brutal hipoteca sobre las reservas del país, no existe ninguna posibilidad de que se vuelque a la industria porque es un capital internacional que rota de país en país, aprovechando las diferencias de superbeneficios. El mínimo síntoma de crisis del plan Martínez de Hoz desatará una colosal fuga de capitales. (...) Las

huelgas automotrices, de Luz y Fuerza y portuarios han puesto un límite efectivo a la ofensiva posterior al 24/3, y que se revela en la crisis ascendente del plan Martínez de Hoz. Este ha agotado el recurso de bajar el salario real y debe plantearse nuevos ataques contra las condiciones de trabajo, las empresas estatales, la desprotección industrial, la inflación, en un creciente grado de belicosidad de los trabajadores”.²²

El conjunto de los extensos documentos armaron programáticamente a PO para la etapa dictatorial, y permitieron que las inevitables correcciones de línea y caracterización (pues un programa no es un recetario dado de una vez para siempre) no tuvieran un carácter empírico, sino de reforzamiento programático. “El primer documento hace un balance muy amplio del peronismo, del nacionalismo burgués en su fase de decadencia y del debut y desarrollo de la construcción del movimiento obrero independiente... salda ampliamente 6 años claves de nuestra política nacional. Define acertadamente el rol de las burguesías nacionales, sus cambios de frente, su colaboración con el imperialismo, etc. Si entendemos por programa la traducción a los términos de la lucha de clases en el periodo actual y en nuestro país de la teoría de la Revolución Permanente, el balance del nacionalismo burgués puede considerarse como su piedra angular... El análisis de la huelga general de 1975 es fundamental, porque en esa histórica movilización revolucionaria se delineó el rol que va a jugar cada corriente en los futuros procesos revolucionarios. Fue y debe ser para nosotros lo que la revolución de 1905 fue para los revolucionarios rusos, un ensayo general que debemos estudiar concienzudamente... El documento n° 5 no sólo hace una reformulación de todo el problema de la Asamblea Constituyente en un país atrasado pero con tradición parlamentaria (que podría ser todo un aporte para el movimiento revolucionario en América Latina), sino que hay un capítulo enteramente dedicado al problema del partido (que) somete a crítica todo el proceso de los últimos 30 años en relación a los programas vinculados a la construcción del partido obrero en Argentina, empezando por la denuncia de la izquierda del nacionalismo pequeño-burgués... “ “La elaboración política refleja que en el plano de la dirección y del partido (PO) el retroceso ha agudizado la lucha por el avance en el plano de la teoría”.²³ En la 7° reunión del buró del CORCI (diciembre de 1976) PO intervendría

²² II Congreso Nacional de PO, *La situación política. Planteamiento general*, 1977, pp. 8-14.

²³ Idem, Respuesta del CC al documento de estatales, pp. 13-14.

como responsable por el informe sobre América Latina, llevando su experiencia al plano internacional.

El fin del PRT-ERP

El 20 de julio de 1976 fue muerto Roberto Mario Santucho, dirigente máximo del PRT-ERP. La muerte tuvo algo más que un valor simbólico, pues preanunció el descalabro definitivo de esa organización. El operativo estuvo rodeado de circunstancias poco claras: el gobierno bloqueó la información periodística, y detuvo a dos reporteros de *Crónica* que titularon en primera página la muerte, el mismo día. Todo indica que se trataba de bloquear noticias que perjudicaran el trabajo de infiltración de las FFAA en las organizaciones guerrilleras. Es sabido (el propio semanario inglés *The Economist* lo comentó) que la masacre de centenas de guerrilleros, y habitantes de los alrededores “con que concluyó la aventura del asalto al cuartel de Monte Chingolo en la Navidad de 1975, se debió a la excelente información brindada por la infiltración militar en la guerrilla. El ejército dejó correr la operación “Monte Chingolo”, pues ella “consolidó el cambio de rumbo del alto mando militar y fue un factor que redujo la amplitud de la derrota golpista (de Cappellini, en diciembre de 1975). Apoyados en esa situación los sectores del capital financiero (APEGE) se lanzaron a un apresurado plan de sabotaje para acelerar el golpe militar”²⁴. La actividad foquista contribuyó a la victoria del golpe militar.

El ERP caracterizó la situación luego del 24/3/76 como revolucionaria (“los militares se sacaron la careta”) y plantearon la “guerra revolucionaria ofensiva”. Esta barbaridad llevó a la masacre a centenas, tal vez miles, de militantes y hasta contactos de los grupos foquistas. Con el agravante de que cuando peor andaban las cosas, más las direcciones foquistas lo ocultaban, transmitiendo a sus militantes, a los presos y al exterior, fantásticas noticias sobre éxitos militares, “victorias de la Compañía del Monte” (que habría estado a punto de transformar Tucumán en un “territorio liberado”... ¡que pediría su reconocimiento a la ONU!). La trágica comedia duró algún tiempo: el conocido sociólogo Alain Rouquié llegó a escribir para la publicación del *Quai d'Orsay* (Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia) un artículo en que afirmaba que los Montoneros habían constituido una organización equivalente a la OLP palestina, que exigía igual reconocimiento internacional (el artículo apareció en *La*

²⁴ Idem, *Lineamientos...*, op. cit., p. 15.

Documentation Française: los ingenuos y los interesados también se reclutan en los círculos más sofisticados). Pocos meses después, la entrevista de Mendizábal a *Cambio 16* en la que anunciaba el próximo desfile de las columnas montoneras por la avenida General Paz, provocaba estruendosas carcajadas entre los exilados argentinos en España. Todo esto sería cómico si no fuera trágico. Veamos el balance de PO inmediato a la muerte de Santucho:

“Ninguna organización está exenta de la infiltración de los servicios de seguridad, mucho menos; las organizaciones revolucionarias. Esto está probado abundantemente por la historia, pero la historia ha igualmente demostrado otra verdad todavía más esencial: la infiltración policial sólo ha liquidado a las organizaciones aventureras y siempre ha fracasado en sus propósitos de destrucción de las genuinas organizaciones revolucionarias. La razón de esta desigualdad de destinos tiene que ver exactamente con las diferencias entre unas y otras organizaciones. Los partidos revolucionarios guían su acción de acuerdo con un programa científicamente establecido y no transforman sus deseos en el criterio para definir la táctica a seguir; los grupos aventureros son netamente empíricos, su política es una improvisación, como que son ellos mismos los que han intentado convertir en teoría aquello de que lo que importa es la acción y los ‘fierros’, y que la clarificación de las masas es un subproducto del heroísmo militarista. Otra diferencia sustancial es que los partidos revolucionarios entienden este trabajo revolucionario siempre como un trabajo en el seno de las masas, y no en un sentido abstracto sino en el sentido concreto de militar en las organizaciones de éstas, ligarse a su experiencia cotidiana sin condiciones previas, cualquiera sea la naturaleza de esas organizaciones. La actividad del partido revolucionario es un sistema de propaganda, agitación y organización, orientada por un programa que tiene a su vez no sólo una base nacional sino internacional. El grupo foquista tiene por doctrina el marginarse de la experiencia y evolución política de las masas, el no tener en cuenta este punto capital, como si la revolución pudiera ser la obra de alguien distinto a las masas mismas. El foquista no postula necesariamente el perder el contacto físico con la población que trabaja, no es ésta la diferencia; la diferencia es que no considera nunca el nivel político y la experiencia concreta de esas masas, rechaza la realización de una sistemática labor de clarificación basada en un programa y le repugna tener que trabajar en organizaciones que no controlan (como los sindicatos burocratizados), prefiriendo planear acciones explosivas que permitan la constitución de sindicatos de ‘revolucionarios puros’.

“Los grupos foquistas atraen a sus filas a los elementos más diversos, entre los que se destacan los amantes de la acción por la acción misma, lo que implica muchas veces a elementos desclasados y de antecedentes dudosos. La selección política pierde valor, y la aptitud de los militantes no es considerada en relación a su esfuerzo por acercarse a los trabajadores, por establecer lazos profundos con ellos, lazos que se deben centrar en la comprensión común del programa. Todo lo contrario, los grupos foquistas, debido a que postulan ‘frentes patrióticos’ con los ‘burgueses progresistas’, y debido a una exaltación de los aparatos técnicos, andan a la búsqueda de los cuadros pequeño-burgueses terriblemente integrados a los medios de la burguesía misma. Es así que la infiltración puede progresar mucho más, por la ausencia de un criterio de selección basado en el programa, y por los múltiples vínculos políticos y sociales con los medios políticos de la burguesía.

“(...), las victorias del gobierno contra la ‘subversión’ (palabra inapropiada, pues la revolución social es auténtica subversión, mientras que la violencia foquista es antirrevolucionaria) constituyen un factor extremadamente importante de fortalecimiento del gobierno militar, pues indica su considerable mayor control de defensa del estado que el reventado gobierno peronista. Para el imperialismo y la burguesía esto ha sido un factor de cohesión alrededor del gobierno militar contra lo que ocurría en la época de Lanusse en pleno ascenso de masas. De ahí la monstruosidad de la tesis del PC que pronostica una democratización gubernamental como resultado de la liquidación del foquismo. La prueba es la ola de matanzas que ha seguido a las reiteradas afirmaciones militares de que la subversión está aniquilada, así como la incesante ofensiva contra los derechos y conquistas obreras y democráticas.”²⁵

Auto-críticas del Secretariado Unificado

Frente a la debacle de las aventuras foquistas en el Cono Sur (Argentina, Chile, Perú, Bolivia, Uruguay) el SU, que había pretendido ser una especie de porta-estandarte mundial de la guerrilla latinoamericana, se vio obligado a una autocrítica, so pena de ser considerada una organización irremediablemente irresponsable. En 1976, la TMI (Tendencia Mayoritaria Internacional del SU, liderada por el economista belga Ernest Mandel) se dio a la tarea, redactando una “Autocrítica sobre América Latina”, referida a la *estrategia*

²⁵ ¡Adelante! n° 6, agosto de 1976.

guerrillera adoptada por el IX Congreso (1969) y ratificada por el X (1974). Partiendo del impacto causado por la revolución cubana sobre las corrientes obreras y juveniles del continente, la TMI concluía que “era falso e ilusorio intentar ganar (a las nuevas corrientes revolucionarias) por medio de una estrategia que tomaba la forma de una conquista por el ejemplo (de las acciones armadas)”.

En el resto de la autocrítica, sin embargo, no se encuentra la menor explicación de por qué eso era falso, o sea, una crítica del *foquismo* como concepción (estrategia) política, consistente en creer que la acción subjetiva (armada) de los revolucionarios, aun en pequeño número, puede ignorar las condiciones objetivas (estado de las masas y de la sociedad en su conjunto) para hacer la revolución, y aun crearlas artificialmente. Esta concepción, teorizada por un sector de la dirección cubana, a través del Che Guevara o de intelectuales que se pusieron a su servicio (Régis Debray), fue adoptada sin cortapisas por el SU. Este definió que la guerrilla tenía una base “geográfica y militar”, o sea, no social ni política.

Pues bien, en lugar de someter tal idea a crítica, se señalaban, como causas del fracaso, cuestiones circunstanciales (tácticas); la teoría de “guerra civil continental” llevaba a “sacar sin mediación alguna conclusiones políticas indiscriminadas para cada uno de los regímenes del continente. Esto nos ha conducido a exagerar el grado de inestabilidad de cada uno de ellos”; “(en la revolución cubana) la clase dominante no tenía, a los ojos de las masas, ninguna legitimidad producto de una tradición histórica”, cosa que no sucede en otros países. “Pensábamos que las fuerzas de la izquierda habían adquirido un peso en el seno del PC y del Estado cubano como para garantizar una línea de ayuda sistemática y de desarrollo de los movimientos revolucionarios en el resto de América Latina”; “nuestras esperanzas eran extremadamente exageradas en lo que se refería a las posibilidades ofrecidas por la ayuda material de los cubanos”; “nuestra estimación de las relaciones de fuerza internas en La Habana, *sobre la cual se basaban nuestras posiciones*, eran falsas”, y así de seguido. Como se ve, el SU no cometió ningún error teórico (estratégico) sino apenas de apreciación: la orientación foquista es reafirmada, “si las relaciones de fuerza hubieran sido distintas”, “si hubiéramos dispuesto de más rifles cubanos”, etc. El SU confiesa, además, que se había adscripto, pura y simplemente, a la corriente castrista. La dirección “trotskista” europea, cuyo pellejo no había estado en juego en la aventura foquista, se libraba ahora de sus responsabilidades políticas en ella.

¿Por qué el fracaso? Si las “relaciones de fuerza” (en Cuba y en América Latina) habían contribuido (y el SU sería responsable sólo

por una falsa apreciación de ellas), la responsabilidad mayor recaía sobre los grupos latinoamericanos del SU (en especial el PRT-ERP) qué habrían incurrido en una “desviación militarista”, porque, ellos sí, adolecían de una “asimilación limitada de las posiciones teóricas y programáticas marxistas revolucionarias” (o sea, las del SU). Esto es tanto más improcedente cuanto que la propia auto crítica admite que “las teorizaciones (del PRT) no estaban en ruptura fundamental con el IX Congreso Mundial”. En realidad, el PRT no había hecho más que explicarlas a fondo.

El IX Congreso (y el X) habían definido la “lucha armada” como *estrategia*, esto porque se vivía una “crisis revolucionaria” y una “guerra civil” continentales. Los documentos del SU eran más foquistas que los del castrismo, esto porque estaban desprovistos de cualquier inhibición diplomática (de Estado). Ahora se decía que “nuestras ambigüedades, nuestra falta de claridad sobre esta cuestión fundamental, es una de las fuentes de nuestros errores”, “poco claro sobre estos problemas, el texto del IX Congreso no permitía lanzar una batalla política sobre estas confusiones (del PRT)” ¿Poco claro? ¿Ambiguo? Se tiene la impresión de que el SU especula con la mala memoria, o la inexperiencia, de sus lectores. Pero también especula con su idiotez, afirmando, en un mismo párrafo, que “la resolución del IX Congreso da una importancia considerable a la fórmula de *estrategia de lucha armada* ... lo que puede ser interpretado -y lo ha sido- como una reducción de la estrategia revolucionaria a la lucha armada”. ¿Se puede saber de qué otro modo puede ser interpretado?

Como afirmó Guillermo Lora: “Una cosa es que la acción de las masas adquiera, en cierto momento, la forma de la lucha armada, y otra que esta se reduzca a la actuación de pequeños grupos de activistas extraños a los explotados. El foco armado no tiene lugar en la táctica -y de ninguna manera en la estrategia, porque el partido no puede buscar como su finalidad el deporte bélico- de la vanguardia obrera, porque constituye su negación misma al ser un elemento disolvente de su construcción. Pese a la ‘autocrítica’ permanece la evidencia de que el foco y la lucha (armada o no) que puedan emprender las masas, son extremos opuestos. La experiencia demuestra que la ‘guerra prolongada’ pablista es inseparable de la consigna de estructuración del ‘ejército del pueblo’, de manera que en un futuro lejano pueda darse la batalla formal entre el ejército burgués y el del pueblo, este último organizado y armado de manera correspondiente a las fuerzas regulares. Esta tesis no ha sido objeto de la autocrítica y

es otra prueba de que el ultraizquierdismo sigue siendo el basamento de esta tendencia (el SU)."²⁶

Sobre la ruptura del PRT con el SU, la "autocrítica" también ape-
la a la idiotez propia y ajena: "Los delegados del PRT al IX Congreso
Mundial fueron luego todos excluidos del PRT. Es un hecho que
no atrajo suficientemente la atención de la dirección internacional".
Uno piensa en otras maneras de "atraer la atención" de esta gente.

¿Cuáles fueron, en fin, las consecuencias de los errores que el
SU admite? Que "no nos armaba para comprender las formas que
iba a tomar el alza del movimiento de masas". ¿Cuáles? La Asamblea
Popular boliviana, la huelga general uruguaya de 1972-73, el retor-
no del peronismo al poder, el surgimiento de organismos de poder
obrero (JAP y cordones industriales) en Chile. En una palabra, no los
armaba para comprender... la lucha de clases. Como se sabe, ultraiz-
quierdismo y reformismo son contradictorios apenas formalmente: la
función de la "autocrítica" del SU era prepararlo para arrastrarse (en
América Latina y en todo el mundo) detrás de cualquier fenómeno
o corriente en que fueran detectadas "las masas", antes despreciadas:
"Se llega a la conclusión de que el pablismo no sólo consiste en un
total aislamiento de las masas, sino que es imposible que se transfor-
me en su dirección revolucionaria, pues oscila del "foquismo burgués
o el frente populismo".²⁷ Los remanentes argentinos del ERP tam-
bién siguieron esta trayectoria, que demuestra valer así como una ley
política (los ex-guerrilleros brasileños y bolivianos forman parte hoy
también de las coaliciones gubernamentales antiobreras) y no apenas
como característica de una organización.

Para explicar las causas de sus errores, el SU abandona toda idea
de *programa* y de *organización* revolucionarias, pues no les reconoce
ninguna función. El texto sobre América Latina del IX Congreso,
"cristaliza las mejores teorizaciones hechas en esa época por las co-
rrientes revolucionarias surgidas de la revolución cubana". Esto signi-
ficaría que esas corrientes sustituyeron al SU en la elaboración de
su documento-clave (no olvidemos que el SU pretendía construir la
IV Internacional alrededor de Bolivia y Argentina). "La resolución
sobre A. Latina del IX Congreso fue discutida y adoptada en el mo-
mento en que una nueva generación se unía a las filas de la IV In-
ternacional. El contexto político en que surgió esta generación era

²⁶ Guillermo Lora, "Foquismo enmascarado. Notas sobre un documento
revelador", *Materiales preparatorios para la III Conferencia Trotskista Latino-
americana*, Boletín n° 1, 1977.

²⁷ *Idem, ibidem.*

el de las guerras de liberación nacional (Argelia, Vietnam) y de la victoria de la revolución cubana... La resolución refleja... la realidad de nuestra organización internacional *en su conjunto* en esa época... poco centralizada y donde la ley del desarrollo desigual jugaba con todas las implicaciones que conlleva para la definición en positivo de una estrategia revolucionaria". Si esto es así ¿para qué diablos existen el Programa de Transición, la organización, la dirección, que resumen, en diferentes niveles, la experiencia de decenas de años del movimiento revolucionario mundial? Si fuera cierto que toda organización política es la resultante de las ideas de quienes la componen en un momento dado, no habría distinción entre organizaciones reformistas y revolucionarias (ni entre éstas y muchas otras), y para explicarlo no haría falta la "ley del desarrollo desigual", sino la Ley de Perogrullo. El SU confiesa sin quererlo que no tiene nada que ver con el programa de la IV Internacional, ni con su organización, pues admite ser una federación ("poco centralizada") en que las posiciones son obtenidas por consenso.

Pero, al plantearse la cuestión *moral* implicada en los "errores", demuestran también ser irre recuperables desde el punto de vista revolucionario (trotskista). Afirma que "sería estúpido establecer un lazo mecánico entre la resolución del IX Congreso Mundial y los golpes sufridos por algunas de nuestras organizaciones latinoamericanas". Lo único que sería estúpido es no establecerlo (pocas veces la palabra "mecánico" habrá tenido un significado tan válido), pero aquí no estamos en presencia de estúpidos, sino de pillos. Los "golpes" en cuestión son la muerte de centenas de militantes en un combate desigual contra los aparatos represivos, aislados de las masas. Pocas líneas más adelante, el SU admite que "aislándonos del movimiento obrero organizado tradicional (!), tenemos una responsabilidad moral y política que asumir por el destino de un cierto número de militantes y de organizaciones de América Latina"²⁸. ¿Por qué, si no hay ningún "lazo", etc.? Irresponsabilidad en grado limitado o inmoralidad sin límites? Que el lector saque sus propias conclusiones.

Que la oposición existente en el SU a la línea guerrillera (la Fracción Lenin-Trotsky, encabezada por el SWP) no tenía un carácter principista, lo revela que aceptó la "Autocrítica" como un documento progresivo e incluso histórico, cuya publicación corresponde a los intereses de toda la IV Internacional".²⁹ Esto porque, aceptado el

²⁸ Todas las citas de la "autocrítica" en: Comité Director de la TMI, "Autocrítica sobre América Latina", *ibidem*.

²⁹ Jack Barnes, "El significado de la autocrítica sobre América Latina del

“principio autocrítico”, se podían disolver las fracciones y restaurar la antigua unidad (sobre la base de la conciliación de posiciones, agregamos nosotros). Los intereses del (pequeño) aparato eran superiores a los de la clarificación revolucionaria. Y el SU, creado en 1963 sobre la base de “no discutir el pasado” (la división de la IV), llegaba ahora a su conclusión lógica: tampoco discutir el presente. Es que el presente no puede ser discutido sin analizar sus raíces históricas: pasado y presente no se excluyen como el agua y el aceite. El presente es una cristalización de la historia, y esta no puede ser comprendida sino partiendo de su forma más desarrollada (presente) porque, como ya decía Marx, “la anatomía del hombre es la clave de la anatomía del mono”.

Dos años después (1978) el inefable Maitán (otro dirigente del SU) remataba esta trayectoria afirmando que el “balance de las derrotas latinoamericanas” indicaba que lo que nadie había comprendido es que las dictaduras de nuestro continente eran bien capaces de desarrollar la economía de sus países: “para la caracterización del período, esas consideraciones nos parecen más decisivas que el grado de resistencia de la clase obrera o que la duración del aplastamiento del movimiento de masas”. En suma: no había revolución posible, porque las fuerzas productivas, contra toda previsión, tenían todavía un amplio horizonte bajo el capitalismo latinoamericano. Y después de divagar alegremente sobre el “milagro” brasileño, Maitán concluía en que el Brasil era un “subimperialismo” (la Argentina potencia de Perón habría fracasado en un intento similar) pese a que era el país con la mayor deuda externa del tercer mundo.³⁰

La resistencia contra la dictadura

En un reportaje, un dirigente de PO pudo decir: “Nuestra lucha en el movimiento y por la causa de los detenidos-desaparecidos es de sobra conocida; hay quienes nos confunden con el propio movimiento por la intensidad y devoción de nuestros compañeros, y debe recordarse que la primera comisión por esta cuestión la formamos a fines de 1975”.³¹ El papel relevante que PO jugó en la organización *práctica* de la resistencia antidictatorial, cuando la más negra reacción

Comité Directivo de la TMI del SU”. *Boletín Interno del CORCI*, n° 4, París, 1977, p.30.

³⁰ Livio Maitán, “Amérique Latine, Après les défaites, une tentative de bilan”, *Impreco*, París, 5/1/78.

³¹ Reportaje a Jorge Altamira, *Nueva Presencia*, diciembre de 1982.

se abatía sobre la Argentina, constituyó un salto cualitativo en la intervención *política* del trotskismo en nuestro país.

Desde 1976 hasta 1983, PO cumplió cabalmente ese papel, en la medida más o menos limitada de sus fuerzas, en sus principales sectores de intervención: a) el movimiento sindical, b) el movimiento estudiantil (donde fue un impulsor decisivo de los cuerpos de delegados y de las comisiones de reorganización de los centros, en el período de crisis de la dictadura), c) el movimiento democrático y por la libertad de presos y desaparecidos (editó el primer vocero *político* de ese movimiento: *Libertades Democráticas*, de amplia difusión, teniendo en cuenta las condiciones de clandestinidad). A pesar de haber sufrido, como todos los partidos de izquierda bajo la dictadura, un retroceso de sus fuerzas militantes (sin contar las bajas impuestas por la represión) la actividad de PO no conoció interrupciones y, a partir de 1979, un *crescendo* de sus fuerzas organizadas.

Es indudable que en la base de tal actividad no había un simple voluntarismo (que se hubiera estrellado contra las brutales condiciones represivas) sino un análisis político, presente desde el inicio de la dictadura: a) la clase obrera no había sufrido una derrota histórica que impidiera su reacción por todo un período histórico, b) la dictadura fue desde el principio un régimen de crisis, heredero de las contradicciones que habían minado a la dictadura de Onganía-Lanusse y al gobierno peronista, y un anacronismo desde el punto de vista de la impasse económico de la burguesía argentina, que Martínez de Hoz (representante de sus sectores más concentrados y estrechamente asociados al capital financiero internacional) pretendía superar con un rodrigazo super-represivo, ésta fue la base del análisis sistemático de cada fase de la crisis de la dictadura.

“No a la unidad nacional con la dictadura. Frente Unico contra el hambre, la desocupación y la represión” (*Tribuna*, n° 23, 4/2/78). “La dictadura militar está en crisis: esto abre un terreno para que el movimiento obrero se reorganice, supere su desorganización actual, y acaudille al conjunto de las masas. La condición es contar con un programa independiente. Las reivindicaciones democráticas ocupan un papel central: la consigna de *Asamblea Constituyente* unifica el conjunto de las necesidades democráticas contra el gobierno militar. En esta lucha democrática, la clase obrera debe enarbolar su propio programa, la estrategia del gobierno obrero-campesino, única manera de resolver de raíz el conjunto de las reivindicaciones nacionales y sociales” (*Tribuna* n° 18, agosto de 1977). La crisis de la dictadura (incluyendo la crisis de sus relaciones con el imperialismo: críticas de Carter por los derechos humanos) no debía, sin embargo, crear

ninguna ilusión paralizante en un impulso democrático proveniente de ella (que es a lo que jugaron los partidos “democráticos” y de izquierda durante aquel período): “El agudo debate que se desarrolla en el seno de las FF AA y con el imperialismo es para ver cómo se puede controlar y reprimir mejor a la clase obrera y a las masas. La lucha contra la dictadura y por una Asamblea Constituyente Soberana debe ser el eje de toda la movilización de las masas” (*Política Obrera* n° 285, 8/6/78). El papel de los partidos políticos, y de sus reclamos “democráticos”, debía ser evaluado en función de esa crisis, y no en el aire (procedimiento mediante el cual la mayor parte de la izquierda concluía en la progresividad incondicional de los planteos de los partidos burgueses): “Las declaraciones de Harguindeguy y Díaz Bessone contra la ‘partidocracia’ han hecho proliferar, luego de mucho tiempo de silencio, numerosas declaraciones de los partidos políticos burgueses... son las declaraciones de Alfonsín las que sintetizan el programa de todas estas corrientes. Se declaró partidario de un ‘compromiso’ de los partidos con las FF AA a fin de articular primero una ‘democracia de fines’ y luego una ‘democracia de medios’. Alfonsín reconoce y acepta el control y la ingerencia militar en la llamada ‘nueva democracia’. El súbito reanimamiento de los partidos obedece a que éstos se preparan para intervenir en defensa de la ‘convergencia cívico-militar’ en la crisis que se está desarrollando en el seno del gobierno militar” (*Tribuna*, n° 22, 28/12/77). Aquí está anticipado el camino que, por vías tortuosas, tomaría claramente la política argentina cinco años después.

Para PO, el análisis del rol nefasto y encubridor de los partidos burgueses no se basa apenas en la evidencia empírica, sino que hunde sus raíces en la incapacidad histórica de la burguesía argentina para realizar la revolución democrática: “La burguesía ha sido incapaz de asegurar la estabilidad de su estado mediante métodos civiles, constitucionales, parlamentarios. La debilidad de la sociedad civil argentina (ausencia de tradición legislativa, de gobiernos provinciales, tardía incorporación del sufragio universal) hunde sus raíces en el carácter tardío y dependiente de su desarrollo capitalista”. La expresión “positiva” de ello es “el militarismo, el desarrollo de las fuerzas armadas como una casta independiente de todo control democrático, que concluye sometiendo a su dominación al estado burgués... El régimen democrático burgués no ha sido capaz de subordinar al militarismo, por eso los golpes de estado. Pero esto resulta de la contradicción entre el régimen electivo, la soberanía popular, y la casta militar jerárquica, que no se somete a un control y que dispone nada menos que de las armas y de la vida de centenares de miles

de soldados apartados de la vida civil". De resultados de este análisis, PO es el primer partido político argentino que introduce un planteo democrático contra el militarismo (que será defendido incluso en elecciones): "Terminar con el sistema de ejército permanente y sin control no es ir más allá de la lucha por la democracia, sino que es ser fiel realmente a ella. El sistema de defensa nacional que corresponde a una república democrática es el de la milicia ciudadana, es decir, la reducción del servicio militar al tiempo necesario para la enseñanza del manejo de las armas, la no separación de los soldados de la vida civil, la elección de los altos mandos por sufragio universal, el derecho de todo ciudadano a poseer armas y a ser instruido en su manejo. La Constitución de 1853 no contempla estas disposiciones porque fue de inspiración oligárquica y porque desconocía el fenómeno del militarismo". Claro que "la lucha por la democracia mediante la supresión del militarismo no es parte del programa de ningún partido burgués: éstos son sus cómplices, como lo demuestra el programa de la Multipartidaria, que deja intocados el poder y las prerrogativas del ejército que ha demostrado lo que es construir un partido de los trabajadores" (PO, n° 326, 23/12/ 81, "No hay lucha por la democracia sin lucha contra el militarismo").

Con la huelga de Luz y Fuerza de fines de 1976, y las huelgas nacionales de estatales (ferroviarios, subtes) de 1977, PO constató que la política de terror ya había fracasado en su objetivo de atomizar a la clase obrera. En función de ello, se valorizaba el papel de la burocracia para los planes antiobreros de la dictadura: "La burocracia sindical peronista se prestó desde el mismo 24/3 a los planes de regimentación sindical del golpe. Se constituyó como asesora de la intervención militar, colaborando abiertamente con ella. Se prestó a montar el show de la OIT para blanquear al gobierno frente a la opinión pública internacional. En oportunidad de los conflictos mecánicos y metalúrgicos de setiembre se borró olímpicamente. Durante la lucha de Luz y Fuerza sabotó la resistencia obrera en apoyo al 'proceso de reorganización nacional' del cual se declaró partícipe". La puesta en pie de la clase obrera y sus sindicatos pasaba no sólo por la lucha contra la dictadura, en unión y a la cabeza de los sectores explotados que contra ella se levantaban, sino también contra la burocracia: "La creación de comités unitarios en los lugares de trabajo y estudio debe desarrollarse como frente único de activistas y de organizaciones; su perspectiva es el reagrupamiento de clase y las libertades democráticas" (*¡Adelante!*, n° 14, 1/4/77). La burocracia heredaba toda la crisis del peronismo que había dado lugar a la dictadura, y era capaz de superarla como ésta, lo que se reflejó en la ausencia de unidad en

las propias filas burocráticas duran te todo el gobierno militar: “las convulsiones de la CGT reflejan la muerte del recurso de la camiseta peronista como factor de cohesión de la burocracia sindical. No se trata sólo de la muerte de Perón, ni de la falta de autoridad de cualquier dirección actual o eventual del peronismo (Lorenzo Miguel pretende infructuosamente jugar ese papel) sino de la quiebra histórica de un movimiento que ha dejado de ser, para la burguesía, el recurso fundamental contra la independencia del movimiento obrero y, para el proletariado, ha demostrado su incapacidad para combatir la reacción militar-imperialista” (PO, n° 317, 30/12/ 1980).

En el PST, las iniciales ilusiones sobre el carácter “democrático” de la dictadura no fueron un “desliz” sino toda una orientación, equivalente a la postración frente al gobierno militar del PC, y completada por la apología de la política del imperialismo. Vayan como prueba estas citas, extraídas de publicaciones del PST: “El gobierno de Carter presiona a los gobiernos para que mantengan (donde las hay) o restablezcan (donde no las hay) las formas de gobierno democrático-burguesas y las libertades” (*Unidad Socialista*, noviembre de 1977); “Es esta insuficiencia (!) de la respuesta gubernamental al problema de los derechos humanos la que está provocando que el reclamo internacional aumente” (*Opción*, marzo de 1978); “...hablará el General Videla. Confirmaremos seguramente que las autoridades buscan a su modo una apertura política. Nosotros confiamos que el pueblo trabajador cerrará la brecha que existe entre la retaceada apertura político-militar y una verdadera salida democrática” (idem); “Este movimiento (de comisiones ‘asesoras’ y normalización de los sindicatos intervenidos) significa un gran avance para el movimiento obrero” (*Opción*, mayo de 1978); “Puede haber sectores militares o patronales que tengan intenciones democráticas y dispuestos a defender las libertades democráticas” (idem); “La esposa del presidente Videla también participó de este hecho positivo y gran avance de la mujer. Ella también fue a la cancha” (*Opción*, julio de 1978, época del Mundial); “La campaña en el exterior en oportunidad del mundial se caracterizó por la táctica equivocada y utópica del boicot y por las *exageraciones* e impresiones sobre la realidad represiva que padecemos” (idem). ¿Exageraciones? Sólo era posible aproximarse a los periódicos del PST con la nariz tapada.

Un grupo de militantes que rompió con el PST en 1976, afirmó: “De la posición anterior se desprendió un sostén abierto al golpe... se alentaron ilusiones en una apertura controlada de la vida sindical... no dio ninguna orientación para la organización de la resistencia y para la rearticulación de las filas obreras y esto fue el principal reflejo

de la adaptación al gobierno militar. Toda la receta del partido en el plano sindical se resumía a la organización de asados y partidos de fútbol mientras se esperaba una reestructuración por arriba. A corto plazo se verificó el fracaso estrepitoso de la orientación partidaria. La represión cobró numerosas víctimas bajo el descarado impulso gubernamental, la ‘normalización sindical’ no se produjo, se prohibió *La Yesca* (PST), *Tribuna Popular* (PC), etc. Esto agravó la confusión en las filas de la militancia, de una caracterización optimista, el partido viró a caracterizar una derrota aplastante de los trabajadores y cayó en la inacción. La consecuencia es que el partido está borrado. No ha jugado ningún papel en los esfuerzos que la clase obrera está haciendo por ponerle un límite al avance del gobierno militar... Creemos que esta política es la base de las deserciones y de la desmoralización en las filas del partido”.³²

El PST “reapareció” para hacer la apología de la política de la dictadura para el movimiento obrero -“el gobierno, aunque en forma restringida, se propone impulsar la reorganización sindical. De esta forma, millones de trabajadores ven delante de sí una tarea de primera magnitud como es elegir la nueva dirección del movimiento obrero”³³ -y para hacerse ilusiones sobre las intenciones democráticas de los uniformados: “Jorge Oyhanarte informó a la cúpula militar (que) hay una tercera posibilidad: una salida ‘a la española’, que según él sería más fácil de aplicar que en la metrópoli. Es decir, democratizar el régimen desde su interior... una propuesta inteligente, pero que no llega a unir a la mayoría de los cuadros militares”.³⁴ Toda la política del PST justificó la caracterización de PO: “El PST y el PC sostienen que estaríamos ante un gobierno, si no redondamente democrático, al menos ambiguo, indefinido, y de ninguna manera contrarrevolucionario. Esta posición teórica corresponde por entero a la posición real que ocupan la burocracia sindical y el stalinismo (y que pretende ocupar el PST) como sostenes de izquierda del gobierno militar”.³⁵

Toda la orientación del PST frente a la crisis de la dictadura se resume en 3 puntos: 1) reconstitución del frente con los partidos burgueses, ahora como reaseguro de la dictadura (lo que muestra que

³² “Militanes de base hacen un balance del PST”, *¡Adelante!*, n° 10, 3/11/76.

³³ “Documento Nacional”, 1/5/1978, *Cuadernos de Informaciones*, n° 4

³⁴ PST, Argentine. *Une grande grève contre la dictature*, 1979.

³⁵ II Congreso Nacional de PO, *Tesis sobre la situación política nacional*, 1977, p.1.

se trataba de una orientación orgánica, cada vez más a la derecha, del PST): “Lo bueno que han dicho casi todos los dirigentes políticos es que el plan económico es malo y que hay que *ampliar* las libertades democráticas, liberando a presos políticos e *iniciando el diálogo*” (a los desaparecidos, como decía Balbín, que los juzgue Dios) (*Opción*, n° 10, diciembre de 1978); “Llamamos a los partidos políticos, con los cuales tantas diferencias tenemos sobre la manera de solucionar la crisis, a luchar juntos por la *salida* democrática” (*Opción*, n° 6, agosto de 1978); “Coincidimos (con el PC) cuando alertan contra la contraproducente del retardo en la elaboración de una propuesta política por parte de la civilidad democrática. Contribuir a superar ese retraso debería ser una de las grandes tareas de la izquierda” (*Opción* n° 10); 2) hacer la apología de la “apertura sindical” y de la participación de la burocracia en ella, esperando que se atreviera a formar un “partido laborista”; 3) hacer la apología de la socialdemocracia nacional e internacional, con vistas a la participación en un eventual pleito electoral (y demostrando que la fusión con el PSA de Coral en 1972 no había sido una simple maniobra para conseguir legalidad): “El vuelco masivo al socialismo en Europa y la realidad de la resistencia ganan a importantes sectores obreros para la idea de una Argentina Socialista. (Nuestro) periódico es expresión de esta corriente” (*Resistencia Socialista*, órgano del PST en el exterior, n° 1, noviembre de 1977); “El PSD mantiene una estructura partidaria más fuerte que la de las restantes fracciones... Federaciones y corrientes representativas del PSD están sopesando el rumbo a tomar, y es de esperar que tomen esa experiencia... Lo importante es contar con una estructura unitaria que pueda recoger el aporte de todas las corrientes que creen en el PS” (*Opción*, n° 10); “Constituir una Federación Socialista integrada por todos los sectores como etapa previa para unimos en un gran PS” (*Opción* n° 6). O sea, se planteaba la unidad orgánica con un partido (el PSD) integrado *orgánicamente* en la dictadura militar (Ghioldi fue su embajador en Portugal, por nombrar sólo el caso más notorio).

Al PST no le pasaba por la cabeza que “la socialdemocracia internacional no pretende constituir partidos obreros independientes de la burguesía (ni reformistas, ni revolucionarios) sino contribuir al sostenimiento del régimen capitalista por el medio que sea necesario. La reunión de la II Internacional realizada en Caracas en 1976 congregó a... partidos burgueses y pequeño burgueses de un contenido nacionalista decadente y antiobrero (APRA, AD, etc)” (PO, n° 288, 22/9/78). “La estrategia de la Internacional Socialista para A. Latina consiste en alentar y presionar en favor de procesos de institucionalización que

revitalicen a los frentes democratizantes, asociándose a ellos. Pero poco es lo que ha avanzado la IS en asociar plenamente a los partidos burgueses latinoamericanos. Ello porque A. Latina forma parte del dominio yanqui y la vigencia de la institucionalización y de los frentes democratizantes se discute en Washington y no en las capitales europeas. El coqueteo (de esos partidos) con la IS no pasa de una presión sobre las burguesías para obtener algunas concesiones económicas, un apoyo político en sus negociaciones con los EE.UU.” (PO, n° 317, 30/12/80). Cabe preguntarse si al morenismo todavía le dice alguna cosa la caracterización leninista de la socialdemocracia como un agente del imperialismo. La propuesta de unión con el PSD contenía, además, un refinado masoquismo, pues éste denunciaba al período peronista diciendo que “hasta la subversión tuvo su partido enmascarado detrás de la denominación de PST” (*La Vanguardia*, n° 531, 1978), lo que, bajo la dictadura, equivalía a un llamado al asesinato de sus militantes.

Lo peor del PST fue, sin embargo que su vocación de entronque con la dictadura lo transformó en un agente contra el movimiento de familiares de desaparecidos. No sólo no participó de él (esto no sería nada) sino que, a fines de 1980, se descolgó con un boletín denominado *Amnistía*, afirmando que “en estos largos años de dictadura ha faltado una consigna. Hoy esa consigna es la de amnistía general e irrestricta”. Quien debía recibir lecciones pretendía darlas, y proponía nada menos que el blanqueo de los asesinos y de sus cómplices. Los “Familiares de detenidos y desaparecidos por razones políticas” pusieron a estos “maestros” en su debido lugar, repudiando la “amnistía” (que no volvió a ser publicada: es lo mejor que se puede decir del PST): “Para conseguir (nuestras reivindicaciones) no es necesario ninguna amnistía. Y amnistía significa dejar de lado la situación de los detenidos-desaparecidos” (“Ante una campaña centrada en que la solución de nuestro problema es solicitar una amnistía general e irrestricta”, diciembre de 1980). Recuérdese que el PST tiene más de 50 desaparecidos, y se podrá medir el grado de corrupción alcanzado por la dirección morenista. “*Amnistía* es una traición y una canallada contra los 20 mil desaparecidos”, tituló PO (n° 317, 30/12/80). La relativamente escasa repercusión del trotskismo, y las propias condiciones de ilegalidad y censura de la dictadura, llevan a que nuevas generaciones desconozcan la historia del PST (actual MAS) y, más aún, lleguen a ser confundidas por la presencia de un abogado de los derechos humanos (Luis Zamora) en su dirección. La realidad es que el morenismo *nada* tuvo que ver con la resistencia a la dictadura (una fracción que rompió con el PST en 1979 se auto-denominó, para diferenciarse,

“Resistencia”). Se trata sólo de una cuestión de ritmo: la memoria -la historia- realiza su trabajo lenta, pero inexorablemente.

A mediados de 1981, la crisis de la dictadura comenzaba a galopar, impulsada por la catástrofe económica. “La burguesía argentina está en bancarrota. Ella es un producto del propio capitalismo. La política de Martínez de Hoz no inventó la crisis, es la crisis la que explica el plan de Martínez de Hoz, cuya finalidad principal era descargarla concentradamente sobre los trabajadores...”³⁶

La crisis y la bancarrota han quebrado la unidad de la burguesía y la unidad política de la dictadura. El nuevo gobierno no ha encontrado una fórmula de compromiso entre la burguesía industrial y agraria en crisis, y el gran capital bancario, nacional e internacional... El régimen militar ha perdido la iniciativa política, pero conserva el poder... la crisis se procesa como una dura pugna interburguesa, porque el proletariado no ha pasado a ocupar su lugar en el escenario político. Todos los cambios tácticos de la dictadura respecto al peronismo, al conjunto de los partidos y a la burocracia sindical apuntan a bloquear una movilización obrera” (PO, n° 322, 16/7/81). La situación tendió a modificarse, pues la propia crisis económica y política alimentaba una irrupción obrera. Así, un mes antes de la extraordinaria jornada del 30/3/82, PO titulaba “Manifestaciones de masas y huelgas activas para acabar con la miseria y la dictadura” (n° 327, 2/3/82), pronosticando “una crisis mayor de gobierno, incluida la caída de Galtieri”. Antes que esto sucediera, la dictadura daría su manotón de ahogado.

El estallido del CORCI: la TCI

Mientras PO y el POR (Bolivia) luchaban bajo condiciones dictatoriales, otra sección latinoamericana del CORCI (el POMR peruano) veía su trabajo progresar bajo la crisis de la dictadura de Morales Bermúdez: en 1978, el POMR impulsará una coalición electoral, el FOCEP, que obtendrá 15% de los votos. El 7° buró del CORCI (1976) no había discutido ni organizado seriamente su trabajo en América Latina, pese a una propuesta en ese sentido de PO. Para 1977 fue convocada, sin embargo, la III Conferencia Trotskista Latinoamericana, encargándose la redacción de su informe central a G. Lora, del POR. Las secciones nacionales contribuyeron con documentos sobre sus respectivos países. Sólo PO contribuyó, además,

³⁶ PO, “Sobre el Informe preparatorio a la III Conferencia”, *Boletín Interno del CORCI*, n° 8, 1977, pp. 8-9

con una crítica al “Proyecto de Informe” de Lora, discutiendo los Estados Unidos Socialistas de América Latina, la táctica del Frente Único Antiimperialista, y la cuestión de la burguesía nacional: “El hecho de que la burguesía no se emparente con la opresión nacional, o que pueda verse obligada a cambiar de frente y colocarse en el campo de las masas en choque con el imperialismo, no significa que tenga la aptitud de rebelarse contra el dominio imperialista”. Como ejemplo se tomaba la expropiación de la oligarquía-reforma agraria realizada en un cuadro de mantenimiento de la opresión foránea, de alteración limitada del viejo estado semicolonial y de violenta oposición a todo lo que fuera barrer con el orden de cosas existentes, en especial la conquista de la más amplia democracia política. No podemos circunscribirnos a caracterizar la reforma agraria desde un ángulo histórico super-general, como medida relativa a las tareas demo-burguesas. Se trata de apreciar esa actitud desde el punto de vista de la clase revolucionaria, el proletariado, la parte decisiva del campo revolucionario contra el imperialismo, que tiene en la burguesía, y en el nacionalismo burgués, a un enemigo furibundo. Se trata, no de decir que es una ‘actitud revolucionaria’ de la burguesía, sino de denunciar que esa reforma agraria no pretende liberar el país; se trata de desmerecer su alcance revolucionario (y no sobreestimarlos), de mostrar que sólo pretende un nuevo pacto con el opresor imperialista dirigido contra los obreros y los campesinos”.³⁷

La posibilidad de que la III Conferencia procediese a un amplio debate de la línea del CORCI estaba, sin embargo, cuestionada. Esto porque los aspectos prácticos de su organización recayeron, debido a la represión en A. Latina, sobre la OCI francesa, que comenzó a invitar para ella a grupos políticos de los más diversos y, en especial, organizaciones del SU, con la idea de montar un “show” que impresionase en las negociaciones que, universalmente, mantenía con el SU (el 8º buró ya había tenido ese carácter, y motivó una auto crítica de PO por aceptarlo). Estas negociaciones tenían un objetivo específicamente francés: provocar una unificación de la LCR (del SU) con la OCI, bajo hegemonía de ésta, que ya contaba con una fracción adepta en la LCR (la que romperá en 1979 para unirse a la OCI). El desarrollo del debate en el CORCI quebró esa posibilidad pues PO presentó un extenso documento de crítica a un artículo de la OCI (“Por un balance del peronismo”, aparecido en *La Vérité*, revista teórica de la OCI), en el que no sólo se demolía la teoría de

³⁷ POR, “Proyecto de Informe sobre América Latina”, *Documentos* nº 79, junio de 1977, p.35.

los “sindicatos burgueses” que debían ser destruidos, en especial en Argentina (CGT) y Brasil, posición de la OCI, sino que se debatían las implicaciones *internacionales* y *teóricas* de los planteos de la OCI: caracterización de los sindicatos, del nacionalismo burgués, del stalinismo, de la social democracia, de las instituciones obreras en general (incluidas las huelgas y los soviets). Se abría pues un debate sobre el conjunto de la política del CORCI.

El “Informe” de Lora ya rebatía la tesis de la OCI: “Trabajar sistemática e incansablemente en las organizaciones de masas, particularmente en los sindicatos, pese a la orientación y calidad de sus direcciones. Las organizaciones nacidas en la entraña de los trabajadores son irremplazables hasta tanto no las sustituyen en la lucha diaria. Lo que corresponde a los revolucionarios -esto debe subrayarse- es luchar con firmeza para reconquistarlas para los trabajadores de manos de la corrompida burocracia, que casi siempre concluye sirviendo los intereses de la burguesía o del estado”.³⁸ PO dio un ejemplo concreto: “En los dos años del gobierno militar, los sindicatos argentinos han vuelto a mostrar su enorme vitalidad, pues pese a estar bajo control militar, con la burocracia colaborando con la dictadura, y en condiciones de terror, han protagonizado gigantescas huelgas, han pasado por diversas etapas de resistencia... siguen siendo sindicatos obreros, allí está nuestra organización, allí está penetrando y organizando a la vanguardia, orientando el proceso de resistencia y la intervención en la crisis política con un programa enteramente independiente de la burguesía, del stalinismo y de la burocracia. Que este debate sirva para fortalecer ese trabajo sacrificado, que está permitiendo la construcción del partido de la revolución proletaria”. Pero PO no se limitó a eso, pues cuestionó también el conservatismo de la posición “ultra-revolucionaria” de la OCI: “Si la formación de coordinadoras, comités de fábrica, consejos de delegados (que para la OCI ‘suplantaban’ el aparato burgués de los sindicatos argentinos) es sólo necesaria y posible allí donde los sindicatos son burgueses, en los países de dirección sindical socialdemócrata y stalinista no habría que luchar por los soviets. El razonamiento (de la OCI) nos lleva a posiciones sindicalistas y conservadoras”.³⁹

La posición de la OCI respecto al carácter burgués de los sindicatos dirigidos por corrientes nacionalistas sólo era sustentable al

³⁸ PO, “Documento de discusión sobre los sindicatos”, *Boletín Interno del CORCI* n° 7, 1977, pp.55 y 10.

³⁹ PO, *La IV Internacional no es una estancia* (Repuesta política a una agresión sin principios), 30/5/78, p.5.

precio de embellecer los sindicatos socialdemócratas o stalinistas de Europa, tan o más contrarrevolucionarios que aquellos. El documento de PO, tal vez el más brillante de su historia, no sólo aclaraba ciertos problemas referidos a la lucha de clases en Argentina y A. Latina, sino que ponía en cuestión, objetivamente, la orientación mundial del CORCI, y especialmente la de la OCI en Francia (la que se revelaría como caracterizada por lazos más que fraternos con diversos sectores socialdemócratas). Esto era más que lo que la OCI, envuelta en complicadas tratativas diplomáticas con el SU, podía soportar.

Del extenso documento de PO ("Discusión sobre los sindicatos") la OCI tomó una frase -"la burocracia y los partidos obreros de los países imperialistas, que (la OCI) toma como 'modelo', son los grandes puntos de apoyo del imperialismo mundial contra las masas explotadas del mundo entero"- para interpretarla torcidamente -"se caracteriza a la OCI como una agencia de la burocracia de los países imperialistas"- y romper relaciones bilaterales con PO, llamando a las otras organizaciones del CORCI a hacer lo mismo. Como la organización chilena no lo hizo, también se rompió relaciones con ella. Esta aberración de las "relaciones bilaterales" en una Internacional fue usada para desatar una verdadera caza de brujas, a golpes de ultimátums y de "diktats": fueron expulsados militantes de diversas organizaciones (España, Brasil, Perú, etc.), y varios exilados argentinos y chilenos (en Brasil y Europa) fueron dejados a la buena de Dios. Se usó de los medios materiales de que disponía la OCI, y de la precaria situación de PO en la Argentina de Videla, para tentar aislar política y organizativamente a PO. No se vaciló, para ello, en dividir las organizaciones latinoamericanas. La discusión política planteada por PO no se realizó -estaban rotas las relaciones- pero ni este hecho, ni las sanciones, ni el chantaje material ejercido por la OCI, hicieron reaccionar al CORCI: la mayoría de sus organizaciones -la totalidad de las europeas- se plegaron a su ultimátum. Los problemas y ambigüedades que habían marcado al CORCI desde su nacimiento habían pasado a un estadio cualitativamente superior.

Lo peor estaba por venir, pues la OCI ya había mostrado ser incapaz de mantener una discusión política sin acusar a su contenedor de "agente" de algún poder oculto (una organización trotskista palestina había sido acusada de "agente del sionismo"; un grupo de trotskistas húngaros de "agentes de la CIA y de la KGB"), procedimiento típico de burócratas. En su respuesta a la ruptura de relaciones, PO había dejado claro que "en ningún momento, en ningún lugar y en ninguna circunstancia el texto de PO ataca ni caracteriza polémicamente la política de la OCI de Francia en ningún aspecto, en ningún terreno ni

en ninguna época”⁴⁰, lo que no impidió a la OCI continuar considerando que estaba siendo tratada de “agente del imperialismo”. Se realizó entonces la 8° sesión del buró del CORCI (enero de 1979), a la que PO asistió en calidad de miembro. La III Conferencia Trotskista Latinoamericana había desaparecido del temario (confirmando que la OCI había emprendido un trabajo de liquidación del CORCI). La propuesta de PO de que sus militantes *desaparecidos* fueran presidentes de honra de la reunión fue rechazada por la OCI y sus corifeos con el argumento de que “habían muerto como peronistas mal arrepentidos” (sic) lo que confirma que la corrupción ya había superado todos los límites. La OCI propuso, como primer punto, que PO fuese expulsada del CORCI debido a una frase contenida en un texto... de la organización chilena, la cual era interpretada (de manera tan torcida como la anterior) como una apología de Pinochet, por lo que PO y la organización chilena eran acusadas de “provocadores perros de guardia del fascismo”(sic). Guillermo Lora, representante del POR boliviano, propuso invertir el orden del temario (proponía considerar en primer lugar la III Conferencia, un balance de su no realización) lo que fue recusado por la OCI y sus adláteres (en su casi totalidad grupitos europeos sin existencia real). Debido a ello, PO, la organización chilena, y la delegación del POR de Bolivia (encabezada por G. Lora) se retiraron de la reunión, antes que se siguiera mancillando la memoria de revolucionarios latinoamericanos asesinados por la represión, y no sin que la OCI hubiera proferido previamente amenazas contra su seguridad física (toda una prueba de valentía: la reunión se celebraba en París, en el local de la OCI). Nunca una reunión internacional “trotskista” había caído a un nivel tan bajo.

PO destruyó las calumnias de la OCI, y sus escasos fundamentos políticos, en una serie de textos (editados en la Argentina como “Documentos sobre la crisis del CORCI”) que, como en ocasiones anteriores, jamás fueron respondidos. Si la calidad de los textos, que esclarecían una serie de puntos teóricos y políticos que el CORCI nunca había discutido a fondo, permitieron que verdaderas “escuelas de cuadros” se organizaran sobre la base de su estudio, todo el episodio fue un serio retroceso en la lucha por la reconstrucción de la IV Internacional. La inmoralidad de la OCI había llegado al punto de robar una reserva de 2000 dólares, que PO le había confiado como “reserva de emergencia” (el dinero se usaba en la ayuda a las familias de las víctimas de la represión en Argentina). PO concluyó en que “la

⁴⁰ Rafael Santos, *Destrocemos la provocación de Just-Lambert*, Ed. PO, 1979, p.56.

faccionalización del debate, la infiltración, la ruptura de relaciones bilaterales, el chantaje económico, el marginamiento y la expulsión de PO, y finalmente el levantamiento de la III Conferencia y la cancelación del debate son secuencias de un proceso de dislocamiento del CORCI tendiente a abortar la clarificación política... es el fin del CORCI, su rol progresivo se ha agotado, es apenas un apéndice dislocador del aparato dirigente de la OCI. Su constitución en 1972 significó un punto de reagrupamiento político de hecho contra el foquismo liquidador del SU y el sectarismo infernal de Healy. Pero al no orientarse a definir una plataforma política y una estructura organizativa, se dejó el campo abierto para la manipulación organizativa de la OCI" (PO, n° 291, 15/3/79). Los textos de PO dejaron claro sus propios errores en "dejar pasar" la ambigüedad político-organizativa del CORCI, como un factor que había contribuido al desenlace. El dirigente de PO, Rafael Santos, concluyó en que "la reconstrucción de la IV Internacional es un proceso extremadamente difícil, principalmente por las notables taras políticas que han revelado las principales organizaciones internacionales que se reclaman de la IV, desde la muerte de Troski. Fenómenos como el pablismo, que llevan a la liquidación del trabajo europeo, como el foquismo, que conduce a la destrucción a fondo de las organizaciones y del programa en América Latina, constituyen toda una descalificación internacional. La caricatura política de Healy y el bochornoso proceso de la OCI están allí para atestiguarlo".⁴¹

A pesar de todas esas dificultades, PO no abandonó el combate trotskista e internacionalista, al contrario usó el balance del CORCI (que ninguna otra organización sacó tan a fondo) para plantearlo a un nivel político superior. PO impulsó la creación de la Tendencia Cuartainternacionalista (TCI), en abril de 1979, con el POR (Bolivia), CEMTCH (Chile), OTR (Perú), OQI (Brasil) y PP (Venezuela) a los que se agregaron posteriormente Socialismo Revolucionario del Uruguay y la Liga Obrera Palestina. La primera reunión tuvo lugar en Lima, donde se aprobó su documento de constitución, que establece que la TCI "parte del Programa de Transición de la IV Internacional redactado por L. Trotsky, y puntualiza su posición frente a los problemas emergentes de la situación política imperante, lo que la define como una organización independiente de las corrientes que se reclaman del trotskismo (SU, CORCI, etc.). Nace con la finalidad de concentrar, alrededor de claras ideas programáticas revolucionarias,

⁴¹ "Resoluciones de la 4° Conferencia de la TCI", *Internacionalismo*, n° 4, enero de 1982, p. 95.

a tendencias y elementos capaces de construir el partido mundial de la revolución socialista, es decir reconstruir la IV Internacional fundada en 1938” (“Declaración de la TCI”, 6/4/79, en PO n° 294,1/5/79).

La TCI realizó 4 conferencias internacionales desde su fundación (la última en 1981); editó 6 números de *Internacionalismo* (la revista teórica trotskista de mejor calidad de los últimos años); fijó una posición de principios a través de resoluciones, sobre desarrollos fundamentales de la situación mundial (revolución nicaragüense, la lucha de clases en Perú, la invasión de Afganistán, la división del Secretariado Unificado). Si bien algunas de sus secciones nacionales se han fortalecido (Argentina, Bolivia, Brasil) el trabajo de conjunto se ha debilitado enormemente, lo que refleja la situación de dispersión del trotskismo mundial que heredó. La 4° Conferencia estableció: “Estamos en una situación de crisis... en la decisión política de impulsar consecuentemente el desarrollo de la TCI, es decir, de asumir toda la responsabilidad organizativa por su funcionamiento”. También rechazó de plano “que los problemas de la TCI radicarían en la supuesta falta de un balance de la IV Internacional desde 1938. La TCI ha demostrado la vigencia del Programa de Transición, a través de la lucha política y sobre la base de la experiencia histórica, y ha concentrado en una plataforma programática (declaración de fundación) las ideas que la delimitan del revisionismo. El balance histórico, tanto en plano internacional como en el nacional, es una tarea que debe ser implementada colectivamente por la TCI y por cada una de sus secciones. La crisis por la que pasa la TCI no tiene nada que ver con una historia y no se resuelve transformándonos en una secta de estudiosos”.⁴²

La crisis referida se ha profundizado, en especial por la escasa disposición de la organización más antigua de la TCI (el POR de Bolivia) para participar de un trabajo internacional, escepticismo que hunde sus raíces en la propia historia del POR. PO continúa su combate revolucionario, teórico y práctico, que es una de las bases firmes de la lucha por la reconstrucción de la IV Internacional.

La división del SU: el Comité Internacional

Habiendo roto con el CORCI los sectores que combatían por una clarificación principista (PO y el POR), habiendo aceptado la dirección de la Fracción Lenin-Trotsky del SU (el SWP) la “Autocrítica so-

⁴² George Novack, *Democracia y Revolución*, Barcelona, Fontamara, 1977.

bre A. Latina” de la mayoría del SU, el camino parecía expedito para la unidad de la gran mayoría de las organizaciones que se reclamaban del trotskismo, máxime que el propio CORCI, a través de la OCI, lo solicitaba abiertamente. Una nueva unificación sin principios -como la de 1963- apuntaba en el horizonte, sólo que ésta, sometida a la prueba del vigoroso movimiento revolucionario semicolonial (con Irán y Nicaragua a la cabeza) iba a durar aún menos que aquella. La primera criatura de esta cacareada “unidad de los trotskistas” fue la creación de un partido único, sostenido por el SU y el CORCI, en Irán, a fines de 1978. La terrible confusión política de sus fundadores hizo que la criatura naciera muerta: en su primera actividad pública, reclamó la realización de una “Asamblea Constituyente con Bakhtiar” (primer ministro del Cha). Apenas una semana después, una insurrección nacional barría con Bakhtiar y el Cha: luego de un debut tan desastroso, el PST del CORCI-SU no jugó ningún papel en el proceso revolucionario. Y a eso, sólo a eso, se redujo la “unidad de los trotskistas”.

Ya en noviembre de 1976, el morenismo, hasta entonces parte de la FLT, se constituyó en “Tendencia Bolchevique” del SU, acusando al SWP (dirección de la FLT) de capitular ante la democracia burguesa, especialmente en Portugal (donde el SWP protagonizó un seguidismo escandaloso a la socialdemocracia). Si es cierto que el SWP había llegado a teorizar que la revolución proletaria no pasaba de un proceso de extensión de las libertades democráticas⁴³, la “TB” no se quedaba atrás, pues proponía “enfrentarse a las dictaduras (de Europa) con un programa esencialmente democrático burgués”⁴⁴, o sea, exactamente lo que el SWP hacía. El carácter oportunista e inconsecuente de la crítica de la TB revela que el problema estaba en otra parte: el morenismo temía ser sacrificado en el acercamiento entre la FLT (SWP) y la mayoría del SU. Y estimaba, al contrario, que las barbaridades cometidas por la dirección del SU (Mandel), justificaban su candidatura a la dirección de la IV Internacional.

Toda la discusión en el SU era de un oportunismo y burocratismo brutales. El SWP había llamado a disolver las fracciones, poniéndose de acuerdo con la mayoría de la dirección para considerar “históricos” los documentos de la polémica pasada (esto es, no sujetos a la discusión inmediata, y dejando que la historia resolviera

⁴³ “Déclaration de la Tendence Bolchevique”, *Documentacion Internationale*, n° 10, París, noviembre de 1976, p.4.

⁴⁴ Déclaration et Plate-Forme de la Fraction Bolchevique, 23/4/1979, p. 25.

las divergencias: esto después de haber afirmado, en 1975, que de haber existido guerra civil en Portugal, las dos fracciones del SU hubieran combatido en bandos opuestos). El morenismo pasó, en julio de 1978, de tendencia a Fracción Bolchevique justificando, en su plataforma, su ansia de control con argumentos como éstos: “La FB posee un centro con más de 10 permanentes, un local más grande que el del SU y un presupuesto de 10.000 dólares mensuales”.⁴⁵ Era la “Internacional de la plata dulce”: la FB reivindicaba para el PST argentino, bajo la dictadura, “más de 5.000 militantes, 18.000 con los simpatizantes”, cifras que pertenecían al dominio de la fantasía (nadie podía comprobarlas) pero útiles en la competición de aparato desatada en el SU.

La FB definió sus bases políticas en un largo documento de Nahuel Moreno (“La dictadura revolucionaria del proletariado”), resultado de la crítica a un documento de la dirección del SU: “Democracia socialista y dictadura del proletariado”. En este último se abandonaba el planteo marxista de que el Estado Obrero debe subordinar las libertades democráticas a la acción directa de las masas y al aplastamiento de la contrarrevolución (camino seguido por todas las revoluciones: desde la inglesa con Cromwell hasta la rusa con Lenin, pasando por la Revolución Francesa), en favor de una “dictadura proletaria” consistente en una extensión ilimitada de las libertades individuales, a cuyo respeto se debería subordinar el aplastamiento de la contrarrevolución. El documento del SU fue lanzado en pleno auge del “eurocomunismo”, cuando los PC europeos, justamente, abandonaban la “dictadura del proletariado” (hasta entonces conservada como una reliquia en sus programas): el SU caracterizaba el euro comunismo como progresivo y buscaba una convergencia con él.

Para Moreno fue fácil criticar al SU, preguntándole si concedería “libertad política ilimitada” al Sha, a Somoza y a Pinochet, en un proceso revolucionario. Según Moreno, las posiciones del SU estaban inspiradas en “el racionalismo francés del Siglo de las Luces”. Sin embargo, la “ortodoxia marxista” de quien era un apologista de la democracia burguesa en su propio país no podía pasar de una superficialidad. Moreno se dedicó a una apología de la burocracia, afirmando que en la URSS y estados satélites había más libertades y derechos democráticos que en Europa Occidental. “Dada la existencia del imperialismo, no bien el proletariado tome el poder tendrá

⁴⁵ Nahuel Moreno, *La dictadura revolucionaria del proletariado*, Bogotá, Ed. Pluma, 1979, p. 159.

que fortalecer su dictadura revolucionaria extendiendo la revolución, para lo que deberá fortalecer su Estado (en lo que) hay una coincidencia entre Stalin y Trotsky”⁴⁶, afirmaba Moreno, en lo que negaba redondamente a Trotsky, para quien “el estado, aparato burocrático, comienza a desaparecer desde el primer día de la dictadura del proletariado” (*La revolución traicionada*). Para Trotsky, el fortalecimiento del estado ejecutado por el stalinismo equivalía a un debilitamiento de la *dictadura del proletariado*, fenómeno que en la URSS había llegado al punto de la expropiación política de la clase obrera (dictadura burocrática).

Para rematarla, Moreno concluía defendiendo la democracia burguesa, no ya en la Argentina, sino en los propios países imperialistas. “No existe separación entre las dos instituciones (democracia burguesa y democracia obrera) desde el punto de vista de la movilización obrera. Es probable que por todo un período del proceso revolucionario, la defensa de la democracia burguesa, a causa de los prejuicios democrático-burgueses de las masas europeas, si la contrarrevolución imperialista se torna un peligro inmediato, sea un gran consigna de transición”⁴⁷. Justamente lo contrario del marxismo, o sea, de educar a la clase obrera en la desconfianza absoluta hacia la *democracia burguesa*, distinguiendo ésta de las *libertades democráticas* (“islas de democracia obrera en el estado capitalista”, según Trotsky). Para Moreno habría que haber luchado contra el fascismo (contrarrevolución imperialista) con un programa de defensa de la democracia burguesa: fue lo que hicieron los PS italiano y alemán, con los resultados conocidos. La FB se estructuraba así con un programa acabadamente contrarrevolucionario: defensa de la burocracia soviética y de la democracia burguesa.

Una discusión efectuada con métodos de aparato sólo puede acabar con una unificación o una ruptura burocráticas. La revolución nicaragüense llevó a que la segunda alternativa se concretara. La unificación CORCI-SU había llegado a un punto muy avanzado: un texto de dos páginas propuesto por Mandel (máximo dirigente del SU) había sido aceptado, con leves correcciones, por Lambert (máximo dirigente del CORCI) como un “texto de principios”; ¡dos páginas de formulaciones vagas y conciliadoras ponían fin a casi 30 años de división! Mientras tanto, Moreno veía naufragar sus intenciones de obtener mayoría en el XI Congreso del SU (1979) sobre la base de la

⁴⁶ Idem, *ibidem*, p. 121.

⁴⁷ *Declaración de la TCI ante la escisión en el SU y la formación del Comité Paritario*, 23/12/1979, pp. 7 y 9.

inflación del número de militantes de sus organizaciones, como en el caso del PST argentino, para obtener más delegados. Fue allí que los grupos morenistas de Colombia y América Central organizaron, en la fase final de la guerra civil nicaragüense, la Brigada Simón Bolívar, para combatir junto al FSLN: el dinero y los combatientes fueron juntados rápidamente sobre la base de la consigna única de “apoyar al FSLN contra Somoza”. Cuando la BSB llegó a Costa Rica para entrar en combate, la dirección del SU saludó a “nuestros primeros combatientes en Nicaragua”.

La BSB no llegó a entrar en combate. Su tardía llegada (Somoza caería pocos días después), su composición con elementos dudosos (producto del rápido e indiscriminado reclutamiento), y el hecho de que reivindicara “autonomía militar” respecto al FSLN (¿para qué?), llevaron al FSLN a “ponerla en cuarentena”. El único hecho militar de la brigada fue el secuestro de un dirigente del... FSLN, efectuado por un elemento aislado (y sumamente dudoso) que se encontraba en el frente Sur, y al que la BSB reivindicaba como propio. Con el FSLN en el poder, la BSB pidió permiso para dirigirse a El Salvador para liberar ese país (!). El FSLN decidió entonces poner a la brigada fuera de Nicaragua, a punta de pistola. El carácter grotesco de todo el episodio no impidió al morenismo armar un gran escándalo, y a Moreno presentarse ante el SU reclamando su solidaridad pública contra la proscripción del “socialismo revolucionario” en Nicaragua (el propio nombre de la brigada indicaba que no había sido expulsada por “socialista”). El SU se negó, en nombre del carácter “sectario” de la BSB (¡a la que el mismo había saludado!), y apoyando la línea del FSLN: constitución de un gobierno de alianza con la burguesía (Gobierno de Reconstrucción Nacional), línea que había criticado antes de la victoria del FSLN. La negativa dio a Moreno el pretexto para romper con él, sin pasar por la defensa, en minoría, de sus posiciones en el XI Congreso.

Todo esto puso en crisis la “unificación”. Lambert (CORCI) y la TLT (remanescentes europeos de la FLT que se habían negado a aceptar la “disolución” puesta por el SWP) se unieron a Moreno en un “Comité Paritario por la reorganización (reconstrucción) de la IV Internacional” (CP). ¿Sobre qué bases? El rechazo a la política del SU para Nicaragua: apoyo a la política del FSLN. Pero sobre ninguna base de principios: el CP no tenía ninguna línea para Nicaragua (fue incapaz de producir siquiera una declaración común al respecto) y ni siquiera estaba de acuerdo en la defensa de la BSB. El morenismo, obviamente, la reivindicaba totalmente; la TLT había afirmado que tenía una “apreciación extremadamente negativa” sobre ella; la

OCI (Lambert) hacia mutis por el foro. Se trataba de un bloque sin principios destinado a “corregir” la orientación del centro revisionista (el SU) sin romper con él, a pesar de estar fuera de su marco organizativo (hecho del que no se sacaba ninguna conclusión, pues si el SU fuera corregible, había que dar la batalla en sus filas). Estando en el SU, el bloque hubiera tenido que oponer sus *principios* a los de la dirección del SU (Mandel -SWP): el problema es que carecía de ellos. “El CP se constituye por referencia al SU, no sólo en el sentido de que es una adaptación a la crisis de esa organización, sino que toda su perspectiva es la del su regeneración... Con esta orientación, el CP se coloca de espaldas a las tareas de reconstrucción de la IV Internacional y descubre, incluso en relación a Nicaragua, que su intención es dar lugar a un bloque episódico, sin ninguna perspectiva política independiente”, afirmó la TCI⁴⁸. Como en 1951-53, la mayoría de las organizaciones que se oponían al revisionismo pablista se organizaban en un cuadro político que tenía como referencia su regeneración. La defensa de la BSB no podía ser una referencia, porque se trataba de una gran estafa política (y financiera) al mejor estilo Moreno. Una organización colombiana denunció la “patética mascarada de los ‘luchadores guerrilleros’ (de la BSB) a quienes no les fue permitido entrar en ninguna columna, vistiendo uniformes verde oliva, blandiendo sus absurdamente pequeñas pistolitas (jóvenes de 10 años del FSLN tienen rifles automáticos)... Moreno es famoso por sus estafas con el dinero de otra gente. Un creciente número de sindicatos y otras organizaciones han exigido saber que pasó con el dinero recolectado por la brigada. Después de haber recogido cientos de miles de pesos en nombre del sandinismo y la brigada. Este rechazo confirma lo que muchos han denunciado: ese dinero no fue empleado sólo para los gastos de la brigada, sino para el PST mismo”.⁴⁹ La maniobra pasó porque, cuando se recolectaron los fondos, la inmoralidad y el caradurismo de Moreno no eran aún conocidos en América Central.

De un bloque sin principios sólo podía salir una política... burguesa. La primera actividad del CP fue una declaración frente al golpe de estado en Bolivia (1980) en la que llamaba, no a la clase obrera boliviana e internacional a movilizarse contra los golpistas, sino “a los gobiernos que se dicen democráticos y en especial a los del Pacto

⁴⁸ Boletín Interno, n° 1 del PSR de Colombia, *Política Obrera*, n° 306, 18/1/80.

⁴⁹ J. Altamira y J. N. Magri, “Las Tesis del Comité Internacional” en *Internacionalismo* n° 3, agosto de 1981, p.32.

Andino” a no reconocer diplomáticamente al gobierno militar. Los “democráticos” incluían al gobierno yanqui, cuyo rechazo del golpe era saludado: ¡bonita manera de ocultar la complicidad del imperialismo y las burguesías latinoamericanas con el golpe! Como se sabe, el dictador García Meza no fue derrocado por el Departamento de Estado (cuyas maniobras democratizantes lo obligan, a veces, a ocultar sus lazos directos con la reacción) sino por una huelga general del movimiento obrero boliviano.

A pesar de todo, el CP convocó (diciembre de 1980) a una “Conferencia Mundial Abierta” de organizaciones trotskistas. La Conferencia “ni siquiera reunió a las organizaciones del CP, pues previamente fueron expulsados tres organizaciones de América Central (OST Costa Rica, OSI El Salvador, OSR Panamá) que constituían lo más importante de una de las fracciones del CP (la TLT). La razón de esta expulsión es que sostuvieron que el CP debía convocar a una real conferencia abierta, organizar una discusión amplia y democrática, y no desnaturalizarla con una reunión cerrada del CP, como lo impusieron el CORCI y la FB”.⁵⁰ La conferencia sólo fue “abierta”... al SU, que envió un representante que los trató casi como una banda de delincuentes políticos. La conferencia constituyó el “Comité Internacional de la IV Internacional” (CI), sobre la base de la adopción de unas “tesis” innecesaria e insoportablemente largas, que ya han sido objeto de una crítica detallada y demoledora⁵¹, y cuyo eje no era otro que el del revisionismo pablista: proclama que el trotskismo no tiene tiempo histórico para erigirse como dirección revolucionaria, tarea que se deja en manos del stalinismo y el nacionalismo pequeño-burgués, debiendo prepararse para una etapa histórica posterior (lo que significa abandonar la crítica al stalinismo, a la socialdemocracia y al nacionalismo, y pasar a convertirse en un apologeta del imperialismo, la burocracia y la burguesía). Sólo de este modo pudieron unificarse dos corrientes que habían sido enemigas históricas: Lambert (para Moreno, “un sectario incurable” y Moreno (para Lambert, “un oportunista incorregible”): “Lo que dominó las consideraciones del PST y la OCI fue que ninguno de los dos pudo obtener del SU el objetivo de aparato que era -para la OCI- absorber a la sección francesa del SU, y -para el PST - su control indisputado sobre las secciones latinoamericanas del SU. Así como la paz entre ciertos países se basa en que no tienen fronteras comunes, la asociación entre el PST y la OCI se debe a que, en sus países, no tienen

⁵⁰ Idem, *ibidem*, pp.32-50.

⁵¹ Idem, *ibidem*; p. 33.

organizaciones rivales (incidentalmente, esto se comprueba en las enormes dificultades que han tenido para unificar a sus secciones en Perú, Brasil y España”.⁵² Esa unificación nunca se produciría.

La poca importancia que hemos dado al análisis de las bases políticas del CI se debe a que el engendro desapareció a los nueve meses, y por razones tan burocráticas como las que presidieron su creación. El conflicto estalló cuando el morenismo, además de negarse a unificarse con los grupos del ex-CORCI (Lambert) en los países en que existía cierta paridad de fuerzas, pretendió mantener su propio aparato en Francia, “invasión de territorio” que Lambert consideró intolerable. Moreno realizó entonces la misma maniobra que en el SU: dar un barniz político a una ruptura burocrática. Acusó a la OCI de capitular ante Mitterrand y el Frente Popular en Francia, a lo que agregó posteriormente una divergencia sobre Polonia (debería haberse lanzado, y el CI no lo hizo, la consigna “Solidaridad al poder”). Si la acusación tenía una base real -la capitulación profunda de Lambert ante el gobierno Mitterrand, al que la OCI sostuvo desde antes de su elección⁵³ - ello no impedía que la crítica de Moreno no valiera nada, como ya fue analizado por la TCI⁵⁴, y que fuera realizada por quien, en su propio país, se caracterizó no por “capitular” sino por *integrarse* al Frente Popular (desde el “bloque de los 8” de 1974 hasta la actual Multipartidaria), y por *presentarse públicamente* como socialdemócrata (como ya hemos visto).

Si la crítica de Moreno a la OCI era oportunista, analizarla en detalle es doblemente fastidioso: 1) porque las posiciones de Moreno se caracterizan por su completo vacío teórico y principista; 2) porque, gracias a ello, Moreno sostiene, a veces hasta simultáneamente, las posiciones más opuestas sin que se le mueva un pelo (antiperonismo furibundo/integración en el peronismo, foquismo a rajatablas/aplausos a la represión militar contra la guerrilla, crítica a la socialdemocracia/apoyo de integración a la socialdemocracia, incluyendo

⁵² Al llamar a votar al PC y al PS francés, la OCI sostenía que se trataba de “la victoria de los trabajadores”, y no la del Frente Popular (Unión de Izquierda). Al llamar a votar a Mitterrand, afirmó que se trataba de “dar a Mitterrand los medios para gobernar contra el capital”, como si Mitterrand los hubiera pedido (el PS sostenía un programa totalmente capitalista).

⁵³ J. Altamira y J. N. Magri, “El desbande del CI., *Internacionalismo* n° 4, enero de 1982.

⁵⁴ J. N. Magri, “Una agencia del lumpen-proletariado”, *Internacionalismo* n° 4, enero de 1982, p. 55.

al PSD de “Norteamérico” Ghioldi). Si esto retrata una decadencia política que llega al plano moral, la crítica al morenismo no deja de ser imprescindible, a cada paso, no sólo porque se reclama (las más de las veces secretamente) del trotskismo, sino sobre todo porque las nuevas generaciones desconocen su trayectoria. PO en Argentina, y la TCI en el plano internacional, cumplen sistemáticamente esa tarea, que es la de la delimitación *orgánica* -y no ocasional- de una corriente revolucionaria. En el caso de la ruptura del CI, la duplicidad de Moreno asumió contornos escandalosos, dado que las orientaciones criticadas por Moreno para justificar la ruptura, él mismo las había votado favorablemente en la dirección del CI: luego de la ruptura, publicó unas “cartas personales” (dirigidas a Lambert) donde afirmaba lo contrario de lo que había votado. A este procedimiento inaudito se llegó en nombre del trotskismo. Como dijo J. N. Magri, “esto nos demuestra la duplicidad calculada de Moreno, que pone un huevo en cada cesta, actitud extrema que retrata al hombre sin principios. Moreno tiene una coartada lista, y esto retrata al delincuente... Una dirección que actúa así sistemáticamente, que siempre dispone de una coartada, que achaca a un compañero lo que fue la política capituladora de la dirección (apoyo al “bloqueo de los 8” en Argentina, NDA), que planifica con todo esmero el robo de miles de libros de obras de León Trotsky para luego venderlos por el mundo, una dirección que procede con esos métodos no es otra cosa que una cúpula bandolera carcomida por la inmoralidad y la corrupción. Es la actuación conciente de un aparato cuyo único interés es medrar con la duplicidad, el engaño y la mentira con el único fin de desarrollarse como parásitos. Es una agencia de lumpen-proletariado en el movimiento obrero”.⁵⁵

La OCI, que había denunciado públicamente andanzas prácticamente delinquentes de Moreno (robo de 50 mil libros a PO), se olvidó de esas acusaciones para unirse políticamente a su corriente: con la ruptura del CI, pagaba políticamente (y, al parecer, también financieramente: algún dinero del CI quedó con Moreno luego de la ruptura) su oportunismo.

En enero de 1981, una reunión internacional del morenismo constituyó la “Liga Internacional de los Trabajadores”, calificando que la ruptura del CI (del que Moreno había redactado el programa), sin embargo, era apenas un “error táctico”. Cómo se puede cometer un “error táctico” referido a los “principios” (estrategia) no es un problema para la “dialéctica” (duplicidad) de Moreno. En cuanto a los

⁵⁵ Ver *Correo Internacional*, n° 1 febrero de 1982.

extensísimos “principios” del “frente sin principios” (las “Tesis del CI”) se afirmaba que eran correctas (revolucionarias) pero incompletas, pues les faltaba una tesis sobre la socialdemocracia lo que había permitido a una corriente socialdemócrata (contrarrevolucionaria), la OCI, votarlas favorablemente. Cómo había sido posible para una corriente contrarrevolucionaria votar favorablemente unas tesis que se referían prácticamente a todos los problemas de la historia del movimiento obrero, salvo a la socialdemocracia, era otro misterio. Desde luego, la “tesis” sobre la socialdemocracia nunca fue escrita, salvo que se tenga por tal la actuación crudamente socialdemócrata del morenismo en Argentina.

Así culminó el proceso de “unidad de los trotskistas”: en su inicio, estaban agrupados en dos corrientes principales (SU y CORCI), al final había cuatro agrupamientos internacionales (SU, LIT, el CI lambertista y la TCI), sin contar varias organizaciones antes agrupadas internacionalmente que se perdieron en el camino. El camino de la unidad sin principios -sin una discusión clarificadora previa- había dado resultados peores que en 1963, creando una dispersión sin precedentes de las corrientes que reivindican al trotskismo y la IV Internacional, que habían experimentado un gran crecimiento desde 1968. Sólo la TCI criticó radicalmente ese proceso, combatiendo las ilusiones de quienes esperaban poder superar una división provocada por la lucha de clases con maniobras de aparato, y planteando el debate principista como condición para el reagrupamiento de la vanguardia revolucionaria internacional.

Capítulo VII

*De las Malvinas al FMI
(1982 - 2005)*

La guerra de las Malvinas

A principios de 1982, la bancarrota económica y política de la dictadura era total. El “parate” a las movilizaciones impuesto por la burocracia sindical y la Multipartidaria era su único balón de oxígeno, y esto le permitió lanzar nuevos golpes represivos: en febrero fue secuestrada y asesinada Ana María Martínez, militante del PST. En marzo, sin embargo, la presión popular impuso una convocatoria de lucha a la CGT: la jornada del 30 de marzo movilizó a la clase obrera de las principales ciudades, enfrentó a los manifestantes con la policía (el temor a la represión ya había pasado) y colocó al país al borde de un Cordobazo nacional. Es bajo estas condiciones que el Teniente General Galtieri anunció, dos días después, la ocupación de las Malvinas por las FFAA argentinas.

Política Obrera caracterizó de inmediato la situación: “La ocupación de las Malvinas por parte del gobierno militar ha dado lugar a una crisis internacional en que están involucradas las principales potencias imperialistas y plantea para los trabajadores y sectores antiimperialistas argentinos un conjunto de problemas que, si no se resuelven acertadamente, pueden esterilizar la larga y dolorosa lucha de nuestro pueblo contra la dictadura militar entreguista y contra el imperialismo. También se plantean importantes problemas para los obreros, y en especial para los revolucionarios, de las naciones imperialistas que nos oprimen -los Estados Unidos, Gran Bretaña,

Francia- de cuya correcta resolución depende que se desarrolle o no la causa del internacionalismo proletario.

“Lo primero que debe quedar en claro es que no basta la recuperación de un territorio que nos pertenece histórica y geográficamente y que se encuentra en manos imperialistas, para estar en presencia de una acción real de independencia nacional. Es evidente que ello depende de los fines que presiden ese acto de recuperación, así como de la política de conjunto del gobierno que lo efectiviza. Si la recuperación de las Malvinas es para cambiar de amo en el Atlántico Sur, o para resolver un litigio que obstaculiza la entrega de las riquezas de la región al capital extranjero, está claro que la acción tiene una apariencia antiimperialista, pero su proyección real es un mayor sometimiento al imperialismo.

“Argentina es una nación oprimida por el imperialismo; la cuestión de las Malvinas es un aspecto de esa opresión. Ante esta situación de conjunto, ¿cuál es la prioridad en la lucha de liberación?

“Hoy, el estado argentino que emprende la recuperación de las Malvinas está en manos de los agentes directos e indirectos de las potencias que someten a nuestra nación. ¿Qué alcance puede tener un acto de soberanía cuando el país que lo emprende (cuando no el gobierno que lo ejecuta) está políticamente dominado por los agentes de la opresión nacional? Se desprende de aquí que la prioridad es otra: aplastar primero a la reacción interna, cortar los vínculos del sometimiento (económicos y diplomáticos) y construir un poderoso frente interno antiimperialista y revolucionario, basado en los trabajadores. La prioridad de una real lucha nacional es quebrar al frente interno de la reacción y poner en pie el frente revolucionario de las masas”.

Planteando como prioridad, el combate contra el imperialismo sólo cambiaba la *forma* (los métodos) de la lucha contra la dictadura, ante la nueva situación política creada. En función de ese objetivo, se planteaba un programa de combate consecuente contra el imperialismo:

“1) Denuncia del intento de capitular ante el imperialismo, sea mediante una negociación entreguista (económica o política exterior), o mediante un retiro de tropas a cambio de la devolución gradual y condicionada del archipiélago.

2) Reivindicar la intervención de la propiedad de todo el capital extranjero que ya está saboteando o especulando contra la economía nacional.

3) En caso de guerra, extenderla a todo el país, atacando y confiscando al gran capital imperialista y, por sobre todo, llamar a los trabajadores a armarse.

4) Satisfacción inmediata de las reivindicaciones planteadas por los sindicatos y otras organizaciones de trabajadores, y satisfacción de los reclamos del movimiento de familiares y madres de los desaparecidos.

5) Impulsar la formación de un frente único antiimperialista, que impulse prácticamente este programa.”

El combate contra la dictadura en el terreno de la lucha antiimperialista hubiera sido incompleto sin un programa por la democratización del país, por lo que se culminaba afirmando que “sigue en pie la reivindicación de la democracia política irrestricta y una Asamblea Constituyente Soberana”.¹

Los revolucionarios de las naciones imperialistas -los trotskistas de las metrópolis- salvo excepciones, fallaron lamentablemente a la cita: baste decir que el CI (Lambert) y los argentinos del SU (que editaban, en Europa, la revista *Nuevo Curso*) sostuvieron una política de neutralidad en el conflicto, so pretexto del carácter reaccionario de los regímenes de Argentina e Inglaterra. El lambertismo planteó la consigna “ni Thatcher ni Galtieri”. Con esto no sólo olvidaban una enseñanza elemental del leninismo (apoyar a la nación oprimida en todo conflicto real con una nación opresora) sino la propia caracterización del imperialismo, como sistema de opresión de la mayoría de los países del planeta por un pequeño puñado de naciones imperialistas. El deber internacionalista de los revolucionarios de las metrópolis, particularmente de Gran Bretaña, no era sólo el de apoyar la reivindicación argentina, con independencia de su régimen de gobierno, sino enfatizar su política en la derrota de su propio imperialismo, como el mejor modo de abrir una vía de combate contra la burguesía de su propio país. En lugar de eso, prefirieron enfatizar la crítica a la dictadura de Galtieri cediendo con ello a la presión de su propia burguesía (que justificaría la agresión imperialista en el carácter “fascista” de la dictadura argentina) y colocándose, de este modo, en el campo de su propio imperialismo. Con esto se ve la profundidad del retroceso político de la vanguardia revolucionaria internacional, y del revisionismo en las filas del “trotskismo” mundial. “En caso de conflicto, estaré con el Brasil fascista de Vargas contra la Inglaterra democrática”, había dicho cierta vez Trotsky a

¹ “Malvinas: para luchar contra el imperialismo, ningún apoyo a la dictadura” en *Política Obrera*, n° 328, 5/4/1982.

un revolucionario argentino (Mateo Fosa): los trotskistas europeos ignoraron olímpicamente esa posición ampliamente conocida.

El PST argentino partió, en cambio, de un principio correcto: “Fiel a la tradición leninista trotskista, que apoya al nacionalismo de los países oprimidos -cualquiera que sea su régimen o gobierno- contra el imperialismo, la LIT proclama que luchará, en este caso, en el campo del gobierno argentino”.² Para ser precisos el principio leninista es el de apoyar la lucha de las *naciones* oprimidas, y no el *nacionalismo*, que puede llegar a ser tan mezquino y reaccionario como el de la dictadura argentina. Esta no sólo era una agencia del imperialismo, sino que concebía la “recuperación” de las Malvinas en un esquema de acuerdo con el imperialismo yanqui, que pasaría a usufructuar una posición privilegiada en el nuevo status semicolonial del archipiélago. Al no denunciar esto, el PST exageró el “antiimperialismo” de la dictadura. La consecuencia práctica de ello, y de toda la trayectoria anterior del PST, fue el llamado a la Multipartidaria (que a partir de la ocupación fue el eje del acuerdo nacional de apoyo a la dictadura) para que se movilizase y abriese sus filas al PST: la Multipartidaria consecuentemente prodictatorial, continuó negándose a luchar por la mera legalidad del PST (disuelto por la dictadura). El eje del PST fue contradictorio con una movilización independiente de las masas contra el imperialismo, la única que podía minar las bases de la dictadura y abrir una vía de combate total contra la agresión anglo-yanqui. Para suscitarla, había que marcar a fuego los objetivos de la dictadura y del frente burgués con la ocupación:

“El primer interés de la burguesía en suscitar la cuestión de las Malvinas es, por supuesto, paralizar a la clase obrera. Esto entraña un aspecto político general y otro aspecto de contraofensiva contra las últimas movilizaciones obreras, en particular. En lo general, se pretende suscitar un ‘gran acuerdo nacional’ con la activa participación de la camarilla militar, lo que era considerado imposible antes del conflicto. En el otro aspecto, se trata de paralizar todas las reivindicaciones obreras, primero en nombre del ‘esfuerzo de guerra’ y después en nombre de la ‘recuperación’.

En este plano se buscaría orientar el entusiasmo ‘nacional’ de sectores de la pequeña burguesía, para coaccionar a la clase obrera.

El segundo interés estaba planteado por la posibilidad, para un amplio sector de la burguesía, de imponer la llamada ‘economía de guerra’, es decir una intervención estatal que redujera las tasas de

² “Declaración de la LIT, 6/4/82” en *Correo Internacional*, n° 5, mayo de 1982.

interés y la competencia extranjera, así como un aprovechamiento de la mayor demanda del estado por causa de un conflicto. En una palabra, arrancar por esta tortuosa vía la ‘reactivación’, tan deseada desde 1975. El problema de la ‘economía de guerra’ ha provocado una aguda discusión dentro de la burguesía, precisamente porque se plantea transferir en beneficio de la burguesía agraria e industrial los superbeneficios hasta aquí obtenidos por el capital financiero. Un tercer interés es que un resultado favorable del conflicto, obtenido por medio de un compromiso con los yanquis, pudiera impulsar el desarrollo de una industria bélica.

Disciplinar a la clase obrera y ahogar sus reivindicaciones apremiantes; forzar una reactivación, obtener un más alto status internacional en acuerdo con el imperialismo; *estos* fueron y son los objetivos del capital nacional”.

Política Obrera fue además capaz de mostrar cómo, con independencia de las intenciones de la dictadura, la agudización del conflicto (producto del fracaso de aquella en obtener el apoyo yanqui para su planteo neocolonialista para las Malvinas) quebraría al frente burgués, en función de la presión del imperialismo y de la clase obrera:

“La agudización del choque entre Argentina y Gran Bretaña fue modificando las características de conjunto del conflicto, hasta entrarse en un estado de guerra controlado. Los objetivos del imperialismo yanqui no cambiaron en ningún momento durante la crisis, y ellos siguen siendo, precisamente, concluir como el principal beneficiario de un arreglo, en el que Argentina obtendría el reconocimiento de la soberanía a cambio de la cesión de derechos económicos y militares, que solo podrían ser aprovechados, no por el capital o el estado británico, sino por el imperialismo yanqui.

“Pero en la medida en que el imperialismo inglés tuvo que mandar la flota para salvar a la Thatcher (y al capital financiero que ella representa), así como para salvar la posición mundial del imperialismo inglés; y como la dictadura argentina no podía retirarse sin algún papel que tuviera estampada la palabra soberanía; la crisis internacional se agudizó, y Estados Unidos entendió que la vía más segura para controlarla era el apoyo directo a Gran Bretaña. A partir de la evidencia de que el compromiso con los yanquis estaba en peligro, todo un sector decisivo de la burguesía comienza a plantear la capitulación lisa y llana.

“Junto a la agudización de la crisis internacional, otro factor que fue modelando la actitud de la burguesía, fue el hecho de que no había una línea dura contra la clase obrera, sino que la dictadura se

limitaba a apoyar el trabajo de contención de la Multipartidaria y de la CGT. Es decir, que existía apenas una tregua momentánea, capaz de romperse en cualquier momento.

“La ausencia de medidas económicas intervencionistas, la liberalidad con la fuga de capitales (para mantener intactas las relaciones con el capital internacional) han provocado, a su vez, una situación de bancarrota insostenible, que ha acentuado la desconfianza de la burguesía en el curso que se imprimía a los acontecimientos”.³

Aquí estaba caracterizada la posición que paulatinamente irían asumiendo los Alsogaray, Frondizi y... Alfonsín. La política de la dictadura hacía necesario combatir toda ilusión en una victoria puramente militar. Tres días antes de la “batalla de Puerto Argentino”, *Política Obrera*, a diferencia de la campaña de mentiras de la prensa burguesa, analizaba claramente la situación:

“Las tropas británicas, a costa de las pérdidas señaladas, rodean el bastión final de Puerto Argentino. El mando militar promete resistir y transformar esta batalla en decisiva. ¿Pero se adoptan los medios para alcanzar la victoria? Se hace exactamente lo contrario. Durante dos meses los voceros militares se turnaron en las páginas de los diarios, en la radio y la televisión, para asegurar que el emplazamiento en las islas del archipiélago era inexpugnable. Se estableció, así, el argumento para una política de ufanismo y de apaciguamiento del imperialismo, en lugar de expropiarlo, armar a la nación y aliarse militarmente con las naciones que sostienen nuestra causa.

Primero, en las Georgias del Sur, luego en las Malvinas, la tesis de la inexpugnabilidad se hizo pedazos. A costa de pérdidas inglesas, pero se hizo pedazos.

Ahora, ante la inminente batalla por Puerto Argentino, la política de apaciguamiento del imperialismo, de desmovilización de la nación y de desmoralización de los aliados potenciales prosigue.

Costa Méndez rechaza la ayuda militar de Cuba y de Venezuela. Explica que no tenemos diferencias “ideológicas”, es decir, de principios, con el imperialismo, por lo que no se justificaría empeñarse hasta destruirlo. Sostiene que debemos seguir integrando el sistema de alianzas del imperialismo, precisamente el sistema que se ha movilizado para aplastarnos como nación. Este planteo en medio de la guerra es el planteo de la traición. Lo comparte la inmensa mayoría de los funcionarios de la dictadura, de sus aliados políticos directos y de la Multipartidaria.

³ “La burguesía y la dictadura traicionan las reivindicaciones nacionales” en *Política Obrera*, n° 329, 9/5/1982.

Pero en esta guerra hay un choque de principios -de lo contrario no se debió comenzarla. En última instancia, el principio que está en juego es el del derecho de una minoría de naciones burguesas imperialistas de explotar a la inmensa mayoría de las naciones burguesas oprimidas. Una victoria argentina en esta guerra es una victoria de la autodeterminación nacional, por tanto, de la abolición de toda forma de sometimiento nacional.

Los planteos de Costa Méndez en este momento crucial traducen los del conjunto de la dictadura. Se pretende ejercer una nueva presión sobre el imperialismo yanqui para que actúe de árbitro. Se hace 'tercermundismo' oratorio para chantajear al opresor del norte. Miret y Mallea Gil se fueron a Nueva York a ofrecer el retiro argentino 'sin humillación'. ¡Y esta gente tiene la responsabilidad de la 'batalla decisiva'!"⁴

La derrota, por lo tanto, no sólo no tomó a PO desprevenido, sino participando activamente de las movilizaciones antidictatoriales contra la traición nacional. En una declaración repartida el propio 15 de junio, se explicaban las causas de la derrota:

"Negativa a movilizar al país y a América Latina para un enfrentamiento total con el imperialismo. Esta negativa estaba sustentada en la búsqueda desesperada de un acuerdo con los EE.UU., como se evidenció en cada una de las etapas de este conflicto (misión Haig, etc.).

Sometimiento económico al boicot del imperialismo mundial. No sólo no se tocó ninguna de las empresas imperialistas, y se pagó y se prometió pagar pasase lo que pasase la fabulosa deuda externa contraída por la dictadura, sino que el capital extranjero recibió total salvaguarda y fabulosos subsidios.

Hambre, desocupación y represión para las masas trabajadoras. El imperialismo despidió y suspendió masivamente a los trabajadores, debilitando a la economía nacional y el gobierno militar no solo no toma ninguna represalia sino que reprime todo intento de las masas por organizarse y resistir a la agresión imperialista.

La ocupación del archipiélago fue una aventura que armó la dictadura para superar su crisis y su impasse, con la certeza de una fácil victoria. Creían que iban a terminar contando con el apoyo del imperialismo yanqui, a quien estaban dispuestos a entregar las riquezas y bases militares en las Malvinas. Y terminaron capitulando porque esta gente, por su naturaleza proimperialista, no podía movilizar a la

⁴ "La situación política en esta etapa de la guerra" en *Política Obrera*, n° 330, 12/6/1982.

nación en una guerra nacional contra el imperialismo. Todo el esfuerzo de la dictadura en estos dos meses consistió en paralizar todo intento de profundizar la movilización nacional contra el imperialismo y en buscar el favor de Reagan y Haig.

La capitulación actual tiene también impreso el sello del desesperado afán por arreglarse con los yanquis. Tratan de recomenzar las negociaciones en las Naciones Unidas y abrir un cuadro de recomposición de sus relaciones con el capital extranjero. La venida del Papa y el apoyo de Galtieri al mismo tuvo dos objetivos directos. Primero, ayudar a desmovilizar el sentimiento patriótico nacional pregonando la paz por sobre la soberanía. Segundo, buscar una paz con “honra”, que le permitiera salvar la ropa al régimen y reanudar sus lazos con el imperialismo.

Toda la clase burguesa acompañó a muerte esta política de apaciguamiento y capitulación frente al imperialismo. La Multipartidaria, los Contín, Bittel, Frondizi y cía. dijeron una y mil veces que apoyaban todo lo actuado por las fuerzas armadas. Ninguno planteó la necesidad de un enfrentamiento nacional (expropiación, moratoria de la deuda, etc.) contra el imperialismo. La Multipartidaria de partidos burgueses es cómplice total del gobierno en la actual capitulación”.⁵

El desastre de las Malvinas planteó la caída de la dictadura. Si ello no se produjo de inmediato, las causas están no sólo en la ausencia de una dirección centralizada e independiente de las masas, sino también en el trabajo de contención realizado por la Multipartidaria y la burocracia sindical. La máxima movilización post-Malvinas, el 16/12/82, cuando centenas de miles salieron a la calle reclamando la caída de la dictadura, fue cerrada por la dirección de la Multipartidaria con el depósito de una ofrenda floral en Plaza de Mayo: el combate posterior de miles de manifestantes contra la represión no tenía perspectivas, pues las direcciones mayoritarias se habían ido, para refugiarse en la espera del calendario electoral. Hay que llamar la atención sobre el hecho de que una de las principales movilizaciones del periodo, la Marcha por la Vida llamada por Madres de Plaza de Mayo y Familiares de Presos y Desaparecidos por Razones Políticas, “contó” con la ausencia del PST, que dio orden de no ir, boicot a la lucha antidictatorial que hasta hoy no ha sido explicado,

En noviembre de 1982 se realizó el III Congreso de PO, que aprobó un extenso documento sobre la situación política y del movimiento obrero. En su informe introductorio, J.C. Crespo definió las grandes líneas de la situación y de la futura intervención de PO:

⁵ ¡Miserable capitulación, fuera la dictadura!, declaración de PO, 15/6/82.

“La crisis, aún sin solución, dentro de la burguesía, terminó por inviabilizar al régimen militar comprometido con el fracaso económico y responsable de un desastroso choque con el imperialismo. Esto obligó a una legalización concedida de los partidos burgueses y a un plan que prevee un próximo régimen constitucional de características inciertas. El propósito es primero potenciar a los partidos burgueses para que estos trabajen para el desvío de la movilización, subordinando las reivindicaciones sociales y democráticas a la promesa del voto, explotando las ilusiones y la confusión de un amplio sector de las masas. Segundo, preparar la cesión del poder político a esos partidos como garantes de la continuidad de la casta de oficiales y de los compromisos con el imperialismo.

Se trata de una contraofensiva de los explotadores que busca poner un límite al proceso de descomposición actual y reestructurar al estado burgués. Se trata de una maniobra tremendamente vasta, que se deriva del hecho de que los partidos burgueses y obrero oportunistas se organizan de acuerdo a este proceso y de que el proletariado no tiene aún dirección política como para revertir la ‘institucionalización’ tomada en su conjunto. Definimos nuestra tarea considerando la maniobra abierta y llamando a intervenir en el terreno planteado por la burguesía pero vigilando atentamente el desarrollo del movimiento de las masas por lo agudo de la crisis.”⁶

El proceso electoral: el Partido Obrero

En función de ese análisis, PO definió, en diciembre de 1982, su intervención en la nueva etapa política, que planteaba la obtención de la legalidad y la intervención en el proceso electoral. La lucha bajo la dictadura había forjado una organización de varias centenas de militantes, cuya nota principal en relación a la de los años 70 era la de estar compuesta en un 70% de obreros y militantes sindicales. Esa organización se lanzó a la lucha por la legalidad para el *Partido Obrero*, defendiendo así esa tarea:

“Un partido obrero es tal cuando es el resultado de la actividad del proletariado consciente y cuando su programa formula las aspiraciones de la clase obrera como clase, frente a la burguesía. Los revolucionarios que militan por la constitución de un partido obrero tienen que saber adaptarse a esta tarea que se realiza con obreros que despiertan a la conciencia de clase, debiendo traducir al lenguaje y

⁶ J.C. Crespo, “La política de los trotskistas argentinos” en *Internacionalismo*, n° 6, enero de 1983, p.4.

al desarrollo de estos la estrategia revolucionaria elaborada en casi doscientos años de lucha proletaria mundial. Esa estrategia se resume así:

1) conquista de la democracia (liquidación de la dictadura, Asamblea Constituyente), gobierno obrero (destrucción del estado burgués) y expropiación del capital; 2) independencia de clase contra los frentes colaboracionistas, por el frente revolucionario contra el imperialismo; 3) solidaridad con los pueblos oprimidos y acción conjunta del proletariado mundial; sostenimiento de la causa de la revolución política contra la burocracia obrera estatal contrarrevolucionaria; 4) militancia en el seno de las organizaciones de las masas y apoyo a todas las guerras nacionales contra el imperialismo 5) por los Estados Unidos Socialistas de América Latina; 6) construcción de una Internacional proletaria.

Se hace necesario formular esta estrategia en términos que permitan llevar a la militancia política a centenares y miles de obreros que hoy ocupan un puesto de vanguardia en el seno de la clase. Esto plantea un compromiso político entre las diversas vertientes que concurren a formar el partido obrero, compromiso que tiene como base la independencia del proletariado. Es necesario llamarlos a formar un partido obrero y a que consideren esta tarea como propia. No menos importante es explicar (y en ese sentido desplegar una enérgica propaganda) a los militantes de los partidos que se consideran obreros o socialistas, que éstos, por su programa y estrategia, son burgueses, ya que cualquiera sea su verbogracia socialista no plantean la conquista del poder por el proletariado y presentan las reivindicaciones democráticas dentro de los límites de la 'institucionalización', y esto cuando no lo hacen siguiendo la línea intervencionista del imperialismo bajo la máscara de los 'derechos humanos' (los yanquis controlan, así, a los recambios civiles que obligadamente se producen en América Latina). Todo un aspecto de la lucha por un partido obrero es ganar a los militantes que siguen a esos partidos.

La conquista del terreno legal para una organización que aglutine a los actuales militantes revolucionarios y a nuevos sectores del proletariado y de la juventud no termina de cristalizar la construcción de un partido obrero, pues aún en estas condiciones sigue planteada la lucha por la independencia de clase de la enorme mayoría de la clase obrera, por la ruptura del proletariado con el nacionalismo burgués peronista. Llamamos a construir un partido obrero que tenga por consigna la construcción del partido obrero.

La lucha por un partido obrero no se plantea teniendo por mira exclusivamente una posibilidad electoral, que es lo que ocurre con

los oportunistas, sino que su finalidad es la organización de la clase políticamente, en todos los terrenos y en estrecha conexión con la lucha diaria de las masas. Un aspecto fundamental es el trabajo en los sindicatos. Es por esto que hay que construir agrupaciones sindicales que luchen por el partido obrero -la misma tarea se plantea para la juventud”.

La lucha por el partido obrero tomaba en cuenta tanto las características inmediatas de la coyuntura política, como los rasgos más generales del período:

“La lucha por el partido obrero debe tener en cuenta el desarrollo concreto de la clase obrera. No existen en la actualidad fenómenos como Sitrac-Sitram o Villa Constitución que pudieran actuar como un factor de centralización en esa lucha, en el caso de que sus direcciones políticas tuvieran la voluntad de hacerlo (lo que en 1971/74 no ocurrió). Hoy el principal factor de centralización es el desarrollo gestado en la vanguardia obrera por el propio partido revolucionario en los últimos seis años y la incipiente aparición de agrupaciones y comités que como en el caso de ferroviarios, juegan un rol fundamental, y chocan con, y se diferencian de, los agentes burocráticos en los sindicatos. Es por aquí que pasa la primer fase de desarrollo.

Esta constatación de hecho no agota, sin embargo, la cuestión. Que estemos en una situación que tiene como uno de sus rasgos más importantes la contraofensiva política democratizante del Imperialismo y de sus socios nativos, y el planteamiento de una lucha de características legales y, eventualmente, electorales, no implica que se desconozca que esta situación se inscribe en un período más general de tipo revolucionario, de profundas convulsiones y de bruscos y acentuados virajes políticos. Quien no se prepare para la perspectiva de esta lucha encarnizada, incluso para la guerra civil no es simplemente un no-revolucionario sino un ingenuo. Jaruzelski, García Meza, Pinochet están siempre en precalentamiento para entrar al campo en la forma más sorpresiva y cínica”.⁷

El combate por la legalidad para el PO obtuvo un éxito rotundo, pese a todos los obstáculos impuestos por la justicia electoral de la dictadura, y a que los medios financieros de la campaña provenían exclusivamente del trabajo militante (a diferencia de los partidos burgueses, beneficiarios de generosas “donaciones” empresariales). Luego de obtener las firmas necesarias para el reconocimiento legal, se inició la campaña por el reconocimiento electoral: las 65 mil

⁷ “La nueva e importante tarea de los revolucionarios” en *Política Obrera*, n° 334, 6/11/1982.

afiliaciones fueron superadas. La exigencia de reconocimiento en 5 provincias también: el PO obtuvo legalidad electoral en 14 provincias, y presentó 3.000 candidatos, en su enorme mayoría activistas obreros. Lanzó la fórmula electoral Gregorio Flores (histórico dirigente del Sitrac clasista de Córdoba)/Catalina Guagnini (dirigente de Familiares de Detenidos y Desaparecidos); entre otros destacados dirigentes clasistas, las listas del PO estaban compuestas por Ricardo Corvalán (dirigente de FOTIA Tucumán), Sergia Aibar (dirigente de Familiares), J. C. Rath (dirigente de la huelga del SMATA Córdoba en 1970), Ernesto Guerrero (dirigente de la huelga de El Chocón ese mismo año, ex-PC), Claudio Kohan (dirigente de la huelga de Volkswagen de 1982), Ramón Espinoza y Alberto Vidal (dirigentes obreros candidatos a gobernadores de Santa Cruz y Neuquén), Nelly Bianchi (Madre de Plaza de Mayo) y muchos otros. La campaña del PO no tuvo un carácter electorero, sino de preparación y proyección del combate independiente de la clase obrera, y de denuncia de las direcciones burguesas. A la pregunta de un matutino (“De cada 10 argentinos, 8 votarán por la UCR o el PJ. Conociendo sus propuestas, ¿cuáles cree serán los avances y retrocesos económicos en el próximo periodo democrático?”) respondió: “No importan tanto las propuestas de esos partidos sino su carácter patronal. Las propuestas tienen elevado nivel de demagogia, lo que decide es que son partidos burgueses y que se doblegarán y adaptarán a las necesidades y tendencias generales de su clase y a las presiones del imperialismo. El próximo gobierno vendrá a sustituir a éste en la eficacia para aplicar el plan del FMI. El próximo periodo democrático no tendrá un carácter ascendente sino que será el terreno de una aguda confrontación social. El próximo gobierno burgués será incapaz de emancipar las fuerzas productivas de la traba del imperialismo y esto agravará el caos y la desintegración económica. El destino de la independencia nacional y de la democracia dependerá de que esa experiencia el proletariado emerja como dirección de la nación oprimida.”⁸

El PO basó su acción en una “Declaración de Principios” claramente socialista revolucionaria, que, al considerar los problemas emergentes del dominio imperialista y del agotamiento del capitalismo a escala mundial, constituyó una superación de la única plataforma electoral principista planteada por un partido obrero hasta entonces (la declaración de principios del PS en 1896). Al mismo tiempo, la consideración de los problemas regionales de manera sistemática, y de los problemas políticos emergentes de la

⁸ “El PO y el parlamentarismo” en *Prensa Obrera*, n° 23,7/7/1983.

campana electoral (federalismo, republicanism, etc.) elevaron cualitativamente la intervenci3n poltica del trotskismo revolucionario. El programa de reivindicaciones planteado en la Plataforma Nacional (setiembre de 1983) materializ3 la intervenci3n revolucionaria en las elecciones:

“A) Por el desmontamiento de la dictadura militar.

1. Aparici3n con vida de los detenidos-desaparecidos. Investigaci3n del genocidio cometido, de los asesinatos, detenciones seguidas de desapariciones, saqueos y torturas a cargo de una comisi3n de parlamentarios, Madres y Familiares y representantes obreros y estudiantiles. Castigo a los culpables. Libertad irrestricta de organizaci3n poltica.

2. Investigaci3n, incluyendo a representantes de los soldados ex-combatientes, de la guerra de Malvinas.

3. Investigaci3n de las responsabilidades por el golpe de 1976. Castigo a sus responsables. Nacionalizaci3n de los grupos econ3micos que financiaron e instigaron el golpe militar.

4. Revisi3n integral de la legislaci3n dictatorial y anulaci3n de sus efectos jur3dicos.

5. Desmantelamiento de todos los organismos represivos y de inteligencia interna.

6. Remoci3n de los jueces colaboradores con la dictadura. Juicio poltico a los jueces y a los funcionarios jerárquicos de la burocracia estatal.

B) Por la conquista de la democracia poltica.

1. Libertad a todos los presos polticos. Retorno a los exilados.

2. Elecci3n por sufragio universal de los jueces, funcionarios del estado y jefaturas polticas de las fuerzas armadas. Revocabilidad de los mandatos p3blicos. Salario no mayor al de un obrero especializado. Supresi3n de todo tipo de beneficios extraordinarios a ex-funcionarios civiles y militares.

3. Derecho no s3lo a elegir, sino tambi3n a ser elegidos, para los mayores de 18 a3os.

4. Extensi3n de los principios de la democracia a las fuerzas armadas. Derechos polticos y sindicales para soldados, suboficiales y oficiales. Servicio militar de tres meses para todos. Salario para los soldados. Investigaci3n y drástica reducci3n de los presupuestos militares.

5. Reemplazo del sistema del ej3rcito permanente por un sistema de participaci3n universal de la poblaci3n, para garantizar la independencia nacional.

6. Posibilidad de legislación popular directa, por medio del derecho de iniciativa, de veto y de petición de referendium.

7. Prohibición de toda ingerencia estatal en los sindicatos.

8. Separación de la Iglesia del estado. Supresión de todos los gastos públicos con fines religiosos o eclesiásticos.

9. Abolición de todas las leyes que pongan a la mujer en inferioridad con respecto al hombre (por ejemplo, patria potestad). Derecho al divorcio. Acceso gratuito a los medios anticonceptivos y derecho al aborto gratuito.

10. Abolición de la censura, libertad de prensa y difusión. Nacionalización, bajo control obrero, de los medios de impresión, y cesión gratuita para todas las organizaciones políticas, sociales, culturales y gremiales. Cesión de canales de televisión, estaciones de radio a las mismas organizaciones.

11. Autonomía y cogobierno universitarios. Ingreso irrestricto. Ingreso a la Universidad para los trabajadores adultos. Derecho a la enseñanza hasta los 18 años. Enseñanza estatal única, laica y gratuita.

12. Convocatoria de una Asamblea Constituyente soberana y democrática. Asambleas constituyentes en todas las provincias, para poner en vigencia los principios federales y la autonomía de los municipios.

C) Poner fin a la miseria y la catástrofe económica.

1. Salario mínimo equivalente al costo de la canasta familiar (incluidos los trabajadores agrícolas y domésticos). Indexación de los salarios. 82 por ciento móvil para los jubilados. Reincorporación de los despedidos. Reparto de las horas de trabajo entre la totalidad de los trabajadores sin afectar los salarios. Censo e inmediata ocupación de las viviendas vacías. Condonación de las deudas hipotecarias. Vigencia del Estatuto del Docente. Medicina gratuita, estatizando los servicios médicos, hospitalarios y clínicos, y la elaboración de medicamentos, bajo la dirección de los trabajadores. Educación gratuita, eliminación de la arancelización. Abolición de los impuestos que gravan el consumo popular y su sustitución por un impuesto progresivo a las grandes fortunas. Cesión de las tierras ocupadas en villas de emergencia y asentamientos.

2. Cese del pago de la deuda externa hasta su completa investigación. Eliminación, con ese fin del secreto comercial; apertura de los libros de las grandes empresas. Control obrero de la producción. Elección de comités de fábrica.

3. Nacionalización de la banca y establecimiento de un sistema de contabilidad nacional. Por el abaratamiento del costo de vida:

nacionalización de los monopolios y del comercio exterior y mayorista. Nacionalización de la tierra y fomento de la cooperación de chacareros y campesinos...

4. Vigencia de las 6 horas para el trabajo insalubre. Restitución de los aportes patronales jubilatorios. Vigencia efectiva de la jornada de 8 horas. Prohibición del trabajo industrial para los menores de 18 años; derecho de los jóvenes al trabajo educativo, con el cobro de un salario.

D) Por la independencia y democracia sindicales.

1. Normalización de los sindicatos por medio de asambleas generales. Mandato de un año para los cargos sindicales. Revocabilidad de mandatos por asamblea. Control obrero de los fondos sindicales. Por una CGT única elegida por un congreso de delegados de fábrica. Derecho sindical a veto contra los despidos. Inmunidad de los delegados sindicales. Vigencia de la soberanía sindical expresada en asamblea contra los arbitrajes obligatorios del estado. Sueldo de dirigentes sindicales rentados no mayor al salario que percibían en su lugar de trabajo. Retorno periódico de los dirigentes sindicales rentados a sus lugares de trabajo.

E) Por la independencia nacional y la unidad antiimperialista de América Latina.

1. Confiscar la propiedad imperialista británica.

2. Denuncia del tratado interamericano de Río de Janeiro. Separación de los agregados militares imperialistas.

3. Defensa incondicional de la revolución centroamericana contra la agresión yanqui.

El PO pronosticó con bastante antecendencia el aplastamiento electoral de la izquierda y la probable victoria del alfonsinismo (preanunciada por su victoria en las elecciones universitarias de mayo-junio de 1983). Poco después, el PO analizaba así:

“... tenemos los partidos genéricamente llamados de izquierda. Todos estos partidos, casi sin excepción, levantan programas que plantean ataques más o menos profundos contra el capital extranjero. Esto los diferencia claramente, en otro bloque, de los grandes partidos patronales. Pero lo que los une a ellos es la voluntad expresa de querer formar un frente nacional’ o ‘democrático’ con esos partidos, o con uno de ellos, subordinando sus propias reivindicaciones antiimperialistas a la política de compromiso de aquellos partidos con el imperialismo.

La gravitación de los dos principales partidos de la gran patronal nacional se debe, en una gran medida, a la completa falta de independencia de la izquierda en relación a aquellos. La explicación de

esto es que la izquierda sigue aferrada a una situación política pasada, en la que el peronismo era, aunque no el impulsor, al menos el canal de grandes movimientos populares. La izquierda está convencida de que la historia se repite y quiere estar lo más cerca posible del próximo gobierno, que supone será peronista. Asimismo, la izquierda cree que la crisis económica mundial es un fenómeno pasajero, o que en los intersticios de la crisis mundial hay una salida (por ejemplo, comerciando con el Este). A partir de aquí alberga grandes ilusiones en la democracia constitucional, con la sola salvedad de que 'los sectores democráticos estén unidos'. Toda esta forma de pensar traduce la situación de la pequeña burguesía que no pierde la esperanza de reencontrar una ruta de progreso y de democracia en el cuadro político tradicional, y que no concluye por convencerse de la necesidad de pasar a una lucha revolucionaria junto a la clase obrera".⁹

"Cuando se dice que las elecciones del 30 de octubre habrán de ser polarizadas por los peronistas y los radicales, lo que realmente se está diciendo es que esos dos partidos han sabido realizar un reagrupamiento de fuerzas en torno suyo. Una parte de ese reagrupamiento les viene de la posición mayoritaria que tenían en el pasado, pero si se limitaran a eso serían, probablemente, derrotados. Es lo que pasa con el peronismo, que no es capaz de ofrecer una alternativa nueva, de modo que sus chances consisten en que aún les alcance el capital político del pasado. Alfonsín es diferente: no representa la tendencia tradicional del radicalismo y ha sabido colocarse en un primer plano mediante un audaz planteo de reagrupamiento del imperialismo y de la oligarquía, de un lado, y de la clase media democrática, del otro. Si el conjunto de la izquierda, que se reivindica a sí misma como antiimperialista, no es una alternativa, ello se debe a que no ha sabido ofrecer un reagrupamiento político propio al conjunto de la juventud antiimperialista, a la masa antiburocrática del proletariado y a los sectores intermedios profundamente rebelados contra el terrorismo de Estado, sea peronista o militar.

Lo que se desprende de esta situación es que la izquierda puede ser electoralmente aplastada el 30 de octubre por su seguidismo a los partidos comprometidos con el imperialismo. El 'autonomismo' de que hacen gala algunas fuerzas, que dicen querer verificar su electorado en las urnas, no es más que seguidismo político, si se tiene presente que pretenden llegar al colegio electoral para votar al radicalismo o al peronismo, o a la primera minoría cualquiera ella sea. ¿Dónde

⁹ *Prensa Obrera*, n° 24, 14/7/1983.

está aquí la independencia política que se alega para no formar un frente antiimperialista?

Un mínimo sentido de autodefensa le dicta a la izquierda, e incluso a las direcciones de sus partidos, la formación de un frente común. En este caso aparecerá como una alternativa política de masas. La homogeneización política del frente antiimperialista a través de un programa y métodos de lucha, planteará una cierta desintegración de los principales partidos patronales y el desarrollo de un nuevo reagrupamiento de fuerzas en torno a la izquierda".¹⁰

El MAS, en cambio, realizó una campaña basada en el exitismo electoral, por lo que los poco más de 40 mil votos que recibió fueron una frustración en relación a las expectativas, y un severo retroceso en relación a los 180 mil obtenidos en 1973 (con un electorado numéricamente inferior), número que se pensaba superar con las nuevas alianzas (más la derecha) realizadas. El electoralismo y el exitismo son incompatibles con la lucidez del análisis político.

Para el PO, su votación en torno de 20 mil votos no fue una sorpresa y aun exigua fue un progreso absoluto en relación a su ausencia en 1973 (el PO fue la única corriente política nueva en 1983). Los propios análisis realizados durante la campaña le permitieron sacar rápidamente un balance de las elecciones, del fracaso de la izquierda y de su propia votación:

"La izquierda esperó durante varias décadas ser la heredera natural de la declinación del nacionalismo burgués, y a la hora de la verdad no ha podido retener su propio caudal electoral. Pero, cuidado, bajo la rúbrica general de izquierda se esconde una realidad contradictoria, y las responsabilidades políticas son diferentes, incluso contrapuestas.

El PC y la izquierda peronista fueron el bloqueo más grande para los trabajadores que buscaban una alternativa revolucionaria al derechismo y descomposición del justicialismo. Llamaron a votar al peronismo y a Iglesias, e incluso hicieron una campaña destinada a demostrar el carácter revolucionario de los derechistas. No tuvieron empacho en montar una provocación verbal contra todos los que se oponían al derechismo, es decir, que votaban por Alfonsín como un mal menor. Ayudaron a que muchos trabajadores peronistas no rompieran con los candidatos derechistas, aunque los afiliados del PC y de la izquierda peronista no hayan seguido a la propia dirección. Sin el apoyo del PC y de la izquierda peronista a Luder e Iglesias, la pérdida de votos del *peronismo* hubiera sido mayor. Pero también

¹⁰ *Prensa Obrera*, n° 25, 21/7/1983.

empujaron a sectores enteros al alfonsinismo, precisamente por el rabioso apoyo que daban a la derecha peronista. Tanto el PC como la izquierda peronista tenían la certeza de que el triunfo del peronismo era fatal, es decir, que iba a reunir a los grandes y viejos batallones. Procuraban insertarse en esa realidad para disputar los despojos de la crisis que enfrentaría un futuro gobierno peronista. Como aparatos burocráticos y pequeño burgueses, el PC y toda la izquierda peronista se plantearon la conquista de las masas por medio de la maniobra, insultando la inteligencia de los trabajadores. Estas dos fuerzas (y el FIP y los maoístas) representaron el ala 'izquierda' del planteo regimentador de una de las fracciones del imperialismo.

El otro ala fue constituida por el PI y el MAS, que, a pesar de sus grandes diferencias, hicieron un planteo de democratismo formal y electorero. El alendismo no representó nada diferente al alfonsinismo, ni en planteo político ni en base social.

El PI no tuvo los medios, ni la posibilidad, ni la audacia de Alfonsín, para presentarse, él, como recambio democrático. El MAS, como nos lo aseguró en las reuniones frentistas (ver folleto *Por qué fracasó el frente PO-MAS*, Ediciones Prensa Obrera, 1983) estaba convencido de que con 500 locales sacaba un diputado por la provincia de Buenos Aires y este objetivo lo ponía por encima de cualquier otro. El llamado al frente socialista no tenía otro significado que apuntalar las posibilidades electorales del MAS, como se demostró en las discusiones frentistas promovidas por el PO. En un principio la muletilla electoral del MAS fue el socialismo 'democrático' (a lo Felipe González) luego la deuda externa (a lo Celso Furtado). Pero nunca planteó la vía para un reagrupamiento político capaz de derrotar a las candidaturas patronales. Fue un planteo burgués de pies a cabeza. Lo común en el conjunto de esta izquierda es su atadura a esquemas políticos pasados (vigencia del peronismo, vigencia del democratismo formal), por eso han dejado pasar el viraje de los trabajadores, que concluyó por ahora en el alfonsinismo. Nuestro partido planteó toda una campaña por el frente antiimperialista de toda la izquierda, como una vía para romper el monopolio político de la campaña electoral por parte de las variantes del imperialismo. No sólo esto demostró que había que darle fisonomía política a una tendencia de masas efectivamente existentes, que de lo contrario sería aplastada (y éste ha sido, sin duda, uno de los pronósticos que los hechos han confirmado con toda nitidez). La ausencia de un frente de izquierda permitió la llamada 'polarización', o mejor dicho el pasaje en masa de los descontentos del peronismo al alfonsinismo, y el congelamiento de muchos trabajadores peronistas en sus viejas

posiciones. La renuencia al frente político antiimperialista fue un rechazo al método de la movilización política, pues es evidente que el impulso a la movilización de masas en una campaña electoral, depende de que se plantee una alternativa de gobierno, a corto plazo. La izquierda, que en ningún caso tiene una base revolucionaria, no quiso agudizar las divergencias políticas con los partidos burgueses sino aplanarlas. Tenían en vista la futura colaboración constitucional y de clases, antes que la necesidad de conquistar a las masas mediante una enérgica acción política.

La totalidad de los partidos de izquierda perdieron votos en relación a 1973, a pesar de que el electorado creció en un 30 por ciento. Ese retroceso llegó, en la mayoría de los casos, a un 50-60 por ciento. Con excepción del PI, todos los partidos de izquierda que habían participado en las elecciones del 73, sacaron un número de votos inferior a las afiliaciones (incluido el PC). Los ínfimos resultados electorales del Partido Obrero se inscriben en la situación política general de estas elecciones y de la izquierda. Pero a diferencia del conjunto de la izquierda, el PO no tenía un asiento electoral previo (no participó en 1973) y fue el último partido reconocido, al punto que su campaña electoral recién comenzó a principios de octubre. Desde ya que fue el partido que intervino con menores recursos económicos. Por menor que haya sido la votación recibida por el Partido Obrero, el conjunto de la campaña electoral representó para nosotros un progreso (número de militantes, extensión nacional, difusión de posiciones, conquista de la legalidad); para el resto de los partidos de izquierda fue un retroceso respecto a 1973. Esto es muy claro en los casos del PC y de la izquierda peronista. En relación al PI, su desastre electoral parece compensarse con el crecimiento de sus afiliados, pero la tendencia política de éstos los pone en abierto choque con la dirección del partido. Por el lado del MAS, su avance en el número de locales abiertos no se refleja en mayor número de militantes, en relación al 73-75, ni en mayores votos, ni en mayor homogeneidad políticas.

El Partido Obrero obtuvo, para presidente, sólo un tercio de votos en comparación a las afiliaciones, y la mitad si se considera la votación para diputados. Pero en relación al número de compañeros que participaron en las elecciones internas (6.500) se llega a una relación aproximada de 4,5-5 votos por afiliado. El porcentaje de votos en todo el país fue homogéneo, pero se destacan por arriba del promedio Tucumán, Santa Fe, Neuquén y el gran Buenos Aires. El partido sólo pudo ejercer un control del recuento de votos en menos del 5 por ciento de las mesas electorales.

El Partido Obrero se destacó, durante todo el proceso, por la crítica sistemática a las ilusiones electorales, y señaló con mucha anticipación y reiteración, que su performance electoral iba a ser magra. Definió su participación en las elecciones en términos de propaganda política de su programa y de su pronóstico sobre la inevitabilidad de la frustración de las ilusiones constitucionales. Fue el único partido que convocó el reagrupamiento de clase del proletariado en un partido propio, y a la unidad del frente antiimperialista. Es por eso que los malos resultados electorales no se han contradicho con los pronósticos de nuestro partido, y mucho menos con la estrategia política para la cual trabajan todos nuestros militantes y dirigentes. Todo el partido tiene la certeza de que, si bien sufrió las consecuencias de la impasse electoral de la clase obrera entre dos alternativas patronales, una gran parte de los trabajadores prestó mucha atención a la campaña del PO -lo que significa la base del desarrollo futuro.

El Partido Obrero estructuró su intervención electoral no sólo en torno a una plataforma reivindicativa, sino a un planteamiento estratégico: la inevitabilidad del fracaso burgués, la emancipación nacional sólo es posible bajo un gobierno obrero y de los trabajadores, la clase obrera tiene que construir su partido. Al actuar así ya estábamos previendo el carácter minoritario, y aún marginal, de nuestra votación, por eso nos interesaba la recepción de nuestros planteos estratégicos”¹¹

En diciembre, el PO realizó una Conferencia Nacional, analizando la nueva situación política y definiendo las principales tareas de la etapa:

“Régimen constitucional no es sinónimo de democracia política, ni mucho menos de independencia nacional. El régimen constitucional cobija a la policía, el ejército y a los curas, en tanto que la vigencia de la soberanía nacional significaría dismantelar los aparatos represivos y armar a los trabajadores. El sistema constitucional también sirve al imperialismo, en tanto lo pueda aprovechar para paralizar a los trabajadores.

A diferencia de todos los otros partidos de la izquierda, el Partido Obrero no pugna por ‘corregir’ la línea del gobierno, ni le da un ‘apoyo crítico’. Se trata de un gobierno ‘incorregible’, ya que sus intereses de clase son los de los explotadores. El Partido Obrero somete a una crítica implacable al gobierno patronal y educa por medio de

¹¹ “Balance político de las elecciones del 30 de octubre” en *Prensa Obrera*, n° 38, 3/11/1983.

esta crítica a los trabajadores para que rompan con la burguesía y formen un partido obrero.

El gobierno constitucional no gobierna sólo mediante el uso de las ilusiones de los trabajadores: cuenta además con el aparato represivo. Por eso el Partido Obrero se esfuerza por organizar profundamente a las masas, aprovechando para ello la necesaria lucha de éstas contra los patrones y su estado. Esta organización para por una renovación profunda de los sindicatos, por su independencia del estado y su fortalecimiento.

El nivel de la bancarrota del peronismo y de la burocracia sindical ha creado una oportunidad excepcional para barrer a esta última de los sindicatos y conformar una dirección independiente. Bajo la conducción de los burócratas no es posible ninguna real movilización sindical. El imperialismo y el gobierno quieren aprovechar el agotamiento de la burocracia para imponer un nuevo sistema de regimentación estatal y la atomización de los sindicatos. 'Luchan' contra la burocracia para enmascarar esa finalidad; para los trabajadores hay que echar a la burocracia para poder luchar contra el imperialismo y el gobierno. El Partido Obrero coloca como gran tarea del momento la formación de un frente antiburocrático independiente del Estado, para echar a la burocracia traidora".¹²

El MAS confesó su desconcierto cuando reconoció que "a la gran mayoría del partido, a la casi totalidad, nos sorprendió el resultado electoral que obtuvimos".¹³ Su balance electoral fue una apología de Alfonsín, al que calificó de "expresión distorsionada de un proceso revolucionario", para concluir en la eterna consigna de los reformistas: "que Alfonsín cumpla con sus promesas electorales"¹⁴, con lo que se evitaba las dos tareas de los revolucionarios: 1) analizar el carácter político y de clase del programa alfonsinista, 2) formular un sistema de reivindicaciones capaz de movilizar a los trabajadores.

Todo un programa de integración al estado burgués.

Bajo Alfonsín y el FMI

Las corrientes del trotskismo se desarrollaron en esta etapa según las premisas políticas ya expuestas, en una situación caracterizada por la lenta, aunque segura, asimilación por las masas del sometimiento del gobierno constitucional a las presiones del imperialismo y la banca

¹² *Resoluciones de la Conferencia Nacional del PO*, 17-18/12/1983.

¹³ MAS, *Circular Interna*, n° 27.

¹⁴ *Solidaridad Socialista* (órganos del MAS), 10/11/ 1983.

acreedora. Las consecuencias económicas y políticas -postergación de las reivindicaciones de los explotados (congelamiento salarial, crisis de los presupuestos educacional y sanitario: "austeridad"), recomposición del frente burgués ("acuerdo nacional" con la derecha peronista y la burocracia, alianza con el alto mando enviando a un callejón sin salida la lucha por el castigo a los culpables del genocidio)- van definiendo una creciente oposición militante y la crisis de los sucesivos planes gubernamentales, erosión de su función de arbitraje entre las clases.

El PO tuvo una actuación fundamental en la lucha por la recuperación clasista de los sindicatos. Estuvo presente en los principales procesos de formación de alternativas clasistas y combativas (gráficos, construcción, sanidad, tabaco, etc.) y en la mayoría de las elecciones sindicales. En estas, "la burocracia logró salvar importantes posiciones gracias a una combinación de complacencia gubernamental con el fraude, de demagogia democratizante y de apoyo de la izquierda; la importancia de lo último se puede medir por los resultados que obtuvo allí donde se presentó con independencia de la burocracia de los 25... el proceso sindical reveló la aún débil asimilación que existe en la vanguardia obrera del agotamiento político del peronismo y del democratismo burgués de moda; hay un rechazo instintivo, estamos lejos de una comprensión política".¹⁵

El MAS se integró en ese proceso como un obstáculo "de izquierda" al reagrupamiento clasista, tendencia que llevó al máximo en gráficos, donde su alianza con los 25 lo condujo a concentrar su ataque contra el clasismo (que triunfó, aliado con Raimundo Ongaro). "En todas partes, el MAS insistió en aliarse con la fracción burocrática con quien tuviera esperanza de obtener algún puestito. Como esta orientación carece de otro principio que la apetencia de aparato, los aliados pueden variar desde los miguelistas en la UOM Avellaneda, el oficialista Guillán en Telefónicos o los usurpadores lopezrreguistas (hoy de los 25) de Nucleamiento Gráfico".¹⁶

La lentitud con que evoluciona la clarificación política, en contraste con el carácter catastrófico de la situación objetiva (económica y política), ha sido explicado así por el PO: "Las masas están seguramente influidas por 40 años de poderoso nacionalismo burgués, que dominó sin rivalidad en todos los planos; no hubo una izquierda marxista que peleara su hegemonía. Pesan también las sucesivas derrotas

¹⁵ J. Altamira, "El verano del 85", en *Política Obrera*, n° 336, marzo de 1985, p. 5.

¹⁶ P. Sánchez, "Balance de las elecciones sindicales" en *Ibidem*, p. 16.

(1955,1962,1966,1976), por lo menos en el inconsciente colectivo de la clase. La tendencia democratizante pro imperialista se verifica no sólo en Argentina, es un fenómeno mundial. Refleja una forma atrasada al impacto del ascenso económico capitalista de posguerra, su durabilidad, el freno reiterado de la revolución mundial a pesar de varias victorias nacionales importantes contra el imperialismo".¹⁷

La clarificación revolucionaria de las posiciones trotskistas no puede avanzar más rápido que la situación política. Para demorarla, el morenismo ha vuelto a acudir a sus ya aburridores expedientes de provocación. El último consistió en la acusación lanzada por el MAS contra el PO de ser connivente con el sionismo (esto porque dirigentes del PO respondieron a reportajes del periódico sionista de izquierda *Nueva Presencia*). Los acusadores olvidaron el "detalle" de que dirigentes del MAS eran colaboradores permanentes de dicha publicación (a la que tuvieron que pedir disculpas), por lo que dieron rápida marcha atrás, ocultando los documentos acusadores. El episodio revela que la clarificación política y el debate revolucionario entre el MAS y el PO es imprescindible, y que ninguna maniobra conseguirá evitarlo.

La proximidad de las legislativas llevó al MAS a plantear un "frente de izquierda" electorero, donde el frente populismo morenista se expresó en el llamado a la izquierda afín a la burguesía a luchar por el "socialismo", sin ningún programa de combate y movilización. El PO, implicado en el llamado, respondió que "un frente de la izquierda que tenga un carácter de compromiso (con la burguesía) no sería progresivo sino negativo para los trabajadores, porque les daría la ilusión de una unidad dirigente antiimperialista, cuando lo que se ha estructurado es una dirección frenadora".¹⁸ La propia crisis política puso en crisis al frentismo oportunista del MAS, desplazando su frontera cada vez más a la derecha: los choques con el gobierno han llevado al MAS a elogiar a Ferrer, la CGT, el PJ-Río Hondo, a la Mesa del Empresariado Nacional y hasta a... Herminio Iglesias.¹⁹ El "frente de izquierda" acabó incluyendo a la extrema derecha peronista.

¹⁷ J. Altamira, *Ibidem*, p.6.

¹⁸ *Prensa Obrera*, n° 96, 16/5/1985.

¹⁹ "Diversos sectores sociales y políticos estamos coincidiendo en que no es posible pagar la deuda externa como lo hace el gobierno... entre quienes se pronunciaron contra la entrega (están) dirigentes afines a Herminio Iglesias" en *Solidaridad Socialista*, n° 103, 9/5/1985.

El PO plantea un Frente Revolucionario Antiimperialista, basado en la movilización independiente de las masas y en la lucha por la expulsión del imperialismo:

“La efectivización de un frente antiimperialista revolucionario se va a dar como consecuencia de la derrota de las posiciones burguesas democratizantes y como resultado de la evolución política de la vanguardia obrera, esto último imposible sin la intervención del partido revolucionario”.²⁰ La ola de ocupaciones fabriles y huelgas contra la “economía de guerra” materializó el giro de las masas que abona esa perspectiva.

Continuidad y vigencia históricas del trotskismo argentino

Pasado más de medio siglo en revista, cabe preguntarse sobre la vigencia de una corriente que continúa su actividad militante en nuestro país. En primer lugar, digamos que ninguna corriente política puede existir ininterrumpidamente durante 56 años si no expresa consecuentemente los intereses de una fuerza (clase) social: la desaparición de decenas de organizaciones políticas (de derecha e izquierda) cuyos planteos dejaron de expresar los intereses de la clase social a la que pretendía representar, está allí para probarlo. El trotskismo expresa los intereses históricos del proletariado revolucionario: si su continuidad histórica testimonia en su favor, ello no es menos cierto que el hecho de que esa clase no ha logrado estructurarse políticamente (o que su estructuración nunca superó una fase embrionaria).

Esto último no indica que esa estructuración (partido obrero revolucionario) no sea históricamente necesaria. Al contrario: toda la historia de la Argentina contemporánea abona esa necesidad, que se basa en las conclusiones (tesis) fundamentales del programa trotskista. El imperialismo es una traba al desarrollo de las fuerzas productivas de los países atrasados, cuya opresión nacional tiende a acentuar, originando fenómenos de reacción política cada vez más acentuada (la dictadura de la “guerra sucia”); la burguesía es incapaz de enfrenar seriamente el dominio imperialista y movilizar democráticamente a la nación, los movimientos nacionalistas burgueses concluyen fracasando y postrándose frente a la opresión foránea y la reacción local; la pequeño-burguesía es incapaz de generar movimientos realmente independientes del nacionalismo burgués, y frecuentemente sectores importantes de ella concluyen apoyando a la extrema reacción política; el conjunto de la situación tiende a oprimir y degradar cada vez

²⁰ J. Altamira, *Ibidem*, p. 6.

más al proletariado, la única clase que puede ponerse a la cabeza de la nación para liberarla del imperialismo, tendencia que está presente en toda su historia (el Cordobazo fue su expresión más clara), pero sólo lo conseguirá conquistando su independencia política y organizativa, a través de un partido revolucionario, estructurado sobre la base del programa que recoge este balance histórico y plantea que sólo la revolución socialista (comenzada en la arena nacional y rematada en la internacional) puede realizar las tareas de la revolución democrática incumplidas (independencia nacional y reforma agraria): la Revolución Permanente.

De la vigencia de este programa (trotskismo) no se deduce automáticamente que éste será realizado por la historia: las leyes de ésta difieren de las leyes naturales en el sentido de que sólo se realizan a través de la acción conciente de los hombres, conciencia por la que pagan el duro precio de mil experiencias realizadas en el doloroso laboratorio de la vida social. El ser social determina la conciencia: en lo que respecta a la liberación social del proletariado, esta relación se invierte por la dialéctica que le es propia. Sólo una revolución en la conciencia del proletariado (un conocimiento científico de su misión histórica) le permitirá revolucionar su ser social. El gran mérito histórico del trotskismo fue haber preservado el programa revolucionario, en un período de reacción política que implicó un enorme retroceso ideológico en las filas del proletariado.

A lo largo de estas páginas hemos rendido homenaje a los Guinney, López, Milessi, Fossa, que sentaron las bases organizativas del trotskismo en una clase obrera todavía marcada por el origen inmigrante de buena parte de sus miembros (sobre todo a nivel de direcciones sindicales); a los Peña, Frondizi, que tentaron asentar sobre bases teóricas firmes la actividad revolucionaria en nuestro país; a los Fischer, Bufano, Sánchez, Arias, Grassi, Fernández, Robles, que cayeron luchando bajo la bandera de la IV Internacional, en el período de ascenso obrero que, a partir de 1969, fue marcado por la tendencia al reencuentro de la vanguardia obrera con el programa revolucionario. El drama del trotskismo argentino consiste en que, durante la mayor parte de su historia, no fue conocido a través del esfuerzo revolucionario de la mayoría de sus militantes, sino de las formulaciones oportunistas (Ramos, Moreno) o sectarias (Posadas, Moreno durante la década peronista) de sus dirigentes más conocidos, con lo que se cubrió de desprestigio frente a amplios sectores de la vanguardia obrera y estudiosa. Esto significa que no basta plantear un principio teórico correcto, si no se sabe usarlo como “guía para la acción (revolucionaria)”: aquel primer paso, imprescindible,

se esteriliza cuando no se es capaz de traducirlo en determinaciones políticas precisas en un contexto y momento dados. Como dice J. N. Magri, respecto a un sector del trotskismo argentino de los años 30, “aunque planteó la ‘liberación nacional’, no salió de la abstracción, era incapaz de reconocerla en un enfrentamiento político concreto... el señalamiento de la liberación nacional no agota la determinación de las peculiaridades nacionales de un país lo que es condición para tener una estrategia política”.²¹

En los casos del posadismo, del morenismo y de Ramos, las “peculiaridades nacionales” ingresaron por la ventana, como componentes de un planteo político oportunista que, en especial en los dos últimos, los llevó a tocar los límites de la abyección política. Esto significa que el “error” se había transformado en una tendencia *orgánica*, un *revisionismo* imposible de superar en el cuadro político de esas organizaciones, lo que planteaba para el trotskismo argentino la pesada hipoteca de tener que superar política y organizativamente a esas corrientes para conseguir una implantación de masas.

Hay quienes deshaucian al trotskismo en nombre de la degeneración política ejecutada en su nombre (el posadismo es el más citado en esos casos): olvidan que el propio Marx, como analizó Lenin (*El Estado y la Revolución*) estuvo sujeto a ese proceso, cuando el revisionismo “socialista” de la II Internacional lo usó para hacer la apología del estado burgués (otro tanto podría decirse del uso de Lenin por el stalinismo, incluso para justificar horrendos crímenes). La degeneración del trotskismo argentino fue un aspecto de la lucha de clases en nuestro país: a la falta de tradiciones marxistas (proceso ayudado por el carácter oportunista de las direcciones obreras de los años 30) se sumó el ímpetu nacionalista del peronismo, que conquistó la mayoría de las direcciones obreras, y reclutó no pocos adeptos en las filas izquierdistas (los socialistas Dickmann y Bravo, los comunistas Puiggrós y Astesano, los trotskistas Ramos, Rey, Posadas y Moreno, este último tardamente). El revisionismo trotskista fue parte del proceso de alienación de la independencia de clase, producto del enfrentamiento de la nación con el imperialismo que llevó a un sector burgués a enarbolar banderas nacionalistas, arrastrando a la mayoría de la clase obrera.

Las bases para la superación del revisionismo se encontraban, en primer lugar, en el propio programa trotskista (el Programa de Transición de 1938 y todos los documentos que lo completan; las tesis

²¹ Julio N. Magri, “Sobre la historia del trotskismo argentino”, en *Política Obrera* n° 336, marzo-abril de 1985, pp. 35-36.

de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista), cuya vigencia y vitalidad fueron probadas por todo el desarrollo histórico ulterior. Pero también en la propia continuidad político-ideológica del trotskismo argentino. Un trotskista yanqui apuntaba, en los años 70, que en ningún país existían tantas personas que se reclamasen del trotskismo, proporcionalmente, y en ninguno el trotskismo ejercía una influencia ideológica más grande, como en la Argentina. Esto significa que, aun con sus errores, el movimiento revolucionario argentino ocupa una posición de vanguardia en América Latina (junto con el boliviano) y mundialmente. Siempre existieron críticas, aun parciales y limitadas, al revisionismo trotskista, realizadas por trotskistas, desde la década del 30 (cuando aquél se caracterizaba por plantear una revolución puramente socialista, que ignoraba las tareas nacionales y democráticas), y durante las tres décadas siguientes (cuando su nota principal era la capitulación ante el nacionalismo burgués). La vitalidad de la crítica trotskista argentina se explica tanto por la fuerza de la herencia programática bolchevique, como por la vitalidad del movimiento independiente de la clase obrera de nuestro país, que nunca entregó totalmente (y sin lucha) su independencia de clase a las direcciones burguesas; en la Argentina además fueron protagonizadas algunas de las más importantes movilizaciones antiimperialistas de América Latina con participación decisiva de la clase obrera.

La constitución de una base organizativa firme para la lucha contra el revisionismo trotskista, como un aspecto del combate por el partido revolucionario, sólo fue conseguida con la fundación de PO (1964), que alcanzaría a reformular teórica y prácticamente lo mejor de la trayectoria anterior del trotskismo. Desde el inicio se planteó, cuestión fundamental, que la superación de la crisis del trotskismo (o sea, del marxismo) argentino sólo era posible como parte del combate mundial por la Internacional Obrera (en nuestra época, la IV Internacional), cuestión desdeñada por toda la izquierda de la época, debido a los siempre débiles lazos del proletariado argentino con el internacional, y al peso de los aparatos burocráticos de la URSS y de China. La historia del marxismo revolucionario, en la medida en que es la expresión conciente de la tendencia inconciente del proletariado a reestructurar la sociedad sobre bases socialistas, no es nunca independiente de la historia del movimiento obrero, aunque su influencia organizada sobre éste sea mínima. La reformulación revolucionaria del trotskismo a inicios de los años 60 a través de las divisiones y crisis que dieron nacimiento a Política Obrera, sólo es comprensible en el marco de las luchas obreras (huelga general de

1959, ocupación del frigorífico Lisandro de la Torre) que pusieron en jaque la política de toda la dirección, sindical y política del peronismo; en el plano internacional, fue también producto de la victoria y desarrollo de la revolución cubana, y de su impacto sobre las masas latinoamericanas, que puso en cuestión la impotente política de las direcciones nacionalistas y stalinistas. El desarrollo revolucionario del proletariado es tan responsable por el fortalecimiento y reagrupamiento del trotskismo en Bolivia (POR) y en Argentina (PO), como lo es por la crisis de sus variantes oportunistas -pablismo (Posadas), morenismo- que se caracterizaban justamente por su seguidismo a los PP CC o al nacionalismo burgués. A su turno, las crisis del trotskismo revolucionario también en parte, tienen su fuente en las insuficiencias de ese desarrollo. La inactividad de la TCI -formada sobre la base de la lucha internacional del POR y de PO-, sus dificultades para expandirse a escala continental e internacional, provenían de la negativa del POR a encarar un serio trabajo internacional.

Su dirigente Guillermo Lora partía de una constatación obvia -“el mundo entero está sacudido por la crisis capitalista y sin embargo no se percibe un fortalecimiento o una polarización dentro del movimiento popular alrededor de agrupaciones trotskistas”, sitúa correctamente las raíces de la crisis del trotskismo -“no solamente el sector de Mandel (SU) sino también los lambertistas, que en Francia no son más que democratizantes, han olvidado totalmente la misión estratégica del proletariado”- para llegar a una conclusión estrechamente nacional: “Creo que la reconstrucción de la IV Internacional se hará partiendo de la experiencia boliviana... el movimiento revolucionario en Bolivia es muy absorbente y no permite al POR dedicar mucha atención al problema internacional. (*Prensa Obrera*, n° 86, 28/2/1985).

La segunda frase es desmentida por la primera, pues el POR considera a la Internacional como una proyección de la revolución boliviana. No se trata de negar el valor enorme de la experiencia boliviana (y del papel en ella del POR), ni siquiera de la importancia formidable que tendría una victoria revolucionaria en un país (incluida Bolivia) para la reconstrucción del trotskismo internacional. Se trata de entender que el proletariado de cada país es un destacamento de la clase obrera internacional, y que su estructuración revolucionaria (y mas aun su victoria) sólo puede realizarse en ese plano, aunque las disparidades del ritmo de ese proceso en cada país puedan ser enormes. Lo contrario es concebir y educar al proletariado en que su misión puede ser realizada en un marco puramente nacional, lo que lo lleva a la derrota y, en los países en que el capital ha sido expropiado

(incluida nuestra vecina Cuba) a continuar soportando la opresión de una burocracia corrupta y contra-revolucionaria.

Sólo una enérgica lucha política del trotskismo, flexible en la táctica pero intransigente en los principios, le permitirá superar las dificultades nacidas de su propia debilidad política y organizativa, aun al precio de la crisis y la división de organizaciones construidas duramente. No se trata de esperar que el inevitable desarrollo revolucionario de la vanguardia obrera coloque “naturalmente” al trotskismo a su cabeza pues no existe ninguna ley natural de ese tipo; aunque sea indiscutible que los períodos de auge clasista permitan un fortalecimiento inédito del marxismo revolucionario (lo que se verificó en Argentina en ocasión del Cordobazo, del auge del sindicalismo clasista impulsado por el SITRAC/M en 1971, y de la huelga general contra el gobierno peronista de junio-julio de 1975). Se trata de una lucha política constante, basada en dos aspectos complementarios: 1) la penetración del programa y la organización revolucionaria en el movimiento obrero organizado, 2) la profundización, a través del perfeccionamiento de la intervención y la delimitación políticas, de la estrategia revolucionaria heredada de un pasado más que secular de luchas obreras y combates revolucionarios.

Las acusaciones más frecuentes contra el trotskismo, justamente, son las de su incapacidad para construir algo más que sectas aisladas del proletariado, o la de limitarse, teóricamente, a repetir ideas y *slogans* elaborados antes de la II Guerra Mundial. Quienes lanzan estas acusaciones tienen generalmente intereses creados en la cuestión, lo que no impide que ellas sean consideradas específicamente.

El trotskismo argentino estuvo presente en todas las fases del movimiento obrero en los últimos 75 años, tres cuartos de siglo, librando una lucha que comenzó en el interior del propio PC argentino (1928), y sin dejar de desarrollar una actividad organizada ni siquiera en los momentos de peor represión antiobrero (la década infame, la Libertadora y, sobre todo, la “guerra sucia”); pocas o ninguna tendencia de izquierda pueden ostentar ese curriculum, aun aquellas -PC y PS- que llegaron a contar con apoyo estatal. Un trotskista (Mateo Fossa) presidió el primer congreso de la CGT; el trotskismo tuvo, desde la dirección del gremio de aceiteros, un papel relevante en la estructuración de la resistencia contra la Libertadora; las agrupaciones clasistas impulsadas por el trotskismo antes del Cordobazo fueron uno de los principales fermentos del ascenso clasista ulterior, incluyendo la resistencia victoriosa contra los planes antiobreros del gobierno isabelino; el trotskismo pagó un precio de sangre, junto a toda la clase, por la resistencia contra los gobiernos militares del

Proceso. Quienquiera que estudie la historia del movimiento obrero no podrá dejar de considerar este esfuerzo, que situó al trotskismo argentino, junto al boliviano, en un plano elevado dentro de su corriente internacional (no es casual que las organizaciones argentinas fueran cabecera de diversas fracciones internacionales). Lo que no consiguió el trotskismo fue estructurarse como tendencia orgánica del proletariado, como partido político que representase durablemente a un sector importante de su vanguardia (destino que, por otro lado, compartió con toda la izquierda argentina). Si los factores objetivos -largo dominio político del peronismo, preparado por la escasa diferenciación anterior del movimiento obrero sumada a las traiciones socialistas y stalinistas- concurren a ese desenlace parcial, los errores del trotskismo, que han ocupado considerable parte de estas líneas, tampoco fueron ajenos a ese resultado.

Quienes desdeñan la tozudez del trotskismo en aferrarse a la tradición marxista, no sólo desconocen la importancia de ésta para el trabajo revolucionario actual (pues ella concentra un siglo y medio de luchas y teoría revolucionarias) sino también el propio marxismo. No es raro ver a ciertos izquierdistas repetir, en nombre de un “moderno” anti-dogmatismo, viejas tonterías premarxistas, cuando no conceptos anti-marxistas directamente extraídos de la sociología académica. La enfermedad, que no perdonó a brillantes marxistas como Milcíades Peña, hizo estragos también en las filas trotskistas: los “aportes” de Moreno y Posadas - “lucha armada permanente”, “Estados (burgueses) revolucionarios”, “defensa de las instituciones democráticas (burguesas)”- cuando no fueron estupideces inéditas, no pasaron de trivialidades superadas hace largos años por el marxismo. No es raro que gran parte de la lucha teórica del trotskismo revolucionario haya sido consumida por la defensa del marxismo contra los ataques de ciertos “trotskistas”.

Pero no se limitó a eso: varios documentos programáticos de PO (y del POR) constituyen verdaderas profundizaciones de la teoría marxista, en especial en relación a la burguesía nacional y el nacionalismo, a los sindicatos en los países atrasados, a las nacionalizaciones parciales, a la crisis del estado y a la intervención revolucionaria del proletariado (sin olvidar los aportes teórico-históricos de Milcíades Peña). Esto difícilmente será reconocido por quienes sólo admiten valor teórico a los textos con tapa dura, por aquellos para los que el leninismo sólo se hace visible después de la edición de las *Obras completas*. Pero no por aquellos para los que el marxismo es una “guía para la acción”; los que, como Gramsci, desprecian “el conocimiento

al margen de la acción". Estos ya entienden que el marxismo sólo progresa como arma del trabajo revolucionario en la clase obrera.

Sin duda que esos aportes son tan limitados como lo es el reagrupamiento de la vanguardia revolucionaria internacional, y reconocen en la dispersión de ésta (tan grande, cualitativamente, como cuando Trotsky se propuso superarla, 50 años atrás) la fuente de su propia limitación teórico-práctica. Un importante "marxólogo", Perry Anderson, se refirió así a sus esperanzas de los años 1970: "Imaginé que, habiendo una renovación del debate estratégico, era probable que la principal tradición adversaria del stalinismo, que sobreviviera, aunque radicalmente marginada en continuidad directa con el marxismo clásico -la que descendía de Trotsky-, tendería a adquirir nueva relevancia y vitalidad, liberada del conservatismo en que frecuentemente se coagulaba, debido a su defensa de un pasado subyugado". Pasados los años, "la reunificación de la teoría marxista con la práctica popular en un movimiento revolucionario de masas falló considerablemente en realizarse. La consecuencia intelectual de este fracaso fue la carencia general de un pensamiento estratégico real en la izquierda de los países avanzados".²² Lo que esto tiene de cierto -el estancamiento del marxismo en cuanto pensamiento revolucionario- queda relativizado por el plano intelectual-académico en que Anderson coloca la cuestión. La "izquierda" está compuesta por fracciones políticas que representan *fuerzas sociales* diferentes y *antagónicas*, cuya responsabilidad en el estancamiento del pensamiento estratégico marxista no puede equiparse. El intelectualismo también informa el desdén de Anderson para con la defensa del marxismo contra el stalinismo realizada por los trotskistas.

De manera diferente planteaba una revolucionaria -Rosa Luxemburgo- la cuestión. Constataba, en pleno auge mundial del movimiento obrero y socialista, que la esencia de la teoría quedó donde la dejaron los fundadores del socialismo científico... esta arma nueva y espléndida se herrumbra por falta de uso; la teoría del materialismo histórico está tan incompleta y fragmentaria como nos la dejaron sus creadores".

Lo cual, en sí, no era un drama, pues "la creación de Marx, que como hazaña científica es una totalidad gigantesca, trasciende las meras exigencias de la lucha del proletariado para cuyos fines fue creada. En su análisis detallado y exhaustivo de la economía capitalista, y en su método de investigación histórica con su infinito campo de

²² Perry Anderson, *A crise da crise do marxismo*, Sao Paulo, Ed. Brasiliense, 1984, pp. 23 y 32.

aplicación, Marx nos ha dejado mucho más de lo que resulta directamente esencial para la realización práctica de la lucha de clases. No es cierto que Marx ya no satisface nuestras necesidades. (Ellas) todavía no se adecuan a la utilización de Ideas de Marx". Ya en época de Rosa, casi todo el lloriqueo sobre la "crisis del marxismo" no pasaba de las protestas de los reformistas, que no entendían que "en tanto que clase no poseedora, el proletariado no puede crear en el curso de su lucha una cultura intelectual propia, a la vez que permanece en el marco de la sociedad burguesa. Dentro de ella, mientras existan sus bases económicas, no puede haber otra cultura que la burguesa. A pesar de que los obreros crean el sustrato social de esa cultura, *sólo tienen acceso a ella en la medida que sirve a la realización satisfactoria de sus funciones en el proceso económico y social de la sociedad capitalista*. Lo más que pueden hacer hoy es salvar a la cultura burguesa del vandalismo de la reacción burguesa y crear las condiciones sociales que son el requisito para un desarrollo libre de la cultura. Incluso dentro de estos límites, los obreros sólo pueden avanzar en la medida que creen las armas intelectuales para la lucha por su liberación". Y agregaba: "Sólo en la proporción en que nuestro movimiento avanza y exige la solución de nuevo problemas prácticos nos internamos en el tesoro del pensamiento de Marx para extraer y utilizar nuevos fragmentos de su doctrina. Como nuestro movimiento, como toda empresa de la vida real, tiende a seguir las viejas rutinas del pensamiento, y a aferrarse a principios que han dejado de ser válidos, la utilización teórica del sistema marxista avanza muy lentamente".²³

Las crisis teóricas sólo pueden ser analizadas en el marco de la lucha de clases. Salvando el legado teórico del marxismo en un período reaccionario, y actualizándolo, tornándolo apto para la comprensión de la monstruosidad fascista y stalinista, el trotskismo cumplió plenamente su papel teórico en el movimiento obrero internacional (aunque Trotsky, al igual que Marx, no se limitara sólo a lo estrictamente necesario). El trotskismo argentino, en especial a partir de PO, cumplió también su papel teórico, de manera ciertamente discontinua y en el marco de las responsabilidades que le tocó ejercer limitadas todavía por la débil vinculación del proletariado argentino con el escaso movimiento revolucionario internacional (cuya crisis, en su aspecto teórico, consiste en la mezquina utilización del legado de Lenin y Trotsky). Si no lo hubiera hecho sería imposible entender la repercusión de su reformulación revolucionaria (PO) contra los

²³ Rosa Luxemburgo, "Estancamiento y progreso del marxismo", en *Obras escogidas*, Bogotá, Ed. Pluma, 1979, tomo I, pp. 169-174.

barbarismos teóricos y prácticos del posadismo, del morenismo y del pablismo (foquismo guerrillero).

La experiencia del MAS, su espantosa dispersión en una decena de organizaciones y grupos, demostró, por otro lado, que los atajos oportunistas, en nombre de la “amplitud” y la “unidad de la izquierda”, condujeron y conducen a desastres políticos y a la fragmentación interminable (justamente lo contrario de lo que se proclamaba). Ese desastre político se transformaría en un factor importante en la peor crisis política argentina, la que tuvo lugar en el viraje del siglo, cuando se agotó la experiencia “neoliberal” encarnada en el largo período menemista. Miles de trabajadores, estudiantes, profesionales, integraron las filas del MAS argentino durante las décadas de 1980 y 1990. Entre los dirigentes sindicales de conflictos posteriores actuales y en buena parte de los partidos y grupos de izquierda, se encuentran antiguos militantes y cuadros del MAS. El MAS llegó a dirigir decenas de comisiones internas, sindicatos, organizaciones barriales y centros de estudiantes, obtener bancas en el parlamento y realizar grandes movilizaciones en Plaza de Mayo.

Entre los sindicatos, tuvo varios años la codirección y una importante influencia en ATSA Capital, dirigió APOPS de Capital, la UOCRA de Neuquén, así como importantes seccionales ferroviarias, docentes y bancarias. Su mayor influencia se concentraba en el Gran Buenos Aires, pero tenía un importante peso electoral y sindical a nivel nacional. Su período de mayor auge lo encontró a fines del gobierno de Alfonsín y a los inicios del gobierno de Menem, entre 1987 y 1992. De su estallido surgieron el PTS, en 1988, y después el el MST (en 1992), así como de decenas de grupos y corrientes más pequeños como el PRS, el FOS y Convergencia Socialista o Lucha Socialista. El grupo que hoy se denomina MAS es la sombra, y ni eso, de lo que algún día fue. La mayoría de estas corrientes reivindica de conjunto la tradición morenista, incluso en sus aspectos más oportunistas, llevándolos más lejos todavía que en su versión original (Gabriela Liszt, “Historia y balance del MAS argentino”, *Lucha de Clases* n° 6, junio de 2006).

De Menem al Argentinazo

Después de la catástrofe hiper-inflacionaria en que concluyó, en 1988, el gobierno radical (UCR) de Raúl Alfonsín, que sucediera a la trágica y asesina dictadura militar de 1976-1983, el peronismo retornó al poder en Argentina, en elecciones casi plebiscitarias. El llamado “menemismo” inauguró una larga década de adaptación

de la política argentina al capital financiero internacional y a los dictámenes del FMI y el Banco Mundial. El ejercicio del poder político por una camarilla de ladrones y criminales (asesinatos incluidos) encabezada por Menem, no debe hacer olvidar la complicidad del *establishment* capitalista nacional e internacional con su gobierno, así como de la mayoría de los partidos políticos.

La “nueva” política exterior argentina de Carlos Saúl Menem tuvo como meollo la concepción denominada “realismo periférico”, que consideraba que los países periféricos como Argentina, debido a la disparidad de fuerzas, solamente perdían, y continuarían perdiendo, en caso de que continuasen confrontando con los EE.UU., aisladamente o participando de grupos como el Movimiento de los No Alineados. La estrategia internacional más provechosa para esos países sería reconocer su inferioridad, alinearse irrestrictamente con las políticas americanas y adoptar con entusiasmo el “modelo económico neoliberal”. Esta “estrategia” (por llamarla de algún modo) permitiría a la Argentina evitar represalias y convertirse en un aliado preferencial de los EE.UU. en la región, recuperar su credibilidad internacional como país “de hecho europeo” y hasta obtener la soberanía sobre las Malvinas, objeto de la guerra de 1982 que provocó, entre otros factores, el colapso de la dictadura militar.

El canciller argentino, Guido di Tella, se tornó cómicamente célebre por una frase acerca de las deseadas “relaciones carnales” de la Argentina con los EE.UU.. En esa estrategia, las relaciones con el Brasil tendrían dos caras: primero, atraer a Brasil para adherir a las reivindicaciones estratégicas americanas vitales y así cooperar con la política americana y, segundo, aprovechar la apertura del mercado brasileño propiciada por el Mercosur, sin perder de vista el objetivo de integrarse al mercado americano, como procuró hacer a través de su candidatura aislada al ALCA, y al sistema militar americano, donde llegó a obtener el status de “aliado extra OTAN”, llegando a participar de la operación “Tempestad en el Desierto” del gobierno de George Bush contra Irak.

El largo período menemista en Argentina, en la década de 1990, no alumbró sólo privatizaciones y un nivel inédito de corrupción gubernamental, que alcanzó rasgos folclóricos y trágicos (incluyendo el lavado de dinero del narcotráfico, que pasó a ser un tema recurrente de los compositores del *rock* argentino, un movimiento cultural de masas en el país). Alumbró también un nuevo período de la lucha de clases y la radicalización política, del que fue expresión más que deformada la victoria electoral de la Alianza (Unión Cívica Radical más “izquierda” peronista e izquierda democratizante ex stalinista),

encabezada por el radical De la Rúa y su vice peronista, “Chacho” Álvarez, en el 2000. La creciente descomposición del régimen político menemista, producto de la gigantesca crisis económica nacional y mundial, planteó no sólo la oportunidad sino la necesidad objetiva de las masas de intervenir activamente en la lucha de clases.

Cuando en 1989, Carlos Menem asumió la Presidencia, *Prensa Obrera*, órgano del Partido Obrero, titulaba: “La Casa Rosada no cambia de dueño”, en alusión a que tanto el mandatario saliente, Raúl Alfonsín, como sustituto justicialista eran los representantes políticos de los “capitanes de la industria” y de los “explotadores de toda laya”. En medio del surgimiento de Menem como figura salvadora de la crisis económica en la que estaba inmerso el país, el PO decía que: “En la Casa Rosada, habrá un relevo de inquilinos, no de los dueños del poder”. Con esto, el Partido Obrero estaba diciendo que los trabajadores se habían equivocado, y que este error los obligaría a luchar ante “una catástrofe y saqueo capitalistas descomunales”. *Prensa Obrera* marcaba su posición política opuesta a la opinión de la mayoría del pueblo argentino, pero no se desmoralizaba, pues concluía: “El Partido Obrero declara su compromiso a fondo con este combate, y con la tarea de hacer germinar de él la consumación de la completa emancipación nacional, del gobierno obrero y de los trabajadores, y de la abolición de la explotación capitalista”. Posicionándose así ante una nueva etapa política desfavorable para los trabajadores, pero brindando una posibilidad para contrarrestarla (*Prensa Obrera* n° 272, 29 de junio de 1989).

Una situación con la de la reelección del presidente Menem en 1995. *Prensa Obrera* tituló entonces “Ganó la Bolsa”, “la que ha triunfado es la Bolsa, es decir, los accionistas de las grandes empresas y los acreedores del Estado”. Es decir que continuaba en la misma línea, combatiendo contra la corriente, y no adaptándose a ella (*Prensa Obrera* n° 497, 16 de mayo de 1995). AL MAS, que se definía como “el partido trotskista más grande del mundo” (y, en número de afiliados, probablemente lo era, en el viraje entre las décadas de 1980 y 1990) el adaptacionismo, a través de diversos “frentes de izquierda”, “por la democracia con justicia social”, le costó su propia existencia.

En el mismo *Prensa Obrera* citado había una constatación: “El Partido Obrero hizo su peor elección desde 1985; perdió la mitad de los votos con relación a su mejor elección en 1991”. El Partido Obrero había sacado sólo el 0,18%, 30 mil sufragios. Apenas dos años después, en las elecciones de octubre de 1997, el Partido Obrero obtendría 150 mil votos, quintuplicando su desempeño electoral en un lapso muy corto.

Hizo esto sin abjurar de la esencia del programa trotskista, el programa de transición, que se basa en un sistema de reivindicaciones transitorias, partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera, y conduciendo invariablemente a una sola y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado. Las consignas, los titulares de *Prensa Obrera* en esta etapa fueron abiertamente pronunciados hacia el poder, ya no se veían como una organización en vías de sentar sus bases programáticas, sino como una corriente de influencia política, aunque todavía limitada a una parte de los trabajadores de vanguardia. En el *Programa de Transición* original de la IV Internacional se leía: “La IV Internacional defiende incansablemente los derechos democráticos de los obreros y sus conquistas sociales. La IV Internacional auspicia un sistema de reivindicaciones transitorias, cuyo sentido es el dirigirse cada vez más abierta y resueltamente contra las bases del régimen burgués. (...) con un programa de transición, cuyo objetivo consiste en una *movilización sistemática de las masas para la revolución proletaria*”.

La lucha por un subsidio al desocupado de 500 pesos, por la huelga general y en defensa de las libertades democráticas impresas ocuparon un lugar central en *Prensa Obrera* en esta etapa. Trotsky, frente a la gran crisis de la década de 1930, defendía dos medidas: la escala móvil de salarios y la escala móvil de horas de trabajo, para contrarrestar la desocupación en masa; son las que también se encontrarían propuestas en *Prensa Obrera*, 50 años después (Laura Kohn, *Historia de Prensa Obrera*, trabajo presentado en la Universidad Nacional de La Plata).

“Fuera Menem”, decía el titular de *Prensa Obrera* n° 512, del 26 de octubre de 1996, consigna claramente ubicada en este sentido. “Que un Congreso de Bases de los Trabajadores se haga cargo de la dirección económica y política del país” continuaba diciendo. “Es necesario un nuevo gobierno, para aplicar otra política...”, concluía. “Las crisis de coyuntura, en las condiciones de la crisis de todo el sistema capitalista, aportan a las masas privaciones y sufrimientos siempre mayores. El crecimiento de la desocupación ahonda a su vez la crisis financiera del Estado y mina los sistemas monetarios vacilantes...”, constataba Trotsky en 1938, en el *Programa de Transición* original de la IV Internacional. Ante esta realidad, que era en ese momento un problema de actualidad concreto de los trabajadores argentinos, *Prensa Obrera* titulaba en su tapa del 7 de mayo de ese año: “Contra la reforma laboral, Paro General”.

Los estallidos populares que se sucedieron a lo largo y ancho del país expresaron la necesidad de intervención en defensa de los

derechos y conquistas más elementales de los trabajadores. En este escenario, la cuestión del poder empezó a aparecer en primer plano. Baste recordar los asaltos a los supermercados durante el período hiperinflacionario alfonsinista, para advertir una diferencia cualitativamente significativa: desde el Santiagueñazo de 1993 (en la provincia de Santiago del Estero), las rebeliones populares se dirigieron directamente a los distintos centros de poder del estado. Esto implicaba, sin duda alguna, una politización de los conflictos y un avance en la conciencia de clase de las masas. En 1993, en pleno apogeo del “menemismo”, un levantamiento provincial en Santiago del Estero concluyó con la toma y quema de las sedes de los tres poderes: Ejecutivo, Legislativo y Provincial. En 1997 una especie de revolución similar se produjo en la provincia de Neuquén, inaugurando un fenómeno que desde entonces se extendería hasta convertirse en un emblema de la lucha popular, los cortes de ruta. Comenzó a aparecer entonces, un particular invento argentino cuya denominación recorrió el mundo: el *piquetero*.

El camino que desembocó en la Plaza de Mayo en diciembre de 2001 fue delineado por el Santiagueñazo de 1993 y luego por los Cutralcazos, Tartagalazos, Jujeñazos, las luchas provinciales de Tucumán, Jujuy y Corrientes, los sucesivos levantamientos en el norte de Salta, los *piquetazos* de La Matanza y el Gran Buenos Aires, las Asambleas Nacionales Piqueteras y su plan de lucha, las ocupaciones de empresas, las grandes movilizaciones de masas. Ha sido toda una década de lucha excepcional del pueblo argentino, de organización, de debates políticos y de levantamientos populares.

El Santiagueñazo marcó el nacimiento de una nueva época en Argentina, porque fue la consecuencia del agotamiento del Plan Cavallo (de convertibilidad), que sólo pudo sobrevivir creando y produciendo nuevos Santiagueñazos, y porque le mostró al conjunto de los movimientos reivindicativos de la Argentina el camino de la huelga general, de la acción callejera, de la ocupación de edificios, de las asambleas populares y del poder. En junio de 1996, durante toda una semana, la ruta 22 fue cortada por los piqueteros de Cutral Co y Plaza Huincul, que rechazaron a la Gendarmería y obligaron al gobierno a ceder frente a numerosas reivindicaciones. La pueblada de Cutral Co y Plaza Huincul fue preparada por las numerosas movilizaciones que, desde hacía un año, venían protagonizando las organizaciones de desocupados de la provincia.

Mayo-julio de 1997: Cutral Co, Tartagal, Jujuy, Cruz del Eje. En el curso de 45 días, estallaron enormes *puebladas* en las provincias de Neuquén, Salta, Jujuy y Córdoba, en las que se movilizaron y

lucharon decenas de miles de piqueteros. Su rasgo común fue, en primer lugar, la dominación política sobre el movimiento de masas que ejercían sectores patronales y pequeñoburgueses a través de las llamadas “multisectoriales” y la política con que los enfrentó el gobierno menemista: fracasada la represión, combinó la oferta de “planes Trabajar”, con las manipulaciones políticas de las “multisectoriales” y la Iglesia para desarmar a los movimientos de lucha.

La envergadura que estaba tomando el movimiento de las puebladas fue uno de los factores decisivos para el nacimiento de la Alianza, que se produce con un objetivo concientemente antipiquetero. Como dijo Alfonsín: “Para canalizar la protesta”, es decir para castrar sus tendencias a la independencia política. El sistemático incumplimiento de los acuerdos llevaría a los piqueteros a nuevos levantamientos populares, para lo cual debería alumbrarse una nueva dirección política. La etapa final del menemismo se desarrolló bajo el signo de enormes luchas provinciales: Jujuy, Tucumán y, sobre todo, Corrientes, donde los empleados públicos y todo el pueblo explotado se movilizaban contra la liquidación de sus condiciones de vida por las camarillas patronales. La ocupación de los puentes que unen Corrientes con Chaco eran el símbolo de la pueblada correntina. Allí golpeó el gobierno “progresista” de la Alianza, el cual desató una violentísima represión que dejó varios muertos. La salvaje represión en Corrientes marcaba el completo agotamiento del “progresismo” como fuerza reformista o de afirmación de la independencia nacional, casi antes de comenzar.

La Alianza terminó como había debutado: asesinando trabajadores. En diciembre de 1999 y en mayo de 2000, en todo el norte de Salta se vivieron dos puebladas excepcionales. Por su masividad, por su determinación para enfrentar la represión (que en el caso de la pueblada de mayo de 2000 llegó a expulsar a la Gendarmería de Mosconi) y, sobre todo, porque a su frente estuvo una dirección clasista que había superado políticamente a las “multisectoriales” y se encaminaba a convertirse en una dirección política del conjunto de las masas explotadas del norte salteño. En las puebladas del norte salteño se perfilaba el carácter obrero, clasista y piquetero de la oposición política que debió enfrentar durante los dos años de su mandato el gobierno aliancista.

A mediados de octubre de 2000, comienza el gran corte de La Matanza, que rápidamente se extiende a todo el Gran Buenos Aires. Paralelamente, estalla una nueva pueblada en el norte salteño: fue la primera expresión general de la “Argentina Piquetera”. El movimiento de cortes de ruta que se extendió por todo el Gran Buenos Aires

tampoco era “espontáneo”: fue preparado por asambleas y deliberaciones en las que participaron decenas de organizaciones piqueteras, que se habían construido durante los últimos tres años.

El gobierno de la Alianza echó lastre concediendo varios miles de “planes Trabajar”, cuyo cumplimiento efectivo debería ser más tarde impuesto por nuevas movilizaciones. En el norte de Salta, la reacción popular ante el asesinato del trabajador Aníbal Verón fue fulminante: el pueblo echó a la Gendarmería y ocupó la comisaría de Mosconi. La Policía fue obligada a huir en desbandada. El intento represivo fracasó rotundamente: no puede quebrar a la dirección piquetera clasista que había dirigido los últimos cortes. Esta dirección convocará, poco después, un Congreso piquetero que estableció un programa completo de reorganización social de la provincia y de la nación.

Poco después se reunió la I° Asamblea Nacional Piquetera, que fue un verdadero Congreso de trabajadores ocupados y desocupados, que reunió movimientos de lucha de todo el país. Votó un plan de lucha de cortes escalonados y una movilización a la Plaza de Mayo que fue excepcionalmente masiva. Después de la Asamblea Nacional Piquetera, los cortes de ruta, las movilizaciones y las ocupaciones continuaron extendiéndose por todo el país, incluyendo a creciente sectores de la clase media (estudiantes, pequeños comerciantes).

La lucha piquetera de los desocupados, los obreros ocupados e incluso las capas medias de la población (que recurrían a los métodos de lucha de los piqueteros) signaron las últimas semanas del gobierno de la Alianza. Las ocupaciones de Zanón en Neuquén, de los edificios de Telefónica y Telecom en la lucha contra los despidos, de las plantas cordobesas que despedían a sus trabajadores y las grandes movilizaciones de masas, como las de Córdoba y Neuquén, estaban señalando una nueva fase del ascenso de la lucha popular ante el agravamiento de la crisis. Contra todo esto se estrellaron Cavallo y De La Rúa. Fue la experiencia de lucha de casi una década la que convenció a los explotados de que había que marchar a los centros del poder político y movilizarse contra las instituciones del “Estado democrático”, para hacer valer la soberanía popular.

Esto último no significa que el conjunto de los trabajadores hubiese llegado a la conclusión de la necesidad de tomar el poder, ni mucho menos. Significa que las propias condiciones objetivas del derrumbe capitalista colocaban en el centro del debate la cuestión del poder y que era la obligación de todo partido que se reclamase revolucionario intervenir en los conflictos con un programa que apunte a la organización independiente de la clase obrera y, estratégicamente,

a la toma del poder. Lo acertado o no de las distintas caracterizaciones y, por lo tanto, la orientación de la lucha de clases pueden ser la diferencia entre la victoria y la derrota del proletariado.

En enero de 2001 un escándalo de sobornos explotó en el parlamento argentino. Los sobornos tenían un objetivo específico: que pasara una ley de reforma laboral abiertamente repudiada por los trabajadores argentinos en dos masivos paros generales. Y el soborno no fue “demasiado”, comparado con lo que pudo haber corrido cuando se aprobaron otras leyes, como las privatizaciones bajo el periodo “menemista”. Entel (teléfonos) se había privatizado en 8.400 millones de dólares; Aerolíneas Argentinas, en 2.250, Gas del Estado, en 3.320 millones; YPF (petróleo) se hizo por 20.000 millones de dólares. Pocos días después de las denuncias sobre las coimas para aprobar la ley anti-laboral, surgieron nuevas denuncias acerca de sobornos para aprobar la extensión de la concesión para la explotación del yacimiento petrolero más rico del país en beneficio del pulpo Repsol.

La causa general de todo este proceso de descomposición política era el fracaso de los planes económicos (en primer lugar, el derrumbe del Plan Cavallo y del régimen de convertibilidad, adoptado a inicios de la década de 1990), la imparable declinación de la producción y la enorme tensión social que generaba el crecimiento de la pauperización de las masas. Las evidencias del empantanamiento del gobierno aliancista (de la Alianza, elegido en 2000), y la disgregación del peronismo, eran anteriores al escándalo. La experiencia de los últimos veinte años volvía a confirmar que la entreguista burguesía nacional, y el régimen capitalista, eran incapaces de viabilizar un régimen efectivamente democrático.

La renuncia del vicepresidente Chacho Alvarez expresó que el gobierno de la Alianza, como planteo estratégico, no había resistido una experiencia de gobierno. El pacto entre los representantes del “progresismo” pequeño burgués y los viejos mascarones del capitalismo nativo naufragó sin remedio. La mimetización criolla de la ‘tercera vía’ de Tony Blair y Cia. concluyó en un fiasco todavía más vertiginoso que la original. “Chacho” renunció sin romper el pacto de gobierno. Dio un paso al costado para sortear las contradicciones insalvables de la camarilla presidencial con la base electoral que había llevado a la Alianza al gobierno. La renuncia de Alvarez fue un último recurso para evitar el hundimiento del gobierno y la convocatoria a elecciones generales anticipadas.

El desmoronamiento político del gobierno aliancista estaba vinculado a la cesación de pagos de Argentina. Para conseguir fondos

para hacer frente a los pagos de la deuda externa, el gobierno argentino había tenido que colocar bonos de deuda pública entre los bancos locales y las AFJP (fondos privados de jubilación) a tasas del 16% anual, o sea 10 puntos por encima del 6% que pagan los títulos del Tesoro norteamericano, es decir un 170% más caro. La colocación se interpretó como un preludio de la declaración de bancarrota. El conjunto de la deuda pública era superior a los 160.000 millones, con vencimientos por capital e interés en el 2001 de cerca de 30.000 millones de dólares. La deuda externa privada, que era virtualmente nula en 1990, ascendía ya a los 60.000 millones de dólares, en 2001.

El 65% de la deuda privada estaba contraída por los bancos. El hecho de que los bancos se encontrasen mayoritariamente extranjerizados no significaba que se financiasen con recursos de sus casas matrices, como se sostuvo a la hora de entregarlos a manos extranjeras, porque incluso esas casas matrices eran las mayores deudoras en el mercado mundial. La desnacionalización había potenciado, y no atenuado la posibilidad de una bancarrota financiera. Estas sucursales, en virtud de las regulaciones bancarias internacionales, no estaban habilitadas para obtener un socorro del exterior a partir del momento en que las consultoras internacionales aumentaron la calificación de riesgo de Argentina como consecuencia de su deuda elevada y de la concentración de su pago en el corto plazo.

El incremento de la tasa de interés norteamericana liquidaba las posibilidades de las políticas de ajuste deflacionario en América Latina. La devaluación brasileña de 1999, y la dolarización ecuatoriana fueron la manifestación aguda de la completa crisis del llamado modelo neoliberal. La causa precipitante de la crisis argentina era la generalización de la insolvencia de importantes monopolios de nivel internacional, que pagaban por sus propias deudas una sobretasa de interés del mismo rango que los llamados países emergentes. En el plano internacional, crecen los ceses de pagos de las grandes empresas, cuya relación deuda/patrimonio superaba el 100%. La deuda argentina representaba entre un cuarto y un quinto de toda la deuda comercializable de los países emergentes.

Si Argentina no cumpliera con sus obligaciones, el efecto resultante podía eclipsar el pánico financiero producido por la cesación de pagos de Rusia, en 1998. Se ponía al desnudo la conexión de la bancarrota argentina con la tendencia a la bancarrota generalizada del capitalismo "global" - en primer lugar del más desarrollado y parasitario, el norteamericano -, y también el carácter histórico de la crisis. Esta no se limitaba a una u otra modalidad del capital, no se

restringía a las particularidades de este o aquel país o de este o aquel régimen político, sino que era el resultado de la maduración del conjunto de las relaciones sociales. Los “inversores” se preparaban para lo peor. Según Neil Dougall, economista de *Dresdner Kleinwort Wasserstein*: “La devaluación parece ya una realidad y también parece inevitable el cese completo de los pagos de la deuda durante un largo periodo”. Todos comprendían que la devaluación era inevitable, lo mismo que el no pago de la deuda.

Se tuvo que recurrir a un “blindaje” financiero organizado por el FMI para contener la cesación de pagos. Pero el carácter internacional de la bancarrota argentina estaba diciendo claramente que no podía ser superada por un rescate financiero preventivo, porque incluso en el mejor de los casos seguían en pie todos los factores fundamentales de la crisis, en especial la tendencia a la cesación de pagos de numerosos monopolios capitalistas y de otras naciones altamente endeudadas. Esto explica la demora en la definición del “blindaje”.

El problema más serio que tenían por delante los explotadores capitalistas iba más allá de una crisis financiera terminal. Estaban condicionados a la emergencia de la *Argentina piquetera*. El piquete obrero fuera el gran protagonista de la huelga general del 23 y 24 de noviembre del 2000. Fue el principal elemento de la huelga, ya que obligó a levantar los servicios ferroviarios y a cerrar decenas de supermercados en todo el país. Fueron los piquetes y los cortes de ruta de los desocupados en La Matanza, en el sur del Gran Buenos Aires, y el gran piquete que llevó a la pueblada de Tartagal y Mosconi, en el norte del país (Salta) después del asesinato del piquetero Aníbal Verón, los que abrieron la tendencia hacia la huelga general.

El *piquete* recuperaba y desarrollaba a una escala nunca vista antes, un método de lucha histórico de la clase obrera y una tradición del proletariado argentino. El piquete hace su aparición en los cortes de ruta de los desocupados pero también aparece en los grandes conflictos obreros, como la lucha de Atlántida o la lucha de la pesca en Mar del Plata. El piquete tiene la gran virtud de que transforma la adhesión a una huelga, de pasiva y hasta rutinaria, en conciente. La diferencia no es menor porque equivale a preparar a los trabajadores para poner en pie su propio gobierno. Un gobierno de trabajadores significaría una participación sin precedentes históricos del trabajador en la cosa pública. Los demócratas repudiaban los piquetes pretendiendo ignorar que eran los piquetes los que gestaban la verdadera ciudadanía.

El papel central de los piquetes en las grandes movilizaciones estaba indicando el surgimiento de una nueva camada de dirigentes y de

nuevas direcciones. La maduración política de estos se manifestaba, también, en resonantes conquistas anti-burocráticas de sindicatos. Noviembre del 2001 terminó con el presagio de que una gran pueblada estaba en curso. El derrumbe de la Alianza en las elecciones de octubre; el agotamiento económico y los enfrentamientos en el seno de la burguesía sobre la “salida” ante el derrumbe; y el crecimiento de las movilizaciones obreras, piqueteras y populares en todo el país, ponían en evidencia que en la Argentina de fines del 2001 se planteaba abiertamente una crisis de poder.

Ante un movimiento de lucha popular en ascenso, la burguesía y el imperialismo se encontraban divididos sobre las alternativas para enfrentar la cesación de pagos y la quiebra. Tomaba cuerpo un frente devaluacionista - integrado por la burguesía “productiva”, el peronismo, la burocracia sindical moyanista y hasta el propio Tesoro norteamericano - cuya amplitud contrastaba con la impotencia de los instrumentos políticos de que disponía, el Congreso y los gobernadores, incapaces de dar una salida al hundimiento del régimen aliancista. A fines de noviembre, el gobierno aliancista era un gran cero político, que subsistía gracias a la división de los capitalistas sobre el *default* y la devaluación, y a la división del peronismo.

Noviembre terminó con grandes movilizaciones y marchas en el interior - en Córdoba, Neuquén, Tucumán y Entre Ríos - en las que de una manera creciente se abría paso la consigna votada, a instancias del Partido Obrero (PO), por la Asamblea Nacional Piquetera: “Fuera De La Rúa, Cavallo y los gobernadores del FMI”. A comienzos de diciembre el gobierno aliancista estaba terminado. Su continuidad era cuestionada por el FMI y el Tesoro norteamericano, que se rehusaron a girar fondos comprometidos; la burguesía devaluacionista conspiraba en las sombras para imponer una sucesión política en sus propios términos; el PJ anunciaba su intención de convocar una Asamblea Legislativa.

La imposición del “corralito” (congelamiento de los depósitos bancarios) fue la confirmación de la completa bancarrota económica y del derrumbe de los negocios capitalistas. La Argentina entró oficialmente en cesación de pagos luego de que el gobierno incumplió con el servicio de 28 millones de dólares de una emisión de bonos denominada en liras y con vencimiento en 2007. Al colapso económico debía seguirle, el colapso político del régimen. Pero las conspiraciones políticas de la burguesía no salían de las sombras porque todos los sectores capitalistas temían una explosión popular.

La veían venir de la mano de los 20.000 trabajadores que marcharon en Córdoba contra De la Sota y de los miles que salieron a

enfrentar el gobierno represivo de Sobisch en Neuquén, en la ocupación de la fábrica Zanón en Neuquén, y del Edificio Costanera de Telefónica (en Buenos Aires), por sus trabajadores y en las movilizaciones de Emfer y Aceros Bragado, en la movilización de los trabajadores de la cultura, de los docentes universitarios y de los trabajadores del Teatro Colón y, sobre todo, en la movilización de cinco mil piqueteros en la Capital, por iniciativa del Polo Obrero (vinculado al PO) y el MTR (Movimiento Teresa Rodríguez) entre otras organizaciones piqueteras.

Las manifestaciones en el interior tenían un carácter de masas: un *cordobazo* contra De la Sota (gobernador peronista de Córdoba) y una sostenida huelga de empleados estatales, que terminó convirtiéndose en una virtual huelga por tiempo indeterminado en Neuquén fueron los puntos más altos de las primeras semanas de diciembre. También fue muy alta la movilización piquetera del 5 de diciembre, convocada por el Polo y el MTR bajo la consigna “Por una Navidad sin hambre, Fuera De La Rúa-Cavallo” que tuvo un carácter nacional. Además de la importantísima movilización en Capital, hubo manifestaciones piqueteras en Córdoba, Tartagal y Tucumán.

El Partido Obrero, reunido el fin de semana del 8/9 de diciembre, caracterizaba que la crisis de poder que enfrentaba la Argentina era una expresión de la descomposición de las propias relaciones sociales capitalistas que llevaba a la quiebra de los regímenes políticos existentes y del Estado. Ponía de manifiesto la impotencia de las alternativas políticas, expresadas en un Congreso “incapaz de autoconvocarse al término de las sesiones ordinarias” y en el compromiso del PJ, el Frepaso, el ARI y el Polo Social (representantes de la “oposición”, inclusive “de izquierda”), a instancias de la Iglesia, en la terminación del mandato presidencial. Y resaltó el crecimiento de la movilización popular y sus perspectivas. Una parte de las masas ya estaba protagonizando movilizaciones cuya envergadura remitía al *Cordobazo*.

La provincia de Neuquén, por su lado, iba por el camino de una huelga general que, mediante la intervención de los obreros de Zanón, ha hecho pie en la industria. Había una tendencia a la ocupación de fábricas y el reclamo de la estatización de las que cerraban o despedían se iba haciendo popular. La rebelión popular y las crisis en las provincias se perfilaban como los detonantes de una próxima etapa. La crisis de poder, que culminaba la experiencia capitalista iniciada en 1989 con el menemismo y el proceso político monopolizado por peronistas, radicales y frepasistas, confirmaba el acierto de la necesidad de una Asamblea Constituyente para reorganizar política y socialmente al país quebrado por la burguesía.

La tendencia a la rebelión popular se manifestaba en todos los poros de la sociedad. Pocos días antes de la pueblada, la CTA, una de las centrales sindicales, convocó una “consulta popular” que concitó la atención de dos millones de personas pero que fracasó manifiestamente en Córdoba y Neuquén, las dos provincias que se encontraban a la cabeza de la rebelión popular. Mientras la CTA planteaba que “el próximo paso es la discusión del presupuesto”, los trabajadores marchaban en las calles y manifestaban frente a los supermercados y a los centros de poder político.

También se manifestó en el paro convocado por la CGT, que sólo logró tener fuerza allí donde, como Neuquén, Córdoba, Telefónica, empalmaba con la tendencia de lucha en curso. El paro de la “CGT Moyano”, la otra central sindical, fue políticamente impotente (por la división de la burocracia y por el carácter de conciliación con la patronal que le imprimió Moyano y por su negativa a continuarlo). La conclusión fundamental de la huelga era que el paro general aislado, resuelto desde arriba, se había agotado como instrumento parcial o deformado de lucha, no es capaz de dar cuenta de la situación de las masas, e incluso, está en contradicción con la tendencia a la rebelión popular que ya había comenzado.

Se comenzaban a destacar otras formas de lucha como las ocupaciones de empresas, las movilizaciones a los supermercados, las marchas políticas y las huelgas indefinidas y parciales provinciales. Una conjunción de estos movimientos, inevitable a medida que se acentuaba la descomposición económica y la política desorganizadora del gobierno, deberá llevar a la huelga política de masas y a una nueva organización de masas de los explotados. El PO definía, el 20 de diciembre, que “la tarea del momento es organizar los piquetes - de obreros, de desocupados, de pequeños comerciantes y profesionales - y las asambleas populares que los reúnan a todos ellos”.

En medio a la gigantesca movilización, un conjunto de partidos de izquierda emitió un comunicado en común:

Las organizaciones abajo firmantes, frente a la profundización de la crisis política, económica y social hacen un llamado a movilizarse en forma independiente el miércoles 12 y organizar el paro activo el jueves 13, para enfrentar esta verdadera catástrofe que se descarga sobre los trabajadores y sectores populares y proponer una salida alternativa, obrera y popular, a la crisis.

Frente a la nueva fuga de capitales el gobierno responde confiscando el salario del pueblo trabajador y perjudicando a los pequeños ahorristas. Se está provocando la bancarrota económica generalizada que agrava brutalmente la miseria social. Arreciarán los despidos y suspensiones masivas, se

agrava el festival de bonos provinciales para el pago de salarios y se plantean nuevos ajustes a través del presupuesto 2002. Frente al agotamiento de la convertibilidad, tanto la salida devaluacionista que proponen la UIA y otros sectores patronales como la variante de dolarización, significan un nuevo y feroz ataque a los trabajadores y el pueblo. Los impulsores de ambas variantes están por mantener el nefasto Déficit Cero.

A pesar de la tregua que las centrales sindicales le han dado al gobierno hasta este momento, las luchas del pueblo trabajador han crecido. Es necesario respaldarlas y desarrollarlas hasta derrotar el ajuste, a todo este modelo y sistema en crisis y al gobierno que lo sustenta. Y es necesaria una salida distinta para el país incompatible con el actual sistema, sostenido por la Alianza y el PJ, y que exprese una transformación de fondo.

Llamamos a concretar ya la convocatoria a la Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados, junto a los sectores populares saqueados por el sistema.

Por una alternativa obrera y popular: Fuera De la Rúa Cavallo. No al FMI - No al pago de la deuda - Nacionalización de la banca - Reestatización de las AFJP - Apoyo a todas las luchas de los trabajadores - Por un plan de lucha nacional progresivo y escalonado hasta derrotar este sistema - Libertad a Ali, Castells y demás presos. Desprocesamiento a los luchadores

Partido Obrero, Izquierda Unida (PC, MST), Movimiento Independiente de Jubilados y pensionados, MAS, PTS, FOS

A esa altura del proceso político, resultaba claro que el gobierno De La Rúa-Cavallo acabaría sus días como consecuencia de la rebelión popular. Un recambio del parlamento sería una consecuencia subordinada de los acontecimientos que habían escapado a su control. La fase final de la “pueblada” comenzó el miércoles 19 de diciembre, en el mismo momento en que De La Rúa anunció el “estado de sitio”. Decenas de miles salieron a la calle y avanzaron hacia el Congreso y de allí a la Plaza de Mayo. Los medios que calificaron esta movilización como ‘pacífica’ y de ‘clase media’ pasaron por alto que se trataba de la manifestación más subversiva que se podía imaginar: primero porque convalidaba todas las manifestaciones populares de ese día y del anterior, contra los supermercados, contra la municipalidad de Córdoba, en el Banco Provincia y la casa de gobierno de La Plata; segundo porque salía a quebrar el “estado de sitio”, o sea la máxima expresión de la violencia del Estado capitalista, y por lo tanto, salía a quebrar al propio gobierno.

La “clase media” se había hecho piquetera, un giro que era el resultado de un largo proceso de experiencia política y que ya se había manifestado con anterioridad, aunque en forma parcial, en la lucha de Aerolíneas, en los cortes de calles contra las inundaciones y en

la aplastante derrota sufrida por Franja Morada (agrupación vinculada a la UCR) en las universidades. Allí ya se escuchó la consigna que se convirtió en el programa político de la movilización y que el pueblo en la calle habría de imponer al día siguiente: “¡Que se vayan todos!”.

El jueves 20 se completó la obra iniciada no ya el miércoles por la noche, sino en todos los días previos. Hubo una continuidad de objetivos políticos y de protagonistas. La “violencia” comenzó en la propia madrugada del jueves, cuando la policía gaseó a la multitud que llenaba la Plaza de Mayo, precisamente porque la multitud “pacífica” había marchado para derrocar al gobierno y no estaba dispuesta a retirarse hasta ser satisfecha. En esa madrugada se produjeron cientos de detenciones y el primer asesinato en el centro de la Capital. Las patotas de la Federal y de la Side ya comenzaban a poner en funcionamiento la misma modalidad cobarde que unas horas después sería su “marca registrada”. De La Rúa comenzaba a irse de la misma forma en que había asumido: asesinando a trabajadores. Debutó con los asesinatos en el puente de Corrientes, terminó con los asesinatos en Plaza de Mayo y el Congreso.

Después de los gases y las detenciones, grupos de manifestantes ocuparon Plaza de Mayo, rodeados por la Guardia de Infantería y la Policía Montada. La renuncia de Cavallo, ministro de economía, no calmó los ánimos: ahora eran los trabajadores y los explotados los que querían más. En las primeras horas del jueves, Mestre y Mathov, políticos radicales aliados de De la Rúa, conspiran con los jefes policiales: la orden era “despejar la Plaza de Mayo”. Sabían que la movilización era imparable. Ya no les alcanzaba el “estado de sitio”: los asesinatos, los heridos, las detenciones ilegales, las torturas y la reaparición de los “grupos de tareas” eran entera responsabilidad política de estos “demócratas” aterrorizados.

Pero el salvajismo de la represión entonces convenció al pueblo, todavía más, de que había que echarlos, que había que pelear hasta que se fuesen. A las diez de la mañana, recomenzó la represión: detenidos, apaleados, gaseados. Pero ya hay miles que marchan a la Plaza. En cada esquina, grupos de manifestantes, con pañuelos en el rostro para aminorar los efectos de los gases, tiran piedras y arman barricadas en torno al Obelisco y al Teatro Colón, por donde venían las columnas que habían partido de Congreso. La caballería carga contra las Madres de Plaza de Mayo y las golpea rebenque en mano.

La batalla se había generalizado desde antes del mediodía: se luchaba en la Avenida de Mayo y en las dos diagonales que convergen hacia Plaza de Mayo. Las piedras enfrentaban a los gases, a las balas

de goma, a la caballería, a las motos y a los hidrantes. En un ambiente irrespirable por los gases, grupos de jóvenes y de no tan jóvenes avanzan, chocan, retroceden, se reagrupan y vuelven a avanzar. En medio de la barbarie policial, el heroísmo y la solidaridad del pueblo no tenía límites. En las refriegas, eran atacados los bancos y otras empresa; su lista era un verdadero índice de los saqueadores de la nación (Citibank, Fiat, HSBC Bank, Banco Comafi), de la corrupción de los políticos patronales (Banco Provincia) y hasta de los símbolos de la explotación capitalista, (como los McDonald's). No hubo saqueos en ninguno de estos casos; contra todo lo que dice la prensa, no se trababa de "vándalos" sino de una explosión de la furia popular contra los verdaderos saqueadores de la Argentina.

A primera hora de la tarde, la batalla alcanzó su punto máximo. Los manifestantes intentaban entrar en la Plaza de Mayo desde Avenida de Mayo, la dos diagonales, las calles del microcentro, desde San Telmo y desde el Bajo, región vecina al Río de la Plata. Rodeaban la Plaza; volaban piedras y se armaban barricadas; a los gases se oponía el humo de las fogatas y los incendios. El Partido Obrero, después de chocar con la policía en el Congreso, marchaba hacia la Plaza por la Diagonal Norte, junto con otros partidos de izquierda y sindicatos combativos. Frente al edificio de YPF, la columna resistía a pie firme la carga de la montada y la hace huir bajo una lluvia de piedras.

Cerca de las 17 horas, una gruesa columna de *motoqueros* hizo su entrada, una vez más, en esta oportunidad por Diagonal Norte. Fueron vivados por los manifestantes y se dirigieron directamente hacia la Plaza de Mayo. Fueron brutalmente reprimidos: dos son asesinados; otros son heridos. A partir de las 18, después de conocerse la renuncia de De La Rúa, la mayoría de los manifestantes refluye. Con las calles adyacentes a la Plaza dominadas por la policía, tienen lugar nuevos asesinatos a sangre fría. Al caer la noche, había caído también el gobierno. Hay más de 3.000 detenidos, cientos de heridos y 33 muertos. Pero el pueblo ha triunfado: no sólo ha volteado a un gobierno odiado; ha abierto una nueva etapa en la historia argentina.

El domingo 16 de diciembre, Jorge Altamira celebrara en un acto público el inicio de la rebelión popular y expuso la política del Partido Obrero en la semana que terminaría con el *argentinoazo*: "Estamos frente a una crisis histórica del capitalismo, que no empezó ayer ni hace tres meses. Por eso no hay solución ni con la dolarización, ni con la devaluación, ni con el default. La única solución es nacionalizar la banca, establecer el control obrero, dejar de pagar la deuda externa y que los trabajadores en el gobierno fijen el rumbo de la República Argentina... El pueblo argentino ya ha reaccionado.

Cualquiera que conozca la historia de los últimos veinte años sabe que cuando frente a una crisis de esta naturaleza se producen la movilizaciones que hay en Neuquén, las tomas de fábrica que hay en Neuquén, las movilizaciones de Córdoba, la ocupación de Telefónica y de Telecom, los cacerolazos de la clase media, los cortes de ruta de los desocupados, sabe que el levantamiento popular contra este régimen ya ha comenzado en las últimas semanas y se va a desenvolver todavía más profundamente en las próximas. El proceso de lucha popular ya ha comenzado. El planteamiento del Partido Obrero es la necesidad de que cada movimiento popular, sea un cacerolazo, sea una ocupación contra los despidos, se convierta en la ocasión de una Asamblea Popular del barrio, del distrito o de la provincia. Que se formen comisiones, se elijan delegados, que gente que sale a la calle a protestar arme una Asamblea Popular que concentre la soberanía del pueblo, que sea el lugar donde se tomen las decisiones. Que a partir de las Asambleas Populares en cada lugar del país, se arme una Asamblea Popular provincial o nacional que coordine el movimiento de lucha del pueblo argentino, contra los explotadores y los saqueadores.”

En la represión del jueves 20 se aplicó la metodología de terrorismo de Estado. Mientras la policía uniformada descargaba andanadas de gases y balas de goma y atropellaba con la caballería, el centro estaba repleto de patotas de civil, que se movilizaban en autos sin identificación. Aparecían de improviso, bajaban de sus autos, disparaban con armas de fuego y balas de plomo y huían dejando muertos o heridos. Otras veces, arrastraban a algún manifestante hasta el auto. También había grupos a pie, de civil, mezclados con la muchedumbre, que de repente detenían a los golpes a algún manifestante que quedaba aislado. Varios detenidos, como Eduardo de Pedro denunciaron haber sido torturados en la Plaza de Mayo con picanas eléctricas “portátiles”; sin excepción, los detenidos fueron brutalmente golpeados.

“Han vuelto a la Plaza a secuestrar gente; son los mismos secuestradores del régimen militar”, dijo el diario italiano *La Repubblica*, el 22 de diciembre. Estos “grupos de tareas” fueron los responsables de los primeros asesinatos de la tarde, que tuvieron lugar muy lejos de la Plaza de Mayo: dos manifestantes fueron asesinados a sangre fría en Bernardo de Irigoyen y Rivadavia (a diez cuadras de la Plaza) a las tres de la tarde; uno de ellos con dos balazos. Eran los mismos que asesinaron manifestantes frente al Mercado del Plata cerca de las 19 horas, cuando De La Rúa ya había renunciado y los manifestantes

comenzaban a retirarse. Los responsables políticos de estos asesinatos todavía están libres.

Las Asambleas Populares y el Bloque Piquetero Nacional, desde entonces protagonistas centrales de la lucha de clases del país, son los hijos del argentinazo del 19-20 de diciembre de 2001. Las Asambleas nacieron al calor de la movilización popular y florecieron como hongos en la semana posterior al Argentinazo. Hicieron su debut en la pueblada que terminó volteando a Rodríguez Saá, presidente peronista nombrado por el parlamento, que sucedió a De la Rúa, una semana después. El Bloque Piquetero fue la consecuencia de la delimitación política provocada por el Argentinazo y de la conducta ante la rebelión popular de las direcciones que hasta entonces habían actuado en común en la Asamblea Piquetera. Para el 20 de diciembre, la Asamblea Piquetera había convocado a una manifestación en el Congreso para marchar a Plaza de Mayo. Los acontecimientos llevaron a que el movimiento piquetero pudiera aparecer como la dirección política natural de un proceso de rebelión popular que lo había tenido como su principal protagonista.

Pero horas antes, el mismo 19, cuando el levantamiento popular era evidente, el dirigente D'Elía anunció que la FTV-CTA, sector piquetero peronista, no participaría en la concentración convocada con anticipación por la Asamblea Piquetera porque rechazaba la consigna que ésta había aprobado - "Fuera De La Rúa, Cavallo y los gobernadores del FMI"; pretendía que sólo se extendiera a Cavallo pero no a De La Rúa con la excusa de que era "golpista". La CCC, vinculada al PCR (Partido Comunista Revolucionario), a su vez, aunque criticó a la FTV-CTA, también desistió de marchar al Congreso y a Plaza de Mayo y llamó a realizar acciones locales (lejos de los centros de poder político) porque se oponía al reclamo de la marcha de expulsar también a los gobernadores, algo sintomático de su posterior apoyo crítico a Rodríguez Saá y de su acuerdo con Duhalde en torno a los Consejos Consultivos.

La Asamblea Piquetera, como movimiento, como programa y como perspectiva, estuvo presente en la pueblada por la intervención del Polo Obrero, del MTR y de otras organizaciones piqueteras que la integraban y de los partidos de izquierda que la apoyaban. Las mismas que en un plenario realizado el sábado 22 constituyeron el Bloque Piquetero Nacional.

Con el default de 260 mil millones de dólares, el "secuestro" de los depósitos bancarios, la casi disolución del capitalismo argentino, 2002 fue un año de catástrofe económica, con una caída del PIB sin precedentes. Al final de 2002, el producto bruto por habitante en

la Argentina sería inferior al del final de los años 1960. En 2002 se produjo una completa depresión: las evaluaciones más moderadas midieron una caída de la economía superior al 10%; después de una recesión continuada desde finales de 1998.

Un retroceso de semejante magnitud sólo se asemeja a los resultados de una destrucción bélica, y sólo admite comparación, en la historia reciente, con la catástrofe acontecida en la ex URSS, provocada por el proceso de restauración capitalista. Ambos casos, el argentino y el ruso, son emblemáticos. El segundo, porque fue presentado originalmente como el renacimiento mismo de la historia y, al mismo tiempo como su culminación. Mientras el viejo país de la propiedad estatizada sucumbía definitivamente, Argentina emergía en el horizonte como el modelo más perfecto de la “nueva economía”, aquella que según sus mentores superaría las imperfecciones de su propio pasado, en particular aboliendo el comportamiento cíclico del capitalismo, terminando, por lo tanto, con las crisis y alumbrando un sendero de ganancias y actividad en perpetuo ascenso.

Bastaba para ello con brindar garantías irrestrictas para el movimiento del capital: desregulando, desestatizando, liberando de toda barrera y aún asegurando con el poder del Estado la bendita y segura movilidad del capital. El economista Cavallo, el artífice e ícono del régimen de Menem, que subió al gobierno en 1989, regaló entonces al mundo la “convertibilidad”, que cumplía la función de aparecer como el sinónimo mismo de la nueva era: la Argentina representaba la perfección de las posibilidades del cálculo económico para el dinero mundial, puesto que cualquier resultado de un negocio al interior del generoso suelo argentino quedaba al mismo tiempo, cristalizado en dólares, la divisa planetaria.

La Argentina de Menem y Cavallo se transformó así en el símbolo mismo del “modelo neoliberal”, del llamado “consenso de Washington”, en suma, del capitalismo. En el ámbito nacional e internacional, durante el primer lustro de los años 90, la economía argentina y los frutos de la convertibilidad se presentaban como evidencia misma de la novedosa realidad. Inclusive en las trincheras del llamado “progresismo” se admitía, al menos, la “lucidez” y capacidad del mentado Cavallo para dar una salida al capitalismo nativo (el mismo progresismo centrozquierdista convocaría al mismo ex ministro para integrar el gobierno de la Alianza, presidido por Fernando de La Rúa, a principios del 2001).

Detrás de las cifras de “crecimiento” de los primeros años de la administración Menem, se escondían contradicciones irresolubles y hasta ficción contable, que fueron transitoriamente alentadas por la

coyuntura del mercado de capitales internacional, el estímulo a la especulación financiera, el proceso de privatizaciones -que no fue otra cosa que una enorme confiscación del patrimonio nacional “a precio de banana”- y por la reestructuración de la deuda externa. Pero no es menos cierto que todas las metas de política económica fueron llevadas hasta un extremo prácticamente completo en términos del recetario capitalista moderno. Por esto mismo, porque triunfó, porque dio todo lo que podía dar, el estrépito de la caída es ahora tan brutal.

Se puso de relieve así, no la limitación de tal o cual medida o política económica, sino del sistema capitalista como tal. Lo prueba el hecho de que la bancarrota definitiva correspondió, no al gobierno centro derechista de Menem, sino a su sucesor “centro izquierdista”, impulsado por el Frepaso y su líder Chacho Alvarez, un partido “progresista”, que subió al poder con un planteamiento político similar al que formulaba la dirección mayoritaria del PT en Brasil. Por este motivo, esa misma dirigencia del PT saludó en su oportunidad la victoria de la denominada Alianza sobre el neoliberalismo menemista como si se tratara de una conquista suya.

El primer “éxito” de Menem-Cavallo fue la comentada reestructuración de la deuda que, según el abordaje convencional, reinsertó a la Argentina en el contexto internacional. Recordemos que, cuando Menem accedió a la presidencia, la economía nacional se encontraba paralizada, en cesación de pagos, y la desorganización productiva y comercial progresaba en un contexto hiperinflacionario. La cuestión fue resuelta mediante lo que se conoció como la solución al endeudamiento en los términos del Plan Brady (nombre del entonces secretario del Tesoro de los Estados Unidos): la circulación económica fue retomada, la actividad comenzó a expandirse, los vínculos comerciales y financieros con el exterior fueron restablecidos. Parecía que el problema de la deuda externa había desaparecido.

Bajo el gobierno Menem, al pasar compulsivamente a los trabajadores a las llamadas Administradoras de Fondos de Jubilación Privada (AFJP), el estado tuvo que asumir el costo del pago a los jubilados que eran financiados con esos fondos, provenientes del descuento de los salarios del personal activo y con los aportes patronales. Estos fueron reducidos “para estimular el empleo (pero la desocupación progresó como nunca hasta alcanzar casi un 50% de la población económicamente activa, si se considera el desempleo abierto y el llamado desempleo encubierto).

El presupuesto público se convirtió así en un gigantesco subsidio al capital financiero. Del total del gasto estatal, casi un 40% era

destinado al sistema jubilatorio y hasta un 20% adicional se destinaba a cubrir los intereses de la deuda pública, que se incrementaba. Esto no podía concluir sino en una fantástica bancarrota. El dinero público fue enajenado en proporciones gigantescas para financiar el negocio de los grupos privatizadores (incluidas algunas corporaciones nacionales) y el de los acreedores de la deuda dolarizada.

Se trataba de una bancarrota capitalista, que tenía como contrapartida una expropiación sin precedentes de la población trabajadora, una destrucción similar de fuerzas productivas, y que concluía con una suerte de auto descomposición del sistema económico, y una expropiación que se extendía a buena parte de la clase propietaria. Lo ilustraba las imágenes de la enorme degradación de las condiciones de vida de la mayoría de los argentinos, así como de su pauperización, alcanzando a casi la mitad de la población que vive bajo la línea de pobreza. La situación argentina fue un caso paradigmático del proceso de autodisolución que acompaña la naturaleza misma del régimen económico y social, que es la manifestación particular de un fenómeno general, una manifestación concentrada de una crisis de alcance mundial, que expresa el agotamiento profundo de la forma social de producción capitalista.

En varias partes del mundo comenzaron campañas de solidaridad con el pueblo argentino, consistentes en la recolección de alimentos para paliar la situación de extrema pobreza. ¡Pero la Argentina nadaba en un mar de alimentos! En el año 2001 tuvo la mayor cosecha agrícola de toda su historia. La industria se encontraba con una capacidad ociosa también sin precedentes. En el parque automotriz metal-mecánico localizado en la provincia de Córdoba, la industria funcionaba desde mediados del 2001 sólo una semana por mes. Un cuadro desolador de máquinas paradas y obreros desocupados.

Desde principios del 2001 se fugaron del país alrededor de 25.000 millones de dólares en reservas y depósitos, se estima que en el exterior los grandes propietarios del país posean activos por una cifra que supera los 100.000 millones de dólares. Esa fuga se produjo por el quebranto del proceso de sobre-acumulación, sobre-inversión y sobreproducción. La “pesificación” de los depósitos en dólares, adoptada a comienzos de febrero de 2002 por el gobierno de Duhalde, fue un intento por licuar la deuda de los grandes grupos económicos, que no podrían subsistir si sus pasivos en dólares tuvieran que ser saldados en la divisa norteamericana. ¿Quién pagó esa “transferencia de ingresos”? Lógicamente, los pequeños y medianos ahorristas y las finanzas públicas. El FMI se negó a subsidiar esas maniobras, pretendiendo que una parte entera de los propietarios nacionales y

extranjeros rivales fuese liquidada, a favor de la penetración de los capitales norteamericanos. Entonces sí habría “ayuda”.

El detonante de la situación de Argentina fueron las jornadas del 19 y 20 de diciembre del 2001, cuando la población movilizada en una manifestación de alcance nacional (con epicentro en la histórica Plaza de Mayo) produjo la caída inmediata de un gobierno bajo la presión misma de la insurgencia popular, un gobierno dirigido por un partido afiliado a la Internacional Socialista. Un protagonista clave del “Argentinazo” fue la clase media “porteña” (de Buenos Aires), la misma que hegemonizó la movilización electoral que llevó a De La Rúa y a Chacho Álvarez al poder.

Esa clase media porteña, implacablemente agredida por su propio gobierno, se insurreccionó el 19 y 20 de diciembre, cuando de La Rúa pretendió establecer el Estado de Sitio en el país. Una medida dirigida precisamente a neutralizar a esa misma clase media, a asustarla con los saqueos crecientes que asolaban en el país, con los “pobres” y “hambrientos” que amenazaban las normas de convivencia “democrática” y hasta la pequeña propiedad de productores y comerciantes. En cambio, la clase media se unió a los “pobres” y “saqueadores” y ganó multitudinariamente las calles, cacerola en mano, para echar el Presidente.

Los piqueteros, emergentes de las filas de la desocupación masiva que creció como mancha de aceite en los últimos diez años, son en su inmensa mayoría, ex obreros. Muchos de ellos con experiencia sindical y de lucha previa. Los que levantaron ciudades enteras en el norte argentino en los últimos años, como en Salta, en el extremo noroeste del país, son ex trabajadores de la empresa petrolera estatal que pasaron del reclamo de subsidios al desocupado a la reivindicación de puestos de trabajo genuinos en las empresas privatizadas, formulando inclusive planes de reorganización social y económica de las zonas devastadas por la política confiscatoria de los gobiernos. En noviembre del 2000, una huelga general, convocada por las centrales sindicales, dominadas por burocracias vinculadas a las cliques dirigentes del Estado, fue tomada por los piqueteros.

La Argentina piquetera, la Argentina de los piquetes y las cacerolas necesitaba otra política. Había sonado una hora decisiva para la agotada burguesía nativa, para las clases dirigentes históricas, sus partidos y programas. Nada sería como antes. La discusión sobre si Argentina contagiaría a sus vecinos ocupó el centro del escenario. El tequilazo mexicano de 1995 y la devaluación brasileña de 1999 fueron anticipos que mostraban el camino hacia el derrumbe. Argentina fue el eslabón siguiente, pero podría haber sido cualquier otro.

Lo que hundía a América Latina no era el simple “contagio” argentino sino las contradicciones del capitalismo mundial. América Latina se hundía bajo el peso de la deuda externa y la crisis de sobreproducción mundial, el vaciamiento financiero, productivo y comercial, el hundimiento de las monedas y los sistemas bancarios, la recesión y la quiebra de empresas. América Latina no enfrentaba una “crisis regional”; la crisis latinoamericana era una de las manifestaciones de la agudeza de la crisis del capitalismo mundial.

Seis meses después del argentinazo, la devaluación uruguaya y el derrumbe brasileño daban un golpe demoledor a Argentina. Esos mercados volvieron a “cerrarse” para las exportaciones argentinas y desaparecieron los supuestos “efectos reactivadores” que sus mentores atribuyeron a la devaluación del peso en enero. Rápidamente pudieron comprobarlo los negociadores argentinos en la llamada “ronda automotriz del Mercosur”, que fracasaron en su intento de elevar el cupo de exportaciones automotrices argentinas a Brasil.

La prioridad del gobierno brasileño pasaba por demostrar ante los acreedores internacionales su “capacidad de repago de la deuda”, lo que les impediría elevar su saldo comercial desfavorable con Argentina. Pero, precisamente por las mismas razones -demostrar la capacidad de repago de su deuda- Argentina necesitaba desesperadamente aumentar sus exportaciones a Brasil. Los intereses “nacionales” de las burguesías de Argentina y de Brasil llevaban a su propia creación, el Mercosur, a la ruina. La recesión en curso en Brasil, desde fines del 2001, explicaba la caída del 25% de las exportaciones argentinas a Brasil en los primeros cinco meses del 2002, a pesar de haber sido “abaratadas” por la devaluación.

Como en 1982, cuando estalló la “crisis de la deuda” después de que México entrara en cesación de pagos, en América Latina se cerraba un ciclo. El Tesoro norteamericano y el FMI tuvieron una política perfectamente definida, enunciada en forma clara por Paul O'Neill, secretario del Tesoro de Estados Unidos: “no hay más salvatajes”, “no hay más rescates para Argentina, ni para Brasil, ni para nadie”. La debacle agudizó la lucha intra-capitalista por la centralización del capital, la consolidación, el desplazamiento de los más débiles, por la apropiación de las empresas quebradas, la captura de los mercados, la disputa por los despojos.

Pero, así como la crisis de 1982 fue la carta de defunción de las dictaduras de la década de 1970, el colapso latinoamericano comenzó a marcar el fin de los regímenes democratizantes. Se abría en el continente una etapa de furiosa lucha de clases, de caída de regímenes políticos, de golpes y contragolpes del imperialismo, de giros

nacionalistas de las burguesías nacionales, y, por sobre todo, de una impetuosa irrupción del movimiento de las masas explotadas en defensa de sus condiciones de vida.

Después del argentinazo, el interregno comandado por Rodríguez Saa (gobernador de San Luis) fracasó, dando lugar a una salida de crisis, con el gobierno Duhalde (ex gobernador de Buenos Aires). Fue un gobierno votado por la Asamblea Legislativa convalidando un golpe de estado. La Asamblea actuó como títere de un pacto previo y en ésta, nadie denunció la existencia de este golpe de estado.

El gobierno Duhalde fue la alianza entre el gobierno norteamericano y la burguesía industrial, y se sostuvo hasta 2003 sobre la base de la devaluación, un presupuesto austero y el pacto con el FMI. Esto supuso la consumación del default, con la quiebra parcial de la banca europea y argentina, tenedora de gran parte de los títulos de la deuda externa, en beneficio de la banca norteamericana. Y también un ataque demoledor contra las masas a través de la devaluación, al mismo tiempo manteniendo el “corralito” sobre los depósitos sin plazo alguno de devolución.

La crisis revolucionaria argentina se proyectó sobre toda la política hemisférica de los EE.UU.: “La crisis de Argentina representa un nuevo desafío para los esfuerzos del presidente de Estados Unidos, George W. Bush, de lograr un pacto de libre comercio en el Hemisferio Occidental... la tercera economía latinoamericana enfrenta una grave crisis económica y política, además de una cuantiosa deuda externa. El nombramiento de Eduardo Duhalde, senador del partido peronista, como quinto presidente de Argentina en menos de dos semanas ha suscitado interrogantes sobre el compromiso a largo plazo del país con la apertura de mercados. En un discurso a la legislatura argentina después de su nombramiento, Duhalde se comprometió a ‘terminar con un modelo (económico) agotado que ha sumido en la desesperación a la enorme mayoría de nuestro pueblo’, y prometió defender enérgicamente los intereses nacionales mientras Argentina se integra más en la economía mundial. Esto podría complicar el objetivo del gobierno de Bush de concretar el plan de un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que abarque desde Canadá hasta Chile, para el 2005. Previamente, Argentina había sido uno de los mayores propulsores de ese proceso”.

La deuda pública externa del país era, entonces de US\$ 141.000 millones. La crisis argentina desataba una crisis del sistema financiero internacional, y planteó un estado de disolución nacional. Pero al inicio del nuevo siglo, la dinámica política de América del Sur estuvo dominada por la movilización argentina.

Las multitudinarias manifestaciones que se llevaron a cabo el 19 y 20 de diciembre de 2002, celebrando el primer aniversario del levantamiento popular que acabó con la presidencia de De La Rúa, recordaron que la tempestad, lejos de amainar, continuaba en apogeo. Las jornadas que derribaron a De La Rúa, significaron la convergencia de las llamadas clases medias con los piqueteros y el resto de la clase trabajadora argentina. Desde entonces el país fue escenario de una extraordinaria explosión de formas de lucha y solidaridad, desde las asambleas populares a las ocupaciones de fábricas, pasando por los comedores, las compras comunitarias, las huertas populares, etc.

La trayectoria del gobierno de Duhalde, que precedió a las jornadas de diciembre de 2002, fue marcada por el fracaso, expresado por la creciente descomposición de la economía, por la extraordinaria división de las clases dominantes, y por su impotencia para frenar el ascenso de las luchas populares. Una crisis que llevó al FMI a cambiar su tradicional papel de bombero, por el de incendiario.

Con la devaluación del peso, el gobierno buscaba incentivar las exportaciones y proteger la producción y el mercado interno, a costa de la desvalorización de los salarios y el gasto público. La devaluación contó con la complicidad del FMI y del Tesoro Norteamericano, que pretendían el abaratamiento de los activos argentinos y el desplazamiento de la competencia de los inversores europeos. Un año después el cuadro de la economía era catastrófico. El desempleo alcanzaba el 28% de la población activa y el empleo precario superaba el 20%, mientras que el poder adquisitivo de los salarios retrocedía un 25% en 7 meses. El coste de la canasta familiar se incrementó 73,8% en un año, situándose en mayo de 2002 en 650 pesos, mientras que el 70% de los asalariados gana menos de 500 pesos. Pese a una caída tan drástica de los costos salariales, 50.000 trabajadores se quedaban sin empleo cada mes.

Según las siempre conservadoras estadísticas oficiales, más del 55% de la población era considerada pobre, y más del 20% indigente. Saltó a la luz en los medios de comunicación de todo el mundo la muerte de centenares de niños, sólo en la provincia de Tucumán. En un país donde se producen alimentos para 300 millones de seres humanos, 33 niños se morían de hambre cada día. Según cifras oficiales, había 260.000 niños desnutridos, el 15,5% de la población infantil (aunque en algunos lugares como en el Gran Buenos Aires la cifra llegaba al 32% y en otros). El 70% de los niños argentinos no recibía el mínimo de la dieta adecuada, facilitando la propagación de enfermedades y parásitos.

A pesar de la devaluación, las exportaciones estaban casi estancadas, y la renegociación de la deuda externa continuaba paralizada. La caída del 13% del PIB no reflejaba las dimensiones reales del colapso. Como consecuencia de la deflación, el valor de la masa de producto había caído casi en un 50%, lo que implicaba una fuerte quiebra de capitales. No se concedían créditos bancarios de ninguna clase, las inversiones caían en picada. La devaluación, lejos de ayudar a reactivar la economía, fue un factor favorable a la desinversión y la fuga de capitales. En diciembre de 2002, el gobierno aplicó una subida generalizada de los servicios de luz, agua, gas y teléfono. El FMI y el Tesoro norteamericano exigían que la futura reestructuración de las finanzas públicas diese lugar a un excedente con el que pagar la deuda externa, y se oponían tajantemente a que se invirtiese en un plan de salvación de los empresarios argentinos y de los inversores europeos.

El otro de los dos grandes objetivos del gobierno Duhalde fue la liquidación del movimiento piquetero. En un primer momento maniobró para atraerse al sector más moderado (la FTV-CTA, D'Elia, Alderete...), mediante un acuerdo con la iglesia y las cámaras patronales a través de los consejos consultivos, mientras se reprimía al más combativo. Esta fue la finalidad de los asesinatos de Puente Pueyrredón, que en un primer momento fueron atribuidos a la violencia de los "incontrolados".

De esa forma el gobierno quería legitimar la represión y erigirse en el árbitro de la crisis. Sin embargo la provocación se derrumbó cuando todo el mundo pudo ver, a través de las cámaras de televisión, la ejecución a sangre fría de Darío Santillán y Maximiliano Kosteky, a manos de la policía. La respuesta popular fueron las movilizaciones que sucedieron entre el 27 de junio y el 9 de julio, y con la masiva ocupación de la Plaza de Mayo por las organizaciones piqueteras, junto a las asambleas populares, que exigían el castigo a los culpables (tanto los autores materiales, como a sus instigadores).

Temeroso de acabar como De La Rúa, Duhalde tuvo que retroceder, anunciando el castigo de los policías responsables y el adelanto de las elecciones al mes de marzo (y después a abril) de 2003. El retroceso del gobierno fue acompañado de nuevas victorias (la extensión del subsidio de desempleo a dos millones de parados, la expropiación de varias empresas ocupadas, aumentos salariales e incluso la reducción de la jornada laboral para los trabajadores del metro subterráneo de Buenos Aires). El fracaso del gobierno implicaba que la burguesía tenía que replantearse la forma con la que se enfrentaba a la mayor bancarrota política y económica de la historia. Convertida

la Alianza (que había gobernado con De La Rúa) en un cadáver político, la otra gran opción del sistema, el peronismo, se fragmentaba en duras batallas internas, plagadas de denuncias de los métodos mafiosos de las distintas camarillas enfrentadas.

La debilidad del gobierno se acentuaba por el derrumbe de numerosos alcaldes y gobernadores provinciales. La quiebra política del Estado capitalista no sólo se evidenciaba por el enorme descrédito del gobierno. También se reflejaba en la extraordinaria división de la burguesía argentina, inclusive la descomposición de su propio aparato represivo.

La “izquierda” del sistema no tenía alternativa. Elisa Carrió, Luis Zamora o Alicia Castro no conseguían despegar como candidatos/as. Su trayectoria política fue una vacilación constante entre el boicot y la presentación de sus candidaturas a unas elecciones en las que más de la mitad de la población manifestaba su descrédito. La popular consigna: “¡Qué se vayan todos!” expresaba el rechazo de la inmensa mayoría de la sociedad argentina a la llamada “clase política”. La quiebra política revelaba el fracaso de los capitalistas argentinos y sus socios internacionales. En las semanas anteriores al “corralito”, los propietarios del país, no más de 1.500 empresarios, saquearon sus arcas llevándose a puertos más seguros más de 3.000 millones de dólares que estaban depositados en los bancos. Se calculaba que la burguesía argentina tenía más de 160.000 millones de dólares depositados en el extranjero, más que la deuda pública o el PIB del país.

La putrefacción del Estado argentino se hacía evidente en la descomposición de su propio aparato represivo. El Subsecretario de Seguridad de Buenos Aires confesó ante la alarmante ola de crímenes en los que se había visto involucrada la policía, que las fuerzas de seguridad estaban afectadas por la complicidad con bandas mafiosas. La crisis también afectaba al aparato de Estado. La caída de los salarios y el corralito estimularon la corrupción entre sus miembros, que buscaban en la delincuencia poder sobrevivir.

A medida que la crisis se agravó, surgió una proliferación de formas de organización, lucha y solidaridad entre los explotados. Todas esas formas, nacidas al calor de la situación revolucionaria, tendieron a converger en torno al movimiento piquetero. Cientos de locales fueron ocupados y transformados en comedores populares y centros culturales, donde se discute la organización y la extensión de las luchas. Fuera de las ciudades se expropiaron tierras improductivas, convertidas en huertas colectivizadas que se encargaron de suministrar alimentos a la población hambrienta organizada en torno a las asambleas piqueteras.

En la Asamblea Nacional Piquetera celebrada en febrero de 2002, se rechazó la propuesta de convertir al movimiento en una agrupación de características ideológicas, a través de un centro coordinador de luchas populares, porque hubiera llevado a su disolución política en la burocracia de la CTA y de los partidos del llamado “centro izquierda”. Las organizaciones surgidas al calor de las luchas se transformaron en una escuela de revolucionarios. Las discusiones y los debates, lejos del diletantismo, alumbraron un proceso de clarificación política entre sus miembros. El contenido de los debates iba mucho más allá de lo económico, situándose de lleno en lo político, en la cuestión del poder, del gobierno de los trabajadores.

A lo largo de las luchas, miles de activistas fueron detenidos y torturados, muchos fueron encarcelados en espera de un juicio farsa, y decenas de ellos asesinados (Mauro Ojeda, Javier Barrionuevo, Carlos Almirón, Graciela Acosta, Maximiliano Kosteky, Teresa Rodríguez, Aníbal Verón, y otros más). El reclamo de la libertad de los presos políticos (como la lucha que en octubre liberó al dirigente piquetero Raul Castells) y la exigencia del juicio y castigo a los culpables de los asesinatos, movilizaron a decenas de miles de trabajadores en todo el país. El Bloque Nacional Piquetero fue la expresión de lo más avanzado y consciente surgido del argentinazo. Las organizaciones locales abrieron cientos de comedores populares que se encargaron de alimentar a las masas hambrientas. A través de las movilizaciones y reclamos consiguieron arrancar al gobierno grandes cantidades de alimentos que distribuyen entre la población. Sin embargo rechazaron tajantemente convertirse en los gestores de la miseria: exigieron salario y trabajo. Los comedores populares no se diferenciaron de las fábricas ocupadas y puestas en funcionamiento por sus trabajadores: buscaron y buscan la supervivencia a través de la movilización y la lucha contra el Estado capitalista.

El Bloque Nacional, agrupando a los sectores combativos, fue desplazando a los colaboracionistas (CCC-CTA), pese al apoyo que éstos recibían del gobierno, para boicotear las movilizaciones (la CCC y la FTV-CTA se negaron a asistir a la manifestación convocada por el Bloque, la Aníbal Verón y el MIJD, y que contó con la asistencia de las Asambleas populares, el 27 de junio, en repudio por los asesinatos del Puente Pueyrredón). El 28 y 29 de septiembre de 2002 se celebró la Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados en la que se reunieron más de 1500 delegados de todo el país (convocada por el Bloque, el MIJD, Barrios de Pie y la CTD Aníbal Verón, participaron también decenas de asambleas populares, delegados de sindicatos combativos, cuerpos de delegados,

fábricas en lucha, delegados de federaciones y centros estudiantiles), para discutir la situación y sus perspectivas.

La influencia del ala izquierda, el Polo Obrero (impulsado por el Partido Obrero), fue muy importante. El Bloque Piquetero desarrolló una línea política encaminada a atraer a los dos millones de desocupados integrados en los planes de trabajo del gobierno. Se exigió la mejora de sus condiciones de trabajo, su derecho a la autoorganización, cobertura sanitaria y jubilatoria, y la elección de los encargados y capataces por los propios trabajadores. También se denunció que los planes Trabajar estaban siendo utilizados por los dirigentes políticos burgueses y los empresarios, con la complicidad de la burocracia sindical, para destruir puestos de trabajo fijos.

El Bloque Piquetero reclamó el aumento de los salarios a 600 pesos indexados como mínimo, con el objetivo de levantar un programa de luchas que unifique los intereses de los trabajadores empleados, con los parados y precarios. Un ejemplo fue la campaña que para rebajar el horario de los trabajadores del Subte de Buenos Aires a 6 horas diarias, sin recorte salarial, con lo que se crearían cerca de 1500 puestos de trabajo en la empresa. La batalla por la unidad de los trabajadores bajo la bandera del movimiento piquetero, sólo podía llevarse a cabo con una tenaz batalla contra el control burocrático de los sindicatos, a través de la elección directa de cuerpos de delegados. Frente a los despidos y el cierre de empresas, el Bloque propuso su ocupación y puesta en funcionamiento bajo el control de los mismos trabajadores. “¡Qué se vayan todos!” y “¡Qué gobiernen los trabajadores!” fueron las consignas centrales.

Las Asambleas Populares nacidas en las jornadas revolucionarias de diciembre de 2001, organizadas en los barrios, especialmente en el Gran Buenos Aires, agrupan no sólo a trabajadores, sino también a sectores de la clase media y especialmente a la juventud. Nacieron como respuesta a la profunda descomposición del capitalismo argentino. Su relativo reflujo que reflejó el cansancio de sectores de la clase media. En su seno existían tendencias hostiles a los piqueteros, pero minoritarias. Su alianza con los piqueteros fue probada en multitud de movilizaciones. Juegan también un papel de primer orden como punto de apoyo de las fábricas ocupadas, como Brukman, Zanon, Chilavert y Grissinópolis, donde ayudaron al mantenimiento de las luchas a través del reclamo de bolsas de comida, redes solidarias y la movilización de los barrios frente a las amenazas de desalojo de la policía y de las patotas empresariales.

En un año se perdieron más de medio millón de empleos. Las inversiones empresariales desaparecieron y el PIB cayó 20% en seis

meses de 2002. A pesar del menguante poder adquisitivo de los salarios, perder el trabajo en estas condiciones implicaba perder las escasas posibilidades de supervivencia del trabajador y su familia. Este es el temor que atizó la burocracia sindical para paralizar las luchas. Sin embargo el constante cierre de empresas y la imposibilidad de poder vivir con el salario fueron empujando a los trabajadores activos hacia el movimiento piquetero. Frente al cierre de 1200 empresas, centenares de ellas fueron ocupadas y puestas a funcionar por sus trabajadores, para garantizar sus empleos. En empresas como Lavalán o Parmalat, piqueteros y trabajadores de las fábricas ocupadas se enfrentaron con éxito a la policía y a los matones enviados por los empresarios.

En octubre de 2002, la resolución política del Comité Nacional del Partido Obrero describía la situación económica del país y los trabajadores sin tapujos: “La crisis del actual proceso político traduce, en primer lugar, la incapacidad del gobierno para reagrupar a la burguesía en torno a una salida a la bancarrota capitalista. Los anuncios reiterados sobre el hecho de que la depresión productiva habría encontrado un “piso” se han visto desmentidos una y otra vez. La capacidad ociosa de la industria es más elevada que nunca. Las cifras publicadas la semana pasada han vuelto a mostrar una caída de la producción que niega la pretensión de haber tocado fondo. El gobierno alega, de todos modos, haber evitado la hiperinflación. Pero la medicina aplicada para esta supuesta “estabilización” es una caída tan brutal del consumo que, por sí misma, inviabiliza toda reactivación capitalista. La magnitud en el retroceso del precio de la fuerza de trabajo y la desocupación en masa, implican una quiebra vertebral de las condiciones en las cuales se desarrolló el mercado interno en el período histórico previo. La caída ha sido tan abrupta que el salario medio es ahora inferior al mínimo de todos los tiempos, registrado en el peor momento de la hiperinflación del 89. El producto por habitante ha retrocedido a valores de medio siglo atrás. No hay posibilidad de un relanzamiento de la economía sin revertir este cuadro y recomponer la masa salarial como proporción del producto interno”.

En las fábricas ocupadas aparecieron también tendencias corporativistas. Sin embargo esto no desmereció el caudal revolucionario de las ocupaciones. A través de las luchas los trabajadores tomaron conciencia de que necesitaban la solidaridad de otras fábricas ocupadas, del movimiento piquetero y de la clase obrera en general, para poder oponerse con éxito al Estado y los empresarios. Frente al cierre de las empresas, las organizaciones piqueteras reclamaron su ocupación

y expropiación sin indemnización a sus antiguos propietarios. Los libros de contabilidad debían ser abiertos y examinados por los representantes de los trabajadores, y debían ponerse en funcionamiento bajo el control de los mismos trabajadores de la empresa.

¿Qué es el movimiento de fábricas ocupadas? En la Argentina de 2003 ya había alrededor de 1.200 empresas vaciadas, ya sea porque habían quebrado, están en convocatoria o fueron directamente abandonadas por sus dueños. Este dato es una medida de la caducidad del régimen social. Frente a este cuadro de bancarota comenzaron a florecer nuevas experiencias, que tienen a la clase obrera como fuerza motriz. Ante el abandono patronal los trabajadores tomaron en sus manos las conducciones de las plantas, las pusieron a funcionar y garantizaron la continuidad de la producción.

Según otra información, unas 1.800, de un total de 200.000 pequeñas y medianas empresas en el país, son manejadas por sus empleados, luego de haber quedado a la deriva cuando sus titulares las dejaron en bancarota. Este fenómeno se fue extendiendo. Lo novedoso es que además de rechazar los despidos y reclamar por los salarios caídos, los trabajadores se ponían a discutir qué hacer ante el cierre de la empresa. Por otro lado, a la par de los trabajadores, los desocupados y vecinos, a través de las organizaciones de desocupados y asambleas populares, tomaron la iniciativa de recuperar empresas inactivas y se movilizaron para ponerlas nuevamente en funcionamiento. La ocupación de Sasetru fue la expresión más avanzada de ese proceso: centenares de trabajadores de la zona, con el apoyo del Polo Obrero, reabrieron la planta de pasta que formaba parte de ese vastísimo complejo empresario, inactiva durante 19 años.

El vaciamiento general de empresas es una señal inconfundible del derrumbe de un orden social. Lo que antes era la excepción, pasó a ser la regla. Los patrones huyen de las fábricas. Ni siquiera aparecen otros candidatos dispuestos a sustituirlos. En los contados casos en que surge un capitalista interesado, la operación no es más que una pantalla para algún negocio inmobiliario o especulativo, o un proyecto de brutal racionalización. Esto pone a la orden del día la necesidad de una transformación social, en la que los trabajadores están llamados a jugar un papel protagónico. El principal obstáculo para la producción, como lo corroboran los centenares de empresas vaciadas, es el propio capital. Los costos laborales fueron reducidos a su mínima expresión, mientras el ritmo fue llevado como contrapartida a su máximo nivel. Esta política de flexibilidad laboral extrema no sirvió, sin embargo, para que las empresas salieran a flote. Mientras los obreros vieron reducir sus condiciones de vida a niveles inauditos,

los patrones vaciaban las empresas y desviaban los recursos para otros negocios, o al exterior.

Las más de 1.200 empresas abandonadas hablan de la incompatibilidad existente entre las posibilidades de producción y las relaciones de producción imperantes. Establecimientos enteros, con capacidad para emplear miles de obreros, parques de maquinarias modernos e instalaciones adecuadas, abandonados, corren el riesgo de desaparecer, mientras millones de personas no tienen trabajo, con sus demandas alimentarias, de vestimenta y de vivienda desesperantes, sin satisfacer. El problema no residía, por lo tanto, en el costo laboral sino en el “costo” empresario. Grissinópolis, Chilavert, Ghelco, Brukman, Zanón, así como las decenas de plantas en la misma condición, son “viables”; lo que las hace “inviabiles” es la voracidad y el parasitismo patronal. Se destruye el mito que presenta a la propiedad privada como el medio excluyente y natural de organización de la producción.

Este movimiento, de un modo general, ha sido canalizado por el “Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas” (MNER), que nuclea a gran parte de las empresas que han pasado a ser conducidas por sus trabajadores. El “Movimiento de Empresas Recuperadas” aboga por la “autogestión”, o sea que la perspectiva de los trabajadores de las fábricas ocupadas es convertirse en sus dueños. Bajo esta óptica, la competencia y el mercado capitalista no serían un obstáculo insalvable; los trabajadores podrían terminar comprando, si hiciera falta, los activos de la empresa. La autoexplotación hasta el extremo de no cobrar un peso (“vivir a pan y agua”), se justificaría en función de este objetivo. Consecuentemente con ello, lo que se privilegia de las leyes de expropiación es que frenen el desalojo (todo lo demás pasa a un segundo plano) pues, a partir de ello, los trabajadores tendrían la vía despejada para encarar “autónomamente” la reconstrucción de la empresa.

El programa de las “Empresas Recuperadas” plantea la reforma de la Ley de Quiebras y la creación de un fondo fiduciario; una vez decretada la quiebra, se pretende otorgarle a los trabajadores el manejo de la empresa por el plazo de dos años. Vencidos los dos años, se vuelve al punto de partida: la patronal retoma el control total de la empresa y tiene la facultad de desalojar a los trabajadores, quienes deberían comprar la planta si decidieran continuar con su actividad. Mientras tanto, en el curso de estos dos años, la empresa continuaría bajo la tutela del juez y síndico de la quiebra, quienes están encargados de velar por los intereses de la masa de acreedores. Además de precaria, la reforma es funcional al rescate del capital: en caso de que

la empresa saliera a flote, el esfuerzo obrero - expresado en la revalorización de los activos de la empresa - terminaría siendo apropiado por los acreedores.

La reforma circunscribe su acción a las empresas quebradas. El Movimiento de Empresas Recuperadas se detiene ante el altar del derecho de propiedad y no avanza un paso más, aunque nadie ignora que las empresas bajo esa condición son una minoría dentro del mapa de fábricas abandonadas. La misma limitación se registra en relación al “fondo fiduciario”, cuyos recursos tendrán como contrapartida un reaseguro a cargo de las fábricas autogestionadas por sus trabajadores, quienes deberán ofrecer las garantías necesarias para asegurar la devolución de la deuda. No estamos frente a un subsidio no reintegrable sino ante un préstamo que condiciona el desenvolvimiento de la gestión obrera y cuya entrega está atada a una serie de restricciones. Este programa estrecho y limitado conduce a reconstruir las empresas sobre bases capitalistas. Esta reconstrucción, a la corta más que a la larga, resulta incompatible con la gestión obrera.

El nucleamiento de “Empresas Recuperadas” constituye una réplica, en el ámbito de las fábricas ocupadas, del lugar que ocupan la CCC y la CTA en relación al movimiento piquetero. Así como el horizonte de ambas organizaciones es administrar los planes de empleo, es decir, un programa asistencialista, del mismo modo, el horizonte de MNER es la gestión de microemprendimientos en el marco del mercado y el sistema de explotación capitalistas.

Así como constituye un grave error hacer un fetiche de la “auto-gestión”, constituye un error similar la “estatización”, y más aun convertirla en sinónimo de socialismo. Una empresa estatal constituye una forma de propiedad burguesa. El Estado reproduce las relaciones sociales de explotación y hasta lo hace en forma más exacerbada, por su condición de representante de conjunto de la clase patronal. De la misma manera que asistimos al vaciamiento de las empresas privadas, enfrentamos el vaciamiento de escuelas, hospitales, centros culturales y asistenciales. El presupuesto estatal es una fuente de enriquecimiento para el capital privado. Una empresa estatizada no representa, por definición, una escalón superior de organización de la clase obrera frente al capital. Los atributos y cualidades de un emprendimiento obrero no pueden medirse por su forma jurídica sino por su contenido social y la perspectiva política que motoriza. La experiencia recorrida plantea impulsar la expropiación de las fábricas reivindicando la gestión obrera independiente como fase transicional del desarrollo de un doble poder.

La lucha por la expropiación de las empresas vaciadas y quebradas sólo puede ser entendida como un escalón en la lucha por el poder. La gestión obrera independiente, en que la clase obrera sustituye a la patronal en el manejo de los medios de producción, constituye un desafío al orden social vigente. El control que ejercen los trabajadores de la fábricas plantea el control del país, qué clase social debe dirigir los destinos de la nación. De lo que se trata, entonces, es de impulsar la expropiación y la gestión obrera como órganos de doble poder, que serán el laboratorio a través del cual la clase obrera irá haciendo su experiencia de poder.

Los trabajadores que tomaron en sus manos las fábricas soportaron un verdadero ahogo. Salvo casos aislados, no recibieron ningún tipo de ayuda por parte del Estado. Los subsidios multimillonarios para los bancos y grupos capitalistas en crisis y no tan en crisis contrastan con la falta de fondos para las fábricas ocupadas por los trabajadores. Esta situación convierte a las cooperativas en fácil presa de los grupos capitalistas. Aparecen en acción estudios y asociaciones de profesionales que terminan haciéndose cargo del gerenciamiento de las empresas y que preparan las condiciones para su copamiento.

Privada del apoyo sindical y discriminados por la legislación vigente, la mayoría de las fábricas autogestionadas por sus propios trabajadores no tienen más remedio que trabajar en “negro”, más aún cuando están expuestos a condiciones precarias de trabajo y a grandes penurias económicas. En la Argentina pós-2001 que los trabajadores tomaron la iniciativa sin esperar el visto bueno de ninguna autoridad de turno. De la experiencia surgió un programa: ocupar toda fábrica que despida, o suspenda, o que esté en proceso de vaciamiento, y ponerla nuevamente a producir desafiando a la Justicia, al Ministerio de Trabajo, al Parlamento, al poder del Estado y todo el enjambre de leyes y reglamentaciones que están al servicio de la patronal.

La lucha por la reapertura de las fábricas debía extenderse a las plantas que habían cerrado sus persianas y permanecían inactivas hace años. Este planteamiento pasó a ser patrimonio común del movimiento piquetero. El Bloque Piquetero, el MIJD y Barrios de Pie encabezaron el reclamo, planteando frente a las autoridades que se reabran diferentes fábricas y el auxilio del Estado a todas las empresas bajo gestión obrera, lo que concurrentemente con un plan de obras públicas, permitiría absorber la mano de obra desocupada.

El movimiento piquetero esperó el visto bueno oficial para actuar. La ocupación de Sasetru fue pionera en la materia. La recuperación de empresas estuvo limitada a empresas que venían funcionando o que habían dejado de hacerlo hace muy poco tiempo, y fueron los

trabajadores que revestían como parte del plantel de la fábrica quienes tomaron la iniciativa de volver a hacerla producir. El impulso, en cambio, aquí nació “afuera”. Ya no es obra de los directamente afectados, quienes, ante la amenaza de quedar en la calle, toman la determinación de tomar la fábrica y ponerla nuevamente a funcionar. La ocupación de Sasetru se inscribe en el proceso de maduración de la clase obrera, que tiene como exponentes al movimiento piquetero en general y al Polo Obrero en particular. La ocupación de Sasetru conquistó el corazón de los humildes, se transformó en una causa inmensamente popular.

Los operativos represivos fracasaron para quebrar el movimiento ascendente de lucha. Las tentativas de desalojo de esas fábricas, bajo la acción conjunta de jueces, del Ministerio de Trabajo y del aparato policial, tropezaron con la resistencia de los trabajadores, respaldados por las asambleas, el movimiento piquetero y las organizaciones populares. Lavalán, que constituyó el globo de ensayo más ambicioso y la pulseada más fuerte en la materia, terminó con un revés para la patronal y el Estado.

A pura fuerza de piquetes se barrió con la cruzada represiva. Esto no significa que el expediente represivo haya sido descartado. La burguesía y en especial los sectores más comprometidos por las expropiaciones, vuelven a la carga con la represión en toda circunstancia que consideren favorable, apuntando a imponer una salida de fuerza que ponga fin a las ocupaciones. Lo prueba la irrupción policial y posterior causa penal contra los trabajadores de Brukman, así como otros casos (Zanón).

Estamos en presencia de un fenómeno de un alcance gigantesco. El hecho de que los trabajadores tomen la conducción de las fábricas, sustituyan a los patrones y pongan las fábricas nuevamente a funcionar - y que este hecho pase a tener un carácter generalizado - es una manifestación del alto grado de conciencia y determinación de la clase obrera sobre la función histórica que está llamada a jugar. Frente al abandono y huida de los capitalistas, la clase obrera aparece, en la práctica, en el escenario vivo de los acontecimientos, como la clase capacitada para hacerse cargo de la reorganización del país, sobre nuevas bases sociales. La cuestión del poder está colocada a la orden del día. El control de las fábricas plantea el control del país. Los destinos de la nación deben pasar a manos de los trabajadores.

Una inmensa concentración popular en Plaza de Mayo, el 20 de diciembre de 2003, colocó al gobierno capitalista de Kirchner en una posición defensiva frente al movimiento piquetero, esto luego de dos meses de implacables agresiones del oficialismo, las grandes

patronales y el clero. El movimiento piquetero volvía a ocupar la plaza central del país.

El movimiento piquetero es la expresión histórica más profunda que produjo el movimiento obrero argentino, por lo menos desde el cordobazo de 1969. Representa una organización de los desocupados que agrupa entre 200 y 300 mil personas, y principalmente mujeres, esto con independencia de que esté compuesto por diferentes agrupaciones, o que incluso tengan un carácter antagónico entre sí, porque desde la primera Asamblea Nacional Piquetera, en julio del 2000, ha dejado de ser definitivamente un movimiento local o provincial y se ha convertido en nacional, incluidos los pueblos más remotos del país.

Por su número, por la duración que ya ha tenido su lucha, por su extensión geográfica, por las reivindicaciones que ha impuesto, por el impacto que ha producido entre todas las restantes clases sociales y por el alcance y contenido político de sus movilizaciones, es el esfuerzo más avanzado de organización de los desorganizados en la historia del movimiento obrero mundial. No por nada se ha convertido en la bestia negra de la burguesía y aun del imperialismo.

Pero si se considera que la desocupación en masa es, luego de la guerra, el intento más importante del capitalismo para destruir las fuerzas productivas y, fundamentalmente, al proletariado, la organización masiva de los desocupados representa una tentativa anticapitalista gigantesca para reconstruir a la clase obrera como fuerza histórica viviente. Pudo tratarse al principio de un proceso inconsciente, pero a través de la experiencia y de las luchas políticas de las tendencias que actúan en su seno fue cobrando, progresivamente o a saltos, la conciencia adecuada a su carácter.

El movimiento piquetero es una fuerza de vanguardia, más si tenemos en cuenta en ella solamente a sus agrupamientos independientes de la burguesía, como el Bloque Piquetero y la Asamblea Nacional de Trabajadores. Pero se trata de una vanguardia que labora incesantemente sobre cinco millones de trabajadores, entre desocupados, sub-ocupados, en negro o por debajo del índice de pobreza. Dentro del movimiento de las fábricas expropiadas representa a la tendencia más conciente, la que lucha por la confiscación efectiva del capital saqueador y la gestión obrera, y que combate por lo tanto la política de convertirlas en microempresas de super-explotados, o sea en tentativas de reconstruir al capital a costa de los obreros.

El movimiento piquetero ha sido desde el inicio una experiencia política; debió enfrentar desde el inicio al aparato de “punteros” y “manzaneras” del justicialismo y a la burocracia de los sindicatos.

La organización de los desorganizados tuvo lugar al margen de los sindicatos y fue sabotada por la burocracia. El desarrollo de la organización de los desocupados y la realización de su reivindicación al trabajo es incompatible con la permanencia de la burocracia al frente de los sindicatos.

No por nada, tanto los ministros de Trabajo y de Interior de Duhalde como de Kirchner plantearon en varias oportunidades que la burocracia se movilizara en las calles contra los piqueteros. Desde el punto de vista, no ya de la clase obrera, sino de la historia política de Argentina, el movimiento piquetero representa una tentativa mayúscula: la emancipación política de los trabajadores de la tutela del peronismo.

La tentativa de enfrentar la destrucción de los trabajadores por parte del capitalismo, y de reconstruir a la clase obrera como fuerza histórica supera los límites de la sociedad capitalista, implica una completa reorganización social sobre nuevas bases. Imponer el derecho al trabajo significa chocar con el derecho de propiedad y con el Estado, porque la desocupación no desaparecerá como consecuencia de la “recuperación económica”, sino de la quiebra del alargamiento de la jornada laboral y de la flexibilidad; de una profunda recuperación de los salarios; de una modificación completa del sistema impositivo, gravando al capital, y de la redistribución de los recursos en función de los intereses sociales mayoritarios.

Este programa anticapitalista no podría ser realizado por la sola acción del movimiento piquetero como vanguardia sino por un gigantesco movimiento de masas - de la masa de desocupados, de obreros activos y de todos los sectores medios que son empujados a las filas de la clase obrera y de los completamente desposeídos. El objetivo del movimiento piquetero no es convertirse en una “fuerza electoral” sino en un movimiento de masas (incluidos los sindicatos).

El terreno de acción del movimiento piquetero es el conjunto de la lucha de clases. La crisis que se ha entablado, por ejemplo, en torno a la “reforma laboral” no puede ser de incumbencia de la burocracia ni siquiera exclusivamente de los sindicatos, porque esta crisis es una oportunidad para todo el movimiento obrero, ocupado y desocupado. Es de interés de los piqueteros y los activistas sindicales asegurar la lucha por las reivindicaciones, y el establecimiento de una Bolsa de Trabajo para incorporar a los desocupados a las empresas sobre la base de las ocho horas de trabajo y de las condiciones de convenio soberanamente pactadas, impidiendo de este modo la competencia ruinosa entre los que tienen y no tienen empleo.

La lucha por imponer una legislación realmente protectora de los trabajadores debería adquirir un carácter de masas y convertirse en una disputa de poder con los capitalistas. Serviría, además, para una unión profunda con el nuevo activismo sindical para expulsar a la burocracia de los sindicatos y constituir una verdadera central sindical. En oposición al saqueo nacional, al reclamar la ruptura con el FMI y los banqueros y que el superávit fiscal se destine integralmente a un plan de obras con prioridades establecidas por las organizaciones obreras libremente electas y bajo su control, con este programa, el movimiento piquetero pasaría a representar, sin posibilidad de competencia, la dirección del movimiento nacional.

Los piqueteros protagonizaron 2.336 piquetes en el 2002 y 1.027 entre enero y octubre del 2003. Corresponsales extranjeros cuantificaron en “más de 200.000” a los integrantes del movimiento piquetero, lo cual lo ubica como la organización de desocupados más importante de toda la historia del movimiento obrero mundial.

El ascenso de Lula en Brasil, en enero de 2003, creó un nuevo polo político en el continente, empeñado de inmediato en amenguar los choques de Venezuela con el imperialismo (Lula despachó a su representante personal Marco Aurelio García a Venezuela, con ese cometido explícito), en bloquear todo desarrollo revolucionario en Bolivia e intervenir como bombero en la crisis argentina. En mayo de 2003, la elección del peronista Néstor Kirchner supuso un desvío a la vía revolucionaria iniciada por el argentinazo.

El nuevo presidente se benefició de la desistencia (presión imperialista mediante) de Carlos Menem, el otro candidato peronista, a disputar el segundo turno, por lo que resultó electo con apenas 22% de los votos válidos emitidos, o poco más de 15% del padrón electoral. Nunca un presidente constitucional había subido con tan poco apoyo electoral, en la historia del país. El grado de atomización en las elecciones, con el peronismo dividido en tres, los radicales divididos en tres, y el nuevo gobierno de Kirchner tratando de formar virtualmente un nuevo partido, con partes del Frepaso, otras del Partido Justicialista, etc., era también una demostración de que fue el derrumbe político que se manifestó en el argentinazo, en las abstenciones electorales, el que condicionó el ascenso de Kirchner.

Así como en otros países latinoamericanos, pero más claramente que en ninguno, lo que estaba en el fondo del problema era una quiebra de las relaciones económicas capitalistas. Para hacerlas sobrevivir, el Estado autorizó a los bancos a que sus balances no reflejasen las pérdidas, que no apareciese que tenían capital negativo: el Estado dio orden de que los capitalistas siguiesen funcionando

bajo la garantía del Estado. Este es un fenómeno excepcional, que permitía ver claramente al Estado como el representante final del capitalismo. El Banco Central, que bajo Cavallo (De la Rúa) tenía prohibido darle crédito a los bancos, fue autorizado a hacerlo por Duhalde. En los primeros cuatro meses del año 2002 les dio 25 mil millones de pesos. El Banco Central, institución clave del Estado, emitió dinero para rescatar al capital.

El gobierno Kirchner, sin embargo, se benefició del proceso de recuperación económica iniciado tras la catástrofe económica argentina de 2001-2003, posibilitado también por el abaratamiento sin precedentes de la fuerza de trabajo. Proclamada como antiimperialista, su política poco tuvo que ver con el enfrentamiento contra el capital financiero internacional. El gobierno de Kirchner estaba marcado por las contradicciones oriundas del argentinazo. Cuando Kirchner aparece realizando gestos de tipo popular estaba, en realidad, pagando un tributo de palabra al argentinazo, tratando de recoger el sentimiento popular que había en la rebelión, sin poder satisfacer las reivindicaciones de la misma rebelión.

En septiembre de 2003, el acuerdo de Argentina con el Fondo Monetario Internacional estableció el pago de la deuda con reservas, la suba de las tarifas, el congelamiento de los sueldos, las jubilaciones y los planes Jefes de Familia. La base del acuerdo era que Argentina pagaría deuda en el 2004 por el 3% del PIB, unos 4.000 millones de dólares. A esto se agregaba que, a cambio del refinanciamiento, sin quita de capital ni intereses, de los 21.000 millones de dólares de préstamos del FMI, Banco Mundial, BID y Club de París, la Argentina pagaría los intereses de esos préstamos por otros 2.100 millones de dólares.

El acuerdo sellado con la Argentina le aseguró al Fondo Monetario convertirse en el único acreedor externo del país que seguiría indemne a las consecuencias del default declarado a fines de 2001. No sufriría quitas en lo que quiere cobrar: tampoco estiramiento de plazos ni recortes de tasas de interés.

La renegociación de la deuda en default terminaría siendo un gran negocio para la banca y fondos de pensión internacionales porque les permitiría comprar a valores bajísimos los bonos argentinos en poder de los jubilados italianos, alemanes o japoneses. Se estima que la tasa de beneficio de los que comprasen los nuevos bonos argentinos a los arruinados jubilados italianos, alemanes o japoneses podría ser del orden del 10 al 12% anual, con tasas internacionales del 2%. La función del gobierno de Kirchner, con demagogia nacionalista y centroizquierdista, era pagar la enorme deuda pública y

facilitar ahora el rescate de la gran burguesía argentina endeudada. Por eso en el acuerdo figuró también el compromiso del gobierno argentino en ayudar a las empresas privadas a pagar y refinanciar sus deudas.

Un año después de su acuerdo con el FMI, Kirchner suspendió el acuerdo... para mejor continuar con él. Como consecuencia de la “suspensión” Kirchner y Lavagna se comprometieron a pagar los vencimientos de capital con el FMI hasta fines del año 2004, un dinero que en el acuerdo suspendido no se pagaba sino que se refinanciaba. Como consecuencia de la “suspensión”, Argentina pagó al Fondo más de 2.000 millones de dólares hasta el fin de ese año. La postergación por parte del FMI de la revisión del acuerdo con la Argentina y la suspensión posterior de ese mismo acuerdo por parte de Argentina, volvieron a poner de manifiesto la inviabilidad del pago de la deuda externa.

En estas condiciones, la única forma de salvar las relaciones con el FMI era suspendiendo el acuerdo, e incluso hacerlo mediante un acuerdo escrito que suspenda el acuerdo. Para proteger a la “recuperación” argentina, que favorecía a los capitalistas, de las sacudidas que provoca la crisis de la deuda, se pagaron más de tres mil millones de dólares del bolsillo de los trabajadores. Se trataba de una operación de rescate, de un recurso último. La inversión siguió ausente, apenas equivale al reemplazo del equipo existente, y no podría reaparecer cuando era claro que no habría financiamiento internacional. El consumo estaba aplastado por la miseria. Pero en Caleta Olivia (ocupación petrolera), Aceros Zapla, Tucumán, los trabajadores obtuvieron importantes victorias, tanto reivindicativas como políticas. Las luchas y las victorias reforzaron la cohesión de los trabajadores.

En 2004, la salida de Argentina de la situación de default fue presentada como la consolidación de la política “antiimperialista” de Kirchner. Pero la “salida del default” fue un buen negocio... para los acreedores. El “soberano” pago en bonos en pesos, se basó en que, según las principales consultoras, el peso seguiría apreciándose. Los bonos en pesos ajustables tendrían entonces un mayor valor en dólares. El presidente del Banco Morgan declaró: “Tengo trabajando conmigo a 50 doctores en economía y ninguno encuentra una rentabilidad tan alta como la que ofrecen los bonos en pesos (indexados) en Argentina. 10% anual en dólares no se consigue ni en Turquía; en Brasil tal vez ganamos un 7%, pero hoy el riesgo es mayor”. Además del Morgan, Merrill Lynch compró 6.000 millones de dólares en bonos argentinos.

La política de Kirchner-Lavagna era mucho más que un plan de pago: era la renovación formal de la hipoteca de la deuda sobre la economía argentina. Al mejor estilo de la reestructuración de la deuda hecha por Menem y Cavallo con el Plan Brady (1993), la supuesta “quita récord” no era otra cosa que la satisfacción de uno de los objetivos estratégicos del capital financiero en Argentina: “normalizar” los pagos de deuda comprometiendo el porvenir de generaciones.

Fue la propuesta de valorización y la caída del dólar lo que produjo el acuerdo con los acreedores. Esta valorización impidió establecer el monto final de la deuda externa que debería pagar Argentina, ni cuál sería la cuenta de intereses que habrá que pagar semestral o anualmente. Los bonos pesificados que se entregaron a los bancos a partir de 2002, cuando el dólar estaba a cuatro pesos, aumentaron de valor en 7.325 millones de dólares, en dos años, como consecuencia del ajuste por inflación y la caída del dólar a 2,90. En 2004 habría aumentado otros mil millones de dólares.

Kirchner dijo que aplicaría una quita del 75% a los US\$ 81.200 millones en default, que así se transformarían en US\$ 20.300 millones. Pero, en vez de canjear deuda por ese monto, emitió deuda por US\$ 43.200 millones (más del doble), porque se sumaron los intereses no pagados desde diciembre de 2001 hasta el 30 de junio de 2004, los mismos intereses que Kirchner juró que jamás se iban a reconocer. Entre el default de diciembre de 2001 y la oferta de Kirchner, la deuda era apenas 13,9% menor, cuando la economía argentina, recesión y devaluación mediante, resultaba, medida en dólares, 42% menor.

Los pequeños ahorristas europeos fueron estafados por sus bancos, pues compraron los bonos argentinos a su valor nominal. Pero los “fondos buitres” especularon con la depreciación de esos bonos después del default y compraron bonos 10% o 15% de su valor nominal. La oferta del gobierno les permitió duplicar o triplicar el valor de esos bonos, que ya estaban cotizando cerca del 30% de su valor nominal, poco antes del anuncio de la salida del default por Kirchner.

Con el kirchnerismo, la Argentina se encontró atrapada por el capital financiero, sin la mentada autonomía nacional. Las exigencias financieras internacionales fueron mucho más allá de un incremento del superávit fiscal. Se pretende que la Argentina reingrese a un mecanismo de endeudamiento internacional y de entrega de recursos nacionales. Esta posibilidad choca con la tendencia al enrarecimiento y encarecimiento del crédito internacional.

A fines de 2005, e imitando al gobierno de Lula, Argentina procedió al pago adelantado de la deuda pendiente de diez mil millones

de dólares con el FMI, un desfaldo de la riqueza nacional, una variante agravada de los 14.000 millones que ya fueron desembolsados desde principios de 2002. El cinismo oficial inscribió el pago en una llamada política de 'desendeudamiento'. La deuda nacional se incrementó, en 2005, en seis mil millones de dólares como consecuencia del ajuste que sufrió por la incidencia del 12% de la inflación. El pago adelantado al FMI representó, con sus 30.000 millones de pesos, cinco años del presupuesto de la ciudad de Buenos Aires. Esto significa que se descartó la posibilidad de usar ese dinero para resolver enormes problemas de subsistencia y de inversión. Faltando agua en el Norte y con cortes de luz en la Capital, Kirchner entendió prioritario pagarle a los usureros.

En América Latina, la cuestión de los hidrocarburos han pasado al centro de la escena. En 2002 el imperialismo organizó un sabotaje de dos largos meses contra Venezuela, que tenía por objeto dejar en pie los planes de vaciamiento de PDVSA que habían dejado en marcha los gobiernos que antecedieron al de Chávez. A mediados de los años 90, el gobierno de Menem, en Argentina, con la complicidad del actual presidente Kirchner, entonces gobernador de la provincia petrolera de Santa Cruz, remató virtualmente la empresa YPF, sobre la base de una valuación del barril de petróleo de diez dólares.

En Argentina, Repsol y otras sobre-explotaron los pozos que les entregó la YPF argentina, y no han aportado reservas nuevas significativas. Repsol logró transformarse en una firma petrolera a partir de una empresa de estaciones de servicio, descapitalizando a Argentina, o sea invirtiendo en el exterior la mayor parte de las ganancias obtenidas en el país. En el campo de la energía se pone claramente de manifiesto la imposibilidad de salir de la crisis argentina mediante transformaciones superficiales sobre las viejas bases.

La principal línea de desarrollo político en América Latina, en los últimos años, la representan los gobiernos de centroizquierda que gobiernan en función del imperialismo, como Lula, Tabaré Vázquez y la Concertación de Chile. Al mismo tiempo, se ha estructurado una crisis en las relaciones internacionales entre este bloque de países, debido a las nacionalizaciones en Bolivia, por la crisis del Mercosur, y por el choque por las papeleras en Uruguay. El cuadro de conjunto de América Latina reviste un carácter transicional.

La crisis argentina encuentra su lugar histórico en ese cuadro. En nuestro país, el trotskismo revolucionario ya ha cumplido un papel histórico al retomar el hilo de la fusión del programa bolchevique con la lucha de masas. Esta conquista, como todas las cosas de la vida, no es un dato existente de una vez para siempre. Las mismas fuerzas que

quebraron ayer al trotskismo argentino -la presión de las clases enemigas, y de los aparatos contrarrevolucionarios del movimiento obrero- lo amenazan hoy, exigiendo un combate cotidiano por su defensa y progreso. Ese combate se desarrolla bajo nuestros propios ojos, en la presencia diaria de los militantes trotskistas en fábricas, sindicatos, organizaciones democráticas y centros de estudios, que continúan la lucha iniciada en 1930 por *La Verdad*, trabajosamente editada por un pequeño núcleo de obreros de origen extranjero. A lo largo de décadas, la historia testimonió la descomposición de las principales corrientes de izquierda, como el “comunismo” stalinista y el socialismo reformista, en cuanto el trotskismo se afirmaba, con altos y bajos, en un proceso lleno de contradicciones, como la única alternativa ideológica y programática para la vanguardia luchadora y revolucionaria. Las perspectivas de la revolución obrera en Argentina, como eslabón de la revolución latinoamericana y mundial, estriban por lo tanto en una lucha política que ya cubre más de tres cuartos de siglo, y está incorporada a la historia política del país.

Parte II

Historia del trotskismo en América Latina

Capítulo I

El trotskismo: origen e ideas

El trotskismo es un movimiento político surgido en los años '20, en las luchas internas del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética (PCUS). El término fue acuñado por su principal adversario: Stalin (secretario general del PCUS), quien lo lanzó en diciembre de 1923 para condenar la *Oposición de Izquierda* del PCUS, liderada por León Trotsky. ¿Cuáles fueron los motivos para la creación de esa Oposición, que se extendería por el mundo entero, dando lugar al movimiento conocido actualmente como trotskismo?

Recordemos que el Partido Comunista o bolchevique tomó el poder en Rusia en la Revolución de octubre de 1917. Cinco años después, su principal líder (Lenin) cayó víctima de una enfermedad incurable que lo apartó de la dirección del PCUS hasta su muerte (1924). En su testamento, él advertirá contra la creciente concentración de poder en manos del secretario general, lo que podría llevar a la división del partido. Fue justamente esa concentración y la política a ella ligada lo que motivó el surgimiento de fracciones opositoras.

La Oposición de Izquierda se estructuró en octubre de 1923, contra la política interna y externa de la dirección del PCUS, que más tarde sería llamada stalinismo (del nombre de su dictatorial ejecutor, Stalin). La de Trotsky no fue la única oposición a Stalin: otros dirigentes organizaron diversas fracciones, como la de Zinoviev y Kamenev (con los cuales Trotsky se alió en 1926, en la Oposición Unificada), o la de Bujarin, Ríkov y Tómsky (la llamada Oposición de Derecha, derrotada por la fracción stalinista a comienzos de los años '30). Lo que distinguió a la fracción trotskista fue: 1) su continuidad política y

organizativa, que se mantuvo mucho después de su completa derrota en el interior del PCUS; 2) su proyección mundial, donde se constituyó en fracción pública de la Internacional Comunista. Varios de los principales dirigentes bolcheviques (Rakovsky, Radek, Sosnovsky, Muralov, Smilga) adhirieron a la Oposición de Izquierda: todos ellos, así como los dirigentes de las otras fracciones antistalinistas, fueron asesinados por orden de Stalin en los procesos de la famosa cárcel de Moscú (Lubianka), en los campos de concentración de Siberia, o aún en el exterior, como aconteció con Trotsky en México, en 1940 (de los 31 miembros que el Comité Central del PCUS tuvo entre 1918 y 1921, 18 fueron asesinados bajo el terror stalinista). Y no sólo ellos: millares de militantes de las diversas oposiciones fueron fusilados en los campos siberianos, especialmente en los años '30. La dictadura stalinista se construyó sobre la sangre de prácticamente toda la vieja guardia del partido bolchevique.

Para explicar tamaña monstruosidad política (y humana), Trotsky y sus seguidores no renunciaron al marxismo. Así, Stalin no sería sino la expresión de una nueva camada social (la *burocracia* del PCUS y del Estado Soviético) que había destruido, en función de sus propios intereses, el poder obrero resultante de la revolución de octubre de 1917 (poder expresado en los Consejos Obreros o *Soviets*). La destrucción de toda democracia en el interior del país y del movimiento obrero implicaba necesariamente la liquidación de ella en el interior del partido que había dirigido la revolución, conquistando el apoyo de la inmensa mayoría del proletariado. El stalinismo era la *negación* del bolchevismo, del cual la Oposición de Izquierda se proclamó continuadora adoptando la bandera del "bolchevismo-leninismo". Entretanto, la victoria de la burocracia había transformado a la URSS en un *Estado Obrero degenerado*, donde la clase obrera había sido excluida del poder, pero sin que fuesen destruidas las conquistas económicas de la Revolución (nacionalización de la industria y del comercio exterior, economía basada en la planificación). "La burocracia derrotó a la Revolución, pero no la destruyó", fue la conclusión de Trotsky.

En sus inicios, la Oposición de Izquierda se estructuró alrededor de una plataforma de lucha por la democratización del PCUS (por el derecho de las fracciones y tendencias a expresar libremente su punto de vista) y por un plan de industrialización (el cerco imperialista contra la URSS y el hecho de que la mayoría de las tierras continuaran bajo el régimen de propiedad privada creaban una creciente desorganización y penuria económicas). A partir de 1925-26, la lucha se amplió al plano internacional, combatiéndose la política stalinista

frente a la huelga general inglesa (Stalin mantuvo una alianza con la dirección sindical británica, que intentaba liquidar la huelga) y, sobre todo, la política de la *Internacional Comunista* en China. La IC había proclamado una alianza estratégica con la burguesía nacional china en el “bloque de las cuatro clases”. Los comunistas chinos fueron obligados a entrar en el movimiento nacionalista (Kuomintang), cuyo líder, Chiang Kai-Shek, fue nombrado presidente honorario de la Internacional. Trotsky proclamó la necesidad de una política independiente del proletariado en la revolución democrática en curso en China, que le permitiese asumir la dirección de la revolución frente a la inevitable traición de la burguesía. La política propuesta era una aplicación de su teoría de la *revolución permanente* en los países atrasados: la transformación de la revolución democrática en socialista a través de la dirección de la clase obrera. Esta teoría se confirmó de un modo negativo: en 1927 Chiang Kai-Shek arrasaba la insurrección obrera de Shanghai y arrojaba a los dirigentes sindicales y comunistas en las calderas de las locomotoras...

El eslabón que unía las diversas luchas de la Oposición de Izquierda era el *internacionalismo*. Tanto las cuestiones de política interna de la URSS como las de política externa (y la orientación de la Internacional Comunista) debían ser resueltas bajo el criterio de la *unidad mundial de la lucha de clases*.

La pretensión de Stalin de construir la “sociedad socialista en un solo país” (la URSS), sin una revolución en el mundo entero, o por lo menos en los países adelantados, fue rechazada por la Oposición como una utopía reaccionaria. Bajo Stalin, la IC se transformaría en un instrumento de la política exterior de la URSS, hasta su disolución en 1943. La propia victoria de la fracción stalinista y la derrota de la Oposición fueron consideradas por ella como un producto simultáneo del desgaste del proletariado ruso (después de varios años de guerra civil), del reflujo de la revolución obrera en Europa y de la derrota de la revolución china, procesos éstos que se alimentaban mutuamente. Este análisis, basado en la interdependencia mundial de la lucha de clases, fue caricaturizado por el stalinismo, afirmando que el trotskismo proponía una revolución simultánea en todos los países.

A partir de la segunda mitad de los años ‘20, la Oposición comienza a organizarse internacionalmente. Trotsky, expulsado de la URSS en 1929, toma parte directa en esa tarea desde 1930. Habiendo sustentado la necesidad de una *revolución política* contra la burocracia en la URSS, la Oposición propone la *reforma* de la política de la Internacional y de los partidos comunistas. Varios dirigentes

comunistas importantes adhieren a ella: Chen Tu-Hsiu (fundador y ex secretario general del PC chino), el catalán Andrés Nin, el checo Zavis Kalandra, los belgas Abraham Leon y Leon Lesoil, el holandés Sneeveliet, el norteamericano Cannon, los italianos Tresso y Leonetti, el chileno Hidalgo. Las organizaciones de la Oposición (las que, aún proclamándose parte de la IC, son sumariamente excluidas de los partidos comunistas) son mayores que las secciones oficiales de la Internacional en Polonia, Checoslovaquia, Grecia, España, e incluso en dos países latinoamericanos: Cuba y Chile. Una mayoría de los partidos o grupos comunistas de esos países adhirió a las tesis de la Oposición. En conjunto, sin embargo, la Oposición es extremadamente minoritaria. En los años 1930-33, el eje de su lucha es Alemania. En las vísperas del ascenso de Hitler, Trotsky critica el rechazo de la IC en proponer un Frente Unico Obrero de los partidos socialista y comunista contra el nazismo. Aprovechando la división, Hitler toma el poder y derrota al movimiento obrero, poniendo en la ilegalidad a sus partidos, persiguiendo y asesinando sus militantes. Constatando la ausencia de reacción en el interior de la IC (o *Tercera Internacional*) frente a semejante desastre, Trotsky concluye: la IC está muerta, es preciso una nueva Internacional. Poco después (agosto de 1933) una conferencia que reúne a tres partidos socialistas revolucionarios europeos y a la Oposición de Izquierda proclama la lucha por la *Cuarta Internacional*.

La fundación de ésta sólo ocurriría después de una serie de discusiones internas y de conferencias internacionales, donde son reafirmadas las resoluciones de los *cuatro primeros congresos de la IC* (celebrados entre 1919 y 1923) y discutidos diversos puntos del programa. El programa acabado de la nueva Internacional, entretanto, sólo sería aprobado en su Conferencia de Fundación (setiembre de 1938, en París). Redactado por Trotsky, y conocido como *Programa de transición*, resume la situación mundial de la época en fórmulas lapidarias: “La situación política mundial se caracteriza, fundamentalmente, por la crisis histórica de la dirección del proletariado... Las afirmaciones gratuitas de toda especie, según las cuales las condiciones históricas no estarían aún ‘maduras’ para el socialismo, no son más que producto de la ignorancia o de una mistificación consciente. Los requisitos objetivos de la revolución proletaria no sólo están maduros, sino que ya han comenzado a pudrirse. Sin revolución social... toda la civilización humana está amenazada de ser arrastrada a una catástrofe.”

¿Cuál era la tarea de la nueva Internacional? “Superar la contradicción entre la madurez de las condiciones objetivas de la revolución

y la falta de madurez del proletariado y de su vanguardia (confusión y acobardamiento de la vieja generación, falta de experiencia de la joven). Es preciso ayudar a las masas en el proceso de su lucha cotidiana en encontrar un puente entre sus reivindicaciones actuales y el programa de la revolución socialista. Este puente debe consistir en un sistema de *reivindicaciones transitorias*, partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de la mayoría de la clase obrera, y conduciendo invariablemente a una sola y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado.”

En este “sistema de reivindicaciones”, merece destacarse la consideración de los países atrasados. En ellos, el proletariado “está obligado a combinar la lucha por las tareas más elementales de la independencia nacional y de la democracia burguesa con la lucha socialista contra el imperialismo. En esta lucha, las reivindicaciones transitorias y las tareas de la revolución socialista no están separadas en épocas históricas distintas, sino que, al contrario, se derivan inmediatamente unas de las otras.” La *teoría de la revolución permanente* indica que, en esos países, la burguesía, llegada tarde al escenario histórico, es incapaz de dar verdadera solución a los problemas de la constitución de la nación (democracia y liberación nacional): éstos sólo pueden ser resueltos por la dictadura del proletariado, dirigiendo a la nación oprimida, en especial a sus masas campesinas. Bajo la dirección del proletariado, la revolución no se detiene en la etapa democrática, pasando a atacar la propiedad privada y acometiendo la construcción del orden socialista. Sobre esta base, es posible la unión del proletariado de los países atrasados con el de las metrópolis en el movimiento de la revolución proletaria mundial.

En la fundación de la IV Internacional, sólo un latinoamericano estuvo presente, representando todos los grupos trotskistas del subcontinente: el brasileño Mário Pedrosa, elegido para el Comité Ejecutivo, del cual formaron parte, entre otros, el propio Trotsky (miembro secreto), Pierre Naville, Cannon, Lesoil y Tresso, el vietnamita Ta Thu Thau. El hijo de Trotsky -León Sedov, asesinado poco tiempo antes- había jugado un papel esencial en la fundación de la IV. Pedrosa utilizaba el seudónimo de Lebrun.

América Latina se presentó desde el inicio como una de las preocupaciones políticas de la IV Internacional, en parte porque el propio Trotsky pasó allí sus últimos años de vida, exiliado en México. Eso sólo facilitó las cosas: en verdad, América Latina ocupaba un lugar cada vez más importante en la arena política mundial (su papel hasta la Primera Guerra, inclusive hasta la crisis mundial del año ‘30, había sido relativamente marginal). En una resolución de la Conferencia

de Fundación, se convocaba a la unidad del proletariado de nuestro continente junto al norteamericano, “por una América unida y socialista” (el proletariado yanqui atravesaba una etapa de grandes luchas, consecutivas a la creación de los sindicatos industriales). Ya el último manifiesto redactado por Trotsky para la IV Internacional (en 1940, poco después del comienzo de la Segunda Guerra, y poco antes de su asesinato) indicaba que “América Central y del Sud sólo podrán librarse del atraso y de la esclavitud uniendo sus estados en una poderosa Federación. Pero la atrasada burguesía sudamericana, agencia totalmente corrompida del imperialismo extranjero, no puede llevar a cabo esa tarea, que será realizada por el joven proletariado sudamericano, como jefe escogido de las masas oprimidas. La consigna para la lucha contra la violencia y las intrigas del imperialismo mundial y la actividad sangrienta de las camarillas compradoras nativas será: los *Estados Unidos Soviéticos de Centro y Sudamérica*.” La cuestión de la unidad latinoamericana dejaba así de ser colocada en términos retóricos o de presión a los gobiernos (como habían hecho varios intelectuales y políticos, desde el mexicano José Vasconcelos hasta el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, pasando por el argentino Manuel Ugarte), para ser ubicada en el terreno de la lucha de clases, como unidad de los pueblos contra su común opresor. La clase obrera era designada como la única capaz de emprender realmente, a escala histórica, esta transformación.

Si la riqueza del acervo político de la nueva Internacional era innegable, también lo era su debilidad organizativa, que irá agravándose con la destrucción de numerosos cuadros durante la Segunda Guerra, especialmente en Europa y en Asia. Ese era el bagaje con el que los trotskistas de nuestro continente comenzaron su itinerario, del cual pasamos ahora a ocuparnos.

Capítulo II

Surgimiento y crisis de los partidos trotskistas (1929 - 1945)

Los primeros grupos y partidos trotskistas latinoamericanos surgieron como escisiones de los partidos comunistas. El primero en aparecer públicamente fue el Comité Comunista de Oposición de la *Argentina* (1929), encabezado por los hermanos *Roberto* y *M. Guinney* (ingleses) y por *Camilo López* (español). El CCO surgió como fracción de una escisión del Partido Comunista Argentino: el P. C. de la República Argentina, creado en 1927 a iniciativa del dirigente comunista *José Penelón*, que se opuso a subordinar la política del PC a la política externa del Kremlin. *Penelón* sin embargo, quiso conservar el carácter nacional de la escisión (en verdad, disputaba con el PC oficial la representación de la IC en la Argentina), evitando definirse en favor de la Oposición de Izquierda Internacional: por esto último se produjo la escisión que dio lugar al CCO

En verdad, las escisiones trotskistas más importantes (*Cuba*, *Chile*, *Brasil*), tuvieron como base fracciones ya existentes en los partidos comunistas, esto es, creadas con independencia de la Oposición de Izquierda. Una vez definidas formalmente en favor de la Oposición, el desafío era asimilarlas realmente a la política desarrollada internacionalmente por la Oposición, que continuaba siendo la del bolchevismo. El hecho de que la Oposición Internacional convergiera con importantes fracciones aparecidas en los PC (en los años '30, en América Latina, la Oposición ganó, en mayor o menor medida, casi todas las fracciones que se formaron dentro del comunismo) muestra que la formación del trotskismo internacional no se debió a una simple lucha por el poder en la URSS, sino que expresó una tendencia de todo el movimiento comunista y obrero internacional.

Primero, debía distinguirse de la IC y de sus partidos latinoamericanos. La IC se encontraba en plena línea del “tercer periodo”, así llamado por continuar: 1) al “primer periodo” revolucionario, en que ocurrió la Revolución Rusa; 2) al “segundo periodo” de prosperidad capitalista (los años ‘20). El tercero era -para la IC- el de la “crisis final y definitiva del capitalismo”, por el cual la revolución social estaba a la orden del día en todas partes. En los países atrasados, sin embargo, esa revolución *no* era la proletaria, como fuera el objetivo de la IC en los tiempos de Lenin, sino una revolución “intermedia”, ni burguesa ni proletaria, que en nuestro continente era llamada “revolución agraria y antiimperialista”. Este programa catastrófico -que combinaba al mismo tiempo el ultraizquierdismo y el reformismo- fue minuciosamente analizado y criticado políticamente por Trotsky y la Oposición.

En América Latina, la orientación de la IC significaba: 1) que todos los gobiernos burgueses reformistas o limitadamente antiimperialistas fueran identificados con el fascismo (es el caso del gobierno radical argentino de Yrigoyen), pues la burguesía es incapaz de colocar el problema de la democracia y de ganar circunstancialmente, sobre esa base, la dirección de las masas; está excluido el surgimiento de corrientes nacionalistas; 2) la denuncia de todas las corrientes obreras que no fuesen comunistas como social-fascistas: los PC crean sus propios sindicatos rojos, y se niegan a trabajar en los sindicatos legales, y aún en los ilegales que no fuesen dirigidos por ellos.

La Oposición de Izquierda latinoamericana se forja en la lucha contra esa política. En los años ‘30, nacen diversos grupos o partidos de la oposición: Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Bolivia, Colombia, Venezuela, Costa Rica, México, Cuba, Panamá y Puerto Rico. Hasta 1933, van a luchar por la reforma de los partidos comunistas y de la IC, de la cual se consideran una fracción excluida. A partir del ascenso del nazismo, y conforme al balance efectuado por la Oposición internacional, se encaminarán hacia la formación de la *Cuarta Internacional*.

Cabe agregar que la política de la IB es aún más desastrosa si se tiene en cuenta que los años ‘30 se caracterizan, en la mayoría de los países latinoamericanos, por el desarrollo de corrientes nacionalistas que intentan al mismo tiempo apoyarse y regimentar al movimiento obrero, organizándolo en sindicatos paraoficiales.

Chile: la Izquierda Comunista

En Chile, la Oposición nace de una lucha antiburocrática en el interior del PC, iniciada en 1929. Un grupo de dirigentes, entre los cuales se destacan “Jorge Lavín” (*Humberto Mendoza*) y Manuel Hidalgo, entonces senador nacional, reorganiza el Comité Central del PC, severamente golpeado por la dictadura de Ibáñez. Frente a ese proceso que escapaba a su control, el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista (SSIC) envió un delegado para anular esa y otras decisiones. Bajo su orientación, un nuevo C.C. se constituyó, encabezado por *Elías Lafferte* y compuesto de “incondicionales” de la IC stalinista. El resultado fue la constitución de dos PC (el “Hidalgo” y el “Lafferte”) que disputan la representación de la IC. Esta, sin embargo, está con el PC “Lafferte”, que se somete a ella enteramente. En 1931, en un Congreso del PC “Hidalgo”, H. Mendoza levanta ocho acusaciones contra el SSIC, siendo las principales el burocratismo (no se convoca el Congreso del PC, pero se envían delegados plenipotenciarios; no se comunican los documentos de la IC), y el ultraizquierdismo: no se aprovechan las posibilidades de acción legal en Chile. Estas eran tan reales que en 1931 los dos PC presentan candidatos a la presidencia (Hidalgo y Lafferte). La gran popularidad del PC disidente (Hidalgo) queda demostrada por diversas fuentes: en setiembre de 1931 el *Herald Tribune*, de Nueva York, llegó a pensar en una victoria de Hidalgo en las elecciones presidenciales; poco tiempo después, frente a una sublevación de los marineros, el oficial de la Fuerza Aérea encargado de reprimirla se niega a ejecutar la tarea y pide que, para evitar un conflicto social, el gobierno sea entregado al “dirigente comunista, señor Hidalgo”. Las divergencias se extienden al campo sindical: el PC “Hidalgo” propone trabajar en los sindicatos paraoficiales creados bajo Ibáñez, que agrupan a la inmensa mayoría de los obreros, mientras que Lafferte y la IC ordenan poner en pie la vieja F.O.Ch. (Federación Obrera de Chile, presidida por Lafferte), que casi había cesado de existir bajo la represión.

El divisionismo del PC oficial cubre todos los aspectos: mientras el PC “Hidalgo” apoya los candidatos presentados por el otro PC en las elecciones de 1931 (lo que permite la elección de Lafferte para el Senado), Lafferte y su PC boicotean a los candidatos hidalguistas (que reciben, por eso, una votación menor, aún cuando confirman a Hidalgo en el Senado y elevan a Emilio Zapata, organizador de los primeros sindicatos campesinos, a la Cámara de Diputados). Muy probablemente, el PC chileno haya inaugurado una de las prácticas favoritas del stalinismo contra la Oposición, pues ya en 1931 el PC

“Hidalgo” lo acusa de haber asesinado a Luis López Cáceres, miembro de la oposición hidalguista y secretario general del sindicato de obreros de la construcción.

En la evolución de los hidalguistas hacia la Oposición de Izquierda influyó (además, obviamente, del reconocimiento de los laffertistas como sección oficial de la IC) la difusión, en Chile y en toda América Latina, de la revista *Comunismo*, editada por la Izquierda Comunista de España bajo la dirección de Andrés Nin, en ese momento la organización más importante del trotskismo internacional. Los hidalguistas se informaron y comprendieron el alcance internacional de sus divergencias con la IC, y a partir de 1933 se denominan Izquierda Comunista Chilena, y publican el diario *Izquierda*.

Las divergencias con el PC nunca fueron más claras que con la instauración, en junio de 1932, de la “República Socialista” de Chile, a través de un golpe de Estado de la fracción nacionalista de las Fuerzas Armadas, encabezado por el coronel Marmaduke Grove (fundador de la Fuerza Aérea). El PC calificó su efímero gobierno (duró 12 días) de “nueva variante de la reacción fascista” e impulsó la creación de un soviet fantasmagórico. Los hidalguistas lo caracterizaron como “una revolución pequeño-burguesa con trazos de revolución nacionalista”, proponiendo transformarla en una “revolución democrática en dirección a la dictadura del proletariado”. El propio Grove invitó a Hidalgo a participar del gobierno para luchar contra el golpe reaccionario en gestación. Hidalgo rechazó la oferta, pero aceptó luchar contra el golpe en una posición independiente: su PC reclamó del “gobierno socialista” el armamento del proletariado.

El golpe no anuló el ciclo nacionalista. En 1933, varios miembros del “gobierno socialista” (el propio Grove, Matte) y diversos grupos políticos crearon el *Partido Socialista*, de gran importancia en la política chilena de allí en adelante. La Izquierda Comunista continuó su trabajo en los sindicatos, inclusive en los campesinos, creando también el masivo Comité Unico de la Construcción. Este protagonizó una de las primeras experiencias de autogestión en la construcción del Hospital Policlínico: el Comité substituyó a los contratistas y organizó el trabajo, redujo la jornada laboral y socializó el producto. Impulsó también el “Bloque Parlamentario de Izquierda” junto a los otros diputados y senadores obreros, en la línea del *Frente Unico Obrero* sustentada por la Oposición internacional.

Cuando se produce el lanzamiento del *Frente Popular* por los comunistas, socialistas y radicales (1936), la Izquierda Comunista se apartó, sin embargo, de la línea preconizada por Trotsky, coincidiendo, por otra parte, con la de la organización española de Andrés

Nin (el POUM), que llegó a la ruptura con Trotsky por este motivo. Al igual que el POUM, la Izquierda Comunista chilena ingresó en el Frente Popular, argumentando que se trataba de una etapa de la lucha por el Frente Unico Obrero y por la dictadura del proletariado. Trotsky sostenía que tal etapa era justamente la de la derrota del proletariado: el Frente Popular, alianza estratégica de los partidos obreros con la burguesía, era una trampa para impedir al proletariado arribar a sus propios objetivos; de allí que la burguesía lo aceptara como un recurso extremo. “Los Frentes Populares por un lado, el fascismo por otro, son los últimos recursos políticos del imperialismo en la lucha contra la revolución proletaria” (Programa de Transición). A partir de esto, la Oposición de Izquierda Internacional (ya rebautizada IV Internacional) propone la ruptura de los partidos obreros con el Frente Popular, la lucha por el Frente Unico Obrero, admitiendo, como recurso táctico, que los revolucionarios participasen de los Comités de Base del Frente Popular, pero no de la coalición política (que debía ser destruida).

La divergencia con la Izquierda Comunista Chilena no llegó a ser discutida, pues la mayoría de esta decidió, en 1937, ingresar en el Partido Socialista: el ingreso en el Frente había sido apenas un paso en esa dirección. Varios ex trotskistas tuvieron un papel muy importante en el PS (inclusive en el gobierno de Salvador Allende, tres décadas después): Emilio Zapata, Ramón Sepúlveda y Oscar Waiss. Cuando se produce la victoria electoral del Frente Popular, llevando a Aguirre Cerda al gobierno (1938), el propio Hidalgo fue nombrado embajador de Chile en México...

Una minoría de la Izquierda Comunista rechazó, entre tanto, la política de la mayoría. Dirigida por Enrique Sepúlveda (“Diego Henríquez”), conquistó la mayoría en la región de Santiago y constituyó, en 1935, el Grupo Bolchevique Leninista, que proclamó su fidelidad a la IV Internacional. En 1937, el Grupo fundaría el *Partido Obrero Revolucionario* (POR). El destino de la Izquierda Comunista Chilena plantea, más que el problema de la actitud de los trotskistas con respecto al Frente Popular, el de su actitud con respecto al nacionalismo: el PS chileno era más una organización nacionalista que socialdemócrata (nunca perteneció a la Internacional Socialista).

Cuba: trotskismo y nacionalismo

La cuestión queda más clara en el caso de Cuba. La Oposición de Izquierda se formó allí bajo la acción de un notable dirigente obrero y comunista: el negro Sandalio Junco, que ya había participado de varios eventos de la IC, e inclusive manifestado personalmente a Stalin

su simpatía por Trotsky. En ella converge también el Ala Izquierda estudiantil, junto con la cual la Oposición constituyó, en 1933, el *Partido Bolchevique Leninista*. Con varias centenas de militantes (más que el PC), el PBL dirige las dos principales Federaciones Obreras de Cuba: las de La Habana y Santiago. Cuba atraviesa una gran agitación política, de neto corte antiimperialista. En setiembre, después de una insurrección de los suboficiales, se forma el gobierno Grau San Martín-Guiteras, que deja sin efecto la “enmienda Platt”, símbolo de la sumisión cubana: ella establece el derecho de los Estados Unidos a intervenir militarmente en Cuba.

El PC, para variar, califica al gobierno Grau San Martín de social-fascista. El gobierno dura poco, pues es derribado en enero de 1934 por el coronel Batista, apoyado por los jefes militares y por los partidos tradicionales. El PC no sólo sustenta el golpe (llegará a participar de un gobierno Batista), también ataca a los sectores obreros que se oponen a él: en agosto, un comando del PC ataca la Federación Obrera de La Habana, matando un dirigente. Guiteras y los partidarios del gobierno Grau San Martín fundan, en octubre, la organización nacionalista Joven Cuba, que organiza una lucha armada contra el régimen pro-imperialista.

El PBL establece una alianza con Joven Cuba, correspondiéndole la organización de una huelga general, mientras que Joven Cuba prepara una insurrección armada. Un delegado de los trotskistas norteamericanos (A. J. Muste), advierte al PBL sobre su excesiva identificación con los planes “putschistas” de Joven Cuba, que suplantán el desarrollo de su propia influencia en los medios obreros. En verdad, el PBL gasta la mayor parte de su tiempo organizando la huelga insurreccional y definiendo un programa futuro de gobierno junto con Joven Cuba. En marzo, es lanzada la huelga general: si bien tiene un gran impacto, no es seguida por todos los sectores de la clase obrera, y termina siendo ahogada por el Ejército. Los propios trotskistas norteamericanos reconocen que el PBL no supo darle una dirección central a través de la Federación Obrera. El fracaso de la huelga general también pone en crisis los planes militares de Joven Cuba: en mayo, el propio Guiteras es muerto a tiros por el Ejército. Comienza entonces un período de terror, en el cual el PBL pierde la mayoría de sus militantes.

Pero son sus propias contradicciones las que dan el golpe final al PBL. Una tendencia interna se forma, aparentemente mayoritaria, postulando una “vía externa para la construcción de la IV Internacional” en Cuba. Esa vía pasaba por el aprovechamiento de la gran popularidad de Joven Cuba. Otra tendencia, junto al secretario

general del PBL, “G. Capablanca”, sustentaba que tal idea sólo podía explicarse por la escasa delimitación política, desde sus orígenes, del PBL. El PBL debía criticar la concepción puramente nacionalista y militarista de Joven Cuba, manteniendo de todas maneras un Frente Unico con ella, pero desde una posición independiente. Ninguna tendencia trotskista de la época estuvo tan cerca de formular una táctica de *Frente Único Antiimperialista*, aconsejada por la IC en la época de Lenin para los países atrasados, donde predominan los movimientos nacionalistas, en lugar del Frente Unico Obrero, propia de los países avanzados, donde las masas son dirigidas por partidos que se reclaman del proletariado.

El PBL se disgregó bajo el impacto de estas divergencias. Ya en 1934 su dirigente Charles Simeon lo abandonó por el Partido Auténtico, creado por Grau San Martín, donde organizó las Juventudes Auténticas, en las cuales tendrá su origen el Movimiento 26 de Julio, que en los años ‘50 organizará las guerrillas para derrocar a Batista. En 1937, Sandalio Junco y Eusebio Mujal, los principales dirigentes obreros del PBL, arrastran a la mayoría de éste hacia Joven Cuba. Junco será en ella el secretario del sector obrero, hasta ser asesinado en 1942 en un mitín, por un comando armado... del PC Mujal evolucionará hasta transformarse en el principal burócrata sindical del régimen de Batista, símbolo de la opresión de los trabajadores, hasta la caída de aquél en 1959.

En 1940, un ex dirigente del PBL, Emilio Tró, organiza una especie de continuación estudiantil de Joven Cuba, la Unión Insurreccional Revolucionaria. En ella hará sus primeras “armas” un joven estudiante de Derecho, llamado Fidel Castro.

El PBL, ya muy debilitado y orientado por Juan Ramón Brea, adhiere a la Cuarta Internacional en 1938. Tiempo después cambia su nombre por el de Partido Obrero Revolucionario (POR) y se hace fuerte entre los trabajadores ferroviarios de Guantánamo, posición que conservará hasta la revolución castrista de 1959. En los años siguientes, el POR será una tendencia reconocida de la CTC (Confederación de Trabajadores de Cuba) y participará de varias elecciones.

Brasil: la Liga Comunista Internacionalista

La organización trotskista políticamente más fuerte en este período es, sin duda, la de *Brasil*. El año 1928 estuvo marcado por algunas conmociones serias en el Partido Comunista del Brasil. Joaquim Barbosa y João da Costa Pimenta, antiguos militantes, presentes en el

Congreso de fundación y dirigentes de la Federación Sindical Regional de Río, lideran la Oposición Sindical, que terminaría por alejarse del PC, acusándolo de convertir a los sindicatos en su instrumento político. Por otro lado, un grupo de intelectuales, descontento con lo que consideraba exceso de nacionalismo y contrario a la propuesta de aproximación con la Columna Prestes, rompió con el PC Entre ellos, Livio Xavier, escritor, y Rodolfo Coutinho, miembro del C.C. que estudiara en Moscú entre 1924 y 1926, y miembro suplente de la Comisión Ejecutiva Central elegida en el Congreso de Fundación (1922). Tenían mucha influencia en la Juventud Comunista y atrajeron para sus posiciones a Hílar Leite, entonces con 16 años, y Aristides Lobo. Cuando volvió de Europa, Mário Pedrosa (enviado a Moscú por el PC, pero que se había quedado en Alemania, tomando contacto con la Oposición de Izquierda), logró reunir elementos de los dos grupos en la formación del Grupo Comunista Lenin, que a partir de mayo de 1930 edita el diario *A Luta de Classe*. Tiempo después el grupo pasará a llamarse Liga Comunista Internacionalista (LCI).

A través de los diarios y de los libros (traducciones de Trotsky, prologadas por militantes de la LCI, o trabajos de su propia autoría), la LCI realiza una tarea de difusión ideológica sin paralelos en la época, en nuestro continente, y que la coloca inclusive muy por encima del PCB. Esto no se debe sólo al hecho de que el país, de lengua portuguesa, torna inaprovechables las publicaciones del trotskismo internacional (en su mayoría hechas en francés, inglés y español). Cuenta sobre todo la calidad intelectual de los dirigentes de la LCI, no sólo los ya nombrados, sino también el poeta surrealista francés Benjamin Péret y Salvador Pintaude (director de la Editora Unitas, responsable de las primeras versiones de Trotsky al portugués).

La audacia política también caracterizó a la LCI. En 1930, Aristides Lobo es enviado a Buenos Aires, a fin de ganar para la causa al exiliado Luís Carlos Prestes, el “Caballero de la Esperanza”. Prestes, durante un tiempo, prestó oídos a Lobo, haciéndolo su consejero político. Existen versiones que atribuyen a Lobo el famoso Manifiesto de Mayo de Prestes, convocando a una insurrección nacional antiimperialista. Lobo llegó a ser, junto con el “teniente” Siqueira Campos, uno de los cuatro dirigentes de la Liga Antiimperialista Revolucionaria creada por Prestes para consumir los objetivos enunciados en el manifiesto. Los rivales stalinistas de la LCI aprovecharon, aparentemente, una ausencia de Lobo (enviado por Prestes a estudiar la situación en Río Grande do Sul) para convencer a Prestes de unirse al PCB., no sin antes criticar el Manifiesto, repudiar el trotskismo y disolver la L.A.R.

La participación del trotskismo en la futura insurrección nacional se desvaneció. ¿Hasta qué punto las actividades de Lobo junto a Prestes formaban parte del trabajo orgánico de la LCI?

A diferencia del PCB., la LCI realizó un verdadero análisis de la revolución de 1930: “La economía nacional se expresó, por primera vez, bajo una forma política bastante nítida, en octubre de 1930, con la sublevación de sus fuerzas productivas contra la hegemonía de la economía cafetera... Sin caer en el error de la dirección burocrática del PC (que identifica) cada uno de los grupos políticos en lucha con los dos grupos imperialistas, que actúan como un factor externo a la lucha de clases en el interior del país (...) el proceso de diferenciación política de las clases que se derivó del movimiento reaccionó a su vez sobre su propia base social, extendiéndola y preparando ocasiones para la intervención independiente del proletariado en la lucha partidaria”. Después de un análisis brillante del problema de la unidad nacional del Brasil, la LCI levantó la reivindicación de Asamblea Constituyente, lo cual les valió el calificativo de “lacayos del imperia-lismo” por parte del PCB. (calumnia que el stalinismo igual habría levantado, aunque la LCI hubiese dicho cualquier otra cosa). Para la LCI, las reivindicaciones democráticas dependían de la estructura misma del país: “El desarrollo combinado de la nación que se industrializa, en el cuadro de la economía colonial, impide que las formas de dominación política de la burguesía se realicen en los marcos normales de la democracia, esto es, las consignas democráticas se transforman en armas en manos del Partido del Proletariado que congrega así a las masas oprimidas”. El PCB. consideró la revolución de 1930 como un simple episodio de la lucha interimperialista, lo que lo aisló totalmente de la situación política y provocó una crisis en sus filas.

En el terreno sindical, la LCI desarrolla la línea del Frente Unico, llegando a tener fuerzas bien superiores a las del PCB. en San Pablo, donde la LCI concentró sus fuerzas, por considerarla el centro obrero del Brasil. Fue fundamental la actividad de João da Costa Pimenta en la dirección del sindicato de los gráficos (João, además de haber participado de la fundación del PCB., era uno de los principales dirigentes obreros del Brasil), pero los trotskistas contaban también con una enorme fuerza en los empleados de comercio, ferroviarios, químicos. Junto a los anarquistas, pusieron en pie una Coalición de Sindicatos, en 1934. En el mismo año, fue gracias al impulso de los trotskistas que surgió una Coalición de las Izquierdas -reuniendo también a los anarquistas, los socialistas, los grupos obreros extranjeros e inclusive al Comité San Pablo del PCB., dirigido por “Paulo”

(Herminio Sacchetta)- para luchar contra el fascismo “camisa verde”: el integralismo. Este fue el principal trabajo de la LCI Varios trotskistas (Pedrosa. Fúlvio Abramo) ya venían participando de la redacción de un diario democrático antifascista, *O Homem Livre*, donde Pedrosa había realizado un análisis del fascismo a partir del film de Howard Hawks, *Scarface*. Las izquierdas unidas convocaron una contramanifestación al mitin integralista del 7 de octubre de 1934, en la Plaza da Sé. Abramo fue el orador de la izquierda: poco pudo decir, pues estalló una batalla campal, armas de fuego incluidas. Un estudiante comunista murió, y Pedrosa recibió un disparo en las nalgas, pero los integralistas también sufrieron sus pérdidas y, sobre todo, cubrieron las calles de San Pablo de camisas verdes, aterrados frente a la reacción antifascista de las organizaciones obreras (si pocos años antes, en Europa, un Frente Unico semejante se hubiese concretado, habría cambiado el rumbo de la Historia).

En 1935, sin embargo, la LCI entraría en crisis, disgregándose. Esto se debió, en primer lugar, a la violenta represión contra toda la izquierda desatada después de la tentativa insurreccional del PCB. Casi todos los dirigentes trotskistas fueron detenidos: sólo Pedrosa consiguió huir del país. En la prisión, murió el dirigente obrero trotskista Medeiros. Pero previamente hubo una escisión política: algunos militantes (Lobo, la novelista Raquel de Queiroz, Vitor de Azevedo) objetaron el aventurerismo y el militarismo de la LCI, rompiendo con ella. De hecho, el proceso político fundamental no pasaba por el integralismo, sino por la consolidación de un gobierno (Vargas) que había surgido oponiendo resistencias al imperialismo y apoyándose en las masas, para después pasar a reprimirlas y a negociar la incorporación del Brasil en el sistema panamericano liderado por los EE.UU. La orientación política de la LCI debería haber surgido de un análisis a fondo de esta tentativa nacionalista de la burguesía, incluyendo su política externa, lo que no fue hecho. Poco tiempo después, Trotsky, buscando un ejemplo de su táctica antiimperialista, afirmaba que en caso de conflicto él estaría “con el Brasil de Vargas contra la Inglaterra democrática”. La cuestión del nacionalismo y de la lucha antiimperialista se planteaba también para los trotskistas brasileños: poner el eje de la política de la LCI sólo en la lucha antifascista significaba, por lo menos, pretender reproducir en Brasil las coordinadas políticas de Europa. Entre tanto, el PCB. lanzó la Alianza Nacional Libertadora (A.N.L.), suscitando una vasta movilización a su alrededor.

La notable lucha política de la LCI contra el PCB. le permitió, mientras tanto, capitalizar todas las crisis de éste. Así, en enero de

1937, la reconstruida LCI con Pedrosa a la cabeza y la Oposición Clasista del PCB., crean el Partido Operário Leninista (POL). El POL realizó, a diferencia de los otros partidos, incluyendo a la historiografía actual, un análisis del *programa* del levantamiento de la A.N.L. como causa de su fracaso (y no solamente de su “inoportunidad militar”): “¿Cuáles son las causas de la derrota de noviembre? Por un lado, la impotencia para movilizar a los trabajadores exclusivamente con consignas democráticas vulgares. Por el otro, la hostilidad no sólo de la gran burguesía sino asimismo de la mayor parte de la pequeña burguesía hacia el A.N.L. y su golpe... En Recife, algunos sectores de las masas llegaron a participar del levantamiento, aceptando las armas que les eran ofrecidas; con todo, no se mostraron dispuestos a una lucha a fondo... En Natal, ciudad típicamente pequeño burguesa, a pesar de que los boletines del Comité Revolucionario pretendieran que las fuerzas revolucionarias se mantendrían en la mayor fidelidad y respeto a la propiedad y al hogar... los ‘señores comerciantes’ no quisieron saber nada, y conservaron sus puertas cerradas... Con el apoyo de soldados y trabajadores en armas, el esquema aliancista-prestista (revolución popular nacional) no consiguió ahogar las contradicciones de clase y no sirvió para abrirles las puertas de la burguesía”.

Sob Nova Bandeira (Bajo Nueva Bandera), órgano del POL, hace un examen del integralismo: “(en Europa) el movimiento fascista no podía dejar de producirse con entera autonomía de los gobiernos... no podía colocarse en dependencia directa del aparato del Estado, sin condenarse a un aislamiento inevitable... Aquí pasa precisamente lo opuesto. El integralismo ha configurado últimamente apenas una renovación del viejo y archiconocido ‘clavel rojo’ que tuvo su gloria en el cuatrienio de Bernardes... sin las camisas, los gestos y los desfiles y discursos, esos auxiliares de segundo orden de la Policía, esos delatores profesionales, matones de los poderosos y mercaderes de manifestaciones, ya habrían sido identificados hace mucho tiempo como simples agentes pagos de políticos sin popularidad... Las tesis del POL demuestran que el integralismo tiene escasas posibilidades de llegar al poder por sus propias fuerzas.”

Para las elecciones de 1938, el PCB. apoyó una de las candidaturas burguesas presentes, la de José Américo. El POL proclamó la candidatura simbólica de Prestes, convergiendo con una nueva e importante oposición interna del PCB, la del Comité San Pablo, liderada por Sacchetta. Esta tendencia cuestionaba también el papel dirigente que el PCB. atribuía a la burguesía nacional. El grupo bautizado Disidencia Pro Reagrupamiento de la Vanguardia, se acerca al trotskismo

y, uniéndose al POL, forma el Comité Pro Reagrupamiento de la Vanguardia Revolucionaria del Brasil. La fusión se dará en agosto de 1939, siendo constituido el Partido Socialista Revolucionario (P.S.R.), que va a garantizar la continuidad del trotskismo durante el Estado Nuevo. La vieja lucha de la LCI por arrastrar al PCB. de San Pablo al Frente Unico antiintegralista había rendido sus frutos. En prisión, varios ex militantes del PCB. adhieren al P.S.R., entre ellos la poetisa Pagu (Patricia Galvão).

Argentina: la liberación nacional

En la Argentina, el trotskismo no llega a constituir ninguna organización importante, a pesar de la presencia en sus filas de uno de los principales dirigentes sindicales: Mateo Fossa, que presidió en 1936 el Congreso de Fundación de la C.G.T. Pequeños grupos se unen y se separan, en medio de polémicas de marcado tono personal, completamente desligados del movimiento obrero. Una de esas polémicas, sin embargo, será de las más importantes: la Liga Obrera Revolucionaria (LOR), encabezada por Liborio Justo (hijo del entonces presidente argentino, Agustín P. Justo), proclama la consigna de *liberación nacional*, entendiendo que la Argentina es un país oprimido por el imperialismo. Justo ya había participado de un movimiento antiimperialista: la *Reforma Universitaria*. Frente a la Segunda Guerra, la LOR sustenta la neutralidad argentina. Los otros grupos trotskistas se oponen, argumentando que sólo la revolución socialista se corresponde con la presente fase de desarrollo de las fuerzas productivas del país, y que ningún sector burgués está dispuesto a encabezar un movimiento nacionalista (los argumentos para esta posición eran sacados de los escritos del marxista peruano José C. Mariátegui). Durante la guerra, se inclinaban por el derrotismo revolucionario, sin preocuparse mucho del hecho de que la Argentina no había entrado en la guerra (aún cuando los EE.UU. la presionaban en ese sentido). Un delegado del Comité Ejecutivo de la IV Internacional, el americano Sherry Mangan, intervino directamente en la polémica, dando la razón a los grupos que postulaban una revolución puramente socialista, y uniéndolos en el Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS), en diciembre de 1941. Homero Cristalli (J. Posadas), Esteban Rey, Jorge A. Ramos son los dirigentes del PORS, donde también milita el entonces estudiante de física *Ernesto Sábato*, posteriormente famoso escritor. El PORS duró poco: cuando en 1943 el país entra en un ciclo nacionalista (el episodio mayor será el surgimiento del peronismo) que el PORS

estaba empeñado en negar, el partido ya había explotado en diez grupos (!) diferentes. Desde 1942, los EE.UU. boicoteaban comercialmente a la Argentina, por la negativa de ésta a entrar en guerra junto a los aliados. Pero para el PORS, apoyado por la dirección de la IV Internacional, el conflicto entre Estados Unidos y la Argentina era interimperialista...

Bolivia: el Partido Obrero Revolucionario

En 1937, varios trotskistas brasileños (Fúlvio Abramo, Marino e Inés Besouchet), huyendo de la represión, se exiliaron en Bolivia. Allí entraron en contacto con varios jóvenes trotskistas de ese país: Walter Asbun, Guillermo Lora. Era la segunda generación del trotskismo boliviano. La primera, liderada por José Aguirre Gainsborg (ex dirigente del partido comunista clandestino de Bolivia y del PC chileno), había fundado, en el exilio en Chile, la Izquierda Comunista Boliviana. En 1935, ésta se fusionó en Córdoba (Argentina) con el Grupo Tupac Amaru, creando el Partido Obrero Revolucionario (POR). El exilio se originaba en la posición antibélica que los dos grupos habían asumido en ocasión de la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay. El primer líder del POR fue el legendario escritor y publicista "Tristán Marof" (Gustavo Navarro), del Grupo Tupac Amaru. De vuelta en Bolivia, el POR sufrió las contradicciones entre sus dos componentes. Mientras Aguirre pretendía un partido bolchevique, por su doctrina y organización, Marof quería un POR amplio, que le permitiese llegar al poder, basado en su gran prestigio personal. Marof acabó separándose del POR y fundando su propio Partido Socialista Obrero Boliviano, el cual, después de una trayectoria espectacular, acabó disolviéndose (Marof terminó como secretario personal de Herzog, uno de los presidentes más reaccionarios de Bolivia). Aguirre encabezó una lenta tarea de penetración del POR, lo que lo llevó a escribir una columna diaria en el principal diario de La Paz, militar en los sindicatos y aún formar parte de la Agrupación Socialista Beta Gama (en la cual militaba el luego dos veces, presidente de Bolivia, Hernán Siles Zuazo), para la cual redactó un programa orientado por la consigna de liberación nacional (junto con la LOR argentina y el POR cubano, fueron los únicos grupos trotskistas latinoamericanos que la levantaron en este período). El POR boliviano fue el primer grupo trotskista que impuso su programa en una organización de masas: la Federación Universitaria (1938) con el entonces trotskista René Ayala Mercado. El trotskismo se va convirtiendo en una de las principales vertientes políticas bolivianas, gracias al

POR y a Aguirre, pero éste muere en un accidente en 1938. El POR queda muy debilitado durante varios años, hasta que una segunda generación de militantes, encabezada por el joven estudiante de derecho Guillermo Lora, lo llevase a trabajar principalmente entre el proletariado minero. En este marco el POR recibirá su bautismo de fuego en la masacre de Catavi (diciembre de 1942), cuando los obreros de las minas de Catavi protagonizan una huelga masiva, salvajemente reprimida por el gobierno de la Rosa. Hacia la misma época, Lora publicó un libro-folleto, *Sobre la Revolución Permanente*, que sería un clásico del trotskismo latinoamericano, mereciendo varias reediciones.

Capítulo III

*Trotsky en México y la
dirección de la IV Internacional*

El trotskismo en México surgió a partir de las actividades de Russell Blackwell, militante del PC americano enviado para organizar las Juventudes Comunistas y que terminó adhiriendo a la Oposición de Izquierda. En 1933 es organizada la Oposición Comunista de Izquierda, luego transformada en Liga Comunista Internacionalista (LCI) de México, con la participación de dos ex dirigentes comunistas (Octavio Fernández y Luciano Galicia) y del futuro famoso novelista José Revueltas. Pero el trotskismo mexicano se distingue por haber reclutado a uno de los mayores artistas del siglo: el muralista Diego Rivera, maestro de la escuela de pintura post revolucionaria. Fue, en gran parte, gracias a la intervención directa de Rivera que el gobierno nacionalista del general Cárdenas decidió permitir la entrada del hombre para el cual el mundo era un “planeta sin visado”, el jefe de la IV Internacional: León Trotsky.

Trotsky llegó en enero de 1937, y vivió en México hasta su asesinato (agosto de 1940). Como refugiado político, se comprometió a no participar de actividades políticas mexicanas. Pero no tardó en impulsar la publicación de una revista en español *Clave* que debía orientar al movimiento trotskista latinoamericano. En los 18 números publicados entre 1938 y 1940, *Clave* incluyó 168 artículos sobre América Latina (además de muchos otros sobre la situación internacional, cuestiones teóricas, etc.), de una calidad tal que la colocan como un patrimonio del pensamiento marxista latinoamericano. *Clave* vino a llenar el vacío dejado por la ya mencionada *Comunismo*.

La atención de Trotsky se dirigió hacia los procesos nacionalistas encabezados por sectores pequeño burgueses o militares, que conquistaban

apoyo de masas (como el APRA peruano o el cardenismo mexicano) tratando de definir la actitud a adoptar por el proletariado revolucionario. Un trabajo notable es el llamado “La administración obrera en la industria nacionalizada”, redactado después de la nacionalización de las compañías inglesas de petróleo durante el gobierno de Cárdenas (la gran prensa sugirió que Trotsky había aconsejado a Cárdenas en esa ocasión). Trotsky sustentaba que el proletariado debía colocarse en el campo nacional, defendiendo las expropiaciones de Cárdenas contra los ataques imperialistas, pero manteniendo su independencia política, reclamando para sus sindicatos independientes el derecho de *administrar* y *controlar* las industrias nacionalizadas. Así, la lucha antiimperialista se transformaba en una escuela de lucha por la revolución proletaria.

Fue por la misma causa que Trotsky se vio obligado a intervenir en la vida de la LCI mexicana. Los trotskistas afirmaban que las expropiaciones no pasaban de una maniobra del imperialismo americano, del cual Cárdenas era un agente. Contra la política salarial del gobierno, la LCI llamaba a luchar mediante la acción directa y los sabotajes (esto en un momento en que la clase obrera mexicana apoyaba a Cárdenas). Trotsky cuestionó públicamente la política de la LCI y la concepción conspirativa de la historia en la cual ella se basaba. La LCI se dividió en dos sectores (Galicia y Fernández) y acabó disolviéndose. Una delegación del partido trotskista norteamericano, el Socialist Worker's Party (SWP), fue encargada de reorganizarla, lo que finalmente sucedió: hasta los enemigos Galicia y Fernández volvieron a trabajar juntos.

El Comité Ejecutivo de la IV Internacional trabajó con sede en Europa hasta el estallido de la Segunda Guerra, cuando fue transferido a los EE. UU. El SWP, entre tanto, fue encargado de organizar un Buró Americano-Oriental, para encauzar y dirigir la actividad trotskista en Asia y en América. Cuando el C.E. de la IV se estableció en los EE. UU., se creó un Departamento Latinoamericano, liderado por “A. Gonzáles”, que no era otro que Abraham Golod, ex delegado de la Internacional Juvenil Comunista en México, que se había pasado al trotskismo. Golod era ruso ucraniano.

El Buró Americano-Oriental celebró una Conferencia en mayo de 1938, en Nueva York. Fueron aprobadas unas *Tesis sobre América Latina* (el primer documento de la IV Internacional específico sobre nuestro continente) que sorprenden por su primitivismo teórico y político. El modo de producción colonial es definido como “subfeudal”, las naciones latinoamericanas como “subnaciones”, la burguesía como “sub-burguesía”, etcétera. Excepto el proletariado, todas las clases sociales son definidas como vehículo de la penetración imperialista, incluyendo tanto a las dictaduras como a “las democracias”. “La verdadera política

local se desarrolla dentro de una organización militar policial, de allí que los países latinoamericanos son gobernados por generales. Cualquiera que sea la fachada demagógica asumida por las organizaciones políticas civiles (sub-burguesas, pequeño burguesas, obreras y campesinas), ellas son sólo cortinas de humo creadas por el aparato policial-militar para esconder su verdadera política”. En suma, el imperialismo hace y deshace como a él le place, pues América Latina está llena de agentes suyos. En consecuencia, las Tesis llaman a luchar, en América Latina, contra: el fascismo, el “subfascismo”, la sub-burguesía, el imperialismo, el stalinismo, el reformismo sindical y hasta contra el reformismo pseudo-socialista de la pequeña burguesía. Todos en la misma bolsa y en el mismo nivel. Cualquier intento de comprender la dinámica social y política latinoamericana a partir de esas Tesis estaba condenada al fracaso. Varios testimonios coinciden en que las Tesis provocaron carcajadas entre los trotskistas latinoamericanos...

Sorprende también el hecho de que, en la misma época, Trotsky se orientaba de un modo totalmente diferente para analizar los gobiernos y los movimientos políticos latinoamericanos: “La debilidad de la burguesía nacional, la falta de tradiciones de gobierno local, el crecimiento más o menos rápido del proletariado, amenazan los fundamentos de todo régimen democrático estable. Los gobiernos de los países atrasados asumen un carácter bonapartista o semibonapartista y difieren unos de otros en el hecho de que algunos tratan de orientarse en una dirección más democrática, intentando buscar apoyo entre los trabajadores y los campesinos, mientras otros instauran una forma de dictadura militar y policial. Esto determina igualmente el destino de los sindicatos... La paternidad del Estado está dictada por dos exigencias que se contradicen: la necesidad del Estado de acercarse a la clase obrera como un todo y ganar de esa forma un apoyo para resistir las pretensiones excesivas del imperialismo, y disciplinar a los trabajadores colocándolos bajo el control de una burocracia”.

En estos análisis divergentes se encuentra focalizado el problema de la *madurez política* de la dirección de la IV Internacional, que no estaba garantizada por la influencia personal de Trotsky. La actividad del viejo revolucionario fue importante no sólo en el plano teórico: él personalmente incorporó al movimiento a varios dirigentes obreros latinoamericanos (por ejemplo, el argentino Mateo Fossa, en ocasión de su participación de un Congreso Sindical Latinoamericano en México). Pero la dirección de la IV Internacional tendría que pasar por su propia experiencia, sufriendo contradicciones originadas en las bases y en su propio interior. Estas determinaron que dos fracciones se formasen en el trotskismo latinoamericano:

1- Mário Pedrosa, miembro del C.E. de la IV Internacional, se trasladó a los EE.UU., donde militó también en el SWP. Una fracción de éste, encabezada por Max Schachtmann, cuestionó la defensa incondicional de la U.R.S.S., por considerarla un estado imperialista (la polémica de Trotsky contra esa fracción se encuentra en su libro *En defensa del marxismo*). Pedrosa y otros miembros del C.E. (James, Trent) adhirieron a las tesis de Schachtmann. Pedrosa recorrió América Latina en 1941 buscando adeptos entre los trotskistas: consiguió la adhesión de varios militantes del P.S.R. brasileño (lo que debilitó a este partido), algunos bolivianos, el dirigente obrero Pedro Milessi en la Argentina y la Liga Bolchevique Leninista del Uruguay.

Estos grupos hicieron una Conferencia Latinoamericana en Lima, en la casa de Haya de la Torre (1942). Algunos schachtmannistas terminaron volviendo a la IV Internacional (la L.B.L. uruguaya, James), y otros se fueron hacia la socialdemocracia: Schachtmann acabó como miembro del PS americano, y Pedrosa trató de organizar un PS en Brasil (1945).

2- La LOR argentina, de Liborio Justo, marginalizada del PORS organizado por la dirección de la IV Internacional, trató de poner en pie una fracción latinoamericana de los grupos trotskistas partidarios de la liberación nacional: los POR chileno y cubano, la LOR uruguaya, dos grupos bolivianos (en Oruro y Potosí) y un grupo brasileño ("Rodríguez"). La tentativa, no desprovista de bases, fracasó por dos motivos: 1) Justo trató de organizarla no como fracción de la IV Internacional, sino como una nueva IV Internacional Revolucionaria, para lo que contaba con la colaboración de grupos americanos y franceses que habían roto con el trotskismo: los grupos latinoamericanos rechazaron esta perspectiva; 2) la propia LOR se disolvió en 1943. Años después, Justo acabaría acusando al propio Trotsky de haber sido un agente de Wall Street y proponiéndose como dirigente de una V Internacional.

Con la Segunda Guerra Mundial y las dificultades en las comunicaciones con los países beligerantes, la dirección del movimiento trotskista latinoamericano y mundial recayó sobre el SWP norteamericano. Su intervención en América Latina fue por momentos positiva (México), por momentos desastrosa (Argentina). La guerra, mientras tanto, aflojó también los lazos con América Latina. En la posguerra, el trotskismo latinoamericano se desenvolvió con un grado muy superior de independencia. Y sobre bases organizativas más restringidas: ya había pasado la época en que, gracias al prestigio personal de Trotsky, se pudieron capitalizar escisiones numerosas en los Partidos Comunistas. Ahora, el grado de endurecimiento stalinista era mucho mayor.

Capítulo IV

Bajo el signo de Bolivia
(1945 - 1960)

Desde la posguerra, el trotskismo argentino se fue transformando en una especie de centro latinoamericano. La Argentina era, en esa época, el país más desarrollado del continente. Además, el *peronismo* la colocó en el centro del escenario político. Los grupos trotskistas argentinos se dividieron en torno a la caracterización y la actitud a adoptar con respecto al peronismo:

1- El grupo Octubre, liderado por Jorge Abelardo Ramos, considera al peronismo como una revolución democrático burguesa, por lo tanto progresiva, y le da apoyo crítico (en verdad, apoyo liso y llano). Para Octubre, la burguesía argentina, a través del peronismo, planteó el problema de la unidad latinoamericana: por primera vez dentro de la IV Internacional, Ramos concibe a ésta como la “formación de un gran Estado nacional”, y no como una Federación de Estados Obreros. Se trataba de un retroceso a las ideas de Haya de la Torre. Ramos estrechó relaciones con la burguesía argentina y con el gobierno peronista. Finalmente en 1948 rompió con la IV Internacional (acusándola de imperialista) y con toda idea internacionalista, tratando de proyectarse como tendencia latinoamericana.

2- El Grupo Cuarta Internacional (después rebautizado como POR), liderado por J. Posadas, sostiene análisis muy parecidos a los de Ramos, aunque manteniendo la necesidad de una organización independiente del proletariado y la fidelidad a la IV Internacional.

3- El Grupo Obrero Marxista, liderado por Nahuel Moreno, sostiene que el peronismo es un movimiento reaccionario de derecha, compuesto por los más diversos sectores sociales y sirviente del imperialismo inglés. El proletariado lo apoyó porque está “castrado y sin

ímpetu” y “narcotizado por el Estado”. Los sindicatos peronistas son “semifascistas”: el GOM llama a la destrucción de la CGT y tiende una alianza con el PC y el PS o, mejor dicho, con lo que quedó de ellos después de la “explosión” peronista. La caracterización del peronismo se extiende también a los otros movimientos nacionalistas latinoamericanos (el MNR de Bolivia, el varguismo de Brasil, etc.). Para Moreno, el único movimiento revolucionario de la posguerra fue la movilización que derribó al gobierno nacionalista de Villarroel en Bolivia (para reinstalar, digamos de pasada, un gobierno de la “Rosca”, la oligarquía boliviana del estaño).

Los dos últimos grupos se disputan la representación de la IV Internacional en Argentina y, de hecho, la dirección del movimiento trotskista en el continente. El II Congreso de la IV Internacional (celebrado en París, en 1948, bajo la presidencia honoraria de Guillermo Lora, entonces en prisión) no resuelve la cuestión, ni aprueba ningún texto relativo a América Latina, existiendo una gran confusión, en torno a fenómenos como el del peronismo. De cualquier modo, un militante uruguayo, Ortiz, es incorporado al Comité Ejecutivo, y va a recorrer América Latina buscando reorganizar y coordinar a los grupos trotskistas del continente.

Bolivia: el trotskismo y la revolución

Pero las grandes novedades vendrían del olvidado POR de Bolivia. Aislado, venía trabajando pacientemente dentro del proletariado de las minas, que desde 1944 estaba organizado en la Federación Minera (FSTMB), creada a instancias del gobierno nacionalista de Villarroel, apoyado por el MNR. En el III Congreso de la FSTMB (en Catavi, marzo de 1946) era ya visible la crisis del proceso nacionalista, que culminaría pocos meses después. Para gran sorpresa del gobierno y del MNR (que, de hecho, dirigía la FSTMB) y de los trotskistas de todo el mundo, el Congreso aprobó gran parte del Programa de la IV Internacional: *control obrero de la producción, milicias obreras, escala móvil de salarios y de horas de trabajo*. El joven Guillermo Lora fue llevado en hombros por los mineros después de derrotar en un debate al ministro de Trabajo (Monroy Block, del MNR), mientras varios trotskistas eran elegidos para la dirección del FSTMB.

La Federación Minera no tuvo fuerzas para impedir el golpe de julio de 1946: los mineros estaban dispuestos a marchar sobre La Paz armados de dinamita (¡mientras los trotskistas argentinos liderados por Moreno celebraban la caída del gobierno nacionalista!). Pero a fin de año se reúne un nuevo Congreso de la FSTMB, en una

situación explosiva: 1) los mineros están dispuestos a luchar contra el gobierno de la “Rosca”, 2) la dirección nacionalista está dando pruebas de su incapacidad de defenderse de la reacción. Resultado: el Congreso aprueba integral y unánimemente la tesis presentada por la delegación de Llallagua, redactada por Guillermo Lora. Las desde entonces famosas Tesis de Pulacayo le muestran al proletariado un camino independiente del nacionalismo para luchar contra el imperialismo:

- caracterizan a Bolivia como “país capitalista atrasado, integrante de la economía mundial”, superando la tesis de “país feudal” del MNR y del stalinismo para justificar la “revolución por etapas” (primero democrática, en alianza con la burguesía);

- fija la estrategia de la *revolución y dictadura proletarias*, posibles en la medida en que la clase obrera asuma la dirección de los oprimidos a través de la *alianza obrero-campesina*. El proletariado, líder de la nación oprimida, transforma las tareas democráticas (reforma agraria, independencia nacional) en tareas de la revolución socialista a través del gobierno obrero y campesino;

- fija los métodos de lucha del proletariado (movilización y acción directa), y propone la creación de una *Central Única de Trabajadores*, con dirección obrera.

El POR se va transformando en partido de masas, y celebra un acuerdo con la FSTMB. para la presentación electoral de un Bloque Minero. En las elecciones de 1947, el Bloque consigue la elección de seis diputados (de los cuales tres son trotskistas: Guillermo Lora, Humberto Salamanca y Javier Aspiaze) y dos senadores: Juan Lechín y Lucio Mendiivil (éste último del POR).

Para la “Rosca” las cosas están yendo demasiado lejos. El gobierno pone al Bloque en la ilegalidad, interviene en las minas y persigue los dirigentes obreros: Lora y sus compañeros van a parar a la cárcel. En esa época. el POR vendía 10 mil ejemplares de *Lucha Obrera*, es decir, más que el diario de mayor circulación (*El Diario*).

La represión impide al POR transformarse en una efectiva dirección obrera. Pero la situación va cambiando: en 1951, el candidato presidencial del MNR (Paz Estenssoro) gana las elecciones: nuevo golpe de la “Rosca” para impedir su asunción. La impasse se prolonga hasta abril de 1952, cuando los mineros bajan a las Ciudades y a los cuarteles para destruir definitivamente el gobierno “rosquero”, dinamita en mano. Todos los trabajadores se movilizan: el Ejército es derrotado y disuelto. Es lo que se llamó “la primera revolución obrera de América Latina”. Las milicias obreras garantizan la asunción del MNR Se construye de inmediato la *Central Obrera Boliviana*

(COB): Juan Lechín y Miguel Alandia Pantoja (militante del POR), ocupan los puestos principales. El entusiasmo masivo por el gobierno del MNR arrastra al propio POR, que define su política como “apoyo al ala izquierda del MNR (Juan Lechín)”. Este sería el origen de la futura división.

La división de la IV Internacional: el pablismo

Mientras tanto, se reúne el III Congreso Mundial de la IV Internacional (París, 1953), que definirá un gran viraje. Se imponen las tesis del dirigente Michel Pablo (el griego M. Raptis), que implican una revisión total del programa trotskista. Surge así el llamado pablismo, que va a provocar la crisis y la división de la IV Internacional. Se parte de constatar que los principales procesos de transformación social (Europa del Este, la Revolución China) han sido dirigidos por el stalinismo (el PC chino no escapa a esta caracterización). Se prevé una guerra inminente entre la URSS y los EE.UU. (se estaba viviendo en plena guerra fría). Conclusión: no hay tiempo histórico para la construcción de partidos revolucionarios (trotskistas); la burocracia stalinista hará la revolución “a su manera” (previéndose “siglos de transición” en dirección al socialismo, durante los cuales reinará la burocracia stalinista). La tarea principal será empujar a las direcciones existentes (stalinistas en los países avanzados, y stalinistas y/o nacionalistas en el mundo colonial) lo más rápido posible en dirección a la toma del poder, ingresando, en la medida de lo posible, en esas organizaciones. A esto se le llamó “integración en el movimiento real de las masas”.

El impresionismo del nuevo programa es brutal: se toman algunas de las *tendencias* de la situación de la posguerra, transformándolas en *absolutas*. Pero había otras tendencias, que conspiraban contra la guerra y contra el fortalecimiento de las direcciones stalinistas. De hecho, como las previsiones pablistas se verificasen por su contrario -no hubo guerra mundial y el bloque socialista entró en crisis-, Pablo fue repudiado años más tarde por todas las fracciones del movimiento trotskista.

En relación a América Latina, el Congreso resolvió el debate Posadas vs. Moreno en favor del primero: la propuesta de Posadas de un trabajo privilegiado en dirección a los movimientos nacionalistas congeniaba mejor con el nuevo programa. El grupo de Posadas fue declarado sección argentina de la IV Internacional, y él mismo fue encargado de organizar el Buró Latinoamericano (BLA) de la Internacional. Moreno aceptó las resoluciones.

Nadie, dentro del trotskismo mundial, opuso un programa completo al pablismo. Pero la discusión se fue procesando por medio de graves crisis. El P.S.R. brasileño, por ejemplo, desapareció; sus militantes, como José Stacchini y Florestan Fernández, siguieron rumbos muy diversos. La dirección de la IV Internacional excluyó del Congreso a la mayoría de la sección francesa (el Partido Comunista Internacionalista) opuesta al programa de Pablo. Esa fue la base de la escisión: el PCI. se alió, a fines de 1953, al SWP norteamericano, alarmado por los métodos burocráticos de Pablo. Junto con las secciones suiza e inglesa, el PCI. y el SWP constituyeron el Comité Internacional de la IV Internacional (CI). El POR boliviano, enterado de la escisión, negó su apoyo a cualquiera de las fracciones internacionales. La destrucción organizativa de la IV Internacional estaba consumada, constituyéndose dos fracciones independientes: el S.I. (Secretariado Internacional, dirigido por Pablo) y el CI.

En América Latina, el CI recibió el apoyo de la fracción de Moreno. Este se manifestó independiente del BLA de Posadas y constituyó, en 1954, el SLATO (Secretariado Latinoamericano del Trotskismo Ortodoxo), con base en tres países: Argentina, Chile y Perú. De hecho, Moreno y Posadas enviarían delegados al resto del continente y consumirían la división de los grupos trotskistas latinoamericanos.

La crisis del POR boliviano

La división del POR boliviano reconoció, en parte, causas diferentes. En junio de 1953, el X Congreso del POR estableció: 1) la existencia de un reflujo del movimiento obrero, después del ascenso revolucionario; 2) la necesidad, para consumir la revolución obrera, de independizar a las masas del nacionalismo (MNR), ganándolas para el POR. Se cuestionó la política de apoyo crítico al ala izquierda del MNR.

El BLA, de Posadas, se opuso a esas tesis. De acuerdo con el programa pablista, se trataba de “empujar a las masas hacia la toma del poder”, pues éstas se encontraban siempre dispuestas para tal empresa: según la nueva línea, las direcciones tradicionales no eran más que un obstáculo. Con esto se ve hasta qué punto el programa pablista era una *revisión* en referencia al programa redactado por Trotsky, para quien la crisis de dirección del proletariado era el problema central de nuestra época.

En medio de la discusión, una primera escisión se produjo en 1954: un sector del POR, inspirado por el argentino J. A. Ramos,

quiso llevar a fondo el apoyo al ala izquierda del MNR, incorporándose a este movimiento. Encabezado por Edwin Moller (secretario de prensa de la COB) y por su mujer, Lidia Gueiler (que llegaría, en 1979, a la presidencia de Bolivia), este sector rompió definitivamente con el trotskismo, abandonando la revolución proletaria y adhiriendo a la revolución nacional, teorizada desde la Argentina por el ex trotskista Ramos.

La ruptura de los pablistas se produjo en 1956: inspirados por Posadas y dirigidos por Hugo González Moscoso, se quedaron con la mayoría de los militantes e inclusive con el diario, *Lucha Obrera*. Durante los años siguientes, y sin preocuparse mayormente con los cambios de la situación política, el POR-González Moscoso levantaría la consigna “¡Todo el poder a la COB!”, sin mayores consecuencias.

La continuidad del POR trotskista, muy debilitado, fue asegurada por la fracción liderada por Guillermo Lora, que comenzó la publicación de *Masas*. El trabajo sistemático en las minas, sin embargo, fue favorecido por la verificación de sus pronósticos sobre el MNR. En 1958, el POR (Lora) inspira las tesis del Congreso Minero de San José-Colquiri, las cuales denuncian al gobierno del MNR como antiobrero y proimperialista. De esta forma se asentaban las bases del crecimiento futuro, y del balance más completo de la trayectoria del nacionalismo latinoamericano, resolviendo de ese modo la cuestión en la cual se había mostrado más débil el trotskismo desde los años ‘30.

Y fueron efectivamente bases de un crecimiento futuro, pues el gobierno del MNR, después de un primer período de histeria anti-yanqui, llegó a un entendimiento con los EE. UU. y consiguió reconstituir el Ejército, luego de varios años de vigencia de las milicias obreras y campesinas. El terreno quedó preparado para la contrarrevolución, que actuó en 1964 a través del golpe del general Barrientos, que volvió a colocar a los trotskistas en la ilegalidad y en el calabozo.

El SLATO y el BLA

El SLATO no consiguió asentarse en Bolivia en este período revolucionario: el apoyo dado por Moreno a la contrarrevolución de 1946 no era una buena carta de presentación. Su mayor actuación se produjo en Argentina después del golpe gorila que derribó a Perón en 1955. Los morenistas ingresaron en 1956 al peronismo (una aplicación de la táctica “entrística”), editando el diario *Palabra Obrera*, que se coloca “bajo la disciplina del general Perón y del Consejo

Superior Peronista". La mimetización llegó al punto de que los morenistas editaron un libelo anticomunista de Perón (una forma curiosa de entender la ortodoxia). La táctica tuvo en su inicio buenos resultados: PO abrió varios locales y agrupó centenas de militantes, con bastante influencia en los medios obreros, especialmente del sindicato metalúrgico. Pero las posibilidades de influir decisivamente sobre el sector obrero y combativo del peronismo fueron desaprovechadas en 1958. Perón, desde el exilio, dio la orden de votar al candidato "gorila" Frondizi. PO la acató. Los grupos peronistas de izquierda no: un tercio del electorado peronista votó en blanco, voto que fue mayoritario en las barriadas proletarias. El "entrismo" de los trotskistas ortodoxos se prolongó hasta 1964, sin mayores progresos.

El BLA de Posadas se desenvolvió con bastante independencia de su dirección internacional (el Secretariado Internacional de la IV Internacional, dirigido por Michel Pablo y Ernest Mandel). Sus grupos adquirirían cierta fuerza en el movimiento sindical argentino (metalúrgicos y textiles) y chileno (metalúrgicos de Huachipato).

Capítulo V

Bajo el signo de la Revolución Cubana (1960-1970)

La Revolución Cubana alteró todos los equilibrios y provocó nuevos reagrupamientos políticos en los países latinoamericanos. Continuación del nacionalismo radical, ella fue, al mismo tiempo, la primera revolución declaradamente socialista de América Latina. Para el movimiento trotskista, significó un desafío en todos los planos posibles, y era esperable que provocase nuevas transformaciones en sus filas, como efectivamente ocurrió.

La única tendencia trotskista presente en Cuba en el momento de la toma del poder por Castro y el Movimiento 26 de Julio era el ya citado POR, adherido al BLA de Posadas y al S.I. de la IV Internacional. El trotskismo no fue ajeno a la revolución: Pablo Díaz, que en los años '40 había sido editor del diario del POR (*Revolución Proletaria*) formó parte de la expedición del Granma como administrador; varios trotskistas participaron de la guerrilla; R. Alexander sostiene que uno de los principales comandantes guerrilleros (Camilo Cienfuegos, muerto misteriosamente en 1959) había sido militante del POR en los años '40.

Durante los primeros años posteriores a la revolución, el POR tuvo bastante libertad de acción. El BLA había establecido en Cuba un representante acreditado ante el gobierno; el POR tenía varios locales, y sus representantes intervenían como tendencia en las asambleas obreras y campesinas. Militantes de otros países fueron enviados por el BLA: el argentino José Lungarzo, Ortiz, Miranda. El POR tuvo la palabra varias veces en la red nacional de televisión: algunas veces, el *Che Guevara* polemizó, en radio y en televisión, contra las posiciones de los camaradas trotskistas. La IV Internacional y el BLA

participaron con delegaciones propias en los diversos Congresos Internacionales (de arquitectos, de intelectuales), organizados por el gobierno cubano. A pesar de esta participación, no se hicieron esperar las provocaciones del PC cubano (llamado Partido Socialista Popular). pero varios de los viejos dirigentes del POR tenían hijos ocupando puestos importantes en la milicia revolucionaria. lo que les sirvió de protección.

El periódico del POR fue el primero en postular la transformación de la Revolución Cubana en socialista. Cuando Fidel Castro se pronunció públicamente en ese sentido, comenzando el proceso de nacionalización de las tierras y de la industria, el POR reclamó el funcionamiento democrático de las cooperativas agrarias y la creación de una red de Consejos Obreros, a la vez que denunciaba los obstáculos a la libre expresión de las tendencias revolucionarias, impuestos en forma creciente por el P.S.P. Cualesquiera hayan sido los errores tácticos del POR, fue por sustentar esas posiciones que acabó siendo puesto en la ilegalidad. Hubo varios episodios: un delegado del B.L.A. (Heredia), habiendo criticado públicamente al P.S.P. y a la orientación del gobierno, fue condenado a muerte. Fue necesaria la intervención de su compatriota, el argentino Che Guevara (entonces ministro de la industria), para sacarlo del calabozo y ponerlo en un avión con destino a Honduras. Con el proceso de fusión del P.S.P. con el Movimiento 26 de Julio (que dio origen al PC cubano), realizado al compás de la creciente integración económica de Cuba con la U.R.S.S., las provocaciones contra el POR ganaron fuerza. El PSP y los castristas acusaban al POR de no haber participado de la Revolución: argumento muy débil, pues el POR había participado en la medida de sus escasas fuerzas, mientras que el P.S.P. se había opuesto a las guerrillas de Castro y había apoyado al gobierno de Batista, derribado por ellas. Sea como fuere, hacia fines de 1963 circuló en Cuba una edición apócrifa del periódico del POR (*Voz Proletaria*), preparada, sin duda, por el PSP, convocando al pueblo a tomar por asalto las bases militares yanquis de Guantánamo, situadas en un extremo de la isla cubana. “¡Provocación!”, fue el grito. Los locales del POR fueron cerrados y su actividad prohibida (nunca más fue retornada, por lo menos públicamente). Los dirigentes del POR fueron detenidos: Idalberto Ferrara (secretario general), Andrés Alfonso, Manuel Yero, Roberto Tejera, Ricardo Ferrara (que era oficial de las milicias y miembro del Comité de Defensa de la Revolución). Las penas -impuestas por la acusación de “haber llamado a derribar al gobierno de Fidel Castro”- fueron de hasta nueve años. Según parece, los detenidos no llegaron a cumplirlas.

Hasta muchos años después, Posadas continuaba hablando misteriosamente de la tendencia trotskista-guevarista del PC cubano, lo que tal vez deba ser puesto a cuenta de sus famosas fantasías. Posadas acusó también a Castro de haber eliminado al Che por divergencias políticas (la muerte de éste en Bolivia, en 1967, no habría sido más que una teatralización). Fidel Castro denunció públicamente al trotskismo en la Conferencia Tricontinental de 1966: lo caracterizó como contrarrevolucionario al servicio del imperialismo, se defendió de las acusaciones que los trotskistas le hacían de no haber sustentado a los rebeldes de Franklin Caamaño contra la invasión de los *marines* yanquis (en la República Dominicana, en 1965). Y los acusó de haber infiltrado la guerrilla guatemalteca del teniente Marco Antonio Yon Sosa. Muchos de los intelectuales simpatizantes de la Revolución Cubana protestaron contra esta actitud de Castro: lo menos que se podía decir era que las críticas hechas por los trotskistas no bastaban para designarlos como agentes del imperialismo; el procedimiento de Castro fue, en esa ocasión, típicamente stalinista. Algunos dirigentes del actual Secretariado Unificado de la IV Internacional, afirmaron que Castro había sido mal aconsejado en esa intervención, lo que coloca a esos trotskistas detrás de los intelectuales independientes en defensa del trotskismo. En cuanto a lo afirmado respecto de Guatemala, los trotskistas mexicanos orientados por Posadas participaron, en efecto, del famoso movimiento guerrillero de Yon Sosa (el MR-13): esto era tan público que el MR-13 se pronunció abiertamente por el programa de la IV Internacional. Posteriormente, hubo una ruptura entre Yon Sosa y los trotskistas, acusados de desvío de fondos. Yon Sosa murió asesinado en México por la policía de ese país.

El posadismo

Ninguna de las actuales tendencias trotskistas puede capitalizar directamente la experiencia del POR cubano, pues en 1962 Posadas decidió proclamar, con las fuerzas del BLA y rompiendo con el SI, “su” IV Internacional. En 1959, Posadas se había presentado como candidato a la Secretaría del S.I. de la IV Internacional, siendo derrotado por Livio Maitán. En 1962, acusó a los dirigentes europeos de intelectuales y creó su propia organización (para el caso, la tercera IV Internacional, pues ya existían el SI y el CI). En 1967, en un Congreso realizado en Montevideo, “su” IV Internacional se proclamó *posadista*, en la suposición de que Posadas significaba una nueva etapa del marxismo, superior a Marx, Lenin, Trotsky, etc. Desde

entonces, los escritos de Posadas sobre platos voladores, circulación sanguínea, consejos a la U.R.S.S. para desatar una guerra atómica preventiva, consejos a sus seguidores sobre cómo actuar en ese caso, etc., que no son más que una teorización fantástica de su propia impotencia política, se tomaron mundialmente conocidos por su extravagancia. A pesar de esto, algunos grupos posadistas conservaron alguna importancia en América Latina.

En Argentina, el PO(T.) (Partido Obrero Trotskista) obtuvo algunas buenas votaciones en comicios electorales: 15 mil votos en Buenos Aires, más de 50 mil en un comicio nacional. Cuando el posadismo entró en escena, el humor popular rebautizó el periódico del PO(T.) (*Voz Proletaria*) como “Voz Planetaria”. En Uruguay, el POR mantuvo también una cierta influencia. Más importante fue en Brasil, donde el POR había incorporado en 1956 una fracción disidente del PCB., liderada por el diputado José María Crispim. El POR tuvo influencia en las luchas metalúrgicas y participó de la organización de los sindicatos agrarios en el Nordeste: uno de sus militantes, “Jeremias” (Paulo Roberto Pinto) fue asesinado por matones a sueldo de la oligarquía, cuando organizaba a los trabajadores agrarios de També (Pernambuco) en 1963. Ya bajo la dictadura, fue asesinado el metalúrgico Olavo Hansen (1970). La línea del POR brasileño fue de apoyo a los sectores nacionalistas, llegando a apoyar a Jânio Quadros (1953), “por su programa antiimperialista”, todo dentro del “objetivismo” pablista, que no veía ningún obstáculo subjetivo a la revolución: “Ya se puede descartar como prácticamente imposible una inversión de la situación, una derrota efectiva de las masas y el restablecimiento de la normalidad capitalista” (1959), “la burguesía no tiene fuerza para someter el movimiento de los sargentos” (1960).

Nuevas divisiones y nuevos reagrupamientos

La toma de posición frente a la Revolución Cubana provocó graves problemas en el interior del movimiento trotskista. La posición más extravagante fue, sin duda, la de Nahuel Moreno, que a través de las páginas de *Palabra Obrera* (Argentina), calificó a Fidel Castro de “gorila” y celebró el fracaso de la primera huelga general convocada por el Movimiento 26 de Julio contra Batista (1958). Explicación: Moreno y los trotskistas ortodoxos (SLATO) se encontraban en pleno “entrismo” en el peronismo, y Batista era el “Perón cubano”. Un nuevo reagrupamiento internacional hará que Moreno cambie de posición.

En 1963, una parte del CI de la IV Internacional (el SLATO de Moreno y el SWP norteamericano) optó por la reunificación con el S.I. de la IV Internacional. La reciente escisión de Posadas, su competidor latinoamericano, facilitó las cosas para Moreno, ya que quedó como una especie de dirigente latinoamericano del nuevo agrupamiento internacional, que fue llamado Secretariado Unificado de la IV Internacional. En el Congreso de Reunificación (denominado VII Congreso de la IV Internacional), el punto consagrado a la discusión de los diez años de escisión internacional (1953-1963) fue liquidado en... media hora!, lo que da una idea de la seriedad con que fue tratado.

Del lado del CI (Comité Internacional de la IV Internacional), quedaron la OCI (Organisation Communiste Internationaliste) de Francia, de P. Lambert, la SLL (Socialist Labour League) de Inglaterra, de G. Healy, y otros grupos. En verdad, el CI nunca había actuado como una dirección internacional alternativa: en 17 años de existencia sólo realizó dos verdaderas reuniones internacionales (1958 en Leeds, 1970 en Londres). La homogeneidad política tampoco era grande: la SLL por ejemplo, calificó al régimen de Castro de pequeño burgués bonapartista e inclusive de semifascista. La OCI no llegó a ese punto, pero no reconoció el carácter revolucionario de la caída de Batista y de la expropiación del imperialismo realizadas por Castro.

El Secretariado Unificado (SU) reconoció que en Cuba revolucionaria se había instaurado un Estado Obrero. Pero su entusiasmo con Cuba no paró allí. Cuando Castro creó la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad), que durante algún tiempo intentó coordinar los movimientos guerrilleros de América Latina, Moreno llamó a formar los brazos armados de la OLAS. en los países del continente. El SU descubrió en Castro la categoría del marxista natural (esto es, no consciente: hecho notable, pues si es posible ser marxista sin conciencia de ello, ¿dónde queda la teoría marxista?). Ya en 1962, el FIR (Frente de Izquierda Revolucionaria) peruano, adherido al SLATO, ejecutó, bajo dirección del militante argentino Daniel Pereyra, las primeras “expropiaciones de bancos”, en la línea de imitación del modelo cubano en el continente (Pereyra fue detenido en Perú y pasó varios años en prisión). En 1964, Moreno, con algunas decenas de militantes, da por terminado en la Argentina el “entrismo” en el peronismo, y se une con una organización del Norte del país, el F.R.I.P. (Frente Revolucionario Indoamericano Popular, dirigido por Mario R. Santucho), en el Partido Revolucionario de los trabajadores (PRT), fusión cuyo eje es la preparación de la lucha armada en la Argentina.

Todas estas volteretas de los posadistas y morenistas en la Argentina provocaron crisis en los sectores que reivindicaban al trotskismo, las cuales se conjugaron con otras crisis en la izquierda argentina, prácticamente confinada a los medios estudiantiles, por la hegemonía del peronismo en el movimiento obrero. De estas crisis saldrían nuevos grupos, el más importante y perdurable de los cuales fue Política Obrera (PO), creado bajo la iniciativa de Jorge Altamira, Roberto Gramar, Julio Magri. El PO comenzó por reivindicar la herencia teórica y programática del leninismo-trotskismo, sometiendo a crítica la trayectoria oportunista frente al peronismo y el castrismo desarrollada por las corrientes trotskistas del país. Reconociendo el impulso que la Revolución Cubana había dado a la revolución latinoamericana, se pronunció, sin embargo, contra el foco armado preconizado por los castristas y contra el Frente Nacional defendido por las diversas alas de la izquierda peronista, oponiéndoles la construcción del partido revolucionario del proletariado. Esto implicaba un trabajo sistemático en el interior de las organizaciones obreras para arrancarlas de la influencia del peronismo, contra los que pretendían “despertar la conciencia obrera” a través de “acciones armadas ejemplares”, lo que, en la izquierda peronista, se combinaba con la tentativa de “dotar de una dirección revolucionaria al peronismo”, sin revolucionar al proletariado a partir de su interior.

Puede sorprender que, a pesar de eso, el PRT-Santucho fuese reconocido por el SU de la IV Internacional como su sección oficial en Argentina, mientras el PRT-Moreno, que se reclamaba trotskista ortodoxo, era rebajado a la condición de simpatizante. Sin embargo hay que recordar que el SU, especialmente sus dirigentes europeos (E. Mandel, A. Krivine, L. Maitán) vivían su etapa de febril entusiasmo por los procesos de lucha armada, sea en el lugar que fuere, lo que había llevado a algunos dirigentes de su sección francesa (poco después de mayo del '68) a proponer el inicio de la lucha armada en Francia, basándose en las “tradiciones de lucha armada del campesinado francés” (!). Si ayer (durante la guerra fría) se había encontrado el atajo para la revolución en la guerra inminente de la U.R.S.S. contra los EE.UU., hoy ese atajo parecía hallarse en los sectores (Castro, PC vietnamita) que aparecían dispuestos a llevar el enfrentamiento con el imperialismo mucho más allá que los propios partidos comunistas. La base de esta “búsqueda de atajos” se encuentra en el aislamiento político y en la incapacidad para comprenderlo. En cualquier caso, en los documentos de los Congresos Mundiales del SU, una concepción de aparato suplantó definitivamente al análisis de la lucha de clases. Categorías como *lucha urbana*, *condiciones técnicas*,

etc., pasaron a ocupar el centro de las cuestiones, en lugar del estudio de la dinámica de las clases. Los documentos del IX Congreso (1969) orientan a las secciones latinoamericanas en la preparación de la lucha armada (inclusive en el campo) en toda circunstancia, aún cuando las luchas obreras ocupen el centro de la escena. La lucha de clases despreciada, daría cruelmente su respuesta oportuna.

El PO desarrolló ese trabajo, sobre todo a partir del golpe militar de 1966, lo que le valió ocupar importantes posiciones sindicales, en momentos en que el *Cordobazo* (1969) modificó totalmente la situación política y la evolución del proletariado. El PO quedó firmemente insertado en los sectores de vanguardia del movimiento obrero y, en el plano internacional, convergió en 1971 con el POR de Bolivia, dirigido por G. Lora, y la OCI francesa, en la creación del Comité de Organización por la Reconstrucción de la Cuarta Internacional (CORCI). El CORCI partió del reconocimiento de que la división y dispersión del movimiento trotskista caracterizaban una situación en donde la IV Internacional, organizativamente, no existía. Sin embargo, a poco de andar se manifestaron divergencias, entre POR-PO de un lado, y la OCI del otro, sobre la naturaleza de las burguesías nacionales en los países atrasados y sobre los movimientos nacionalistas. Pero su postura favorable hacia una discusión sobre la crisis del trotskismo y un balance del castrismo le valieron importantes apoyos en América Latina: se destaca el Partido Obrero Marxista Revolucionario (POMR), creado en Perú a partir de una escisión de Vanguardia Revolucionaria, organización “hija” de la Revolución Cubana, pues había sido formada por los militantes de la guerrilla animada por el famoso Luis de la Puente Uceda.

El PRT argentino se escindió, entre tanto, en 1968. La causa de la ruptura consistió en que Santucho se tomaba en serio la cuestión de la lucha armada, mientras que Moreno prefería quedar fuera de la línea sustentada por su propia organización internacional (el Secretariado Unificado). El PRT Santucho (conocido como *El Combatiente*, por el nombre de su periódico), pasó a organizar el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), cuyas acciones armadas alcanzarían repercusión mundial en los años ‘70. Santucho fundamentó la escisión del PRT en un documento -“El único camino”- donde, además de reivindicar la lucha armada, propugna la construcción de una Internacional junto al castrismo, el PC vietnamita y hasta el PC libanés.

Hugo Blanco y la lucha de los campesinos peruanos

Todo esto llevó a que en 1972, varias organizaciones del SU, encabezadas por Joseph Hansen (dirigente del SWP), Nahuel Moreno y el peruano Hugo Blanco, formaran una “Tendencia Leninista Trotskista” de oposición a la dirección del SU

Hugo Blanco había sido ganado para el trotskismo en la Argentina por la organización de N. Moreno, siendo estudiante de agronomía y obrero de los frigoríficos. Al retornar a Perú (1956) se unió a la organización del SLATO, el Partido Obrero Revolucionario (posteriormente llamado FIR). Después de organizar algunos sindicatos en su ciudad (Cuzco), y de haber sido detenido por ello, se transformó en campesino *allegado* en el valle de La Convención, a fin de desarrollar un trabajo de sindicalización agraria. En 1962 fue elegido secretario general de la Federación Campesina de La Convención y Lares, puesto a partir del cual organizó un movimiento por la reforma agraria y la ocupación de tierras en la región. En el sindicato, una Escuela de Trabajadores Revolucionarios, dirigida por Blanco, preparaba a los campesinos para defender por la fuerza sus conquistas. La ocupación de tierras comenzó; al mismo tiempo, Blanco organizó células de la organización trotskista en la región. El mismo cuenta: “En La Convención, en la medida en que el trabajo sindical avanzó un poco, iniciamos la propaganda de la lucha armada, primero entre la vanguardia, con cautela; después, paulatinamente, entre las masas... aprovechamos, para ello, la historia de las ‘montoneras’ del siglo pasado (que) subsiste entre los campesinos... Algunos campesinos de vanguardia comenzaron a adquirir armas, argumentando que un arma era ‘el mejor abogado’”. “Tierra o muerte” fue la consigna del movimiento de La Convención, protagonizado por campesinos sometidos a innumerables “obligaciones” en favor de los hacendados, en una situación que recordaba la explotación feudal. Blanco se apoyó en la tradición de lucha por la tierra de los campesinos peruanos. Pero las armas fueron empleadas no sólo contra los “caciques” de los hacendados: Blanco lideró un grupo que asaltó un puesto de policía, lo que determinó su persecución. Hubo otros asaltos a bancos y al cuartel de Cuzco, sobre los cuales Blanco opinaba: “Si estos (actos) son realizados cuando la masa ya comprende su necesidad, y son entendidos como actitudes generadas por ella misma, tienen la función positiva de elevar su conciencia, aumentar su confianza. En cambio, cuando son realizados sin que la masa haya comprendido su necesidad, desempeñan un papel negativo... son usados por el enemigo para justificar su violencia represiva... en lugar de elevar

la conciencia de la masa en sí misma, la hacen retroceder... algunos son convencidos por la propaganda reaccionaria, otros nos ven como provocadores (y) los sectores que ven como positivos estos actos van retrocediendo, ya que se engañan pensando que sólo un grupo de valientes redentores es el que llevará a cabo la lucha". Es evidente que, para que "la masa comprenda la lucha armada como generada por ella misma", ella misma debe generarla, determinando su oportunidad. El defecto del planteo de Hugo Blanco, que será llevado al paroxismo por los grupos del SU, es discutir la cuestión de la lucha armada al margen de la *lucha política* por una nueva dirección obrera. En la misma época, Nahuel Moreno sostiene que la teoría de la revolución permanente se equivoca al pretender que sólo el proletariado puede llevar la lucha de los países atrasados hasta la victoria final: el campesinado o la clase media pueden sustituirlo. Esto demuestra que la creación del SU no había superado el abandono del programa trotskista que marcó la escisión de 1953.

Hugo Blanco y varios compañeros fueron apresados en mayo de 1963, siendo él condenado a 25 años de prisión, después de defender su actitud ante el tribunal. Blanco ganó gran popularidad en Perú, e inclusive el gobierno suprimió las más pesadas "obligaciones" de los campesinos de La Convención. La bandera de la libertad de Hugo Blanco fue levantada por los trotskistas del mundo entero: en la campaña internacional que se realizó, se comprometieron muchas personalidades de las más diversas opiniones políticas. Blanco fue finalmente amnistiado y deportado en 1971. Su lucha al frente de los campesinos peruanos fue un símbolo del combate de los trotskistas, durante la década del '60.

Capítulo VI

*Lucha de masas o lucha
de aparatos (1971-1976)*

En 1969, en Bolivia, el golpe de Estado del general Ovando inicia un nuevo proceso nacionalista: la petrolera Gulf Oil es nacionalizada. Los trabajadores retornan la movilización, sobre la base de la experiencia política pasada. El Congreso de la FSTMB (abril de 1970) aprueba las tesis presentada por el trotskismo (el POR). Poco después, el IV Congreso de la COB adopta las tesis, conocidas entonces como *Tesis de la COB*. Las tesis siguen las líneas generales del programa elaborado por el trotskismo a partir de la experiencia de la Revolución de 1932: se distingue entre los procesos nacionalistas y democráticos y los de completa entrega y reacción política. Los movimientos nacionalistas tienen vigencia en la medida en que las tareas democráticas y de emancipación nacional no fueron cumplidas; pero esos movimientos, que son capaces de formular esas tareas, son incapaces de resolverlas, lo que exige la movilización revolucionaria de la nación entera, que sólo la clase obrera puede encabezar. Luchando contra el enemigo fundamental, el imperialismo, los obreros deben proclamar desde el primer momento su independencia política en relación al nacionalismo burgués, pequeño burgués y militar, y organizar la lucha por el gobierno obrero campesino.

Las Tesis anticipan el proceso político. En octubre de 1970 estalla una tentativa de golpe fascista. Los trabajadores la derrotan en las calles. El nacionalismo más radical del general J. J. Torres asume el gobierno. La COB crea el Comando Político de los Trabajadores y del Pueblo. Torres ofrece a éste la participación en el gobierno; el POR impone la respuesta del Comando: sí, pero participación mayoritaria (75% de los cargos) y responsable ante el Comando y

no ante Torres (los miembros del Comando en el gobierno serían siempre revocables). Torres no acepta. Deshecha la maniobra colaboracionista, el POR impulsa al Comando para que convoque una Asamblea Popular, con representación directa de todo el pueblo trabajador: Guillermo Lora es encargado por el Comando de redactar las Bases de la Asamblea. Esta adopta (febrero de 1971) las Tesis de la COB, se autodefine como *órgano* de *poder* obrero y como Frente Unico Antiimperialista dirigido por el proletariado, reuniéndose por primera vez el 1° de mayo de 1971.

La prensa mundial define la Asamblea como “el primer Soviet de América Latina”: desde su sede (La paz) impulsa la creación de Asambleas regionales. El POR es visto como la “eminencia gris” de la Asamblea, que abarca representantes de todas las categorías y de todos los partidos reconocidos como antiimperialistas (participa el MNR de izquierda, pero no el de derecha). El movimiento por el poder obrero gana en extensión (los campesinos van incorporándose a la Asamblea) pero también en profundidad: Torres ofrece la cogestión de la COMIBOL (la compañía estatal de minas, nacionalizada por la Revolución de 1952), la Asamblea vota la *administración obrera mayoritaria* y toma el control de la Universidad, votando una resolución sobre la “Universidad única bajo dirección obrera”.

Cuando en agosto el general Banzer desencadena el golpe que inaugura la serie trágica de los golpes en el Cono Sur, su propósito es impedir que la Asamblea se transforme en dirección indiscutida de todos los explotados, en especial de la enorme masa campesina. Después de probar algunas posibilidades de resistencia, el proletariado retrocede organizadamente. Gracias a esto, prueba del alto nivel de organización alcanzado, Banzer no conseguirá nunca imponer la “paz de los cementerios” (como, por ejemplo, Pinochet en Chile). La resistencia estará siempre presente hasta la caída de Banzer en 1978: la famosa combatividad del pueblo boliviano no es un regalo del cielo, sino un fruto de su experiencia política. La participación dirigente en la Asamblea Popular fue el acto de mayor envergadura del trotskismo latinoamericano en toda su historia.

El Secretariado Unificado y la lucha armada

En los titulares de los diarios, sin embargo, esto fue superado por las espectaculares acciones protagonizadas por el PRT-ERP en la Argentina. El SU las celebró, como un símbolo y una prueba de la justeza de la orientación de lucha armada basada en un *minimum* técnico de organización, y no en la experiencia de las masas. Esto

al punto de definir, en un documento de su X Congreso, la construcción de la Internacional alrededor de la Argentina y de Bolivia, donde las secciones del SU habían iniciado la construcción de sus ejércitos. No obstante, tarde o temprano, la realidad acaba vengándose de las ilusiones, castigando siempre el camino más corto y la línea de menor resistencia.

Chile fue una advertencia: los cuadros del SU impulsaron la creación del MIR, en los años '60, junto a todo tipo de partidarios de la "vía cubana". El trotskista E. Sepúlveda fue, inclusive, el primer secretario general del MIR. No pasó mucho tiempo hasta que los trotskistas fuesen expulsados, cayendo en una completa desorganización, al punto de que el trotskismo tuvo una presencia casi nula durante el período de gobierno de Allende.

En la Argentina, las acciones del ERP tuvieron algún éxito en el marco de un impresionante ascenso de las luchas obreras, que mucho hicieron para paralizar los órganos represivos (1969-1975). La dirección del PRT-ERP estrechó relaciones con Cuba, y fue sin duda bajo esa inspiración que el PRT rompió, en 1973, con el SU. El propio Santucho escribió un artículo acusando a la IV Internacional de estar "llena de contrarrevolucionarios y agentes imperialistas", retomando las viejas acusaciones stalinistas. La tentativa del SU de mantener una exigua Fracción Roja del PRT se transformó en un desastre: casi todos sus miembros fueron muertos en un combate desigual contra el aparato represivo. En Bolivia, entre tanto, la Asamblea Popular y su influencia hicieron que la tentativa del S. U. de organizar una "guerra" al margen de las masas se redujese a un asalto a un puesto de gasolina.

El ERP, mientras tanto, intentó en vano montar una nueva versión de la OLAS en la Junta de Coordinación Revolucionaria, junto al MIR chileno y a los tupamaros uruguayos. En la Argentina, su aventura se volvió tragedia cuando los órganos represivos recuperaron *políticamente* su capacidad de acción. El reclutamiento indiscriminado y dudoso de combatientes facilitó una enorme infiltración policial, pero ese reclutamiento no es solamente un error táctico, sino la consecuencia lógica de un programa que no toma en cuenta el trabajo sistemático y cotidiano en las organizaciones de masas ni la asimilación de los militantes con base en la comprensión del programa. Hacia fines de 1975, la infiltración permitió la matanza de centenas de militantes del ERP en Monte Chingolo; la barbarie represiva del golpe militar de 1976 completó la destrucción del ERP, incluyendo la muerte de Santucho.

Mejor suerte tuvo la otra fracción del SU, liderada en América Latina por N. Moreno. En 1972, éste ejecutó una maniobra bastante audaz de fusión, esta vez con un sector de la desgastada socialdemocracia argentina. Resultado: la presentación en las elecciones de 1973 del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), que obtuvo 180 mil votos. El trabajo del PST, sin embargo, no progresó en los años siguientes, y las vísperas del golpe militar lo sorprendieron en un bloque con los partidos burgueses (inclusive el peronista, que ocupaba el gobierno) “en defensa de las instituciones”, bloque que fue la expresión de la más completa impotencia para luchar contra la ofensiva militar. El éxito parcial del PST fue suficiente, sin embargo, para permitir la creación de una serie de organizaciones en América Latina (en Brasil, Convergencia Socialista) basadas en el modelo argentino. Moreno se creyó fuerte para pasar de simpatizante argentino a dirigente latinoamericano del SU. Pero la lucha de tendencias dentro de éste tuvo un desenlace inesperado: la TLT. (fracción de oposición dentro del SU creada por Moreno, Blanco y el SWP) se dividió, y Moreno acabó contribuyendo a una nueva división del movimiento trotskista mundial, marginándose del SU. En medio de la separación, hubo un curioso episodio en Nicaragua: en los tramos finales de la guerra civil contra Somoza, Moreno recaudó fondos para la creación de una brigada sandinista. La Brigada Simón Bolívar, así formada, prácticamente no llegó a entrar en combate; llegó a Nicaragua cuando el FSLN entraba en Managua. El SU saludó a “nuestros primeros combatientes”. Más tarde, el FSLN expulsó a la Brigada... con el apoyo del SU. En la “autocrítica” del PST colombiano (el grupo morenista que organizó la Brigada) se señala que no hubo enfrentamiento político con el FSLN, sino desconfianza de éste en relación a una organización separada que podría estar haciendo juego doble. Moreno, sin embargo, hizo un escándalo internacional, sosteniendo que la proscripción de su Brigada equivalía a la proscripción del socialismo revolucionario en Nicaragua, aun cuando el propio nombre de la Brigada indica lo contrario. Varios de los donantes de fondos pidieron, al parecer inútilmente, la devolución del dinero.

La crisis y división del CORCI

El desarrollo más promisorio del trotskismo latinoamericano era el del ya mencionado CORCI. Hablamos antes del POR boliviano. En Argentina, *Política Obrera* ocupó un importante lugar en las luchas proletarias contra el gobierno peronista (1973-1976), ejerciendo influencia en las *Coordinadoras Interfabriles* (1975-76), el

más avanzado movimiento de la clase obrera independiente del peronismo. Los años de dictadura militar (1976-1983) encontraron al PO organizando la resistencia sistemática en las fábricas y centros de estudio. Mientras tanto, en *Perú*, el POMR ocupó, bajo la bandera de la Asamblea Constituyente, la primera línea de lucha contra el gobierno militar de Morales Bermúdez. Eso le permitió impulsar, en 1978, el FOCEP (Frente Obrero Campesino Estudiantil Popular, del que también formó parte el PRT de Hugo Blanco), que obtuvo el 15% de los votos en las elecciones constituyentes (la mayor votación jamás alcanzada por una fuerza política con participación explícita del trotskismo).

El desarrollo se cortó a causa de la crisis del CORCI, provocada por la degeneración política de su principal componente europea, la OCI francesa. Esta, apurada por unirse con alguna fracción del SU, maniobró para disciplinar el CORCI en ese sentido. La OCI sostuvo que los sindicatos argentinos eran burgueses, debiendo ser destruidos (la caracterización se extendió al Brasil, lo que llevó a la organización del CORCI, Organização Socialista Internacionalista -Libelu-, a señalar al PT como un partido de apoyo a la dictadura militar...). Como Política Obrera se opusiese a esta concepción e iniciase una discusión sobre el conjunto de la política del CORCI, la OCI la acusó de “agente del fascismo, perros guardianes de Videla y Pinochet” (1978). En la misma época, varios dirigentes del PO (Fernando Sánchez, Marcelo Arias, Gustavo Grassi) eran secuestrados y asesinados por la dictadura de Videla. La increíble infamia de la OCI fue repudiada por varias organizaciones del CORCI, entre otras el POR boliviano de Guillermo Lora.

El PO aprovechó la polémica para, además de destruir la provocación de los dirigentes de la OCI (P. Lambert y S. Just), hacer un balance de la trayectoria del trotskismo y clarificar su lugar en la lucha antiimperialista de los países atrasados: “En esta época, en que el movimiento revolucionario de las colonias coincide objetivamente con el movimiento de la revolución proletaria mundial, la relación entre el trotskismo y los auténticos movimientos revolucionarios antiimperialistas puede definirse en términos del Manifiesto Comunista: 1) en las diversas etapas del desarrollo de la lucha contra el imperialismo, los trotskistas representan siempre en todos lados los intereses del movimiento en su conjunto, esto es, por la emancipación, no sólo nacional, sino de toda forma de explotación; 2) en cada lucha nacional combaten por la unidad del movimiento revolucionario colonial con el proletariado internacional.”

Pero el CORCI murió (1979), dando lugar a dos nuevos reagrupamientos internacionales:

1) La OCI y sus seguidores se fundieron con la fracción internacional de Nahuel Moreno en la “*IV Internacional (Comité Internacional)*”. La fusión fue presidida por la adopción de una larga Tesis Política, en la cual no era abordada la cuestión de los “sindicatos burgueses” en ningún país (lo que demuestra que la división del CORCI naciera de un pretexto, vale decir había sido una provocación), y que fue definida por Lambert - Moreno como “el documento más importante del marxismo desde 1938” (esto es, medio siglo). Parece que los procesos de degeneración política se acompañan siempre de mesianismo (como en Posadas). Sea como fuere, la CI no duró más de un año: una discusión (Lambert vs. Moreno) sobre el gobierno Mitterrand en Francia la hizo estallar, y de la Tesis Política hoy nadie se acuerda.

2) Política Obrera de la Argentina y el POR de Bolivia, junto a otras organizaciones. constituyeron (abril de 1979) la Tendencia Cuarta Internacionalista, la cual “parte del *Programa de Transición de la IV Internacional*, redactado por Trotsky, y señala su posición frente a los problemas emergentes, lo que la define como una organización independiente de las diversas corrientes que se reclaman del trotskismo... Nace con la finalidad de reunir, en torno de claras ideas políticoprogramáticas revolucionarias, tendencias y elementos capaces de construir el partido mundial de la revolución socialista. o sea, *reconstruir* la IV Internacional fundada en 1938”.

Capítulo VII

*El trotskismo en América Latina,
en la década de 1980 y después*

Durante la década de 1980, se definió claramente el perfil de las diversas corrientes trotskistas latinoamericanas. No hubo en esto un fenómeno específicamente latinoamericano, pues este perfil acompañó la evolución de las diversas corrientes trotskistas mundiales. La emergencia de sangrientas dictaduras militares contrarrevolucionarias, primero, y después la política democratizante (preventiva de explosiones revolucionarias tipo Nicaragua, o la rebelión de los trabajadores brasileños a partir de 1978/1979) directamente impulsada por el imperialismo norteamericano asociado a los partidos burgueses locales, sometió a dura prueba tanto a las organizaciones como a sus programas políticos.

La división del CORCI (Comité de Organización por la Reconstrucción de la IV Internacional) se produjo en 1978, a partir de una provocación montada por su corriente más importante (la francesa dirigida por Pierre Lambert, o “lambertismo”) contra la organización trotskista argentina *Política Obrera*. Esta llegó a ser acusada de “fascista” y de “agente de Videla”, exactamente en momentos en que sufría la feroz persecución de la dictadura. Con estos métodos (y llegando a apelar a la violencia física), el lambertismo enterró la III Conferencia Trotskista Latinoamericana, que el CORCI estaba preparando y, principalmente, su debate central, el balance y la estrategia de la revolución latinoamericana, para el cual importantes documentos (sobre el papel de la burguesía nacional, sobre el peronismo, sobre la Asamblea Popular boliviana, sobre los sindicatos en América Latina) ya estaban en discusión.

La provocación estaba al servicio de una oscura maniobra de “unificación” del lambertismo con la corriente originaria del pablismo (el Secretariado Unificado de la IV Internacional) que concluyó en una ruptura, que sólo dejó como saldo la unificación temporaria del lambertismo con la Fracción Bolchevique del SU, liderada por Nahuel Moreno. Esta había roto con el SU, no en base a una batalla de principios (lo que le hubiera llevado a cuestionar su propia adhesión principista a la corriente pablista, en 1962/63), sino tomando como pretexto la defensa de la “intervención” de la brigada Simón Bolívar en la revolución sandinista reprimida por el FSLN.

La unificación moreno-lambertista tuvo el olor típico del oportunismo: se produjo en medio de un intercambio de mutuos ditirambos (se trataba de corrientes que, en el pasado reciente, se habían lanzado mutuamente las peores acusaciones), y con un despliegue autoproclamatorio capaz de rivalizar con el mesianismo patológico de la corriente de J. Posadas. El Comité Internacional de la IV así nacido se proclamó depositario del principal programa marxista redactado desde que Trotsky escribiera el Programa de Transición en 1938, y de la principal organización revolucionaria internacional existente después del bolchevismo y la Oposición de Izquierda. El previsible parto de semejante engendro (sólo previsto por el PO en la revista *Internacionalismo*) se produjo muy exactamente 9 meses después, con el divorcio de lambertistas y morenistas, en medio de violentas acusaciones de orden político, personal y... financiero.

La serie interminable de divisiones reflejó la incapacidad de las corrientes trotskistas mayoritarias para superar la crisis política y organizativa de la IV Internacional. Pero esa crisis y esa incapacidad no son metafísicas, sino que poseen un fondo político, que se reflejó en el período analizado en la adhesión de esas corrientes a la política democratizante impulsada por el imperialismo, con la colaboración de la burocracia rusa, frente a la crisis política mundial y al peligro de nuevas explosiones revolucionarias. Este fenómeno marcó el rumbo de las principales corrientes autoproclamadas trotskistas en América Latina.

El lambertismo, librado a sus propios medios, consiguió enterrar (junto con el SU y el morenismo) uno de los desarrollos políticos más promisorios para el trotskismo latinoamericano en la nueva etapa política: la emergencia de la coalición FOCEP. en el Perú, que obtuvo 15% de los votos en las elecciones nacionales posteriores a la huelga general de 1978. El POMR (Partido Obrero Marxista Revolucionario) del CORCI, uno de sus principales componentes, fue literalmente enterrado por el lambertismo en los años inmediatamente posteriores,

hasta desaparecer del escenario político. La responsabilidad específica del SU consistió en la exaltación del caudillismo de Hugo Blanco, que fue presentado con colores míticos como la reedición andina del Che Guevara, como substituto de la construcción del partido obrero revolucionario. El conjunto de las corrientes mencionadas fueron responsables de la orientación política que llevó a nefastos resultados: la presentación de la Asamblea Constituyente (hegemónizada por el aprismo aliado al imperialismo) como la vía regia hacia el poder soviético. El fracaso del F.O.C.E.P. (Frente Obrero Campesino Estudiantil Popular) dejó abierto el camino para el simétrico resultado de la reemergencia del stalinismo peruano (quemado por su apoyo al proceso militar de 1968-78) y de la emergencia del delirio foquista de Sendero Luminoso.

Las corrientes mencionadas superaron el error (exaltar la democracia como vía hacia el gobierno obrero y campesino) a través de un horror (exaltar la democracia como vía hacia... la democracia). Esta política caracteriza, por ejemplo, a la única corriente significativa del lambertismo en el continente, la que actúa en el interior del PT (Partido de los Trabajadores) brasileño. Esta consiguió zafarse de la expulsión de las corrientes trotskistas de dicho partido a través de la adhesión de principios a la estrategia de la dirección lulista democratizante ("alternativa democrática y popular"), ejerciendo en el PT una especie de oposición consentida (sin hablar de su omisión cómplice frente a la expulsión de los trotskistas, ni de su exaltación del caudillismo de Lula).

El SU de la IV Internacional no consiguió rearticularse como corriente significativa en los países en que llevó a la práctica con cierta escala sus desmanes foquistas, en el pasado reciente (Chile, Bolivia y, especialmente, Argentina). En México, el P.R.T. (Partido Revolucionario de los Trabajadores) se situó cada vez más en una línea frente populista junto al stalinismo y, sobre todo, al burgués PRD (Partido Revolucionario Democrático) de Cuauhtémoc Cárdenas, con el que mantiene un acuerdo estratégico de principios (debidamente votado) en el "Foro de San Pablo", reunión de partidos de izquierda latinoamericanos impulsada por el PT brasileño, el PC cubano y el propio PRD. El SU se adaptó totalmente al castrismo, en su evolución del foquismo a la política democratizante: en relación a Cuba, sin embargo, su crítica es de derecha, reivindicando, junto a la izquierda y la derecha proimperialista, el "pluripartidismo", y no la plena libertad de organización independiente para los trabajadores, hacia la revolución política y el gobierno obrero y campesino. En Brasil, el SU actúa en el PT (como Democracia Socialista) adaptado

a la política de su dirección, llegando a actuar como bombero de las crisis provocadas por su ala izquierda (en el I Congreso del PT votó resoluciones conjuntas con la dirección contra las mociones de izquierda) y hasta presidiendo los “tribunales” encargados de “depujar” al PT de sus corrientes y militantes de izquierda.

Las tentativas de la corriente morenista (que se reatriculó como LIT, o Liga Internacional de Trabajadores) de presentarse como crítico de izquierda de la evolución derechista de las corrientes mencionadas, no resistió la prueba de los hechos. El principal éxito organizativo de esta corriente, la constitución del MAS (Movimiento al Socialismo) en Argentina, fue hecha en base a la política democratizante y cripto-peronista de la “democracia con justicia social” (caracterizando la sustitución de la dictadura militar por el radicalismo como “revolución democrática”), y en la consigna oportunista “que las bases decidan” frente a cada conflicto obrero y a cada enfrentamiento con la burocracia sindical peronista (consigna destinada justamente a no oponer una política a esa burocracia). Esa política tomó viables las alianzas con el stalinismo y con peronistas “centroizquierdistas” (o centro-derechistas, de acuerdo con las circunstancias) en las sucesivas “Izquierdas Unidas” y “Frepus”, que salvaron al stalinismo en bancarrota luego de su apoyo al “Proceso” de 1976-1983.

Las consecuencias fueron el salvataje del stalinismo para actuar como eje del frente de centroizquierda, y la dispersión de buena parte del activismo de izquierda, sin hablar de la crisis galopante del propio MAS, del cual surgieron por lo menos 4 organizaciones (el MAS, el MST, el PTS, la LSR, el FOS y otros grupos). No obstante, el MAS, fue presentado como modelo de la construcción de partidos para América Latina, como autor de la hazaña inédita de ganar al PC para una política trotskista (lo inverso sería más aproximado a la realidad) y hasta como candidato inminente a la toma del poder (!). Las tentativas por salvar a la LIT morenista de su irreversible desbande político-organizativo (proyección inevitable de la propia decadencia del MAS) tomaron la forma de las maniobras de su organización brasileña, la Convergencia Socialista que, expulsada del PT, impulsó la formación del PSTU (Partido Socialista de los Trabajadores Unificado). A pesar de aparecer como un satélite “de izquierda” del PT, lo que lo llevó a apoyarlo electoralmente hasta la propia elección de Lula a la presidencia, en 2002, el PSTU desarrolló una actividad clasista en el movimiento sindical, que lo proyectaría como factor político de importancia cuando el carácter derechista y proimperialista del gobierno del PT se revelase, en 2003, provocando una crisis y diversas escisiones de su ala izquierda.

Las organizaciones que combatieron la degeneración lambertista del CORCI, encabezadas por PO de Argentina y el POR boliviano, constituyeron en 1979 la TCI (Tendencia Cuarta Internacionalista) con base en formulaciones programáticas principistas. Luego de tres conferencias internacionales, la TCI no resistió la defección del POR que evolucionó hacia una suerte de mesianismo nacionalista, consistente en presentar la revolución latinoamericana como una proyección de la revolución boliviana, y a ésta como resultado de la actividad propagandística del POR (y de Guillermo Lora en particular) sobre la dictadura del proletariado.

Política Obrera, en cambio, impulsó desde 1982 la construcción del *Partido Obrero* en Argentina, manteniendo una actividad internacional basada en las luchas anteriores. El PT (*Partido de los Trabajadores*) en Uruguay, y la organización *Causa Operaria* en el Brasil (actualmente PCO), por ejemplo, fueron el fruto de esa lucha internacionalista. CO fue la única corriente, al interior del PT, que reivindicó la ruptura del partido con la burguesía en el Frente Brasil Popular, que sustentó la candidatura presidencial de Lula en 1989, siendo por eso perseguida por su dirección, lo que determinó su expulsión del partido.

El PO marcó, en los últimos años, una presencia clasista e internacionalista frente a los acontecimientos nacionales e internacionales, profundizando el análisis marxista de la lucha de clases en América Latina y el mundo (la crisis mundial) a través de sus congresos y publicaciones. Esto, unido a su sistemático trabajo en las organizaciones de la clase obrera y de la juventud, le ha proporcionado una autoridad indiscutible en el activismo obrero y popular y frente al conjunto de la izquierda argentina. Fue especialmente fructífera su defensa intransigente del Frente de los Trabajadores y de la Izquierda, con base en un programa clasista, independiente y revolucionario, no vacilando en enfrentar solo las sucesivas coaliciones efímeras y desastrosas de la izquierda frente populista.

El futuro de la lucha de clases en América Latina posee características revolucionarias, que toman por base la crisis en el desarrollo de las fuerzas productivas en el continente, e integran las coordinadas decisivas de la crisis mundial: la crisis del imperialismo norteamericano, la agudización de las contradicciones interimperialistas y la bancarrota de la burocracia rusa y sus satélites. La cuestión de la Internacional Obrera aparece como una tarea impostergable frente a esos desarrollos, ofreciendo el cuadro concreto en que se plantea la reconstrucción de la IV Internacional. En América Latina, la continuidad del trotskismo como el único programa y organización que

da respuesta cabal a esa necesidad, ha sido asegurada por los partidos y corrientes que combatieron la adaptación a la política burguesa, manteniendo, en cada cuadro nacional, una actividad sistemática hacia el movimiento obrero y una actitud clasista e internacionalista, de lucha por el gobierno obrero y campesino (dictadura del proletariado) y por los Estados Unidos Socialistas de América Latina. El carácter minoritario de esas corrientes, dentro del conjunto que se reivindica del trotskismo, no hace sino poner al rojo vivo la crisis de la IV Internacional, nuestra cuestión política crucial.

Hablar del trotskismo en América Latina implica, en cierta medida, un corte arbitrario, pues el trotskismo es un movimiento internacional (mundial) por su propia esencia. América Latina fue, sin embargo, el área donde el trotskismo asumió con mayor frecuencia responsabilidades dirigentes.

En la lucha revolucionaria, los trotskistas no pocas veces pagaron con su propia vida: además de los ya mencionados, podemos recordar a César Lora e Isaac Camacho, dirigentes de los mineros bolivianos, asesinados en 1965 y 1967 por la dictadura de Barrientos; Jorge Fischer y Miguel A. Bufano, dirigentes sindicales y de Política Obrera, asesinados por las bandas paramilitares del gobierno de Isabel Perón, así como los ocho militantes del PST masacrados en Pacheco, en la misma época (1975); Crescencia Freire, América Labaldi. Nieves Otero, muertos en la lucha contra la dictadura en Cuba, en los años '30; Andrade y Blanco, muertos en la misma época en El Salvador, y tantos otros.

También tuvieron como enemigo frecuente el aislamiento político, del cual las calumnias de los stalinistas fueron sólo un aspecto. En la lucha para quebrar ese aislamiento, el trotskismo heredó una riquísima experiencia política, que pocos de los que se reclaman de esa corriente han sido capaces de capitalizar.

Se argumenta, contra la viabilidad del trotskismo, sus frecuentes y numerosas divisiones. Eso es olvidar que las divisiones y divergencias caracterizan la *vida* de un organismo; el monolitismo, la muerte. Bajo Stalin, la Internacional Comunista no conoció casi divergencias. Cuando él la disolvió, en 1943, no halló resistencia, pues la IC ya era un cadáver.

Otra cosa es que el trotskismo no fuese capaz de procesar sus divergencias en un cuadro unificado, en un funcionamiento centralista y democrático como partido mundial de la revolución socialista: esa división indica la actual *crisis* política y organizativa del trotskismo. Pero crisis no es muerte. La crisis supone simplemente que el partido revolucionario (factor *subjetivo* de la revolución) no es ajeno

al desenvolvimiento *objetivo* de la lucha de clases, que sufre sus presiones y puede perder la brújula. La superación de la crisis implica la concurrencia de un factor objetivo (el desarrollo revolucionario del proletariado) y otro subjetivo (la correcta intervención de los revolucionarios), de los cuales sólo este último es aleatorio. La *reconstrucción de la IV Internacional*, por lo tanto, está, en última instancia, en las manos de los propios trotskistas. Es en ese proceso que ellos podrán disponer plenamente de la herencia dejada por más de medio siglo de lucha del trotskismo en América Latina.

Conviene recordar las palabras de Trotsky: “Ninguna idea progresista surgió de una ‘base de masas’, si no no sería progresista. Sólo después la idea va al encuentro de las masas, siempre que responda a las exigencias del desarrollo social. El cristianismo fue un ‘escombros’ del judaísmo. El protestantismo, un ‘escombros’ del catolicismo, o sea, de la cristiandad degenerada. El grupo Marx-Engels fue un escombros de la izquierda hegeliana. La Internacional Comunista fue preparada en plena guerra por los escombros de la socialdemocracia. Si esos indicadores fueron capaces de darse una base de masa, fue porque no temieron el aislamiento. Sabían que la calidad de sus ideas se transformaría en cantidad. Esos ‘escombros’ no sufrían de anemia, al contrario, contenían en ellos la esencia de los grandes movimientos históricos del mañana”.

Epílogo

Con el bagaje acumulado de décadas de lucha política, que acaban de ser relatadas de modo sumario, el trotskismo latinoamericano jugó y juega un papel importante en las crisis políticas y de la izquierda que se sucedieron en los países latinoamericanos en la década de 1990 y en los primeros años del siglo XXI. En la Argentina, la experiencia de la Izquierda Unida (reunida bajo la despolitizada consigna de "la izquierda que se une", con cualquier programa) llevó, como toda experiencia oportunista de ese tipo, a una explosión y dispersión que afectó de modo decisivo a la izquierda clasista para intervenir en la crisis revolucionaria que se abrió en el país en diciembre de 2001.

La consolidación del Partido Obrero, en Argentina, contrastó con ese cuadro. En la década de 1990, PO eligió dos diputados para la Asamblea Constituyente de Santa Cruz, la provincia más al sur, obtuvo 150 mil votos en la provincia de Buenos Aires, eligió a su principal dirigente, Jorge Altamira, como Legislador de la Capital Federal, y obtuvo cuatro cargos electivos (diputados y concejales) en las elecciones municipales y legislativas del 2001. La batalla electoral del PO fue en el sentido de promover la unidad revolucionaria de la izquierda, con el MST (una de las fracciones del MAS) el MAS y hasta el PC (que se encuentra junto al MST en la llamada "Izquierda Unida"), habiendo conseguido resultados importantes en diversas ocasiones. Lo más importante fue el papel dirigente obtenido por el PO en diversos sectores del movimiento obrero, por ejemplo, en gráficos (PO dirigió la más importante ocupación de fábrica de la déca-

da del 1990, la de Editorial Atlántida) y sobre todo en el movimiento mayoritariamente compuesto por desocupados (Argentina posee la más alta tasa de desempleo del planeta) conocido como piqueteros, en el cual el PO impulsó el Polo Obrero, que proyectó nacionalmente la figura de su principal dirigente, Néstor Pitrola.

Los acontecimientos de finales del 2001 no tomaron al PO de sorpresa, al contrario, fuera la única organización de izquierda que previera, en los meses previos, la probable caída de De la Rúa-Cavallo, y la eclosión de una situación revolucionaria. Desde 1996, el PO propuso una campaña internacional por la refundación de la IV Internacional. El PO planteó esta campaña a diversos agrupamientos internacionales trotskistas, incluida la LIT. El PO en ningún momento cejó en su empeño internacionalista, participando de modo independiente en el Foro de San Pablo, convocado por el PT del Brasil y el PC cubano, rompiendo con aquel cuando se recusó a excluir a uno de los partidos que decretara el Estado de Sitio y la persecución de militantes sindicales en Bolivia. En 2001, finalmente, se constituyó en CRCI (Comité de Coordinación por la Refundación de la IV Internacional) con secciones en diversos países de América Latina, Europa y Asia.

En los otros grandes países de América Latina, los cambios políticos también produjeron una tendencia hacia la dispersión de las organizaciones trotskistas. Este fue el caso, sobre todo, de Méjico, en el que la fragmentación del otrora fuerte PRT, ya mencionado, al compás de la rebelión zapatista y de la disolución de su ala principal en el PRD de Cuauhtémoc Cárdenas, dio lugar a que el trotskismo pasase a estar representado por un conjunto de pequeños grupos sin fuerza política. La huelga general de la UNAM, en 1999, y las divergencias en torno de ella, produjeron también una escisión en la sección mejicana de la LIT, el POS-Z (Partido Obrero Socialista-Zapatista).

En el Brasil, un importante desarrollo político se produjo a partir de 2003, cuando varios diputados del PT vinculados a corrientes trotskistas (escisiones del Secretariado Unificado y de la LIT) fueron excluidos del partido por oponerse a la reforma privatizadora del sistema previsión social, impulsada por el gobierno de Lula. El PSTU impulsó la creación de un “nuevo partido”, que lo unificase junto a esas corrientes. Finalmente, el PSTU fue excluido del proceso que dio lugar al nacimiento del PSOL (Partido Socialismo y Libertad), en el cual se dieron abrigo las corrientes salidas del PT. En torno a la candidatura presidencial de la carismática senadora Heloísa Helena (vinculada al Secretariado Unificado de la IV Internacional), el PSOL pasó a tener una importante presencia en la campaña presi-

dencial de 2006, como la tercer fuerza política. Lo hizo a través de un frente, que incluye al PSTU y los restos del viejo PCB, de características francamente burguesas-democratizantes, tanto por su programa como por sus propias candidaturas (a vice-presidente, gobernadores y varios diputados y senadores), después que fracasara la campaña del PSTU por un “frente clasista”, encabezado por Heloísa Helena y el dirigente sindical del PSTU, José Maria de Almeida. Se abrió, sin embargo, una fase de aguda lucha política.

Con el inicio del nuevo siglo, América Latina volvió paulatinamente a ser uno de los centros de la atención política mundial. La emergencia de una nueva “ola de izquierda” en el continente no es un fenómeno episódico, pues hunde sus raíces en el fracaso, económico y político, de los regímenes llamados neoliberales, y expresa la crisis de la política mundial del imperialismo dominante, los EE.UU.. En la raíz del fenómeno encontramos la continuidad y profundización de la crisis mundial de la producción capitalista, y la reacción, desigual pero enconada, de las masas latinoamericanas a la degradación de sus condiciones de existencia sociales y nacionales.

El marco histórico reciente de la radicalización política en América Latina fue la crisis revolucionaria desatada en Argentina a partir de diciembre del 2001, que combinó una clara bancarrota capitalista con una reacción excepcional y organizada de las masas, de alcance histórico. En su rastro se produjeron la victoria electoral de Lula y el PT en Brasil, en finales del 2002; las insurrecciones populares en Bolivia, en 2003 y 2005, la elección de Evo Morales en ese país; la radicalización del proceso venezolano que, gracias a la importancia petrolero-energética del país caribeño-sudamericano, ganó proyección continental y mundial; la continuidad, en fin, de la lucha guerrillera en Colombia, sólo nombrando los fenómenos más importantes.

Los primeros meses del nuevo siglo, sin embargo, ya habían sido testigos de una agudización de la lucha de clases, de crisis políticas de fondo y de una febril intervención política de los EE.UU.. El levantamiento indígena-campesino en Ecuador que provocó la salida de Mahuad; la larga y combativa huelga de los estudiantes de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma) en México; las fracturas en el movimiento de Hugo Chávez en Venezuela, en las filas del ejército y en el propio gobierno; las grandes movilizaciones obreras y populares contra Fujimori en Perú; las masivas movilizaciones de campesinos sin tierra en Brasil y en Paraguay; las huelgas generales y la movilización de los piqueteros en la Argentina; la “guerra del agua” en Cochabamba (Bolivia), que rápidamente se convirtió en una rebe-

lón nacional, extendiéndose a los campesinos, al movimiento obrero, a los estudiantes y hasta a las bases policiales, que se sublevaron en La Paz; la rebelión contra la privatización de la electricidad en Costa Rica, y la pueblada contra los tarifazos en Honduras; todas estas movilizaciones y crisis políticas formaron un cuadro radicalizado en América Latina, ya en el año 2000.

La ola de movilizaciones populares no enfrentaba dictaduras militares sino a los regímenes democratizantes diseñados por el imperialismo y los explotadores locales. Es en estos procesos que han surgido las formas de organización más avanzadas de las masas para la lucha, como los parlamentos en Ecuador y de la Coordinadora en Bolivia; o en los piquetes en Argentina. La extraordinaria lucha de los estudiantes de la UNAM, en México, que desde mediados de 1999 mantuvo paralizada a la UNAM por más de diez meses se sostuvo en torno al CGH (Comité General de Huelga), entre otros ejemplos.

Ya en el nuevo siglo, se verificó una amplia oleada de lucha obreras, campesinas, indígenas y populares, con epicentro en la convulsionada región andina, pero que abarcó a otros países: Costa Rica, Paraguay, Argentina, un nuevo levantamiento indígena en Ecuador a principios de febrero; el paro general del 22 de marzo de 2001 en Colombia; la incesante agitación en Bolivia; los importantes paros petroleros, del acero y los maestros que marcaron el fin de la paz social en Venezuela; la virtual agonía del gobierno y la masiva movilización campesina en Paraguay...

En algunos de los procesos más agudos surgieron nuevas formas de organización y métodos radicalizados de lucha: en Ecuador, sobre la base del gran levantamiento campesino e indígena del 21 de enero del 2000 se conformó un Parlamento Popular. En Bolivia, la Coordinadora por el Agua y la Vida centralizó la rebelión de Cochabamba y en septiembre del 2000 un nuevo levantamiento campesino conmovió al país. En Argentina, los masivos paros generales y el ascendente movimiento de desocupados "piqueteros", generalizando el arma de los piquetes y cortes de ruta, mostraron la extensión de la protesta.

Las masas comenzaban a labrar con sus propias manos peldaños en la construcción de una subjetividad superior para el movimiento obrero y popular. Para el marxismo revolucionario, la esencia del problema radica en la preparación subjetiva del proletariado y sus aliados para hacer frente a las tareas que le plantea la época: las tareas de la revolución obrera y socialista a escala mundial. Nuestro momento histórico se caracteriza por la contradicción extremadamente aguda entre la madurez de las condiciones objetivas el agotamiento de las

posibilidades históricas del capitalismo y la polarización de la sociedad entre explotados y explotadores- y el retraso del factor subjetivo.

Esto no es nuevo: la conciencia de la sociedad siempre queda rezagada con respecto a las condiciones objetivas del desarrollo, y esto lo vemos reflejado a escala gigantesca en el destino del proletariado. Es ante las grandes convulsiones que sufre la humanidad periódicamente que, al quedar al desnudo la necesidad aguda, profunda e impostergable, de la revolución. El factor subjetivo puede revolucionarse y ponerse en línea con las necesidades históricas. La subjetividad no es un simple reflejo del desarrollo automático de las condiciones objetivas. El movimiento obrero y de masas necesita avanzar en su preparación material e ideológica durante las etapas anteriores a la revolución.

Hoy, sin embargo, en el retraso de la conciencia respecto a la existencia pesan las secuelas de décadas de dominio reformista y stalinista, nacionalista y socialemócrata, y las derrotas consecuentes, sobre la clase obrera internacional, la subordinación de las viejas organizaciones dirigentes al orden burgués. Los trabajadores llegan a tener escasa confianza en sus propias fuerzas.

En los sectores más conscientes y activos no son visibles la revolución social como perspectiva ni la colosal fuerza social y política que representa en potencia el proletariado. Las corrientes marxistas revolucionarias poseen poca influencia. La renovación de la conciencia de clase de la clase obrera y los explotados es un proceso difícil, desigual y contradictorio, no está exento de derrotas y fracasos, y cubrirá un período considerable.

Por este camino, el movimiento obrero debería avanzar en la reconstrucción en un sentido revolucionario del conjunto de sus organizaciones, sus métodos de acción, su ideología y su conciencia, en la selección de una nueva dirección, que le coloquen en las mejores condiciones posibles para los futuros enfrentamientos decisivos de la lucha de clase.

Desde el punto de vista de la lucha de clases, atravesamos una etapa preparatoria a nivel internacional, en la cual no predomina todavía el enfrentamiento abierto entre la revolución y la contrarrevolución (aunque van reuniéndose las condiciones materiales para una eclosión superior). La clase obrera no ocupa el centro de la escena política, no hay aún una amplia radicalización socialista revolucionaria, aunque los procesos más agudos plantean cada vez más la alternativa entre revolución y contrarrevolución.

¿Qué muestran las grandes luchas de masas a que hemos asistido en América Latina? Un rasgo de gran importancia es que algunas de

sus expresiones más avanzadas muestran cómo, en los grandes procesos de movilización social, se hace sentir la necesidad de formas más amplias y democráticas de organización para la lucha y de métodos más radicales de acción. En estas tendencias se manifiesta la inclinación de las masas a tomar en sus propias manos los problemas más acuciantes, a encarar los grandes problemas nacionales, a liberarse de la sumisión a los mecanismos normales de dominación de la burguesía y su Estado.

Estas experiencias apuntan hacia un enfrentamiento de clases mucho más desarrollado, de la autoorganización y la democracia directa para la lucha. De esta manera, las han comenzado a sembrar valiosos jalones todavía parciales, inacabados, en el camino de una recomposición progresiva de su subjetividad revolucionaria.

Sin embargo, es muy poca la atención política y la reflexión teórica que han recibido, y no sólo entre el mundo académico, sino entre los medios de izquierda. Además, la mayoría de los análisis sobre estos procesos de masas no profundizan en torno a las nuevas formas político-organizativas y sus métodos radicalizados.

En cuanto al método, hay dos grandes líneas de interpretación: una visión concibe las acciones espontáneas de las masas como pasos primitivos o elementales de protesta, sin continuidad o perspectiva propias, que deberán dejar el lugar a formas más elevadas e institucionalizadas de lucha, entendido esto como el accionar sindical y reivindicativo, por un lado, y político - parlamentario o municipal - por otro.

Esa concepción es funcional a las necesidades de las direcciones reformistas y populistas, cuya lógica es rearticular mediaciones que impidan una ruptura subversiva de las masas con el orden constituido. Otra visión, menos difundida, asigna una primacía unilateral a la espontaneidad. Se impacta de manera impresionista, tomando estas formas en sí mismas, como algo dado. Esta línea interpretativa es funcional a las concepciones autogestionarias, basistas, no dilucida sus contradicciones internas ni el papel de las direcciones existentes y es impotente para desarrollar su potencial revolucionario.

Desde el último tercio de los años 1990, América Latina se ha convertido en un laboratorio de fenómenos sociales y políticos, al calor de la tendencia ascendente de la lucha de clases. En la base están las profundas transformaciones económicas y sociales que impuso la penetración imperialista durante la década pasada. En las alturas, la crisis política y la creciente inestabilidad que invade a la región, socavando a los regímenes políticos y llevando a la ingobernabilidad que temen tanto la burguesía y el imperialismo. Este es el terreno en que

sectores avanzados de las masas latinoamericanas están realizando una importante acumulación de experiencias política y de lucha.

Hay un vasto y profundo proceso de emergencia de los oprimidos y una intensificación de la lucha de clases, que ha abierto situaciones prerrevolucionarias en varios países, como en Colombia, Ecuador, Bolivia, Paraguay o Argentina, con levantamientos de rasgos insurreccionales como los de Ecuador y Bolivia, y múltiples manifestaciones de protestas y movilización social.

El campesinado y las masas indígenas del continente protagonizan un vasto ascenso desde México a Chile, desde Colombia a Brasil, que ha fortalecido y renovado a poderosas organizaciones de masas, desde el MST brasileño a la CONAIE en Ecuador o la FNC en Paraguay. Hoy este proceso tiende a combinarse con luchas urbanas y obreras, como muestran Argentina y Bolivia.

Vastos sectores populares participan de este proceso, desde pequeños productores amenazados por la ruina, sin techo, a capas medias que se movilizan tras reclamos democráticos. Diversas luchas estudiantiles, desde México a Chile, muestran la inquietud en sectores de las nuevas generaciones.

A diferencia de las décadas de 1980 y 1990, los procesos de mayor radicalización tienen por teatro ahora a América del Sur. Esta está compuesta por doce países, dentro de un espacio contiguo, con 360 millones de habitantes, cerca del 67% de toda América Latina y el equivalente al 6% de la población mundial, con integración lingüística. Su población es mayor que la de EE.UU. (293 millones), su territorio, cerca de 17 millones de km², es el doble del territorio estadounidense (9,6 millones de km²), posee una de las mayores reservas de agua dulce y biodiversidad del mundo, e inmensas riquezas minerales, pesca y agricultura.

Un nuevo movimiento obrero comienza a dar sus primeros pasos al calor de los procesos de movilización social y crisis política, si bien la clase obrera no ha entrado aún en escena como fuerza social autónoma, es parte de este proceso. Desde Costa Rica y Colombia hasta Argentina y Uruguay se han registrado paros nacionales, así como centenares de huelgas, luchas de resistencia o movilizaciones parciales, mostrando las tendencias a su recuperación luego de años de duros golpes bajo la ofensiva capitalista.

Una nueva generación comienza a despertar a la vida política, en las luchas universitarias y estudiantiles como en México y Chile, en las movilizaciones democráticas como en Perú o Paraguay, o reflejando al movimiento juvenil anticapitalista internacional que irradia desde los países centrales. En ella, buscando respuestas profundas

a la crisis general de la sociedad, se incuban los elementos de una nueva vanguardia queda sus primeros pasos hacia la radicalización política.

Esto se expresó abiertamente en los levantamientos en Ecuador y Bolivia y en la gran lucha contra el Combo energético en Costa Rica. En las grandes acciones, que concitan la energía y espontaneidad de las masas, se expresan las tendencias a superar la fragmentación y dispersión en las filas de la clase obrera y de las masas pobres, así como a la convergencia del campo y la ciudad, planteando de hecho la necesidad de la alianza obrera y campesina.

En los levantamientos, rebeliones, bloqueos de caminos y enfrentamientos con las fuerzas represivas, en la lucha por el control del territorio que implican los bloqueos o en el embrión de autodefensa que son los piquetes, se manifiestan las tendencias hacia la insurrección revolucionaria.

Pero el imperialismo maniobra políticamente para capear el temporal, que es un aspecto de su crisis política mundial. Aprovecha, para ello, la calidad y los defectos de las nuevas direcciones políticas, los errores políticos y la insuficiencia teórica e ideológica de las nuevas vanguardias luchadoras. El análisis de la dinámica política reciente del continente se impone, entonces, como cuestión impostergable para la superación de los nuevos impasses políticos de la revolución latinoamericana.

Es la cuestión de la dirección política de las masas explotadas la que está planteada. La frustración de las enormes luchas de las masas latinoamericanas en el siglo en curso, o el carácter limitado de las medidas de los gobiernos efectivamente nacionalistas, como Chávez y Morales, se explican en este cuadro de conjunto, en el que el conflicto nacional se procesa en el cuadro de una aguda lucha de clases y una no menos aguda lucha política en el seno del movimiento de los explotados.

El futuro político del trotskismo, de la IV Internacional, depende de su capacidad de dar respuesta a esos problemas, de modo revolucionario y no adaptado a las modas políticas del momento o a las corrientes mayoritarias de la izquierda, que cada vez más muestran su anacronismo en relación a las exigencias del desarrollo histórico. Por el peso histórico tradicional del trotskismo latinoamericano, no es aventurado decir que de su desarrollo depende, en gran medida, el futuro político del proyecto histórico mundial de la IV Internacional, cuyo programa será sometido a las más exigente prueba de la historia en los años venideros.

Apunte bibliográfico

Para redactar el presente trabajo nos hemos basado en fuentes primarias (revistas, periódicos, artículos, testimonios orales y hasta manuscritos), la mayor parte de los cuales se encuentra depositada en el “Archivo Edgard Leuenroth”, de la Universidad de Campinas, que se ha constituido recientemente en uno de los más importantes centros documentales sobre el movimiento trotskista latinoamericano existente en el mundo entero.

Cualquier investigación o simple profundización del tema no podrá dejar de tener en cuenta las obras del propio León Trotsky, en especial *El programa de transición para la revolución socialista* (Ed. El Yunque, Buenos Aires, 1983), la colección de textos reunidos bajo el título *Sobre la liberación nacional* (Pluma, Bogotá, 1976), los artículos sobre América Latina contenidos en los *Escritos 1929-1940* (en 22 volúmenes, Pluma, Bogotá, 1976).

Las breves historias del trotskismo redactadas por dirigentes franceses contienen pocas referencias a América Latina (es el caso de Jean Jacques Marie, *Le trotskysme*, Flammarion, París, 1977. Y también *Trotsky, le trotskysme et la IV Internationale*, PUF, París, 1980), o referencias extremadamente complacientes con la corriente política del autor (es el caso de Pierre Frank, *La Quatrième Internationale*, Maspero, París, 1973). Los *Cahiers Léon Trotsky*, editados por el Instituto León Trotsky de París, ha consagrado su nº 11 (setiembre de 1982) al trotskismo latinoamericano, conteniendo un artículo interesante y bien documentado de Pierre Broué (“El movimiento trotskista en América Latina hasta 1940”). La Revista *Estudos* de San Pablo, le ha dedicado al tema su nº 36 (julio de 1993). En portugués, hemos hecho un

análisis de los principales problemas políticos en la evolución de la IV Internacional, desde su fundación hasta el presente, en *Trotsky, ontem e hoje*, Oficina de Livros, Belo Horizonte, 1990.

No existe ninguna obra de conjunto sobre el trotskismo latinoamericano en castellano o en portugués. En otras lenguas, sólo existe una en inglés: *Trotskyism in Latin America* de Robert J. Alexander (Hoover Institution, California, Stanford, 1973). Está basada en gran cantidad de materiales y testimonios orales, lo que le confiere un importante valor documental. La elaboración histórica, sin embargo, está casi ausente, pues el libro se parece más un informe dirigido al cuerpo diplomático americano.

Existen algunos trabajos parciales en lengua portuguesa. O *que é trotskismo*, de José Roberto Campos (San Pablo, Brasiliense, 1981), presenta un resumen de las posiciones y de la trayectoria de León Trotsky, complementado con algunas páginas breves sobre la historia de la IV Internacional y del trotskismo brasileño.

Otras referencias al trotskismo brasileño, especialmente en los años 30, se encuentran en los trabajos de Ronald Chilcote (*Partido Comunista Brasileño, Conflicto e integração*, Graal, Río de Janeiro, 1982); John W. F. Dulles (*Anarquistas e comunistas no Brasil, 1900-1935*, Nova Fronteira, Río de Janeiro, 1977; el segundo volumen de esta obra, correspondiente al periodo 1935-1945 -conteniendo referencias al trotskismo de esa década- sólo fue publicado hasta ahora en inglés); Michael Löwy y otros (*Movimiento operário brasileiro, 1900-1979*, Vega, Belo Horizonte, 1980); Heitor Ferreira Lima (*Caminhos percorridos*, Brasiliense, San Pablo, 1982); cap. Davino Francisco dos Santos (*A marcha vermelha*, Saraiva, San Pablo, 1948). En todos los casos, el trotskismo es un asunto marginal respecto al problema principal tratado. Valiosos documentos son reproducidos en cuatro volúmenes recopilados por Edgard Carone: *Movimiento operário no Brasil, 1877-1944*, y *1945-1964*, *A República Nova, 1930-1937*, y *A Segunda República, 1930-1937*, editados en San Pablo por la DIFEL entre 1976 y 1981. Véase también "O trotskismo no Brasil (1930-1946)", por Pedro Roberto Ferreira, en *Estudos*, n° 22, San Pablo, agosto 1991.

Respecto a la Argentina, hemos publicado *Historia del trotskismo argentino (1929-1960)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985 y *El trotskismo en Argentina (1960-1985)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 2 volúmenes, 1986, hasta el momento la única historia completa sobre el tema, profusamente documentada y volcada a una caracterización política de las distintas corrientes presentes en el país, reeditado en este volumen. Otros aspectos sobre esta historia fueron tratados por Julio N. Magri en "Apuntes a la

historia del trotskismo argentino (1a. parte)", *En defensa del marxismo*, n° 2, Buenos Aires, diciembre 1991; "Apuntes... 2a. Parte. La cuestión boliviana (1943-46)", *En defensa del marxismo*, n° 3, Buenos Aires, abril 1992; "Apuntes... 3a. parte. Otra etapa nefasta del morenismo: el PST (1971-76)", *En defensa del marxismo*, n° 4, Buenos Aires, setiembre 1992; "Apuntes... 4a. Parte. El PST bajo la dictadura (1976-83)", *En defensa del marxismo*, n° 5, Buenos Aires, diciembre 1992. Un análisis programático de la izquierda argentina en los años '80, y en particular del MAS de Nahuel Moreno, se encuentra en *La estrategia de la izquierda en la Argentina*, de Jorge Altamira (Ediciones Prensa Obrera, Buenos Aires, 1989).

Los mejores trabajos sobre aspectos esenciales del trotskismo latinoamericano, aunque centrados en la historia de Bolivia, continúan siendo los del dirigente boliviano Guillermo Lora, en especial *Contribución a la historia política de Bolivia. Historia del POR* (La Paz, Isla, 1978), y *La revolución boliviana* (La Paz, Difusión, 1963), que analiza la revolución de 1952 y la división del trotskismo boliviano y latinoamericano. Un análisis pormenorizado de estos sucesos elabora Pablo Riezniak. en "El POR en la Revolución Boliviana de 1952", *En defensa del marxismo*, n° 2, Buenos Aires, diciembre 1991.

Sobre los grupos trotskistas, la revolución cubana y los movimientos guerrilleros latinoamericanos, se encuentran documentos en las recopilaciones del dirigente norteamericano Joseph Hansen, *Dynamics of the Cuban revolution* (Nueva York, Pathfinder, 1978) y *The leninist strategy of party building. The debate on Guerrilla warfare in Latin America* (Nueva York, Pathfinder, 1978). Sobre este último tema, entre tanto, continúa insuperado el ensayo de Guillermo Lora, *Foquismo y revolución*, El Yunque, Buenos Aires, 1973.

Merece destacarse la recopilación que desde 1978 hizo Rudolphe Prager, *Les congrès de la IV Internationale* (4 volúmenes publicados, La Breche, París).

Cuestiones esenciales del trotskismo latinoamericano son abordadas en la serie de documentos referidos a la crisis en el CORCI: "Discusión sobre los sindicatos", "Sobre los sindicatos burgueses en Brasil", "Respuesta a Stéphan Just" y "Destruyamos la provocación de Just y Lambert", todos en ediciones Política Obrera, 1978.

Para la efímera unidad entre morenismo y lambertismo; véase "Las 'tesis' del Comité Internacional", (*Internacionalismo* Año II, n° 3, agosto de 1981) y "El desbande del Comité Internacional", (*Internacionalismo* Año II, n° 4, enero-abril de 1982), ambos textos de Jorge Altamira y Julio Magri.

La historia del trotskismo latinoamericano y mundial está aún por ser escrita, en lo que lleva un considerable atraso en relación a la importancia política, y a veces organizativa, del movimiento trotskista en nuestro continente. Este pequeño ensayo pretende impulsar futuros trabajos en esa perspectiva.

Ediciones *rrr*

Títulos publicados

Desocupados en la ruta. Dibujos con programa, *Nancy Sartelli*

La Herencia, *Rosana López Rodríguez*

Contra la cultura del trabajo, *Eduardo Sartelli (comp.)*

La plaza es nuestra, *Eduardo Sartelli*

Lucha de calles. Lucha de clases, *Beba Balvé, et al*

El '69, *Beba Balvé, Beatriz Balvé*

Del taller a la fábrica, *Marina Kabat*

La cajita infeliz, *Eduardo Sartelli*

La Contra, *Fabián Harari*

Entre tupas y perros, *Daniel De Santis*

Lecciones de batalla, *Gregorio Flores*

La guerrilla fabril, *Héctor Löbbe*

Se terminó de imprimir en diciembre de 2006, en Pavón 1625, C.P. 1870,
Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina quinientos ejemplares.

